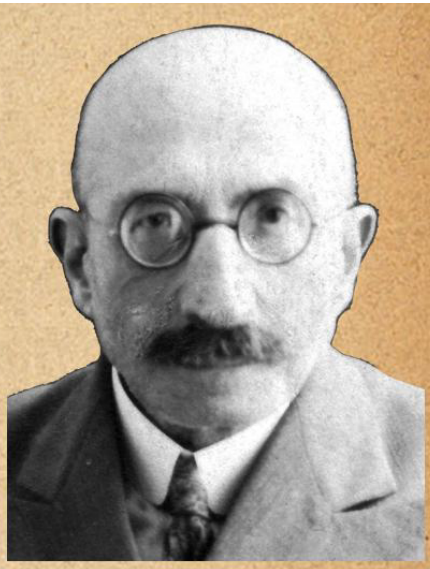
Max Beer



HISTORIA DEL SOCIALISMO Y LAS LUCHAS SOCIALES

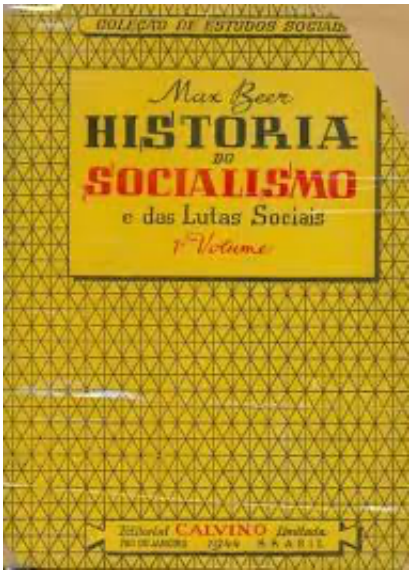
De la antigüedad a los tiempos modernos

1944

Fondo documental EHK Dokumentu fondoa
Euskal Herriko Komunistak

HISTORIA
del
SOCIALISMO
y de las luchas sociales

Max Beer



Editorial Calvino Ltda., Rio, 1944.
Prefacio de Marcel Ollivier,

Este trabajo ha sido traducido
de História do Socialismo e das Lutas Sociais
y convertido a libro digital
por militantes de EHK,
y forma parte del
material de trabajo para el estudio,
investigación y formación del
pensamiento marxista

http://www.abertzalekomunista.net

Índice

1er VOLUMEN
Antigüedad y Edad Media

10 Prefacio
14 Nota preliminar sobre el materialismo histórico
22 **Introducción**
22 1. ¿Qué significa la palabra Antigüedad?
37 2. Teoría del Comunismo Antiguo: Ley Natural

Primera parte: Las luchas sociales en la Antigüedad
30 **Capítulo I — Palestina**
30 1. El régimen social
32 2. Los antagonismos de clase y las profecías
34 3. Por la justicia social
40 4. Intentos de reforma
42 5. Los comunistas judíos: los esenios
Capítulo II — Grecia
45 1. El desarrollo económico y social
47 2. Antagonismos económicos
Capítulo III — El comunismo en Esparta
49 1. La legislación de Licurgo
52 2. Agis, el protomártir del comunismo
55 3. Los intentos de reforma de Cleomenes
Capítulo IV — Las teorías comunistas en Atenas
57 1. Las reformas de Solón
58 2. Capitalismo y descomposición
59 3. Platón
64 4. Aristóteles
67 5. Comedias de tendencias sociales
70 6. Aristófanes
Capítulo V — Roma
76 1. Carácter de la historia romana
77 2. Patricios y plebeyos
78 3. El imperialismo romano
81 4. Intentos de reforma: los Gracos, Catilina
85 5. Las revueltas de los esclavos
Capítulo VI — La crítica social en Roma

93 1. Las quejas de los desheredados
94 2. Aspiración a una vida sencilla, libre y armoniosa
Capítulo VII — El cristianismo primitivo
99 1. La Palestina precristiana
100 2. Jesús
103 3. El comunismo en las comunidades cristianas
105 4. Los sacerdotes de la Iglesia y el comunismo
107 5. La secta comunista de los carpócratas
108 6. El Reino Milenario
109 7. La decadencia del mundo antiguo
110 8. Causas del declive del mundo antiguo

Segunda parte: Las luchas sociales en la Edad Media

Capítulo I — El pensamiento social en la Edad Media
112 1. Las fuentes del comunismo medieval
114 2. El cristianismo primitivo y las enseñanzas de los doctores de la Iglesia
117 3. Gnosticismo y misticismo
120 4. El neoplatonismo
121 5. El derecho natural en la Edad Media
Capítulo II — Las migraciones y la reorganización de Europa
124 1. Los pueblos germánicos
129 2. La Iglesia
132 3. El monacato
Capítulo III — Del comunismo a la propiedad privada
137 1. La situación económica en Europa occidental y central
140 2. Joachim de Flora, Amalric de Béne
143 3. Francisco de Asís, Duns Escoto, Marcilio de Padua y Guillermo de Occam
147 4. Domingo de Gusmão y Tomás de Aquino
Capítulo IV — El movimiento herético
150 1. Las principales tendencias intelectuales
151 2. Los cátaros
153 3. Los cartaristas y el comunismo
156 4. La Inquisición
Capítulo V — Extensión y represión del movimiento herético
161 1. El movimiento herético en Bulgaria
162 2. El movimiento herético en Italia
170 3. El movimiento herético en Francia
175 4. El movimiento herético en Flandes

178 5. El movimiento herético en Alemania

2º VOLUMEN

Tercera parte: Las luchas sociales en la Edad Moderna (Del siglo XIV al XVIII)

Capítulo I — El fin de la Edad Media
185 1. La decadencia del papado y del Imperio
186 2. Los antagonismos sociales
Capítulo II — Las revueltas campesinas
190 1. La insurrección de Flandes
192 2. La "Jacquerie
Capítulo III — Las insurrecciones campesinas en Inglaterra
196 1. Las luchas nacionales; las luchas sociales y religiosas
197 2. La situación económica y social en Inglaterra
197 3. Los disturbios revolucionarios
198 4. John Wiclef
201 5. John Bali
202 6. Las revueltas campesinas
205 7. Shakespeare y el comunismo
Capítulo IV — El movimiento husita
209 1. La situación política y social en Bohemia
211 2. Juan Huss y sus predecesores
215 3. Las guerras husitas
215 4. La derrota de los taboritas
Capítulo V — Las insurrecciones sociales en Alemania
218 1. La primera revolución alemana
219 2. La situación económica y política
221 3. Los antagonismos sociales
223 4. El estallido de la guerra campesina
225 5. Humanismo y anabaptismo
228 6. Sebastian Franck y Tomaz Munzer
230 7. La guerra de los campesinos
235 8. La represión del movimiento anabaptista
237 9. Epílogo
Capítulo VI — La era de las utopías
238 1. El Renacimiento y el humanismo
240 2. El materialismo y el derecho natural
Capítulo VII — Las utopías inglesas

243 1. Tomás Moro
244 2. Utopía
245 3. Crítica social
246 4. ¿Reforma o revolución?
247 5. Instituciones utópicas
252 6. La Nueva Atlántida
252 7. La ley de la libertad
254 8. Chamberlen y Bellers
255 9. Las teorías sociales burguesas
Capítulo VIII — La utopía italiana
258 1. Tomaz Campanella
259 2. El estado del sol
3. Objeciones al comunismo
Capítulo IX — La crítica social en Francia
264 1. La situación económica y política en Francia
266 2. Los críticos sociales: Meslier, Morelly, Mably
270 3. Los críticos burgueses: Rousseau, Necker, Linguet, Brissot
272 4. La utopía de Vairasse d'Allais
274 5. La imitación de las grandes utopías
274 Apéndice: Las colonias comunistas en América

(De 1740 a 1850)

Capítulo X — La revolución industrial en Inglaterra
277 1. Los resultados de la revolución burguesa
278 2. El progreso de la técnica
279 3. Smith, Bentham y Ricardo
Capítulo XI — La crítica social en Inglaterra durante la primera fase de la Revolución Industrial
284 1. Roberto Wallace — el comunismo y la superpoblación
285 2. Tomaz Spence y la reforma agraria
286 3. Godwin y el comunismo anarquista
288 4. Carlos Hall, el teórico de la lucha de clases
Capítulo XII — Las transformaciones económicas en Francia
292 1. De la tutela a la libertad
293 2. Los fisiócratas y la libertad económica
Capítulo XIII — La Revolución Francesa
296 1. Las clases y los conflictos constitucionales
299 2. La dictadura revolucionaria
300 3. La Constitución de 1793 y la crítica social
301 4. Lange y Dolivier

Capítulo XIV — La conjuración de los iguales
303 1. Causa y finalidad de la conjuración
303 2. Felipe Buonarrotti y la dictadura revolucionaria
305 3. Fin de la conjuración
Capítulo. XV — Las repercusiones de la Revolución Francesa en Alemania
306 1. La reactivación económica y la opresión política
307 2. El comunismo en Wieland y en Heinse
310 3. Waishaupt y la orden de los "Illuminati
313 4. Gotthold Ephraim Lessing
314 5. Fichte y su economía social
Capítulo XVI — El reinado de Napoleón y la Restauración
318 1. La burguesía y Napoleón
319 2. Charles Fourier
323 3. Saint-Simon
328 4. Los saint-simonistas
Capítulo XVII Los comienzos del movimiento obrero inglés
332 1. La influencia de la Revolución francesa
333 2. El movimiento de los luddistas
335 3. Los disturbios sociales
336 4. Robert Owen
341 5. Los owenistas
343 6. Los críticos individualistas — Ravenstone y Hodgskin
Capítulo XVIII — El primer movimiento revolucionario obrero en Inglaterra (1825-1855)
348 1. La alianza del proletariado con la burguesía para la consecución del sufragio universal
348 2. El antiparlamentarismo y el sindicalismo
350 3. Cartismo
Capítulo XIX — El movimiento obrero en Francia (1830-1848)
353 1. El reinado de la burguesía
354 2. División de la sociedad en clases: la burguesía y el pueblo
355 3. Las sociedades secretas
358 4. Auguste Blanqui
359 5. Socialistas y críticos sociales: Pecquer, Proudhon, Cabet, Leroux, Louis Blanc
363 6. La Revolución de 1848

Cuarta parte: Las luchas sociales en la Edad Contemporánea

Capítulo I — Alemania de 1800 a 1848
367 1. Los resultados de la guerra de liberación

368 2. El progreso económico y político
371 3. Las principales tendencias socialistas
372 4. Los primeros socialistas alemanes: Gall y Buchner
Capítulo II — Las asociaciones revolucionarias alemanas en el extranjero
375 1. La Liga de los Proscritos
376 2. La Liga de los Justos
379 3. Weitling y la dictadura revolucionaria
380 4. De la Liga de los Justos a la Liga de los Comunistas
Capítulo III — Alemania de 1840 a 1848
382 1. Los poetas revolucionarios
384 2. La crítica social
Capítulo IV — Carlos Marx
387 1. El papel del marxismo en el desarrollo intelectual
388 2. Marx y la dialéctica hegeliana
391 3. La concepción materialista de la historia
393 4. La lucha de clases
394 5. Las teorías económicas de Marx
395 6. Evolución y revolución
397 7. Federico Engels
398 8. Fundación y estatutos de la Liga de los Comunistas
399 9. El comienzo del movimiento comunista en Alemania
Capítulo V — Los socialistas-conservadores de Alemania
401 1. El carácter romántico de este movimiento
402 2. Marlo-Winkelblech
404 3. Charles John Rodbertus
Capítulo VI — La revolución alemana de 1848-1849
408 1. Los principales acontecimientos políticos
409 2. Las corrientes sociales
412 3. El fin de la Liga de los Comunistas
Capítulo VII — El desarrollo económico y político de 1850 a 1880
414 1. La era del liberalismo
415 2. El paso al imperialismo y al socialismo
Capítulo VIII — La época de la Primera Internacional
418 1. Lassalle y la Unión General de Trabajadores Alemanes
420 2. Fundación y desarrollo de la Primera Internacional
422 3. La Comuna de París
Capítulo IX — La era imperialista (1880-1914)
425 1. Las raíces económicas del imperialismo
427 2. El progreso del socialismo Carlos Kautski
Capítulo X — La Segunda Internacional (1889-1914)

429 1. Los principales congresos
430 2. La Segunda Internacional y la lucha contra los peligros de la guerra
443 3. El movimiento socialista en Alemania
435 4. El movimiento socialista en Austria-Hungría
436 5. El movimiento socialista en Gran Bretaña
437 6. El movimiento socialista en Francia
440 7. El movimiento socialista en Italia
441 8. El movimiento socialista en Rusia
444 9. El movimiento socialista en Estados Unidos
Capítulo XI — La guerra mundial y la revolución
447 1. La Segunda Internacional y la guerra
449 2. La revolución rusa
451 3. La revolución alemana de 1918-19
453 4. El movimiento socialista en Francia e Inglaterra durante los primeros años de la posguerra
Capítulo XII — El progreso del movimiento socialista en el mundo
455 1. El movimiento socialista en Europa
459 2. El movimiento socialista fuera de Europa

Prefacio a la edición francesa

Hace algunos años, en el Congreso del Sindicato de la Enseñanza, hubo una amplia discusión sobre el tema: si la historia debía enseñarse desde el punto de vista de la clase o desde el punto de vista de la verdad.

Evidentemente, esta forma absurda de enfocar la cuestión sólo podía dar lugar a respuestas absurdas. En efecto: algunos han dicho que la enseñanza de la historia debe hacerse únicamente desde el punto de vista de clase, con el pretexto de que sólo existe la verdad de clase; otros, por el contrario, han dicho que enseñar la historia desde el punto de vista de clase es adoptar una manera unilateral de mirarla, que distorsiona la verdad, porque la verdad existe independientemente de las clases.

En nuestra opinión, ambos se equivocan.

No se puede oponer el punto de vista de clase a la verdad como dos términos de una antinomia irreductible. Quien lo hace renuncia de antemano a toda posibilidad de unir dialécticamente el punto de vista de clase con la verdad.

En realidad, no hay ni "verdad por encima de las clases" ni "verdad de clase". Admitir que existe una verdad por encima de las clases es creer en la existencia de una verdad absoluta. Por otra parte, afirmar que sólo hay verdad de clase es reconocer que hay tantas verdades como clases. Si la primera afirmación nos conduce directamente al reino de lo absoluto, donde todas las afirmaciones son posibles porque escapan al examen de los hechos, la segunda nos lleva al reino de la arbitrariedad y la confusión, donde cualquier afirmación puede ser inmediatamente negada por su contraria. Ambas demuestran la misma incomprensión de la marcha de la historia y del progreso del conocimiento humano.

Si, en efecto, admitimos que la historia no es más que la historia de la lucha de clases, estamos necesariamente obligados a reconocer que cada clase revolucionaria representa —históricamente— un progreso en relación con la anterior, en el sentido de que refleja una nueva etapa en el camino de la dominación de la naturaleza por el hombre. El progreso que cada clase realiza no sólo se da en el terreno de los hechos, sino también en el de las ideas.

Cada clase crea su propia ideología. Cada clase trae consigo una concepción del mundo opuesta a la ideología y a la concepción del mundo de la clase a

la que desea sustituir. Pero —y aquí está el quid de la cuestión— esta nueva concepción del mundo significa un progreso en relación con la precedente, ya que aporta una explicación del mundo más cercana a la realidad, más verdadera que la de la clase precedente. Es evidente, pues, que, aunque cada clase posea su propia concepción, estas diferentes concepciones no tienen el mismo valor. Unas son más verdaderas que otras.

Hoy conocemos mejor la Tierra que en tiempos de Ptolomeo. Del mismo modo, la teoría de la evolución de Darwin es una explicación más satisfactoria de la formación de las especies que la explicación bíblica; en el campo de la historia, el materialismo histórico la explica mejor que, por ejemplo, Tito Livio o Bossuet.

Por consiguiente, la cuestión debe someterse a estudio de la siguiente manera:

"¿Qué teoría permite explicar mejor y, en consecuencia, enseñar mejor la Historia?". ¿Es la teoría que afirma que todos los acontecimientos de la historia están determinados por los designios de la Providencia? ¿Es la que afirma que la Historia la hacen los grandes hombres o, en otras palabras, la que explica la marcha de la Historia por el progreso de la razón o de la idea de justicia? ¿O la teoría que ve en el desarrollo de las fuerzas productivas y de las formas de producción el factor fundamental de la evolución histórica?

Nosotros decimos: el materialismo histórico es la teoría que mejor explica la historia. Esto es así, no sólo porque es la teoría de la clase más avanzada de la actualidad —el proletariado, cuya misión histórica es continuar el progreso realizado hasta ahora, sino también porque el materialismo histórico es la teoría que mejor explica en qué dirección se moverá este desarrollo en el futuro. Esto no significa que las demás teorías sean totalmente falsas. Sólo son falsas cuando se confrontan con el materialismo histórico y en relación con él. En efecto, el materialismo histórico no se limita a negar pura y simplemente las concepciones del mundo que se le oponen. Las refuta, explicándolas al mismo tiempo, y las integra en una nueva concepción del mundo, superior a todas las demás.

No basta, sin embargo, con establecer lo que hemos dicho más arriba. También es necesario saber cómo aplicarlo. Hasta ahora se ha hecho muy poco en este sentido, hay que reconocerlo. En el campo de la Historia, en particular, sólo disponíamos hasta ahora de pequeñas monografías referidas a épocas o fenómenos aislados. No teníamos ningún estudio de conjunto. Por esta razón, hasta el día de hoy, no hemos podido oponer a las numerosas Historias Universales burguesas, imbuidas de un espíritu

más o menos idealista, una teoría general basada en una concepción materialista.

Es cierto que, hace un cuarto de siglo, se intentó en Alemania elaborar una Historia del Socialismo desde el punto de vista del materialismo histórico. Pero tanto los escritores alemanes como los franceses no han ido más allá de monografías dispersas que, aunque de gran valor, están lejos de constituir un conjunto homogéneo y coordinado. Además, por ser excesivamente voluminosas y por no estar organizadas según un plan preconcebido, tales monografías no podían prestarse a la difusión de la historia, desde el punto de vista materialista del proletariado, entre las masas de la clase obrera.

El libro de Max Beer colma una laguna evidente. En él, Beer estudia toda la historia del socialismo, desde la más remota antigüedad hasta los tiempos modernos. En un lenguaje vivo, ágil, animado por un movimiento rápido, que arrastra al lector sin que se dé cuenta, que lo mantiene entusiasmado con las descripciones. Pero Beer expone la Historia del socialismo de cada pueblo, de cada país, de cada nación, con respecto a la escala social, económica, política y cultural.

A pesar de sus dimensiones relativamente pequeñas, este libro es, en realidad, una verdadera Historia Universal escrita según el modo de ver socialista, es decir, materialista.

Max Beer es uno de los escritores socialistas contemporáneos más célebres. Su libro Historia del socialismo en Inglaterra, así como la excelente monografía titulada Carlos Marx, su vida y su obra, ya habían atraído la atención del público. La Historia general del socialismo y de las luchas sociales, que ahora publicamos, ha alcanzado, en todo el mundo, un éxito completo y merecido.

No queremos decir, sin embargo, que este libro sea una obra impecable, intachable. Al contrario. Hay muchos puntos débiles que deben ser criticados. También podríamos hacer algunos comentarios sobre un gran número de detalles.

En primer lugar: no estamos de acuerdo con su método, que a menudo da lugar, inevitablemente, a algunas confusiones. Del mismo modo, no parece correcto comenzar la historia del socialismo en la antigüedad y confundir, en una sola obra, la historia del socialismo con la historia de las luchas sociales, que no son idénticas sino diferentes.

Hay que añadir que la teoría expuesta por el autor sobre la división cronológica de la historia merece un examen más detenido, porque se basa en un análisis insuficiente de las diferentes épocas a las que se refiere. No

basta con decir que cada forma de sociedad —esclavista, feudal y capitalista— tiene una fase antigua, una medieval y una moderna. También es necesario mostrar claramente sobre qué base económica descansa cada uno de esos periodos. Y, en particular, si vemos que la sociedad capitalista, en cuanto surge, adopta ciertas ideas y teorías arraigadas en la antigüedad, es necesario explicar las causas económicas de este fenómeno. Además de las analogías, también es necesario mostrar las profundas diferencias que existen entre ciertas teorías de la antigüedad y ciertas teorías modernas. En nuestra opinión, el autor no lo ha hecho.

También podríamos plantear numerosas objeciones con respecto a la exposición de los hechos en sí. No todos los que hacen uso de un buen método histórico se convierten en buenos historiadores. Esto explica los defectos y carencias de la obra de Beer. Por último, incluso el método utilizado por el autor —el materialismo histórico, del que también somos partidarios— posiblemente no siempre se aplicó con el rigor necesario.

No podemos, por tanto, ser acusados de miopía intelectual por recomendar la lectura de este libro. Conocemos sus puntos vulnerables. Sin embargo, aunque los tengamos a la vista, podemos afirmar, sin temor a equivocarnos, que esta obra de Max Beer es la mejor de todas las exposiciones de la historia de la humanidad, desde sus orígenes hasta nuestros días.

Desde hace mucho tiempo se ha sentido la necesidad de una Historia que no estuviera escrita sólo para la justificación y la glorificación de las clases dominantes. Desde este punto de vista, la obra de Beer es única. Por eso será recibida por todas las mentes perspicaces con la atención que merece.

Unos pocos capítulos más y esta obra quedaría indiscutiblemente completa. Es lamentable que no se hayan escrito tales capítulos. Aun así, el valor de este libro es incontestable.

Creemos que no es un elogio exagerado decir que esta obra será de inmensa utilidad no sólo para el público estudioso, sino también para los historiadores profesionales, que estarán interesados en consultarla, porque en ella aprenderán muchas cosas que hasta entonces desconocían. Y aprenderán, en primer lugar, a interpretar la propia Historia.

Marcel Ollivier

Nota preliminar sobre el materialismo histórico

En las Musas de Heródoto hay abundante material para el estudio de las costumbres e instituciones de los pueblos de la Antigüedad. Pero antes de Heródoto, considerado el Padre de la Historia, los faraones egipcios y los reyes de Babilonia ya habían hecho grabar en sus monumentos diversas inscripciones que describían sus principales hazañas.

Inspirándose en estos primeros documentos de la civilización humana, muchos historiadores contemporáneos siguen creyendo que escribir Historia es simplemente narrar la vida de los personajes más notables de las distintas épocas. Adoptan, por tanto, en nuestros días, el mismo método histórico que los Faraones egipcios.

Pero, en realidad, esta "Historia de los hechos" o "Historia pragmática", como también la llaman algunos, es sólo una parte de la verdadera Historia. Para demostrarlo, basta recordar que acontecimientos tan importantes como, por ejemplo, la invención de la máquina de vapor, el descubrimiento de las bacterias o la aparición del Fausto de Goethe, no están contenidos en esta "Historia pragmática".

Al darse cuenta de la insuficiencia de las "narraciones", algunos historiadores han intentado completarlas creando una parte especial de la Historia dedicada al estudio de la "forma de vivir" de los hombres en las distintas épocas. Sin embargo, este suplemento, desligado del conjunto, pierde casi todo su valor: la "forma de vida" aparece como algo rígido, inmutable, cristalizado, cuando, en realidad, la Historia tiene como objetivo fundamental el estudio del movimiento, el estudio de las transformaciones que se producen en la sociedad a través de los tiempos.

De hecho, la mayoría de los profesores no prestan la más mínima atención al estudio de la "forma de vida" que hacen algunos compendios antiguos antes de comenzar la "exposición de los hechos", incluso porque los programas oficiales no exigen el estudio de esta parte de la Historia. Por eso, en las escuelas, todos aprendemos sólo a memorizar los relatos de las hazañas de los "grandes hombres", o a citar sus nombres en cada sílaba y letra, junto con los días, meses y años de sus hechos más memorables.

Incluso hoy en día, mucha gente piensa que eso es todo lo que es la Historia. Por eso, cuando se quiere depreciar el conocimiento histórico de

un determinado individuo, se siguen diciendo tonterías como: "¡Pues si ni siquiera sabe en qué año nació D. Juan VI!

De hecho, la mayoría de las personas "cultas" y muchos historiadores de renombre miran la Historia desde este punto de vista limitado y estrecho. Piensan que saber Historia es sólo saber repetir los nombres de personajes famosos, citar las fechas de su nacimiento y muerte, los días en que se libraron grandes batallas o en que sus ejércitos fueron derrotados. A veces, es cierto, la "erudición" de algunos va un poco más allá, porque pueden añadir a las fechas y las anécdotas sin cuento sobre la vida de un determinado rey, príncipe o político. Ni más ni menos. En esto consiste la historia para no pocos hombres inteligentes.

Una ignorancia tan profunda de la verdadera historia no es fruto de la casualidad. Tampoco es fruto exclusivo de la absurda estrechez de miras de los programas educativos oficiales. Esta ignorancia es el resultado de una ley, la ley de la inercia, que, por cierto, suelen recordar la mayoría de los manuales de historia aprobados oficialmente. Los hombres tienen un gran apego a la tradición. Cuando se llenan la cabeza con determinadas ideas, difícilmente pueden librarse de su imperio. La inercia mental de las personas cultas y de los historiadores es el principal obstáculo para el progreso de las ciencias históricas.

La burguesía no posee, ni podría poseer, una historia verdaderamente científica. La ciencia histórica demuestra que el régimen actual y la existencia de la burguesía como clase dominante son necesariamente transitorios. La burguesía no puede aceptar esta verdad. Quiere eternizarse en el poder y por eso sólo acepta las doctrinas que afirman que su dominio es eterno.

La historia burguesa universal, destinada a apoyar las ideas que mejor convienen a la clase dominante, distorsiona los hechos y no los interpreta de manera científica. La Historia de la burguesía, por lo tanto, no es, ni podría ser, una ciencia positiva, porque elude los hechos y evita las conclusiones impuestas por ellos.

Fue Carlos Marx quien dio a la Historia una base tan positiva como la de las ciencias naturales, de la física o de la química, por ejemplo.

Antes de él, el movimiento histórico de la sociedad se explicaba bien por las imposiciones de la "naturaleza humana", bien por la influencia de alguna entidad abstracta: la "Idea absoluta", el "Pensamiento", la "Razón", como hacían los filósofos idealistas predecesores y contemporáneos de Marx.

Los socialistas franceses del siglo XVIII, al condenar las instituciones de la época, no encontraron mejor argumento que la "naturaleza humana".

Afirmaban que había que abolir tales o cuales instituciones porque eran "contrarias a la naturaleza humana", o porque "se oponían a la naturaleza de la humanidad". Esta "naturaleza" y este "carácter" eran entidades misteriosas. Utópicos como Fourrier, Owen e incluso SaintSimon no podían explicar por qué esta "naturaleza" y esta "índole" variaban a lo largo del tiempo. Por otra parte, los representantes de la ideología oficial de la época de los utopistas también invocaban la "naturaleza" humana para combatir a los partidarios del comunismo. A menudo decían cosas como

"La instauración del comunismo es imposible, porque el comunismo es contrario a la naturaleza humana..... La naturaleza de los hombres lo repele".

Si comparamos las polémicas sociales de aquella época con las actuales, encontramos esta misma argumentación en boca de las figuras más eminentes de la ciencia burguesa. En discursos, periódicos y libros dedicados a la lucha anticomunista de la burguesía, encontramos afirmaciones de este tenor:

"En nuestro país no puede implantarse el comunismo porque es un régimen adverso a la naturaleza humana" o bien: "El comunismo se opone al carácter de nuestro pueblo".

Es cierto que aún hoy muchos opositores al comunismo no utilizan la "naturaleza humana" como argumento, porque prefieren condenarlo en nombre de Dios. Pero ya en la época de Fourrier, Owen y SaintSimon, se consideraban sin valor los argumentos de quienes invocaban la voluntad divina como causa favorable u opuesta a la marcha de la historia y a las transformaciones sociales. Quienes adoptaban este punto de vista ya eran considerados, en el siglo XIX, retrógrados, ignorantes o anticuados. Por esta razón, ya nadie se molestaba en discutir con ellos.

Los grandes filósofos idealistas de Alemania (Schelling, Hegel) comprendieron perfectamente la insuficiencia del punto de vista de la naturaleza humana. Hegel, en Filosofía de la Historia, ridiculiza a los utopistas franceses que tratan de encontrar una "legislación perfecta", es decir, la "mejor de todas las legislaciones posibles", tomando como punto de partida de su "investigación sociológica" esta entidad abstracta: la "naturaleza humana". El idealismo filosófico alemán considera ya la historia como un proceso sujeto a leyes. Por tanto, busca la causa de la evolución histórica fuera de la "naturaleza humana". Da así un paso en el camino hacia la verdad.

Pero los filósofos idealistas, para combatir una abstracción, crearon una abstracción semejante. Para ellos, la causa de la evolución histórica, ya no era la naturaleza humana, sino la "Idea Absoluta" o el "Espíritu del Mundo".

> "Y como su Idea Absoluta no era más que una abstracción de "nuestra manera de pensar" —dice Plejánov— se encontraron, en las especulaciones filosóficas sobre el terreno histórico, con la vieja amiga de los filósofos materialistas, la señora d. Naturaleza Humana, sólo que vestida con trajes adecuados a la respetable y austera convivencia de los pensadores alematernales. Expulsando a la 'naturaleza humana' por la puerta, ¡entró por la ventana!" (Plejánov —*Anarquismo y Socialismo,* p. 46 de la edición inglesa, Río de Janeiro, 1934).

Y el problema seguía siendo insoluble.

¿Dónde está, pues, esa fuerza oculta que determina el movimiento histórico de la humanidad?

Fue Marx quien liberó a la ciencia social de este callejón sin salida.

La concepción materialista de la historia de Marx, o, más exactamente, la extensión del materialismo al dominio de los fenómenos sociales, elimina los dos principales defectos de las teorías históricas anteriores. En primer lugar, éstas sólo consideraban, en la mayoría de los casos, los movimientos ideológicos de la actividad histórica de los hombres, sin buscar su origen, sin determinar las leyes objetivas que presiden la evolución del grado de desarrollo de la producción material. En segundo lugar, estas teorías han olvidado precisamente la acción de las masas populares. El materialismo histórico, por primera vez, hace posible el estudio rigurosamente científico de las condiciones sociales de la vida de las masas y de las transformaciones históricas de estas mismas condiciones.

El materialismo histórico no es más que la aplicación general de los métodos científicos al estudio de los fenómenos históricos.

Marx da una definición completa de las proposiciones fundamentales de la aplicación del materialismo al estudio de la sociedad humana y de la historia en el Prefacio a su libro Contribución a la crítica de la economía política:

> "En el curso de la producción social de los medios de existencia, los hombres contraen entre sí relaciones determinadas, necesarias e independientes de su propia voluntad, relaciones de producción que corresponden a un cierto grado de desarrollo de las fuerzas materiales de producción. Todas estas relaciones de producción constituyen la estructura económica de la sociedad, el fundamento

mismo sobre el que se construye la superestructura jurídica y política y al que corresponden determinadas formas de pensamiento social. El modo de producción de la vida material determina, en general, el desarrollo de la vida social, política e intelectual. No es, pues, el modo de pensar de los hombres lo que determina su modo de vida. Al contrario, es el modo de vida el que determina el modo de pensar.

"En un determinado grado de desarrollo, las fuerzas materiales de producción de la sociedad entran en conflicto con las relaciones de producción existentes o, para hablar en lenguaje jurídico, con las relaciones de propiedad, dentro de las cuales estas fuerzas productivas se habían desarrollado hasta entonces. Estas relaciones, necesarias para el desarrollo de las fuerzas productivas, se convierten en obstáculos para dichas fuerzas. Comienza entonces un período de revolución social.

"La modificación de la base económica determina, más o menos lentamente o más o menos rápidamente, la ruina de toda la formidable superestructura.

"Cuando se estudian estas revoluciones, es siempre necesario distinguir la revolución material que se produce en las condiciones económicas de producción, —que debe ser observada con precisión por medio de las ciencias naturales, de las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas o filosóficas, en una palabra, de las formas ideológicas que toma el conflicto en la conciencia de los hombres y en el dominio en que luchan. Así como no se puede juzgar a un individuo por el juicio que hace de sí mismo, tampoco se puede juzgar a una época revolucionaria por su conciencia. Al contrario: esta conciencia debe explicarse por las contradicciones de la vida material, por el conflicto entre las fuerzas productivas de la sociedad y las relaciones de producción que aún existen.

"En general, puede decirse que las formas de producción de Asia, la antigüedad, el feudalismo y la burguesía moderna, constituyen etapas progresivas de la formación eco nómica de la sociedad.

"¡Las relaciones de producción burguesas representan la última forma contradictoria del proceso social de producción!".

Esta concepción enteramente materialista de la historia es uno de los mayores descubrimientos del siglo XIX.

La "sociología" premarxista y la historiografía premarxista tenían, en el mejor de los casos, materiales acumulados, hechos brutos, recogidos al

azar. En el mejor de los casos, venían a representar ciertos aspectos del proceso histórico.

Marx abrió el camino para estudiar a fondo y en profundidad el proceso de génesis, desarrollo y decadencia de las agrupaciones sociales y económicas, considerando las tendencias contradictorias en su conjunto, estableciendo sus relaciones con las condiciones de existencia y producción de las diferentes clases de la sociedad, eliminando el subjetivismo y la arbitrariedad en la elección o interpretación de las ideas "dirigentes" de una época dada, revelando el origen de todas las ideas y de todas las tendencias, sin excepción de ninguna, encontrando este origen en el grado de desarrollo de las fuerzas productivas materiales. Los hombres hacen su propia historia. Pero, ¿qué determina su acción o, más exactamente, la acción de las grandes masas de hombres? ¿Cuál es la causa de estos conflictos de ideas y de aspiraciones opuestas? ¿Cuáles son los factores objetivos de la producción de la vida material, base de toda la actividad histórica de los hombres? ¿Qué ley rige el desarrollo de estas condiciones?

Marx ha estudiado cuidadosamente todos estos problemas, y ha mostrado el camino para estudiar científicamente la historia considerándola como un proceso único en desarrollo, sujeto a leyes muy precisas en su prodigiosa variedad de aspectos, en todas sus contradicciones.

Que en el conjunto de la sociedad las aspiraciones de unos se oponen a las de otros; que la vida social siempre ha estado y está llena de contradicciones; que la historia nos ha mostrado las luchas entre los pueblos y las sociedades, así como dentro de los pueblos y las sociedades, junto a la sucesión constante de períodos de paz y de guerras, de revoluciones y reacciones, de crisis y de rápido progreso o decadencia, todo el mundo lo sabe.

Marx nos ha dado el hilo conductor que nos permite descubrir, en este laberinto y en este caos aparente, la acción de ciertas leyes: la **teoría de la lucha de clases.** Sólo estudiando el conjunto de las aspiraciones de los miembros de una sociedad es posible llegar a una definición científica de la resultante de estas aspiraciones, ya que las aspiraciones contradictorias son causadas por las diferencias de situación y de condición de las clases que componen la sociedad.

> "La historia de toda la sociedad hasta nuestros días", escribió Marx en el Manifiesto Comunista de 1848 (con excepción de la historia de la comunidad primitiva, añadió Engels más tarde), "no es más que la historia de las luchas de clases".

> "Hombre libre y esclavo, patricio y plebeyo, señor feudal y siervo, en una palabra, opresores y oprimidos, en constante oposición, han vivido siempre en guerra ininterrumpida, abierta o encubierta, guerra que siempre terminaba, unas veces por la transformación revolucionaria de toda la sociedad, otras por la destrucción de las dos clases en lucha.…".
>
> "La sociedad burguesa moderna, construida sobre las ruinas de la sociedad feudal, no ha abolido el antagonismo de clases. Se ha limitado a sustituir las viejas clases por otras nuevas, creando nuevas condiciones de opresión y nuevas formas de lucha.
>
> "Sin embargo, lo que caracteriza a nuestra época, la época de la burguesía, y la distingue de todas las demás, es el hecho de que ha simplificado los antagonismos de clase. La sociedad se divide cada vez más nítidamente en dos grandes clases directamente opuestas: la burguesía y el proletariado."

Después de la gran Revolución Francesa, la historia europea ha demostrado, en muchos países, con particular claridad, que la lucha de clases era el motor de los acontecimientos. A partir de la Restauración, comenzaron a aparecer en Francia historiadores (Thierry, Guizot, Mignet, Thiers) que, extrayendo deducciones generales de los acontecimientos, se vieron obligados a reconocer que la lucha de clases era la clave de toda la historia de Francia.

Y la época moderna, caracterizada por la victoria completa de la burguesía, con instituciones representativas, sufragio universal, prensa diaria que penetra en las masas, asociaciones obreras y patronales poderosas y en constante expansión, etc., mostró aún más claramente (aunque bajo nuevas formas, a veces pacíficas y constitucionales) que la lucha de clases era realmente el motor de los acontecimientos. Marx ha dado, en varias obras históricas, brillantes y profundos modelos de historiografía materialista, de análisis de la situación de cada clase considerada en sí misma y de los diversos lechos sociales, o de los diferentes grupos dentro de cada clase, señalando así, con poderosas evidencias, cómo y por qué "toda lucha de clases es una lucha política". El pasaje que hemos citado muestra la red de complicadas relaciones y gradaciones que existen entre las clases y entre el pasado y el futuro.

La teoría de Marx fue brillantemente confirmada en la Revolución Proletaria de octubre de 1917. El proletariado ruso, guiado por el mayor genio político de todos los tiempos, utilizando el marxismo, en la época del imperialismo, derrocó una fortaleza del capitalismo e instauró la

dictadura, iniciando la construcción del socialismo en una sexta parte de la superficie de la tierra.

El materialismo histórico, apenas surgido, tuvo que sostener una tremenda lucha para imponerse. Hoy ya ha conquistado posiciones muy fuertes. Sus adversarios, cuando son honestos, ya lo reconocen.

"El número de los que aceptan prácticamente el materialismo económico es mucho mayor que el de los partidarios declarados y conscientes..." — dice S. Bulgakov en el libro Filosofía de la economía.

Esta verdad se hace patente cuando uno echa un vistazo a la literatura contemporánea. Echemos un vistazo. Leamos, por ejemplo, el libro del erudito lingüista Hirt sobre los indogermanos. Los filólogos suelen estar muy alejados de la interpretación económica de la historia. Pero en el libro de Hirt encontramos este pasaje:

> "El desarrollo de la sociedad humana depende, preliminarmente, de la forma económica. Las investigaciones de los últimos años han demostrado que su influencia se manifiesta no sólo en la densidad de población de un país, sino también en cosas aparentemente alejadas de ella, como el arte, la religión, la organización de la familia, etc.".

En la obra del sabio francés Dechelette, autor del mejor compendio de arqueología prehistórica publicado en Europa, encontraremos una explicación puramente materialista del origen del culto entre los primitivos habitantes de Europa. En opinión de Dechelette, el culto al sol surgió simultáneamente con la agricultura. Los cambios en la conciencia religiosa correspondieron exactamente a los que se produjeron en la economía.

Sin embargo, si dijéramos a Hirt o a Dechelette que sus conclusiones son argumentos a favor del materialismo histórico, seguramente se asombrarían.

La mayoría de los materialistas históricos "inconscientes" adoptan el punto de vista materialista de forma espontánea, por así decirlo. Han sido conducidos a conclusiones materialistas, no en virtud de un estudio teórico o de un conocimiento previo del materialismo histórico, sino simplemente a través del conocimiento científico de los hechos y del razonamiento científico.

Hoy en día, les guste o no, la mayoría de los científicos se ven obligados a reconocer que sólo puede haber una interpretación científica de la historia, y es la interpretación materialista.

En los países donde el pensamiento filosófico está muy desarrollado, la mayoría de los científicos honestos del propio campo de la burguesía

reconocen desde hace tiempo que admitir hoy la interpretación materialista de la historia significa desterrar la historia del dominio de las especulaciones abstractas sin ninguna base científica.

Introducción

I — ¿Qué significa la palabra "Antigüedad"?

Por lo general, la Historia se divide de forma simplemente cronológica. Casi todo el mundo considera en la Historia cuatro partes, perfectamente diferenciadas:

1. — La Antigüedad;
2. — La Edad Media;
3. — La Edad Moderna y
4. — la Época Contemporánea.

Examinada con más detenimiento, esta división resulta ser absolutamente precaria.

Los imperios de Mesopotamia, Egipto, los antiguos hebreos, los griegos y los romanos, constituyen lo que generalmente se denomina "Antigüedad". Pero, ¿no tienen también los celtas, los germanos y los eslavos su propia Antigüedad?

La Historia no estudia una Humanidad única, que vive en la Antigüedad hasta la época de la inmigración, y luego pasa sucesivamente por la Edad Media, la Edad Moderna y la Época Contemporánea. Estudia únicamente los diferentes Estados, Imperios, razas y pueblos que han atravesado, en diferentes épocas, determinadas fases de desarrollo, sin alcanzar, por tanto, las demás. No explica, por ejemplo, por qué las ideas modernas ya existían en la Antigüedad o por qué, en Europa, a principios del por qué, en Europa, a comienzos de la Edad Moderna, —en el Renacimiento— resurgen las viejas tradiciones de la "antigüedad" griega. Tampoco explica por qué los modernos retomamos a menudo ideas y concepciones elaboradas por los antiguos hace dos mil años. ¿A qué deben atribuirse estos hechos? ¿Estaban los "antiguos" situados fuera del tiempo y del espacio? ¿O fue su sabiduría el resultado de una inspiración sobrenatural?

Tendremos más probabilidades de acertar si admitimos que la antigüedad no es una unidad intelectual o histórica. Los antiguos hebreos, helenos y romanos tuvieron su Antigüedad, su Edad Media y su Edad Moderna. Sólo que aparecieron antes en la escena histórica que los pueblos germánicos y eslavos, por ejemplo. Pero también pasaron por estos periodos, creando

ciertas instituciones e ideas, que siempre corresponden aproximadamente a estos periodos.

Los distintos pueblos se suceden cronológicamente, pero tienen un desarrollo social e intelectual paralelo. Se verá, por ejemplo, que la vida intelectual de los romanos y de los pueblos germánicos en los siglos XV y XVI tiene muchos puntos de contacto con la vida intelectual de los griegos en el siglo VI antes de Jesucristo. Este fenómeno, sin embargo, puede explicarse: en aquella época, los griegos ya habían dejado atrás su Antigüedad y su Edad Media, ya vivían en su Edad Moderna. Por tanto, creaban productos intelectuales correspondientes a ese periodo de su historia.

Cada periodo histórico tiene sus propias características sociales, tanto en el ámbito económico como en el intelectual. En la Antigüedad, o mejor dicho, en la infancia de los pueblos, los hombres viven siempre en clanes o tribus, comunidades basadas en la igualdad. No conocen ni la propiedad privada, ni el matrimonio monógamo, ni las ciudades. La vida intelectual se encuentra en el estado más primitivo. La vida sencilla de los hombres sólo se rige, en su mayor parte, por la tradición y la costumbre. Son nómadas y aún no se asientan en territorios determinados. El pueblo en este periodo está bajo la dirección de jefes militares o "reyes".

Todavía no existe la escritura. Las tribus en cuestión no discretan instituciones sociales por sí mismas.

Todo lo que sabemos de este período de la Historia nos ha sido transmitido por viajeros que, procedentes de un país de civilización superior, visitan los territorios habitados por tribus primitivas y, al observar el contraste existente entre las instituciones de estos pueblos y las suyas propias, nos dejan documentos que narran lo que han visto. También es posible hacerse una idea aproximada de esta parte de la historia a través de las viejas leyendas y tradiciones, de la pervivencia de las antiguas instituciones que se han conservado hasta la época de la historia escrita. Como hemos comprobado un curso regular en la evolución de los pueblos, nos hemos visto obligados a generalizar, creando una teoría. Llegamos entonces a la conclusión de que todos los pueblos, en la época primitiva, vivían sobre la base de la igualdad, organizados en tribus, sin conocer ninguna forma de propiedad privada.

La época primitiva termina en el momento en que los tribos se hacen sedentarios y comienzan a organizarse en cocomunidades situadas en determinados territorios, o en ciudades, distritos y estados, dedicándose al mismo tiempo a la agricultura. Los colonos intentan conservar la antigua forma social, la única que conocen. Pero las nuevas condiciones

económicas crean la necesidad de un nuevo orden social, porque, hasta entonces unida, la vieja sociedad empieza a resquebrajarse y a dividirse en clases. Aparecen las ciudades. Se desarrolla el comercio. La propiedad privada elimina gradualmente la propiedad colectiva. Pero a la gente no le resulta fácil adaptarse a la nueva situación. Los pobres se aferran a la antigua igualdad que desaparece y que idealizan, representándola como un Paraíso Perdido o como la Edad de Oro de los primeros tiempos de la Humanidad. La descripción bíblica del Jardín del Edén y la expulsión del hombre del Paraíso Terrenal, así como los versos del poeta griego Hesíodo sobre la Edad de Oro y su desaparición, son las manifestaciones escritas más antiguas de este estado de ánimo que impregnó toda la Antigüedad. Pronto surgen conflictos internos: los antiguos jefes tribales — "reyes" o "jueces"— desaparecen y en su lugar toma el relevo la nobleza. Los señores, los grandes terratenientes, comienzan a dominar. Ya estamos aquí, en plena Edad Media. Sólo en esta etapa del desarrollo comienzan a aparecer la escritura y los dogmas religiosos. Asistimos entonces a la formación de una mitología o teología, a la redacción de leyes: los Diez Mandamientos de los israelitas, el Código de Dracón entre los griegos y la Ley de las Doce Tablas en Roma. Entre los israelitas, la Edad Media comienza en el siglo X antes de Cristo. Surgen los primeros reyes de Israel. Pero el poder real permanece en manos de la clase poseedora, excepto quizás en la época de David y SaloMao. Entre los griegos, la Edad Media comienza aproximadamente en el año 1000 y entre los romanos, en el siglo VIII antes de Cristo.

Durante la Edad Media se desarrollan el comercio y la industria, representados por la burguesía de las ciudades. La Edad Media está a punto de terminar cuando esta clase alcanza un grado de desarrollo suficiente. La nobleza se suprime o desaparece. Nuevas concepciones religiosas o filosóficas comienzan a sustituir al viejo sistema de dogmas mitológicos o teológicos, ya arruinado. Las ciencias naturales progresan. El arte se vuelve más libre y variado. Las agrupaciones medievales se disocian en sus diferentes elementos. Surgen así los Tiempos Modernos.

En Grecia, comienzan en el siglo VI; en Roma, en el siglo II. Entre los israelitas, este desarrollo socioeconómico se ve interrumpido por catástrofes nacionales. En 722, el reino de Israel (el reino del norte, cuya capital era Samaria) fue derrotado y destruido por los asirios. En 586, el reino de Judá (el reino hebreo del sur, cuya capital era Jerusalén) corrió la misma suerte: fue destruido por los babilonios. Pero el proceso de desarrollo religioso, en lugar de detenerse, se fortaleció. De acuerdo con el espíritu de la Edad Moderna, los judíos llegaron al monoteísmo ético, los griegos a la filosofía moral y, entre las clases dirigentes, al monoteísmo y

la ética social (platonismo y escuela estoica). Las luchas sociales, que comenzaron durante la Edad Media, se hicieron cada vez más violentas. Entre los israelitas, entre los griegos, eran las masas populares las que luchaban contra los usureros y los saqueadores. En Roma, era la plebe contra los patricios, los pobres contra los ricos, los esclavos contra los amos. Las principales reivindicaciones eran: condonación de las deudas y reparto de las tierras. Las grandes reformas sociales comenzaron: probablemente a principios del siglo VII, en Esparta; en 621, en Judea; en 594 (Solón), en Atenas; y, en 367 y 133 en Roma. En Esparta, la lucha de clases desapareció durante varios siglos. En Atenas, por el contrario, alcanzó una violencia increíble y se agravó sin cesar. Es aquí donde debemos al mayor filósofo de la antigüedad: Platón (427347). Es también en Atenas donde se elaboraron por primera vez una teoría del comunismo y una teoría del derecho natural. En Roma, las luchas sociales no tuvieron una profunda influencia revolucionaria en la vida intelectual. Los romanos, además, no eran un pueblo intelectual. No hicieron nada para desarrollar la religión, la filosofía o las ideas sociales. La vida intelectual de Roma no es, en realidad, más que un pálido reflejo de la de los griegos. Los romanos parecen haber dedicado toda su capacidad intelectual a la guerra y al sometimiento de pueblos extranjeros, así como a la elaboración del derecho privado. En la historia del desarrollo intelectual de la humanidad, los romanos ocupan (excepto en el campo de la historia del derecho) un lugar muy pequeño.

Un rápido vistazo a la economía y la política de la Antigüedad basta para mostrar la considerable diferencia entre aquel periodo y el nuestro. Desde el principio, cuando se estudia la Antigüedad, se observa la ausencia total de máquinas y de instrumentos de trabajo perfeccionados. Hay, en cambio, formidables masas de esclavos. Al principio, estas masas estaban compuestas por ciudadanos reducidos a la condición de esclavos a causa de las deudas. Más tarde, los esclavos eran exclusivamente prisioneros de guerra, nativos dominados o robados por los traficantes de esclavos, sometidos a la explotación más inhumana y cruel. Entre los judíos hay pocos esclavos, también porque la vida política de los judíos es muy diferente de la de griegos y romanos. Durante muchos siglos, el Estado no se extendía más allá de los límites de una ciudad y sus alrededores. Los más famosos fueron los Estados de Atenas, Esparta y Roma. Eran pequeños territorios habitados por una escasa población, que rara vez superaba los treinta o cuarenta mil ciudadanos libres. Grecia e Italia contaban con varios de ellos. Pero, bien a causa de las guerras, bien como resultado de tratados de alianza, estos pequeños estados se fueron amalgamando hasta formar un gran estado. Todo ciudadano libre era al

mismo tiempo soldado. Todo el trabajo material se encomendaba a los esclavos. Por primera vez, los romanos crearon poco a poco un Imperio que englobaba tanto a las clases dominantes como a los pueblos oprimidos.

2 — Teoría del comunismo antiguo: la ley natural

Ya hemos visto más arriba que las clases trabajadoras abandonadas, a principios de la Edad Media, se aferraban a la supervivencia de la antigua igualdad e idealizaban el pasado que se desvanecía. El estado natural o la sociedad primitiva era el ideal que acariciaban, la situación a la que deseaban volver. En *Las Leyes,* Platón escribe lo siguiente sobre los hombres y la sociedad primitiva:

> "En estas condiciones no eran extremadamente pobres, ni se veían obligados, por la miseria, a trabajar en operaciones comerciales. Pero tampoco era posible enriquecerse, porque en aquella época no se poseía ni oro ni plata.
>
> "Cuando en una sociedad no existen ni pobreza ni riqueza, es natural que reinen en ella las costumbres más nobles. Porque no puede haber ni arrogancia, ni injusticia, ni envidia, ni rivalidades. Los hombres deben ser necesariamente buenos —gracias a la sencillez de sus condiciones de vida… Es cierto que las generaciones que viven en tales condiciones… se vuelven menos experimentadas y menos aptas para las artes y las industrias que las generaciones actuales.
>
> "Sin embargo, en aquellos tiempos pasados, los hombres eran mejores y más valientes, más amables y más justos en todos los aspectos. En aquella época aún no existía la escritura. Los hombres organizaban su vida únicamente según los hábitos y costumbres tradicionales".

Esta doctrina del estado de naturaleza basado en la igualdad se perfeccionó posteriormente. En la época de Aristóteles (que fue discípulo de Platón y maestro de Alejandro Magno de 340 a 325 a.C.), se pensaba que el estado de naturaleza se basaba en la igualdad. C.), se pensaba generalmente que

> "el derecho asignado al amo de disponer libremente del esclavo es contrario a la naturaleza" y que "la diferencia entre hohombres libres y esclavos fue creada sólo por las leyes humanas y no por la naturaleza; y esto es una injusticia, porque significa una modificación en el orden natural de las cosas". (Aristóteles, *Política*).

Estas dos citas de Platón y Aristóteles contienen ya buena parte de la historia del derecho natural. Los estoicos (siglo III a.C.) desarrollaron y ampliaron esta doctrina. El fundador de la escuela estoica fue Zenón, que enseñó hacia el año 300. Las doctrinas de esta escuela ejercieron, a partir del siglo II a.C., una considerable influencia en la sociedad. C., una considerable influencia en los círculos cultos de Grecia, en los pensadores del Imperio Romano, así como en toda la Europa cristiana y moderna, hasta la Edad Contemporánea. Las modernas concepciones socialutópicas y anarco-comunistas deben mucho a esta escuela.

La teoría del derecho natural es una protesta contra las instituciones cívicas y jurídicas construidas sobre la base de la propiedad privada. Es una idealización de las condiciones de igualdad democrática de la época del comunismo primitivo. Llamando a los hombres a la vida natural, gritando: "Volvamos a la naturaleza", la teoría del derecho natural condena la civilización. Pero, al mismo tiempo, es también la expresión de una aspiración que podría ser tanto un deseo de volver al antiguo estado de cosas como un ideal de transformación jurídica y social del orden existente. Las condiciones de vida de la era moderna, engendradas por el desarrollo de las ciudades, el comercio y la industria y la destrucción de todo vestigio de propiedad colectiva del suelo, se consideran condiciones de vida antinaturales, porque se apartan de la simplicidad primitiva, creando un tipo de vida artificial, de lujo, de ocupaciones múltiples y variadas, en un laberinto de leyes y reglamentos externos de todo tipo. En el estado de naturaleza, no existían ni leyes ni órganos externos de compresión. La naturaleza, imbuida del espíritu divino, marchaba de acuerdo con la ley divina, sin principio ni fin, que sólo establece lo que es bueno y lo que es justo. La ley natural es buena porque es una ley de la Razón. Está por encima de todas las leyes humanas, por encima de lo que se ha llamado derecho positivo. Es válida para todos los hombres, sin excepción. Todos son libres e iguales. En la Edad de Oro, en el estado de naturaleza, en el período anterior al pecado original, el mundo se regía por la ley natural divina, es decir, por la ley de la Razón. Los hombres vivían sin Estado, sin ningún tipo de opresión, sin que sus acciones estuvieran sujetas a reglas de ningún tipo. Obedecían los mandamientos naturales de bondad y justicia. Pero las generaciones siguientes se corrompieron. Surgieron la codicia, el descontento y las luchas internas. Los hombres crearon entonces un Estado, la propiedad privada y leyes diferentes, sin alcanzar la felicidad que antes habían disfrutado. La sociedad humana enfermó. Sólo un remedio puede curarla: la renuncia a todas las instituciones artificiales, el retorno a las instituciones naturales, la vuelta a la vida en armonía con la naturaleza.

Los estoicos eran comunistas, anarquistas e internacionalistas. En esto se parecen a los profetas judíos, de los que sólo se diferenciaban en que éstos concentraban sus esperanzas en Yahvé, mientras que los estoicos veían la salvación en la naturaleza, completamente impregnada del espíritu divino.

Estas dos corrientes se reúnen, se funden en una sola doctrina: el cristianismo.

Primera parte: Las luchas sociales en la Antigüedad

Capítulo I — Palestina

1. El régimen social

En el siglo XII, antes de Jesucristo, los hebreos, hordas nómadas que vivían en los desiertos del norte de Arabia y en la parte oriental de Egipto, penetraron en el país de Canaán. Organizados en familias y tribus, según el parentesco, vinieron, bajo la dirección de jefes, a conquistar nuevos territorios y a establecerse en ellos.

Los hebreos eran hombres obstinados e irritables. Los peligros de la vida en el desierto habían creado en ellos cierta capacidad para la lucha. También estaban fuertemente unidos por la disciplina tradicional de las tribus. Por eso consiguieron, tras muchas luchas, vencer la resistencia de los habitantes de Canaán, muy superiores a ellos en cuanto a cultura, y apoderarse del país. Los bárbaros victoriosos distribuyeron el territorio conquistado entre tribus y familias. La propiedad privada del suelo era aún absolutamente desconocida para los hebreos. Las tribus consideraban los territorios conquistados como propiedad colectiva, y las familias, a su vez, consideraban la tierra que ocupaban como propiedad de la tribu. Ni siquiera existe, en hebreo, una palabra para designar la propiedad. Sólo existe la palabra nachlah, que significa "parte hereditaria". La propiedad, en hebreo, se llama baal, palabra que también significa el señor, el esposo o el creador.

Las familias hebreas estaban acostumbradas a considerar la propiedad como ilimitada. Disponían libremente de ella. Esto se debe quizá a su posesión ininterrumpida y a su exploración y uso individual de la tierra. Es posible que la cultura de los habitantes de Canaán también incluyera este sentido. Pero a través de las ventas y las hipotecas, la igualdad económica desaparece progresivamente. La sociedad de los antiguos se divide en clases.

El dios supremo de los hebreos, en la época en que invadieron el país de Canaán, era Jahveh o Jehová, dios del desierto, del calor tórrido, del fuego ardiente y de las tormentas. En las luchas con los otros pueblos, Yahvé aparece como un héroe guerrero. En la vida interna de los hebreos, su dios

es un protector de la cohesión de las tribus, un legislador que exige una vida ordenada y pura.

Para los hebreos, Jahvé encarna las propiedades físicas del desierto, así como las condiciones sociales, económicas y normales de las hordas nómadas. Los sacrificios que le ofrecen son muy pobres: un poco de harina, un asno o cosas equivalentes. Los nómadas del desierto no podían ofrecer nada mejor a Dios. A pesar de su indigencia y de su tipo de vida, éste era el dios que los hebreos adoraban y temían. Lo crearon a imagen de su entorno físico y de su organización social.

Baal, el dios de Canaán, era un dios diferente. Al igual que Dioniso, el Baco de los griegos, Baal era el símbolo religioso de una naturaleza poderosa, el dios de un país donde abundaban la leche y la miel, el aceite y el vino. Era el que daba la vida y fecundaba a los hombres, los animales y las plantas. Este dios contenía en sí todo el misterio de la creación. Los colines sagrados, los altares, eran lugares donde los hombres se entregaban a violentas orgías, dando plena expansión a los instintos físicos. Los sacrificios al dios Baal eran festines voluptuosos, donde predominaba el lujo. Las arboledas sagradas eran los lugares perfectos para los abrazos ardientes… A los ojos de los profetas, el culto a Baal no era más que un pretexto para que los hombres se entregaran a la lujuria, copulando abundantemente. Desde el punto de vista social, Canaán había alcanzado hacía tiempo un estadio superior al de la organización tribal. Ya estaba dividida en ciudades, donde existían el comercio y la industria, y donde todo se había transformado ya en propiedad privada.

Transportados a un nuevo entorno, los hebreos (o isrelitas) basaron su sociedad en el trabajo agrícola, y pronto cayeron bajo la influencia de la civilización de los habitantes de Canaán. La vida religiosa de los nómadas no respondía a las nuevas necesidades de la vida rural. Jahvé no era un dios capaz de fertilizar los campos, los viñedos, los olivos, ni de proporcionar cosechas abundantes. No poseía ninguna de estas cualidades, porque sólo era un dios del desierto. La nueva organización social ya no podía obedecer las leyes de Jahvé. Como siempre, la vida fue más fuerte que la idea. Jahvé se fue distorsionando y modificando, adquiriendo las cualidades de Baal. El culto a Jahvé se fue asemejando cada vez más al culto a Baal. Los hebreos, directa o indirectamente, abandonaron al dios tradicional y se adhirieron a la religión de Baal. A partir del siglo IX, la sociedad se sumió en una profunda crisis religiosa, que revolucionó todas las costumbres y principios morales del pueblo hebreo.

Surgió un violento conflicto entre los partidarios de Yahvé y los de Baal. Los profetas, vestidos de beduinos, procedentes del desierto, se pusieron

a la cabeza de los partidarios de Jahvé. Los primeros profetas fueron Elías y Eliseo, que seguían fuertemente influidos por la religión tradicional. Luego vinieron predicadores de mayor envergadura, como Amós, Isaías y Jeremías, que encabezaron la lucha de clases de los desheredados, exigiendo justicia social pura y simple. Estos profetas consideraban a Yahvé el dios del universo, el juez del mundo, y luchaban contra las nuevas concepciones de la divinidad. Realmente. El desarrollo económico de Israel y la consiguiente división de la sociedad en clases agravaron la crisis, durante la cual la noción de Yahvé adquirió nuevos significados que implicaron una verdadera revolución en el ámbito religioso.

La transformación del primitivo estado de cosas se vio precipitada además por las guerras, en las que los hebreos luchaban unas veces para defender el país, otras para ampliar sus territorios. Estas guerras suscitaron entre las tribus de campesinos el deseo de organizar un gobierno central. Los campesinos empezaron a exigir la elección de un rey capaz de defender sus fronteras de los ataques enemigos y de luchar en las guerras por sus intereses contra los pueblos vecinos. Hasta entonces, las tribus de Israel habían mantenido una lucha desesperada por la vida. Desde entonces, han conquistado una posición que ya inspira el respeto de los pueblos limítrofes. Ya no los atacan. Durante mucho tiempo, el pueblo de Israel consigue vivir en paz. Se han acumulado grandes reservas de metales preciosos. Se ha desarrollado la agricultura. Tras aplastar a los habitantes de Canaán, los israelitas se hicieron dueños de todas las carreteras por las que llegaban a la costa. De este modo, entablaron relaciones comerciales con los navegantes fenicios del Indo; el reino fue para el comercio un poderoso protector. Las sangrientas guerras con Edom, en los siglos IX y VIII, fueron esencialmente guerras comerciales. Los mercaderes querían conquistar Elat, un puerto en el mar de los Gusanos, para poder importar oro de Ofir y especias de la India. Los reyes Josafat, Joram, Amasías y Osías lucharon por la posesión del golfo de Akaba. Más tarde, los judíos fueron expulsados del puerto de Elat por el rey sirio Rezin. La tribu de Zabulón también se asentó en la costa alrededor de Sidón.

Israel alcanza el nivel comercial y agrícola de los habitantes de Canaán antes de la invasión judía.

El pueblo se adhiere al culto de Baal y danza en torno al becerro de oro.

2. — Antagonismos de clase y profecías

Los tiempos en que Israel vivía en paz y libertad bajo los viñedos y los olivos han desaparecido para siempre. La desigualdad económica aumenta sin cesar, trayendo consigo renovados conflictos entre las clases

enfrentadas: ricos y pobres, clases propietarias y explotadas, opresores y oprimidos. Los propietarios adoraban a Baal, el dios de la fecundidad, la alegría y el beneficio. Los pobres permanecían fieles a Yahvé, en quien veían al dios de la cohesión de la tribu, al dios de la comunidad, de la bondad y de la misericordia.

> "¡Ah, qué hermoso era Israel cuando sus tribus acampaban en el desierto! Y las tiendas, ¡qué hermosas eran! En aquel tiempo, ¡Israel amaba a Jahvé y era amado por él!".

El período de vida nómada y la antigua organización en tribos aparecen, a los ojos de los desheredados, como una Edad de Oro.

> "¡Qué dulces son las palabras de los profetas, por lo general tan duras e intolerantes, cuando se refieren a la juventud de Israel!".

Se ve, pues, que la rivalidad entre Jahvé y Baal no era más que un reflejo, en el terreno religioso, de la lucha de clases que aparece con la transformación económica del país.

Los desheredados, en medio de su miseria, levantan los ojos hacia Jahvé y los profetas:

> "Mi marido, tu esclavo", se lamenta una mujer a los pies del profeta Eliseo, "acaba de morir. Como sabes, adoraba a Jahvé. Y ahora vienen los acreedores y quieren llevarse a mis dos hijitos como esclavos".

El capital semita en la tierra de Canaán se comportaba con tanta crueldad como el capital ario en Grecia o Roma. La palabra hebrea nechech, que significa literalmente perro rabioso, y que era el término utilizado para designar la usura, muestra cómo los usureros eran odiados por los pobres israelitas. La nueva economía monetaria y el desarrollo de la propiedad privada determinaron la descomposición del antiguo régimen y de las viejas costumbres, dividiendo a la sociedad en dos bandos hostiles: por un lado, los ricos, que vivían entre los más abundantes y, por otro, los pobres, abandonados a la miseria y a la opresión.

La consecuencia lógica de este estado de cosas fue el estallido de encarnizadas luchas de clases. Pero los conflictos cada vez más violentos entre las clases no se manifestaron en carnicerías o levantamientos, como en Grecia o Roma, donde sacudieron la vida social hasta sus cimientos. En Israel, aparecieron bajo el aspecto de un fermento religioso y social. Los profetas, luchadores abnegados, ardientes defensores de la causa de la justicia, fueron los principales intérpretes de las aspiraciones de las masas. Poco a poco se convencieron de que la ética social debía ser el elemento más importante de la religión. Al final de este proceso de transformación religiosa, Yahvé dejó de ser un dios local y nacional para convertirse en el

dios universal de la justicia. Los profetas, elevan al primitivo ídolo de las tribus nómadas de Israel a la categoría de dios universal y del amor a la verdad. Los simples dirigentes nacionales, al principio, se convierten también en políticos de importancia mundial. La especial situación geográfica y política de Palestina pronto les obligó a entrar en la vorágine de la política mundial.

Palestina era, en efecto, tanto por su posición general como por la estructura de su suelo, un eslabón entre AsiaMeno y Egipto, es decir, entre los imperios rivales de la época. Por lo tanto, estaba constantemente expuesta a invasiones. Sus habitantes vivían en constante expectación ante ataques inesperados, y seguían de cerca los movimientos políticos de importancia mundial. Los principales guías intelectuales del pueblo hebreo, los profetas, no perdían de vista la actividad de los grandes Imperios, que luchaban por la hegemonía mundial. Sopesaron cuidadosamente el valor de los hombres y de las cosas. Asiria, Babilonia, Egipto, Persia, eran para ellos, simples instrumentos en las manos de Dios y todo el Universo estaba sometido a Su voluntad. Cuando la tempestad arrasa la historia, derribando todo lo que estaba en lo alto, aplastando a los arrogantes y a los soberbios, en medio del derrumbamiento general de todos los poderes divinos y terrestres, una nueva moral se levanta majestuosa y eterna, partiendo de Israel y extendiéndose a todo el universo. Los profetas anunciaron la terrible catástrofe que amenazaba a los reinos de Israel y Judá. Anunciaban también la purificación definitiva, así como la redención de la Humanidad —que estaría para siempre libre de guerras y disturbios sociales, de todas las luchas internas y externas— por la victoria del espíritu, por el advenimiento del reino del derecho y de la justicia, que Jahvé quería instaurar, a través de los judíos, en el mundo entero. Comenzando por una lucha puramente local en favor de los oprimidos, los profetas terminan su inolvidable carrera proclamando la misión moral de Israel.

3. — Hacia la justicia social

Amós, el sacerdote de Thécoa, alza su voz contra todos los pueblos de Siria y Palestina, y anuncia la desgracia que les espera como castigo por sus pecados:

> "Haz oír tu voz en todos los palacios de Asbod y en todos los palacios de los países de Egipto, y di: ¡Reúnanse en la cima de los montes de Samaría para contemplar el desorden que reina entre los pueblos de la tierra y la opresión a que están sometidos!". "No practican lo que

> es justo —dijo el Eterno—. Acumulan en sus palacios los productos de la rapiña y la violencia".

Los ricos creen que obedecen las leyes de Dios sólo porque rezan o hacen sacrificios. Pero Yahvé dijo:

> "Detesto, desprecio vuestras fiestas. No me honran vuestras asambleas solemnes. No quiero aceptar vuestros holocaustos ni vuestras ofrendas. No quiero contemplar vuestros animales bien alimentados, ni vuestros sacrificios de prosperidad. ¡No quiero oír el sonido de vuestros cantos! ¡Cierro mis oídos a la música de tus instrumentos! Porque la justicia fluirá como el agua; de un río inagotable. La familia de Israel me ofreció; ¡sacrificios y regalos en el desierto!".

Jahvé no pide sacrificios ni oraciones. Quiere justicia. Los jueces no deben pronunciar sentencias favorables a los ricos. Los ricos no deben violar a los pobres. Los comerciantes de grano no deben seguir engañando a los hambrientos. Amós ataca a los príncipes y a los poderes, a los ricos y a los afortunados que viven en palacios de mármol, reposan su pereza en divanes lujuriosos, se reclinan en lechos de marfil, se desnudan con opulentos festines de carne de asnos o de animales, domésticos.

> "Juegan a la cítara y cantan. Beben vino; en grandes copas. Se ungen con los mejores aceites. Pero se olvidan por completo de los sufrimientos del pueblo.

He aquí por qué pronto serán castigados.

> "Jeroboam morirá atravesado por una espada e Israel sufrirá un duro cautiverio, lejos de su patria.

Es necesario, pues,

> "hacer el bien y no el mal, no sea que sucumbas. Huye del mal y haz el bien. Seamos justos en nuestros consejos, y Dios tendrá piedad de su pueblo".

Osías advierte a los hijos de Israel de que Jahvé, por diversas razones, no está complacido con sus acciones,

> "porque no hay verdad, ni bondad, ni temor de Dios, en el país. Sólo hay perjuros y mentirosos, asesinos, ladrones y adúlteros. Todos usan la violencia, todos se convierten en asesinos.

Israel se enorgullece ahora de sus riquezas, pero "el mercader tiene en su mano balanzas falsas y comete actos fraudulentos".

En política exterior, los hombres también han abandonado a Jahvé. Israel corre de un lugar a otro, como una paloma extraviada y perdida, aliándose

unas veces con Asiria, otras con Egipto, para defenderse de los ataques de los enemigos. Por eso el país sufre y el pueblo se arruina. ¡Qué diferente era Israel en los días de su juventud, cuando vivía en el desierto y no adoraba a Baal! Ahora, en cambio, siembra maldad y maldad, cosecha injusticia y come el fruto de la mentira. Por eso no puede escapar al castigo. El país será completamente destruido e Israel caerá en cautiverio.

"Si sembráis justicia, cosecharéis misericordia. Si practicas la misericordia y la caridad, podrás contar en todo momento con la protección de Yahvé" porque entonces "tendrás el amor de Yahvé. Se aliará con su pueblo y hará desaparecer todos los instrumentos de guerra y la guerra misma, porque la alianza entre Yahvé y su pueblo se basará en el derecho y la justicia, el amor y la misericordia".

La santa ira de Miguel se dirige contra los ricos de su país:

> "¡Escuchad lo que os digo, jefes de la casa de Jacob y jueces de la casa de Israel! ¡Tenéis horror de lo que es justo! ¡Tergiversáis todo lo que es justo! Vosotros sois los responsables de la situación actual de Sión, que está a merced de los asesinos, y de la situación actual de Jerusalén, donde reina el crimen. Los dirigentes cambian justicia por regalos. Los sacerdotes enseñan por un salario. Por vuestra culpa, Sión será arrasada y quedará como un campo removido por el arado; Jerusalén se convertirá en un montón de ruinas, y las colinas donde ahora se alzan los templos se cubrirán de bosques."

La desconfianza, la disensión, la lucha de todos contra todos, dividen al pueblo. No se conquista Jahvé sólo con holocaustos.

> "¿Crees que Jahvé se contentará con miles de corderos inmolados, o con los torrentes de aceite que se derraman en su intención? Se te ha mostrado, ¡oh! hombre, que Jahvé sólo desea que realices buenas acciones: Quiere que respetes el derecho, que ames la bondad y que todos se comporten con humildad ante Dios".

Isaías, en un lenguaje duro, somete toda la vida social de Palestina a una crítica implacable. No encuentra nada bueno. La ley y la justicia ya no existen. La pureza de costumbres ha sido sustituida por el lujo, por una sed ilimitada de placer, por la codicia y la búsqueda de la riqueza y la gloria. Los pobres, las viudas y los huérfanos son oprimidos y explotados sin piedad. Los pequeños propietarios son despojados de sus bienes por los más ricos.

> "La desgracia caerá sobre las cabezas de aquellos que sumen tierra a tierra hasta que ya no quede ni un rincón libre, y todo el país sea sólo suyo".

Ante los intentos de sancionar este estado de cosas, el Profeta exclama:

> "¡La desgracia caerá sobre las cabezas de quienes, en sus juicios, decretan leyes inicuas y establecen normas injustas para la opresión de los pobres, violando el derecho de los desheredados de mi pueblo y convirtiendo a las viudas y huérfanos en presas de la ambición de los ricos!".

Por eso Jahvé no escucha las plegarias ni acepta los sacrificios de Israel:

> "No me ofrezcáis sacrificios vanos. Odio el incienso que quemáis. No soporto las Nehemías, los Sabbats y las demás fiestas. En las asambleas sólo encuentro iniquidad. Cuando los hombres extienden sus manos implorando mis favores, aparto los ojos para no verlos; y cuando me dirigen plegarias, no las oigo, porque las manos de los hombres están llenas de sangre."

La maldición de Dios caerá sobre todos los soberbios y poderosos. Yahvé arrancará el cabello de las cabezas de las hijas de Sión, los adornos, las pulseras, los collares, los pendientes, las fajas, las joyas, los vestidos, los mantos, los pendientes, los cofres de esencias y perfumes... Los hombres serán muertos a espada, y los héroes caerán para siempre en la batalla." "E Israel caerá en cautividad. Los grandes morirán de hambre, sus hombres morirán de sed, sus nobles serán humilificados." "Entonces los desheredados volverán de nuevo al seno de Dios. Los pobres tendrán en el Santo de Israel un motivo de alegría, porque todos los tiranos habrán muerto y porque ya no habrá hombres desalmados."

Pero Israel se salvará si vuelve al seno de Dios y observa sus mandamientos:

> "Lavaos, purificaos, desechad toda malicia de vuestros pensamientos, para que yo vea bondad en vosotros y comprenda que ninguno de vosotros hará el mal. Aprended a hacer el bien, buscad la justicia, ayudad al oprimido, reconoced el derecho de los huérfanos y defended a las viudas".

Jeremías, que, como hombre y como pensador, es quizá el más grande de todos los profetas, recuerda, en nombre de Jahvé, a la casa de Jacob y a las familias de Israel, el tiempo del desierto:

> "Aún recuerdo el tiempo en que, llena de virtud y belleza, eras una novia amorosa, cuando me acompañaste, en el desierto, por la región donde no se siembra.... Te hice conocer una tierra fértil, para que recogieras los frutos más sabrosos y los mejores productos. Pero después de conocerla, deshonraste mi herencia porque te dedicaste

> al culto de Baal, porque te entregaste al saqueo, oprimiste, dividiste y diste a luz la mentira."

En términos conmovedores pero implacables, el Profeta predice la partida de Judá al cautiverio y la destrucción de Jerusalema.

Pero se esfuerza por defender a Judá y aplacar la ira de Jahvé. El hombre no es libre, no actúa como quiere.

No puede elegir:

> "Sé, ¡oh! Jahvé, que el hombre no siempre puede escoger el camino que desea, pues nadie puede caminar y dirigirse por sí mismo."

Pero la justicia social es la única finalidad de la vida del pueblo. El orden moral debe triunfar. Los judíos deben sufrir, porque se han alejado de Jahvé, para poder cumplir después su misión histórica.

Sofonías, contemporáneo de Jeremías, resume en algunos capítulos toda la lucha y anuncia la proximidad del día de Jahvé, el día en que Judá será condenada.

> "Y en aquel día, a la puerta de los Peces, se levantará un grito de júbilo y de lamento desde la ciudad nueva. Y un gran rugido sacudirá las colinas. Aullad, habitantes, porque todos los mercaderes perecerán, porque todos los que hayan atesorado dinero serán aniquilados..... Ni el dinero ni el oro podrán salvaros ese día de la ira de Jahvé. La tierra será consumida por el fuego de su resentimiento".

Ezequiel examina el problema con menos ardor profético, pero de forma más profunda:

> "La maldición caerá sobre los pastores que se apoderan de todo en vez de conducir los rebaños a buenos pastos. Te comes la grasa, vistes la lana y matas a tu rebaño, pero no conduces a las ovejas a buenos pastos No quieres ayudar a los débiles ni curar a los enfermos. No buscas curar a los heridos, ni llevar a la oveja perdida al buen camino. Sólo quieres reinar con crueldad, sólo deseas dominarlas..."

Pero yo también juzgaré a mis rebaños, dice Jahvé:

> "Sabré distinguir las ovejas buenas de las malas, las gordas de las flacas. Porque pisoteáis a las débiles, las alejáis a golpes. Quiero ayudar a mi rebaño para que no vuelva a ser saqueado".

Cada uno es responsable de sus actos. Cada uno puede elegir entre el bien y el mal, tiene libre albedrío para hacer el bien o el mal. Precisamente por eso Israel debe convertirse y obedecer los mandamientos de la ley de Yahvé.

Todos los profetas, mientras censuran y anuncian las catástrofes inminentes, saludan a Israel, convencidos de que la Humanidad aún podrá obtener la redención definitiva. Las profecías alcanzan su culminación en Isaías. Los judíos son el pueblo elegido por Dios para la instauración de su reino de justicia:

> "Tengo en mí el espíritu de Jahvé. Me ha ungido con sus santos óleos. Me ha enviado para llevar un mensaje de alegría a los desheredados, para aliviar los dolores de los corazones heridos, para anunciar a los prisioneros que se acerca la hora de la liberación y para decir a los desdichados que serán redimidos".

Si este pueblo acepta la misión que se le ha confiado, se convertirá en el centro de la humanidad. Después de haber sido, durante tanto tiempo, despreciado y menospreciado, Israel será la ornación de la Humanidad.

> "Despertad, ved la luz. Porque llega la luz, y la majestad de Yahvé se eleva sobre ti. Porque tus ojos muestran que toda la tierra está sumida en tinieblas, y todos los pueblos viven en la oscuridad. Pero sobre ti brilla la munificencia de Yahvé. Y los paganos serán atraídos por tu luz, y los reyes por el resplandor que se eleva sobre ellose.… Tus palabras enseñarán la paz y la justicia.… Porque tu pueblo será un pueblo de justos y poseerá la tierra por toda la eternidad".

Su contemporáneo, Ezequiel, esboza la imagen de un Estado judío divino, donde todas las personas serán iguales. En ese Estado reinará la igualdad.

> "Y la tierra será dividida en porciones iguales y distribuida entre todos los hombres.… Y cuando la tierra esté dividida en partes iguales entre todos, los extranjeros que residan en ella serán tratados de la misma manera que los hijos de Israel. También se les deberá dar una parte de la tierra en las tribus en las que sean recibidos.

El ideal de la paz eterna está íntimamente unido al ideal del derecho y la justicia.

> "Los lobos vivirán junto a los corderos y los leopardos junto a las ovejas. Un niño llevará a los pastos, codo con codo, a los terneros, a los leones y a los animales adultos. Las espadas se convertirán en rejas de arado, y las hoces en guadañas; porque ningún pueblo tomará ya las armas contra otro pueblo, y por tanto no tendrán necesidad de estudiar las artes de la guerra".

Zacarías profetiza la llegada de una nueva era, en la que Yahvé hará desaparecer los carros de guerra de Efraín, los carros de combate de Jerusalén y todos los artificios de guerra. Anuncia una paz eterna para

todos los pueblos. En esta nueva era, Yahvé dominará el universo, todos los mares y todas las tierras, hasta los confines de la tierra:

> "Mi reinado no se fundará ni en las armas ni en la violencia, sino en el espíritu".

Y uno de los últimos profetas, Malaquías, predica la fraternidad entre todos los pueblos, entre todos los hombres de la tierra:

> "¿No somos todos hijos de un mismo padre? ¿No hemos sido todos creados por el mismo Dios? Por qué, pues, vivimos despreciándonos unos a otros?".

4. Los intentos de reforma

En el último cuarto del siglo VII (o, más exactamente, en el año 621 a. C.), se intentó una reforma contra los abusos. Moisés la expone en los libros III y V. En general, esta reforma contiene las principales reivindicaciones de los desheredados de toda la antigüedad —griegos y latinos incluidos— y se refiere a la prescripción de las deudas y a la nueva división de la tierra. Proclama que la tierra pertenece a Jahvé, es decir, que debe ser propiedad común de todo el pueblo.

> "Por lo tanto, nadie debe apropiarse de la tierra para siempre."

En cada cincuentenario se dará un paso hacia el retorno a la libertad y la igualdad.

> "El quincuagésimo año será santificado y considerado como un año de libertad, en el que cada uno volverá a casa con los de su propia raza".

También era necesario aliviar la situación de los individuos condenados a la esclavitud por deudas:

> "Si tu hermano se ha empobrecido y se ha vendido a ti, no debes tratarlo como a un esclavo, sino como a un trabajador y a un huésped; y sólo debe servirte hasta el año del jubileo. Entonces se irá con sus hijos y volverá a la casa de su padre. Cada siete años habrá un año de jubileo, en el que prescribirán todas las deudas. Si un hombre ha prestado dinero a su prójimo no lo cobrará, porque en ese año Jahvé ha ordenado que se cancelen todas las deudas. En ese año no habrá un solo mendigo entre nosotros. Si uno de tus hermanos es pobre, no debes cerrar tu corazón a los buenos sentimientos, ni alejar de ti a tu hermano pobre… Tampoco debes pensar para tus adentros: "Se acerca el año del Jubileo. Voy a perder

> mi dinero". Al contrario, debes tender la mano a tu hermano desgraciado. Si tu hermano se vende, te servirá durante seis años, y el séptimo año deberás prescindir de él. Y quedará libre".

El derecho de hipoteca también estaba limitado:

> "Si has prestado dinero a tu hermano, no debes ir a su casa y tomar posesión de lo que es suyo, sino esperar, desde fuera, a que te traiga lo que es tuyo. Pero si es pobre, debes devolverle lo que te ha dado antes de la noche, para que se cubra con su manto cuando se vaya a dormir".

Nadie debe apoderarse de los bienes de las viudas y los huérfanos. El salario debe pagarse todos los días. El hecho más característico, en cuanto a la pervivencia de las antiguas tradiciones de la propiedad común de la tierra, es la concesión del derecho a arrancar espigas en el campo del vecino, así como el derecho a utilizar herramientas para la recolección de espigas, y la obligación de dejar a cada uno una pequeña porción del campo para que los pobres recojan lo que necesiten.

Pero ciertos testimonios demuestran que estas reformas sociales no se aplicaron plenamente. La cláusula del año jubilar nunca se puso en práctica. La ley que preveía el perdón de las deudas fue abolida durante el auge comercial que tuvo lugar inmediatamente después del destierro. El profeta Jeremías lamenta que estas leyes no se aplicaran. En Nehemías volvemos a oír las quejas del pueblo contra la usura practicada por los propios judíos, contra la servidumbre por deudas y contra la confiscación de bienes en los campos y viñedos (hasta el 500 a.C.). El Talmud, que en su parte jurídica es una codificación del derecho establecido en el ámbito de la propiedad privada y el comercio, nos transmite también la fórmula escrita del tribunal para los casos de inobservancia de la ley relativa a la prescripción de las deudas. Esta ley no se aplicaba por razones puramente económicas. El Talmud afirma a este respecto

> "Si se hubiera conservado la ley sobre la prescripción de las deudas, las solicitudes de préstamos dejarían de existir".

Además, afirma que cuando se creó esta ley, se recomendaba:

> "No debes albergar en tu corazón ningún mal pensamiento que te impida ayudar a tu prójimo, porque se acerca el año del perdón de las deudas".

Pero como era imposible evitar tal pensamiento, los rabinos decidieron abolir la ley del jubileo. En otras palabras, esto significa que el desarrollo económico era más fuerte que la legislación social.

En la práctica, esta legislación social fue totalmente abolida, con la única excepción de las cláusulas morales que recomendaban la práctica de la caridad hacia los pobres y las leyes generales sobre la ayuda a la pobreza.

Pero las tradiciones de la comunidad primitiva se conservaron en el seno de las clases bajas. Aún en tiempos de Jesucristo se encuentra con frecuencia la siguiente frase, que expresa las diferentes opiniones existentes entre los judíos sobre la propiedad:

> "Hay cuatro clases de individuos. Algunos dicen: lo mío es mío y lo tuyo es tuyo. Estos pertenecen a la clase media o, como también se dice, a Sodoma. Otros dicen: lo mío es tuyo y lo tuyo es mío. Esta clase está representada por los hombres del pueblo. Hay otros que dicen: lo mío es tuyo, y lo tuyo es sólo tuyo. Tales son los hombres piadosos. Otros, finalmente, dicen: lo mío es mío y lo tuyo también es mío. Éstos son los malvados.

Esta referencia a las cuatro clases de individuos que existían en aquella época resulta interesante cuando se aplica a los individuos que viven hoy en Palestina. La primera será la burguesía, con su limitada noción de la propiedad. Los que reprodujeron la frase añaden irónicamente que son el pueblo de Sodoma. Luego vienen los comunistas, que no distinguen lo mío de lo tuyo; se caracterizan como representantes del pueblo. Luego vienen los piadosos, que renuncian a toda forma de propiedad y son, por tanto, seguidores de la pobreza apostólica, que tan importante papel desempeñó en el cristianismo primitivo y en los siglos XII, XIII y XIV. Por último, la cuarta categoría no necesita explicación: está formada por explotadores, ladrones y asesinos.

5. — Los comunistas judíos: los esenios

Pero no sólo el pueblo estaba en contra de la existencia de la propiedad privada. Miles de judíos, pertenecientes a la más alta nobleza de Palestina, también intentaron implantar el comunismo en la práctica. Fueron los esenios (los justos), que aparecieron a partir del siglo II a.C., formando una secta especial. Son citados por todos los escritores de la época, que se refieren a ellos con respeto y consideración.

Intelectuales judíos, como Filón y José, familiarizados con la filosofía griega y, en general, con toda la vida intelectual de los romanos, hablan de la comunidad de bienes como símbolo de la virtud misma. José considera a Caín, asesino de su propio hermano, como el fundador del régimen de propiedad privada de la tierra. Es importante señalar que Caín fue, al

mismo tiempo, el primer hombre que construyó una ciudad. Filón cuenta, con gran satisfacción, que en Palestina vivían cuatro mil hombres virtuosos, llamados esenios, que vivían en aldeas y evitaban las ciudades. Huían de la corrupción de las ciudades. Vivían de la agricultura o de la pesca. No atesoraban oro ni plata, ni adquirían tierras con fines comerciales. Sólo trabajaban para obtener los recursos necesarios para su subsistencia. No poseían ninguna propiedad, porque no deseaban acumular riquezas. En aquella época, los esenios eran el único pueblo que no poseía propiedades, aparte de aquellos que habían sido desgraciados por los infortunios de la fortuna. Pero se consideraban los más ricos de todos los hombres, porque para ellos la ausencia de privaciones y la paz de espíritu eran los mayores tesoros de la tierra. Entre los esenios, los artesanos nunca fabricaban flechas, lanzas, espadas, armaduras, armas o artefactos bélicos de ningún tipo. Como deseaban evitar todo lo que pudiera despertar la ambición y la codicia, no se dedicaban al comercio ni a la navegación. No poseían esclavos. Todos los hombres eran libres y trabajaban por el bien común. Los esenios repudiaban toda forma de autoridad y dominación, por considerarlas impiedad, violación de una ley natural. Se guiaban por este principio: si las madres dan a luz y alimentan a todos sus hijos de la misma manera, los hombres también deben vivir como hermanos.

En la economía comunal y doméstica, se inspiraban en los principios de piedad, santidad y justicia, y en el conocimiento del Bien y del Mal. Regían su existencia por el postulado moral que manda amar a Dios, la virtud y la humanidad. La benevolencia, la equidad y, sobre todo, el reparto de los bienes se consideraban manifestaciones del amor al prójimo.

Ningún esenio tenía una casa propia, exclusivamente suya. Todos los miembros de la comunidad tenían derecho a las casas existentes. Además de vivir juntos, albergaban en sus casas a los compañeros que llegaban de otras regiones. Los almacenes con todos los bienes eran propiedad colectiva. La ropa y los alimentos no se consideraban propiedad privada. Ningún esenio guardaba para sí lo que ganaba, sino que lo depositaba todo en una caja destinada a formar un patrimonio común, que estaba a disposición de todos. Entre ellos, los enfermos y los ancianos eran objeto de los mayores cuidados.

Filón nos dice también que los esenios eran estimados y respetados en todas partes. Ni siquiera los procónsules más crueles encontraban motivos para perseguirlos. Al contrario, se vieron obligados a reconocer sus virtudes y a considerarlos hombres libres por naturaleza, con derecho a dictar sus propias leyes. Los esenios no sólo comían en común, sino que

también ponían en práctica la comunidad de bienes, prueba palpable de una existencia honesta y feliz.

El historiador José habla de los esenios con gran simpatía:

> "Desprecian la riqueza y viven en común, por lo que son dignos de admiración. No hay nadie entre ellos que se sitúe por encima de los demás a causa de su riqueza. Una ley obliga a los que se unen a la secta a entregar todas sus pertenencias a la comunidad. No hay miseria, lujo ni despilfarro entre los esenios, precisamente porque el dinero está a disposición de la comunidad. Los bienes son propiedad común de todos, en un régimen fraternal. Los miembros de la secta eligen a los administradores de la riqueza común. Y todos se dedican exclusivamente al bienestar colectivo".

Capítulo II — Grecia

1. — Desarrollo económico y social

Las tribus dóricas, jónicas y eólicas, que, llegadas del norte, tomaron posesión de la parte meridional de la península balcánica y pronto se hicieron famosas en la historia con el nombre de helenos o griegos, se organizaron, según su parentesco, en familias, fratias y fiendas. Con el paso del tiempo, los conquistadores dorios de Laconia (espartanos) y los conquistadores del Ática (atenienses) destacaron entre ellos, sobre todo por sus logros militares o su actividad filosófica, artística y política. Estos dos pueblos ocupan un lugar destacado en los anales del socialismo. Los espartanos y, en general, los dorios, fueron los practicantes del comunismo y del régimen económico igualitario, al igual que los atenienses y, en general, los jonios, fueron sus teóricos.

Al principio, los habitantes de Hélade se dedicaban a la ganadería y la agricultura. En esta época, desconocían por completo la propiedad privada y las ciudades. No sabemos cuánto duró esta situación ni cómo terminó. Sólo sabemos que, durante la segunda mitad del siglo VI, en la época de la redacción definitiva de las obras más antiguas de la épica griega, la Ilíada y la Odisea, la sociedad ya estaba dividida en clases.

Probablemente fueron las guerras, el comercio y la navegación los que hicieron desaparecer la primitiva organización social de la Hélade. La guerra se consideraba entonces un modo de vida especial, comparable a la caza o la pesca. Y los guerreros estaban orgullosos de su profesión. Gozaban de consideraciones especiales. Los más grandes filósofos de Grecia, como Platón y Aristóteles, no creían en la guerra. La Cruzada del Vellocino de Oro y la Guerra de Troya nos llevan a la conclusión de que los habitantes de Hellas se encontraban entonces en la fase del feudalismo. Ya había aparecido la colonización, y con ella el comercio y la navegación. Los dorios fundaron colonias en Creta, Rodas y Cos, así como en la Cride y el Helicarnaso (al sur de la cuenca occidental de Asia Menor). Durante el periodo comprendido entre 750 y 600 aproximadamente, los griegos se esforzaron por desarrollar sus empresas coloniales. Eran verdaderos herederos de los fenicios. Fundaron colonias jónicas en las costas del mar Negro, en Sicilia, en el sur de Italia y en el norte de África.

Paralelamente a esta actividad colonizadora, se desarrolló enormemente el comercio, que determinó el desarrollo de la industria. Los jonios exportaban artículos de lujo, vinos, tejidos y armas. Importaron metales preciosos, extraídos de las minas de Lidia, Chipre y España. La economía monetaria sustituyó a la economía natural y al comercio local. En tiempos de Homero, aún se utilizaba el buey como medida de valor o medio de cambio. Más tarde se acuñaron monedas de cobre y hierro y, en el siglo III, de oro y plata. A partir de entonces, la pasión de los grandes terratenientes por la caza y la acumulación de bienes, que había surgido en tiempos de Homero, se hizo cada vez mayor, Ulises atesoró riquezas de todo tipo durante sus viajes. Los primeros en sufrir las consecuencias de esta pasión de los poseedores fueron los aldeanos, cuyas tierras fueron expropiadas mediante transacciones comerciales o procedimientos judiciales.

Hesíodo fue el primer poeta individualista. La tradición lo presenta como un simple aldeano de Ascra, en Beocia. Aparece un siglo después de la aparición de la Ilíada y la Odisea. Es el primer poeta que se queja de la opresión de los humildes, de la creciente injusticia y de la supremacía de los ricos. Deplora, en términos conmovedores, el fin de la Edad de Oro, la época en que

> "todos trabajaban de buena gana y sus deberes eran bendecidos".

Lamenta

> "la desaparición de la segunda y la tercera Edad, sustituidas ahora por la Edad de Hierro, el actual período de sufrimiento y desgracia".
>
> "¡Oh, ojalá no hubiera venido al mundo en esta cuadragésima generación! ¡Ojalá hubiera muerto para nacer más tarde! Sí, porque estamos en la Edad de Hierro, los hombres viven eternamente atormentados durante el día por el trabajo y la miseria, y durante la noche por la corrupción. Los dioses hacen amargos presagios. Mientras tanto, el Bien y el Mal surgen al mismo tiempo. Zeus también destruirá a esta generación de hombres cuando el pelo de sus cabezas se vuelva blanco. Actualmente, el padre ya no es como el hijo, ni el hijo como el padre, ni el huésped como el huésped, ni el amigo como el amigo, ni el hermano como el hermano, como antes. Los padres, cuando envejecen, son despreciados por sus malvados hijos, que los insultan sin temer el castigo de los dioses. Llenos de violencia, los hijos no pagan a sus padres el precio de los cuidados que han recibido de ellos. Y unos saquean las ciudades de los otros. Ya no hay piedad, ni buenas acciones. Sólo se respeta a los violentos y malvados."

Como aves de rapiña, los fuertes depredan a los débiles. Pero Hesíodo no era un rebelde. Pide a su pueblo que se ponga a trabajar honradamente con la esperanza de tiempos mejores. No profetiza castigos ni desgracias. Predica, pero suavemente, a la manera de Salomón en los proverbios.

2. — ANTAGONISMOS ECONÓMICOS

Pero la predicación moral, como siempre, no pudo detener el proceso de descomposición. La economía monetaria, el comercio y la industria dividieron cada vez más a la sociedad helénica en dos campos opuestos: los ricos y los pobres. Los pequeños cultivadores se endeudaron. Los tipos de interés de los préstamos eran excesivamente altos, los usureros cada vez más exigentes y la legislación cada vez más despiadada, porque estaba hecha exclusivamente para proteger los intereses de los poseedores, como ocurre siempre en una sociedad de clases.

En el libro titulado *Las Leyes,* Platón observa con serenidad filosófica

> "Aquí nos encontramos de nuevo ante la gran cuestión de la finalidad de la ley y la justicia. Se dice que la legislación no tiene por objeto ni la guerra ni la virtud. Su única finalidad es proteger los intereses del régimen existente. Las leyes fueron creadas únicamente para preservarlo a toda costa. Las leyes son dictadas por los intereses de las clases dominantes. Quienes las promulgan castigan como criminales a todos los que las violan. E intentan hacer creer a la gente que esas leyes representan el derecho mismo".

Esto es lo que afirman los partidarios del Estado de clase.

> "Pero nosotros —continúa Platón— no consideramos justas aquellas leyes que no tienen por objeto la defensa de los intereses generales del Estado."

En la época de Platón ya existía un Estado de clases, la situación de la gente humilde era extremadamente penosa. Los deudores que no podían pagar sus deudas eran, con sus familias, convertidos en esclavos.

Los artesanos y los modestos comerciantes perdían día a día su antigua independencia. Junto a la nobleza terrateniente surgió una rica burguesía, que se alió con la antigua clase dominante para formar una misma clase propietaria.

> "El noble concurre con el bandolero y el bandolero con el noble. La riqueza mezcla a las familias — se lamenta un poeta. — La riqueza proporciona honores y poder".

A finales del siglo VI, Hélade entra en una fase de modernización. Teognis de Megara, un noble pobre pero orgulloso, que despreciaba tanto a la plutocracia como a la plebe, pintó un vívido cuadro de la situación de la época. Escribió en el tercer cuarto del siglo VI, en la ciudad de Megara, situada entre Corinto y Atenas. En esta ciudad, en el año 640, las masas, indignadas, se lanzaron sobre los rebaños de los grandes terratenientes y los exterminaron. La ganadería comercial a gran escala había conducido a la expropiación de la propiedad de los campesinos, como sucedería más tarde en Inglaterra en la época de Thomaz Moore. En los Elogios y Sentencias Morales, Teognis se lamenta:

"Plutón era adorado porque convertía a un hombre malo en un hombre honorable. Sería justo, en efecto, que los buenos fuesen ricos y los malos sufriesen los tormentos de la pobreza… Pero para la inmensa mayoría de los hombres sólo existe una virtud: la riqueza. Lo demás no lo valoran en absoluto… Hay que reconocer que la riqueza representa el poder supremo, en todos los sentidos y en todos los campos".

El estado de ebullición social, que ya se hacía sentir a finales del siglo VIII, se acentuó aún más en el siglo siguiente.

Las masas populares, los Demos, como los llamaban los griegos, es decir, los campesinos, artesanos, pequeños comerciantes y marineros, aún recordaban la antigua igualdad de la Edad de Oro, tan celebrada por los poetas. Por eso, en periodos de gran miseria, estas masas se sublevaban contra la nobleza del dinero. Las luchas de clases estallaban sin cesar. Se manifestaban como luchas de partidos, que entusiasmaban en grado sumo a los estadistas y a los pensadores jonios y dorios de la época.

Pero mientras en Atenas las multitudes se contentaban al principio con largas discusiones abstractas y polémicas filosóficas junto a reformas insignificantes, los espartanos eran más prácticos: en lugar de discutir, actuaban inmediatamente, provocando una revolución comunista.

Capítulo III — El comunismo en Esparta

1. — La legislación de Licurgo

Los dorios conservaron, mucho más firmemente y durante mucho más tiempo, el recuerdo de la igualdad primitiva que los jonios. La razón es la siguiente: las colonias dóricas eran esencialmente agrícolas: casi no tenían comercio ni navegación. Las colonias dóricas casi no tenían comercio ni navegación, por lo que carecían de los factores decisivos que habían acelerado el proceso de descomposición de la sociedad primitiva en todas partes.

Casi todo el mundo afirma que Licurgo fue el primer legislador a quien la tradición presenta como autor de una revolución comunista. Pero Licurgo, como Moisés entre los hebreos, era una figura legendaria.

Plutarco —nacido en el año 50 a.C., y que conocía todas las fuentes de la historia griega— afirma:

> "Nada puede decirse con certeza sobre el legislador Licurgo. Las opiniones de los historiadores sobre su origen, sus viajes, su muerte, y especialmente sobre las leyes y la constitución que creó, son muy contradictorias. La época en que vivió Licurgo es uno de los puntos más debatidos de la historia griega".

Los espartanos siempre se refirieron a Licurgo, viendo en él a un legislador culto, bondadoso y desinteresado, que había llevado a cabo una gran reforma política y había transformado completamente el orden económico, estableciendo el régimen comunista sobre una base sólida.

> "La segunda institución de Licurgo, posiblemente la más audaz de todas las suyas" —dice Plutarco—, "fue la división de las tierras. Esparta estaba sometida a un régimen de terribles desigualdades. Enormes multitudes de pobres eran mantenidas por el Estado. Junto a esta miseria, había un pequeño número de familias que vivían lujosamente, entregándose a la disolución, el orgullo, los celos, el fraude y la disipación. Para suprimir por completo estos males, y muchos otros aún más graves, que existían en el Estado como consecuencia de la riqueza y la pobreza, Licurgo consiguió que los ciudadanos pusieran sus tierras a disposición de la comunidad. Los hombres volvieron a repartirse las tierras entre sí y empezaron a

convivir en un régimen de absoluta igualdad y de completa comunidad de bienes.

"De este modo, todos se preocupaban únicamente de la virtud. Desaparecieron todas las desigualdades o diferencias. Sólo se seguían alabando las buenas acciones y castigando las malas".

Todo demuestra, sin embargo, que no fueron las palabras de Licurgo las que hicieron que los terratenientes se repartieran la tierra.

No debemos olvidar que en aquella época los pobres representaban la inmensa mayoría de la población, y que la riqueza se concentraba en un número insignificante de manos. También hay que recordar que los espartanos, como buenos espartanos, sabían manejar las armas.

Los ricos se vieron obligados a aceptar la implantación del comunismo. La nueva legislación, pronto puesta en práctica, dividió la tierra. Las tierras de Laconia se dividieron en treinta mil partes, correspondiendo una parte a cada habitante. Las tierras de los alrededores se dividieron en seis mil partes. Cada ciudad de Esparta recibió su parte. Cuentan que, algún tiempo después, Licurgo, paseando por los campos, vio un gran número de montones de trigo exactamente iguales, unos junto a otros.

Riéndose de los que le rodeaban, dijo que Laconia parecía un campo dividido entre hermanos.

Licurgo también quiso abolir las herramientas agrícolas para eliminar todas las desigualdades posibles. Pero su propuesta no fue aceptada. Intentó entonces conseguir el mismo resultado mediante medidas políticas destinadas a destruir la codicia y la avaricia. Comenzó por abolir todas las monedas de oro y plata, que fueron sustituidas por otras de hierro. Estas monedas, aunque muy grandes y pesadas, tenían un valor insignificante. Una suma de diez minas (tres mil escudos, aproximadamente), en estas monedas, ocupaba una habitación entera, y sólo podía transportarse en carros tirados por varios enganches. Tras la puesta en circulación de esta moneda, se acabaron los delitos en Laconia. A partir de entonces, nadie quiso robar, engañar o corromperse con algo que no se podía ocultar y que ya no se podía exhibir.

Licurgo prohibió en Esparta todas las artes y actividades que consideraba prescindibles para la vida. El comercio y la navegación desaparecieron por completo. Las comidas se volvieron sencillas, frugales y hechas en común. La comida consistía exclusivamente en pan, queso, vino, higos, verduras y, a veces, carne, sobre todo de caza.

Todos los ciudadanos estaban obligados a comer en común. Los niños, más tarde, también participaban en las comidas colectivas, para educarse escuchando las conversaciones de los adultos.

La educación de los niños y los jóvenes era objeto de gran preocupación.

> "También se intentaba proteger la infancia" —afirma Plutarco— El matrimonio y la procreación estaban regulados. En primer lugar, Licurgo quería fortalecer físicamente a la mujer, acostumbrándola a correr, a luchar, a lanzar el disco y la jabalina. Para destruir el pudor y todos los sentimientos que debilitan a la mujer, la obligó a aparecer completamente desnuda en las procesiones, junto a los hombres. Evidentemente, la desnudez de las doncellas no era inmoral ni indecente. Al contrario: las hacía más sencillas, más cuidadosas consigo mismas. Les inspiraba sentimientos nobles y elevados y les demostraba que podían igualar a los hombres en gloria y virtud."…

Tras purificar las uniones conyugales, Licurgo intentó combatir los celos de las mujeres. También pensó en purgar los matrimonios de todo libertinaje y corrupción, pero consideró útil para el Estado permitir que los hombres honorables se multiplicaran libremente y tuvieran una descendencia numerosa.

> "Sólo sobrevivían los niños sanos. Al resto se les mataba. La educación pretendía dotar al Estado de combatientes vigorosos, hábiles y valientes. Buscaba, al mismo tiempo, crear en los hombres un espíritu de solidaridad indestructible. En una palabra: el objetivo de la educación espartana era formar hombres de acción, no contemplativos ni débiles… Licurgo, por su parte, introdujo en Esparta hábitos de tal naturaleza que todos los miembros de la sociedad vivían fuertemente unidos a los intereses colectivos, agrupándose en torno a su rey, como abejas en una colmena, y olvidándose de sí mismos para vivir sólo para la patria."

Gracias a esta constitución comunistamilitar, los espartanos consiguieron mantener su supremacía en el Peloponeso, derrotando finalmente a los atenienses (en 404 a.C.) y obligándoles a capitular. Precisamente por esta organización interna, el Estado espartano aparecía ante las mentes más preclaras de la antigua Grecia como el único Estado bien constituido y firme, en medio de la confusión en la que se debatían todos los Estados griegos.

La fama de la Constitución de Licurgo se extendió por toda la antigüedad. Su influencia se deja sentir en toda la civilización griega. Más tarde fue el ideal de un gran número de pensadores y, posiblemente, el fin buscado por

las revueltas de esclavos que mucho más tarde estallaron en el corazón del Imperio Romano.

En realidad, el Estado de Licurgo se inspiraba en un modelo de Estado aristocrático y guerrero. Se basaba únicamente en el trabajo de los ilotas, que constituían una gran parte de la población de hombres libres.

Las ilotas pertenecían al Estado, como propiedad común, y representaban los verdaderos medios de producción.

En Esparta existía, por tanto, uno de los principales factores del progreso humano: el trabajo productivo. El comunismo de Licurgo era sólo una comunidad de posesión y disfrute, pero no de producción.

La educación espartana tampoco era una verdadera educación. Sólo formaba a los hombres para la dominación y la guerra.

La ausencia total de democracia, que podría haberlos contenido en cierta medida, así como su desprecio por las artes y la filosofía, que podrían haber ennoblecido su vida intelectual, y, sobre todo, la importancia que daban a los ejercicios físicos y bélicos, hicieron de los espartanos un pueblo agresivo, temido por sus vecinos e implacable como señor.

Para combatir nuevas sublevaciones de ilotas, como la que estalló en 464 a.C., en Esparta se producían, de vez en cuando, matanzas de ilotas, cuyo objetivo principal era la supresión de sus jefes más combativos e influyentes.

La moral que Licurgo inculcaba a sus conciudadanos era una moral orientada exclusivamente a fines políticos locales. No era, por tanto, una moral humanitaria.

Entre los espartanos podrían haber surgido hombres notables desde el punto de vista intelectual si, en lugar de dejarse absorber únicamente por el desarrollo físico, se hubieran ocupado también de su propia formación intelectual y moral. De hecho, cuando Esparta cayó bajo la influencia de la filosofía jonia y la ética estoica en el siglo III a.C., algunos de sus nobles se comportaron como auténticos héroes.

Dice mucho que un espartano fuera el primer mártir del comunismo.

2. — Agis, el protomártir del comunismo

Las guerras, y los saqueos que siempre las acompañan, determinaron acumulaciones de riqueza que poco a poco, a lo largo de los siglos, fueron minando la base comunista de la organización estatal espartana. La participación victoriosa de Esparta en las guerras en las que los jonios

lucharon contra los persas por la independencia (492479), así como las luchas por la hegemonía en Grecia, que estallaron cuatro décadas más tarde y provocaron la Guerra del Peloponeso (431404), y las guerras que se prolongaron desde entonces hasta el año 371, dieron a los espartanos muchas glorias, mucho oro y mucha plata. Después de todo, las catastróficas derrotas y una profunda aniquilación interna, hicieron desaparecer todas las instituciones creadas con la legislación de Licurgo.

Plutarco afirma:

> "La decadencia de Esparta comienza en el momento de la victoria sobre Atenas, cuando la ciudad fue invadida por una oleada de oro y plata..."

El estado espartano perdió la mayoría de sus cualidades. Surgió la sed de oro y plata. La posesión de riquezas provocó ambición y avaricia. Los placeres materiales corrompieron a los hombres, llevándolos a amar el libertinaje y el lujo. Con las guerras, desaparece la antigua igualdad entre los ciudadanos.

> "Los ricos y los aristócratas" —escribe Plutarco—, "se convirtieron en propietarios de una cantidad considerable de bienes y privaron a sus propios parientes de todo lo que poseían. La riqueza se concentró rápidamente en manos de un pequeño número de familias. Y la miseria invadió la ciudad. El número de verdaderos espartanos empezó a disminuir drásticamente, hasta llegar a setecientos. De ellos, posiblemente sólo cien seguían poseyendo tierras. El resto del pueblo se hundió en la miseria y el descrédito. El resultado lógico de la ruina de la mayor parte de la población fue un desinterés total por las guerras exteriores. El pueblo sólo esperaba el momento oportuno para, con una revolución violenta, transformar todo el orden existente."

Agis era miembro de la casa real y pertenecía a una de las familias más ricas de Esparta. Todo indica que conocía la filosofía estoica. Además, estaba dotado de unas facultades intelectuales excepcionales y de una gran nobleza de sentimientos. A pesar de la esmerada educación que le dieron su madre Agistrata y su abuela Aquidamia, a pesar de vivir rodeado de riquezas, Agis, a la edad de veintiséis años incompletos, renunció a todos los placeres materiales, y resolvió volver a la antigua vida espartana, a la sencillez y la pureza, o, como decían los estoicos, a la naturaleza. Llegó a decir que "la dignidad real no tenía valor para él porque no serviría para restaurar las antiguas leyes e instituciones". Sus ideas fueron aceptadas con entusiasmo por la juventud. Pero los ancianos y las mujeres las rechazaron enérgicamente.

Según la constitución espartana, el país estaba gobernado por dos reyes y un consejo de cinco éforos.

La función de los éforos era dirimir los desacuerdos entre los reyes, resolviendo los casos en que los dos reyes no pensaban igual. Los proyectos de ley se sometían a la aprobación del Senado, y después a la Asamblea Popular, que resolvía todo en última instancia.

Agis presentó al Senado el proyecto de ley que había redactado. En él establecía la condonación de todas las deudas y una nueva división del país en diecinueve mil quinientas partes iguales: cuatro mil quinientas para los verdaderos espartanos, y quince mil para los periecos (descendientes de la población que habitaba el país antes de la invasión dórica y la parte pobre de la población de Esparta) y los extranjeros que, por sus cualidades físicas e intelectuales, merecían ser incorporados al Estado. Los ciudadanos debían organizarse de nuevo, formando grupos y volviendo a la vida de las comunidades de la antigua Esparta.

Pero el proyecto no fue aprobado por el Senado. Uno de los éforos, partidario de sus ideas, llevó el asunto ante la Asamblea Popular y atacó a los senadores contrarios a la reforma. El propio Agis intervino en los debates y declaró a los representantes del pueblo que estaba dispuesto a hacer personalmente los mayores sacrificios en favor de la Constitución que pretendía implantar.

> "En primer lugar, estoy dispuesto a renunciar a toda mi fortuna, representada por un número considerable de campos y prados y por una suma superior a seiscientos talentos de plata esterlina. Lo mismo harán mi madre y mi abuela, así como todos mis amigos y parientes. Y nadie aquí ignora que pertenecen a las familias más ricas de Esparta".

Los representantes del pueblo presentes en la reunión aceptaron encantados la propuesta de Agis. Pero su colega Leónidas se opuso, sobre todo en lo referente a la condonación de las deudas y a la incorporación de los extranjeros a la ciudad. Agis volvió a hablar. Entonces se procedió a la votación. El pueblo se pronunció a favor del proyecto.

Pero los éforos y el Senado, encabezados por Leónidas, estaban dispuestos a luchar contra su aplicación. Agis, temiendo un ataque de sus oponentes, se refugió en el templo de Neptuno, de donde sólo salió para bañarse. Leónidas, acompañado de un destacamento de soldados, organizó un ataque armado contra Agis. Un día, cuando salía del templo, fue atacado por tres soldados, detenido y arrojado a las profundidades de una prisión. Poco después llegaron Leónidas, sus soldados, los éforos y algunos

senadores, que constituyeron un tribunal e intentaron por todos los medios que Agis renunciara a su proyecto de reforma. Como el prisionero declaró firmemente que siempre seguiría luchando por la reforma y que nunca podría renunciar a sus ideas, porque creía que la Constitución de Licurgo era la única que convenía a Esparta, fue condenado a muerte por estrangulamiento.

Una vez dictada la sentencia, Agis fue conducido a la cámara de tortura. Allí se dio cuenta de que uno de sus sirvientes lloraba y se lamentaba:

> "No llores", le dijo Agis, "porque muero por una causa justa. Soy superior a mis verdugos".

Tras estas palabras, tendió el cuello al verdugo. Su abuela y su madre Agistrata también fueron ejecutadas. Esto ocurrió en el año 200 a. C.

3. — Los intentos de reforma de Cleómenes

Cinco años después de la ejecución de Agis, el trono fue ocupado por Cleómenes, hijo de Leónidas, que se había casado con la viuda de Agis. El nuevo rey, habiendo estudiado en detalle los planes de reforma de Agis, decidió ponerlos en práctica. Pero Cleómenes tenía un temperamento más belicoso que Agis. Este rey de Esparta veía en la fuerza de las armas y en las vitorias militares el mejor medio para llevar a cabo sus planes. Creía que sólo ganando el título de capitán victorioso podría adquirir el prestigio suficiente para deshacerse de los opositores a la reforma. Cleómenes pronto tuvo la oportunidad de atacar a los estados vecinos, infligiéndoles derrotas. También se vio arrastrado a una serie de guerras en las que tal vez no deseaba participar.

Poco después de sus primeras victorias, modificó la constitución de Esparta y abolió las funciones de los éforos. Desterró de la ciudad a ochenta ciudadanos opuestos a la reforma constitucional y convocó una asamblea popular ante la que explicó las razones de sus acciones. Acusó a los éforos, diciendo que habían usurpado poderes cada vez mayores, violando así el espíritu de la Constitución. También dijo que habían creado tribunales de justicia que obedecían servilmente su voluntad, para destronar o ejecutar a los reyes que querían restablecer las instituciones sin mesa de Licurgo. Por último, Cleómenes puso todos sus bienes a disposición del pueblo, y fue acompañado en este gesto por sus amigos y parientes, así como por los demás ciudadanos. Los exiliados fueron incluidos en el reparto general de bienes. Cleómenes prometió repatriarlos en cuanto se calmara la situación interna.

Y, empezando por él mismo, restauró la antigua sencillez espartana.

Si la política exterior hubiera sido de paz, Esparta se habría convertido de nuevo en un estado modelo entre el resto de Grecia. Pero ocurrió justo lo contrario. La política belicosa de Cleómenes la convirtió en un terrible adversario de todos los estados vecinos. En lugar de inspirar amor y confianza, Esparta, tras la reforma, sólo infundió desconfianza y miedo. Los estados vecinos se vieron obligados a apelar a los macedonios para que se defendieran de su lado de los incesantes ataques de los espartanos. Durante varios años, Cleómenes, al frente de su ejército, consiguió derrotar y destruir las fuerzas combinadas del enemigo. Pero al final fue derrotado.

Tras su derrota final[1], aconsejó a los ciudadanos de Esparta que abrieran las puertas de la ciudad a Antígono, rey de Macedonia. Éste ocupó la ciudad, pero trató a los habitantes con indulgencia. Y, sin ofender la dignidad de Esparta, ni insultarla con medidas violentas, restableció las antiguas leyes y la antigua constitución vigente antes de Agis y Cleómenes.

[1] En el año 222, en Selosia.

Capítulo IV — Teorías comunistas en Atenas

1. — Las reformas de Solón

Cuando en Esparta se estableció un Estado comunista, en Atenas el poder estaba en manos de la nobleza. Mediante préstamos y usura, los nobles despojaron gradualmente a los campesinos de sus propiedades. Los sacerdotes y los jueces eran reclutados entre los nobles. Esta situación provocó un profundo descontento entre los estratos más bajos de la sociedad. Tras ahogar en sangre un gran número de conspiraciones y revueltas, los nobles decidieron encargar al jurista Dracón la redacción de un Código de Leyes, que se hizo famoso por su crueldad. A partir de entonces, una ley draconiana pasó a significar una ley severa, brutal, inicua, destinada a oprimir al pueblo.

Naturalmente, con estos medios sólo se conseguía aumentar el malestar general. El pueblo exigía cada vez con más energía la condonación de las deudas y el reparto de las tierras. Ante la amenaza de un levantamiento en 594 a.C., la nobleza se encargó de perdonar las deudas y repartir las tierras. C., la nobleza encargó a Solón, considerado amigo del pueblo, que "estableciera la paz entre la nobleza y el pueblo, adoptando para ello todas las medidas legales necesarias".

Solón llevó a cabo una amplia reforma económica y política. Abolió todas las hipotecas que pesaban sobre los campesinos y liberó a los hombres convertidos en esclavos por no poder pagar sus deudas. Su constitución política era una timocracia o constitución coercitiva. Los ciudadanos se dividían en cuatro categorías, según los ingresos de sus tierras: 1ª los grandes propietarios; 2ª los caballeros; 3ª los pequeños agricultores, y 4ª los jornaleros. Sólo los ciudadanos de la primera clase podían participar en las más altas funciones del Estado. Los de la segunda y tercera clase sólo eran admitidos en funciones subordinadas. Los miembros de la cuarta clase sólo obtenían el derecho a asistir a las asambleas populares y a actuar como jurados. En compensación, estaban exentos de impuestos.

La reforma de Solón no satisfizo ni a la nobleza ni al pueblo. La nobleza la consideraba demasiado revolucionaria. Y el pueblo la juzgaba demasiado moderada.

Tras numerosos disturbios políticos internos y conflictos externos, Clístenes, a finales del siglo VI, más concretamente en 509, instauró la

igualdad política, la democracia. Pero esta "igualdad" se basaba también en la esclavitud. En realidad, Clístenes no estableció una verdadera democracia porque los ciudadanos no eran todos iguales ante la ley.

Más tarde, Atenas entró en el periodo de las guerras persas (del 500 al 431), durante el cual se convirtió en una gran potencia marítima y realizó enormes progresos económicos. Los atenienses, en alianza con los ejércitos espartanos, derrotaron a los persas y, de ser un pequeño Estado, se convirtieron en una Federación de Estados, en la que florecieron la industria, el comercio, la navegación, las ciencias y las artes. Este periodo dio lugar a una nueva era: la era capitalista o imperialista, caracterizada por luchas sangrientas, en la que se decidió quién sería hegemónico en el mundo helénico. Fue también el periodo en el que se produjo la rápida descomposición del mundo antiguo.

2. — Capitalismo y descomposición

El nuevo Estado ático, con su poderío marítimo, su comercio exterior y sus grandes empresas industriales, difería mucho del pequeño Estado ático para el que había legislado Solón. La agricultura, que a principios del siglo VI se había dedicado a satisfacer las necesidades del pueblo, se desarrolló sobre una base comercial. Como el aceite de oliva era uno de los principales productos de exportación, se dedicaron grandes extensiones de tierra al cultivo del olivo. La población se alimentaba de trigo importado del extranjero, que los barcos traían de los territorios del norte del Mar Negro a los puertos del Ática, en particular al Pireo. El Ática también importaba de estos territorios ganado, productos pesqueros, madera, cáñamo, avena y sal. Los artesanos fueron incorporados por el capital comercial y cayeron bajo su dependencia. A medida que las mercancías dejaban de ser productos locales y el comercio pasaba a manos de los grandes armadores, los pequeños tenderos y comerciantes perdían poco a poco su primitiva independencia. El capital, como siempre, se llevó la parte del león de los beneficios y las mejores posiciones comerciales.

> "Por esta razón, los propios nobles se entregaron al comercio, cada vez con mayor entusiasmo, convirtiéndose en armeros. Los grandes terratenientes se convirtieron en capitalistas, y a partir de entonces comenzaron a vivir de las rentas, dejando las empresas agrícolas en manos de administradores que trabajaban empleando mano de obra esclava". (E. Mayer, *Historia de la Antigüedad*).

En esta época, los trabajadores libres tuvieron que luchar al mismo tiempo contra la explotación del capital y contra el dominio del trabajo de los

siervos. Las clases medias dependían cada vez más del capital. Por ello, el pueblo entabló una enérgica lucha contra los ricos. La vida interna del Ática se desmoronó. Los hombres de Estado contemplaban, alarmados e impotentes, la decadencia del país. Esta crisis social y moral se vio agravada por la Guerra del Peloponeso, que estalló en 431, determinada, por un lado, por la competencia marítima entre Corinto y Atenas y, por otro, por la lucha entre Atenas y Esparta por la hegemonía en la península. La guerra terminó con una estrepitosa derrota de los atenienses.

3. — PLATÓN

He aquí la situación que Platón tenía ante sus ojos cuando empezó a trabajar en los fundamentos de un "Estado justo". Platón nació tres años después del comienzo de la Guerra del Peloponeso y pertenecía a una de las familias más importantes de Atenas. Descendía de Solón por parte de madre. Tras estudiar filosofía con Sócrates, viajó a Egipto e Italia, donde amplió su cultura.

Desde muy joven, Platón esperaba dedicarse plenamente a la política. Tal vez fuera su temperamento lo que le empujó en esa dirección. Pero los tiempos no eran nada favorables para la actividad de un estadista con sus ideas y tendencias… Así que decidió dedicarse a la filosofía. Se convirtió en uno de los maestros más famosos del mundo helénico y en uno de los más grandes pensadores de todos los tiempos.

Platón no era partidario de la democracia. Aristócrata intelectual de los pies a la cabeza, miraba con igual desprecio a la chusma arrastrada por los demagogos, la plutocracia y todas las formas de tiranía. Sus principales obras sociológicas fueron *El Estado o La República* y *Las Leyes,* La primera de estas obras contiene más proyectos ideales que la segunda, pero está menos concentrada y menos perfectamente compuesta que Las Leyes. Ambas fueron escritas en forma de diálogos.

I — ***El Estado*** **no contiene ninguna utopía.** En él, Platón no describe el Estado futuro, ni siquiera establece las bases económicas de una sociedad socialista. Sólo estudia la justicia, los defectos de las constituciones existentes, y presenta los principales medios para corregirlos. Pero la justicia de Platón no tiene nada en común con la de los profetas judíos. El griego es siempre un estadista con una clara noción de la justa medida y la moderación. Siempre se muestra como un patriota ilustrado. Su objetivo no es hacer justicia a los pobres y desheredados, ni elevar a los humildes y

degradar a los ricos. En la obra de Platón no hay el menor rastro de indignación ni del espíritu internacionalista de los profetas. El motivo que le anima es curar a la patria enferma y transformarla en un Estado donde reinen la paz y la concordia, un Estado donde cada ciudadano vele únicamente por sus propios intereses, sin preocuparse de las actividades de los demás.

Platón admite que, en un principio, existía un Estado ideal. En este sentido, cita a Hesíodo y, ciertamente de forma un tanto mística, muestra cómo, a través de los tiempos, los hombres han ido empeorando. Como resultado del desarrollo del espíritu de lucro, surgió la discordia. Así nació la guerra de todos contra todos, hasta que, finalmente, los hombres se pusieron de acuerdo y decidieron repartirse las tierras y las casas, establecer la propiedad privada y dividir la sociedad en amos y esclavos.

A veces Platón utiliza también el método psicológico. Así ocurre, por ejemplo, cuando explica la aparición del Estado como consecuencia de las propias necesidades humanas. El hombre aislado se siente débil. Como necesita ayuda, se une a sus semejantes y funda un Estado. Los ciudadanos se dedican a las actividades más variadas: unos son agricultores, otros artesanos, otros aún intercambian productos. Y así nacen el comercio y el dinero. Pero pronto los hombres ya no se contentan con satisfacer sus propias necesidades materiales. Se vuelven codiciosos y quieren vivir lujosamente. Es entonces cuando aparecen la riqueza y la prodigalidad, que dan lugar a la codicia y a las guerras de conquista. Esta situación explica la aparición de un ejército permanente. *El Estado* se complica. El contraste entre riqueza y pobreza se acentúa y la paz interior se extingue poco a poco. A partir de ese momento, la República se divide en dos bandos irreductiblemente hostiles. Es lo que ocurre en todos los Estados, incluso en los más pequeños.

En el Estado se distinguen dos parles distintas, en lucha perenne. Uno es el Estado de los pobres; el otro, el de los ricos.

La República se debilita cuando la miseria aparece junto a la riqueza, porque en esta ocasión los ricos ya no cuidan sus empresas y los pobres trabajan mal. La riqueza se mezcla con las consideraciones. La gente repudia la virtud y se lanza como loca en pos de la riqueza. Los ricos practican todo tipo de excesos y despilfarros. Los pobres se vuelven más serviles y más dispuestos a la rebelión. Unos y otros olvidan los intereses del Estado, que se arruina a pasos agigantados. Las cosas han llegado a tal extremo que un sector de la población desea con todas sus fuerzas la aniquilación y el sufrimiento de los demás. Estos males existen tanto en la timocracia (constitución censitaria) como en la oligarquía (dominación de

un pequeño número de individuos sobre el pueblo), y tanto en la democracia como en la tiranía. Esto se debe a que todos estos regímenes se basan en la propiedad privada. Sin embargo, en todos ellos subsisten vestigios del Estado ideal, vestigios representados por los buenos gobiernos y la costumbre de comer en común.

Cuando la ambición crece desmesuradamente, cuando la riqueza se convierte en la única medida de los derechos de los ciudadanos, se sustituye por la timocracia. En una república oligárquica, el amor y los buenos sentimientos son despreciados. El espíritu de lucro, la ambición de riquezas, relegan la virtud a un plano inferior. La insaciabilidad de los ricos determina la pobreza de las masas. Al final, la lucha entre las partes termina con la victoria de los pobres y la instauración de la democracia, una forma constitucional en la que ambas categorías de ciudadanos, ricos y pobres, se muestran absolutamente desinteresados por el destino y los intereses del Estado. La democracia, a su vez, da paso a la tiranía, es decir, a la dominación de individuos que se ganan a las masas para oprimirlas mejor.

¿Cómo puede renovarse el Estado? ¿En qué debe basarse una política verdaderamente inspirada en la justicia?

Platón responde a esta pregunta de la siguiente manera:

"Mientras no haya hombres sabios a la cabeza del gobierno, o mientras los reyes y los príncipes no se resuelvan a gobernar con inteligencia y dulzura, los gobiernos no podrán suprimir los males que afligen actualmente a todos los Estados y a todo el género humano.

Los reyes deben ser filósofos para gobernar al pueblo. Deben ser verdaderos guardianes del Estado, buscando la ayuda de funcionarios y guerreros para cumplir su misión. Y las clases dirigentes, en virtud de su mayor nivel intelectual y moral, deben situarse por encima del pueblo.

También es deseable la instauración del comunismo integral.

En el Estado ideal", declara Platón, "mujeres y hombres deben estar igualados en todos los campos, incluida la educación y toda actividad general, tanto en tiempos de guerra como en tiempos de paz.

Este régimen acabará para siempre con la existencia de clases antagónicas.

> "Los hombres vivirán unidos por los mismos sentimientos de alegría o de dolor. Actualmente viven desunidos porque estos sentimientos han sido individualizados."

Pero la educación es lo principal. Gracias a la educación obligatoria, surgirá la selección. Los futuros jefes de Estado, funcionarios, guerreros, etc.,

recibirán una educación completa. Todos aquellos que se muestren aptos para desempeñar las funciones de dirigente deberán continuar sus estudios hasta los cincuenta años. Así podrán perfeccionarse en todos los campos de la ciencia. Pero sus conocimientos deben ser particularmente profundos en el dominio de la política. Sólo después de los cincuenta años tienen los hombres un horizonte intelectual suficientemente amplio para captar la Idea del Bien.

Para Platón, la Idea no es una simple noción lógica, sino una entidad real suprema, que sólo puede ser alcanzada por la inteligencia, que la tomará como modelo. Todo rey filósofo debe esforzarse por organizar el Estado según esta Idea del Bien.

> "No será perfecto" —dice Platón—, "hasta que lo dirija un hombre que conozca a fondo la ciencia del Bien".

Los individuos de las clases inferiores no están en condiciones de conocer esta ciencia. La multitud sólo ve el Bien en los placeres, y no en las ocupaciones del espíritu.

La mayoría de los hombres están sometidos a trabajos extenuantes y toscos en los que no sólo se aniquilan físicamente, sino que rebajan su nivel moral. Por eso, en opinión de Platón, sólo en el seno de familias importantes, donde los individuos poseen una vasta cultura política unida a grandes conocimientos científicos y estéticos, se dan las condiciones que permiten la formación de hombres destinados a los puestos de mando del Estado.

II — En su obra *Las Leyes,* Platón no se mueve sólo en el terreno de lo ideal, como en *El Estado*. Fue aquella escrita antes, y allí Platón critica con tanta violencia como en *El Estado* las relaciones de propiedad imperantes. Pero las proposiciones comunistas positivas son allí menos absolutas. Se puede decir que la primera obra es revolucionaria, mientras que la segunda es sólo reformista. Platón en *Las Leyes* afirma que

> "el mejor Estado, la mejor Constitución y las mejores leyes aparecerán cuando la sociedad tenga por lema: "¡Todo es común entre amigos!".

No es necesario, por tanto, buscar en ninguna parte un modelo de Constitución ideal. Basta con que los hombres sean fieles a este lema, o al menos se esfuercen por alcanzarlo.

¿Y esto es posible? ¿Cómo hacerlo? En primer lugar, repartiendo todas las tierras y todas las casas. Al principio, no será posible cultivar la tierra en común. La generación actual aún no está suficientemente educada para

ello. Pero el reparto debe hacerse de tal manera que cada uno considere la porción que le ha tocado como parte integrante de la propiedad colectiva.

"En la división del suelo se pondrá la mayor equidad posible. Es necesario impedir que disminuya el número de porciones primitivas, para evitar la aparición de una clase de grandes propietarios junto a otra clase de ciudadanos sin la menor porción de tierra.

Nadie puede tener oro, plata o dinero en exceso de las necesidades diarias.

La legislación de Platón y sus proyectos de reforma se elaboraron para toda Grecia.

Pero en lo que respecta a los jefes, Platón sólo se ocupa de las familias nobles de Grecia. Desde su punto de vista, es lícito hablar de una nación helénica. Esta nación será lo más unida y solidaria posible en el dominio de las relaciones de propiedad. Pero en lo que respecta a las capacidades intelectuales y morales, debe, por el contrario, basarse en un sistema jerárquico. La nobleza intelectual dirigirá el Estado. Los agricultores y artesanos se ocuparán exclusivamente de sus actividades profesionales con el fin de desarrollar al máximo todas sus capacidades, dentro de los límites de su respectivo ámbito profesional.

Los trabajos manuales difíciles o degradantes no serán realizados por griegos, sino por extranjeros o esclavos. Los griegos deben dedicarse únicamente a sus deberes como ciudadanos o ejercer las profesiones más nobles.

En *Las Leyes,* Platón prevé suprimir los principales antagonismos económicos. *El Estado* sólo se ocupa de la cuestión de la educación y del estilo de vida de los reyes filósofos, los funcionarios y los guerreros. Un gran número de personas, tras una lectura superficial de este libro, creyeron que su autor abogaba por el comunismo sólo para los estratos superiores de la sociedad, sin cambiar la situación del resto. Esto no es cierto. Lo que ya hemos visto demuestra que Platón pretendía implantar el comunismo en beneficio de todos los griegos. De lo contrario, su crítica a la parte política y moral de la situación en su patria carecería por completo de sentido.

Platón es un Licurgo más intelectualizado. El comunismo de Licurgo es de orden puramente local. El comunismo de Platón abarca un ámbito mucho más amplio, porque se extiende a toda una nación. Para Licurgo, todos los estados de Grecia, a excepción de Esparta, debían ser considerados del mismo modo que cualquier país de Asia o África, es decir, como países extranjeros. Platón, en cambio, consideraba a todos los estados de la Hélade como partes integrantes de la nación griega. Tanto es así que

considera la Guerra del Peloponeso como una guerra civil. Pero tanto Licurgo como Platón no creían que los pueblos pudieran vivir eternamente sin guerras. Para Platón, todos los pueblos no helénicos eran bárbaros, pueblos inferiores, que debían sentirse orgullosos de estar bajo el dominio de Grecia.

En Grecia, los estoicos fueron los primeros que predicaron la igualdad y la fraternidad de los pueblos.

4. — Aristóteles

A diferencia de Platón, Aristóteles se opone abiertamente al comunismo. En su *Política* se ve que, además de ser un notable pensador de gran inteligencia, es un profundo conocedor de los problemas políticos de su tiempo. Pero, en la *Política*, Aristóteles aparece también como un hombre hostil a toda transformación violenta, a toda revolución e incluso a la lucha entre partidos.

Para Aristóteles, la principal función del estadista es equilibrar las fuerzas enfrentadas dentro del Estado. En la sociedad no debe haber ni ciudadanos demasiado ricos y poderosos ni demasiado pobres y débiles, porque la menor desproporción entre riqueza y pobreza o entre poder y debilidad crea graves riesgos para el Estado. Cuando esta desproporción se acentúa, los que se encuentran en situación de inferioridad empiezan a exigir reformas constitucionales. Los demagogos se aprovechan entonces de este descontento e intentan llevar a las masas hacia la insurrección. Los oligarcas quieren aumentar las desigualdades sociales y sólo se hacen con el poder para modificar la constitución social en el sentido de la dictadura. Por ello, los legisladores deben estar alerta para evitar que la riqueza y el poder se acumulen en pocas manos.

Para Aristóteles, la propiedad privada, la esclavitud y la opresión del Estado son hechos naturales, que nunca podrán desaparecer. Combate con la mayor energía a quienes afirman que la esclavitud y la opresión, así como la propiedad privada en que se basan, son violaciones de las leyes de la naturaleza. Por eso Aristóteles es tan citado hoy por todos aquellos que pretenden defender el régimen capitalista. Los defensores de la sociedad burguesa presentan a Aristóteles como una autoridad incontestable, y argumentan contra el comunismo basándose en sus ideas, tan apropiadas para la defensa de la esclavitud y la opresión capitalista hoy en día.

También es fácil comprender por qué Aristóteles combate a Platón. En su *Política*, Aristóteles critica las ideas comunistas del maestro e intenta

refutarlas con bastante habilidad, aunque utilizando un método que podríamos llamar escolástico, porque combate los hechos con frases vacías, sofismas y juegos de palabras.

Pero es interesante observar que Aristóteles, en aquella época, ya formuló las mismas objeciones contra el comunismo que, siglos más tarde, en las épocas más diversas, saldrían de la boca de todos los adversarios del comunismo.

Aristóteles afirma que el comunismo es contrario a la naturaleza humana. El comunismo haría imposible la creación de riqueza, porque

> "los hombres nunca podrán trabajar más que para defender sus propios intereses. Toda actividad creadora nace del deseo que tiene el hombre de conquistar para sí una situación mejor mediante la adquisición de bienes. Sin este estímulo, que el comunismo destruye, la actividad humana desaparecerá. Tampoco es probable que el comunismo provoque un aumento de la población. El trabajo colectivo no produce armonía entre los hombres, sino discordia. La propiedad privada no es la verdadera causa de todos los males que nos afligen. Esa causa es la propia naturaleza humana, esencialmente mala."
>
> "Vemos, en efecto, que las disputas surgen justamente cuando los hombres poseen todo en común. Entre los demás, son menos frecuentes. Y los primeros son mucho menos numerosos que los segundos..."

Aristóteles añade:

> "Las instituciones actuales (es decir, el régimen social basado en la propiedad privada) pueden modificarse, mejorarse, de modo que engloben las ventajas de ambos sistemas. La propiedad, en cierto sentido, debe ser común. Pero, en general, debe ser privada, porque si todos los individuos se ocuparan exclusivamente de sus asuntos privados, los hombres no podrían quejarse unos de otros y realizarían grandes progresos. Sin embargo, por el bien, especialmente en lo que se refiere al consumo, "todo debe ser común entre amigos".
>
> "Aún hoy quedan restos de este principio, que muestran cómo puede aplicarse perfectamente. En un Estado bien organizado, esta comunidad de consumo existe y puede extenderse, porque, aunque cada individuo posea propiedad privada, hay ciertas cosas que siempre pone a disposición de sus amigos. Los lacedemonios, por ejemplo, hacían uso de los esclavos, caballos y perros de sus vecinos

> como si fueran de su propiedad, y, cuando estaban en campos ajenos, recogían los alimentos que necesitaban de las tierras aradas. Está bien que la propiedad sea privada. Pero el consumo debe ser colectivo. Es tarea de los legisladores desarrollar en cada ciudadano disposiciones mentales conducentes a tal estado de cosas.

Pero esta concesión que Aristóteles hace al comunismo no tiene un significado profundo. No renuncia a sus principios; con ello sólo pretende remediar los excesos del individualismo. Tampoco puede invocarse a este respecto el ejemplo de Esparta, al que se refiere Aristóteles, porque en Esparta Licurgo había acostumbrado hasta cierto punto a los ciudadanos a las condiciones de vida comunistas. Y ya hemos visto que Aristóteles se oponía a tales condiciones de vida.

Después de atacar a Platón, Aristóteles critica las proposiciones de Faleas de Calcida.

"Algunos individuos piensan que de todas las cuestiones la más importante es la regulación de la propiedad, porque esta cuestión aparece como la causa de todas las revoluciones. Es el caso de Calcida, que incurre en este error cuando afirma que todos los ciudadanos de un Estado deben tener los mismos derechos, frente a la propiedad."

Contra esto, Aristóteles declara:

> "No es necesario igualar a los poseedores. Lo que es necesario es igualar los deseos de los hombres. Y esto será imposible, mientras los hombres no reciban una educación adecuada, por parte del Estado. Faleas probablemente dirá que él también desea que los hombres reciban una educación de este tipo, y que por lo tanto los hombres deben tener los mismos derechos, no sólo con respecto a la propiedad, sino también con respecto a la educación… Faleas afirma que la igualdad de propiedad provocaría la desaparición de todos los crímenes, porque protegería a los hombres del hambre y del frío, eliminando así las causas de que se convirtieran en bandidos. Pero no todos los crímenes están determinados por la miseria. Los hombres quieren satisfacer sus pasiones sin esfuerzo. En ese caso, ¿cómo pueden remediarse esos males?
>
> "El remedio contra la miseria reside en la posesión de una propiedad modesta. La educación de los ciudadanos, al hacerlos más moderados, hará desaparecer las pasiones.
>
> "La sed de placeres y el despilfarro de las desviaciones dejarán de existir cuando todos los hombres se hayan acostumbrado a la

meditación filosófica. Es evidente que, en la inmensa mayoría de los casos, los crímenes son producidos por el exceso, y no por la miseria.

"No es la miseria lo que hace crueles a los hombres tiranos. El hombre que quita la vida a un tirano no recibe el mismo trato que el asesino de un ladrón. En lugar de pensar en un reparto equitativo de las riquezas, los reformadores deben ocuparse primero de la educación de los hombres, para enseñarles a dominar sus pasiones: los ricos deben renunciar a la posesión de nuevas riquezas y los pobres deben dejar de hacer exigencias irrazonables. Es necesario mantener a los hombres en la situación en que se encuentran actualmente, para que sus sufrimientos no aumenten aún más. Faleas propone una igualdad incompleta, porque sólo quiere igualar a los hombres frente a la propiedad de la tierra. De este modo, no serán igualmente ricos en esclavos, ganado, dinero, en una palabra, en todo lo que se llama propiedad mobiliaria. Por lo tanto, hay que elegir: o la igualdad debe extenderse a todos los bienes, o debe limitarse a la propiedad en general, o debe ser completamente libre.

"Según parece, Faleas ha elaborado su reforma para ser aplicada sólo a un pequeño Estado. Tanto es así que desea convertir a los artesanos en esclavos públicos, situados al margen de la sociedad."

Por lo que hemos visto anteriormente, podemos concluir que la reforma propuesta por Faleas consistía en lo siguiente: 1) la igualdad de todos los individuos en cuanto a la propiedad de la tierra; 2) la educación colectiva, a cargo del Estado; 3) la nacionalización del trabajo de los artesanos.

Aristóteles dice que Faleas es el primer pensador que reivindica una división igualitaria de todos los bienes, porque, según él, Faleas vivió antes que Platón.

5. — Comedias de tendencias sociales

Los jonios se hicieron famosos por la ironía, la costumbre de bromear, la sátira. Esto es lo que se observa en Aristófanes. En él, estas cualidades tan admiradas por los jonios, están muy desarrolladas.

Poeta de gran capacidad creativa, Aristófanes vivió la Guerra del Peloponeso hasta su trágico final. Así, fue testigo del desarrollo de las ideas comunistas, tanto durante la guerra como en el periodo posterior a la derrota.

La catastrófica derrota de Atenas debilitó profundamente la autoridad sobre la que descansaba todo el Estado. El pueblo quería cosas nuevas.

Anhelaban ardientemente una transformación comunista de la sociedad. Las supervivencias de la Edad de Oro y las luchas sociales que habían agitado a la sociedad desde el siglo VIII fueron las causas de este estado de ánimo. Ningún hombre del pueblo ha descrito la situación de los sectores más pobres de la población de Atenas. La historia no conoce ningún testimonio directo de la situación de la época, de origen verdaderamente popular. Existen, sin embargo, muchos documentos indirectos, principalmente en forma de comedias sociales, como las escritas por Ferécrates, Tekleides, Eupolis y, sobre todo, Aristófanes.

La obra de los tres primeros escritores ha llegado hasta nuestros días muy fragmentada. Sólo conocemos algunas de sus partes. En cambio, las mejores comedias de Aristófanes, sin duda incomparablemente superiores a las demás obras de sus contemporáneos, se han conservado íntegras hasta nuestros días. No son sólo comedias. En ellas, Aristófanes desea principalmente ridiculizar las ideas comunistas, entonces en pleno progreso. Por eso las tergiversa. No nos da, pues, la imagen de las doctrinas en curso en su época, sino sólo las caricaturas de esas doctrinas. Al mismo tiempo, estas comedias critican los excesos de los plutócratas. Son, por tanto, documentos de innegable valor histórico.

Todos los poetas y comediógrafos de la época ridiculizaron las tendencias revolucionarias. Hay que subrayar que el comunismo de la época consideraba el trabajo como una maldición. No pretendía establecer un estado basado en el trabajo, porque en aquella época el trabajo significaba esclavitud.

Las fuerzas mecánicas aún no se aplicaban a la producción. Las formas de trabajo y las herramientas existentes pertenecían a los tipos más primitivos y rudimentarios. El trabajo pesado era realizado por esclavos y, por tanto, se consideraba indigno de hombres libres.

Todos consideraban la política y la guerra como las únicas ocupaciones compatibles con el estatus social de los ciudadanos libres. Esto demuestra claramente que en aquella época no había democracia y que los ciudadanos formaban una clase especial, un tanto privilegiada. Esto es también lo que vimos al estudiar el Estado concebido por Platón. Los ciudadanos querían una organización social capaz de liberarlos del trabajo físico, trabajo que sólo realizarían los esclavos.

El comunismo se consideraba un régimen en el que los hombres tendrían todo en abundancia, sin el menor esfuerzo. La existencia de la esclavitud y la servidumbre, es decir, la existencia de un trabajo aún no liberado, que tiene como consecuencia el desprecio abyecto de todas las formas de trabajo productivo y la consiguiente paralización del progreso en el campo

de la técnica y la producción, es la causa evidente de la decadencia moral y política del mundo antiguo.

Las comedias sociales que vamos a estudiar ridiculizan los sueños utópicos de quienes deseaban vivir con toda comodidad sin trabajar, sueños que se extendieron a toda la población, aumentando la inercia general que había surgido en la sociedad griega tras la derrota de Atenas en el 404 a.C.

Empecemos por Ferécrates, Tekleides y Eupolis. Estos poetas aparecieron antes que Aristófanes. En muchos aspectos son inferiores a él, como ya hemos dicho. El objetivo principal de sus obras era ridiculizar no sólo las cosas nuevas, sino todas las descripciones exageradas del Siglo de Oro.

Entre las comedias de Ferécrates, la más característica es la titulada Los persas. En opinión de los griegos, Persia era un país maravilloso, con montañas de oro que permitían a los hombres una vida ideal, paradisíaca, libre de trabajos terrenales. Aparecieron en escena dos personajes: la Riqueza y la Pobreza. La Pobreza dice que los hombres serán felices cuando se dediquen al trabajo y se esfuercen por dominar sus pasiones. La Riqueza le responde:

> "¿Por qué necesitamos aprender a enganchar animales a los carros? ¿Por qué necesitamos saber cómo labrar los campos y sembrar las cosechas? ¿No has oído, acaso, que por las calles corren ríos de caldo caliente con tocino y trozos de carne? Basta con que cada uno se llene su plato… Y de los árboles, en lugar de fruta, cuelgan manojos de salchichas y aves gordas y rellenas, listas para ser comidas…"

Eupolis, en la Edad de Oro, describe la sociedad tras el restablecimiento de las antiguas costumbres. El tema es similar al de la comedia de Ferécrates. La pobreza es presentada por uno de los personajes como un estímulo y un medio indispensables para alcanzar la felicidad. Otro describe las ventajas de una vida cómoda y ociosa:

> "Escuchadme. El agua del mar llegará sola a la bañera, por medio de tuberías. Cuando la bañera esté llena, sólo diré: '¡Basta! Entonces la esponja, las sandalias, la toalla, etc., harán por sí solas lo que yo quiera".

En su comedia titulada Los Anfitriones, Tecleides también ridiculiza los sueños utópicos de los ciudadanos pobres y los esclavos. Anfitrión, legendario rey de Atenas, regresa a la Tierra y hace felices a todos los ciudadanos:

> "La paz será eterna, como el aire y el agua. Los miedos y las penas desaparecerán para siempre de la tierra. Los hombres serán felices porque lo tendrán todo en abundancia. De las fuentes manarán

arroyos de vino. Alrededor de las cabezas de los hombres, bollos y pasteles lucharán entre sí para ser comidos los primeros Los peces saldrán de las aguas y acompañarán a los hombres, yendo solos a las sartenes y saltando solos a los platos. Por las ciudades correrán ríos de sopa, arrastrando piernas de cerdo asadas. Corrientes de caldos saborosos inundarán las calles. Los pasteles de toicinho avanzarán a toda prisa en catadupas, atropellándose, insultándose, golpeándose para llegar los primeros… Los niños tendrán albóndigas y pollos asados como juguetes. Y los hombres se harán fuertes como gigantes salidos del vientre de la tierra".

6 — Aristófanes.

Aristófanes escribe con mucho más talento que sus contemporáneos. Pinta un cuadro detallado de Atenas, con las luchas políticas, los esfuerzos científicos y la sed de placer de los plutócratas. En una palabra: describe minuciosamente la agitada vida de la sociedad de su tiempo.

El genio jonio en toda su grandeza, así como toda la debilidad de la civilización antigua, aparecen a nuestros ojos, con inmenso realismo, en las obras de este aristócrata de la inteligencia, que no simpatizaba ni con la actividad económica y política de la plutocracia, ni con las ideas igualitarias de las capas más pobres de la población. Aristófanes parece poseer las mismas tendencias que Aristóteles. Como él, se opone a las ideas vigentes en su época. Se convierte así en un maestro de la sátira, el ridículo y la fina ironía, lo que confiere a sus obras un carácter distintivo.

De todas las comedias en las que Aristófanes ridiculiza a los políticos de la plutocracia, a los sofistas, a los preocupados por la práctica de las buenas acciones, a los soñadores místicos, a los delatores, a los comunistas, etc., las que más nos interesan son La asamblea de las mujeres y Pluto[2].

La primera desarrolla el siguiente tema: la política de los hombres ha llevado a Atenas a la bancarrota, a la capitulación total. Finalmente, esta política determina la destrucción de la República ateniense. Las mujeres, tras soportar grandes sufrimientos durante la guerra y, sobre todo, a causa de las nefastas consecuencias de la catástrofe, deciden sustituir a los hombres y hacerse con el gobierno.

[2] Escritos respectivamente en los años 393 y 388 a. C.

Una noche, se escapan de casa, sin ser vistas por sus maridos. Se disfrazan de hombres y convocan una Asamblea, en la que las oradoras proponen una reforma radical del Estado.

> "Las mujeres —dicen ellas—, son más económicas que los hombres. Por lo tanto, son más capaces que los hombres de dirigir el Estado en la dirección correcta".

Esta revolución femenina está encabezada por Praxágora, la mujer de Blepino. Aristófanes reproduce el siguiente diálogo de esta pareja:

Praxágora: Te ruego que me escuches con atención. No me interrumpas hasta que haya terminado. Fíjate en mi plan. Me guío por el siguiente principio: todos deben ser iguales y disfrutar de los bienes de la tierra de la misma manera. Lo que vemos hoy no debe ocurrir. Hay que evitar que unos sean ricos y otros pobres; que unos tengan grandes extensiones de tierra y otros no tengan ni un rincón para cavar su propia tumba; que unos tengan cien criados y otros no tengan ni uno. Todo esto debe cambiar. Queremos igualar las condiciones de vida de los hombres.

Blepino: ¿Cómo espera llevar a cabo este plan?

Praxagora: En primer lugar, transformaremos el dinero, la tierra y las riquezas cm general en propiedad colectiva de toda la sociedad, es decir, en un fondo público perteneciente a todos los hombres. Después de la formación de este fondo público, como somos buenas amas de casa, podremos administrar los bienes sociales de tal manera que se pueda vestir, alimentar, etc., a todos los hombres.

Blepino: Sí. Me parece justo lo que dices de la tierra. Es evidentemente necesario. Nadie puede negarlo. Pero, ¿cómo haréis para socializar el oro y la plata?

Praxágora": Los bienes de todos los ciudadanos serán reunidos para el Tesoro.

Blepino: ¿Pero si los ricos los esconden? No podemos obligarles a entregar sus bienes, aunque lo juren, pues sabemos con qué facilidad prestan falsos juramentos y engañan al Estado. ¿No es precisamente gracias al fraude y al engaño que han conseguido tan grandes fortunas?

Praxágora: "Tienes razón. Pero sus fortunas perderán todo valor, porque la miseria desaparecerá. Los ciudadanos podrán tener todo lo que necesiten, incluso sin dinero: nueces, castañas, pan, ropa, vino, flores, pescado, etc. Cada uno podrá coger lo que quiera de los almacenes públicos. Por lo tanto, nadie necesitará acumular posesiones. ¿Por qué habrían de pensar los ricos en conservar las riquezas que han adquirido por medios deshonestos, si estas riquezas ya no tendrán ningún valor?

Blepino: "No creo que los individuos más ricos, que son precisamente los más deshonestos, sean capaces de renunciar fácilmente al robo y a la argucia.

Praxágora: "Sin duda. Si siguiera existiendo el antiguo régimen, esto es lo que ocurriría inevitablemente. Pero con el nuevo régimen, ¿por qué habrían de pensar los hombres en acumular riquezas, si todas las cosas se pondrán a disposición de todos?

Blepino: Supongamos que un hombre quiere conquistar a una mujer o tener relaciones con una prostituta. ¿Debe ofrecerles un regalo?

Praxágoras: "¡En absoluto! Porque todos los hombres y todas las mujeres pertenecerán a todos y serán libres de hacer lo que quieran. No habrá matrimonios ni restricciones de ningún tipo.

Blepino: ¿Y si varios hombres desean a la misma mujer?

Praxágoras: Una mujer hermosa puede tener varios pretendientes. Pero antes de conquistar a una mujer hermosa, los hombres tendrán que acostarse con una fea".

Blepino: ¡Bien! Tal y como yo lo veo, con este sistema, las mujeres ya no correrán el riesgo de permanecer vírgenes toda la vida. Pero, ¿qué harán los hombres? Todo hace pensar que las mujeres sólo prestarán atención a los hombres favorecidos físicamente. Y los feos, ¿cómo conseguirán mujeres?

Praxágoras: La vida amorosa de las mujeres será regulada por el Estado. Las mujeres jóvenes y hermosas serán obligadas a acostarse con hombres pequeños y feos. Sólo después de haber favorecido a hombres que la naturaleza ha hecho infelices, podrán tener relaciones con sus novios. La prostitución dejará de existir. Las prostitutas serán asignadas a esclavos, para que las mejores fuerzas viriles de los hombres puedan ser aprovechadas por los ciudadanos…

Blepino: ¿Y cómo sabrá un hombre si es padre de un niño?

Praxágora: No habrá necesidad de eso, porque todos los niños estarán bajo el cuidado de la colectividad.

Blepino: ¿Y quién hará los trabajos indispensables para la vida de la sociedad?

Prxágora: Estos trabajos serán realizados por los esclavos.

El diálogo se prolonga aún más, siempre en el mismo tono. Praxágoras describe el estado futuro. Los ciudadanos tendrán derecho a todo. Todos serán libres e independientes. Una sola empresa colectiva sustituirá a las diferentes empresas privadas. Las desigualdades de clase quedarán

abolidas para siempre. En los lugares donde actualmente se celebran tribunales y elecciones, el Estado creará restaurantes. Allí, cada ciudadano encontrará comida abundante. Las comidas comunes serán verdaderos festines. Después de comer, los hombres abandonarán la mesa de buen humor, con coronas de flores. Y en las calles, las mujeres y las muchachas les llamarán a sus casas para ofrecerles sus encantos.

Con un lenguaje vivo, colorista e ingenioso, a través de estos diálogos, Aristófanes dibuja el cuadro de un verdadero paraíso terrenal. Pero, evidentemente, intenta burlarse de la nueva organización. A continuación, presenta conflictos tragicómicos que surgen en el ámbito de la regulación estatal de la vida amorosa de los ciudadanos. Con estos argumentos intenta demostrar la imposibilidad de la existencia del Estado del futuro. Los jóvenes están agotados por el peaje sexual que se ven obligados a pagar a las ancianas o a las solteronas decrépitas, y son incapaces de mantener relaciones sexuales con las mujeres que aman. Los ciudadanos acuden a las fiestas públicas atraídos por las encantadoras descripciones de las mismas. Sin embargo, se aburren y, cuando regresan a sus casas, intentan llevarse todo lo que encuentran como compensación por el tiempo que han perdido y los disgustos que han tenido.

En La asamblea de las mujeres, Aristófanes ridiculiza a los soñadores comunistas. En su mejor comedia, Pluto, trata sobre todo de bufar la ambición desenfrenada de los ricos y su inmoral búsqueda de riquezas. El problema que el autor plantea en los diálogos es el de siempre: "¿Por qué los ricos son malos y los pobres virtuosos?

Los diálogos tienen un contenido muy rico y desarrollan el siguiente tema:

Plutón, el dios de la riqueza, está ciego. Ya no sabe lo que hace. Cremillo, un hombre pobre pero virtuoso, le pregunta por qué reparte favores tan injustamente. Y Plutón responde:

Plutón: "Yo no soy culpable. No veo lo que hago. Zeus es el único culpable, porque me quitó la vista. Él no quiere que yo llegue a ser querido por los hombres. En mi infancia, siempre dije que sólo visitaría a los buenos y a los virtuosos. Por eso Zeus me cegó. Ahora ya no sé a quién visito, y busco tanto a los buenos como a los malos.

Cremillo: Y si recuperaras la vista, ¿podrías evitar esos males?

Plutón: ¡Claro que sí! Sólo visitaría a los buenos; todos se dicen buenos. Y después que los hago ricos, sólo hacen cosas malas.

Cremillo: En efecto, eso es lo que ocurre. El hombre debe tener de todo en abundancia: pan, pastas, higos, objetos de valor, literatura. Pero no debe poseer riquezas. Porque cuando tiene dieciséis, quiere tener cuarenta. "Si

no consigo cuarenta, dirá, no podré vivir más. La riqueza es lo peor del mundo".

A continuación, Cremilo aconseja a Plutón que visite el templo de Asclepio, dios de los médicos, y pase allí una noche. Así se curará de su ceguera. Plutón sigue su consejo y recupera la vista. Ahora la miseria va a desaparecer de Grecia. ¡Pero pronto aparece la Pobreza e intenta demostrar que también es útil a la Humanidad!

la Pobreza: "Quieres expulsarme —le grita a Cremillo— ¿Crees que salvarás a la Humanidad si me eliminas? Pues te equivocas. Sólo conseguirás perjudicarla. Cuando todos los hombres sean ricos, ¿quién se dedicará a la ciencia o a las artes? Y si desaparecen los trabajadores, ¿quién construirá sus barcos, labrará sus tierras o se dedicará al comercio y la industria?

Cremilo: ¡Qué pregunta tan absurda! Nuestros siervos.

Pobreza: ¿Nuestros siervos? Pero ¿dónde los encontraréis cuando todos los hombres sean ricos?

Cremilo: Siempre habrá proveedores de esclavos de buena calidad.

Pobreza: Pero ya nadie querrá exponerse a los riesgos de la caza de hombres: cuando todos los hombres sean ricos, todos tendrán que trabajar para conseguir lo necesario para vivir. El oro y la plata serán inútiles. En la actualidad, los ricos tienen todo lo que necesitan porque hay pobres que trabajan para fabricar los productos indispensables para la vida. No hay que confundir pobreza con miseria. Es evidente que la gente no debe ser desgraciada. Pero tampoco deben vivir en la abundancia, pues de lo contrario dejarán de trabajar. ¿No acabas de decir que los pobres son mejores que los ricos?

En ese momento apareció Plutón, ya curado de su ceguera. Saludó al sol y al hermoso paisaje. Luego exclama:

Plutón: "¡Me avergüenzo de mi pasado y del ambiente en el que viví durante tanto tiempo! Nunca busqué a quienes merecían mi amistad. A partir de ahora, actuaré de otro modo. Demostraré que he convivido con los canallas y los deshonestos en contra de mi voluntad".

El resultado de este cambio de Plutón es asombroso. Los malvados pierden sus riquezas. Todos buscan a Plutón. Pero el camino que conduce a la residencia del Dios pasa por la honestidad y la sabiduría. Sólo los mejores llegan al final del camino. Los sacerdotes se quejan porque tienen hambre. Uno de ellos exclama:

> "Desde que Plutón recuperó la vista, tengo hambre. Y yo soy sacerdote de Zeus. Antiguamente, cuando todos los hombres aún no eran ricos, acudían al templo a ofrecer sacrificios. Cuando un mercader salía del peligro, traía un regalo. Los fieles hacían promesas y llamaban al sacerdote. Hoy en día, ya nadie viene a mí. Voy a abolir el servicio de Zeus. Ya no me sirve, porque hoy todo el mundo se ha vuelto bueno, sabio y rico".

Toda la moralidad de esta comedia se resume en esta frase de Goethe:

> "Seamos buenos y todo será bueno".

Tal es, asimismo, la idea fundamental de Aristóteles.

Capítulo V — Roma

1. — Carácter de la historia romana

Toda la historia de Roma hasta el siglo III a. C. es legendaria. Se basa únicamente en tradiciones orales, porque los archivos de Roma fueron destruidos por los galos en el año 300 a. C.

Bajo la influencia helénica, hasta el siglo II no aparecieron analistas en Roma. Sólo más tarde aparecieron los primeros historiadores, que escribieron la historia de su país, primero en griego, luego en latín, pero siempre con un espíritu conservador, patriótico y contrarrevolucionario. Lo mismo ocurre con los propios escritores helenos — Polibio, Plutarco y Apiano — que escribieron la Historia de Roma en griego. Escritores romanos como Salustio, Tito Livio y Tacio, casi siempre injustos con los reformadores, y siempre hostiles a todos los movimientos revolucionarios, cuyos líderes son presentados por ellos como bandidos. Los romanos, tanto en los asuntos nacionales, en la lucha contra los elementos revolucionarios del interior, como en la lucha contra los enemigos exteriores, fueron siempre de un egoísmo sin límites. En su opinión, todos los enemigos de Roma eran matones, hombres sin fe ni ley. Los historiadores latinos, que son para nosotros las únicas fuentes históricas donde se pueden reunir materiales para el conocimiento de los reformadores y revolucionarios, que se levantaron contra el orden existente, también piensan así. En honor a la verdad hay que decir que los escritores griegos ya citados no condenan tan sistemática e injustamente a todos los opositores de Roma. Pero no hay que olvidar que también escribían para los romanos. Aunque no siempre querían alabar a sus nuevos amos, a menudo se dejaban influir por sus ideas. Catilina y Espartaco, líderes de revueltas que pusieron en peligro la propia existencia de Roma, son las dos mayores víctimas de los insultos de los historiadores. No hay que olvidar que los romanos tenían un nivel de desarrollo intelectual muy bajo. Por tanto, no podían comprender ni interesarse por los movimientos o ideas que amenazaban el orden existente. No hay Platón, Aristófanes o Sófocles entre los romanos. Además, en ese ambiente no podían surgir hombres como los profetas judíos. Así pues, no es fácil escribir una Historia revolucionaria de Roma.

2. — Patricios y plebeyos

Al principio, los romanos se agrupaban en familias y tribus. No conocían la propiedad privada.

A la cabeza de la comunidad, que sólo se extendía hasta los límites de la ciudad, estaban los "reyes", es decir, jefes que eran al mismo tiempo capitanes, sacerdotes y jueces supremos.

Las leyendas atribuyen la fundación de Roma a Rómulo.

Poco después, en Roma se enfrentaban dos capas sociales diferentes: los patricios y los plebeyos. Los patricios eran campesinos más o menos ricos. Ocupaban todas las funciones públicas y poco a poco se convirtieron en una clase importante. Los plebeyos eran humildes aldeanos que, aunque libres, no podían ocupar cargos públicos. Esta diferenciación social no era realmente una diferencia de clase, porque los plebeyos no deseaban establecer un nuevo orden económico y social, ni tenían una concepción del mundo distinta de la de los patricios. Ambos estaban igualmente interesados en la esclavitud y explotación de los pueblos extranjeros. Los plebeyos sólo exigían una nueva legislación económica y política para la ciudad.

Gracias al poder político, los patricios pudieron apoderarse de enormes extensiones de tierras públicas. Su superioridad económica llegó a ser tan grande que los plebeyos cayeron completamente bajo su dominio. Las leyes sobre préstamos eran excesivamente estrictas y los intereses aplicados, demasiado elevados. Los plebeyos reclamaron entonces el derecho a participar en el poder, y especialmente la propiedad de las tierras públicas. Estas reivindicaciones eran posiblemente, al principio, un revival de las ideas de la época en que la propiedad de la tierra era colectiva.

A principios del siglo VI, la antigua constitución gentilicia había llegado a tal extremo de descomposición que los patricios derrocaron al "reinado" y fundaron una república nobiliaria. Todo el poder se concentró así en manos de las grandes familias patricias. Dos cónsules dirigían la República y nombraban funcionarios, los censores, encargados de administrar el tesoro y los archivos públicos.

En tiempos de crisis, uno de los dos cónsules se convertía en dictador, con poderes ilimitados, durante un periodo de seis meses o más.

El antagonismo entre patricios y plebeyos, que se había mantenido dentro de ciertos límites durante la época de los "reyes", empeoró cuando Roma entró en guerra con sus vecinos y conquistó nuevos territorios, ya que los patricios se apoderaron de casi todas las tierras conquistadas. Hacia el año 494, la plebe estaba tan descontenta que decidió abandonar la ciudad e

instalarse en el Sacro Monte, para fundar allí una comunidad independiente. Los patricios, como necesitaban soldados para su política belicosa, se vieron obligados a hacer concesiones. Concedieron a la plebe el derecho a nombrar dos tribunos del pueblo, encargados de defender a los humildes aldeanos de las arbitrariedades de los funcionarios patricios. Estos tribunos también podían convocar asambleas de la plebe para votar resoluciones (plebiscitos). Pero estos plebiscitos carecían de valor legal. Así continuó la lucha cada vez más enconada en ambos bandos.

Sin embargo, a medida que ponían en práctica su política bélica y conquistaban grandes riquezas, los patricios empezaron a comprender que se beneficiarían satisfaciendo algunas de las demandas de los plebeyos, ya que no podían continuar su política exterior sin su ayuda. En el siglo 367 se adoptaron las famosas leyes licias, que reducían considerablemente las deudas de los plebeyos y fijaban en quinientas jugas el límite máximo de tierras comunales que podían transformarse en propiedad de cada individuo. Así, a partir de entonces, la plebe comenzó a participar en el reparto de las tierras conquistadas. Poco después, obtuvieron el derecho a nombrar a uno de los dos cónsules.

Mediante nuevas concesiones, en 278, la plebe alcanzó la plena igualdad política. Los patricios continuaron subyugando gradualmente a todos los pueblos de Italia. De este modo, extendieron el Imperio Romano por toda la península.

Sin duda, esta labor política fue llevada a cabo principalmente por los patricios romanos, que no eran más que aldeanos ricos, supersticiosos, astutos y excelentes soldados, pero que sin embargo hicieron en Italia cosas que la nobleza ateniense, mucho más culta, no podía hacer.

Poco después de la fusión política de las dos clases de la sociedad romana, los ricos patricios y los plebeyos crearon una nueva nobleza, que asumió todos los cargos del Estado. La política exterior de Roma trascendió entonces los límites de las fronteras nacionales y se convirtió en una política imperialista, que significó, en su momento, el dominio del mar Mediterráneo y sus costas.

3. — El imperialismo romano

Del año 264 al 133 a.C., Roma se elevó al rango de gran potencia mundial. En el mismo periodo, se produjo una transformación progresiva de las bases económicas de la sociedad. La economía campesina fue sustituida por la economía monetaria y la especulación. Cinco años más tarde estalló

la primera guerra púnica, la guerra contra Cartago, entonces la mayor potencia comercial del Mediterráneo.

Cartago dominaba las costas del norte de África, el sur de España, Cerdeña y el oeste de Sicilia. A través de esta guerra, que duró del 264 al 241, Roma conquistó Sicilia y Cerdeña. Fue la guerra que hizo comprender a los romanos la importancia del dominio marítimo. A partir de entonces, construyeron una gran flota con fines militares y mercantiles. Aparecieron armadores y compañías comerciales. La segunda guerra púnica, en la que el capitán israelita Aníbal, uno de los mayores genios militares de todos los tiempos, aterrorizó a Roma, podría haber destruido por completo el poder romano si la plutocracia cartaginesa hubiera actuado con más finura diplomática y el Senado romano con menos perseverancia, o si el pueblo romano hubiera sido menos patriota. Como resultado de estas circunstancias, la expedición militar de Aníbal fracasó. Al final de la tercera guerra púnica, que duró del 149 al 136, Cartago fue completamente destruida, con una crueldad y un salvajismo típicos de los romanos.

Tras subyugar Grecia, Asia Menor y España, Roma fue invadida por una avalancha de metales preciosos y esclavos, que sepultó a su paso el antiguo estado agrícola. Esta labor destructiva se vio facilitada por las guerras que provocaron la desaparición de la mayoría de las antiguas familias patricias y plebeyas. Roma nunca pudo recuperarse de tan grave sangría. Cuando alcanzó la cima de su poder material, ya estaba en decadencia. Esta decadencia, a partir de ahora, avanza lenta pero implacablemente. Y nunca se detiene.

Estos síntomas se manifiestan ya claramente en el siglo I a. C. En la Historia de la Conjuración de Catilina, el historiador romano Salustius dice lo siguiente:

> "Los vencedores practican todo tipo de excesos.… La riqueza, la gloria, el poder y la autoridad que han adquirido han eclipsado todas las virtudes. La pobreza se ha convertido en un vicio… Y arraigan la ociosidad y los excesos. Los hombres comienzan a comportarse como mujeres Y las mujeres ofrecen su honor sin el menor pudor".

Roma, en ese momento, ya no era una sociedad productiva. Se había convertido en un estado militarista y derrochador.

La tarea del momento", declaró el Senado romano cuando resolvió continuar la guerra contra Cartago, "es derrotar a los pueblos industriales y convertirlos en nuestros tributarios. Por eso debemos seguir luchando hasta someterlos".

Este principio se aplicó con inquebrantable perseverancia. Juvenal, el poeta satírico de Roma, resume el resultado de tal política en la siguiente frase:

"Devoramos a los pueblos y sólo dejamos los huesos".

Los pueblos que luchaban contra Roma solían ser presentados como criminales y enemigos de la humanidad. Roma nunca firmó un tratado de paz honesto. Todos sus tratados atribuían los errores y las causas de la guerra al adversario derrotado. Así, era fácil encontrar razones para nuevas guerras en cualquier momento en los propios tratados de paz. Los vencidos se veían obligados a pagar tributos tan elevados que quedaban completamente arruinados económicamente. Además, los romanos obligaban a los gobiernos de los países vencidos a oprimir a sus súbditos con pesados impuestos. Esto hizo impopulares a estos gobiernos y debilitó la disposición de los pueblos sometidos a hacer la guerra.

Las guerras favorecían sobre todo a los mercaderes y a las compañías capitalistas mercantiles, que acumulaban fabulosos beneficios prestando dinero al Estado o suministrando barcos, alimentos y armas a precios elevados. Eran los mercaderes y las compañías quienes se apropiaban de casi todos los dominios conquistados y de las minas; quienes recibían los impuestos y suministraban los esclavos para trabajar en los grandes latifundios.

El capital romano no se invertía en empresas industriales, como el capital europeo moderno. Hiena de los campos de batalla, se hartó de los frutos del saqueo de las legiones y de las riquezas de las naciones vencidas. Las familias de los senadores y de los funcionarios estaban interesadas en el negocio. Los altos dignatarios de la República se dejaron corromper. El Senado, a partir del año 160, adquirió fama de venal. Las constantes guerras eliminaron a la población rural. El campo y las aldeas se despoblaron. La competencia de los cereales extranjeros, importados a bajo precio, también influyó en la población. Las antiguas granjas desaparecieron. En su lugar aparecieron las grandes empresas rurales (los latifundios), dedicadas principalmente a la ganadería y al cultivo de la viña. El trabajo de producción fue sustituido paulatinamente por mano de obra esclava. Los trabajadores libres desempleados se concentraron en Roma. Allí formaron rápidamente una clase parasitaria, que vivía únicamente de las raciones de trigo distribuidas por el Estado y de las comidas públicas.

También eran utilizados como rebaños electorales. La riqueza se concentraba en pocas manos. En el año 104 a.C., un tribuno del pueblo afirmó que el número de ricos en todo el Estado no superaba los dos mil.

En aquella época, por tanto, se daban todos los factores necesarios para el estallido de violentos conflictos sociales.

Estos conflictos se manifestaban en: 1) intentos de reformas encaminadas a reanimar el contingente campanio de la población (Gracos), o encaminadas a un nuevo reparto de la propiedad (Catilina); 2) las sublevaciones de los esclavos, entre las que se hizo famosa la sublevación de Espartaco.

4. — Los intentos de reforma: Los Gracos, Catilina

Los hermanos Tiberio y Cayo Graco, originarios de la antigua nobleza romana, decidieron resucitar al contingente campesino de la población. Tiberio Graco fue elegido tribuno del pueblo en el año 134. En respuesta a los deseos de los pobres, se empeñó en darles las tierras a las que tenían derecho. Al mes siguiente, propuso limitar la cantidad de tierra que cada ciudadano podía poseer. En los territorios así liberados, pretendía crear haciendas inalienables o granjas hereditarias de 30 yuntas. Parece que Tiberio quería compensar a los antiguos propietarios de las tierras confiscadas. Pero los pequeños campesinos también serían ayudados por el Estado, para que pudieran adquirir pequeñas propiedades. Como la nobleza era hostil a su propuesta, Tiberio provocó un enorme malestar popular. Describiendo la miseria del pueblo, exclamó:

> "Los animales feroces que viven en las tierras de Italia tienen al menos sus guaridas. Sin embargo, los hombres que luchan y mueren por Italia sólo tienen el aire que respiran y la luz del sol. Sin techo, sin ropa, vagan por el país con sus mujeres y sus hijos. Nuestros generales mienten cuando, para estimular a las tropas, dicen que los soldados luchan para defender sus propias casas y las tumbas de sus antepasados contra el saqueo del enemigo. Ningún soldado tiene casa. ¡Ninguno de ellos puede decir dónde están los restos de sus antepasados! ¡Los soldados derraman su sangre y mueren sólo para defender las riquezas de los poderosos! Dicen que los soldados romanos son los amos del mundo. Pero ninguno de ellos tiene siquiera una pizca de tierra en la que apoyar la cabeza."

Cuando la Asamblea del pueblo estaba a punto de votar sobre este proyecto de ley, Tiberio pronunció un largo discurso, en el que preguntó:

> "¿No es justo dividir los bienes comunes? ¿No es mejor el ciudadano que el esclavo? ¿No son los guerreros más útiles al país que los que no son aptos para la guerra?".

Después de haber conquistado por las armas gran parte del mundo, cuando esperaban someter a su dominio los demás territorios poblados de la tierra, los romanos se encontraron ante un dilema: o conquistar los demás países, o renunciar a todas las conquistas anteriores. Por eso Tiberio aconsejó a los ricos que, para garantizar los días venideros, compartieran sus tierras con quienes sacrificaban a sus propios hijos en beneficio de su patria.

> "En lugar de perder el tiempo discutiendo sobre cuestiones secundarias", declaró Tiberio, "los ricos deben resolver este problema fundamental".

En opinión de algunos —como Appio—, Tiberio Graco deseaba ante todo crear en el seno del Estado romano una clase de ciudadanos numerosa y fuerte, capaz de mantener y ampliar las conquistas de Roma.

Pero, en cualquier caso, el proyecto de reforma de Tiberio Graco pretendía preservar el orden social existente.

Por ello, en el año 132 convocó de nuevo a la corte para debatir el asunto. En una reunión electoral, mientras Tiberio exponía su programa al pueblo, los partidarios del Senado salieron de improviso, armados con palos y nunchakus, y lo acribillaron a él y a un gran número de sus amigos. Sin embargo, la ley agraria surtió efecto. Se crearon ochenta mil pequeñas explotaciones campesinas.

Cayo Graco, hermano de Tiberio, continuó su labor. Elegido tribuno del pueblo en el 123, se aseguró de que todos los ciudadanos recibieran mensualmente una cierta cantidad de trigo del Estado. Reformó el sistema judicial, construyó carreteras a través de Italia para ocupar a los desempleados y trabajó para democratizar la ley electoral y organizar una vasta colonización interior. Cayo tuvo el mismo trágico final que su hermano: fue asesinado en el año 121.

Los romanos, como siempre hipócritas, construyeron un templo en el mismo lugar donde habían sido masacrados los Gracos y sus partidarios: el Templo de la Concordia.

Pero esto no impidió que en toda Italia se produjeran levantamientos de esclavos y sangrientas guerras civiles.

En el año 100, el "demócrata" Mario mandó asesinar a cincuenta senadores y mil caballeros; su oponente Sila hizo lo propio: mandó matar a cuarenta senadores y mil seiscientos caballeros. Sus bienes fueron confiscados. El botín de Sila ascendió a unos 500.000 millones de escudos. Capitalistas y usureros compraron los bienes confiscados por una suma que sólo correspondía a una cuarta parte de su valor real. En el año 73 estalló la insurrección de Espartaco, de la que hablaremos más adelante. El

historiador romano Salustio, que la describe desde su punto de vista conservador, dice que el pueblo romano se encontraba entonces en un estado moral deplorable.

> "Aunque todo el mundo, de este a oeste, le rendía obediencia, aunque en el interior reinaban la tranquilidad y la prosperidad, ciudadanos suficientemente estúpidos y criminales intentaron destruir el Estado para precipitarse ellos mismos en la ruina."

Pues a pesar de los decretos del Senado contra los conspiradores y de las grandes sumas ofrecidas a quienes los traicionaran, ninguno de ellos fue capaz de traicionar a sus correligionarios ni de abandonar el campamento de Catilina. El mal había afectado profundamente al espíritu de la mayoría de los ciudadanos. Este espíritu de rebelión no existía sólo entre los conjurados. Toda la plebe, partidaria de una transformación radical, simpatizaba con los planes de Catilina. No por ello los historiadores dejaron de representar a Catilina como el monstruo más horrible de todos los tiempos. En la "*Vida de Teseo*", Plutarco emite este sabio juicio:

> — "Es peligroso ser odiado en un estado donde florecen la poesía y la elocuencia".

Catilina estaba en ese caso. Por desgracia, Cicerón se puso del lado de sus oponentes. Y Cicerón fue uno de los más grandes oradores de todos los tiempos. El carácter de Cicerón era la antítesis del de Catilina. Este último descendía de la alta nobleza de Roma. Cicerón nació en la provincia. El primero era un soldado, siempre dispuesto a luchar, a riesgo de su propia vida, por la causa de los oprimidos. Cicerón era un abogado, un magnífico tipo de burgués temeroso, un moralista, que temblaba constantemente por miedo a perder sus propiedades. Ambos se enfrentaron, como candidatos al consulado, en el año 62; Cicerón, representando a la clase propietaria, Catilina defendiendo los intereses de las capas más pobres de la población. Catilina propuso que se dieran tierras a los ciudadanos pobres. También luchó por la abolición de las deudas y por el establecimiento de una severa fiscalización de las finanzas públicas. En general, luchó por los intereses de las masas populares. También parece que quería mejorar la suerte de los pueblos sometidos a la dominación de Roma.

Cicerón escribió a este respecto en *Las tareas*:

> "Aquellos que quieren ser amigos del pueblo, suprimir las deudas, desposeer a los ricos, etc… sacuden los cimientos del Estado.… La tarea del Estado es defender la propiedad… ¿Cómo se puede quitar la propiedad a su legítimo dueño y dársela a otro? El rey Agis fue ejecutado por los lacedemonios porque hizo tal propuesta, una

> propuesta sin precedentes en los anales de la historia. Y, desde entonces, innumerables disturbios intestinos estallaron en Macedonia. El resultado fue la disolución del Estado, a pesar de su excelente constitución. Con él, toda Grecia se derrumbó, contagiada por la enfermedad de Esparta, que pronto se extendió a todo el país. Entre nosotros, ¿no murieron también los griegos en virtud de estos conflictos y de estas divisiones de tierras?".

Se ve, pues, que Cicerón consideraba criminales todas las reformas agrarias, incluida la de los Gracos. Igualmente condenó cualquier reforma radical en el sistema de vivienda:

> "¿Puede uno vivir en una casa que no le pertenece? La compré y construí con mi propio dinero. ¿Y ahora quieren utilizar esta casa contra mi voluntad? ¿No es quitar a cada uno lo que le pertenece, en beneficio de los demás? ¿Para suprimir deudas? ¿Pero no es lo mismo que un individuo, al que he dado dinero a préstamo, quiera comprar mis tierras con mi dinero?".

En tal estado de ánimo, es evidente que Cicerón, tras derrotar a Catilina convirtiéndose en cónsul, inició una enérgica lucha por la defensa del orden y la propiedad. Y puso al servicio de esta lucha sus mejores armas: su elocuencia y su demagogia de abogado. Incluso llegó a decir que su adversario era un hombre sin la más mínima pizca de moralidad. Catilina pasó a la posteridad con el aspecto deforme que le prestó Cicerón. Salustio, que escribió, veinte años más tarde, la *Historia de la conjuración de Catilina,* sólo reprodujo el retrato de Catilina dibujado por Cicerón. Lo mismo ocurre con escritores como Plutarco y Apio, que escribieron la Historia de Roma en griego. Plutarco reproduce servilmente las narraciones más aterradoras hechas por Cicerón sobre Catilina y sus partidarios. En cualquier caso, Catilina defendió a los desheredados y a los oprimidos. Por ello era venerado por las masas. Los principios que guiaban la acción de sus correligionarios pueden juzgarse por la carta que Manlio dirigió al general romano Marcio:

> "No reclamamos poder ni riqueza, porque el poder y la riqueza son las causas de todas las guerras y todos los conflictos. Simplemente queremos la libertad".

Catilina luchó dos veces para conseguir el consulado. Quería utilizar el poder legal contra el puñado de oligarcas que consideraban el Estado su propiedad exclusiva. Quería utilizarlo en beneficio del pueblo, de su libertad y de sus derechos. Pero dos veces ganó el partido del orden y Catilina fue derrotado. No habiendo conseguido nada en el frente legal, Catilina comenzó a preparar una insurrección y a organizar a las masas

descontentas. Cicerón, tras derrotar a Catilina en las elecciones consulares, creó un servicio de espionaje que trabajó intensamente, sobre todo cuando Catilina partió a la provincia para entrar en contacto con el ejército romano. Los preparativos de la insurrección fueron descubiertos en Roma el 5 de diciembre del 63, y los cabecillas fueron ejecutados poco después. Catilina y sus partidarios libraron una feroz batalla con las fuerzas de Cicerón, numéricamente muy superiores. Cicerón venció. Catilina y Manlio cayeron en el campo de batalla. Pero su valentía y el coraje con el que lucharon están atestiguados por Salustius:

> "Sólo después de la batalla quedó claro con qué ardor lucharon del lado de Catilina. Cada hombre defendió con su propio cuerpo el lugar que había ocupado durante el combate. Catilina estaba entre los muertos. Después de muerto, su fisonomía conservaba aún la expresión de audacia, valor y altivo desprecio que siempre le había caracterizado en vida".

La República oligárquica y corrupta se encaminaba rápidamente hacia la bancarrota. Dos años después de la muerte de Catilina, Roma asistió a la formación del triunvirato militar de Pompeyo, Craso y Julio César.

La monarquía militar llamaba a las puertas de Roma.

5. — La rebelión de los esclavos

Tras el final de la Segunda Guerra Púnica (201 a.C.) y la guerra contra Macedonia y Siria, el uso de mano de obra esclava en las grandes haciendas se desarrolló rápidamente. La explotación de la mano de obra se llevó a cabo de forma capitalista. Además, los romanos despreciaban la mano de obra y a los trabajadores. La situación de los esclavos era, por tanto, insoportable. Casi todos los trabajos, tanto industriales como domésticos, eran realizados por esclavos. Se utilizó mucha mano de obra esclava en la construcción de villas y palacios. Se transportaron montañas, se abrieron lagos o se alteró el curso de los ríos, según los caprichos de los plutocratas.

Las continuas guerras, en todas las partes del mundo, suministraron cientos de miles de prisioneros, que fueron sometidos al yugo de la esclavitud. Sin embargo, las necesidades de los grandes terratenientes romanos no estaban satisfechas. Por ello, se cazaban hombres para abastecer los mercados de esclavos. Roma tiranizaba tres continentes. Y la situación de los esclavos empeoraba cada vez más. Catón el Viejo vendía a sus esclavos cuando eran viejos y, tras haber agotado todas sus fuerzas a su servicio, ya no podían trabajar. ¿No es de extrañar que, en tales

condiciones, los esclavos estuvieran siempre dispuestos a rebelarse? ¿Es de extrañar que aprovecharan cualquier oportunidad que se les presentara para escapar? Los esclavos eran marcados con hierro al rojo vivo, como el ganado, para que pudieran ser capturados fácilmente y devueltos a sus amos en caso de fuga. Cuando trabajaban en el campo, pasaban todo el día encadenados. La fuga se castigaba con la pena de muerte por crucifixión. Pero la peor degradación era la de los esclavos que poseían una gran fuerza física. Transformados en gladiadores, eran obligados a ofrecer a la población el sangriento espectáculo de la matanza humana en las arenas de Roma. Los prisioneros o rehenes, cultos, como los griegos, o hábiles en los negocios, como los sirios, eran utilizados como preceptores o administradores, y a menudo, gracias a su trabajo, obtenían la libertad. Uno de estos esclavos liberados fue el historiador griego Polibio, autor de la *Historia de Roma*, una de las mejores obras sobre el tema. La nobleza y la plutocracia despreciaban a los griegos y lamentaban su influencia en la cultura romana. De esta concentración de esclavos, es decir, de esta concentración de masas considerables de hombres que odiaban ferozmente a sus opresores, tenían que surgir tarde o temprano conspiraciones y revueltas. Sólo hacía falta un líder enérgico capaz de desencadenarlas y dirigirlas. La primera revuelta de esclavos estalló en Apulia en 187 a.C.. Los siete mil esclavos que participaron murieron en la cruz.

Incomparablemente más dolorosas y sangrientas fueron las dos insurrecciones de esclavos que estallaron en Sicilia, la primera de 134 a 132 y la segunda de 104 a 101. Sicilia era una isla fértil que se convirtió así en uno de los principales centros de explotación de la mano de obra esclava. Las tierras del Estado eran los *lafifundios*: inmensos campos de trigo, plantaciones de olivos e interminables prados donde se criaban ovejas. Enormes masas de esclavos labraban la tierra, plantaban árboles frutales o cuidaban los rebaños de ovejas. Sicilia era el granero de Roma. La insurrección que estalló allí en el año 134 tuvo el carácter de una guerra larga y terrible. Los rebeldes, dirigidos por el sirio Eno y el macedonio Cleón, formaron un ejército de setenta mil hombres armados. Casi toda la isla cayó en su poder. Durante varios años rechazaron los ataques de los ejércitos que Roma envió sucesivamente contra ellos. Al final fueron vencidos por la fuerza de las armas. Más de veinte mil rebeldes murieron en la cruz. Esto sucedió justo cuando Roma estaba internamente agitada por los Gracos. La segunda insurrección siciliana también fue dirigida por un sirio llamado Salvius y un macedonio llamado Artenion. Los romanos, sólo después de que estos dos jefes murieran en la lucha, pudieron someter la insurrección.

El periodo de agitación de los Gracos fue, además, un periodo de insurrecciones generales.

En Asia Menor, los esclavistas también se sublevaron contra el dominio de Roma. En 133 murió en Pérgamo el rey Atalo III, un monarca débil de espíritu que se había dejado someter al yugo romano. Los romanos, mediante violencia o falsificación, obtuvieron un testamento en el que Atalo III declaraba que entregaba toda su fortuna y su país a Roma. Poco después, en Pérgamo, se instauró una democracia política completa: todos los habitantes, nacionales y extranjeros, ricos y pobres, tenían derecho a votar y a gobernarse. Cuando los romanos quisieron cumplir la voluntad del rey de Pérgamo, es decir, cuando intentaron apoderarse del país, el pueblo se sublevó, dirigido por Aristonio, hermano unilateral de Átalo, que vivía en Leuca, un pequeño puerto entre Esmirna y Pdoceo.

Varias ciudades se pusieron del lado de Aristonio. Pero otras, como Éfeso, se aliaron con los romanos. En esta guerra, Aristonio sufrió algunas derrotas al principio. Sin embargo, después, presentándose como el libertador de los esclavos, hizo un llamamiento a éstos para que lucharan contra los romanos. Los esclavos respondieron y se alistaron en masa. Aristonio fundó con ellos un Estado del Sol. La organización de este Estado no se conoce con certeza, por falta de documentación histórica. Sin embargo, es razonable suponer que se trataba de una sociedad comunista, ya que en la Antigüedad, un Estado del Sol significaba un Estado comunista. Los ciudadanos del Estado del Sol, es decir, los esclavos liberados, dirigidos por Aristónico, se organizaron rápidamente y recorrieron el país como vencedores. Temiendo perder su fabulosa "herencia", los romanos enviaron tropas para combatirlos. Como esta expedición militar estaba dirigida por un cónsul, todo hace pensar que Aristonio tuvo que luchar contra un poderoso ejército. Pero esta expedición romana fue parcialmente derrotada. La guerra duró hasta el año 129 y terminó con la derrota de los rebeldes de Pérgamo. Aristonio fue capturado, llevado a Roma y ejecutado.

Este prodigioso número de víctimas de la insaciable codicia de los romanos dio lugar a un terrible vengador. La revuelta de los esclavos encabezada por Espartaco, que duró del 73 al 71 a.C., fue la única ante la que temblaron los amos del mundo. Les infligió las mayores humillaciones y las derrotas más vergonzosas.

Los esclavos de la categoría más baja, los gladiadores, lucharon contra los ejércitos de los cónsules romanos, aplastándolos tras feroces combates.

La siguiente observación del historiador romano Florus muestra cómo Roma fue humillada por la insurrección de los gladiadores:

> "Tal vez sería posible soportar la vergüenza de luchar contra esclavos. Los esclavos son hombres expuestos sin piedad por el destino a toda clase de ultrajes. Pero son, a fin de cuentas, hombres de segunda clase, a los que podríamos incluso conceder las ventajas de nuestra libertad. Pero, ¿qué puedo aportar yo a esta guerra dirigida por Espartaco contra nosotros? Confieso que no lo sé. Porque de su lado vemos esclavos luchando y gladiadores al mando. Los primeros son de origen muy humilde. Los segundos están condenados a la peor de las condiciones sociales. Estos extraños enemigos añadirán el ridículo al desastre".

Espartaco era un líder y un organizador de la talla de Aníbal. Con tropas más numerosas y mejor armadas, sin duda habría hecho tambalear el poder de Roma. Plutarco afirma que Espartaco era

> "extremadamente fuerte y serio, de una inteligencia y clarividencia bastante raras en individuos de su condición, más heleno que bárbaro".

Tal juicio, en boca de un griego, es un gran elogio. Espartaco también fue admirado por hombres como Lessing y Marx.

Poco se sabe de su juventud y, en general, de su vida, hasta el año 73 a.C. Era tracio, descendiente de una horda nómada. Fue llevado a Roma como prisionero de guerra y vendido como esclavo. Consiguió escapar. Se convirtió en mercenario. Finalmente, fue vendido al propietario de una escuela de gladiadores en Capua. Con él había unas dos docenas de esclavos, en su mayoría tracios y galos, que estaban conspirando. Preparaban una huida para recuperar la libertad a la primera oportunidad. La conspiración fue descubierta. Pero aun así, con setenta compañeros, Espartaco logró escapar. En el camino, asaltaron un transporte cargado de armas. Con ellas lucharon contra los soldados enviados para capturarlos. Y vencieron. La noticia de esta primera victoria de Espartaco se extendió por todo el continente. Un gran número de nuevos combatientes se unieron a sus filas. Pronto, Espartaco tuvo a su lado a más de doscientos hombres, que tomaron enérgicas represalias contra los propietarios. Al principio, se les consideró sólo una banda de bandidos. Roma envió contra ellos al pretor Claudio Pulcro al frente de un pequeño ejército de tres mil hombres. Espartaco se fortificó a orillas del Vesubio, que en aquel momento estaba tranquilo, y destruyó por completo al enemigo. El campamento, el equipaje y las armas del pretor Claudio cayeron en sus manos.

A partir de entonces, Espartaco se hizo famoso. Su reputación se extendió por toda Italia. Se declara abiertamente amigo de Roma. Se dirige a todos

los esclavos y a todos los oprimidos, invitándoles a unirse a sus filas para participar en la guerra de liberación. Los esclavos y los sin tierra, los extranjeros y los italianos desposeídos de sus tierras, acuden en masa a la llamada de Espartaco. Los campesinos abandonaron sus campos, los pastores sus rebaños, los esclavos a sus amos. Los prisioneros escaparon de las mazmorras. Los esclavos rompieron sus cadenas. Todos se unieron a Espartaco, que transformó esta multitud heterogénea de hombres llegados de todas partes en un ejército capaz de comportarse adecuadamente en combate. Pero no consiguió que los soldados respetaran a los no combatientes. En sus correrías por el país, las tropas de Espartaco saquearon e incendiaron casas y devastaron los fértiles campos. Por donde pasaban sembraban el terror.

Sólo después de grandes esfuerzos Espartaco había conseguido establecer una cierta unidad duradera entre los diferentes elementos de su ejército: tracios, sirios, galos, germanos, italianos, etc.

La noticia de la derrota del pretor Claudio Pulcro fue recibida en Roma con sorpresa y cólera. Rápidamente se equipó un nuevo ejército de ocho a diez mil hombres. En tales expediciones sólo solían emplearse las legiones romanas, que, además, en aquel momento estaban muy ocupadas luchando en España y el Bajo Danubio bajo Pompeyo y Lúculo. El nuevo ejército marchó contra los insurgentes, codirigido por dos pretores.

Espartaco fue prudente. No lanzó a sus tropas a una franca batalla.

Pero sus lugartenientes, y en particular los galos, tomando su prudencia por miedo, atacaron a los romanos con tres mil hombres y fueron derrotados. Después de esto, todos los soldados reconocieron la sabiduría del jefe. Se sometieron entonces a sus órdenes y aprobaron la retirada, que tuvo lugar sin una sola pérdida.

Poco después, Espartaco se resarció de esta derrota. Tras algunos alegres asaltos y escaramuzas, atacó al enemigo con el grueso de sus tropas, desbandándolo. Toda BaixaItalia cayó en manos de los gladiadores. Ahora, Espartaco se proponía marchar rápidamente hacia el norte, atravesando Italia y aplastando todo lo que se interpusiera a sus pasos para impedir la obra liberadora, antes de que los romanos tuvieran tiempo de recuperarse de la sorpresa y el susto y llamaran en su ayuda a los grandes capitanes Pompeyo y Lúculo, con sus legiones. Este plan de Espartaco muestra su amplia visión política.

Pero los lugartenientes y las tropas, que ya habían probado la sangre romana, se opusieron tenazmente al plan del líder. En vano, Espartaco intentó mostrarles el formidable poder del Imperio, que había sido

sorprendido en un momento dado, pero que no podría ser derrotado fácilmente mientras lograra reunir todas sus fuerzas. En el ejército de Espartaco, sin embargo, las opiniones estaban divididas: los galos y los germanos, bajo el liderazgo de Crixio, no eran partidarios de la marcha sobre Roma; los tracios y los italianos adoptaban el punto de vista de Espartaco. Mientras tanto, en Roma se hacían grandes preparativos y se reunían importantes fuerzas para luchar contra el ejército de gladiadores.

El desprecio inicial ya se había convertido en pavor. Tres ejércitos partieron para combatirlos, dos bajo el mando de dos cónsules, es decir, bajo el mando de los más altos funcionarios del Estado, y el tercero comandado por un pretor. Cuando se enteraron de estos preparativos, Espartaco y Crixio se reconciliaron. No fue, sin embargo, una verdadera unión. Continuaron actuando por separado. Espartaco, al frente de cuarenta mil hombres y Crixio de treinta mil, invadieron Apulia. Rápidamente, Crixio cayó sobre el ejército del pretor, que, ante el ataque de galos y germanos, se dispersó y huyó. Pero como Crixio no le persiguió con suficiente energía, el ejército pretoriano se reagrupó al día siguiente y atacó a los galos que, cogidos por sorpresa, fueron derrotados.

El propio Crixio murió durante el combate. Unos diez mil hombres lograron refugiarse junto a Espartaco. El victorioso ejército pretoriano se unió entonces a uno de los dos ejércitos consulares, que, dividido en dos columnas, marchó al encuentro de Espartaco. Éste no se hizo esperar. Una parte de sus fuerzas se encargó de impedir que el otro ejército consular se acercara. Con las tropas restantes, Espartaco atacó al primer ejército y obtuvo una resonante victoria. Sin perder tiempo, reunió a sus fuerzas y al ejército que había quedado en observación y el mismo día atacó al segundo ejército consular, obteniendo una nueva y contundente victoria. Todo el bagaje del ejército y un gran número de prisioneros cayeron en sus manos.

Inmediatamente, Espartaco marchó hacia el norte, aplastando a las tropas que habían sido organizadas apresuradamente y enviadas a su encuentro por los pretores y procónsules romanos. Llegó a Módena. Parecía invencible. Infligió una profunda humillación a Roma. Organizó un banquete fúnebre en honor de Crixio e hizo que trescientos prisioneros romanos lucharan entre sí hasta la muerte como gladiadores delante de todo su ejército. Los despreciados esclavos eran ahora los espectadores. Y los orgullosos romanos estaban en la arena, como gladiadores. Ninguna de las muchas humillaciones que Roma sufrió en la guerra de gladiadores fue tan profundamente sentida como ésta. La muerte, como gladiadores, de trescientos guerreros romanos fue considerada la ofensa más ignominiosa

sufrida por la majestad romana, el insulto más intolerable a su honor. Meissner dice al respecto:

> "Los romanos pensaban que juzgar con la mayor crueldad a príncipes y reyes encarcelados, infligirles la tortura del hambre en las mazmorras, descuartizarlos, hacerlos morir en medio de los sufrimientos más atroces, tratar como vil ganado a poblaciones enteras arrancadas de sus hogares, todo esto los romanos lo consideraban un derecho imprescriptible. Pero obligar a ciudadanos romanos, prisioneros, a masacrarse unos a otros era un crimen desconocido hasta entonces, un crimen que jamás podría haber pasado por la mente de ningún ciudadano de Roma. ¿Y quién les haría sufrir tal humillación? Un hombre cuya vida, meses antes, dependía de los pulgares doblados o estirados de algunos plebeyos. Un hombre que, al lado de cincuenta o sesenta de sus iguales, podría haber sido estrangulado, si algún joven patricio romano hubiera tenido el capricho de realizar sacrificios en honor de la muerte de alguna de las tías!".

En este momento, el poder de Espartaco alcanza su apogeo. Ya puede poner en práctica su plan primitivo: liberar a una masa considerable de esclavos, disolver su ejército y vivir, a partir de entonces, saboreando el placer de haber humillado a Roma, la reina del mundo. Pero Espartaco cambió bruscamente de planes. No cruzó el Po: volviendo por donde había venido, marchó hacia el sur. En Italia pensaron que se preparaba para marchar sobre Roma. Para impedir su avance, un nuevo ejército pretoriano le ofreció batalla. Tras una gran batalla que tuvo lugar en la región de Piceno, Espartaco volvió a salir victorioso. Roma estaba aterrorizada. Pero Espartaco pasó ante ella y se dirigió con sus ejércitos a la Baja Italia. Ocupó Turium, que proclamó puerto libre. Allí redactó leyes humanas. Varios hechos indican que Espartaco pretendía fundar en la Baja Italia un estado organizado según el modelo de la Esparta de Licurgo. Abolió el uso del oro y la plata. Redujo el precio de todos los bienes de consumo. Introdujo los sencillos hábitos de vida de los espartanos. Reunió en una vasta asociación a los fugitivos de diferentes países, que empezaron a vivir bajo su protección, educándose en el arte militar.

Ocupado con tantas tareas de estadista, Espartaco olvidó que el enemigo, con el tiempo, se recuperaba del terror y se preparaba enérgicamente para la lucha. Los romanos, actuando con mucha más prudencia que antes, organizaron un ejército numeroso y disciplinado y dieron el mando de la nueva expedición al pretor Crasso, hombre experto en el arte militar. Poniendo en práctica todos sus conocimientos técnicos, tácticos y

estratégicos, en los que eran muy superiores a sus adversarios, los romanos atacaron a Espartaco. Incluso al principio, fueron derrotados varias veces. La situación se había vuelto completamente desfavorable para Craso, que ya había perdido toda posibilidad de victoria, cuando estallaron la discordia y la lucha en el campamento de Espartaco. Los galos, ardientes e indisciplinados, se lanzaron de nuevo al ataque, actuando independientemente, bajo la dirección de sus propios jefes. Sufrieron graves derrotas.

Espartaco derrotó a Craso en varios combates. Pero fue derrotado, en el año 71, debido a la superioridad de las fuerzas romanas. El propio Espartaco fue herido de muerte durante la batalla. Seis mil hombres de su ejército fueron apresados y crucificados por Craso. Mientras tanto, en el campamento de Espartaco había tres mil prisioneros romanos vivos.

Esta guerra de gladiadores aterrorizó a los romanos durante varias décadas. Las matronas romanas, muchos años después, seguían intimidando a los niños traviesos con esta amenaza:

"¡Cuidado! Viene Espartaco".

Capítulo VI — La crítica social en Roma

1. — Las quejas de los desheredados

Las complicaciones sociales, que hemos caracterizado, se manifestaron con creciente agudeza al final del período republicano. Los verdaderos y únicos vencedores de las guerras en las que estaban empeñadas las legiones desde el Rin hasta el Éufrates, desde el Danubio hasta los desiertos del Sahara, eran los grandes terratenientes y capitalistas, que amasaban grandes fortunas con los suministros de guerra.

Julio César, que había estado secretamente vinculado a Catilina y que más tarde se convirtió en un gran capitán, aspirando a los laureles de la monarquía social, intentó levantar a las masas populares de Italia, reorganizar las provincias y curar las heridas abiertas por los grandes terratenientes y los grandes capitalistas. Desgraciadamente, su intento fue de carácter dictatorial. Fue asesinado el 15 de marzo del 14. Trece años más tarde, Roma era ya una monarquía. Este periodo destacó por un extraordinario desarrollo intelectual, por la aparición de poetas como Virgilio, Ovidio, Horacio o historiadores como Salustio y Tito Livio. Fue también durante este periodo cuando surgieron los elementos de una nueva religión entre las gentes y los ambientes cultos de Palestina y Alejandría: el cristianismo.

Las relaciones sociales no habían cambiado en absoluto. Italia seguía encerrando grandes dominios, inmensos latifundios, cultivados por el trabajo de esclavos o colonos. La creación de colonias de campesinos y veteranos, las expulsiones y la apropiación de tierras públicas fueron los medios utilizados por los grandes terratenientes. En las provincias, el poder lo ejercían los recaudadores de impuestos, que explotaban inhumanamente a los campesinos. La población disminuyó. El servicio militar obligatorio fue sustituido por el reclutamiento voluntario. Y como las guerras eran cada vez menos frecuentes, el número de esclavos disminuyó constantemente. La fuerza vital del pueblo italiano empezó a declinar. La famosa frase de Plinio el Viejo:

> "*Los latifundios* están arruinando Italia y ya empiezan a arruinar también las provincias",

caracteriza perfectamente la situación del Imperio Romano a partir del siglo I a.C. Plinio escribió esta frase a mediados del siglo I. Pero en Roma

ya se decía desde hacía tiempo que la importancia de un hombre se medía por sus posesiones.

El poeta latino Horacio, que no era más que un vulgar demagogo, en una oda se lamenta:

> "Hombre ávido: todos los días se te ve derribar las cercas de los campos vecinos y saltar las fronteras de tus clientes. Expulsados por ti, esposa y esposo llevan en el regazo a sus dioses familiares y a sus hijos semidesnudos".

Séneca el Viejo (padre del filósofo) reproduce la queja de un campesino, víctima de un vecino rico, que había arrasado sus cosechas e incendiado su casa:

> "Tú, ¡oh! rico, posees todas las tierras y ocupas las ciudades y sus alrededores con tus suntuosos palacios. Para que tus pueblos tengan el calor del verano en invierno y el frescor del invierno en verano, tus casas se extienden en todas direcciones y no sufren las tormentas de las estaciones, mientras que los campesinos se ven obligados a vivir en regiones antes habitadas por todo un pueblo, y el poder de tus administradores llega a ser mayor que el de los reyes".

Un pobre campesino describe así sus sufrimientos

> "Antiguamente no había ricos en el barrio. Cerca de mí vivían muchos terratenientes que cultivaban sus modestas posesiones y vivían en perfecta armonía con sus vecinos. ¡Cómo ha cambiado todo! La región que alimentaba a tantos ciudadanos es ahora una sola plantación enorme que pertenece a un solo hombre, ¡a un solo terrateniente! Se ve en todas direcciones. Ha arrasado todas las granjas que abarcaba, ha destruido las casas que heredamos de nuestros antepasados. Los antiguos propietarios se vieron obligados a abandonar sus hogares y marcharse con sus mujeres e hijos.

La región es ahora un inmenso desierto. Por todas partes me veo rodeado de riquezas, como un muro infranqueable; aquí, es el jardín de los ricos; allí, sus campos; allá, sus viñedos; más allá, sus bosques y sus pastos… Y esta inmensa extensión se extiende hasta donde alcanza la vista, y sólo se interrumpe en los límites del dominio de otro gran terrateniente".

Estas quejas son los gritos de agonía del campesino moribundo. Y en las ciudades, la situación del proletariado no era mejor…

2. — Aspiración a una vida sencilla, libre y armoniosa

En Grecia, durante los periodos de violentos conflictos sociales e insurrecciones populares, poetas y filósofos volvían sus pensamientos a la época del comunismo primitivo, cuando los hombres vivían una vida sencilla, libre y armoniosa. En aquellos tiempos se alababa la Edad de Oro, es decir, se condenaba el régimen de propiedad privada, la violencia, la especulación, las guerras internas y externas.

Lo mismo ocurría en Roma.

Salustio, en *Catilina*, recuerda con nostalgia los días del pasado, la época en que los hombres aún no conocían la ambición y se contentaban con lo que tenían. Esta idea aparece aún más claramente en Virgilio. En las Geórgicas, por ejemplo, recuerda los tiempos en que el mundo estaba aún bajo el reinado de Saturno (antes de Júpiter, el dios de la Edad de Hierro, que tan miserables hizo a los hombres):

> "Antes de Júpiter, ningún agricultor ejercía dominio alguno en los campos. Nadie podía poner límites, ni regular la división. Todo era común. Y la tierra, sin que nadie se lo pidiera, prodigaba sus beneficios más libremente".

Con esto Virgilio quiere decir que, en la época del comunismo primitivo, la tierra era muy fértil y repartía dones con liberidad, sin que los hombres hicieran mucho esfuerzo. Esta idea corresponde a la leyenda bíblica del Paraíso Terrenal. Según la Biblia, sólo después del pecado original brotaron en la Tierra plantas espinosas como los cardos. Virgilio espera que la Edad de Oro resurja pronto y haga a la gente tan feliz como durante el reinado de Saturno.

> "Veo el florecimiento de una serie de siglos renacidos. La virgen Astréia regresa a la Tierra, y con Saturno restaura su reino. Nuevas legiones de héroes descienden de los cielos. Sonreíd, oh, niños, pues con él termina la Edad de Hierro y se reinicia en el mundo la Edad de Oro" (Virgilio — *Bucólicas*).

Horacio, a su vez, canta a la sencillez de los bárbaros. Alaba su sistema de vida comunista y maldice su riqueza:

> "Más feliz es Sito que, en el desierto, arrastra en un carro el hogar andante. Más felices son los animales salvajes. Sus campos, sin límites, producen una cosecha libre y común.… Llevemos al Capitolio, o mejor, arrojemos al mar más cercano todas estas perlas, estos diamantes, este oro inútil, causa de todos los males" (Horacio — *Odas*).

En los círculos cultos de la época, no eran pocos los individuos que aspiraban a una vida sencilla y natural, sin lujos, sin preocupaciones, sin

las luchas de la civilización. Aquí se manifiesta claramente la influencia estoica. Es en Séneca, el Filósofo, (hijo de Séneca, el Retórico) donde esta influencia emerge con mayor claridad. En las *Epístolas*, Séneca el Filósofo describe extensamente todos los encantos de la vida sencilla y natural del comunismo primitivo.

> "¿Qué mayor felicidad que la de esta raza de hombres? Gozaban en común de todos los bienes de la naturaleza, que, como una madre amorosa, los defendía y rodeaba de cuidados durante toda su vida. Gozaban en común de las riquezas comunes. ¿No eran estos hombres verdaderamente ricos, puesto que ninguno de ellos era pobre? Pero cuando surgió la codicia, estos hombres que lo poseían todo, lo perdieron todo porque necesitaban apartar algo, acumular bienes para crear una propiedad individual. Aunque el hombre corrija su error y recupere lo que ha perdido expulsando a su vecino por la violencia o comprando sus tierras, incluso extendiendo sus dominios sobre la superficie de provincias enteras que, para atravesarlas, requieren varios días de viaje, volverá al punto de partida… Porque al principio no se conocía ni la abundancia ni la carencia de nada. El más fuerte aún no había aplastado al más débil. Todo se repartía pacíficamente. Y cada uno trataba a su prójimo como a sí mismo".

Séneca fue sin duda uno de los filósofos romanos más notables. Consideraba la hora de la muerte como el comienzo de una nueva existencia eterna. Por ello, exaltaba la felicidad de ultratumba. Decía que los enemigos y los esclavos debían ser tratados con humanidad porque

> "el hombre es siempre sagrado para el hombre mismo".

Sus ideas son tan análogas a las cristianas que muchos sacerdotes de la Iglesia le consideran —aunque nada lo prueba— amigo de San Pablo. En Séneca podemos ver cómo la moral estoica se movía en la dirección ya tomada por la moral judía en Palestina y por la moral grecojudía en Alejandría. Esta metamorfosis de la moral estoica es la consecuencia natural del desarrollo intelectual, político y social de Roma durante el período comprendido entre el siglo I de la República y el siglo I del Imperio.

Al deseo de un orden social armonioso siguen diversos intentos de crear una moral más noble, más humana, más pura. Y, como siempre, cuando el mundo creyente busca un sistema religioso y moral más elevado, la idea de Dios se espiritualiza. Observamos el mismo fenómeno cuando estudiamos a los profetas judíos: en el momento en que los judíos quieren crear un sistema moral superior, Yahvé pierde su carácter local y se eleva a la categoría de Dios de la Justicia. A partir de ese momento, la idea de Dios

comienza a hacerse abstracta. También entre los romanos, los antiguos dioses pierden sus características y adquieren nuevas fisonomías en idénticas circunstancias. Los sectores más cultos de la sociedad comienzan, a partir de entonces, a sufrir la influencia de los misterios egipcios y a adoptar los cultos de Oriente.

La moral estoica progresa y el judaísmo gana un gran número de adeptos.

El mismo fenómeno se observa en Grecia, donde el *Pentauco* ya había sido traducido a la lengua nacional, bajo el título de *Sepluagina*, desde el siglo III a.C.. Cuando las conmociones catastróficas —provocadas, por una parte, por las guerras de Pompeyo y César, y, por otra, por los conflictos y luchas sociales cada vez más violentos— sacuden los espíritus, los hombres del Imperio helenísticoromano adoptan las nuevas ideas de las masas agitadas, o se inclinan por las doctrinas que surgen de la fusión del pensamiento griego con el pensamiento oriental. Se acerca el advenimiento de una nueva era, la era del cristianismo.

Es evidente que las nuevas ideas no podían ejercer influencias similares en todos los sectores de la población del Imperio Romano. Cada sector social tenía diferentes condiciones de vida material. Habían recibido una educación diferente y estaban sometidos a influencias tradicionales, políticas y geográficas distintas. No podían, por tanto, dejarse influir de la misma manera por las nuevas ideas de origen oriental.

Pero, en general, podían distinguirse dos categorías de influencias en la población del Imperio. Los pobres y los oprimidos deseaban un reparto justo de los bienes de la tierra. También deseaban la eliminación de todas las restricciones, todas las presiones y todas las formas de dependencia material. Sus principales reivindicaciones eran la justicia social, la desposesión de los ricos y la elevación de todos los pobres y oprimidos. En una palabra: deseaban una transformación comunista de la sociedad. Las clases cultas, en cambio, se movían por motivos puramente ideológicos. No deseaban cambiar la estructura social del Imperio. Sólo buscaban consuelo religioso en las nuevas ideas. Buscaban una nueva fe y nuevas verdades metafísicas más sólidas, capaces de insuflar nueva vida a los corazones desilusionados y descreídos de las viejas ideas religiosas.

Aquí tenemos dos tendencias muy diferentes: el comunismo y la fe. El comunismo ha progresado rápidamente entre las masas. La fe ha conquistado principalmente los círculos cultos. La primera tendencia dio origen a las diversas corrientes comunistas. La segunda dio lugar a la teología cristiana, los conflictos religiosos y la ortodoxia.

Ambas tendencias generales del pensamiento de la época se encuentran simultáneamente en ciertos sacerdotes de la Iglesia.

No es nuestra tarea describir y estudiar aquí los dogmas religiosos o éticos, pues nuestro objetivo no es escribir una Historia de las Religiones, sino una Historia del Socialismo. Sólo queremos subrayar el papel de la corriente comunista en el seno del cristianismo. Es precisamente ésta la que conduce a las masas del pueblo de Roma hacia el cristianismo. Ahora podemos responder a la pregunta que nos hacíamos al final del capítulo precedente, es decir, ahora podemos decir por qué el proletariado romano no elaboró ninguna doctrina comunista.

La respuesta es el corolario lógico de lo que dijimos más arriba: el proletariado romano no elaboró ninguna doctrina comunista precisamente porque el cristianismo era el comunismo del proletariado romano.

Del mismo modo que las clases dominantes del Imperio Romano fueron incapaces de elaborar una filosofía y una religión independientes y asimilaron la filosofía y la religión de los griegos sometidos a ellas, del mismo modo las masas populares de Roma e Italia fueron incapaces de elaborar una ideología propia. Se limitaron a recibir la ideología, ya elaborada, que les transmitieron los representantes de la cultura grecojudía.

Capítulo VII — El cristianismo primitivo

1. — La Palestina precristiana

La situación política y moral de los judíos en los dos siglos anteriores había sido inmensamente trágica. A su regreso del exilio babilónico, los judíos siguen viviendo en comunidades religiosas y tienen una constitución teocrática. Pero políticamente, Palestina estaba bajo el Imperio persa. Más tarde, pasó a ser posesión del Imperio macedonio.

Tras la desintegración del Imperio macedonio, Palestina cayó bajo el control de los seléucidas, que poco a poco intentaron rehabilitar el país. Sin embargo, cuando Antíoco Epifanio, en el año 168, intentó destruir el culto a Jahvé, los elementos religiosos del país dieron marcha atrás y, en encarnizadas batallas, derrotaron a los seléucidas y recuperaron la independencia política, bajo el liderazgo de Judas Macabeo. Surgieron tres corrientes entre los judíos.

El judaísmo se vio considerablemente fortalecido por este rápido cambio en la situación política de los judíos, que, desde una posición tan baja, se convirtieron de repente en un pueblo independiente.

Es entonces cuando aparece el libro de Daniel, que predice la aniquilación de las potencias imperialistas y la instauración del reino de Dios, bajo el gobierno de los judíos:

> "Las cuatro bestias han perdido su dominio. Y vi al Hijo del Hombre que venía en las nubes del cielo, y llegó al principio de los tiempos, y le dio poder y honor y reinará hasta el fin de los tiempos…". El pueblo santo reinará, y suyo será un reinado eterno".

Es necesario implantar un reinado de Dios, bajo la domina judía, en lugar del Imperio de las bestias rapaces imperialistas.

Tal era el ideal de los judíos.

El país estaba bajo el gobierno de los Macabeos. Entonces surgieron tres corrientes entre los judíos: los saduceos, los fariseos y los eseanos. Los saduceos eran los descendientes de la nobleza, los sacerdotes y los cultos, partidarios del helenismo. No creían que los judíos fueran un pueblo predestinado con una misión especial en la tierra. Eran realistas políticos que consideraban la idea de que los judíos dominaran el mundo como una quimera ridícula. Formaban, sin embargo, una minoría insignificante. Los fariseos se reclutaron entre las clases medias. Se organizaron en un partido

legal, estrictamente judío. Los judíos deben ser un pueblo santo, un pueblo de sacerdotes", decían. Su reino será el de Dios. En los fariseos, los factores nacionales y religiosos estaban estrechamente entrelazados. Por último, los eseanos formaban una pequeña minoría extremista, que no se guiaba por ningún principio nacional ni religioso. Vivían en comunidad y se esforzaban por formar una Humanidad puramente moral, un verdadero reino de Dios sin la menor sujeción al Estado, sin leyes civiles ni religiosas, siendo su único objetivo el bienestar de la comunidad. Se mantuvieron escrupulosamente al margen de las luchas entre partidos. Repudiaban toda tendencia al dominio y no interferían en las discusiones entre saduceos y fariseos.

Judea permaneció independiente durante aproximadamente un siglo. Su economía se desarrolló. La agricultura y la industria progresaron. Incluso los intelectuales consideraban un deber trabajar para su propia subsistencia dedicándose a algún tipo de actividad manual. El bienestar y la piedad reinaban en todo el país. La vida se regía por principios morales de marcado carácter pequeñoburgués. Pero este estado de cosas duró poco. Pompeyo conquistó Siria e invadió Palestina. Aprovechando las disputas entre los sacerdotes que se agitaban en Jerusalén, las tropas romanas sitiaron la ciudad. El país perdió su independencia. Pompeyo entra en el Tabernáculo ante los asombrados judíos. Los procuradores romanos exigieron fuertes impuestos al pueblo. Pero los judíos no tardaron en reaccionar mediante la resistencia pasiva o levantamientos aislados. En aquel momento, el antiguo deseo del advenimiento del reino de Dios resurgió con más ardor que nunca. ¿No eran ciertas las profecías de los profetas? ¿Acaso el judaísmo no se guiaba escrupulosamente por los mandamientos de Dios? ¿No se derramó en vano la sangre de los mártires judíos? No, el Mesías, el rey designado por Dios, no tardaría en aparecer y reinar sobre el mundo. Los agitadores populares entraron en escena. Surgieron nuevos partidos. Pronto la nación se dividió en clanes opuestos.

Judea se convirtió en un inmenso crisol, donde hervían las más ardientes pasiones nacionales y sociales.

2. — Jesús

No por la fuerza de las armas
sino por el poder del espíritu.
Zacarías

En esta atmósfera incandescente entró Jesús en la escena de la Historia. Procedía de una familia de artesanos de Nazaret, en el norte de Palestina. Jesús asistía a la escuela judía, leía los profetas, escuchaba las discusiones en la sinagoga y cada año, en Pascua, peregrinaba a Jerusalén, centro de la vida cultural judía.

Desde el principio, mostró las cualidades de su espíritu. Era aún muy joven y ya participaba en las ardientes luchas del pueblo. Admira a Isaías, y lee a menudo el notable pasaje en el que dice:

> "Llevo conmigo el espíritu de Dios, que me envió a anunciar la buena nueva a los pobres, a aliviar los corazones amargados, a consolar a los prisioneros, a dar vista a los ciegos, a liberar a los oprimidos y a predicar la redención de Jahvé".

Este es el prólogo. Y ya encierra toda la vida de Jesús.

Jesús atrajo rápidamente la atención de sus contemporáneos. La indiferencia desapareció ante su personalidad. Todos los que se acercaban a él se sentían atraídos. Jesús pronto creó a su alrededor una atmósfera de simpatía, admiración y respeto. Muchos deseaban que se convirtiera en el futuro líder de la lucha por la emancipación contra los romanos y trataban de ganárselo para la insurrección que se estaba preparando. ¿Por qué Dios le había concedido estos dones sobrenaturales? ¿Podría haber una misión más noble que encabezar la lucha por la liberación de su pueblo del yugo extranjero?

Al principio, Jesús, según todas las apariencias, estaba dispuesto a responder a estas peticiones. Un gran número de hombres notables se dejaron llevar por la llama ardiente del entusiasmo de las pasiones nacionales que ardían y se unieron a la lucha liberadora contra Roma. La famosa frase de Jesús

> "¡No soy emisario de la Paz, sino de la Guerra!"

data ciertamente de esa época, porque nada la justifica en el período en que la sitúa el Evangelio de Mateo. Pero, poco a poco, Jesús adoptó ideas completamente distintas. Ya no será por la espada, ni por la violencia, sino por la acción pacífica del espíritu, por el sacrificio y la purificación interior como Judea podrá liberarse del mal. Esta es la concepción que domina toda la teología católica hasta mucho más tarde, hasta la Edad Media.

El plan de insurrección fue condenado por Jesús como una tentación del diablo. Durante cuarenta días y cuarenta noches, Jesús luchó contra él en el desierto.

En el caso de que derrotemos a los romanos, ¿qué ganaremos? ¿Ganará algo la humanidad si sustituimos la dominación de Roma por la

dominación de los fariseos, con sus leyes y preceptos religiosos? No, porque está escrito: "Sólo a Dios debéis adorar". Los profetas ya han anunciado a los hombres lo que Dios exige:

> "Justicia social, redención de los pobres y de los oprimidos, condena y desprecio de las riquezas, supresión de toda violencia, amor a la Humanidad, a una Humanidad que encierra en sí misma, en los más pequeños actos de la vida, el reinado de Dios".

A partir de entonces, los patriotas y los nacionalrevolucionarios se distanciaron de Jesús. Pero el pueblo salió a su encuentro. El número de sus partidarios no cesaba de crecer. Cuando la multitud se reunió a su alrededor, Jesús subió a la montaña y dijo:

> "¡Bienaventurados los pobres, los oprimidos, los hombres de libre voluntad, los mártires de la justicia! Bienaventurados los que no luchan, los que no resisten al mal, sino que devuelven el mal con el bien. Bienaventurados los que no tienen leyes ni tribunales, sino que aman a sus enemigos y rezan en favor de sus perseguidores. Porque los hombres no tienen más que un Padre, que está en los cielos. ¡Que se establezca su reinado y se haga su voluntad! Porque la Fuerza, la Potencia y la Magnificencia le pertenecen por toda la Eternidad".

Jesús dijo además:

> "Las luchas políticas, las insurrecciones, las guerras, las matanzas, las reformas, el ejercicio del poder y cosas semejantes, no pueden ayudaros a realizar el ideal de los profetas. El reino de Dios no corresponde al dominio de los judíos sobre el mundo, ni a la observancia de los ritos externos del culto, ni al respeto de las leyes, ni a la defensa de los intereses de la patria, porque todas estas cosas son transitorias. El reino de Dios significa: la renovación de toda la vida sobre la base del amor a la humanidad, de la piedad por los débiles y los pecadores, de la supresión de todas las diferencias de fortuna, del trabajo común de todos para todos. Sólo así los hombres podrán liberarse de los males que les afligen".

Jesús continúa la obra de los profetas. Toda su actividad está orientada en un sentido claramente antinacional y antirreligioso. Su doctrina es una doctrina anarco-comunista, basada en la moral estoica, pero más espiritualizada, más rica en contenido y más profunda, gracias a la influencia de factores ajenos al desarrollo religioso de los judíos. En los judíos contemporáneos de Jesús, la idea del pecado y de la divinidad, el sentimiento del temor de Dios y la alegría de Dios son mucho más intensos que los sentimientos equivalentes de un helenista influido por la moral

estoica. Y es precisamente esto lo que explica el coraje con el que los judíos lucharon heroicamente contra la dominación de Roma durante muchos años.

Jesucristo fue un revolucionario por encima de su tiempo. Fue más allá del judaísmo. Traspasó las fronteras nacionales y redujo a polvo el edificio religioso tradicional que su pueblo había levantado a costa de tantos sacrificios y tantas angustias. Sin duda, los judíos habrían podido perdonar a Jesús si hubiera puesto su popularidad al servicio del movimiento de emancipación nacional contra Roma. ¿Acaso los judíos no obtuvieron el perdón para Barrabás, condenado a morir en la cruz por su actividad revolucionaria contra el dominio de Roma? Pero Jesús y sus partidarios estaban en ese momento tan alejados de las masas judías que el evangelista Marcos llegó a condenar la actividad patriótica de Barrabás como un "crimen", una incitación a la "matanza". Tanto desde el punto de vista religioso como sociopolítico, Jesús estaba tan alejado de la civilización judía como de la romana. Por eso fue condenado y murió crucificado.

3. — El comunismo en las comunidades cristianas

Jesús no dejó ni un solo discípulo capaz de continuar su obra. No tuvo tiempo de formar hombres capaces de sustituirle tras su muerte, porque estuvo activo muy poco tiempo. Sólo unos años más tarde apareció Pablo y se presentó como el organizador del cristianismo. Pablo ignoraba por completo los sentimientos y aspiraciones de las masas populares de su país. Era un intelectual fariseo que sufrió terribles torturas morales a causa de sus principios teológicos y porque no podía observar al pie de la letra las diversas prescripciones de la ley judía. El capítulo 1º de su Epístola a los Romanos muestra de forma clara y emocionante cómo Pablo, al tratar de comprender la esencia y el valor práctico de la ley judía, fue torturado por tremendas luchas interiores. También es posible que Pablo estuviera influido por las concepciones estoicas, que afirmaban que las leyes eran síntomas de la depravación del hombre y de la decadencia de la vida social primitiva. Sin embargo, Pablo sólo asimiló la doctrina de Jesús en la medida en que un intelectual podía comprenderla por espíritu y conciencia. Las tendencias de la educación que había recibido y de su propio carácter hicieron que Pablo prestara un carácter dogmático a la doctrina de Cristo.

Pablo, en virtud de su personalidad enérgica y de su fe ilimitada, consideraba los elementos anarco-comunistas de la doctrina de Jesús como de importancia secundaria. Por ello tuvo que luchar durante mucho tiempo contra la resistencia que le opusieron las capas más pobres de la población.

Pero gracias a su fuerza de voluntad, y mediante una tenaz campaña, acabó por ganárselos. Pablo estaba tan desvinculado de los asuntos terrenales y despreciaba tanto las instituciones humanas que no comprendía la necesidad de luchar contra ellas. ¿No era la salvación del alma por la fe en Jesús lo esencial? Mientras los hombres vivieran de esta fe, ¿no era indiferente que tal o cual persona estuviera en el poder terrenal o lo ejerciera de tal o cual manera?

Sin embargo, en los años que siguieron al martirio de Jesús, las primeras comunidades, compuestas casi exclusivamente por judíos proletarios, vivían según un sistema comunista o en el espíritu del ideal comunista. Había judíos que se enorgullecían de la pobreza. Eran los "ebionistas", los avaros, los portadores de la justicia social.

"No podéis servir a Dios y a Mammón al mismo tiempo", había dicho Jesús a sus discípulos en su lenguaje sencillo y conciso.

Y cuando quisieron servir a Dios, se apartaron de Mammón. En las comunidades cristianas, la gente vivía según las reglas comunistas, o al menos intentaba alcanzar ese ideal.

> "Todos los que adoptaban la fe cristiana vivían juntos y lo tenían todo en común. Vendían sus bienes y repartían el producto entre ellos según las necesidades de cada uno". (*Hechos de los Apóstoles*). "La masa de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma. Nadie decía que los bienes fueran propiedad privada. Todo era de todos".

Ser rico era vergonzoso. La pobreza se consideraba un privilegio divino. Todos pensaban que el culto a Mammon, es decir, el amor a las riquezas, estaba indisolublemente unido a la piedad. Ser pobre, por el contrario, significaba renunciar a todas las alegrías y placeres de la existencia.

El aumento progresivo del número de cristianos, el desarrollo de las comunidades, el triunfo de la propaganda y de las concepciones paulinas atenuaron progresivamente los elementos comunistas del cristianismo, que fueron sustituidos por la caridad. Poco a poco, sin embargo, aparecieron antagonismos de clase en el corazón mismo del cristianismo. Había cristianos ricos y cristianos pobres, contratistas y obreros. La antigua fraternidad ya no existía. Los antagonismos de clase tienen su expresión teórica en el conflicto entre la fe y las buenas obras. Este conflicto se manifiesta en la Epístola de Santiago, en la que el autor impugna la doctrina de Pablo en nombre de las enseñanzas de Jesús.

> *"¿De qué sirve la fe* —dice—, *si no se practican las buenas obras? ¿Puede la fe salvarnos por sí misma?*".

El autor señala el orgullo de los ricos, que pretenden volver a recibir honores especiales en las asambleas cristianas. Muestra su hipocresía hacia los cristianos pobres y declara:

> "La fe, sin obras, no vale nada".

Recuerda a los ricos que los pobres son los elegidos de Dios.

> "Por eso lloran los ricos cuando se acuerdan de la miseria que les espera. Vuestras riquezas, oh ricos, han comenzado a pudrirse. Vuestros lujosos vestidos se pudrirán y serán devorados por los gusanos. Vuestro oro y vuestra plata serán corroídos por el óxido. Pues todos los ricos acumulan tesoros robando el salario de los jornaleros que aran los campos. Y la queja de los saqueados ha llegado a oídos de Dios."

Pero hay que evitar cuidadosamente las generalizaciones precipitadas, porque durante los tres primeros siglos después de la muerte de Jesús, las ideas comunistas seguían ejerciendo cierta influencia en el seno de las comunidades cristianas. La gente obedecía pasivamente las leyes e instituciones romanas, pero esto no significaba que las juzgara justas. Los sacerdotes de la Iglesia, al menos en teoría, se mantuvieron fieles a las enseñanzas antinacionales y comunistas de Jesús durante este periodo. Condenaban la propiedad privada, la opresión estatal, el servicio militar y el patriotismo.

4. — Sacerdotes eclesiásticos y comunismo

Bernabé de Chipre escribe en las *Epístolas*:

"Todo lo tendrás en común con tu prójimo. No poseerás nada propio. Porque si tenéis en común lo que es eterno, con mayor razón debéis tener también en común lo que no es eterno… "

Justino Mártir dice de sus correligionarios:

"Nosotros, que antes nos esforzábamos por adquirir todas las riquezas posibles, ahora daremos a la comunión todo lo que poseemos, para que todo sea compartido con los necesitados."

Su contemporáneo Clemente de Alejandría escribió:

> "Todas las cosas son comunes. No existen sólo para ser adquiridas por los ricos. "Lo tengo todo en abundancia; ¿por qué no voy a aprovecharlo?" — dicen los ricos. — Este argumento no conviene ni a los hombres ni a la sociedad. Dios nos ha dado la posibilidad de disfrutar libremente de los bienes de la tierra, pero sólo en la medida

> de nuestras necesidades, y además ha ordenado que disfrutemos de todo en común.

Tertuliano, por su parte, declara:

> "Los cristianos somos hermanos en todo lo que concierne a la propiedad que produce tantos conflictos entre vosotros. Unidos por los corazones y las almas, consideramos todas las cosas como propiedad común de todos. Compartimos todo en común, con excepción de nuestras mujeres. Entre vosotros, por el contrario, la mujer es lo único que está a disposición de todos… Dios desprecia a los ricos y protege a los pobres. El reinato de Dios se hizo para los pobres y no para los ricos".

Por otra parte, si admitimos que la existencia de la propiedad privada es necesaria, debemos limitar la propiedad: cada uno debe poseer sólo lo indispensable para vivir. Jerónimo declara:

> "Todo el que posee más de lo necesario para vivir debe dar a los demás el excedente y considerarse deudor de una cantidad igual a la que ha dado."

Juan Crisóstomo, patriarca de Constantinopla, piensa lo mismo:

> "Nadie puede enriquecerse honestamente. Pero, ¿se me objetará que un hombre hereda riquezas de su padre? Pues bien, heredará riquezas adquiridas deshonestamente".

Crisóstomo, además, estaba convencido de que el comunismo podía implantarse en cualquier momento, siempre que los hombres lo desearan realmente.

> "Porque —decía—, si el comunismo es imposible, ¿cómo es posible que las primeras comunidades cristianas fueran capaces de implantarlo? Lo que lograron nuestros antepasados, ¿no somos capaces de hacerlo nosotros?

Es interesante observar que los sacerdotes de la Iglesia defendieron los principios del derecho natural. San Ambrosio, por ejemplo, escribe:

> "El derecho comunal fue creado por la naturaleza. El derecho de propiedad privada fue instituido por la violencia".

Cirilo de Alejandría se expresa aún más categóricamente:

> "La naturaleza y Dios no conocen diferencias sociales. Las diferencias sociales fueron creadas por la codicia de los hombres".

San Agustín dice lo mismo:

"No es en virtud del derecho divino, sino en virtud del derecho de guerra que un hombre puede decir: esta casa es mía, este pueblo es mío, este esclavo me pertenece". De lo que se deduce que la propiedad privada descansa únicamente en la fuerza del Estado.

5. — La secta comunista de los carpocráticos

Las viejas concepciones y tradiciones cristianas prevalecieron durante mucho tiempo principalmente en las comunidades cristianas de Egipto y el norte de África. En aquella época, Alejandría era el principal centro de la ciencia cristiana. Los grandes sacerdotes de la Iglesia, como Clemente, Orígenes y Tertuliano, aparecieron en Alejandría o en Cartago. Fue sin duda allí donde nació el "gnosticismo", que consideraba la religión cristiana como una simple filosofía (*gnosis*, en griego, significa: conocimiento). Aunque el gnosticismo mantenía una moral ascética y despreciaba las riquezas, no aceptaba los principales dogmas de la fe cristiana.

El gnóstico Carpócrates y su hijo Epifanio, hombres de vasta cultura, vivían en Alejandría, donde fundaron una secta cristiana que se llamó la secta de los Carpócratas por el nombre del fundador. Esta secta era totalmente comunista y herética. Según Clemente de Alejandría, los carpocráticos explicaban su comunismo de la siguiente manera:

La comunidad y la igualdad son las bases de la justicia de Dios. En el universo, todo es común. El cielo se extiende por igual en todas direcciones y cubre la Tierra de la misma manera. La luz baña por igual a todos los seres. La naturaleza proporciona sus beneficios a todos los organismos vivos. Dios mismo ha dado todo a todos. Sólo después de la caída de los ángeles inferiores surgieron las desigualdades entre los hombres. Sólo entonces la propiedad colectiva dio paso a la propiedad privada y a las leyes destinadas a protegerla. Del mismo modo, al principio, las relaciones sexuales eran totalmente libres. Sólo más tarde llegó la regulación de la vida sexual y, con ella, la prohibición del adulterio. El propio Pablo afirmó:

"Por la ley reconocí el pecado".

Los carpocráticos interpretaron esta frase de la siguiente manera: Las leyes sólo surgen cuando la sociedad se divide en varios grupos antagónicos. Estas leyes fueron creadas para denunciar como pecados todas las ofensas cometidas contra la propiedad privada. Jesús descendió entonces a la Tierra para reparar el mal causado por los ángeles caídos. Devolvió a la Tierra el espíritu de comunidad, que Dios había creado para todo el universo, e hizo inútiles todas las leyes.

Fieles a sus teorías, los Carpócratas vivían en absoluta comunión, incluso en el ámbito de las relaciones sexuales. Su secta hizo adeptos incluso en Roma.

6. — El reinado milenarista

Durante los tres primeros siglos de la Nueva Era, se extendió entre los cristianos la creencia de que Jesús regresaría pronto a la Tierra para instaurar el Reino de Dios. Este Reino de Dios fue concebido de una manera muy material, es decir, como el retorno de la humanidad a la Edad de Oro, al comunismo primitivo, al régimen de completa igualdad entre todos los hombres, en el que la naturaleza, liberada de la maldición del pecado original y del cruel yugo de Júpiter, volvería a otorgar libremente todos sus beneficios a los hombres. Quienes hayan leído lo que hemos dicho más arriba, comprenderán fácilmente que las fuentes de esta creencia se encuentran en los profetas judíos, en Hesíodo y en Virgilio. Los profetas habían dicho que los judíos, después de ser purificados por el sufrimiento, la opresión y el arrepentimiento, serían llamados a gobernar el mundo bajo la dirección de Yahvé. Este dominio sería el establecimiento de la justicia social, de la paz eterna en la sociedad y en la naturaleza, y el advenimiento de la felicidad perpetua para todos los seres vivos. El Apocalipsis de San Juan, escrito después de que Nerón persiguiera a los cristianos, les transmite esta creencia. Allí leemos que Dios encadenará al diablo (es decir, a las fuerzas naturales) y lo arrojará al fondo de un abismo por espacio de mil años. Después de eso, los mártires resucitarán y gobernarán con Cristo el reino milenario. Por eso esta creencia se denominó "chiliasticismo" (*chilioi* en griego significa mil). Los cristianos griegos y romanos relacionaron el chiliasticismo con la idea del retorno de la Edad de Oro, descrita por Hesíodo y Virgilio. No es de extrañar, por tanto, que la gente de la época concibiera el rey de Dios como un periodo de bienestar material e intelectual, como una sociedad totalmente comunista en la que los cristianos, puros como los primeros hombres, tendrían al fin la recompensa de todos sus sufrimientos y desgracias. Las masas permanecieron fieles a la creencia en el advenimiento de este reino milenario, representándolo como un estado de cosas en el que los hombres tendrían todas las ventajas posibles e imaginables. Algunos sacerdotes de la Iglesia, como Ireneo, obispo de Lyon, y Latencio, consideraban las descripciones del reino de Dios como verdades creíbles.

Por otra parte, los teólogos se esforzaron por eliminar todo lo que en los Evangelios y en los *Hechos de los Apóstoles* pudiera dar lugar a interpretaciones comunistas.

En el siglo IV, el cristianismo ya se había convertido en una religión conservadora. Los elementos comunistas del cristianismo se refugiaron en claustros o fueron perseguidos como herejes. Pero las tendencias comunistas y quijotescas resurgirían más tarde en todos los movimientos de la Edad Media y Moderna, en particular entre los anabaptistas y en la Revolución Inglesa.

El cristianismo fue, sin embargo, la única organización exequente en el Imperio Romano. A partir del siglo III, los emperadores de Roma empezaron a comprender claramente su fuerza, pero no observaron que había sufrido una profunda transformación interna; no comprendieron que ya no era un movimiento social-revolucionario como en la época de su aparición, sino una poderosa fuerza conservadora. Por eso intentaron varias veces destruirlo por la violencia. Pero pronto, habiendo comprendido mejor las cosas, abandonaron esta táctica y concedieron al cristianismo los mismos derechos que a cualquier otra religión. A finales del siglo IV, el cristianismo se convirtió en la religión del Estado. Pero sólo triunfa porque se adapta a las instituciones económicas y políticas del Imperio Romano. En ese momento, el cristianismo ya no predica un ideal comunista. Se limita a discutir los dogmas y artículos de fe. Las masas permanecen en silencio. A partir de ahora, sólo hablan los teólogos.

7. — Decadencia del mundo antiguo

La decadencia cultural del Imperio Romano avanza con la fuerza de una ley inexorable. La feudalización de la propiedad agraria, el apego del pequeño campesino a su pedazo de tierra, la organización en corporaciones de los oficios de las ciudades, fueron en parte las causas, en parte los efectos, de la parálisis y decadencia de la vida económica. El empeoramiento de las condiciones de vida de la población rural impidió que las masas urbanas emigraran al campo. Ocurrió justo lo contrario: al caer la población rural bajo el yugo de la servidumbre, se produjo un éxodo del campo y el consiguiente aumento de la población urbana. Pero en las ciudades había relativamente pocas posibilidades de trabajo.

La reducción de la población y la escasez de medios de subsistencia provocaron la disminución de la población. Esto ocurrió precisamente en el momento en que las tribus bárbaras —godos, germanos, vándalos, borgoñones y francos— empezaron a ejercer una presión cada vez mayor

sobre sus fronteras. El Imperio necesitaba soldados. La tierra necesitaba agricultores. Y estas dos necesidades no podían satisfacerse.

La propiedad rural acabó imponiéndose. Como resultado de esa victoria, la defensa del país se vio obstaculizada. Los germanos, los hunos, los ávaros y otros pueblos bárbaros pudieron penetrar en Italia y tomar Roma. A finales del siglo III y principios del IV, el emperador soldado Deocleciano se esforzó por reorganizar el país. Deocleciano convirtió el Imperio Romano en una autocracia militar, obligó a la población a formar castas en las que las profesiones se transmitían como herencia de padres a hijos, reguló minuciosamente la vida de los ciudadanos, etcétera. Pero el Imperio estaba tan enfermo que ya no podía curarse. La victoria de la Iglesia romana llegó justo cuando el Imperio agonizaba. A finales del siglo IV, el Imperio se dividió en dos partes: el Imperio Romano de Occidente y el Imperio Romano de Oriente. El primero no pudo resistir los embates germánicos y se derrumbó. El segundo siguió existiendo bajo el nombre de Imperio Bizantino.

8. — Causas de la decadencia del mundo antiguo

En los capítulos precedentes hemos examinado las diferentes fases del Imperio Romano, caracterizándolas como fases del mundo antiguo. Hemos dicho que este Imperio agonizaba, víctima de un mal incurable. Pero aún no hemos establecido la causa profunda de la enfermedad que acabaría aniquilando a este poderoso organismo político. Ni las tribus germánicas ni los hunos eran numérica ni organizativamente superiores al Imperio Romano. Sólo vencieron porque el Imperio Romano estaba gravemente enfermo y sin medios para recuperar la salud. ¿Cuál fue, pues, la verdadera causa que determinó la disolución del Imperio Romano y, con ella, la del mundo antiguo?

Ésta es: el Imperio Romano ya no podía desarrollar las fuerzas productivas, ni aumentar la producción, ni satisfacer las necesidades materiales de su numerosa población. Si Roma hubiera seguido siendo un Estado basado en una gran población campesina, o hubiera logrado desarrollar progresivamente, junto a la gran producción rural, una vida industrial, habría podido proporcionar a la población los medios de subsistencia necesarios. De este modo, habría aumentado continuamente la población y habría podido proporcionar tropas en número suficiente y con los medios técnicos necesarios para la defensa eficaz de las fronteras del Imperio.

Sin embargo, Roma no sólo permaneció atrapada en formas primitivas de producción, sino que el desarrollo del latifundio hizo desaparecer al

campesino que constituía toda su fuerza. Esto se tradujo en una reducción de los medios de vida, así como en una disminución constante de la población. La dictadura de Diocleciano, su sistema de regulación minuciosa de la vida del país, no sólo no pudo remediar el mal, sino que, por el contrario, lo agravó al reducir la base, ya demasiado estrecha, sobre la que descansaba toda la vida del Imperio.

Pero, ¿por qué Roma estaba limitada a formas primitivas de producción? Porque toda la producción se basaba en el trabajo servil: la esclavitud, y luego la servidumbre, que dio al trabajo productivo el estigma de la infamia. Las mentes más brillantes y los artistas más dotados se mantuvieron alejados del trabajo productivo porque lo consideraban indigno de hombres libres. En estas condiciones, Roma fue incapaz de realizar ningún progreso técnico. Cuando faltaban los medios de subsistencia, no se intentó crear nuevos métodos de trabajo, inventar nuevos instrumentos de trabajo o mejorar los antiguos. Sólo se recurrió a la violencia, la guerra y el saqueo. Después de que Roma hubiera conquistado y saqueado todo el mundo antiguo, después de que hubiera devorado las riquezas arrebatadas al enemigo, la base material del Imperio estaba tan restringida que ya no podía sostenerlo. Así que, para destruir el último gran Imperio del mundo antiguo, bastaron los pueblos bárbaros. Sobre las ruinas del Imperio Romano, los germanos construyeron nuevas organizaciones políticas.

Segunda parte: Las luchas sociales en la Edad Media

Capítulo I — El pensamiento social en la Edad Media

1. — Las fuentes del comunismo medieval

El comunismo en la Antigüedad, como vemos sobre todo en Grecia, tenía objetivos políticos y materiales. Platón deseaba un Estado ideal. El comunismo de los espartanos sólo se proponía crear una comunidad de amos, reinando sobre un pueblo de esclavos.

El comunismo antiguo se parece al comunismo moderno en el hecho de que, al igual que éste, persigue objetivos de "naturaleza material". El comunismo de la Edad Media, en cambio, tiene un carácter "más religioso y moral que material". Por esta razón, el hombre moderno siempre comprende mejor la Antigüedad que la Edad Media. De hecho, el modo de pensar y sentir de la Edad Media no tiene nada en común con la forma de ser del hombre contemporáneo. El pensamiento antiguo y el moderno son racionales, lógicos, científicos. El pensamiento medieval, por el contrario, es irracional, ilógico, místico. No estudia los hechos de la Historia de forma crítica, para luego tratar de clasificarlos rigurosamente en el tiempo y en el espacio. Los considera casi siempre como una mera apariencia, tras la cual se ocultan secretos divinos. El pensamiento medieval no acepta literalmente la Sagrada Escritura, sino que trata de interpretarla simbólica, alegóricamente.

El hombre moderno busca el triunfo material. El hombre de la Edad Media busca, ante todo, valores eternos.

El comunismo medieval es una protesta, moral y social, contra el progreso de la economía privada, contra los excesos del poder temporal y espiritual que hace retroceder poco a poco la ley natural, el cristianismo primitivo y las antiguas costumbres de las comunidades.

Es lícito decir que en la Historia del Comunismo de la Edad Media predominan casi exclusivamente las consideraciones morales y religiosas. Su principal objetivo en aquella época era la lucha contra el egoísmo, por la supresión del mal y el establecimiento de la justicia social.

Por eso, *en la Edad Media, el comunismo puede definirse como una lucha por la justicia social, basada esencialmente en la religión y la moral*. Sus partidarios tratan de demostrar que la pobreza es la base de la vida cristiana. Se sacrifican y sufren el martirio por la causa de la pobreza. La historia del comunismo en la Edad Media nos adentrará en un mundo moral y religioso en el que los factores materiales desempeñan un papel totalmente secundario. Los factores espirituales, en cambio, aparecen aquí como el elemento esencial.

Nacido de la fusión de la religión judía y la filosofía alejandrina, el cristianismo se convirtió, en el proceso de su desarrollo, en heredero del pensamiento antiguo, que fue modificando en su totalidad. Todas las ideas de la antigüedad sobre la sociedad, el Estado, la moral, el derecho y la economía, que no se oponían a los principios del cristianismo, fueron incorporadas por éste y luego modificadas según sus propios intereses. Así es como el cristianismo se convierte en una verdadera concepción del mundo en la que predominan los elementos religiosos. Así es como consigue ejercer una influencia cada vez mayor en la vida social.

Desde un punto de vista teórico, el comunismo medieval se nutre de las tradiciones del cristianismo primitivo, de las esperanzas de la Iglesia, de la moral de los sacerdotes de la Iglesia, de las enseñanzas del gnosticismo y del misticismo, de Platón y del derecho natural. Estos diferentes factores no actúan por separado. Al contrario, actúan conjuntamente. A lo largo de toda la Edad Media, y en particular en los periodos de grandes crisis sociales y religiosas, su influencia es manifiesta, tanto en el comunismo de la época como en las corrientes reformadoras surgidas en este periodo. Pero los elementos comunistas del cristianismo, así como las tendencias reformadoras que contenía, desde el centro de la vida religiosa, fueron empujados gradualmente a la periferia. Tras su alianza con el Imperio Romano, el cristianismo adquirió cada vez más un carácter oficial, dogmático, conservador y anticomunista. A partir de entonces, surgió un conflicto entre la teoría y la práctica social. Las tendencias comunistas siguen manifestándose en las publicaciones cristianas. Pero a partir de entonces, el cristianismo trató cada vez más de justificar la propiedad privada o de apoyar teorías que veían en ella la única base posible para la vida en sociedad. Esta transformación, por supuesto, no se produce sin sobresaltos y dificultades. Los cristianos no quieren aceptar esta metamorfosis de su doctrina y, por respeto a la tradición o por razones económicas y religiosas, se mantienen fieles a las ideas comunistas del cristianismo primitivo. Y, para salvar estas ideas de la transformación que se está produciendo, los fieles se refugian en la vida monástica o se convierten en herejes.

En este sentido, los monjes pueden compararse a los utopistas de la época moderna: como no pueden o no quieren luchar contra el poder establecido, se retiran de la sociedad para fundar colonias comunistas. Los herejes, en cambio, son comparables a los revolucionarios socialistas modernos (comunistas), porque, como ellos, declaran la guerra al régimen existente sin medir sacrificios, luchan por sus convicciones.

En cualquier caso, sin embargo, el hecho indiscutible es que los monjes y herejes de la Edad Media fueron mucho más fieles al espíritu del cristianismo primitivo que los dirigentes de la Iglesia oficial.

2. — El cristianismo primitivo y las enseñanzas de los Doctores de la Iglesia

La herencia que los tres o cuatro primeros siglos de cristianismo y la acción de los Padres de la Iglesia legaron a la Edad Media fue una tradición de hostilidad al dominio de Mamón, a la extensión de la propiedad privada y del poder temporal. Esta tradición, por el contrario, era favorable a las condiciones de vida comunistas y ascéticas. Los *Hechos de los Apóstoles* ejercieron una influencia particularmente fuerte a este respecto, ya que sus descripciones de las condiciones de vida de la comunidad cristiana de Jerusalén alimentaron, en el espíritu de los más nobles adeptos de la nueva religión, el deseo de una vida basada en el espíritu de comunión.

Así como el retorno a la Edad de Oro fue el ideal de los poetas y pensadores de la Antigüedad, la comunidad cristiana de Jerusalén fue durante mucho tiempo el modelo de vida recomendado por los Padres de la Iglesia a todos los cristianos sinceros. Este ideal fue compartido, durante los primeros siglos, no sólo por los sueños piadosos, sino también por los mejores productos del pensamiento antiguo —las enseñanzas de Platón, los estoicos y los neoplatónicos, que consideraban lo Espiritual, la Divinidad, como el elemento fundamental de la vida humana. Para ellos, la idea es la verdadera realidad, el fin a alcanzar, el modelo según el cual deben moldearse todas las doctrinas, todas las actividades. Los principales representantes de esta doctrina religiosa, moral y filosófica fueron los santos Padres Bernabé, Justino el Mártir, Clemente de Alejandría, Orígenes, Tertuliano, San Cipriano, Latino, Latano, la Iglesia de St. Clemente de Alejandría, Orígenes, Tertuliano, San Cipriano, Latano, Basilio de Cesaria, Gregorio de Nacianzo, Juan Crisóstomo, San Ambrosio y San Agustín, que predicaban el comunismo o al menos propugnaban un modo de vida basado en el espíritu comunista, que, según ellos, era el más virtuoso y el más cercano al ideal cristiano.

Bernabé, entre todos los sacerdotes el más cercano a la época apostólica, ordena a los cristianos:

> "Compartirás todo, en todo y por todo con tu prójimo, y no hablarás de propiedad. Porque si ya consideras a tu prójimo como tu hermano en lo que se refiere a los bienes espirituales, con mayor razón debes considerarlo como tal en todo lo que se refiere a los bienes materiales transitorios.

S. Cipriano describe con entusiasmo la comunidad cristiana de Jerusalén:

> "Gozamos en común de todos los dones divinos. Nadie está excluido de sus beneficios. Todos los hombres pueden gozar por igual de los bienes y de la benevolencia de Dios… Todo el que comparte sus beneficios con sus hermanos está siguiendo el ejemplo de Dios".

Latentius estaba muy influido por la *República* de Platón.

Pensaba que el comunismo sería posible si sus seguidores veneraban a Dios, fuente de toda sabiduría y fe. Pero se oponía abiertamente a la comunidad de mujeres preconizada por Platón. Sin embargo, al igual que él, Latentius quería traer al presente los dichosos tiempos prehistóricos, la Edad de Saturno, la época en que los hombres vivían en común, en que la justicia reinaba en el mundo, la época en que a nadie le faltaba nada porque todo era de todos.

En sus *Homilías*, Basilio el Grande se lamenta:

> "Nada puede resistirse al poder del dinero. A todo el mundo le repugna. ¿No se puede llamar ladrón a quien se apropia de bienes que ha recibido sólo para administrarlos? El pan del que se apropia es el pan del hambriento. De aquel que está desnudo son las ropas que guardáis en vuestros baúles. De aquel que anda descalzo, que trabaja en tu casa y no recibe nada, es el dinero que tienes escondido en tu sótano.

Pero la lucha de Basilio el Grande contra la riqueza no se limita a la crítica negativa. También hace un llamamiento a la comunalidad de los bienes:

> "Nosotros, que somos criaturas de razón, ¿podemos ser más crueles que los animales? Ellos consumen en común los productos de la tierra. Los rebaños de ovejas pastan en el mismo lugar de la montaña y los caballos en el mismo prado. Pero nosotros, nos apropiamos de bienes que deberían pertenecer a todos y queremos poseer en solitario lo que pertenece a la comunidad."

A continuación, aconseja a los cristianos que vivan según las leyes de Licurgo:

> "¡Imitemos a los griegos y sus normas de vida tan llenas de sabiduría y humanidad! Hay, entre los griegos, gentes que tienen la excelente costumbre de reunir a todos los ciudadanos en un mismo edificio en torno a una mesa común".

Juan Crisóstomo defiende las experiencias comunistas en la base de la comunidad cristiana de Jerusalén.

> "Porque no se limitaban a dar sólo una parte de lo que tenían, quedándose la otra para sí, ni daban lo que tenían como si entregaran un bien que les perteneciera. Suprimían todas las desigualdades y vivían en medio de la mayor abundancia. En realidad, la dispersión de los bienes acarrea mayores gastos. En consecuencia, todos se empobrecen. Tomemos, por ejemplo, una familia compuesta por un hombre, una mujer y diez hijos. La mujer está en casa tejiendo. El hombre trabaja fuera. ¿Necesitarán más dinero si viven juntos o si viven separados? Por supuesto: ¡si viven separados! La dispersión conduce inevitablemente a una disminución de los bienes existentes. La vida en común, por el contrario, multiplica los bienes. Así viven los monjes en sus conventos, como vivían los primeros cristianos."

San Ambrosio considera la propiedad privada como hija del pecado, y defiende la siguiente tesis de los estoicos: "La naturaleza da todo en común a todos. Dios creó los bienes de la tierra para que los hombres los disfruten en común, para que sean propiedad común de todos. Por lo tanto, es la naturaleza la que creó el comunismo. La violencia estableció la propiedad privada.

San Agustín, discípulo de San Ambrosio, también está a favor del comunismo.

> "La propiedad privada da lugar a disensiones, guerras, insurrecciones, carnicerías, pecados graves y veniales…. Poseemos un gran número de cosas superfluas. Contentémonos con lo que Dios nos ha dado y tomemos sólo lo necesario para vivir. Porque lo necesario es obra de Dios, pero lo superfluo es obra de la codicia humana. Los bienes superfluos de los ricos son las necesidades de los pobres. Quien posee un bien superfluo posee un bien que no le pertenece.

Esta teoría tuvo un gran número de adeptos en aquella época. Casi todos los sacerdotes en sus sermones sostenían tales ideas.

3. — Gnosticismo y misticismo

El gnosticismo y el misticismo son la segunda fuente de movimientos heréticos y sociales de la Edad Media.

La palabra griega *gnosis* significa "conocimiento". Se podría pensar, por tanto, que gnosticismo y ciencia son términos equivalentes. Pero esto sería cometer un grave error. En realidad, el gnosticismo no tiene nada que ver con los métodos científicos de conocimiento tal y como los entendemos hoy en día. No se ocupa de las impresiones sensibles del mundo exterior ni de la observación de los objetos y fenómenos externos, ni de los métodos que nos conducen al conocimiento de las fuerzas y leyes de la naturaleza o al conocimiento de los fenómenos de la vida social y política. El gnosticismo es, ante todo, una filosofía de la vida interior del hombre, de los raptos místicos del alma y de la lucha entre el Bien y el Mal dentro del hombre y de la sociedad. El gnosticismo es una corriente esencialmente religiosa, emparentada con el judaísmo y el cristianismo. Sin embargo, se diferencia del cristianismo porque se opone a todos los dogmas y ritos de la religión. El gnosticismo considera que los dogmas y los ritos, al encerrar la vida religiosa en formas de organización temporal y al dotarla de medios externos de opresión, envejecen la religión degradando su elemento espiritual. Se opone al cristianismo porque cree que la Materia ha existido siempre junto al Espíritu, el Mal junto al Bien. El Mal, por lo tanto, no apareció sólo después del Pecado Original, como pretende el Cristianismo. Siempre ha existido, ya sea como fuerza pasiva o como fuerza que lucha contra el Bien.

La base intelectual del gnosticismo es, por tanto, el esfuerzo por responder a la gran pregunta fundamental: "¿Dónde y cómo llegó el Mal al mundo? ¿Cómo explicar el trágico conflicto entre el Bien y el Mal? Al fin y al cabo, la vida humana, tanto individual como social, no es más que un enorme esfuerzo por asegurar la victoria del Espíritu sobre la Materia, por vencer al Mal. Todos los antagonismos y conflictos que existen en el mundo — entre el egoísmo y el espíritu de solidaridad, entre el beneficio individual y el bienestar social, entre la propiedad privada y la propiedad colectiva, entre la opresión y la libertad— no son sino formas exteriores de la lucha general entre el Bien y el Mal. En otras palabras: todo esto es el esfuerzo por redimir la Humanidad, o, para utilizar el lenguaje moderno, es la lucha por la emancipación de los hombres.

Se ve, pues, que el gnosticismo es ante todo una ética y una filosofía, que se desarrolló particularmente en la época en que surgió el cristianismo. Los rabinos, así como los Doctores de la Iglesia, atacan violentamente el gnosticismo, porque, tanto desde el punto de vista del judaísmo como del

cristianismo, el gnosticismo es una "herejía". Reaparece hacia el final de la Edad Media como la filosofía de las sectas heréticas y comunistas. De los escritos de los gnósticos sólo conocemos fragmentos, pasajes, que los doctores de la Iglesia y los inquisidores medievales citan en sus escritos. Por lo tanto, sólo conocemos el pensamiento de los gnósticos a través de sus adversarios, quienes, cuando citaban algunos pasajes de sus teorías, lo hacían sólo para combatirlos y refutarlos mejor.

A partir de esta documentación imperfecta y fragmentaria, se puede concluir que el gnosticismo es una mezcla de moral y filosofía orientales con neoplatonismo.

En términos generales, el gnosticismo dice lo siguiente: Dios es la fuerza primitiva que impregna toda la materia. Es la fuente de la luz, el centro de la claridad, la bondad y el amor, que irradia sus rayos por todo el infinito. Pero cuanto más se alejan esos rayos del centro emisor, más se debilitan. De etapa en etapa, pierden su poder primitivo, su claridad y su bondad. Estas etapas se denominan "eones". Los eones inferiores son los más oscuros, los más materiales, aunque son los que conservan cierta fuerza creadora. Son ellos quienes, con la ayuda de la materia, han creado el mundo tal como lo vemos. Este mundo, pues, no fue creado por Dios, fuente de la Luz y del Bien, sino por sus rayos inferiores. Y esto explica por qué está formado por una mezcla de Luz y Oscuridad, Bien y Mal, es decir, por elementos que luchan entre sí.

Para los gnósticos, el deseo de redimirse no es más que una lucha por superar la materia y unirse al espíritu. El conocimiento de la unidad del hombre con Dios, el éxtasis y la renuncia a todo lo que pertenece al dominio de los sentidos, la renuncia a las riquezas y a la violencia, fuentes del egoísmo y de la opresión, son los medios por los que los hombres pueden superar la Materia y unirse al Espíritu.

El gnosticismo, en su forma inicial, admitía que el Espíritu, la Luz y el Bien constituyen la fuerza creadora, mientras que la Materia, las Tinieblas y el Mal son elementos pasivos, obstáculos. El gnosticismo del período siguiente pensaba de otro modo. Su creador, Mani, un filósofo persa que vivió en el siglo III después de Jesucristo, afirma que siempre ha existido un antagonismo irreductible entre los dos principios fundamentales: Espíritu y Materia, Luz y Tinieblas, Bien y Mal. Pero este antagonismo nunca puede desaparecer, porque la lucha entre estos principios opuestos es eterna. El hombre puede fortalecer el principio divino tratando de combatir los malos instintos mediante la contemplación, el amor al prójimo, la renuncia a las riquezas, etc.

El gran número de adeptos que obtuvo la doctrina de Mani ("maniqueísmo") en el decadente Imperio Romano demuestra hasta qué punto el problema de la moral preocupaba a los hombres de finales de la Antigüedad. Hoy se sabe que San Agustín, antes de convertirse al cristianismo, era maniqueo. Casi todo el movimiento herético de la Edad Media se inspiró en el maniqueísmo.

El dualismo moral del maniqueísmo es el reflejo pesimista de varios siglos de opresión política y social. Durante muchos siglos, los pueblos de Oriente habían sido testigos de las conquistas imperiales y las luchas devastadoras de los reinos de Mesopotamia, Egipto y el Mediterráneo. Estos pueblos habían visto nacer y morir un gran número de imperios. En todas partes habían visto triunfar el Mal sobre el Bien, la fuerza brutal siempre victoriosa. En particular, la larga carrera victoriosa del Imperio Romano era para ellos un asombroso enigma moral. ¿Acaso las victorias de Roma no estaban en contradicción patente con la idea de un orden basado en la moralidad? Y en el ámbito de la vida social, ¿fue siempre favorable al Bien la lucha entre el bien y el mal, entre esclavos y amos, entre explotados y explotadores, entre pobres y ricos? ¿No estaba el hombre mismo torturado por un grave conflicto moral? ¿No era más difícil, en el fondo, que el Bien venciera al Mal, que el Espíritu dominara a la Materia?

Esta lucha interior y exterior se manifiesta a lo largo de toda la historia religiosa de Irán. Y el resultado no podía en modo alguno dar paso al optimismo.

El gnosticismo es también misticismo. La unidad con Dios y el ascetismo unen íntimamente estas dos grandes tendencias intelectuales. La victoria del hombre sobre los instintos, mediante la mortificación de la carne, y la fusión del alma con Dios constituyen los dos principios fundamentales de la mística. Pero estas dos corrientes tienen concepciones diferentes de la divinidad. El gnóstico cree en la existencia de un centro especial, fuente de toda vida y actividad. El místico es panteísta. Siente y ve a su Dios en todas partes. El gnosticismo es una filosofía, pero el misticismo es una práctica. En el éxtasis provocado por el ascetismo, el místico siente que todas sus facultades corpóreas se extinguen. Todo su ser se sumerge en la beatitud de un mundo divino. El misticismo hace desaparecer todas las diferencias entre el Espíritu y la Materia, entre el Cielo y la Tierra. Todo se vuelve divino, unificado y purificado. La religión libera de todo temor, de toda angustia. No hay intermediario especial entre el hombre y la divinidad, sino una elevación constante del espíritu hacia Dios. El misticismo tampoco

admite castigos externos, porque no cree en la existencia de relaciones entre amo y siervo, entre Dios y el hombre.

Al igual que el gnóstico, el místico también se opone a los dogmas, costumbres y ritos religiosos. Ambos son adversarios de toda forma de imposición y opresión externas, de toda forma de violencia, de guerra y derramamiento de sangre.

Para el gnóstico y el místico, como para todo hereje, la vida del hombre, establecida por los preceptos y dogmas de la Iglesia, es groseramente material y mecánica, y obstaculiza la libertad interior del espíritu. Un gran número de sectas gnósticas eran comunistas, o al menos se inclinaban sensiblemente hacia el comunismo.

4. — El neoplatonismo

El neoplatonismo está estrechamente relacionado con el gnosticismo y el misticismo. Como su nombre indica, se inspira en Platón, cuyas ideas sobre la relación entre Dios y el mundo tienen un carácter monoteísta y algo místico.

Platón es idealista, es decir, piensa que las ideas que tenemos sobre las cosas y los fenómenos externos constituyen la verdadera realidad, y que las cosas por sí mismas tienen un carácter accesorio y transitorio. Para Brass, las ideas no son meros reflejos del mundo externo, sino entidades reales, las únicas, según él, que existen independientemente de nuestro cerebro. Lo racional es también real, fundamental y permanente. Lo físico no es más que la materia inferior modelada por la realidad intelectual, y que no adquiere importancia sino en la medida en que es incorporada por las ideas. Este idealismo fue, en la Edad Media, llamado "realismo" porque sostenía que las ideas tienen una existencia real. Este "realismo" desempeñó un papel importante en la Escolástica, por oposición al "nominalismo", que sostenía que las ideas eran simples reflejos, los "nombres" (en latín, nomina) de las cosas externas.

Era natural, por tanto, que Platón considerara a la divinidad como la fuente de todas las ideas, como el elemento esencial del universo. "Dios es el principio, el medio y el fin. El alma del hombre es una parte de la divinidad. La divinidad es el núcleo de todas las cosas y el sentido profundo de la vida. Es necesario amar y venerar la divinidad en el propio hombre, absorberse en el pensamiento y consagrarse al culto de lo bello, lo bueno y la verdad. Quien vive para los placeres sólo puede tener pensamientos de valor transitorio. Pero el que dirige sus pensamientos hacia las cosas inmortales

y divinas, podrá incorporarlas y alcanzar la inmortalidad y la felicidad perfecta.

Esta filosofía cuasireligiosa, muy próxima a la teología judía y cristiana, se fusiona en Alejandría, que en aquella época era la sede de la ciencia helenísticooriental, con elementos judíos, gnósticos y místicos. De esta fusión surge un nuevo sistema filosófico: el "Neoplatonismo". El fundador de este nuevo sistema fue Filón, contemporáneo de Jesús. El nombre de Ammonias Saca también está vinculado al neoplatonismo porque uno de sus discípulos, el comunista Plotin, elaboró y fijó por escrito el neoplatonismo. Conviene recordar que el futuro doctor de la Iglesia, Orígenes, fue también discípulo de Ammonias Saca.

5. — El derecho natural en la Edad Media

El derecho natural fue la tercera fuente de comunismo en la Edad Media. Todos los escritores religiosos, tanto ortodoxos como heréticos, se basan en ella. El derecho natural es la base de la concepción de la historia de toda la Edad Media.

Ya hemos visto, en la primera parte de esta obra, que fue en el seno de Grecia, desgarrada por las luchas sociales de la época, donde surgieron el comunismo, la idea de igualdad y la idea de libertad, que constituyen la base sobre la que se construye la teoría del derecho natural. Esta teoría invadió el Imperio Romano, ejerciendo una influencia considerable sobre sus juristas. Pero el derecho romano, en virtud de su carácter individualista, determinado por la estructura económica del Imperio, no pudo asimilar la idea comunista del derecho natural. En efecto, la teoría del derecho natural, tal como fue formulada por los juristas romanos, no contiene el principio general de la libertad natural de todos los hombres.

Los Doctores griegos y latinos de la Iglesia, por el contrario, adoptaron esta idea en su integridad original, sin por ello hacerla obligatoria. Al principio de la Edad Media, todavía estaba distorsionada por las concepciones de los juristas romanos. Pero al final de la Edad Media, en el periodo caracterizado por el desarrollo de las ciudades, el comercio y la industria, varios pensadores intentaron justificar el orden social basado en la propiedad privada por medio del derecho natural. Y los cristianos, que se esforzaban por preservar incluso en la vida práctica las viejas tradiciones del derecho natural y del cristianismo primitivo, acusados de herejía, se vieron obligados a refugiarse en la soledad de los claustros para organizar una vida basada en los principios comunistas.

Examinemos ahora las distintas formas que adquirió la teoría del derecho natural, primero entre los juristas romanos y luego entre los teólogos cristianos.

Los juristas romanos dividieron el derecho en tres partes: el derecho natural, el derecho de las personas y el derecho civil. El primero es muy rudimentario. Sólo contiene vestigios de su origen helenoestoico. Sólo aquellas formas de actividad basadas en el instinto —como la unión conyugal y la procreación— siguen considerándose parte del derecho natural. Se reconoce, sin embargo, que todos los hombres nacen libres y que, lógicamente, la esclavitud es contraria al derecho natural. Nada se dice claramente sobre las formas económicas y las relaciones de propiedad. Sólo se afirma que la segunda parte del derecho —el derecho privado o derecho de las personas— creaba la esclavitud y las relaciones comerciales y políticas entre los pueblos (los juristas romanos pensaban que el derecho creaba las condiciones sociales). Como se ve, las instituciones del derecho de las personas estaban en contradicción con las del derecho natural. Por último, el derecho civil comprendía la legislación creada en cada país, bien por los pueblos, bien por sus gobiernos.

Las supervivencias del derecho natural en la teología cristiana de la Edad Media son mucho más claras. Las influencias del cristianismo primitivo y del comunismo helénico fueron tan fuertes que los Padres de la Iglesia no pudieron escapar a sus efectos. He aquí cómo formularon este derecho natural:

En el estado de naturaleza (el estado natural, es decir, la Edad de Oro, el Jardín del Edén antes del pecado original), los hombres vivían según las leyes naturales y divinas. Tenían todo en común. Eran libres. Vivían en absoluta igualdad, sin ninguna forma de opresión externa, sin leyes, sin Estado. Tal fue la primera fase de la moralidad humana.

Luego vino el segundo período. Surgió la ambición. El hombre experimenta una notable transformación intelectual. El afán de lucro hace desaparecer poco a poco el estado de naturaleza (el mito del pecado original). La Edad de Oro desaparece, al igual que el comunismo, la igualdad y la libertad primitiva (Adán y Eva son expulsados del Jardín del Edén). Desde entonces, el hombre se siente solo, abandonado, sin dirección, y se sumerge en el caos y la anarquía. La humanidad sale de esta primera crisis moral gracias a la razón, que indica a los hombres el camino a seguir, impone mandamientos (el Decálogo) y normas de moralidad general. Estas reglas, aunque menos simples que las del derecho natural primitivo, permiten al hombre seguir viviendo en libertad, y siguen permitiendo una relativa igualdad. Estas reglas subyugan los apetitos, ponen límites a la sed

de ganancias y posesiones, e impiden la matanza y la guerra de todos contra todos. Tal era el segundo estado: el estado de derecho racional.

Pero este estado tiende a cambiar. También tiene un carácter transitorio. Con el aumento de la población y las consiguientes dificultades de subsistencia, los mandamientos de la razón se vuelven impotentes para frenar los apetitos materiales, que resurgen y acaban por vencer a la razón. La sed de dominación, la rapiña, la carnicería, sacuden la ley racional hasta sus cimientos. Se desata la lucha de todos contra todos (Caín mata a su hermano, funda una ciudad y un Estado e instaura el régimen de la propiedad privada). La sociedad se divide en dos bandos enfrentados: por un lado, un pequeño número de ricos y, por otro, una formidable masa de pobres. La violencia y la rapiña cubren toda la superficie de la tierra.

Para poner fin a este estado de cosas, para hacer posible la existencia de una vida social ordenada y para proteger a los pobres y a los débiles contra la violencia de los fuertes, se creó un derecho positivo, el derecho humano. Es un derecho duro y severo, que ya no contiene el menor rastro de derecho natural y que sólo contiene una parte insignificante de derecho racional. Proporciona un fundamento jurídico a la propiedad privada y al dominio de los poderosos, pero al mismo tiempo protege a los débiles y a los oprimidos. Este derecho impide la guerra de todos contra todos. Protege el fruto del trabajo contra el robo y la malversación. Este derecho afirma que el Estado y la propiedad fueron instituidos para corregir las consecuencias nefastas del pecado original y mitigar las diferencias derivadas de la desigualdad económica. Nadie podría poseer nada superfluo, para que nadie se quedara sin lo necesario para vivir. Por último, la religión podría influir en el sentido de atenuar el rigor del derecho positivo, suavizando la suerte de los oprimidos mediante la disciplina y la caridad cristianas.

Esta concepción de la evolución histórica del derecho natural cristiano, que parece muy superior a la de los juristas romanos, revela sin embargo claramente una preocupación por justificar el derecho positivo, es decir, el régimen basado en la propiedad privada, la existencia del Estado y la división de la sociedad en clases.

Por ello, los partidarios del comunismo no estaban dispuestos a aceptar esta concepción y a reconocer el derecho positivo, la necesidad del Estado y la propiedad privada. Por el contrario, sólo veían en él un intento de adaptar las enseñanzas del cristianismo a los intereses de las clases dominantes.

Capítulo II — Migración y reorganización de Europa

1. — Los germanos

Cuando, durante la segunda mitad del siglo I antes de Jesucristo, los romanos entraron en contacto más o menos directo con las tribus germánicas, encontraron en los territorios situados más allá del Rin unas condiciones de vida social que les parecían a veces absolutamente incomprensibles, otras organizadas según los principios del derecho natural. Esto es lo que vemos sobre todo en los escritos de Julio César y del historiador romano Tácito.

He aquí lo que escribe Julio César sobre las condiciones de vida de las tribus germánicas:

> "La nación de los suevos es la más belicosa de toda Germania. Dicen que está formada por cien cantones. Dicen también que de cada cantón salen cada año mil hombres armados para ir a la guerra. Los que se quedan en el país trabajan para sí mismos y para los ausentes. Al año siguiente, toman las armas y se van a la guerra. Y los primeros se quedan en el país para las tareas pacíficas. De este modo, todos los habitantes pueden dedicarse tanto a la agricultura y la ciencia como a la guerra. Pero ninguno de ellos posee la tierra por separado o como propiedad propia, ni puede establecerse o permanecer más de un año en el mismo lugar. Los habitantes de ese país apenas comen trigo. Viven principalmente de la leche y la carne de los rebaños, y se dedican a la caza. En virtud de este modo de vida y de este tipo de alimentación, en virtud del ejercicio diario que practican y de la libertad de que gozan (desde la infancia no están sometidos a ningún deber ni disciplina y cada uno hace lo que quiere), los alemanes son hombres robustos y de estatura gigantesca".

Y más adelante:

> "Los germanos se alimentan principalmente de leche, queso y carne. Ninguno de ellos tiene campos limitados o tierras propias. Cada año, los magistrados y los jefes determinan las tierras, los lugares y las cantidades que consideran adecuados para que un determinado grupo de personas o familias se establezcan y vivan allí en sociedad unos con otros. Al año siguiente, obligan a las familias a trasladarse a otra localidad".

A través de estas descripciones de testigos presenciales, se puede ver que las tribus germánicas ya no viven en un estado de comunismo puro. Pero las características de la organización primitiva —como la igualdad, la libertad, la sencillez y el valor— siguen manifestándose con bastante claridad.

Un siglo y medio después de César, Tácito escribió Germania, que hoy en día es una de las principales fuentes para el estudio de la historia alemana primitiva. He aquí lo que dice Tácito sobre las condiciones sociales de vida de los germanos:

> "Las tierras se reparten periódicamente entre las familias, según los rangos y dignidades de cada una. Esta división se ve facilitada por la inmensidad de las llanuras, que son tan vastas que, a pesar de la distribución anual, algunas porciones de tierra permanecen desocupadas".

En la época de Tácito, entre los pueblos germánicos, la primitiva organización comunista se encontraba ya en un estado de descomposición más avanzado que en la época de Julio César. Los germanos ya mantenían relaciones más frecuentes e intensas con los romanos y los habitantes de la orilla izquierda del Rin. Cuanto más entraban en contacto los pueblos germánicos con la cultura romana, más rápidamente desaparecía el comunismo primitivo y más rápidamente se descomponía la antigua comunidad tribal y se desarrollaba entre ellos el comercio y la economía privada. El régimen de economía privada se adoptó primero para los bienes muebles y el ganado, luego para las casas y los jardines. Finalmente, el propio suelo pasó a ser propiedad privada. Pero los bosques y los prados siguieron siendo propiedad colectiva y por eso se les llamó *alemende*, es decir, propiedad común. En inglés, los prados siguen llamándose en la actualidad *comunales*.

En la época de Tácito, la administración de los germanos era todavía democrática y se basaba en principios comunales. La unidad entonces no era el individuo, sino la familia, encabezada por su jefe. Los miembros de cada familia estaban estrechamente vinculados por el parentesco sanguíneo y las tradiciones de sus antepasados. La tierra pertenecía a la familia y no al individuo. El sistema militar del país se basa en estas unidades familiares. Los matrimonios eran establecidos por las familias de los cónyuges. El individuo se diluía en la familia a la que pertenecía. Cuando los alemanes se asentaron en el país, varias familias formaron un cantón. Sin duda, estos cantones eran ya unidades geográficas similares a nuestros cantones modernos; pero seguía siendo el parentesco lo que constituía el elemento principal y no el territorio en el que se encontraban.

Aquí radica una de las diferencias esenciales entre la organización tribal de la Antigüedad y la organización estatal moderna. La sociedad primitiva se organiza sobre la base de lazos de parentesco consanguíneo y es, además, una comunidad. La sociedad moderna, en cambio, se organiza únicamente sobre la base de la localización geográfica y su organización jurídica es el Estado.

Para no llevarnos a engaño, es necesario saber interpretar las palabras rey, príncipe, funcionario, utilizadas a menudo por los escritores romanos al describir la vida de los germanos, porque en aquella época no tenían el significado que les damos hoy. Reyes, príncipes y funcionarios no eran, en aquella época, más que jefes elegidos por las asambleas del pueblo. Eran simples administradores o simples jefes militares, elegidos en asambleas que se celebraban periódicamente en ciertos momentos bien definidos: en luna nueva o en luna llena. Eran estos jefes quienes resolvían todos los asuntos importantes, incluidas las cuestiones de guerra y paz. La base de la vida de los pueblos germánicos primitivos era el sistema de *autogobierno* y autodisciplina.

No hay que olvidar, por otra parte, que la sociedad germánica primitiva se encontraba en un estadio muy inferior de desarrollo económico y social. La agricultura era extremadamente atrasada y estaba obstaculizada por numerosas tradiciones que impedían cualquier tipo de iniciativa personal. Como consecuencia, su rendimiento era muy bajo. La tecnología estaba en pañales y el hierro aún se consideraba un metal precioso. En aquella época sólo había dos tipos de artesanos: los herreros y los alfareros. No había ciudades, salvo en los territorios de la orilla izquierda del Rin. La ciudad de Ubios (Colonia), que César menciona tan a menudo, había sido fundada por los romanos. En una palabra, la cultura romana demostró ser más fuerte que la fuerza militar de los germanos.

Las tribus germánicas destruyeron el Imperio Romano. Pero no pudieron sustituirlo ni continuar su obra. Por eso acabaron siendo derrotados por su cultura superior. Desde las alturas de sus posiciones conquistadas, las tribus germánicas contemplaban con asombro y confusión la vasta organización política, la técnica, el conjunto de la vida económica y cultural del mundo romano, sin saber qué hacer.

El avance de los pueblos germánicos hacia Occidente no siguió ningún plan preestablecido. Los grandes acontecimientos históricos no son, en general, el resultado de proyectos largamente preparados. Son las consecuencias de movimientos de carácter espontáneo y elemental. Sólo pueden triunfar en estas empresas aquellos pueblos que, después de iniciado el movimiento,

poseen hombres y fuerzas capaces de dirigirlo y orientarlo hacia la defensa de sus propios intereses.

En su estado de desarrollo social, las tribus germánicas podían, sin duda, formar buenos guerreros. Pero no poseían la capacidad necesaria para ocupar el lugar de los romanos, herederos de toda la cultura de la Antigüedad. En otras palabras, los pueblos germánicos no podían transformar el Imperio Romano en un Imperio Germánico.

La organización tribal es esencialmente descentralizada. No posee ni la visión de conjunto ni los medios necesarios para la administración de grandes territorios.

La verdadera fuerza del progreso se manifiesta en las migraciones surgidas como consecuencia de los grandes cambios climáticos que tuvieron lugar en Asia Central, o como consecuencia de la expansión china en el siglo I d.C., expansión que obligó a los pueblos asiáticos a abandonar los territorios que habían ocupado hasta entonces. Las tribus nómadas y sedentarias de Asia central, bajo la influencia de estos hechos, se desplazaron hacia Occidente. Las diferentes oleadas migratorias se presionaron mutuamente, se hicieron retroceder y se repelieron hasta que chocaron con los godos de la cuenca del Dniéper y del Bajo Danubio. Los godos eran la tribu germánica que más se había aventurado hacia Oriente. A su vez, comenzaron a avanzar hacia el oeste y el suroeste, presionando a sus vecinos eslavos por encima de las fronteras del Imperio Romano. Tras ellos llegaron los hunos, y después los vándalos, los suevos, los burgundios, los francos y los germanos. Estas grandes masas en movimiento marcharon hacia Roma que, en el año 410, cayó bajo el poder de los godos. Pero ninguno de estos pueblos estaba en condiciones de sustituir al Imperio Romano. Su descentralización y división sólo les permitió arrebatar varios territorios al Imperio Romano. En estos territorios crearon reinos efímeros, como los godos occidentales en el sur de Galicia y España (de 415 a 711), los vándalos en el norte de África (de 429 a 534) y, en Italia, los ostrogodos (de 493 a 553) y los lombardos (de 568 a 774). De todos ellos, el que más duró fue el reino de los francos. Pero tampoco poseía la capacidad organizativa del Imperio Romano. Fundado a finales del siglo V, desapareció en 843 en virtud del tratado de Verdún.

Pero en todas partes, las tribus germánicas victoriosas perdieron su antigua organización y abandonaron costumbres y tradiciones; al fin y al cabo, habían sido asimiladas por la cultura romana.

Los vencedores adoptaron gradualmente la división en clases, la estructura económica y el modo de vida general de la sociedad romana.

Por otra parte, la cultura romana sufrió muchas influencias perturbadoras de las migraciones e invasiones de germanos y hunos, y de los intentos de reorganización de los germanos. La población de las ciudades disminuyó considerablemente. La consecuencia natural de esta despoblación de las ciudades fue la decadencia del comercio y la industria. Europa occidental volvió a la economía natural. Pero esta vez, la economía natural ya no se basa en el trabajo común y la administración democrática. Ahora se basa en el feudalismo y la economía campesina en el marco de un Estado autoritario.

La reorganización de Europa en la Edad Media se produjo a costa de un compromiso entre el derecho comunal germánico y el derecho privado romano.

Al principio de la Edad Media, el carácter democrático y colectivo de la economía no desapareció por completo. La economía natural se oponía al desarrollo de los instintos egoístas que surgen necesariamente con la propiedad privada.

En el periodo que va del siglo V al X, la estructura de la sociedad romano-germánica era, a grandes rasgos, la siguiente:

Se basaba en la constitución campesina y la servidumbre. La agricultura —principal medio de subsistencia en aquella época— era practicada por campesinos que labraban grandes extensiones de tierra capaces de alimentar de 5 a 18 personas. Cada dominio de tierra comprendía una granja y un jardín, que eran propiedad personal del campesino. El campesino tenía el derecho hereditario e inalienable de utilizar parte de las tierras comunales, cultivadas según los principios tradicionales, y de hacer uso de los bosques o de cazar y pescar. Cada dominio se extendía sobre una superficie aproximada de 15 a 18 hectáreas y era en parte propiedad privada y en parte propiedad comunal. Pero los campesinos ya habían perdido su libertad primitiva porque pagaban ciertas cuotas al señor. Además, no estaba claro quién era el verdadero propietario de las tierras comunales. Los campesinos decían que esas tierras les pertenecían, porque eran los miembros de la comunidad. Pero los señores, basándose en el derecho feudal, afirmaban que las tierras de sus dominios les pertenecían. Esta cuestión se resolvió finalmente por la fuerza. Pero la fuerza estaba en manos de los señores feudales. Esta fue la causa principal del gran número de revueltas campesinas que surgirían a partir de entonces.

Los escoceses, los irlandeses y los eslavos conservaron las viejas tradiciones del comunismo primitivo mucho más tiempo que los pueblos germano-romanos.

En esta época, la artesanía estaba incorporada a la propiedad feudal. Sólo lentamente lograron los artesanos liberarse de ella. A medida que se liberan, se establecen con los comerciantes, en las nacientes ciudades, donde se organizan en *sociedades* y gremios.

2. — La Iglesia

El cristianismo progresó extraordinariamente durante los primeros siglos después de Jesucristo. Las concepciones religiosas y morales de las capas más bajas de un pueblo débil y despreciado —los pequeños pescadores y artesanos de Judea— ejercieron una atracción irresistible sobre quienes entraron en contacto con ellas. El cristianismo no era sólo la exigencia formulada por la ética social de la época, sino también el lenguaje de un alma que reconocía el carácter transitorio de la violencia y la despreciaba para preocuparse únicamente de los valores eternos. Todos los que habían sufrido bajo el yugo romano comprendían este lenguaje. Los actos de los generales y emperadores republicanos, así como los de los procónsules y recaudadores de impuestos, eran la culminación de la violencia política. Entre los vergeanos, los sénecas y Tácito, se deseaba la vida sencilla y virtuosa de los tiempos primitivos.

Los adeptos del cristianismo visitaban las pequeñas comunidades, difundiendo la nueva religión. Todos, pobres y ricos, fuertes y débiles, libres y esclavos, se reunían en torno al nuevo movimiento. Pero a medida que estas comunidades crecían, su constitución, sus concepciones y su actitud hacia el mundo exterior cambiaban considerablemente.

La diferenciación que finalmente se produce en el seno de tales movimientos surge de las necesidades opuestas, tanto intelectuales como materiales, de los elementos que participan en él. Algunos se unen al movimiento porque aspiran principalmente a un orden económico más justo y desean liberarse de toda forma de opresión exterior. Otros, por el contrario, sólo ven en el movimiento un remedio para sus perturbaciones morales. Estos ya habían perdido toda fe en las viejas creencias. En sus espíritus había un vacío que había que llenar.

En la primera categoría están los hombres del pueblo, judíos, griegos y romanos, en su mayoría artesanos incultos y esclavos, que aspiran ardientemente a la justicia social. En la segunda categoría están los hombres cultos que buscan una nueva religión, una nueva moral y una nueva concepción del mundo. En ellos, las consideraciones económicas o sociales no ejercen la menor influencia. Gracias a su cultura y a su posición social más elevada, pronto conquistaron los puestos dirigentes del

movimiento y se convirtieron en los intérpretes de la nueva doctrina. Su nivel intelectual y su estado de ánimo hicieron que desarrollaran más la vertiente filosófica y religiosa que la económica y social. Para los primeros, lo que importaba, por encima de todo, era el ideal comunista del cristianismo. A los segundos sólo les preocupaban los artículos de fe y las verdades metafísicas. A los primeros les preocupaba, sobre todo, la lucha contra el poder y contra los ricos; a los segundos, sólo la creación de una nueva religión frente al judaísmo y al paganismo, basada en una justificación filosófica de la nueva doctrina. San Pablo y San Agustín, ambos de espíritu estrictamente legalista, llenos de respeto por la ley y el orden establecidos, son los principales representantes de esta tendencia, mientras que los Doctores griegos de la Iglesia, aunque fueron los verdaderos fundadores de la teología cristiana, permanecieron fieles a las tradiciones comunistas del cristianismo primitivo.

Es fácil comprender la naturaleza de los conflictos que se manifiestan ya en esta época en el seno de las comunidades cristianas. Estos conflictos se agravan a medida que las comunidades crecen. Las grandes organizaciones requieren un aparato más complicado que las pequeñas. Además, los partidos numéricamente fuertes siempre se ven obligados, tarde o temprano, a entrar en contacto con poderes exteriores. Y entonces, o bien son influidos por ellos, o bien ellos influyen en ellos, cuando estas fuerzas actúan en ambas direcciones, modificándose recíprocamente.

Hasta mediados del siglo II, la constitución de las comunidades cristianas era puramente democrática y se basaba en la igualdad absoluta de sus miembros. La cohesión interna era muy fuerte. La comunidad de bienes impedía la aparición de cualquier conflicto interno violento. Los cargos creados en las comunidades cristianas eran los de diáconos, hombres encargados de ayudar a los pobres y los enfermos. Este hecho es característico. Todos los miembros de la comunidad, siempre que tuvieran la capacidad necesaria, podían ser elegidos para el cargo de sacerdote. Se les llamaba los "ancianos" (en griego *presbyteroy*, de donde viene la palabra "presbítero" — sacerdote). El mayor de todos los "ancianos" se llamaba "vigilante" (en griego, *episcopos*, de donde viene la palabra "obispo"). En las comunidades de aquellos tiempos no había diferencia entre laicos y eclesiásticos. Pero a medida que la Iglesia se consolidaba y aumentaban sus tareas (educación y dirección de las masas de nuevos adeptos, así como el desarrollo de la doctrina cristiana hasta convertirla en un verdadero sistema teológico), el clero se convirtió en una casta especial, una burocracia intelectual, cuya fuerza adquiría proporciones cada vez más considerables, al tiempo que aumentaban el prestigio y la influencia del cristianismo en el Estado. El clero se convirtió así en un verdadero poder.

Pudo eximirse de impuestos y del servicio militar. Consigue escapar a la jurisdicción de los tribunales ordinarios. Adquirió el control sobre la vida privada de los laicos, así como el derecho a recibir donaciones y herencias. Los "ancianos" de las primeras comunidades cristianas se convirtieron en una casta sagrada, con privilegios y poderes especiales. Las pequeñas comunidades oprimidas de pequeños pescadores y artesanos se han transformado en una poderosa Iglesia de Estado, con inmensas riquezas, con infinidad de sacerdotes en cada ciudad y aldea, con obispos en las grandes ciudades, con metropolitanos y arzobispos en las capitales, y por encima de toda esta formidable organización está el Obispo de Roma con el título de Papa de la Cristiandad. De simple comunidad religiosa y moral, que era al principio, la Iglesia se transformó en una vasta organización política y económica, que se arrogó el derecho de decretar la pena de muerte contra todos los cristianos que no aceptaran los dogmas eclesiásticos, y que consiguió acumular fabulosas riquezas gracias a los diezmos pagados por los fieles, o a las donaciones y herencias que recibía. Los bienes de la Iglesia, al principio destinados exclusivamente a socorrer a los pobres, fueron a partir de entonces absorbidos casi en su totalidad (3/4 partes) por los gastos de la jerarquía eclesiástica y las ceremonias del culto. Poco a poco, la Iglesia se convirtió también en propietaria de una gran parte de las tierras. A finales del siglo VII, ya se había apoderado de un tercio del territorio de Galia.

En el siglo VIII, los dominios eclesiásticos bajo los francos eran tan considerables que los carlovingios habían confiscado parte de estas propiedades.

Paralelamente a esta adaptación material, se produjo una adaptación intelectual de la Iglesia al mundo exterior. El entusiasmo inicial se desvanece. La devoción se hizo cada vez más escasa. La renuncia fue sustituida por la caridad. El espíritu de solidaridad ha dado paso a donaciones obligatorias estrictamente determinadas. Los sacerdotes, que antes evitaban cualquier contacto con las autoridades civiles, entraron en contacto constante con ellas, admirando en silencio la cultura de los paganos.

Por otra parte, la afluencia de nuevos adeptos procedentes de los diversos estratos de la población ejerció una influencia desmoralizadora sobre el modo de vida cristiano. En el siglo III, ya se encontraban cristianos en las profesiones más diversas, en las legiones, en la corte de los Césares, en los negocios, en el mundo de los funcionarios, en el campo de la ciencia, etcétera. El cristianismo se filtraba por todos los poros de la sociedad romana y absorbía, llevándolas a la Iglesia, las ideas y tradiciones de la

sociedad de la que se apoderaba. En estos intercambios recíprocos entre la Iglesia y el mundo exterior, en estos continuos compromisos, el cristianismo pierde gran parte de su antiguo espíritu y de su antigua fuerza. El comunismo de los comienzos es sustituido por la legitimación de la propiedad privada. Las persecuciones de los primeros siglos sanearon un poco y durante un tiempo a la Iglesia, porque los elementos advenedizos y los traficantes de cristianos la abandonaron en aquel momento. Pero la tormenta duró poco. El cristianismo, ante la impotente rebelión de los cristianos fieles a las tradiciones del cristianismo primitivo, se adaptó progresiva y definitivamente al mundo exterior. Los seguidores de las tradiciones cristianas se emocionan cuando leen el Sermón de la Montaña y recuerdan la vida de la gente en las comunidades primitivas. Se rebelan contra la situación actual y dicen:

> "¡Volvamos a Jesucristo! Volvamos a la renuncia, a la comunidad de bienes y a la pobreza evangélica. Alejémonos de todas las influencias del mundo exterior, que empañan la pureza de la doctrina y distorsionan el cristianismo!".

Este malestar fue creciendo en diversos puntos hasta convertirse en oposición real, que dio origen al monacato (comunismo monástico) y, más tarde, al movimiento herético. El monaquismo y la herejía surgen de las mismas causas. El primero se contenta con aislarse de la Iglesia sin combatirla. La segunda, por el contrario, quiere reformarla y transformarla. Entablan así una lucha abierta contra los gobernantes.

3 — El monacato

Descontentos con la corrupción de la Iglesia, disgustados porque se estaba convirtiendo en una vasta organización económica y política con tendencias anticomunistas, cierto número de cristianos, durante la segunda mitad del siglo III, resolvieron retirarse del mundo, renunciar a todos los bienes terrenales y vivir en soledad, meditación y ascetismo. El movimiento monástico se intensificó sobre todo después de que la Iglesia se aliara con el emperador Constantino y el cristianismo se convirtiera en la creencia oficial, la religión del Estado. El principal líder de este movimiento fue San Antonio. Descendiente de una rica familia del Alto Egipto, San Antonio, en el año 270 aproximadamente, decidió repartir todas sus posesiones y refugiarse en el desierto para vivir como anacoreta. Medio siglo más tarde, su discípulo Pacomio reunió a los anacoretas y fundó, en la isla de Tabena, en el Nilo, la primera "cenobios" (de las palabras griegas *coinos* — común y *bios* — vida). Esta cenobios se regía

por leyes estrictas: sus miembros se comprometían a renunciar a toda forma de propiedad privada, a realizar cualquier trabajo manual, a comer en común, a obedecer incondicionalmente a un director (el abad) y a practicar el ascetismo.

Durante los primeros siglos de la historia del monacato, los monjes y monjas no formaban parte del clero propiamente dicho. Eran laicos. Un gran número de ellos incluso se había casado. En esta época, los conventos eran colonias comunales de hombres piadosos. A finales del siglo IV, el matrimonio se consideraba un estado inferior de la vida cristiana. Pero aun así, en el siglo IV, un gran número de cenobitas seguía casándose. Sólo más tarde comenzó a exigirse el celibato como condición indispensable para la vida monástica. En aras del ascetismo y por temor a que las instituciones comunales desaparecieran como consecuencia del aumento de las familias, el celibato se generalizó. A partir de entonces, ningún monje podía casarse.

El motivo fundamental de los que se dedicaban al monacato era el deseo de separarse completamente de todas las instituciones sociales y de todas las tendencias intelectuales, que ataban a los hombres al siglo y al Mal. Los adeptos del monacato huían, por tanto, de las costumbres e ideas relacionadas con la propiedad privada, la familia, el Estado, las relaciones entre amos y siervos, etc., etc.

El sistema de cenobios se desarrolló principalmente en el norte de África y, en general, en todos los lugares donde las tradiciones comunistas ejercían aún una fuerte influencia en la vida social. Desde África se extendió hacia Oriente. Invadió Palestina, Siria, Armenia y Capadocia. El número de cenobias creció hasta tal punto que el emperador Valente decidió detener el avance del movimiento. Pero no consiguió nada. Algunos escritores cristianos protestaron contra la extensión del nuevo movimiento, en el que veían, no sin razón, una amenaza de oposición a la Iglesia oficial. Pero los cenobitas no atacaron a la Iglesia oficial. Las autoridades eclesiásticas comprobaron que sólo pretendían realizar pacíficamente el ideal del comunismo primitivo. Por eso, al final, aprobaron sus esfuerzos. Las figuras más eminentes de la Iglesia, con San Anastasio a la cabeza, se manifestaron a favor del movimiento. Llegaron a decir que el monacato seguía el modelo de las escuelas de los profetas del Antiguo Testamento y de los terapeutas egipcios (una comunidad análoga a la de los aesitas). Afirmaban que el origen del monacato se encontraba en las primeras comunidades cristianas. Un gran número de cristianos, procedentes de todos los estratos sociales, y en particular de las clases trabajadoras, ingresaron en los monasterios. En la época de San Agustín, los monjes eran principalmente antiguos esclavos o esclavos liberados, campesinos,

artesanos, etc. Aunque opuesto a cualquier movimiento popular, San Agustín alentó el movimiento monástico para debilitar el movimiento revolucionario exterior. De hecho, los comunistas que vivían en los monasterios eran, en su opinión, menos peligrosos que los que vivían fuera de ellos...

El sistema de cenobio también se desarrolló en Occidente. Allí, al principio, encontró cierta hostilidad. Pero fue ardientemente defendido por los Doctores de la Iglesia, entre ellos San Ambrosio y San Jerónimo, que habían permanecido fieles al espíritu de la ley natural y a las tradiciones comunales del cristianismo primitivo.

En las islas de la costa de Italia occidental y en la costa dálmata, así como en el sur de Galia, se establecieron varios monasterios. Estos monasterios, sin embargo, no estaban sujetos a la regulación general. Sus adeptos eran menos obedientes a la disciplina y menos devotos que los miembros de los monasterios de Oriente. El gran pionero Benito de Wursia, fundador de la orden benedictina, decidió poner fin a esta situación. Fundó un monasterio en el monte Cassino, en la provincia de Campania, Italia, que en el año 529 promulgó sus estatutos. Estos estatutos, que más tarde fueron adoptados por los demás monasterios, contenían tres reglas fundamentales: 1º obligaban a todos los miembros de los monasterios a realizar determinados trabajos manuales. Los monasterios debían producir por sí mismos, en la medida de lo posible, los medios de subsistencia necesarios para su propio sustento. 2º endurecieron las obligaciones de castidad prohibiendo a los monjes contraer matrimonio. 3º prohibieron la salida de los monjes de los conventos, siempre que fueran aceptados definitivamente en la cofradía.

La disciplina y el trabajo en común hicieron maravillas y contribuyeron enormemente a la restauración interna de los países de Europa occidental y central, que habían sido devastados por las migraciones y las guerras. Regiones enteras, que habían quedado arruinadas, fueron cultivadas y se convirtieron así de nuevo en territorios de floreciente civilización. A partir de entonces, los monasterios se convirtieron en centros de cultura y ciencia, en archivos de literatura antigua y medieval. Los monjes dedicaban gran parte de su tiempo a las copias y reproducciones de manuscritos de los escritores latinos y los cronistas antiguos.

Las comunidades de producción monástica demostraron su superioridad, tanto en el ámbito agrícola como en las colonias del Imperio Romano en decadencia y en la economía feudal del reino franco.

> "¿Es de extrañar", escribe Kautsky, "que los monasterios se multiplicaran en el mundo cristiano, convirtiéndose en herederos de la técnica y la cultura romanas en general? ¿No es de extrañar que,

> después de la época de las migraciones, fueran considerados por los príncipes y señores feudales como las instituciones más adecuadas para la introducción de formas superiores de producción en sus territorios, si los monasterios favorecieron o incluso, en muchos casos, determinaron la aparición de estas nuevas formas de producción? En los Alpes meridionales, los monasterios sirvieron sobre todo de refugio a artesanos y campesinos maltratados. Pero en los Alpes septentrionales, su objetivo era sobre todo desarrollar la agricultura, la industria y el transporte".

A partir de entonces, los monjes, al tiempo que se enriquecen, se convierten en maestros de la cultura del pasado y de su tiempo, y se ganan los beneficios de la amistad de los soberanos, los eclesiásticos y los laicos. Además, poco a poco, abandonan la organización comunal para explotar el trabajo de otros hombres. La convivencia con el clero y los señores feudales fue erosionando sus virtudes. Los monjes abandonaron su primitiva pobreza y sencillez y empezaron a frecuentar los castillos y palacios de la nobleza. Las costumbres del siglo invadieron los claustros y extinguieron todas las diferencias entre los monjes y el clero. Las fisonomías ascéticas de los primeros monjes eran cada vez más raras. En su lugar aparecieron semblantes radiantes de salud y bienestar. Vestidos con los hábitos de los monjes, ahora se ven hombres robustos, gordos y bien alimentados que disfrutan de todos los placeres de la vida.

Las clases trabajadoras y oprimidas ya no son aceptadas en los monasterios. Sólo los nobles y las clases privilegiadas en general podían ingresar en las órdenes monásticas.

Durante el siglo VIII, las abadías pasan gradualmente a manos de la nobleza. El espíritu de los conventos cambió y en nada se parecía al de los cenobios anteriores. Descontentos con esta transformación, un gran número de monjes reforzaron las prácticas ascéticas y lucharon por una amplia reforma monástica. Benito de Aniana hizo un intento en este sentido. Pero sus esfuerzos no se vieron coronados por un éxito duradero. Lo mismo ocurrió con el mayor de los intentos de reforma de aquella época. Los principios establecidos por Benito cayeron pronto en el olvido. Dondequiera que los monasterios pasaban a manos de abades laicos, a menudo llegaban con ellos hombres de guerra. Estos hombres se instalaban en los monasterios con sus familias y profanaban los lugares consagrados al recogimiento y la meditación con toda clase de juegos profanos, orgías y los placeres de la caza.

El siglo IX fue un siglo de completa decadencia moral. El reino de los francos estaba ya en plena descomposición. Los eslavos, los normandos,

los magiares y los árabes invadieron las diferentes partes del reino, dividiéndolo en territorios independientes tras la muerte de Carlomagno. La nobleza luchó con la realeza. Los obispos se reclutaban principalmente entre la nobleza y se convertían en los agentes políticos de sus familias. A principios del siglo X, la corona, el papado, el clero y el monacato estaban ya en completo desorden…

El fundador del monasterio de Cluny, en Borgoña, intentó de nuevo en 910 reformar el monacato.

Sus estatutos se inspiran en los principios de Benito. Eran aún más severos. Exigían la renuncia total a toda posesión privada, la obediencia absoluta y una vida ascética. Este intento de reforma ejerció cierta influencia en los demás monasterios durante uno o dos siglos. Pero arrastró al monacato a la vorágine de la política europea, colocándolo bajo la protección del Papa. La alianza del monacato con el Papado adquirió una enorme importancia política, desde el momento en que los papas comenzaron a luchar con el Imperio por la hegemonía mundial. Esta importancia aumenta cuando Gregorio VII es colocado a la cabeza de la Iglesia.

Hemos visto, pues, que lo germánico y lo cristiano fueron las principales fuerzas mediante las cuales Europa consigue levantarse sobre las ruinas del Imperio Romano. Ambas fuerzas tienen su origen en el derecho comunal y la democracia. Pero están tan influidas por las tradiciones romanas y la situación económica de la época que este levantamiento fue en realidad el resultado de un compromiso entre el derecho comunal y el derecho privado. El derecho privado elimina progresivamente al primero. El legado de Roma tuvo otra consecuencia importante. Tanto el Imperio germánico como el Papado romano se consideraban potencias mundiales y lucharon por la hegemonía desde el siglo IX hasta el XVI. Estos dos hechos principales: por un lado, la sustitución del derecho comunal por el derecho privado; y por otro, la lucha entre el Imperio germánico y el Papado, constituyen la maraña sobre la que se desarrolla toda la historia de la Edad Media. Por último, la oposición suscitada por la desaparición del derecho y el paso al derecho privado, así como los intentos de resucitar el cristianismo primitivo y las condiciones de vida del antiguo pueblo germánico, constituyen la base del movimiento monástico y del movimiento herético y social de la Edad Media.

Capítulo III — Del comunismo a la propiedad privada

1. — La situación económica en Europa occidental y central

El período durante el cual los Padres de la Iglesia se esforzaron por desempeñar el papel de intermediarios entre el comunismo y la propiedad privada se apoyaba esencialmente en la economía natural. Ya existía la propiedad de la tierra. Pero el comercio estaba aún relativamente poco desarrollado. La economía monetaria no había hecho más que emerger. Las ciudades que databan de la época romana estaban despobladas. Aún no se habían fundado nuevas ciudades. La población germánica de Europa occidental y central miraba a los comerciantes con desconfianza, incluso con hostilidad, cuando vendían sus mercancías a precios excesivamente altos. Mucho más contundente aún fue la condena del comercio por el sínodo romano celebrado en 107 bajo la presidencia del papa Gregorio XII y con la participación de obispos romanos y franceses. Este sínodo declaró que era imposible ejercer las profesiones de soldado y comerciante sin pecar, y que quienes eligieran estas profesiones sólo podrían recibir la absolución tras cambiar de oficio.

A partir del siglo X, sin embargo, se produjo una notable transformación. El intercambio interno de mercancías se intensificó, tanto en las regiones situadas entre el Sena y el Rin, como entre Flandes y el sur de Inglaterra, en Lombardía y a orillas del Mediterráneo, y sobre todo en las ciudades de Italia y del sur de Francia, donde aparecieron numerosos centros de industria y comercio. Resucitaron viejas ciudades y se construyeron otras nuevas. Pero aún no se disponía de metales preciosos en cantidad suficiente para acuñar moneda y para que la economía monetaria sustituyera a la economía natural.

La mayoría de las monedas de plata en circulación habían sido importadas de Oriente, la India y el Imperio de los Califas. Sin embargo, no satisfacían las necesidades de la nueva economía urbana, que empezó a desarrollarse durante el siglo X.

En esa época se descubrieron las minas de plata de Bammelsberg, cerca de Goslar (920), que pronto demostraron ser las más ricas de Europa. Las formidables cantidades de plata extraídas de estas minas proporcionaron a los reyes sajones Enrique I (919936) y Otón el Grande (936973) los

medios para superar las convulsiones del periodo carlovino, derrotar a los húngaros y repeler a los eslavos, construir ciudades y reconstruir el Imperio alemán. La vida artesanal en Alemania, Francia, Flandes e Italia se desarrolló considerablemente. La circulación de dinero aumentó. En 991, Venecia, uno de los principales centros del comercio europeo y, en particular, del alemán con Oriente, firma tratados con los sarracenos. Nueve años más tarde, derrota a los piratas croatas. En el año 1000, la ciudad de Colonia ya tenía un depósito de objetos de hierro en Londres. En 1016, los mercaderes alemanes se equipararon a los nacionales, cortes inglesas. A mediados del siglo XI, Brujas se había convertido en un centro del comercio de la lana. Los tejidos de Flandes eran famosos en todo el mundo. Los talleres textiles se multiplicaban en el norte de Francia. Fue también en esta época cuando se inauguraron las famosas ferias de la Campaña. El comercio entre Oriente y Occidente animaba toda la vida económica. Los puntos de vista se ampliaban. Surgió entonces la necesidad de una expansión general.

En aquella época, las circunstancias eran más favorables para Europa que en tiempos del Imperio Romano. Gracias a las minas de plata de Sajonia y a la creciente actividad industrial de las ciudades, Europa ya podía liberarse un poco de su dependencia de los metales preciosos de Oriente y lograr, sobre nuevas bases, una balanza comercial activa.

Pero un nuevo peligro amenazaba a Europa. Los turcos invadieron Asia Menor.

En 1071, se apoderaron de Jerusalén y luego de Damasco. Bizancio, centro comercial y cultural de Europa, se vio amenazada y apeló en vano al Papa, que no podía ayudarla porque estaba seriamente comprometido en la guerra de investidura contra el Emperador. Al final, Bizancio concluyó un tratado con Venecia y obtuvo su apoyo: Venecia, buena mercader que era, aprovechó este tratado para obtener el monopolio del comercio con Oriente (1081).

Estos tres factores económicos y políticos proporcionaron en gran medida la fuerza necesaria para las expediciones militares de expansión europea en Asia, que se hicieron famosas en la historia con el nombre de "cruzadas". Estas campañas adoptaron una forma religiosa, porque el Papado dirigía ahora su atención hacia la política europea, y porque fueron las ideas y los sentimientos religiosos los que crearon la psicosis de masas necesaria para las expediciones. La religión era la ideología dominante en la Edad Media. Y las profundas causas económicas que ejercían una acción transformadora en la base de la sociedad no podían poner en movimiento a las masas si no

se expresaban en el lenguaje de la ideología dominante. En las cruzadas, los intereses económicos se armonizaron con los de la región.

Al final del periodo cruzado, que duró de 1096 a 1270, Italia se había convertido en la primera potencia comercial de Europa, y las ciudades comerciales de Lombardía se habían convertido en los principales centros del comercio y las finanzas europeas; las ciudades de Cataluña y el sur de Francia habían experimentado un inmenso progreso. En todos los centros culturales de Europa centrooccidental se incrementa la actividad material e intelectual. La escolástica, un vasto intento de demostrar la verdad del cristianismo con ayuda de la lógica y la ciencia, alcanza su apogeo. Las universidades de París, Colonia y Oxford son célebres. En las ciudades triunfó la economía monetaria. Con ella, se impuso la propiedad privada. Los propios campesinos independientes se vieron arrastrados a la órbita de la economía urbana, convirtiéndose en proveedores de materias primas y alimentos necesarios para la vida material de las ciudades.

Por último, la lucha por la hegemonía mundial entre el poder temporal y el Papado también tuvo un efecto transformador y revolucionario. En una encíclica dirigida a los obispos en 1081, el Papa Gregorio VII escribió

> "Los reyes y los príncipes descienden de hombres que ignoraban a Dios, pero que no ignoraban ni la arrogancia, ni el robo, ni el engaño, ni el asesinato; de hombres, in suma, que, mediante crímenes de toda naturaleza, consiguieron reinar sobre sus semejantes."

Ningún republicano o demócrata se expresaría tan violentamente, con respecto a la monarquía.

Por otra parte, las masas populares veían cómo los Papas eran nombrados y depuestos por el poder temporal, y cómo, en el curso de todas estas luchas, los papas, el clero y los monasterios se alejaban cada vez más del ideal cristiano de pobreza, mansedumbre y humildad.

Así se preparó el terreno para la herejía comunista. Todos los que habían permanecido fieles a las tradiciones comunistas del cristianismo primitivo se distanciaron de una Iglesia cuyos dirigentes estaban cada vez más implicados en contactos y alianzas con los poderes temporales, y que debilitaron la religión hasta convertirla en un mero instrumento de su política. A partir del siglo XII, cuando el Papado estaba en el apogeo de su poder, estallaron numerosos movimientos armados de cristianos comunistas, reclutados principalmente entre los artesanos de las ciudades.

Surgieron entonces elementos que pretendían restaurar el cristianismo y la pobreza apostólica, sin romper, no obstante, con la Iglesia. Fueron estos intentos los que dieron origen, a principios del siglo XIII, a la orden

franciscana. Aunque también ésta cayó en el monacato, de las filas de esta orden de mendicantes surgieron algunos hombres notables que apoyaron todos los movimientos reformistas dirigidos contra el Papado.

Además de los franciscanos, existieron los dominicos, también una orden mendicante que, desde el principio, siempre estuvo dispuesta a servir a las autoridades gobernantes y a condenar a los herejes. De hecho, los dominicos siempre desempeñaron el papel de policías e inquisidores. Hubo algunas honrosas excepciones, es cierto, especialmente entre los dominicos alemanes e italianos, que tuvieron entre ellos a hombres como Alberto Magno, Eckhart, Campanella y Giordano Bruno. Pero estos hombres, desde el punto de vista intelectual, pertenecían más a la orden franciscana que a la dominicana. Un dominico, Thomaz de Aquino, basándose en la *Política* de Aristóteles, distorsionó completamente la ley natural, despojándola de todo elemento democrático y comunista para crear una justificación teórica del orden económico burgués que había surgido en Europa durante las cruzadas.

Se puede afirmar, sin temor a impugnar, que a partir del siglo X, el desarrollo de las ciudades y de la economía urbana comenzó a ejercer una influencia cada vez mayor, no sólo en el pensamiento y la política, sino en todos los conflictos sociales, religiosos y morales de la época. Es decir, las ideas generales del periodo adquieren un carácter cada vez más burgués.

Tras este estudio general del período comprendido entre los siglos X y XIV, estudiaremos ahora las controversias teóricas a favor y en contra del comunismo, así como los movimientos heréticos que estallaron.

2. — Joaquín de Flora, Amalarico de Bene

En los aspectos en que se manifiesta, desde el siglo XII hasta la época de la Reforma, el comunismo tuvo su principal apoyo teórico no sólo en el maniqueísmo, sino también en los escritos de Joaquín de Flora.

Joaquín nació en Italia, según algunos, en 1130, más o menos, según otros hacia 1145, y murió en 1202. Francisco de Asís fue, por tanto, contemporáneo suyo y sin duda recibió su influencia. Los escritos de Joaquín fueron difundidos por los franciscanos.

Joaquín recibió una educación completa. Peregrinó a Palestina —hay que recordar que fue en tiempos de las cruzadas, donde esbozó las líneas generales de su doctrina. De regreso a su patria, ingresó en un convento. Allí, primero como monje y más tarde como abad, Joaquín se entregó en cuerpo y alma al estudio de las Sagradas Escrituras. Su actividad fue

alentada por los Papas y el emperador Enrique VI elogió su labor. Finalmente, Joaquín fundó una orden religiosa en Cosenza, Calabria, donde vivió en el más estricto ascetismo, dedicándose al trabajo manual. Él mismo hacía las camas en el hospital del monasterio. Cuidaba a los enfermos, atendía a los pobres con humildad, y así se ganó rápidamente la reputación de Santo y Profeta.

Dejó varias obras, entre las que destacan la *Concordia*, en la que intenta armonizar el Antiguo y el Nuevo Testamento, un *Comentario al Apocalipsis de San Juan* y un *Salmo* en el que estudia la "Trinidad".

En resumen, las ideas fundamentales de Joaquín eran éstas: el mundo está podrido. Los poderosos oprimen violentamente a los débiles. La gente vive viciosamente. El clero ha perdido la conciencia de la verdad y trata de aplastar a todos los que piden reformas. La Iglesia se ha corrompido y ya no tiene fe en su misión. Los monjes se han depravado. Como consecuencia de este estado de cosas, surgen conflictos entre el Papa y el Emperador, se da gran importancia a los legisladores, se desarrollan controversias teóricas y movimientos heréticos, y los sarracenos avanzan amenazando a toda la Cristiandad. Para eliminar tantos peligros sólo hay un medio: una reforma radical de la Iglesia. Las Órdenes deben llevar a cabo esta reforma volviendo a la pobreza apostólica, renunciando a toda forma de propiedad y a toda forma de poder temporal. Entonces podrán enviar misioneros a todos los rincones de la tierra, para castigar no sólo a los sacerdotes, sino también a los propios príncipes y señores.

Esta misión es necesaria porque está a punto de comenzar una nueva era, la del Espíritu Santo.

Dios ha dividido la Historia en tres períodos. En el primero reinó el Padre, gobernando a sus hijos por el temor. El segundo fue el reinado del Hijo, que gobernó el mundo mediante la sabiduría y la disciplina. Pero este reinado pronto llegará a su fin. Finalmente, vendrá una nueva era, la era del Espíritu Santo, el reinado del amor y la libertad, de la felicidad interior y exterior. Los dos primeros periodos, que fueron los reinados del miedo y la sumisión, del trabajo y la disciplina, desaparecerán definitivamente. Surgirá la era de la libertad, de la paz, del comunismo, la era de los pobres y de los oprimidos, en la que desaparecerán para siempre todas las desigualdades sociales, en la que también se abolirá definitivamente la propiedad privada.

Los escritos de Joaquín de Flora se publicaron bajo el título de *Evangelio Eterno*. Cabe señalar que la Iglesia consideraba a Joaquín un hijo fiel y que él mismo combatió siempre sin piedad las tendencias heréticas, también porque su doctrina de la tercera edad no era sino una forma particular de

la doctrina quiasmática (el reino milenario), ampliamente difundida en los primeros tiempos del cristianismo. No obstante, los escritos de Joaquín fueron condenados posteriormente como herejías.

La doctrina de Amalrico era, de hecho, mucho más heatética.

Amalrico nació en Béne, en la diócesis de Chartres, y durante muchos años enseñó lógica y exégesis en la Universidad de París. Al final fue expulsado de la Universidad por apoyar una nueva doctrina sobre la divinidad. Cuando el Papa condenó su doctrina, Amalrico murió de pena. No dejó ningún escrito. Sus ideas fueron difundidas por sus discípulos, a los que, por tanto, la Iglesia impuso la excomunión.

No conocemos la doctrina de Amalrico más que a través de las actas de acusación, fuentes poco fiables. Sin embargo, estas fuentes dan una idea aproximada de las enseñanzas de Amalrico y sus discípulos. Se inspiraron en la doctrina de Scott Erigeno (teólogo inglés del siglo IX), que era a la vez místico y panteísta, y que creía en el resurgimiento de la Edad de Oro. En su obra *Sobre la división de la naturaleza*, escribe lo siguiente:

> "La expulsión de los hombres del Paraíso no fue otra cosa que la pérdida de la felicidad natural…ES. Juan dice en el *Apocalipsis*: "Vi un Cielo nuevo y una Tierra nueva, porque el primer Cielo y la primera Tierra habían desaparecido. El nuevo Cielo y la nueva Tierra significan, como afirmó el Beato Gregorio de Naziancio, el restablecimiento de la naturaleza humana, que debe volver a su estado primitivo."

Erigen era también panteísta. Cita el pasaje de Dionisio y el Areopagita que dice:

> "Dios lo creó todo y en todo está".

O, para hablar en el lenguaje de los hegelianos: Dios es un futuro perpetuo y es en el proceso de creación del futuro donde se creó a sí mismo y al mundo. Esta es la esencia de toda mística.

Amalrico y sus discípulos retomaron estas ideas de Scott Erigeno, y enseñaron que Dios está en todas las cosas.

> "Está tanto en Jesús como en el pensamiento de los poetas paganos. Habla por boca de Ovidio y por la de San Agustín."

Al mismo tiempo místicos y panteístas, Amalrico y sus discípulos se oponían a los ritos, las ceremonias y los dogmas religiosos. Se oponían al culto de los santos y de los ídolos. Decían que quien vive en el Espíritu Santo está por encima de las leyes. Los discípulos de Amalrico conocían la doctrina de las tres edades enseñada por Joaquín de Flora, y se creían

precursores de la edad del Espíritu Santo. Luchaban abiertamente contra la Iglesia. Consideraban al Papa como el anticristo y a Roma como Babilonia.

Tales ideas fueron difundidas con particular celo por los elementos más avanzados de la orden franciscana.

3. — Francisco de Asís, Duns Scott, Marcilio de Padua, Guillermo de Occam.

El fundador de la orden franciscana nació en 1181 u 1182 en Asís, Italia. Su padre era un rico comerciante que viajaba con frecuencia. Francisco no recibió una educación regular. Vivió la vida de un joven rico, practicando todo tipo de excesos, entregándose a las prácticas más libertinas y corruptas, hasta que contrajo una grave enfermedad. Tardó mucho tiempo en recuperarse. Tuvo mucho tiempo para pensar. Fue durante la convalecencia de esta enfermedad cuando Francisco de Asís, reflexionando sobre el pasado, sufrió una profunda crisis moral que lo transformó por completo. Decidió vivir en soledad, rezando y cuidando de los pobres y los enfermos. Un día, una "voz interior" le recordó el siguiente pasaje del Evangelio de San Mateo:

> "¡Id y predicad que el reino de Dios está cerca! Atended a los enfermos, lavad a los leprosos, resucitad a los muertos, expulsad al diablo. Dad gratuitamente lo que habéis recibido. No poseáis ni oro ni plata. Conténtate sólo con la camisa que cubre tu cuerpo.

Francisco obedeció. Reunió a su alrededor a una docena de discípulos. De ninguna manera deseaba crear una orden monástica. Sólo deseaba reunir un cierto número de misioneros que vivieran en la pobreza y obedecieran los mandamientos de Cristo, es decir, que ganaran su subsistencia con el trabajo manual o, si era posible, mendigando, pero sin tocar nunca el dinero.

Francisco no exigía un ascetismo estricto. Su objetivo era fundar una misión de cristianos puros, capaces de remodelar el mundo en virtud de su celo, su devoción y su ejemplo.

Francisco de Asís no amaba la naturaleza sólo como poeta. Se sentía parte integrante de la creación. Extendió su amor fraterno a todas las cosas y a todos los seres vivos.

Era, sin saberlo, un "místico". Despreciaba la filosofía, la ciencia y la teología. Para él, el alfa y el omega del cristianismo consistían en ayudar a los débiles, rescatar a los enfermos y a los oprimidos y reformar la

humanidad, moral y religiosamente. No luchó contra nadie, salvo contra sí mismo. Por eso permaneció siempre fiel a la Iglesia.

El número de sus seguidores creció con extraordinaria rapidez. Durante su ausencia de Italia (12191220), su representante Elías transformó a los franciscanos en una orden monástica y dulcificó la regla.

Francisco, a su regreso a Italia, se mostró descontento con estos cambios. Pero, por consejo del Papa, acabó aprobando la fundación de la orden.

Francisco comprendió, sin embargo, que sus partidarios se equivocaban al transformarse en una orden monástica y aliarse con la Iglesia. Tanto es así, que en uno de sus escritos dice:

> "Trabajo con mis propias manos y seguiré haciéndolo. En mi opinión, todos los hermanos deberían hacer lo mismo. No creo que deban aceptar iglesias, casas y otros edificios que no correspondan a la pobreza apostólica a la que todos nos dedicamos. Debemos considerarnos en este mundo como huéspedes, peregrinos y forasteros. Por eso ordeno a todos mis hermanos que no reclamen ningún privilegio de la Iglesia, ni directa ni indirectamente."

Poco después, por iniciativa suya, se creó la Orden de las Clarisas, y luego la de las Terciarias. Ambas órdenes estaban compuestas por laicos adherentes a la orden franciscana —en su mayoría obreros y artesanos— que vivían fuera de los monasterios y se consagraban a la obra social de la orden. Los Terciarios constituían el vínculo entre la orden franciscana y los movimientos comunistas heréticos. Pronto fueron considerados elementos peligrosos, hasta el punto de que las autoridades civiles decidieron prohibirles el ingreso en la orden franciscana.

Tras la muerte de Francisco de Asís (1226), la orden que había fundado se dividió. Una de las facciones quería preservar rigurosamente la regla de la pobreza evangélica, el trabajo manual y la mendicidad. Los partidarios de este punto de vista fueron llamados los "Celosos". Pero la otra facción luchaba tenazmente contra este punto de vista. No aceptaba el principio de pobreza evangélica y pretendía transformar la orden en una orden monástica. Entre estas dos corrientes extremas existía una intermedia, formada por la mayoría de los miembros de la orden, que proponía la organización de una orden monástica con reglamentos moderados, bienes colectivos, que debía trabajar para ganar cierta influencia dentro de la Iglesia y dedicarse a la teología y otras ciencias universitarias. Esta tendencia triunfó al principio. Pero en 1247, el líder del ala izquierda franciscana, Juan de Parma, fue elegido general de la orden y le dio una orientación diferente. Juan había estudiado teología en París y se adhería a

las ideas del *Evangelio Eterno* de Joaquín. Era partidario a ultranza de la estricta observancia de los reglamentos de la orden. Su amigo íntimo, Gerardo de San Donino, había escrito una *Introducción a la doctrina de Joaquín*. En esta obra, Gerardo criticaba a la Iglesia y al papado con más vigor que Joaquín, consideraba de gran importancia el papel de las órdenes mendicantes y presentaba a Joaquín como el profeta de la tercera edad. El ala izquierda de los franciscanos y los discípulos de Amalrico estaban dispuestos a situar el *Evangelio Eterno* y la *Introducción* de Gerardo por encima del Nuevo Testamento.

En 1254, el obispo de París envió la *Introducción* al papa Inocencio IV. Una comisión de examen nombrada por Inocencio IV la condenó como herética. Gerardo fue encarcelado y Juan de Parma depuesto. Pero esto no impidió que la izquierda franciscana siguiera considerando el *Evangelio Eterno* como la verdadera doctrina y condenando a la Iglesia y al Papa por su desenfrenado afán de riqueza. Más de un centenar de miembros de esta secta murieron en la hoguera en el siglo XIV por defender la pobreza apostólica y denunciar la corrupción de la Iglesia, en contra de las decisiones del papa Juan XXII. El ala izquierda franciscana dio lugar a otra secta, la de los Hermanos Apostólicos, que desempeñó un papel importante en los movimientos heréticos que entonces proliferaban en Lombardía y Languedoc. Finalmente, fue también el ala izquierda franciscana la que dio origen, durante la lucha entre el Papa Juan XXII y Luis de Baviera, a los hombres que proporcionaron a este último las armas ideológicas para la lucha contra el Papado. El más notable de estos hombres fue el franciscano inglés Guillermo de Occam, uno de los discípulos del célebre Duns Scott.

John Duns Scott pertenecía a la fracción moderada de la Orden Franciscana. Consideraba la pobreza apostólica como el ideal de la vida cristiana. Para él, la propiedad privada no tenía su origen en el derecho divino o natural, sino en el derecho civil. Era, por tanto, consecuencia del pecado original. Los hombres habían sido subyugados por el deseo de dominar y acumular riquezas. De ahí la lucha de todos contra todos; en adelante cada uno se esfuerza por apoderarse de la mayor parte posible de los bienes comunes. Esto es precisamente lo que hace necesarios el Estado y la propiedad privada. La propiedad colectiva se ha repartido sobre la base del derecho civil, que regula la circulación de mercancías. El comercio es útil para la sociedad y, por tanto, es legítimo. Pero los beneficios del comercio no deben redundar en beneficio de los particulares, en la acumulación de riqueza en pocas manos. Quienes acaparan bienes y provocan la subida de los precios perjudican a la sociedad.

Su discípulo, Guillermo de Occam, era a la vez filósofo y militante. Defendió ardientemente la regla de la pobreza apostólica y, por tanto, luchó contra las pretensiones temporales del Papado. En el curso de esta lucha, Guillermo desarrolló una interesante teoría sobre el origen de la propiedad y del Estado. El Papa Juan XXII lo encarceló en una prisión de Aviñón, de la que Guillermo sólo pudo escapar gracias a la intervención de Luis de Baviera, en cuya corte se reunían por aquel entonces todos los opositores al Papado. En Múnich se encontraba el amigo de Guillermo, Marcilio de Padua, que había estudiado con él en París. Juntos desarrollaron la teoría de la soberanía del pueblo, sumamente audaz para la época. Marcilio apoya esta teoría en *El defensor de la paz*, que escribió en 1324 y dedicó al rey Luis de Baviera.

En opinión de Marcilio, el pueblo debe ser la única fuente de poder legislativo. El pueblo debe elegir a un rey o jefe de gobierno que debe responder de sus actos ante el pueblo. Por eso es necesario evitar elevarse demasiado alto. El pueblo nunca debe permitirle que organice un gran ejército. El jefe del gobierno, como representante del pueblo, se sitúa por encima del Papa, porque el poder papal no se basa en la voluntad del pueblo, sino en la usurpación. Marcelo invoca el régimen democrático de las primeras comunidades cristianas, en las que no había diferencias entre sacerdotes y laicos, y en las que los obispos no tenían poder legislativo ni ejecutivo. Concluye afirmando que el obispo de Roma no puede poseer legítimamente tal poder.

Occam aplicó la doctrina de la soberanía del pueblo a la explicación del origen de la propiedad privada. Según él, la humanidad, en su evolución moral, pasó por tres etapas sucesivas:

1ª — antes del pecado original; 2ª — después del pecado original; 3ª — la edad de la maldad. En la primera fase, el hombre vivía según la ley natural, sin Estado y sin ningún tipo de regulación externa. Todo era común. Todos los hombres nacían libres e iguales. En la segunda fase, el hombre se regía por el derecho de la razón, que establecía las leyes y ordenaba a los hombres ser justos, controlar sus pasiones y vivir en armonía con los intereses de la comunidad. En la tercera fase, surgió la necesidad de la opresión externa. Así nacieron el Estado y la opresión económica y política.

¿Cómo se legitimó este estado de cosas, contrario a la ley natural y racional? ¿No es eterno? ¿Cómo transformarlo?

Ocam responde a estas preguntas de la siguiente manera: *El Estado* y la propiedad sólo son legítimos cuando han sido instituidos con la aprobación del pueblo. La soberanía del pueblo es un derecho natural. Si el pueblo se pronuncia a favor del Estado y de la propiedad privada, y si estas

instituciones se crean en beneficio de la colectividad, son, en cierto sentido, la sanción del derecho natural. La teoría de Occam recuerda mucho a la teoría del contrato social, que afirma que el Estado se constituyó sobre la base de un contrato expreso o tácito entre todos los miembros de la sociedad. Esta teoría se atribuye generalmente a J.J. Rousseau. Pero, en realidad, pensadores que vivieron muchos siglos antes que Rousseau ya la habían enunciado

4. — Domingo de Gusmão y Tomás de Aquino.

Domingo de Gusmão, fundador de la orden de los Dominicos, nació en 1770 en la provincia de Castilla en España y murió en 1221.

Tras estudiar teología, Domingo fue enviado por Inocencio III a Languedoc para convertir a los herejes albigenses. Para cumplir esta misión, Domingo partió hacia Languedoc, donde pasó diez años, de 1205 a 1215, predicando y amenazando, pero sin ningún resultado. Sólo consiguió reunir un cierto número de seguidores, con los que fundó una orden. El obispo de Tolosa le donó una iglesia, en la que se estableció la orden. A lo largo de su existencia, la orden fundada por Domingo nunca renegó de sus orígenes. De hecho: los dominicos se convirtieron, a partir de entonces, en los inquisidores de la Iglesia, los "perros de Dios" (en latín *domini canes*, expresión que se confunde con dominicos), que dieron caza a un enorme número de herejes en las hogueras de la Inquisición.

Entre los inquisidores dominicos, el más famoso fue Tomás de Aquino (12271274). Noble italiano, asociado a la casa de Hohenstaufen, desempeñó un papel muy importante en la historia de la escolástica y la teología. Toda su actividad se dirigió esencialmente contra la filosofía platónica y neoplatónica, que contenía, como hemos visto, ciertos elementos místicos y comunistas. Tomás de Aquino combatió las tradiciones comunistas del cristianismo primitivo. Por otra parte, se orientó hacia la vida urbana, con su carácter de producción campesina y artesanal, apoyándose en las concepciones anticomunistas de Aristóteles. Contribuyó así poderosamente a la introducción de la política y la ética de Aristóteles en la teología de la Edad Media. Los papas modernos que escribieron encíclicas contra el socialismo se inspiraron en él.

Tomás de Aquino fue iniciado en la filosofía de Aristóteles por su maestro, Alberto Magno (11931280), que le enseñó teología en Colonia y en París. Alberto Magno pertenecía a la orden de los dominicos. Era el escolástico más erudito, y por la sencillez de sus maneras estaba más cerca de los franciscanos que de los dominicos. Vivió siempre en la pobreza. Consagró

su vida a la ciencia. Estudió a los sabios árabes, como Aviceno, Averroes y Maiomonid, que crearon una doctrina de las tendencias, abogando por el libre pensamiento, ya que estos sabios, aunque discípulos de Aristóteles, habían sido fuertemente influenciados por la filosofía neoplatónica.

Tomás de Aquino superó las enseñanzas de su maestro. Guiado por un instinto muy especial, hizo traducir del latín y del griego todas las obras de Aristóteles, que a partir de entonces debían estudiarse en las escuelas. Hasta entonces, Aristóteles sólo había sido conocido a través de su lógica, su física y su metafísica. Tomás de Aquino difundió también la *Política* y la Ética, escritas por Aristóteles con la intención de combatir las ideas de Platón, el comunismo y la teoría del derecho natural. Como ya hemos visto en la primera parte de este libro, Aristóteles, en estas obras, trata de demostrar que la propiedad privada está más en armonía con la naturaleza humana que el comunismo. En ellas, Aristóteles sostiene que la esclavitud no es contraria a las leyes de la naturaleza, porque —dice— ciertos hombres están destinados por naturaleza a ser esclavos, es decir, nacen esclavos. Por consiguiente, según Aristóteles, el comunismo, la libertad y la igualdad están en contradicción con la naturaleza humana.

Aristóteles gozó de un prestigio tan considerable en la Edad Media que Tomás de Aquino, apoyándose en sus ideas, pudo establecer fácilmente una frontera entre las tradiciones del cristianismo primitivo y el derecho natural, por un lado, y, por otro, entre las concepciones aristotélicas y las condiciones sociales de la Edad Media. La autoridad de los Doctores de la Iglesia era todavía muy fuerte. Por ello, el Aquinate se vio obligado a llegar a un acuerdo, ya que no podía rechazar completamente la teoría del derecho natural defendida por los Doctores de la Iglesia.

Tomás de Aquino se atuvo estrictamente a los principios, pero en realidad, se ajustó a las condiciones de la época. El comunismo, declaró, es un régimen ideal, que presupone la existencia de una humanidad ideal. Podía existir cuando la Humanidad era aún inocente, cuando daba sus primeros pasos. En aquella época, el comunismo aún no era un peligro. Pero hoy se ha convertido en un factor de conflicto y discordia entre los hombres. Si no perdemos de vista la realidad, es decir, a los hombres tal como son hoy, dice Tomás de Aquino, nos veremos obligados a reconocer que el régimen de la propiedad privada es el único adaptable a la naturaleza humana, el único verdaderamente natural. Pero es necesario que los ricos den limosna a los pobres, porque lo superfluo de unos es lo necesario de otros. Además, afirma Tomás de Aquino, no es cierto que la propiedad privada y la desigualdad social sean necesariamente consecuencias del pecado original. Habrían surgido incluso sin él, porque las condiciones sociales habrían

determinado su aparición. La desigualdad social y económica es consecuencia de las diferentes capacidades de los hombres. Unos son más capaces que otros. *El Estado* tampoco es una consecuencia del pecado original. Tampoco es un freno destinado a contener las pasiones de los hombres. Es sólo la mejor manera posible de organizar la vida social. Esta doctrina de Santo Tomás de Aquino pronto caló oficialmente en la Iglesia. Esta es la base de la lucha de la Iglesia contra el socialismo.

Con el progresivo desarrollo de la propiedad privada y de la vida urbana, a partir de finales de la Edad Media, la teología cristiana fue abandonando el antiguo derecho natural de los Doctores de la Iglesia. Al final, sólo los herejes siguieron defendiéndola. Entre éstos, algunos desarrollaron doctrinas sociales basadas en los principios del derecho natural.

Capítulo IV — El movimiento herético

1. — Principales tendencias intelectuales

Desde el siglo XI hasta mediados del XIV, Europa occidental y central experimentó una profunda transformación económica. Su riqueza se multiplicó entonces extraordinariamente. Como islas que emergen repentinamente de un inmenso océano, las ciudades surgieron por todas partes. El comercio y la industria entraron en un periodo de gran prosperidad. El mundo entero seguía con apasionada atención la lucha entre el Imperio y el Papado. Las cruzadas enviaban grandes masas de gente a Oriente. Las grandes escuelas teológicas, en sus disputas religiosas, hacían uso de toda la ciencia de la época. Los escolásticos se entregaban entonces a verdaderas orgías. Las artes plásticas expresan en monumentos inmortales toda la angustia y agitación de la época. En poesía, aparece *La Divina Comedia*, formidable epopeya de los esfuerzos, aspiraciones, errores y promesas de todas las generaciones de la época.

En las ciudades, la naciente burguesía sienta nuevas bases sociales e inicia la lucha contra el dominio de la Iglesia, los reyes y los señores feudales. En París, Abelardo somete las enseñanzas de la fe al escrutinio de la razón. En Oxford, el franciscano Roger Bacon, una de las mentes más brillantes de la época, analizó los problemas de las ciencias naturales, liberó a la razón de su papel subordinado de sierva de la fe y la elevó al rango de superior en el campo de la investigación científica. En Colonia, el monje dominico Eckhart, padre de la mística alemana, predica sobre la esencia de la divinidad, sobre los problemas del Universo, sobre la fusión del alma con su principio omnipresente, sobre la pobreza apostólica, etc.

En todos los centros de la cultura europea se acumulan fuerzas para sacudir los cimientos del edificio dogmático construido por Pablo, Agustín y Tomás de Aquino. Los artesanos pobres (tejedores, zapateros, albañiles, carpinteros, etc.), organizados en innumerables cofradías, *gremios*, cofradías, asociaciones, desean una vida evangélica y una religión más interior. Toda la fuerza de la fe que vibraba en cada uno de estos hombres se polarizó en una dirección: la conquista de la libertad social y la instauración del reino de Dios. Y fueron quemados por millares en las hogueras de la Inquisición. Pero sus aspiraciones sobrevivieron, elevándose con tremenda fuerza a través del tiempo y del espacio. Ninguna forma de represión ha podido doblegarlas.

Este periodo abarca tres siglos de belleza, tres siglos de grandeza incuestionable, de esfuerzos titánicos y manifestaciones brillantes del espíritu humano, pero también tres siglos de errores, de fracasos trágicos y debilidades lamentables. Este período abarca tres siglos que representan, a pesar de todo, una etapa considerable en el desarrollo histórico de la Humanidad.

2. — Los cátaros.

Hacia finales del siglo XII y principios del XIII, las ciudades de Europa occidental y central estaban divididas por numerosas sectas heréticas. La península balcánica, el norte y el centro de Italia, Francia, España, toda la cuenca del Rin, desde Alsacia hasta los Países Bajos, gran parte de Alemania central, desde Colonia hasta Goslar, estaban divididas de las formas más diversas por movimientos heréticos opuestos a la Iglesia, que se esforzaban por construir una nueva vida religiosa basada en el cristianismo primitivo. Ya a principios del siglo XI, numerosas resoluciones de sínodos eclesiásticos condenaron las ideas y las actividades de las diversas sectas cátaras: los fifiles, los tejedores, los patarinos, los pobriarros lombardos, los paulinos, los pobres de Lyon, los valdenses, los albianos, los bogomilos, los búlgaros, los arnoldistas, etc., etc. Más tarde aparecieron también los beguardos y beguinas, así como los loardos, que no eran inicialmente herejes. Los distintos movimientos heréticos se designaban según la localidad en la que surgían o donde estaba la sede principal del movimiento, y según su carácter. Pero, en general, todos los movimientos se llamaban "cátaros".

El inicio del movimiento cátaro se remonta a la segunda mitad del siglo X. Apareció por primera vez en Bulgaria. Apareció por primera vez en Bulgaria, donde se desarrolló como un movimiento de oposición campesina, dirigido contra el naciente feudalismo. Desde allí se extendió a Europa Occidental, donde adquirió un carácter urbano y artesanal. Desde el Sínodo de Orleans (1022), en el que trece cátaros fueron acusados de practicar el "amor libre" y, entre ellos, once fueron condenados a morir en la hoguera, las acusaciones continuaron hasta el final de la Edad Media. En 1025, varios herejes fueron sometidos al juicio del Sínodo de Arras porque habían declarado que el fin de la religión es la práctica de las buenas acciones, el ejercicio del trabajo manual, el amor a los conciudadanos. En opinión de estos herejes, quienes vivían en armonía con estos principios no necesitaban iglesias ni sacramentos. El movimiento pronto se extendió a las regiones vecinas, ganando un gran número de adeptos en Lombardía,

Languedoc, Alsacia, todo el valle del Rin y Alemania central. En Goslar, en 1052, algunos herejes fueron condenados por afirmar que nadie tiene derecho a matar a un ser vivo. Por tanto, estos herejes condenaron las guerras y las matanzas, así como el sacrificio de cualquier animal. En 1030, los herejes de Montfort, un pueblo cercano a Turín, fueron acusados de oponerse a los ritos religiosos, al matrimonio, al sacrificio de animales y a la comunidad de bienes.

Como hemos visto, el movimiento herético era verdaderamente internacional. Sin embargo, no tenía ni doctrina ni táctica. Dentro de este movimiento pueden distinguirse dos tendencias principales: 1) la del dualismo gnósticomaniqueo; 2) la del panteísmo amaliano. La primera se centra en el antagonismo total entre los poderes supremos: el Bien y el Mal, el Espíritu y la Materia. Secta severa y ascética, porque sus adeptos buscaban ante todo la superación de la Materia. Los adeptos de la tendencia panteísta, en cambio, se consideraban parte integrante del Espíritu Santo y se oponían no sólo a toda forma de ascetismo, sino también a cualquier forma de sujeción moral. Incluso parece que muchos adeptos del panteísmo se creían por encima del Bien y del Mal. Pero su influencia fue transitoria. La mayoría de los cátaros vivían con sencillez y modestia y se adherían a la concepción del mundo de los gnósticos y maniqueos.

Pero la pobreza apostólica, la lucha contra la degeneración de la Iglesia y de las órdenes monásticas, la aspiración a una vida en común basada en la virtud, el repudio de los sacramentos, dogmas y ceremonias de la Iglesia oficial, son rasgos que se encuentran en todas las sectas cátaras. En algunas de ellas, los adeptos se dividían en dos categorías: los "perfectos" y los "creyentes". Los primeros obedecían estrictamente la ética social cátara. Vivían en la pobreza, el ascetismo o en comunidad. Los "creyentes", aunque separados de la Iglesia oficial, seguían desempeñando sus ocupaciones habituales en la vida civil, esperando el advenimiento del gran día en que todos los cátaros pudieran empezar a vivir según sus ideales.

La táctica de los cátaros era, en general, una táctica pacifista, pues no admitían ninguna forma de violencia u opresión exterior. Para ellos, las cruzadas eran espantosas caricaturas. Por eso, sólo en casos extremos, cuando se veían amenazados de exterminio, tomaban las armas para luchar. Eso es lo que ocurrió con los valdenses, la secta cátara más fuerte. Todos los cátaros creían en la victoria final del Bien. Y esperaban garantizar la victoria del Bien, no por las armas, sino por la fuerza del Espíritu, por el amor a los hombres y por la verdad.

3. — Los cátaros y el comunismo

Los cátaros no han dejado ningún documento a través del cual podamos estudiar hoy su doctrina y sobre todo sus concepciones sociales. Todos los documentos directos escritos por los propios cátaros han sido confiscados y destruidos por las autoridades eclesiásticas y civiles. Por tanto, sólo conocemos las aspiraciones y la doctrina de los cátaros por lo que dijeron de ellos sus adversarios, los sacerdotes, los dominicos y los papas. Y estos adversarios, por supuesto, estaban más interesados en la doctrina religiosa que en las concepciones sociales. De hecho, en la Edad Media, la religión era lo principal, al menos en los lugares bajo la jurisdicción de la Iglesia. Además, los monjes, como teóricos partidarios de la pobreza apostólica, no consideraban herejes a los cátaros porque algunos de ellos vivían en comunidades. Por eso las actas de acusación contra los cátaros, que dan una información tan detallada sobre sus concepciones religiosas y sus costumbres, apenas mencionan sus concepciones sociales.

En cualquier caso, lo que hoy sabemos que es cierto es que los cátaros consideraban la pobreza evangélica como el ideal de la vida cristiana, y la propiedad y el matrimonio como instituciones nocivas, como un mal. Esta doctrina era al mismo tiempo el resultado de sus concepciones gnóstico-maniqueas y de su fidelidad a las tradiciones del cristianismo primitivo.

Desde el punto de vista social, el *Sermón de la Montaña* fue la fuente de la que los herejes adquirieron todas las enseñanzas sobre la vida cristiana ideal. Se tomaban en serio los mandamientos que recomendaban amar a los enemigos, los que prohibían prestar juramento, los que exigían a los fieles ayudar a los pobres y a los enfermos, y los que recomendaban la mansedumbre, la humildad y la castidad. También se oponían a cualquier forma de opresión y regulación externa. Para ellos, los sacramentos, como todos los dogmas y prescripciones de la Iglesia, no eran medios de salvación, sino obstáculos. Frente a las autoridades eclesiásticas o laicas, los cátaros adoptaron siempre una actitud de oposición. En la copiosa literatura de la lucha contra las doctrinas heréticas, hay indicios que permiten fijar la posición de los cátaros frente al comunismo. Tales indicios muestran que las ideas comunistas y las derivadas de la teoría del derecho natural estaban profundamente arraigadas entre ellos. Un teólogo francés, Alanus, que vivió en el siglo XII, escribió un libro contra los cátaros, en el que dice:

> "Los cátaros afirman que el matrimonio es contrario a las leyes de la naturaleza, que establecen que todas las cosas deben ser comunes".

Everhard de Bethune, otro oponente de los cátaros, escribe:

> "Su comunismo es puramente exterior. Es un comunismo de palabras. Porque, en realidad, no hay igualdad entre vosotros: unos son ricos, otros pobres".

Joaquín de Flora, también adversario de los cátaros, los censuraba porque prometían al pueblo todas las riquezas y todos los placeres posibles e imaginables.

Hay que recordar que también por eso los escritores burgueses contemporáneos censuran a socialistas y comunistas. En Estrasburgo, en 1210, ochenta herejes de la secta valdense fueron condenados por la misma razón. El artículo 15 de la acusación formulada contra ellos reza así:

> "Para fomentar la adhesión de nuevos adeptos a su secta, los herejes instituyeron entre ellos la comunidad de bienes".

El acta de acusación añade también que los herejes enviaron dinero a Mylon destinado al jefe supremo del movimiento herético, Pickard, para reforzar el movimiento y "matar a todos los sacerdotes". Por último, el artículo 16 les acusa de practicar la unión libre. En respuesta a estas acusaciones, Johanes afirmó que su secta sólo recaudaba dinero para ayudar a los miembros necesarios. Al mismo tiempo, tachó de totalmente infundada la acusación de mal vivir que le había lanzado el tribunal.

Como se ve, los cátaros no fueron acusados porque vivieran en comunidad de bienes. A los ojos de los perseguidos, este hecho no era un mal en sí mismo.

El mal residía en el objetivo que querían alcanzar.

Finalmente, en el proceso contra los herejes de Montfort mencionado anteriormente, los acusados admitieron que practicaban la comunidad de bienes. Conviene recordar que el dominico Étienne de Bourbon censuró a los herejes, y dijo:

> "condenan a todos los que poseen bienes terrenales"; "quieren que todo sea común".

Étienne, en tono burlón, señala que hay enfrentamientos y rivalidades entre los hereligiosos, pero que se dan la mano para luchar contra la Iglesia y las órdenes monásticas. Otro teólogo, que vivió a mediados del siglo XIII, testifica a favor de los valdenses, y declara:

> "No practican el comercio porque desean evitar la mentira y la mistificación".

Y más adelante:

> "No desean acumular riquezas, y se contentan sólo con lo estrictamente necesario".

Bernardo de Claraval, uno de los más enconados adversarios de los herejes, santo del catolicismo, contemporáneo y adversario de Abelardo y de Arnaldo de Brescia, escribió sobre los cátaros

> "Los cátaros no engañan ni oprimen a nadie. Son pálidos porque a menudo ayunan por propia voluntad. Viven sólo del trabajo de sus manos. Los cátaros no comen el pan de la ociosidad".

El Tercer Concilio de Letrán (1179) decidió invitar a algunos herejes valdenses para que expusieran su doctrina. El prelado inglés Walter Map, después de interrogarlos, escribió en su informe:

> "No viven en lugares fijos. Vagan descalzos o con sandalias de lana. No tienen nada propio. Todo lo que consiguen, lo ponen a disposición de la comunidad en la que viven".

Estos informes —y lo mismo puede deducirse de la posición intelectual de los cátaros— muestran que el ideal de estos herejes era la práctica de la vida existente en las primeras comunidades cristianas. Por tanto, repudiaban la propiedad privada y el orden social basado en ella. Querían vivir colectivamente, para que cada individuo pudiera superar el espíritu materialista y desarrollar todas las virtudes cristianas. No se puede decir que los cátaros establecieran grandes organizaciones comunistas. No tuvieron la posibilidad de hacerlo, porque cuando empezaron a hacerse lo suficientemente fuertes, cuando surgieron las condiciones que permitieron la realización práctica de sus ideas, la Iglesia y las autoridades civiles iniciaron contra ellos una terrible campaña de exterminio. Miles y miles de cátaros murieron en la hoguera o fueron pasados por la espada. Otros miles sucumbieron, tras una lenta agonía, en las cárceles de la Inquisición. La forma en que los cátaros de Colonia describen su situación ante el tribunal eclesiástico de esa ciudad es conmovedora:

> "Nosotros, pobres cristianos, no tenemos donde vivir. Nos vemos obligados a huir de ciudad en ciudad, como ovejas entre lobos. Somos perseguidos, como lo fueron los apóstoles en otros tiempos.

Es obvio que, en esas condiciones, los cátaros difícilmente podían realizar el ideal de vida comunista. El famoso historiador de la Iglesia Doellinger, que estudió durante muchos años las sectas religiosas de la Edad Media, escribe

> "Todas las doctrinas heréticas que aparecieron en la Edad Media poseían un carácter revolucionario más o menos pronunciado. Si estas sectas hubieran conquistado el poder, sin duda habrían provocado una transformación total del orden existente. Habrían provocado un cambio político y social completo. Estas sectas

> gnósticas: los cátaros y los albarianos, que dieron origen a la implacable legislación medieval contra la herejía y sólo fueron derrotadas tras sangrientas guerras, eran en realidad los socialistas y los comunistas de la época. Atacaron el matrimonio, la familia y la propiedad. Si hubieran vencido, la sociedad habría sufrido sin duda una profunda transformación y habría vuelto por completo a la barbarie y la indisciplina paganas.

Es evidente que con estas palabras Doellinger pretende defender la autoridad de la Iglesia. Por eso ataca las tendencias heréticas de la Edad Media. Pero desgraciadamente no comprende que, si las ideas contenidas en el Sermón de la Montaña y en el Evangelio, ideas que pusieron en práctica las primeras comunidades cristianas, se hubieran publicado al pie de la letra, el mundo feudal y el mundo burgués nunca habrían existido. En el fondo, ¿no es el monacato la confesión de que el mundo feudal o burgués era incompatible con el ideal del Evangelio? ¿No es así sobre todo en los primeros siglos del cristianismo, cuando aparecieron las cenobias? Más tarde, es cierto, las cenobias se adaptaron progresivamente al espíritu del siglo y se volvieron infieles al espíritu del Evangelio. Precisamente por eso aparecieron los cátaros, la izquierda franciscana, los valdenses, los albigenses y un gran número de sectas heréticas que defendían los ideales traicionados por la Iglesia oficial. La opinión de Doellinger a este respecto no hace sino confirmar el carácter comunista del movimiento herético.

El monacato y el cenobismo fueron una reacción contra la bancarrota de la Iglesia oficial. El movimiento herético, a su vez, fue una reacción contra la bancarrota del monaquismo. La aparición de los cenobios es consecuencia de la destrucción del espíritu del cristianismo primitivo. Mientras los cenobios se mantuvieron fieles al espíritu del Evangelio, no hubo movimiento herético. Todos estos fenómenos no se sucedieron simplemente en el tiempo. Fueron, recíprocamente, causa y efecto. Es necesario, sin embargo, no olvidar la poderosísima influencia que las fuerzas económicas ejercieron en todo este proceso.

4. — La Inquisición

La tolerancia puede explicarse por tres razones diferentes. En primer lugar, surge de la convicción de que la violencia y la opresión nunca pueden resolver los problemas intelectuales y morales. En segundo lugar, es una expresión de respeto por la personalidad humana. Por último, la tolerancia también está motivada por la duda sobre la posibilidad de que existan verdades eternas y científicamente definitivas. Esta última causa sólo

puede influir en momentos en que los hombres gozan de la mayor libertad intelectual. La segunda presupone la existencia de un régimen social individualista. Pero tal régimen nunca existió en la Edad Media. Queda, pues, la primera causa, que existía realmente en los primeros siglos del cristianismo como uno de los logros más nobles de la sociedad antigua, es decir, de una sociedad en vías de extinción.

Los trastornos derivados de la disolución del mundo antiguo, de las migraciones, de la aparición de los tíos alemanes y de su primitivo sentido de la solidaridad, así como la necesidad general de restablecer la civilización, estos factores, junto con el bajo nivel intelectual de los generales y de los intrigantes estadistas que reorganizaron el Imperio romano, explican la progresiva desaparición de cualquier tipo de tolerancia en la Edad Media. Obediencia y sumisión: éstas eran las exigencias que el Estado, la Iglesia y las órdenes monásticas imponían a todos sus miembros. Esto es, por otra parte, lo que se observa en todos los periodos de transformación social. Cuanto más primitiva es una organización, más fuerte es el espíritu de solidaridad entre sus miembros. El sentimiento de que todos son responsables de los actos de los demás, y de que cada uno es responsable de los actos de todos, lleva a los hombres a vigilar atentamente los pensamientos y actos de sus semejantes y a inmiscuirse en su vida privada. Como son partes integrantes de un mismo cuerpo, el bien y el mal del conjunto dependen, necesariamente, de los actos de cada uno.

Y cuando los asuntos terrenales están íntimamente unidos a los divinos, como sucede en una teocracia, la vida intelectual también está sometida al control de la colectividad. El poder central se siente obligado a defender a su Dios contra todo insulto y a lograr, por la violencia, la salvación de los miembros de la colectividad. Así, la única fuente de tolerancia existente en los primeros tiempos del cristianismo desaparece también durante la Edad Media.

Ya hemos mencionado la primera ejecución de herejes, en Treves en 385. Todo el mundo cristiano de la época protestó indignado contra la primera matanza. Así pues, el espíritu evangelizador seguía vivo. Tanto es así que, en aquella época y hasta principios del siglo XI, la herejía sólo se manifestaba de forma excepcional. De hecho, en ese periodo, los claustros y monasterios absorbieron a todos los elementos descontentos con la Iglesia oficial, aislándolos por completo del mundo exterior. Pero cuando la religión empezó a degenerar en un mero instrumento de la Iglesia, cuando la vida cultural se intensificó, el movimiento herético se convirtió en un movimiento de masas que amenazaba con demoler la estructura

social y eclesiástica de la Edad Media. En 1048, el obispo Vazo de Lieja seguía protestando contra las ejecuciones de herejes y escribía a su colega, el obispo de Chalons:

> "¡Dios no quiere la muerte del pecador!…. ¡Basta ya de quemas! No utilicemos ningún medio material para matar a quienes el Creador y Redentor mantiene con vida…". Los obispos son ungidos por el Señor para ser portadores de vida y no emisarios de muerte".

Asimismo, el biógrafo de Vazo, Anselmo de Lieja, condenó la ejecución de los herejes de Goslar, en 1052, por orden del emperador Enrique III:

> "¿Cómo se puede justificar la horca de los herejes de Goslar, que, después de haber sido excomulgados, fueron asesinados sólo porque pensaban que era un crimen sacrificar aves inocelentes?".

Pero a medida que la Iglesia se adaptaba al espíritu del siglo, a medida que se enriquecía y, al mismo tiempo, a medida que se desarrollaba el movimiento herético, los papas empezaron a presionar cada vez más a emperadores, reyes y príncipes, exigiendo el exterminio de los herejes a sangre y fuego. En el siglo XIII, la Inquisición ya estaba armada de pies a cabeza.

Los dominicos, sinceros pero fanáticos, los grandes príncipes de la Iglesia, los papas corrompidos hasta la médula de los huesos, los nobles que deseaban obtener la remisión de los pecados, bandas de aventureros ávidos de riquezas, se lanzaron con salvaje furia, con increíble ferocidad, contra las sectas heréticas. Los herejes que no morían en las llamas o en las cárceles eran exterminados tras verdaderas batallas.

Corresponde a Tomás de Aquino la gloria de anunciar la doctrina oficial de la Iglesia sobre la herejía:

> "La herejía", dice, "es un pecado tan grande que sólo puede ser castigado con la exclusión de la Iglesia y del mundo. Un hereje que persiste en el error ya no puede ser salvado por la Iglesia. La Iglesia debe despreciarlo y proteger a sus fieles excluyéndolo de su seno. La tarea de eliminarlo de este mundo y castigarlo con la pena de muerte corresponde a la justicia secular.

El "doctor angélico", como llamaban a Tomaz de Aquino, apoyaba con su autoridad la política que la Inquisición venía aplicando desde tiempos inmemoriales.

Los bienes de un hereje condenado eran confiscados por las autoridades civiles y eclesiásticas en beneficio propio. Una acusación de herejía significaba una sentencia de muerte. Los tribunales eclesiásticos no daban al acusado la menor posibilidad de defensa.

Pero los autos de fe, por sí solos, no eran un arma suficiente para eliminar la herejía. Para acabar con la herejía, se organizaron grandes expediciones armadas contra las regiones dominadas por los herejes: las cruzadas. Los cruzados arrestaban a poblaciones enteras y sometían a los prisioneros a las más terribles torturas, con el fin de aniquilarlos física y moralmente.

Los herejes eran perseguidos hasta la muerte. La Inquisición arrancaba sus restos de las tumbas para quemarlos en una plaza pública. También se confiscaban los bienes de sus herederos.

En represalia, los herejes asesinaban ocasionalmente a los inquisidores más feroces, famosos por sus exquisitas crueldades. La Iglesia santificó inmediatamente a los inquisidores asesinados y procedió con redoblada violencia en su campaña de exterminio. Las leyes más estrictas contra la herejía fueron decretadas por el emperador Federico II.

Federico II se declaraba admirador de la filosofía árabe, que negaba la creación del mundo y la inmortalidad del alma. Sin embargo, consideraba la herejía como un peligroso movimiento subversivo. Por ello la combatió ferozmente, aunque a veces la utilizó en su beneficio en su lucha contra el Papa.

El día de su coronación en Roma, en 1220, el emperador Federico firmó un edicto. En este edicto declaraba que todos los herejes eran infames y estaban fuera de la ley. También decía que las propiedades de los herejes debían ser confiscadas.

Más tarde (1231), reconoció oficialmente a la Inquisición y autorizó a los dominicos como inquisidores oficiales en todo el Imperio, poniéndolos bajo su protección. Federico hizo así una valiosa concesión a la Iglesia. En general, los herejes eran condenados a morir en la hoguera. En el mejor de los casos, sólo sufrían la amputación de la lengua. Aquellos que, en el momento de la muerte, negaban sus convicciones eran perdonados: su castigo pasaba a ser la cadena perpetua a pan y agua.

En 1232, Federico hizo nuevas concesiones al Papa. También declaró que estaba dispuesto a defender a la Iglesia y al Imperio de la herejía. Pero a Federico no le sirvieron de nada tantas concesiones, pues al fin y al cabo fue vencido por el Papa.

Francia y España fueron los dos países en los que la Inquisición desarrolló mejor su terrible actividad. En Alemania su acción fue efímera. La oposición la frenó. En Bohemia y en Inglaterra ni siquiera pudo levantar cabeza.

Pero en todos los países el movimiento herético sufrió enormes pérdidas por la represión de la Iglesia. Estudiaremos la represión del movimiento herético con más detalle en el capítulo siguiente.

Pisemos ahora tierra sagrada. Vamos a tocar la tierra manchada por el martirio de miles de herejes. Ninguna Iglesia puede exhibir un martirologio tan grande y tan conmovedor. El martirio de los herejes fue mayor que el de cualquier religión, o de cualquier Iglesia.

Condenados por papas, emperadores y reyes como enemigos de la Iglesia y del Estado, perseguidos como infieles por obispos y monjes, los herejes fueron despreciados y odiados por todas las autoridades eclesiásticas y laicas.

A nadie digo sino a los sabios
Pues la turba se reirá:
Admiro a los hombres
Que aspiran a la hoguera.
Mientras no digas
Las palabras: ¡Abjuro y renuncio!
Serás en este mundo
un huésped no bienvenido.
Goethe.

Capítulo V — Extensión y represión del movimiento herético

1. —El Movimiento Hereje en Bulgaria.

Los eslavos del sur penetraron en la península balcánica arrastrados por la ola de las migraciones. Vivían en tribus, clanes y familias. En aquella época tenían una organización social democrática. Pero más tarde entraron en conflicto con sus vecinos y con el Imperio bizantino y se organizaron militarmente. Entonces empezaron a vivir del pastoreo, la guerra y el bandidaje. Como consecuencia de estas nuevas condiciones de vida, se formó rápidamente una casta guerrera que, feudalizándose bajo la influencia del Imperio bizantino, se apropió de las mejores tierras e impuso tributos a la población rural. Los campesinos, que querían asegurar la supervivencia del régimen comunista y democrático en vías de desaparición, se sublevaron.

Junto a esto, hay que recordar otro fenómeno económico muy importante. En tiempos de Carlomagno, el comercio entre Alemania y Constantinopla se realizaba en gran parte a través de la tierra de los avaros (Hungría). A mediados del siglo VIII, los húngaros vencieron a los ávaros y se hicieron dueños de este comercio de tránsito entre Constantinopla y Alemania. Comenzaron a amasar grandes riquezas. Los griegos envidiaban su suerte.

> "Los búlgaros —dice un escritor griego—, son ahora comerciantes. Se han vuelto egoístas y corruptos."

El país se cristianiza a medida que se produce esta transformación. En 864, Bulgaria adopta el catolicismo como religión oficial. Las ideas gnósticas y maniqueas invadieron el país en aquella época, transmitidas por el cristianismo. Y, al encontrar un terreno favorable, se desarrollaron principalmente en el campo. A partir de entonces, la lucha entre el Bien y el Mal se convirtió en el símbolo del antagonismo entre la casta feudal y los ricos comerciantes, por un lado, y entre estos dos sectores sociales y el pueblo explotado, por otro. En otras palabras: la lucha entre el Bien y el Mal simbolizaba entonces el antagonismo entre la nueva sociedad de clases y el régimen igualitario primitivo.

El pueblo trabajador adoptó el cristianismo a la luz de la doctrina gnóstico-maniquea a medida que empeoraba la situación del país.

A mediados del siglo X, un gran número de sacerdotes, dirigidos por un tal Bogomil, fundaron una secta religiosa. El movimiento invadió Serbia. En todas partes conquistó Enthusiasts, sobre todo en Bosnia.

A finales del siglo X, los sacerdotes ortodoxos comenzaron a luchar contra los *bogomilos*, acusados de preconizar la desobediencia a las autoridades, condenar a los ricos, insultar a los señores feudales, despreciar a los funcionarios del Estado, declararse impíos y predicar la rebelión de los esclavos contra sus amos.

Dentro de la secta de los bogomilos había también dos categorías de miembros: los *perfectos* y los *creyentes*. Los primeros vivían en comunidades. Los segundos se limitaban a adoptar la doctrina sin practicarla.

Las primeras persecuciones contra los bogomilos datan de las primeras décadas del siglo XI. Inauguradas por órdenes de los Papas Inocencio III y Honorio III, estas persecuciones duraron hasta el siglo XV, cuando varias cruzadas salieron de Hungría para exterminar a los herejes, que se defendieron con valencia. Tras cada derrota, se alzaban contra sus atacantes. En estas luchas, varias veces los bogomilos derrotaron a los cruzados. En el año 1400, por ejemplo, consiguieron establecer el catarismo como religión estatal en toda Bosnia. Finalmente, fueron destruidos por una cruzada húngaropolaca de 60.000 soldados.

Pero el cristianismo sacó poco provecho de esta victoria. Poco después (1385), los turcos aplastaron a las fuerzas serbias en Amselfeld y se apoderaron de toda la península balcánica. A pesar de ello, los cruzados siguieron persiguiendo a los cátaros hasta convertir al cristianismo a casi toda la población. En 1463, Bosnia fue atacada por los turcos y capituló sin luchar. De hecho, en aquel momento no tenía fuerzas para defenderse. Además, ¿por qué iba a luchar contra los turcos y luego ser aniquilada por la Iglesia? El odio del pueblo bosnio hacia la Iglesia era tan grande que, tras la victoria del Islam, los herejes del país abandonaron sus ideas maniqueas, que habían defendido con tanta energía contra los ataques de la Iglesia, y se volvieron en masa hacia el Islam.

2. — El movimiento herético en Italia.

Las ciudades lombardas fueron las primeras en despertar bajo la influencia de las nuevas fuerzas económicas y políticas que se desarrollaron en todas partes a partir de mediados del siglo X. Se convirtieron en centros de comercio y tránsito entre Europa y Oriente y de las finanzas europeas. Se

convirtieron en centros de comercio y tránsito entre Europa y Oriente, y de las finanzas europeas. Los inconvenientes de esta transformación no tardaron en manifestarse. Estas ciudades excitaron la codicia de los emperadores alemanes y de los papas romanos. Por este motivo, la región se convirtió, al igual que Flandes, en uno de los principales campos de batalla de Europa. Su especial situación económica y política contribuyó considerablemente a reforzar la conciencia de las ciudades lombardas. Las ciudades de Lombardía se convirtieron en repúblicas, con constituciones más o menos democráticas, y lucharon por su independencia contra el Papa y el emperador. En esta lucha tuvieron que combatir en primer lugar las pretensiones clericales. En efecto, el clero exigía una posición privilegiada en el territorio de las ciudades. También querían conservar sus inmunidades y privilegios, su jurisdicción especial. También deseaban estar completamente exentos de todos los impuestos y disfrutar del derecho de ejecución secular de las sentencias dictadas por los tribunales eclesiásticos. Naturalmente, las ciudades rechazaron estas pretensiones exorbitantes, y como consecuencia surgieron graves conflictos, en los que sus representantes buscaron argumentos para contrarrestar las aspiraciones de la Iglesia. Encontraron estos argumentos tanto en las viejas tradiciones democráticas que Marcilio de Padua había recogido en su libro *El Defensor de la Paz*, como en los textos bíblicos y las ideas del cristianismo primitivo. Se basaban, pues, en la doctrina social del Evangelio. En estos conflictos surgieron partidos para mantener vivo el espíritu de oposición a la Iglesia. La lucha se libró principalmente entre el clero y la burguesía de las ciudades. Pero al margen de estos dos partidos, los artesanos y los pobres desarrollaron también sus propias teorías sobre los problemas sociales.

Estas luchas locales se agravaron aún más con la famosa disputa de las Investiduras entre el Papa y el Emperador, que tuvo lugar en el último cuarto del siglo XI y tuvo un amplio eco en el norte de Italia. La personalidad del Papa Gregorio VII (1073-1085) hizo que ningún italiano pudiera permanecer indiferente. Por un lado, su condena del clero corrupto y, por otro, sus pretensiones al poder temporal, que se vieron coronadas por la marcha de Enrique IV sobre Canossa, despertaron sentimientos más bien encontrados entre la burguesía republicana. La nobleza de carácter, las ideas avanzadas de este hombre, que condenaba el abuso del comercio y luchaba contra reyes y príncipes, atrajeron la simpatía de las clases obreras y artesanas. Surgieron partidos papistas e imperiales, que no hicieron sino aumentar la confusión general.

Las luchas entre el Papado y los emperadores Federico Barbaroxa (1152-1190) y Federico II (1212-1250), ejercieron una influencia aún más profunda en la vida de Italia. Los partidos de los *guelfos* (papistas) y los

gibelinos (partidarios del imperator) se convirtieron en parte integrante de la política italiana. En todas estas luchas, el Papado reveló cualidades diplomáticas superiores a las del Imperio. La querella de las Investiduras dio lugar a la fundación del Estado eclesiástico. También legó grandes tradiciones diplomáticas a la Curia y permitió a la Iglesia obtener el apoyo del brazo secular en su lucha contra los herejes. La coronación del emperador en Roma se convirtió en un instrumento diplomático en manos de los papas, que utilizaron su poder temporal para aniquilar por completo el movimiento herético.

Todos estos conflictos provocaron la aparición de otros antagonistas en las ciudades lombardas. Mientras los Papas luchaban contra los emperadores alemanes, se mostraban tolerantes con los movimientos heréticos de Lombardía. Con rara sagacidad política y fino tacto diplomático comprendieron que necesitaban el apoyo de las repúblicas lombardas. Los emperadores alemanes, por el contrario, en cuanto dispusieron de fuerzas navales suficientes para poner en práctica sus planes de conquista, invadieron Lombardía y asaltaron las ciudades. De este modo echaron en brazos de sus adversarios a los que en realidad eran sus aliados, porque también luchaban contra el Papa. El ejército de Federico Barbaroxa fue derrotado por los burgueses de las ciudades libres de Lombardía en Lignano en 1176. Su sucesor, Federico II, no fue más feliz.

Esta interacción diplomática y bélica entre el Papado, el Imperio y la burguesía allanó el camino para el desarrollo de las ideas cátaras. Las ciudades y pueblos de Lombardía se convirtieron en refugios y centros de propaganda cátara. En el año 1030, más o menos, se inició una persecución contra los herejes conocidos como *patarenos*, nombre del distrito de Milán donde se encontraba su sede principal. Pero esta persecución seguía siendo de orden puramente local. En general, los cátaros vivieron en relativa tranquilidad hasta finales del siglo XII. En 1125, incluso conquistaron el poder en Orvieto, pero fueron derrotados por los ortodoxos tras una sangrienta lucha. En 1150, tenían tantos seguidores que atrajeron la atención de la Iglesia. En aquella época Lombardía era fuertemente herética, pero Federico Barbaroxa ya no estaba en guerra con el Papado. Así, en el Concilio de Verona de 1184, el emperador Federico Barbaroxa y el papa Lucio III se reunieron y redactaron un severo edicto contra la herejía, estableciendo la Inquisición Episcopal y encargando al brazo secular la ejecución de las sentencias dictadas por los tribunales eclesiásticos. Pero esto no impidió el desarrollo de la herejía. Aplastada en un punto, se refugió en otro, con la complicidad de las autoridades municipales que no estaban en absoluto dispuestas a desempeñar el papel de verdugo de los papas. A principios del siglo XIII, en Milán, Ferrara,

Verona, Rímini, Florencia, Prati, Fienza, Piacenza, Trevisi, Viterba, etc., existían numerosas organizaciones patrísticas. En septiembre de 1290, una orden papal recomendaba a todos los obispos adoptar medidas severas contra los herejes y supervisar cuidadosamente la ejecución de estas medidas. Órdenes de este tipo aparecieron de vez en cuando, provocando persecuciones locales, pero no tuvieron un efecto general. La Lombardía y especialmente Milán fueron los dos centros más importantes del movimiento herético en Europa. Ya hemos tenido ocasión de ver que los cátaros de Estrasburgo habían sido acusados de enviar dinero a Milán, donde se encontraba Pickhard, el jefe del movimiento. Cuando, en Francia, las autoridades comenzaron a perseguir a los albigenses, un gran número de ellos se refugió en Lombardía, donde fueron protegidos por sus correligionarios.

Los herejes lombardos habían creado un gran número de escuelas. Los alumnos más destacados fueron enviados a la Universidad de París, donde estudiaron escolástica y teología, para poder mantener polémicas con los representantes de la Iglesia. Cuando el emperador Otón IV fue a Roma para ser coronado, los eclesiásticos de su séquito se indignaron porque encontraron escuelas en Roma que enseñaban doctrinas gnósticomaniqueas. También el emperador Federico II se quejó en 1236 de que el Papa no hiciera nada respecto a Milán, que era entonces el principal centro de herejía. Pero el Papa tenía buenas razones para hacerlo: la mayoría de Milán era guelfa, es decir, contraria a los hojenstaufen. Por eso el Papa los dejó en paz.

En el siglo XIII, el catarismo italiano se vio reforzado por la aparición de las sectas de los arnoldistas y los valdenses, y luego de los Hermanos Apostólicos.

La secta arnoldista fue fundada por Arnaldo de Brescia. Nacido en Brescia, Italia, Arnoldo estudió teología en París con Abelardo, asimilando el método crítico de su maestro y manifestando, como él, excelentes dotes oratorias. Tras sus estudios regresó a su ciudad natal. Allí se ordenó sacerdote. A partir de entonces, comenzó a luchar contra el clero. Afirmaba que la posesión de bienes terrenales era un mal para la Iglesia, para el clero y para las órdenes monásticas. Sus prédicas tuvieron un efecto formidable en el pueblo, que, a partir de entonces, dejó de obedecer a la Iglesia. El caso se discutió en el Concilio de Letrán de 1139.

El Papa despojó a Arnaldo de su cargo y lo desterró. Arnaldo se fue a París y se unió a Abelardo. Pero sus ideas se extendieron rápidamente. En Roma, el pueblo se sublevó contra el Papa y confiscó sus dominios. El Papa ordenó entonces que Abelardo y Arnaldo fueran encarcelados en un convento y

que sus libros fueran quemados. Abelardo se sometió. Pero Arnaldo, por su parte, continuó propagando sus ideas con redoblada intensidad. Acabó ganando tantos adeptos en Francia que ningún obispo tuvo el valor de ejecutar la decisión papal. Sólo cuando el Papa se dirigió directamente al rey de Francia, Arnoldo se vio obligado a abandonar el país. Se dirigió a Alemania y luego a Suiza. A continuación visitó Italia, donde su popularidad durante su ausencia había aumentado. En Roma, los herejes se agruparon en torno a él. Arnaldo se convirtió en el centro de todo el movimiento de oposición al papado. A menudo hablaba en público, atacando violentamente al Papa y a los cardenales, a los que llamaba "fariseos del cristianismo". Vuestro colegio", decía, "es más una casa de comercio o una guarida de bandidos que una Iglesia de Dios". El Papa", afirmaba Arnold, "es un perro sediento de sangre que confía en el asesinato y el incendio provocado, que viola a la Iglesia, oprime a los inocentes y llena sus pechos vaciando los de los demás". Arnold era tan popular en Roma que el Papa no se atrevió a hacer nada contra él. Finalmente, Federico Barbaroxa, que había llegado a Roma para ser coronado emperador, consiguió, a petición de la Curia, que Arnaldo fuera extraditado. Para evitar que la gente le rindiera homenaje o venerara sus restos, sus cenizas fueron arrojadas al Tíber. Como recompensa, Federico Barbaroxa fue coronado emperador por el papa Adriano IV, sin el conocimiento de la población.

Arnaldo promovió las siguientes ideas: la herencia de Cristo obliga a obispos, sacerdotes y monjes a vivir en la pobreza, amando al prójimo. El poder temporal de la Iglesia, sus riquezas, sus privilegios e inmunidades sólo fomentan disputas, conflictos, luchas políticas, pleitos, intrigas y artimañas diplomáticas, en una palabra, una grave desviación del camino trazado por Jesús. Por esta razón, los sacerdotes son indignos de desempeñar el papel de intermediarios entre Dios y los hombres e indignos de administrar los santos sacramentos.

Arnoldo dejó tras de sí un gran número de discípulos que propusieron sus ideas, acogidas con entusiasmo sobre todo por los obreros, que se organizaron en las florecientes ciudades de Lombardía en comunidades religiosas y cajas de socorros mutuos. Estas hermandades proletarias dieron origen a la secta herética de los *humiliatas*, la mayoría de cuyos adeptos eran tejedores lombardos. Desde el comienzo de la Inquisición, instituida por decisión del Concilio de Verona (1184), esta secta fue violentamente perseguida. Finalmente, con la secta de los *arnoldistas*, los humillados se unieron al movimiento herético y sufrieron las represalias de la Iglesia.

Según Arnoldo, el verdadero sucesor de Cristo y de los apóstoles debe vivir en la pobreza. Esta idea central de su doctrina está claramente inspirada en las enseñanzas de Francisco de Asís. Francisco de Asís, es cierto, permaneció fiel a la Iglesia y logró así evitar la persecución. Pero la orden que fundó se apartó de la idea fundamental que guió toda su actividad. Los franciscanos, a excepción únicamente del ala izquierda, hicieron todo tipo de concesiones. Abandonaron por completo la regla de la orden y acabaron haciendo las paces con la Iglesia. Los franciscanos, descontentos con esta nueva orientación, intentaron volver a la idea inicial que había determinado la fundación de la orden. Bajo la dirección de Gerardo Segarelli, estos franciscanos descontentos fundaron una nueva secta, los Hermanos Apóstoles.

En 1248, un joven campesino inculto se presentó en el convento franciscano de Parma y pidió ser admitido en la orden. No fue aceptado. Se le dijo que era demasiado sencillo hacerse franciscano. Pero el campesino no se desanimó. Se hizo hacer un hábito como el que había visto en las imágenes de los apóstoles — capa y sandalias blancas, — se dejó crecer el pelo y la barba, y comenzó a predicar sobre el tema: "Convertíos y arrepentíos, porque el reino de Dios está cerca". Entonces vendió todas sus posesiones, metió el dinero así reunido en una bolsa y se fue a predicar a la plaza. Cuando la multitud se reunió para escucharle, arrojó el dinero en medio del público, gritando: "¡Quien lo quiera, que lo coja! Poco después reunió a un cierto número de seguidores, que también comenzaron a predicar, aconsejando a los cristianos que hicieran penitencia, atacando a la Iglesia corrupta y anunciando el advenimiento del reino de Dios. Así nació la secta de los Hermanos Apóstoles. Todos sus miembros vivían en la pobreza y recorrían el país predicando a la gente, que les escuchaba de buen grado. Un gran número de mujeres se unió a ellos. Los Hermanos Apóstoles estaban mucho más cerca de la vida sentimental de las masas que los franciscanos. Por esta razón, fueron inmediatamente abucheados por las órdenes mendicantes y el clero. A partir de entonces, empezaron a ser considerados peligrosos por la Iglesia. El Concilio de Lyon de 1274 prohibió todas las órdenes mendicantes que no estuvieran reconocidas por el Papa. También estableció que estas órdenes debían unirse a las órdenes regulares existentes, o al menos renunciar a todo proselitismo. A pesar de esta decisión, la secta de los Hermanos Apostólicos siguió creciendo. Creció tanto que en 1286 una bula papal ordenó a todas las autoridades eclesiásticas que adoptaran medidas enérgicas para destruirla. Algunos Hermanos Apostólicos también habían sido acusados de herejía. El clero recomendó a la población que se mantuviera alejada de ellos. En 1294, los dominicos empezaron a seguirlos. Segarelli fue arrestado y quemado en la

hoguera (en el año 1300 aproximadamente). Fue sustituido por Dolcino, que, en realidad, había sido el verdadero jefe de la secta desde el arresto de Segarelli. Dolcino poseía, de hecho, excelentes cualidades de jefe: era valiente y enérgico, hecho para la lucha. Desoyendo todas las decisiones de los concilios y las bulas papales, Dolcino continuó su actividad pública hasta que el Papa recomendó la organización de una cruzada contra su secta.

Las luchas de Dolcino contra el Papado fueron tan grandes que pueden compararse, guardando las proporciones, a la lucha de Espartaco contra Roma. Precisamente por ello, las memorias sobre él, que han llegado hasta nuestros días, tienen un carácter tan romántico.

Se dice que Dolcino era hijo de un sacerdote descendiente de una familia noble. Por amor a una novicia, Margarita, había trabajado como criado en un convento de Tridente, donde se encontraba su amada esposa, a la que consiguió raptar.

Después, según las crónicas de la época, Dolcino vivió con Margarita, vagando por Trentino y Dalmacia, predicando la comunidad de bienes y mujeres. Lo que se sabe con certeza es que nació en la región de Novara, estudió teología y conocía las obras de Joaquín de Flora. Posiblemente fue un gibelino, como Dante y tantos otros notables personajes italianos. Sus sentimientos violentamente antipapistas hablan en favor de esta hipótesis.

Dolcino calculó, basándose en textos bíblicos, que entre los años 303 y 306 tendría lugar un importante acontecimiento en la historia de la humanidad. Durante este periodo, el Emperador derrotaría definitivamente al Papado. Dios elevaría entonces al trono de San Pedro a un Papa lleno de misericordia.

> "Alrededor de ese Papa estarán los partidarios de la vida apostólica. Y el espíritu de Dios estará con ellos. En poco tiempo tendrán multitudes a su lado. El nuevo emperador y el papa que se levantará en lugar del papa asesinado (Bonifacio VII), reinarán hasta que, como anunció San Juan, el gran enemigo de Dios se levante por última vez. Entonces llegará el Día del Juicio".

En definitiva, todo esto no era más que el viejo sueño del reinado milenario, el sueño de la instauración de una era de paz, virtud y fraternidad. He aquí, en resumen, las ideas que inspiraron la actividad de Dolcino.

Su prestigio aumentó prodigiosamente cuando, por una singular coincidencia, el Papa Bonifacio VIII tuvo un trágico final en el año 1303. Desesperado por el resultado desfavorable de la lucha contra el rey de

Francia, Felipe el Hermoso, Bonifacio murió tras un ataque de furiosa locura. Un día, sus criados le encontraron royendo un palo de madera, maldiciendo a Dios e invocando al diablo. Completamente loco, se golpeaba la cabeza contra las paredes. Sus cabellos blancos estaban empapados de sangre. Bonifacio VIII murió en 1303 en el Vaticano. Dolcino había profetizado este trágico final para el Papa en vida de Segarelli. También había declarado que en el año 1303 comenzaría la ruina del Papado. Después de este hecho, el número de seguidores de Dolcino aumentó prodigiosamente. Se dirigió entonces a Novara, su provincia natal, donde fue aclamado por una gran multitud de cátaros, que acudieron a su lado. Pero poco después, la Inquisición desató una persecución tan violenta contra su secta que Dolcino se vio obligado a huir vagando de ciudad en ciudad. Sus amigos y seguidores fueron cruelmente castigados. Las casas de todos los elementos señalados como partidarios de Dolcino fueron arrasadas. La Inquisición confiscó todas las posesiones de la secta. Pero Dolcino tenía amigos secretos en todas partes, que le mantenían al corriente de los planes de la Inquisición. De este modo, a menudo pudo evitar los golpes de sus adversarios escapando a tiempo. En 1305, Dolcino puso fin a su vida errante en las montañas y en la región noreste de Milán. Decidió iniciar una lucha armada contra la Inquisición. En el momento de tomar esta decisión, Dolcino se encontraba en el pueblo de Campertolio, cerca de Novara. Desde allí partió con algunos partisanos hacia las montañas, donde construyó un asentamiento, almacenó alimentos y se preparó para la lucha. El papa Clemente V, que residía en Lyon, organizaba en aquel momento una cruzada contra los herejes de Novara, y dirigía llamamientos a los creyentes, convocándolos a la lucha. Dolcino fue advertido a tiempo de la aproximación del ejército enemigo. Pero no consideró oportuno luchar. A la cabeza de sus seguidores, abandonó el campo en secreto. Cuando los cruzados, tras escalar la montaña, se disponían a atacar a los herejes, no encontraron un alma y se dispersaron. Dolcino construyó un nuevo asentamiento en la región de Varallo. Allí levantó un campamento atrincherado entre montañas, tan bien situado que su colonia era prácticamente inexpugnable. Se le unió un gran número de herejes de Saboya, Lombardía, Languedoc y la provincia de Salzburgo. Los cruzados se reunieron de nuevo y asaltaron el campamento hereje. Sin embargo, sus ataques fueron rechazados, dejando muchos prisioneros en manos de Dolcino, que los devolvió sólo a cambio de provisiones. Después de esto, los cruzados volvieron a atacar y fueron derrotados varias veces. Por todos los pueblos corrió la noticia de que los herejes eran invencibles. Pero el ejército de Dolcino no tenía comida. El hambre invadió su campamento. La situación era extremadamente grave, porque la región

donde luchaban cruzados y herejes estaba completamente devastada. En 1308, muchos de los seguidores de Dolcino murieron de hambre. La enfermedad y la muerte invadieron la fortaleza de los Hermanos Profetas, que se vieron obligados a abandonarla en marzo de 1306.

Pero las fuerzas de Dolcino lucharon hasta agosto de ese año y derrotaron, en sucesivas batallas, a todos los cruzados enviados a su encuentro. El Papa siguió dirigiendo llamamientos cada vez más desesperados, convocando a los creyentes a una guerra de exterminio contra los herejes. Las autoridades civiles y eclesiásticas de las provincias de Novara y Saboia organizaron un ejército de varios miles de hombres, que partió contra los herejes, bajo el mando de dos caballeros. Este ejército atacó a las fuerzas de Dolcino, pero también fue completamente destruido. Los cruzados se disolvieron precipitadamente, dejando todas las ciudades vecinas en manos de los herejes. Castillos, iglesias y conventos fueron saqueados. Los soldados de Dolcino castigaron severamente a las autoridades civiles y eclesiásticas.

Pero todas estas victorias no pudieron salvar a los herejes, que quedaron totalmente aislados del mundo exterior y, por tanto, incapaces de recibir ayuda del exterior. En el invierno de 13081307, las fuerzas de los Hermanos Apóstoles sufrieron terribles privaciones. El frío y el hambre asolaron sus filas. Mientras tanto, los cruzados, reagrupando sus fuerzas con la ayuda que recibían de todas partes, organizaron un nuevo ejército.

El 23 de marzo de 1307 tuvo lugar en el monte Zabelo la batalla decisiva entre cruzados y herejes. Esta batalla duró un día entero. En el bando de Dolcino, sólo 1150 soldados eran lo suficientemente fuertes para luchar. De estos 1150, casi todos, o sea 1000, murieron luchando. Los 150 restantes, agotados por el hambre y el frío, se rindieron. Dolcino y su esposa Margherita estaban entre ellos. Los supervivientes de la batalla murieron a manos de los vencedores tras soportar terribles calvarios.

3. El movimiento herético en Francia.

El tratado de Verdún (813), que dividió el Imperio de Carlomagno en varias partes, dio origen al núcleo geográfico de Francia. Los sucesores de Carlomagno reinaron en estos territorios hasta 987, pero su poder se vio tan reducido y debilitado por sus vasallos, los duques y condes, que resulta difícil hablar de un reinado francés en la Alta Edad Media. Los barones feudales eran los verdaderos reyes. Tras el fin de la dinastía carlovingia en 987, el poder pasó a manos de los Capetos que, con el tiempo, aprendieron a utilizar la creciente fuerza de las ciudades contra los señores feudales y

la Iglesia. Así consiguieron establecer un Estado francés más o menos sólido. La actividad industrial del sur de Francia, las ferias anuales de Campania y el desarrollo de las ciudades y puertos de la costa mediterránea crearon fuertes vínculos, uniendo cada vez más estrechamente las regiones del norte con las del centro y sur de Francia. Se formó así una unidad geográfica unida, que constituyó la base económica sobre la que los Capetos erigieron el edificio de su política nacional centralizadora.

Como en todos los demás pueblos, la supremacía adquirida por los intereses económicos en el seno del Estado y de la Iglesia suscitó una corriente de viva oposición entre las capas más pobres de la población. Esta corriente, apoyada por el Evangelio, se incorporó a todo el movimiento herético. Como ya hemos visto, las influencias cátaras se manifestaron en Francia desde principios del siglo XI. A estas influencias hay que añadir también la propaganda de Arnaldo de Brescia, que hizo comprender a un gran número de espíritus la necesidad de una vasta reforma moral y social. Pero el movimiento *herético* independiente sólo surgió en Francia cuando entró en escena Pierre Valdes (1170-1173), un mercader de Lyon. A partir de entonces, adquirió inmediatamente grandes proporciones. Sus ramificaciones llegaron hasta Italia, Bohemia y Alemania. Se trata del movimiento valdense, por el nombre de su fundador, Pierre Valdes. Valdés era un acaudalado comerciante de Lyon que, pese a no tener mucha formación, trató de estudiar las verdades del Evangelio en las fuentes originales. Con este fin, encargó a varios sabios la traducción de la Biblia al romano. También hizo traducir extractos de las obras de varios doctores de la Iglesia. Y comenzó a estudiar con gran precisión. Pero no se detuvo en la teoría. Decidió poner en práctica sus ideas. Empezó por renunciar a todas las posesiones terrenales. Dio parte de su fortuna a su esposa y compartió el resto con los pobres. Luego, empezó a predicar las enseñanzas de los apóstoles y del cristianismo primitivo. En poco tiempo, tuvo a su lado a numerosos seguidores. Así nació la secta llamada los *Pobres de Lyon*. Los miembros de la nueva secta vestían ropas especiales y acompañaban al jefe. Como puede verse, el movimiento valdense es muy similar al que, en Italia, determinó la aparición de la orden franciscana. Pero mientras que el movimiento franciscano fue apoyado por el Papa y más tarde se convirtió en parte integrante de la Iglesia oficial, la Curia no quiso reconocer a los valdenses, que por ello se vieron obligados a seguir el camino de la herejía. También es posible que la actitud más diplomática de la Curia hacia el movimiento creado por Francisco de Asís estuviera motivada precisamente por la evolución del movimiento valdense hacia la herejía.

En 1179, los valdenses enviaron una delegación al Concilio de Letrán. Querían que el Papa autorizara su propaganda. Recibidos por el prelado inglés Walter Map, los delegados fueron interrogados. Finalmente, Map censuró a los valdenses por su ignorancia y declaró a los delegados que el Papa no podía conceder la autorización que solicitaban. Maltratados por la Iglesia, los valdenses entraron en contacto con los cátaros y se convirtieron en una sección especial de ese movimiento. En el Concilio de Verona, asistido por Federico Barbaroxa, los valdenses fueron condenados como herejes. En *La práctica de la Inquisición...* (1331), una de las mejores fuentes para el estudio del movimiento cátaro, el dominico Bernardo Guidonis explica detalladamente la doctrina de los valdenses. Se dividían en dos grupos: los puros y los amigos o creyentes. Los primeros actuaban como maestros y líderes. Cuando se unían al movimiento, entregaban todos sus bienes al fondo de la asociación, que proporcionaba a los adherentes los medios de subsistencia necesarios. Si los recursos del fondo central no cubrían los gastos, la secta recurría a las contribuciones de los simples adeptos, que aportaban rápidamente los donativos solicitados. Esto se debía a que los valdenses eran hombres de notable elevación moral. Interrogado por la Inquisición sobre su doctrina, un valdense de Tolosa respondió:

> "Mi secta manda no hacer mal a nadie, no legar a otros lo que no queremos que nos suceda, no mentir ni jurar. — Esa es nuestra ley".

Un valdense de Pomerania respondió de la misma manera a la Inquisición en 1394. Los más acérrimos adversarios de los valdenses nunca pudieron señalar un solo desliz de conducta. Un inquisidor, que los conocía bien, los describió así:

> "Es posible identificar a los herejes sólo por sus costumbres y su lenguaje. Son modestos y viven en el más completo orden. Visten con sencillez y limpieza. No se dedican a ninguna forma de comercio, porque no desean mentir, jurar ni engañar. Viven exclusivamente del trabajo de sus propias manos. No buscan acumular riquezas. Se contentan con lo estrictamente necesario. Son castos y sobrios. No frecuentan posadas, bailes o cualquier centro de diversión y placer. Nunca se enfadan. Trabajan constantemente, aprendiendo y enseñando. Por lo tanto, rara vez rezan. Sólo se les puede identificar por su modestia y el cuidado con que hablan. Evitan cuidadosamente toda grosería, toda calumnia, todo propósito frívolo."

Los valdenses poseían un gran número de traducciones de la Biblia. Sabían de memoria capítulos enteros de las Sagradas Escrituras. El inquisidor de

Passau conocía a un campesino valdense que había memorizado todo el Libro de Job. Los miembros de la secta solían reunirse después del trabajo para dedicar las tardes al estudio. Cuando alguno de ellos encontraba dificultades y le costaba aprender, los maestros le decían habitualmente:

> "Si aprendes una sola palabra al día, al final del año sabrás 365". ¡Y así ganaremos!"

Profundamente fieles a sus convicciones, los valdenses subieron a la hoguera con alegría y valentía. Soportaron estoicamente los horrores de las prisiones inquisitoriales y las cámaras de tortura para poder difundir su fe.

En el siglo XIII, la secta valdense en Francia era la más numerosa de todas, sobre todo en Languedoc.

Durante los siglos XI y XII, Languedoc fue la región más libre y próspera de Europa. Allí florecieron la industria y el comercio, las artes y las ciencias. Narbona, Tolosa, Albi, Beziers, Carcasona, eran centros de ciencia y filosofía. Los tesoros de la filosofía árabe habían sido difundidos por traductores judíos. Todas las corrientes religiosas estaban allí amparadas y protegidas. Las ciudades gozaban de grandes libertades municipales. Los duques de Aquitania, los condes de Tolosa y Provenza defendían celosamente sus derechos frente a la Iglesia y el Imperio.

Los cátaros pronto conquistaron un gran número de adeptos entre la población de aquella región. Estos seguidores eran conocidos como hombres de bien. Los valdenses también podían propagar libremente sus ideas. Por ello, sus enseñanzas se extendieron rápidamente hasta Lombardía, el Tirol, la región de Salzburgo y el sur de Alemania.

Parece, además, que esta doctrina tenía un carácter más religioso que social. En el ambiente de libertad y colaboración de clases en el que vivían —la nobleza del Languedoc se había convertido en gran parte a las ideas valdenses, y en muchos lugares estaba en lucha con el clero, su propaganda se ocupaba más de cuestiones religiosas que sociales. La ciudad de Albi era el principal centro del movimiento. Por esta razón, a los seguidores del movimiento valdense también se les llamaba *albigenses*.

El constante avance del movimiento valdense en Languedoc preocupaba a las autoridades eclesiásticas. Sin embargo, en aquel momento el clero aún no podía pensar en una represión mayor, porque casi toda la población se oponía a la injerencia de los obispos y perseguía a los inquisidores más estrictos. La Iglesia no tuvo más remedio que recurrir a su arma habitual: las cruzadas. Con la promesa del perdón de sus pecados, movilizó a los creyentes para la guerra santa contra los herejes.

La primera cruzada partió en 1180. Pero fue ineficaz: los condes de Languedoc rechazaron victoriosamente el ataque. En 1195, el Papa Raimundo XI excomulgó al conde de Tolosa. Pero no sacó provecho de ello. La Iglesia decidió entonces enviar misioneros a Languedoc para convertir a los herejes. El más famoso de estos misioneros fue el célebre Domingo de Gusmão, fundador de la orden de los dominicos. Pero todos estos esfuerzos no tuvieron los efectos esperados. El Papa volvió a recurrir al arma de la cruzada y dio a los cruzados el lema: "Divide y vencerás". La guerra no debía comenzar con un ataque a los dominios del poderoso conde de Tolosa, sino con la invasión de regiones más débiles. Esta guerra santa comenzó en 1209 bajo la dirección del conde Simón de Montfort, que enseguida dio muestras de gran energía tomando por asalto Beziers y Carcasona. Muchos miles de habitantes, valdenses y católicos, sucumbieron en los combates. Los cruzados, ante la matanza de sus correligionarios, vacilaron, posponiendo el momento del ataque para no masacrar por igual a herejes y católicos. Pero el delegado del Papa, el abad Arnoldo de Citeaux, les gritó

> "¡Matadlos a todos! Dios reconocerá cuáles son los suyos".

La guerra tampoco terminó. El movimiento valdense resurgió. Se organizaron nuevas cruzadas contra los herges. En 1224, el rey de Francia decidió unirse a la lucha. Deseaba aniquilar el poder de los condes de Tolosa, que vivían casi de forma independiente, y someter toda la región a la autoridad de la Corona. A partir de 1232, fue posible mantener una Inquisición regular en el país, bajo la dirección de los dominicos. Los esfuerzos armoniosos de los cruzados y los dominicos acabaron por destruir el movimiento herético. Pero todo el sur de Francia quedó completamente devastado.

En realidad, la herencia de los condes de Languedoc no pertenecía a la Iglesia, sino a la casa de los Capetos, reyes de Francia, quienes, medio siglo más tarde, encarcelaron al Papa y obligaron a sus sucesores a fijar su residencia en Aviñón.

En su *Historia de la Inquisición*, Lea resume de la siguiente manera el resultado de la cruzada contra los albigenses:

> "En el siglo XII, el sur de Francia era la región más próspera de toda Europa. Entonces, las cruzadas entraron en el país. Y lo que dejaron en pie, la Inquisición lo destruyó. La Inquisición dejó tras de sí un país arruinado, devastado, con una industria y un comercio moribundos. Las confiscaciones convirtieron a los nobles en mendigos. Los extranjeros ocuparon sus lugares. Se apoderaron del suelo e introdujeron las brutales costumbres del feudalismo nórdico

> o los despóticos principios del derecho romano en los vastos dominios conquistados por la Corona. Durante más de un siglo, todo un pueblo, dotado de las mejores cualidades naturales, fue torturado, diezmado, humillado y saqueado. La civilización, que marchaba por delante de toda la cultura europea, desapareció. El honor del Renacimiento quedó reservado a Italia. Pero la unidad de la fe se había salvado."

La obra de la Inquisición fue tan completa que la herejía nunca más pudo arraigar en el país.

Sin embargo, los valdenses ejercieron una influencia considerable sobre la Iglesia y el pueblo. Las órdenes mendicantes surgieron como resultado de su propaganda, al igual que, en nuestros días, el movimiento socialcristiano está surgiendo como resultado del movimiento obrerosocialista. La influencia de los valdenses también se dejó sentir en Bohemia. Su doctrina proporcionó a los elementos intelectuales del país las armas ideológicas de las que hicieron uso durante las guerras husitas.

4. — El movimiento herético en Flandes

Según los documentos que poseemos en la actualidad, el movimiento herético no aparece en Flandes hasta el siglo XII, es decir, mucho después de su aparición en Lombardía y el sur de Francia.

De hecho, el movimiento en Flandes también comenzó muchos siglos antes del siglo XII. Pero hasta el siglo XII no fue perseguido.

Por eso, sólo entonces aparecieron los primeros documentos sobre la herejía flamenca.

Antes del siglo XII, los herejes flamencos aún no habían sufrido ninguna persecución. Debemos concluir, pues, que el movimiento ya existía antes del siglo XII y que, si sólo en este siglo comienzan a aparecer documentos sobre él, esto sucede precisamente porque en esta época termina la tolerancia y comienza la persecución.

Ya hemos citado una carta de Wazo, obispo de Lieja, que nos muestra que en aquella época en Flandes aún no se permitían las persecuciones contra los herejes.

Las doctrinas heréticas se desarrollaron rápidamente en las ciudades flamencas. La población de estas ciudades de floreciente industria y próspero comercio, se volvió herética. El nombre de Tejedores, dado a los cátaros, proviene precisamente de Flandes. Los cátaros flamencos hacían

una clara distinción entre el Dios del Antiguo Testamento y el Dios del Nuevo Testamento. No querían tener nada que ver con el primero, el Dios de la Ley. Para ellos, sólo el Dios del Nuevo Testamento era el Dios verdadero. Pero sólo lo adoraban en su aspecto espiritual, y no en sacramentos, ceremonias y casas construidas por hombres. Por otra parte, se preocupaban, sobre todo, por la práctica de las buenas obras.

Se dedicaban asiduamente a sus ocupaciones. De acuerdo con las prescripciones del Sermón de la Montaña, no admitían ni los juramentos ni la pena de muerte. Una de sus principales virtudes era la castidad. El cristianismo primitivo era su ideal.

La verdadera creación flamenca original en el campo de la herejía fue el movimiento de las beguinas y los *beguardianos*.

Las controversias y escritos sobre el origen y el verdadero nombre de esta secta son muy numerosos. Ciertos autores presentan como su fundador a un tal Lamberto de Begue, sacerdote de Lieja, que más o menos en 1180 emprendió una campaña violenta contra la corrupción de la Iglesia y la venalidad de los sacerdotes. Para deshacerse de Lamberto, los sacerdotes lo mandaron asesinar. También hay quien dice que, unos años antes, Lambert de Begue había creado una asociación cenobítica de mujeres célibes.

Pero la explicación más plausible de las palabras *beguinas y beguardos* es la que atribuye su origen a la palabra sajona *beg*, que significa *rezar* o *mendigar*.

Las *beguinas* eran una orden laica de mujeres. Todos sus miembros vivían en pobreza evangélica. El hecho de que estas organizaciones estuvieran formadas por mujeres célibes da pie a una de dos hipótesis: o bien los hombres evitaban el matrimonio por influencia de la doctrina cátara, o bien había una gran escasez de hombres en el país debido a las pérdidas sufridas durante las cruzadas.

También es posible que la acción simultánea de estos dos factores contribuyera a la formación de tales organizaciones que, en aquella época, sólo podían adoptar este aspecto religioso. El sistema de los cenobios sirvió de modelo.

Las mujeres que pertenecían a las organizaciones hacían voto de castidad y obediencia. También se comprometían a contribuir al sustento de todos mediante el trabajo o la mendicidad, y a practicar siempre los deberes de hospitalidad y de asistencia a los enfermos durante su estancia en los cenobios.

Con el tiempo, los hombres siguieron el ejemplo de las mujeres y también crearon casas para *bebguardianes*. Los célibes, que deseaban vivir piadosa y fraternalmente, se reunían para trabajar y vivir en común, estudiar la Biblia y meditar sobre Dios y el mundo. Al igual que los valdenses, se distinguían por su asiduidad en el trabajo, su sobriedad y su espíritu meditativo. Eran estimados por todos. Pero eran especialmente apreciados por los sectores más pobres de la población de las ciudades.

Algunos de los *beguardianos* no estaban satisfechos con una vida sedentaria, basada más o menos en el principio de la cooperación. Esta vida les parecía insuficientemente perfecta. Para ellos, dado que la economía cooperativa presupone siempre una economía común y, en consecuencia, una propiedad común, la vida que llevaban era contraria a las enseñanzas de Cristo y a la pobreza apostólica.

Asistimos aquí al mismo conflicto que surgió también en la orden franciscana. Los *beguinos* y *beguinas* que pensaban de este modo preferían la vida errante, la publicidad de sus ideas y la mendicidad.

Las autoridades eclesiásticas trataban de forma diferente a las dos categorías de *beguinas* y *beguardos*. Consideraban herejes a los *beguines* y *beguinas* errantes y desataban una terrible represión contra ellos; pero en general favorecían a los *beguines* y *beguinas* sedentarios, incluso les concedían subsidios, con la única condición de que se sometieran a una estricta disciplina.

Pero los beguines y beguinas pronto entraron en contacto con las diferentes sectas cátaras y se unieron al movimiento antipapista, adoptando las enseñanzas de Amalrico y el chiliasticismo del ala izquierda franciscana.

Los *beguardianos* y beguinas se extendieron rápidamente por toda la cuenca del Rin. A mediados del siglo XIII eran numerosos, especialmente en Colonia, Moghurt, Estrasburgo y Metz. En estas ciudades sufrieron las primeras persecuciones. El resto de su historia transcurre en Alemania. La estudiaremos en el capítulo siguiente.

Los *iolardos* eran una secta emparentada con los beguinos y beguinas. Aparecieron más o menos en 1300, en Amberes. Se consagraban a asistir a los enfermos y a los alienados, pero sobre todo se dedicaban a enterrar a los muertos. Obtenían los recursos necesarios para su existencia mediante el trabajo manual o la mendicidad. A finales del siglo XIV, los *lolardos* desempeñaron un papel importante en el movimiento herético y social de Inglaterra.

5. — El movimiento herético en Alemania

En Alemania no existió un movimiento herético y social independiente. Todas las corrientes heréticas que aparecieron en ese país eran de origen extranjero. Es cierto que, al pasar al espíritu alemán, estas corrientes heréticas no sólo se profundizaron, sino que se enriquecieron.

Al principio, las autoridades eclesiásticas y laicas alemanas se mostraron reacias a crear tribunales inquisitoriales. Es posible que la disputa de las Inquisiciones, así como la pugna entre el papa y el emperador en general, determinaran una cierta tolerancia respecto a las opiniones divergentes en materia de fe. Pero lo cierto es que, salvo contadas excepciones, los sacerdotes y monjes alemanes nunca mostraron un fanatismo antiherético tan feroz como el de los sacerdotes y monjes franceses o españoles. Los Códigos alemanes de la época ni siquiera mencionan la existencia de una jurisdicción especial, dirigida por la Inquisición. El *Códice Sajón* (1270, más o menos), una colección de leyes de los países del norte de Alemania, aunque declaraba que los herejes estaban sujetos a la jurisdicción eclesiástica, protegía a los acusados de ser víctimas de denuncias motivadas por el espíritu de venganza. También declaraba que los delatores que no demostraran la veracidad de sus acusaciones morirían en la hoguera.

Hasta los siglos XI y XII, muy pocos seguidores del catarismo búlgarolombardo en Goslar fueron condenados a muerte por sus convicciones.

Sin embargo, los valdenses, los *beguinos* y las *beguinas*, los Hermanos del Espíritu Libre, ejercían ya entonces una profunda influencia en la población del país.

Ya en 1199, el Papa Inocencio III condenó a los valdenses porque publicaban sus escritos en lenguaje popular. Como los valdenses no respondieron a esta condena, el Papa envió tres delegados a Metz, que consiguieron confiscar los escritos en cuestión y quemarlos. Algunos años más tarde, el obispo Bertrand de Metz atacó a los valdenses en sus sermones. Pero la población no le hizo caso y siguió protegiendo a los acusados de herejía.

Las cosas no fueron igual en 1213. Ese año, los valdenses de Estrasburgo fueron acusados, entre otras cosas, de haber establecido entre ellos la comunidad de bienes y el amor libre. Algunos valdenses fueron condenados y murieron en la hoguera. En 1292 tuvo lugar también en Estrasburgo un nuevo proceso contra los valdenses, que pronto fue acompañado de severas persecuciones. Los herejes que no abjuraron del credo fueron quemados. Otros recibieron castigos más o menos violentos.

Fue entonces cuando Conrado de Marburgo comenzó su trabajo como inquisidor. Conrado era conocido desde hacía tiempo como un terrible opositor a los herejes. En 1227, el Papa Gregorio IX le había encomendado la misión de suprimir el movimiento herético en Alemania y de purgar a la Iglesia de todos los elementos sospechosos. En la carta que escribió a Conrado en aquella ocasión, el Papa se quejaba de la corrupción y depravación del clero germánico y le encomendaba la tarea de llevar a cabo una reforma que eliminara este estado de cosas.

No sabemos con certeza si Conrado consiguió reformar la Iglesia; todo indica, sin embargo, que no hizo nada en ese sentido, pues empleó sus mejores energías en la lucha contra los herejes. De hecho, un gran número de personas pronto fueron señaladas como herejes. Conrado desató la represión contra poblaciones enteras. El Papa envió severas órdenes a los obispos alemanes, recomendándoles que aplicaran implacablemente sus órdenes de suprimir la herejía. Conrado, investido de plenos poderes, comenzó a actuar. Las víctimas caían por todas partes. Toda la población temblaba, aterrorizada por las persecuciones. Ninguna clase social podía dar nada por sentado. Una simple acusación bastaba para hundir a una familia en la desgracia. Conrado creía, o fingía creer, las historias más estúpidas, aprovechando el menor pretexto para llevar al acusado a la hoguera o a la cámara de tortura. Fue tan bárbaro, tan brutal, cometió tantos excesos, que los arzobispos de Treves y Colonia le aconsejaron que actuara con más prudencia y moderación en el ejercicio de una función tan importante para la Iglesia. Pero Conrado no les hizo caso y siguió cometiendo todo tipo de actos de violencia.

En 1232, basándose en una simple denuncia, acusó de herejía a los condes de Arnsberg, Looz y Sayu, de la diócesis de Treves.

Sin duda deseaba imitar y superar a los inquisidores de Languedoc, que habían logrado humillar a los poderosos condes de Tolosa. Pero Conrado no comprendía que tenía ante sí en Alemania una situación muy diferente de la que existía en Francia en la época en que los inquisidores de Languedoc habían humillado a los condes. En Francia, en aquella época, la centralización del poder político y la dependencia de los señores feudales progresaban sin cesar. En Alemania se producía el fenómeno contrario: los privilegios de los príncipes y condes aumentaban sin cesar. El poder del rey, en cambio, disminuía sin cesar. Por tanto, el rey no podía actuar contra los señores feudales como había hecho el rey de Francia contra los condes de Tolosa.

En lugar de dejarse intimidar por la acusación de Conrado, los condes de Arnsberg exigieron que el arzobispo de Moghentia convocara un concilio

para resolver el asunto. Como los condes de Arnsberg eran señores poderosos, el rey Heinrich y un gran número de príncipes y arzobispos respondieron a la invitación. De este modo, la asamblea convocada en julio de 1233 se asemejó más a un Reichstag que a un concilio eclesiástico. El conde de Sayn se declaró inocente y dispuesto a demostrar la falsedad de la acusación formulada contra él. El inquisidor Conrad comprendió enseguida que su misión había terminado. Los testigos que presentó no declararon nada o dijeron que sólo habían apoyado la acusación porque temían la persecución del inquisidor. El Consejo se convirtió entonces en un tribunal contra Conrado. La resolución final del caso se pospuso y el concilio decidió enviar un informe al Papa.

Desesperado por su fracaso, Conrado se retiró del concilio y salió a las calles de Moghurtia predicando una cruzada contra los herejes. Luego se dirigió a Marburgo, donde vivía. Pero no llegó a esa ciudad. El 30 de julio de 1233, un grupo de nobles que le esperaba en el camino se abalanzó sobre él y lo asesinó. Toda Alemania respiró aliviada, como se respira tras la muerte de un tirano monstruoso.

En 1248 los herejes celebraron una gran manifestación en Schwabisch Hall, sin ser importunados. El movimiento valdense había ganado numerosos adeptos en la diócesis de Passau, que abarcaba todo el este de Baviera y el norte de Austria (Bohemia y Estiria). Los valdenses tenían cuarenta y una escuelas o comunidades en esta diócesis, la mayoría de ellas situadas en las ciudades. Casi todos los valdenses eran campesinos o artesanos. En esta región, a finales del siglo XIII, el movimiento sufrió terribles represalias por parte del Tribunal Inquisitorial. Después, durante un siglo, la historia dejó de hablar de los valdenses. En esa época, la Iglesia estaba ocupada con la guerra de exterminio emprendida contra los *beguinos* y los *beguardianos*, cuyo número había aumentado considerablemente.

En 1390, más o menos, muchos valdenses de Moguncia, encarcelados en la prisión episcopal, sufrieron terribles torturas. En 1392, treinta y seis valdenses murieron quemados en Bingen. Al mismo tiempo, muchos valdenses fueron descubiertos y arrestados en Austria, Bohemia, Moravia, Polonia, Hungría, Baviera, Suavia, Estiria, Sajonia y Pomerania. Los valdenses, en 1315, poseían más de 80.000 adeptos sólo en Austria. Uno de los inquisidores, el dominico Arnaldo, fue asesinado en 1318 en Krenis. Veinte años más tarde, es decir, en 1338, los familiares de los valdenses perseguidos asesinaron a un gran número de inquisidores, junto con sus secuaces y compinches. En Stir, en el año 1397, fueron arrestados mil valdenses. De ellos, cien murieron en la hoguera.

A principios del siglo XIV, las *beguinas* y los *beguardos* comenzaron a ser perseguidos. En 1310, se reunieron dos concilios provinciales, uno en Treves y otro en Moghurtia, que adoptaron violentas medidas de represión contra ellos. En esta época, los beguinos y beguinas eran especialmente numerosos en la cuenca del Rin. Sus aliados se dirigían principalmente a las órdenes mendicantes reconocidas (dominicos y franciscanos). Los beguinos y beguinas discutieron públicamente con ellos. Parece que sacaron lo mejor de ellos, hasta el punto de que el general de la orden franciscana se vio obligado a enviar a Colonia en 1308 al mejor jefe de la orden, el franciscano Jean Duns Scott, para organizar la contrapropaganda. Pero Scott murió pronto. Las beguinas pudieron así continuar su agitación sin ser molestadas.

En París, las cosas tomaron un rumbo diferente. Allí, en 1301, la beguina Margarita Poretta de Hennegau fue quemada en la plaza pública, soportando heroicamente la prueba. El Papa Clemente V escribió muchas bulas contra esta secta, pero no fueron aplicadas hasta 1317, por su sucesor, Juan XXII. El clero cerró las casas de las beguinas y confiscó todos sus bienes. Expulsadas a la calle, pobres e indigentes, la mayoría de las beguinas se dedicaron a la prostitución. Pocos años después, las beguinas comenzaron a ser perseguidas en la diócesis de Moghurt. En 1317, el papa Juan XXII se lamenta en Estrasburgo de que no se hayan cumplido las órdenes de sus predecesores. En 1321, el mismo papa llamó la atención del clero mostrándoles que "ciertas regiones de Alemania están habitadas por un gran número de beguinas, que viven en común y llevan un hábito especial". En aquella ocasión afirmó que la conducta piadosa de tales personas era fingida, hipócrita. Por este motivo, el Papa Juan XXII volvió a reclamar la disolución de la secta.

A partir de 1320, las beguinas de Colonia comenzaron a sufrir violentas persecuciones. Su principal oponente era el arzobispo Heinrich de Colonia, el mismo que había denunciado a Eckhart. En 1325, muchos de ellos fueron juzgados por el tribunal eclesiástico de esa ciudad, porque, según el acta de acusación, difundían enseñanzas heréticas y predicaban el amor libre. De los acusados, unos cincuenta mantuvieron valientemente sus opiniones, por lo que fueron condenados y entregados al brazo secular, unos para ser quemados, otros para ser arrojados al Rin.

Pero de todos los juicios, el más sensacional fue el del holandés Lolard Walter, hombre de gran talento, que en sus discursos y escritos, redactados en lenguaje popular, mostraba, además de su vasta cultura, un gran talento para la persuasión. En 1327, año de la muerte de Eckhart, Walter fue arrestado y sometido a las más terribles torturas. Pero no vaciló ni un solo

instante. Con notable heroísmo, soportó las pruebas más dolorosas sin pronunciar una sola palabra ni decir un solo nombre. Condenado, esperó la muerte con imperturbable serenidad.

No vaciló, ni siquiera cuando fue quemado vivo en la hoguera. Parece que el propósito de todos estos juicios de Colonia era proporcionar el material que el arzobispo necesitaba para acusar a Eckhart y hacerlo quemar en la hoguera.

Con el tiempo, aunque desconocían por completo las ideas de Amalarico, los beguinos y los benedictinos adoptaron doctrinas muy similares a sus enseñanzas.

Otro hecho digno de mención: ciertos herejes, condenados como *beguardos*, pertenecían a la secta de los Hermanos del Libre Espíritu. Esta secta era panteísta y contraria a toda legislación y regulación social. Sus miembros se consideraban por encima del bien y del mal y querían vivir en libertad, sin sufrir ninguna forma de opresión.

Puede decirse que sus adeptos, en lo que respecta al movimiento herético, mantenían la misma distancia que, en la actualidad, separa al anarquismo del socialismo.

La corriente herética de la época que influyó más fuertemente en el misticismo alemán fue, según todos los indicios, la corriente anarquista panteísta que, como hemos visto, apareció por primera vez en París a principios del siglo XIII. Un tal Orthlieb, según algunos autores, fue quien llevó esta doctrina a Alemania. Las clases cultas adoptaron las nuevas ideas. Ya hemos visto que, en la doctrina de Amalrico, Dios está integrado en toda la naturaleza y actúa como una fuerza creadora, cuya influencia se ejerce sobre todos los seres del universo. El alma del hombre sería así una chispa divina. Por eso, según Amalrico, es una parte de la fuerza creadora que anima el mundo, y no la pobre criatura indefensa y malvada, como enseña la Iglesia. El hombre no necesita ni sacramentos, ni intermediarios especiales entre él y la divinidad, ni ceremonias o dogmas religiosos, ni ningún otro medio inventado para atemorizar a los creyentes. Siendo, como es, una partícula de la Divinidad, el alma vuelve a ella después de la muerte del cuerpo, pero sin pasar por esas fantásticas regiones de tormento que son el purgatorio y el infierno. El hombre necesita ser consciente de este hecho para sentirse parte integrante del Espíritu Santo. Una vez que haya tomado conciencia de su unidad con Dios, ya no podrá pecar, porque la naturaleza divina que existe en él impide el pecado. Para el que es puro, todo es puro. El que es puro tiene derecho a hacer lo que quiera porque todas sus intenciones nacen de una inspiración pura, divina. Un hombre puro está por encima de las leyes.

Los partidarios de Orthlieb se apoyaron en el apóstol Paulo, invocando el pasaje en el que éste, al luchar por liberarse de la ley del Antiguo Testamento, declara:

> "No hay nada censurable en los que viven en Jesucristo y no buscan la Materia, sino el Espíritu. Porque la ley del Espíritu que me hace vivir en Jesucristo me ha liberado de la ley del pecado y de la muerte."

Y más adelante

> "Si el Espíritu os gobierna, ya no estáis sujetos a la ley".

Y finalmente:

> "Todos deben saber que las leyes no se hicieron para los justos, sino para los que no son justos".

Tal concepción de la esencia de la ley podría no ser peligrosa para hombres como Eckhart. Pero podría llevar a hombres de rango inferior al individualismo más desenfrenado. Es posible que las enseñanzas de los Hermanos del Espíritu Libre, o de los partidarios de Orthlieb hicieran perder la cabeza y practicar excesos a muchas pobres beguinas y a muchas pobres beguinas. Es posible, pues, que la acusación de excesos sexuales, levantada por los tribunales de la Inquisición contra algunos herejes, tuviera cierto fundamento de verdad. Pero los errores que tal vez cometieron en este terreno deben atribuirse principalmente a la influencia de los amalricianos y a los discípulos de Ortlieb.

La doctrina de estos últimos y de los Hermanos del Espíritu Libre no tenía nada de comunista. Se oponían a la propiedad privada, pero no eran partidarios de la propiedad colectiva. Reclamaban pura y simplemente para sí la libertad de disfrutar de todos los bienes de la tierra, sin la obligación de ningún trabajo.

Hay puntos de contacto entre las enseñanzas de Eckhart y la doctrina de los Hermanos del Espíritu Libre. Pero las conclusiones de los primeros son diferentes.

Eckhart vivió siempre en pobreza apostólica, regocijándose inmensamente porque había logrado superar en sí mismo todos los deseos de naturaleza material. Sus más grandes discípulos, los místicos alemanes Heinrich Suss y Johann Tauler, también vivieron en la más estricta sencillez.

Estaban convencidos de que el hombre sólo podía unirse a Dios tras renunciar a todas las cosas transitorias. Su compatriota holandés Juan de Ruysbrock (12941381) propagó una doctrina similar.

Mientras que los Hermanos del Espíritu Libre, inspirados por la doctrina panteístaamalriana, llegaban a conclusiones anarcoindividualistas, los

místicos de la escuela de Eckhart propugnaban la pobreza apostólica o la vida cenobítica.

Gerald Groot de Deventer (13401348), discípulo de Ruysbrock, fundó la secta comunista de los Hermanos de la Vida Común, con la clara intención de luchar contra las ideas y prácticas de los Hermanos del Espíritu Libre. Pero Groot era completamente intolerante. Cuando la Inquisición extendió sus garras sobre el movimiento herético en Alemania, muchos Hermanos del Espíritu Libre se refugiaron en Holanda, donde esperaban encontrar asilo y vivir libres de persecución predicando sus ideas. ¿No había sostenido siempre Ruysbrock las mismas opiniones que él? Pero Groot los acusó públicamente de herejía y los persiguió con violencia fanática. Afortunadamente, su muerte prematura salvó a Alemania de los horrores de la Inquisición. La secta que había fundado se desarrolló bajo la dirección de sus sucesores. Los Hermanos de la Vida Común no estaban ligados por ningún voto, sino que vivían en comunidad de bienes y trabajaban de este modo. Se dedicaban al estudio de la teología, copiaban los manuscritos antiguos o se preparaban para las funciones eclesiásticas.

Estas comunidades se extendieron sobre todo por los Países Bajos y el norte de Alemania. En una de ellas, en Windesheim, estudiaron Tomás de Kempis, el célebre autor de la *Imitación de Cristo*, y Erasmo de Rotterdam, el gran humanista.

La comunidad de Magdeburgo acogió al joven Lutero durante un año.

Fin del 1er volumen

2º VOLUMEN

Tercera parte: Luchas sociales en la Edad Moderna
(Del siglo XIV al XVIII)

Capítulo I — El fin de la Edad Media

1. La decadencia del Papado y del Imperio

El Imperio Romano se derrumbó como consecuencia de la descomposición económica de la sociedad sobre la que descansaba, El final de la Edad Media, por el contrario, estuvo determinado por el florecimiento de nuevas fuerzas económicas. Los síntomas de la descomposición ya eran claramente visibles a finales del siglo XIV. Las dos grandes potencias mundiales de la época —el Imperio y el Papado, cuya rivalidad había llenado toda la Edad Media, se vieron sacudidas hasta sus cimientos por la aparición de un nuevo poder en el escenario histórico: el Estadonación y los príncipes soberanos. Dentro de estos dos organismos surgieron nuevos gérmenes. Estos gérmenes, a su vez, dieron origen a otros organismos económicos y culturales más pequeños pero más sobrios que empezaron a vivir de forma independiente. También trataron, mediante esfuerzos cada vez mayores, de desligarse de los organismos centrales. Estos nuevos centros de vida económica y cultural fueron las ciudades. Para resistir mejor la presión de las dos grandes potencias mundiales —el Imperio y el Papado, las ciudades, al principio, se aliaron a príncipes y reyes. A diferencia de lo que ocurrió en Italia, donde se enfrentaron tanto al Papado como al Imperio, en Francia, Inglaterra y Alemania las ciudades vieron en el Papado su principal enemigo. Durante estas luchas por la independencia, la literatura de los distintos países abandonó la lengua latina —hasta entonces la lengua universal— y desarrolló su propia lengua nacional. Tanto en Europa central como occidental, todos los grandes creadores de modismos nacionales eran antipapistas. Fue también en esta época cuando los estadistas comenzaron a aplicar una política nacional inspirada únicamente en los intereses de sus propios países. Los líderes de las distintas iglesias nacionales sentaron las bases de la Reforma,

especialmente en Inglaterra, Bohemia y Alemania. En Francia, el calvinismo desempeñó un papel similar. A este respecto, cabe señalar que fue un rey de Francia quien encarceló al jefe de la Iglesia y, por primera vez, sometió al clero a un poder laico. En el periodo comprendido entre los siglos XIV y XVIII, el Papa se encontró con la oposición no sólo de los Estados nacionales, sino también de los concilios eclesiásticos, que pretendían someterlo a su control.

Peor aún fue el destino reservado al Imperio. Podría decirse que murió de una verdadera inflación imperialista. En teoría, su acción se extendía aún sobre inmensos territorios, pero en realidad ya no poseía la menor parcela de autoridad política. Era inevitable, ya que el Imperio había olvidado por completo los intereses nacionales de los países que dominaba. Entregado por completo a sus sueños de hegemonía mundial, no prestó atención a la nueva economía, al naciente capitalismo de Alemania del Sur. Incluso parecía ignorar su existencia, salvo cuando necesitaba grandes capitales, que invertía únicamente en empresas extranjeras. Los elementos más enérgicos de la nación, los dirigentes de la nueva economía urbana, intentaron ampliar la esfera de sus relaciones comerciales, pero se vieron obligados a limitar su actividad al pequeño campo de las empresas municipales. Cuando por fin despertó en ellos el espíritu nacional, crearon ligas entre las ciudades y apoyaron al Emperador en sus luchas contra el Papa. Pero la política del Imperio, orientada únicamente hacia la hegemonía mundial, dispersaba la energía de las naciones y no permitía, por tanto, la menor concentración política. Tras la muerte de Luis de Baviera (1347), el Imperio se derrumbó poco a poco, convirtiéndose en nada más que una sombra de lo que había sido. Desapareció por completo de los horizontes nacionales, trasladando su sede a los confines orientales de su territorio, a Austria, Viena y Praga.

Había llegado el momento de que los príncipes soberanos cumplieran sus antiguas aspiraciones. Empezaron por reforzar su propia independencia con la fragmentación territorial de Alemania, destinada a durar tantos siglos, precisamente porque en aquella época el Estado nacional francés del Oeste se centralizaba cada vez más, formaba un ejército permanente y orientaba toda su política hacia la conservación de esta división de Alemania. Fue en esta situación cuando estallaron los graves conflictos internos y las luchas entre las clases, inevitables en todo momento cuando la sociedad está a punto de pasar de una etapa de desarrollo **a otra**.

2. El antagonismo social

La constante aparición de nuevas ciudades, el aumento de la población y el desarrollo del comercio y la industria dieron lugar a violentos antagonismos entre la burguesía y la aristocracia feudal. La nueva forma de producción, creada por los ghildes[3] y los gremios artesanos, se vio gravemente obstaculizada por el sistema feudal. No podía desarrollarse dentro de los límites de la antigua sociedad. La nueva economía trajo consigo la necesidad de la libre movilidad popular. Las nuevas relaciones económicas exigían la más amplia libertad de comercio, el derecho de cada persona a dedicarse al oficio que le pareciera mejor y a alquilar su fuerza de trabajo al propietario de cualquier empresa de producción. Pero el sistema feudal se basaba precisamente en restricciones, en el intercambio periódico de tierras o en la protección militar a cambio de determinados impuestos. Obligaba a la mayor parte de la población —los campesinos— a vivir eternamente ligada a las tierras de los señores medievales. Esta parte de la población carecía, por tanto, de la más mínima libertad de movimientos. Además, estaban obligados a pagar impuestos tan elevados a los señores que sólo podían comprar los productos de las ciudades con inmensas dificultades. Así pues, el sistema feudal no sólo impedía la afluencia de trabajadores a las ciudades, sino que también limitaba considerablemente la demanda de productos manufacturados. Todas las personas interesadas en el desarrollo de la economía urbana estaban naturalmente dispuestas a luchar contra el sistema feudal.

Pero este estado de cosas no sólo perjudicaba al trabajo y al consumo. La propia producción exigía una profunda transformación del régimen existente, ya que todas las materias primas necesarias para los oficios urbanos estaban en manos de los señores feudales, propietarios de los bosques, es decir, de la madera y los forrajes, así como del ganado, es decir, del cuero y la lana. El lino y el cáñamo, esenciales para la artesanía textil, también se cultivaban en las tierras de la nobleza. Los señores feudales, además, exigían el pago de impuestos por el tránsito de materias primas por los caminos y puentes dentro de sus fincas. Tenían así la posibilidad no sólo de obstaculizar el transporte, sino también de interrumpir por completo todas las comunicaciones. Este monopolio feudal de la fuerza de trabajo, las materias primas y los medios de comunicación pronto dio lugar a un profundo antagonismo entre la burguesía urbana y la clase feudal. Las ciudades eran evidentemente partidarias de la abolición del régimen feudal, basado en el apego de los campesinos a la tierra, es decir, la servidumbre.

[3] GHILDE — asociación que agrupaba, en ciertos países de Europa durante la Edad Media, a individuos con intereses comunes (mercaderes, artesanos, artistas) y tenía como objetivo proporcionar ayuda y protección a sus miembros. Fuente Oxford Languages (nota MIA)

Las ciudades eran un refugio para los campesinos fugitivos. Además, las ciudades eran un mercado de consumo de productos agrícolas gracias al cual la población campesina podía obtener los recursos necesarios para comprar su propia libertad, siempre que los nobles estuvieran dispuestos a cambiarlos por dinero. Ahora bien, los nobles necesitaban cada vez más dinero para mantener sus fuerzas armadas, su lujo y sus viajes. Estos gastos, además, habían aumentado considerablemente después de que los nobles, en las cruzadas, conocieran el mundo, sus placeres y sus encantos.

Parecía, pues, que los campesinos podían esperar días mejores. Pero, en realidad, estas circunstancias aparentemente favorables empeoraron su situación material y social. Cada vez más necesitada de dinero, la nobleza comenzó a explotar con mayor intensidad sus fuentes de ingresos habituales. Redobló su presión sobre los siervos, obligándoles a pagar mayores impuestos. Se apoderó de la propiedad de los municipios y reclamó la posesión exclusiva de los bosques, ríos, pastos y campos que, desde la antigüedad, se habían considerado propiedad colectiva de la comunidad. De este modo, la creciente población rural se quedó pronto sin medios de subsistencia. Las constantes reducciones de la superficie cultivada no pudieron evitar que un gran número de campesinos se quedaran sin tierra.

Esta situación provocó una fermentación progresiva en el campo, que se extendió a toda Europa occidental y central a partir del siglo XIV y fue adquiriendo proporciones revolucionarias. Los campesinos empezaron a reclamar la restauración de la comunidad rural y la vuelta a la democracia aldeana primitiva.

Esta situación se vio agravada por los conflictos que surgieron en las propias ciudades entre las distintas capas de la población. La agricultura había dado origen a la aldea. El comercio y la industria construyeron las ciudades. De éstas, las que se habían convertido en sede de asambleas administrativas o eclesiásticas y las situadas en las encrucijadas de las vías de comunicación se convirtieron en centros comerciales e industriales. Pero como la tierra en la que estaban situadas pertenecía a los señores feudales, se vieron obligados a comprar su libertad y el derecho a administrarlas ellos mismos. Esto no ocurrió sin lucha. Los comerciantes y artesanos se agruparon en sus ghildes y corpsrations. Estos últimos trabajaban para sí mismos o para sus clientes, y desempeñaban el papel de cooperativas de consumo al limitar la competencia y fijar precios y salarios. En un principio, hasta finales de la primera mitad del siglo XIV aproximadamente, las relaciones entre amos y compañeros eran generalmente buenas. Ya en la segunda mitad de ese siglo, empezaron a

surgir conflictos entre maestros y compañeros, incluso huelgas, en determinados gremios. Es cierto que estas huelgas aún no tenían carácter de antagonismo de clase. Los conflictos entre los maestros que se habían enriquecido y sus colegas más pobres eran sin duda mucho más graves. Las viejas familias se apoderaron poco a poco de todos los puestos administrativos. Formaban el patriciado, del que procedía el consejo, y el cuerpo legislativo; mientras tanto, las demás familias se veían privadas del derecho de voto. Durante el siglo XIV se produjeron grandes luchas electorales, que a veces acabaron con la victoria de los elementos democráticos. Estas batallas políticas fueron adquiriendo un carácter social, entre otras cosas porque el desarrollo de la economía privada dividía cada vez más a la población en dos facciones enfrentadas: los terratenientes y los no propietarios. Las regulaciones de las corporaciones no pudieron evitar los violentos conflictos sociales. Tras las primeras revueltas campesinas del siglo XIV, en todas partes los sectores más pobres de la población urbana apoyaron las luchas campesinas. Incluso puede decirse que bajo el epígrafe general de "guerras campesinas" se incluyen todos los levantamientos de las masas industriosas de la época. Tales levantamientos recibieron el nombre de guerras campesinas porque la población rural, en la mayoría de los casos, era el elemento principal de las revueltas. Más adelante veremos que el deseo de reforma y las reivindicaciones comunistas, aunque casi siempre manifestadas bajo una apariencia religiosa, también desempeñaron un papel apreciable en todos estos movimientos. Ello se debió unas veces a que los teóricos del movimiento pertenecían al clero, y otras a que, como particularmente en la Reforma, el movimiento se dirigía directamente contra la Iglesia.[4]

[4] Explicación superficial e insuficiente. La forma en que se manifiesta cualquier movimiento social debe explicarse, no por la personalidad de sus teóricos, ni por la institución contra la que se dirige el movimiento, sino por su propia ideología. Es evidente que, en una época en la que la religión era la ideología dominante, en una época en la que la ciencia no existía aún como dominio independiente de la religión, todo movimiento, cualquiera que fuera su naturaleza, debía necesariamente manifestarse en forma religiosa. (Nota de Marcel Ollivier).

Capítulo II — Las revueltas campesinas

1. La insurrección de Flandes

El pueblo flamenco, en su mayor parte de origen germánico, era uno de los más combativos de Europa occidental. Nadie luchó con más ardor que ellos en defensa de sus libertades. Los tratados de Verdún (43) y Mersen (870), que dividieron el imperio de Carlomagno, pusieron a Flandes bajo el dominio de Carlos el Calvo, y en su parte surgió más tarde el núcleo del futuro Flandes. Como todos los demás vasallos de la Corona francesa, los margraves de Flandes aprovecharon la debilidad de los carlovingios para independizarse. Cuando los Capetos llegaron al poder e iniciaron su política de centralización, intentaron enérgicamente estrechar los lazos entre Flandes y Francia. Esto provocó violentos conflictos entre los reyes de Francia y los condes de Flandes.

La división de la sociedad flamenca en clases agravó aún más este antagonismo político. El desarrollo de la producción y el comercio de paños en Flandes y el progreso de ciudades como Brujas, Gante, Ypres, Cassel, Furnes, etc., dividieron a la población urbana en clases antagónicas: patricios, burguesía media y proletariado. En el campo, los aldeanos, tras liberarse de las cargas feudales comprando su propia emancipación, se convirtieron en pequeños propietarios. Al mismo tiempo, en el noroeste del país, donde la feudalización no se había consolidado, el número de campesinos libres aumentó rápidamente. La prosperidad de las ciudades mejoró la situación material de los campesinos, que les suministraban las materias primas y los alimentos necesarios. Los campesinos pronto se rebelaron contra las pretensiones y privilegios de la nobleza que, aprovechando su posición política y social, quería restablecer los antiguos impuestos y beneficios que habían sido abolidos con la supresión del sistema feudal. Los patricios y nobles, menos numerosos que los artesanos y campesinos, buscaron el apoyo de la Corona francesa. Por regla general, se pusieron del lado de Francia. Los campesinos y artesanos, es decir, las clases trabajadoras de la población, en cambio, eran partidarios de la independencia y apoyaban la lucha de los condes de Flandes contra Francia. Algunos historiadores describen estas calamidades como la expresión de un supuesto antagonismo entre las razas germánica y latina. En realidad, sin embargo, se trataba simplemente de una lucha de clases, que pronto adquirió un carácter nacional debido a la intervención de las ambiciones dinásticas.

A finales del siglo XIII, las relaciones entre Francia y Flandes se volvieron extremadamente tensas. Poco después estalló la guerra. Felipe el Hermoso, rey de Francia, invadió el país al frente de un ejército. Tras varias alternativas, esta guerra terminó con el vergonzoso tratado de Athis (1304). La población se vio obligada a pagar elevados impuestos a los vencedores. Los nobles y patricios franceses organizaron "comisiones de reparación", apoyadas en todo por el gobernador francés, Santiago de Chatillon. Y la población gemía bajo las pesadas contribuciones que se le imponían. De vez en cuando estallan revueltas esporádicas contra este estado de cosas. En 1323, finalmente, la ciudad de Brujas enarboló el estandarte de la insurrección general. La lucha duró hasta 1328. Los campesinos libres del oeste de Flandes y los terratenientes de la parte occidental del país se sacrificaron inmensamente en esta primera guerra de liberación del pueblo trabajador de Europa. Brujas, Cassel, Ypres estaban del lado de los campesinos. Gante, del lado de los nobles y patricios. Los campesinos tenían al Papado y al Rey de Francia en su contra al mismo tiempo. El Papa excomulgó a los rebeldes. El rey de Francia organizó ejércitos para combatirlos en defensa de los intereses de los nobles y patricios, y rompió toda relación comercial con las regiones insurrectas.

Las crónicas de la época no proporcionan información suficiente para afirmar con certeza si la insurrección se basaba en reivindicaciones religiosas o sociales. Pero las protestas y quejas de los insurrectos demuestran que las masas trabajadoras luchaban contra la explotación y la opresión de las clases dominantes y querían abolir todas las fuentes de ingresos que no fueran el trabajo. El campesino Nicolas Zanekin y el artesano de Brujas Jacob Peyt fueron los principales líderes del movimiento. Zanekin acusa a las clases dirigentes de despreciar las viejas costumbres y tradiciones del pueblo flamenco. La propaganda de Peyt tenía un contenido más herético y social. Peyt combatió enérgicamente a los ricos y a la Iglesia. En su opinión, todo aquel que no se pusiera claramente del lado del pueblo debía ser considerado su enemigo y tratado como tal. Dirigiéndose a los representantes de las clases dominantes, Peyt dijo: "Os preocupáis mucho más por los intereses de los príncipes que por el bienestar de la comunidad, que, sin embargo, os proporciona todos los medios de subsistencia". Peyt aconsejó al pueblo despreciar la excomunión del Papa, no reconocer al clero y adorar sólo a Jesús, el perseguido y crucificado. Sólo los mandamientos de Jesús, según Peyt, debían ser obedecidos. Este líder rebelde fue finalmente asesinado a traición por sus enemigos en la ciudad de Furnes. Pero el pueblo le rindió homenaje póstumo y veneró su memoria, sobre todo después de que el clero lo declarara hereje quemando sus restos.

Al principio, los insurgentes obtuvieron brillantes victorias. Todo el país parecía estar de su lado. Pero las intrigas de los nobles y patricios refugiados en Francia llevaron a los reyes de Francia, Carlos IV (132-128) y Felipe de Valois (1328-1350), a organizar una expedición armada contra los rebeldes que, según ellos, "amenazaban con subvertir el orden social". Poco después de su ascenso al trono, Felipe de Valois reunió fuerzas considerables y marchó a Flandes a través de Arras en junio de 1328. Con la ayuda de las tropas que Gante puso a su disposición, derrotó a los insurgentes en Cassel (28 de agosto de 1328). Unos 9.000 campesinos y artesanos cayeron en el campo de batalla. Tras esta derrota, las ciudades sublevadas se rindieron incondicionalmente. Los nobles flamencos y franceses tomaron represalias de increíble crueldad contra los supervivientes, sin perdonar ni siquiera a mujeres y niños. Gracias a severas medidas represivas, como la confiscación de los bienes de los rebeldes muertos durante la lucha, la ejecución sumaria de sus líderes y la imposición de fuertes contribuciones de guerra, los vencedores consiguieron frenar temporalmente las luchas de la población flamenca. En octubre de 1328 se había restablecido el orden y el Papa aprobó —aunque a regañadientes— la suspensión de la excomunión que había impuesto sobre Flandes.

2. La "Jacquerie

Con la victoria de Felipe de Valois sobre Flandes, los antagonismos económicos, que más tarde provocarían la guerra entre Francia e Inglaterra, se hicieron aún más profundos. La guerra francobritánica comenzó en 1339 y duró, con algunas interrupciones, casi un siglo. Inglaterra, principal consumidora de lana flamenca, tenía considerables intereses en el comercio de paños de aquel país. Como, además, estaba sumamente interesada en su prosperidad comercial, no veía con buenos ojos las pretensiones francesas en Flandes. Después de que el rey de Francia derrotara a la población insurgente en la batalla de Cassel y se apoderara del país, aumentó el descontento de Inglaterra. Eduardo III (1327-1377), rey de Inglaterra, que inauguró la política económica naval del país, se presentó como pretendiente a la corona de Francia. En 1328 murió Carlos IV, el último capeto. Su sucesor fue Felipe, descendiente de los Valois, pequeña familia real de los Capetos. Eduardo III, nieto de Felipe el Hermoso, también pertenecía a la casa de los Capetos. Este fue el pretexto de la llamada Guerra de los Cien Años, durante la cual Inglaterra sentó las bases de su poder naval y económico. Fue también durante esta guerra

cuando Francia, tras los fracasos iniciales, transformó completamente su ejército. Pero antes de la lucha armada, hubo intrigas y acuerdos diplomáticos de todo tipo. Eduardo III, cuñado del emperador Luis de Baviera, intentó pactar con Alemania. Pero no consiguió lo que quería. Sólo obtuvo un acuerdo con las ciudades flamencas, que le reportó enormes ventajas, tanto desde el punto de vista militar como económico. La guerra no cambió en nada las situaciones respectivas de ambos países. Al final, las victorias y las derrotas dieron sus frutos. Y, como de costumbre, fue sobre las espaldas de los trabajadores donde recayó la mayor carga de las consecuencias de la guerra, en ambos bandos.

Tras varios años de preparativos militares e intrigas diplomáticas, el rey Eduardo III declaró la guerra a Francia en 1339. Al año siguiente se libró la gran batalla naval de Sluys (puerto de Brujas).

La batalla duró un día entero. La intervención de la flota flamenca inclinó finalmente la balanza a favor de los ingleses. La flota francesa fue completamente destruida y hundida con sus 20.000 tripulantes. Flandes se vengó así de Felipe VI de Valois.

En 1346, en la batalla de Grécy, los arqueros ingleses destruyeron la mayor parte de la caballería francesa. Al año siguiente, los ingleses tomaron la ciudad de Calais, que permaneció en su poder durante más de dos siglos. En 1356, el ejército inglés derrota al francés, cinco veces superior en número, en la batalla de Poitiers. El rey Juan el Bueno fue encarcelado y llevado de vuelta a Inglaterra.

Todas estas guerras, con sus derrotas, saqueos y desvastaciones, desmoralizaron por completo a la nobleza y sumieron a la esforzada población del norte de Francia en la más asombrosa miseria. Como consecuencia, la realeza perdió mucho prestigio. Las ciudades, que hasta entonces habían sido el apoyo más sólido de la Corona, trataron de independizarse. Bandas de bandoleros, bien organizadas y a menudo dirigidas por nobles arruinados, recorrían el país, saqueando y arrasando todo a su paso. El bandolerismo se convirtió en una profesión lucrativa. Y, por si todo esto fuera poco, los señores feudales decidieron privar a los campesinos de sus últimos recursos. La nación se vio entonces sacudida por una oleada de revueltas.

La capital dio la señal de insurrección. En 1357, los gremios de comerciantes y artesanos, dirigidos por un hombre de gran valía, Etienne-Marcel, arrancaron al heredero del trono (el delfín) un decreto que transferiría el poder gubernamental de la Corona a los Estados. Pero este decreto quedó en papel mojado porque los dos estados privilegiados, la nobleza y el clero, no querían apoyar a la burguesía. Cuando el malestar

crecía en París, el campo se sublevó. En el mes de mayo de 1358 estalló una revuelta en Compiege, que pronto se extendió a toda la región entre París y Amiens. La población laboriosa de las ciudades simpatizó con el movimiento. El propio Etienne-Marcel se unió a los líderes de la insurrección y trató de dirigirla para abolir para siempre la dominación de la nobleza desmoralizada, incapaz y rapaz.

Esta insurrección, que recibió el nombre de "Jacquerie" (los nobles llamaban a los campesinos: los Jacques), fue una revuelta espontánea y elemental de los campesinos explotados y oprimidos contra los opresores. No estaba determinada por la idea de libertad o igualdad. No estaba influida por ninguna tendencia herética o social. Puede decirse que, en la primera mitad del siglo XIV, la misión de la Inquisición en Francia ya estaba cumplida. De hecho, a pesar de la miseria y las injusticias reinantes en el país, entre las masas campesinas y la población industriosa de las ciudades, ya no había revolucionarios ni herejes, ni siquiera reformadores capaces de orientar el descontento de las masas hacia una transformación violenta del régimen vigente. Algunos representantes de la burguesía reclamaban libertades burguesas. Pero nadie les hizo caso. La nobleza, por su parte, aunque incapaz de luchar contra el enemigo exterior, aún poseía fuerzas suficientes para reprimir las revueltas internas. Las clases dominantes, aunque desmoralizadas, disponen siempre de fuerzas y energía suficientes, sobre todo cuando están vinculadas al poder militar o identificadas, para someter a los levantamientos populares desorganizados, sobre todo porque, tras las victorias iniciales, raramente mantienen a su cabeza a líderes capaces de dirigir el movimiento, haciéndolo obedecer a un plan general.

Los "jacques" no sentían la menor simpatía por los nobles. Llevaron a cabo crueles represalias contra ellos. Pero los nobles pasaron rápidamente a la ofensiva. El movimiento no fue más allá de la región entre París y Amiens. En la tercera semana de junio, gracias a la ayuda que recibieron de la Corona, los nobles estaban en condiciones de pasar a la ofensiva. Entonces libraron dos grandes batallas con los insurgentes, la primera en Meaux y la segunda en Clermonten-Beauvoisis. Los campesinos, escasos de armas, sucumbieron por millares. La "Jacquerie" duró sólo cinco semanas, del 21 de mayo al 24 de junio de 1358. Los nobles reprimieron el movimiento rebelde con una crueldad asombrosa. "Los propios ingleses, los mayores enemigos de la Corona", afirma una crónica de la época, "no habrían actuado con la atrocidad que los nobles emplearon contra los campesinos". El delfín Carlos, gracias a una traicionera estratagema, consiguió atraer al jefe campesino, Guillermo Calle, a París. Le convocó para la conclusión de un armisticio. Guillermo Calle aceptó la invitación. Pero fue arrestado y

asesinado lentamente, tras horribles torturas. Antes de decapitarlo, el delfín lo coronó rey de los campesinos colocándole un trípode incandescente en la cabeza. Todos los pueblos situados entre el Oise, el Sena y el Marne fueron arrasados. La venganza de los nobles no perdonó ni a las mujeres ni a los niños. Jacquerie se ahogó en sangre.

Capítulo III — Las insurrecciones campesinas en Inglaterra

1) Luchas nacionales; luchas sociales y religiosas

En Inglaterra, Bohemia y Alemania, la transición de la Edad Media a la Edad Moderna se realizó mediante una larga serie de luchas religiosas, sociales y nacionales. Las luchas religiosas desembocaron en la Reforma. Las luchas sociales se manifestaron en forma de revueltas campesinas. Por último, las luchas nacionales desembocaron en guerras exteriores, como las que enfrentaron a Inglaterra y Francia o a Bohemia y Alemania.

Los principales líderes de estos movimientos fueron Juan Wiclef en Inglaterra, Juan Huss en Bohemia y Martín Lutero en Alemania. Wiclef era el único comunista y el más sabio de los tres. Poseía un profundo conocimiento de la ciencia de su tiempo: la escolástica y la teología.

Huss era un hombre enérgico, pero de escaso valor intelectual. Sus acciones estaban inspiradas por Wiclef. De hecho, estaba más preocupado por las reformas religiosas y políticas que por la instauración del comunismo. Por último, Lutero era un hombre de extraordinaria fuerza de voluntad, un luchador nato y, sobre todo, un hombre de gran integridad moral. Era el tipo del nacionalista alemán: una curiosa mezcla de sensualismo y puritanismo, una energía fogosa atemperada por la moderación con conservadurismo, un espíritu extremadamente concienzudo y al mismo tiempo acosado por fases de impotencia intelectual, que le llevaban a aferrarse desesperadamente a cualquier forma de autoridad. En Lutero ya no se encuentra el menor rastro del pensamiento social de la Edad Media.

Los tres jefes se habían visto obligados, a regañadientes, a participar en las luchas sociales de la época: Wiclef, en la insurrección campesina de 1831 en Inglaterra; Huss, en las guerras "husitas" (1419-1436); y Lutero, en la guerra de los campesinos alemanes (1524-1525).

Las notables similitudes entre estos diferentes movimientos, la íntima fusión de las luchas religiosas y sociales nacionales en estos tres países, son una sorprendente demostración de que el desarrollo histórico está sujeto a leyes estrictas. Desde el punto de vista cronológico, fue Inglaterra la que encabezó el movimiento. Puede decirse que Wiclef fue el verdadero pionero de los Tiempos Modernos en los ámbitos religioso y nacional. Pero

en cuanto a la violencia, extensión e intensidad de la lucha, Bohemia y Alemania superaron con creces a Inglaterra.

2. La situación económica y social en Inglaterra

A principios del siglo XIII comenzaron a manifestarse en Inglaterra nuevos factores económicos y sociales. En aquella época, un gran número de pueblos y ciudades se habían hecho famosos por sus actividades industriales y comerciales. Eran mercados que absorbían los alimentos del campo y, al mismo tiempo, abastecían los productos que consumía la industria textil de Flandes. La industria textil progresaba mucho. Este desarrollo industrial no podía dejar de repercutir en la estructura de la sociedad. A medida que aumentaba el valor de los productos agrícolas, los señores feudales, laicos y eclesiásticos, ampliaban progresivamente sus dominios absorbiendo las tierras comunales, que reclamaban casi en su totalidad como propiedad exclusiva. De este modo, las comunidades rurales fueron perdiendo su situación anterior. Los campesinos, que antes poseían tierras, se vieron gradualmente reducidos a la condición de siervos. Estas violaciones de los derechos de los campesinos se produjeron precisamente en un momento en que su situación económica empezaba a mejorar. Como miembros de la comunidad rural, los campesinos podían intercambiar sus cereales y hortalizas por dinero o productos industriales. Como también eran jornaleros agrícolas, cobraban salarios elevados. Este antagonismo se vio agravado por la peste negra, epidemia que estalló en 1319 y diezmó a gran parte de la población industriosa, provocando una gran demanda de mano de obra. Para evitar que los trabajadores aprovecharan la situación para reclamar salarios más altos, el gobierno, es decir, el Parlamento, dominado por la nobleza, creó en 1350 una ley excepcional que redujo los salarios al nivel pagado en 1348. Esta ofensiva contra los salarios provocó un enorme descontento entre la población trabajadora, descontento que pronto adquirió un carácter revolucionario. La izquierda franciscana y los iolardos, que habían emigrado a Inglaterra desde Flandes para escapar de las persecuciones de la Iglesia, junto con algunos sacerdotes herejes, se pusieron del lado de los campesinos y comenzaron a difundir entre ellos las enseñanzas del cristianismo primitivo y del derecho natural.

3. Los disturbios revolucionarios

En el siglo XIV había, entre la población campesina y, en general, entre la industriosa población de Inglaterra, un gran número de oradores y agitadores. Fue en esta época cuando aparecieron las primeras traducciones de la Biblia al inglés. Los escritores ya no escribían en normando ni en latín. Preferían el lenguaje del pueblo. Los escritores más notables de este periodo fueron el poeta Geoffroy Chaucer y William Langland, autor de Pedro el Campesino. El primero era el poeta de las clases dominantes, el segundo era el poeta de los campesinos libres. Anticomunistas ambos, escribían, a pesar de sus ideas, en la lengua del pueblo. Los discursos y escritos de estos agitadores han llegado hasta nuestros días de forma bastante fragmentaria, con la única excepción de las obras en latín de Wiclef. La Universidad de Oxford fue el centro de la agitación e irradió las doctrinas heréticas al campo. Todo indica que la base de toda la agitación era la ética social del cristianismo primitivo y los Doctores de la Iglesia. Las palabras de Langland confirman esta hipótesis: "Predican las ideas de Platón y, citando a Séneca, dicen que todo lo que hay bajo el cielo debe ser común". Y luego Langland pregunta: "Si, según las Sagradas Escrituras, todo debe ser común, ¿cómo podría Dios en sus Diez Mandamientos condenar el robo? Para que haya robo, es indispensable la existencia de la propiedad privada. La propiedad privada demuestra que la agitación comunista se llevó a cabo con gran intensidad.

Pero sin duda, fueron las obras de John Wiclef, las que ejercieron una mayor influencia, no sólo en Inglaterra, sino también en otros países.

4. John Wiclef

John Wiclef ocupa un lugar destacado entre los hombres que prepararon intelectualmente la transición de la Edad Media a la Edad Moderna. Fue el verdadero pionero de la Reforma y de la resistencia nacional contra la dominación de la Iglesia. Sin embargo, en el ámbito económico, las concepciones de Wiclef seguían saturadas de ideas medievales. Además, era partidario de la economía colectiva y se oponía a la economía privada. Wiclef estudió teología en Oxford y asimiló toda la ciencia escolástica y teológica de su época. Estuvo muy influido por las obras de Ocam. Lo que Occam había hecho en el escenario histórico de Europa, Wiclef intentó hacerlo en Inglaterra durante el periodo comprendido entre 1360 y 1380, es decir, intentó liberar a Inglaterra de la dominación papal, justificar la existencia del reinado inglés y propugnar una economía colectiva destruyendo la economía privada. Se propuso, pues, resolver un doble problema: 1) liberar al Estado inglés de la dominación papal y trabajar por

la independencia del poder central en Inglaterra; 2) defender a las comunidades rurales de las ambiciones de la nobleza y de la Iglesia.

Si no hubiera defendido al mismo tiempo los derechos de las comunidades rurales, es decir, si no hubiera hecho una defensa teórica del comunismo, la propaganda a favor de la pobreza evangélica (es decir, a favor de la pobreza de la Iglesia) habría sido en realidad propaganda a favor de la confiscación de los bienes del clero por el poder temporal (reyes, nobleza, ciudades). Es evidente, pues, que sin defender a las comunidades rurales, Wiclef podía ganarse las simpatías de estas fuerzas. De hecho, el poder temporal adoptó la tesis de que la Iglesia no debía poseer ningún bien material, en otro sentido, es decir, que la Iglesia debía renunciar a todos sus dominios en favor de la Corona y de la nobleza. Fue también en este sentido en el que muchos reformadores, como Juan Huss, agitaron esta reivindicación, sin defender ni el comunismo ni los derechos de los campesinos. Otros, como Lutero, se pronunciaron abiertamente contra el comunismo y los derechos de la población rural, y por ello contaron con el apoyo de la nobleza, evidentemente interesada en la confiscación de los bienes del clero para su propio beneficio. Pero Wiclef se comportó de otra manera. Por eso, en cuanto los nobles conocieron sus intenciones, le retiraron el apoyo que le habían prestado inicialmente. La reforma religiosa y económica propugnada por Wiclef le llevó a luchar al principio sólo contra la Iglesia, y después tuvo que luchar también contra la nobleza. Durante la lucha contra la Iglesia, Wiclef se convirtió en hereje y comenzó a atacar los sacramentos, la confesión, las indulgencias y el culto a los santos. Algunas de sus tesis fueron condenadas por el Papa Gregorio XI (1377) y declaradas heréticas por el Sínodo de Lyon (1382). Pero su defensa del comunismo no abandonó el terreno teórico, y su lucha por los derechos comunales no fue en última instancia más que la defensa del reino social. Tras la insurrección campesina de 1381, Wiclef se acentuó. Ya no afirmó categóricamente sus convicciones comunistas como antes. Sus discípulos siguieron el ejemplo del maestro y a partir de entonces ya no intentaron atacar la propiedad privada de los laicos. Su propaganda se limitó a pedir al Papa y a la Iglesia que renunciaran a toda posesión material y a afirmar que los sacerdotes y los monjes debían obtener sus medios de subsistencia organizando actividades económicas colectivas.

Wiclef se enfrentó a grandes dificultades cuando buscó la solución teórica de las tareas que se había propuesto. La teología de la Edad Media estaba bajo la influencia de las tradiciones del derecho natural y de las concepciones de Gregorio de Naziancio, según las cuales el reino se originaba en el pecado. Los teólogos de la Baja Edad Media se esforzaron por liberar a la realeza y al Estado de este infame estigma. Ya hemos visto

cómo Tomás de Aquino, así como Marcilio de Padua y Guillermo de Occam, se esforzaron en este sentido.[5] La explicación de Tomás de Aquino tiene un carácter conservador, mientras que la de Marcilio de Padua y Guillermo de Occam es más democrática. Según el primero, el Estado se adapta al carácter actual del hombre y al desarrollo general de la sociedad. Según los otros dos, el reinado sólo es legítimo cuando se erige sobre la voluntad del pueblo. Wiclef no adoptó ninguna de estas dos tesis. Para él, el reinado era siempre pecado; y dejaría de serlo sólo después de llevar a cabo una gran actividad reformista y comunista, después de proteger a las comunas rurales de cualquier ataque extranjero. En otras palabras: Wiclef admitía que el reinado sólo podía ser legítimo cuando se aliaba con el comunismo. Para Wiclef, el comunismo era la mejor base para construir el poder nacional. Por esta razón, defendió las ideas comunistas de Platón frente a los ataques de Aristóteles:

> "El comunismo —dijo— no se opone al cristianismo. Los apóstoles poseían todo en común. El comunismo es superior a la economía privada, del mismo modo que las verdades generales son superiores a las particulares". Sin duda, Aristóteles combatió la doctrina comunista de Platón. Pero sus objeciones no son justas, salvo en lo que se refiere a la comunidad de mujeres. En lugar de debilitar al Estado, el comunismo, por el contrario, lo fortalece, porque cuanto más se interesen los ciudadanos por la propiedad, más se interesarán por el bienestar general. La comunidad de intereses crea unión; y la unión hace la fuerza".

Pero, según Wiclef, el comunismo sólo podría instaurarse mediante medidas morales, a través de la educación del pueblo, y nunca mediante la revuelta o la violencia.

La existencia de la propiedad privada, en opinión de Wiclef, sólo podía justificarse por la virtud, por el estado de gracia. Pretendía que, mientras estuviese en estado de pecado, ningún mortal podía tener derecho a la propiedad.

Esta doctrina, que está en armonía con la de San Agustín, es mucho más revolucionaria de lo que podría parecer a primera vista. Los agitadores campesinos podían concluir fácilmente que los nobles, injustos y pecadores, no tenían derecho a la propiedad. En consecuencia, la expropiación violenta de los bienes de la nobleza podía considerarse una práctica virtuosa.

---

[5] En la segunda parte de esta obra: Las luchas sociales en la Edad Media.

Esta era la tesis de John Bali, el tribuno de la insurrección campesina en Inglaterra.

5. Juan Bali

Según una tradición, que sólo tiene visos de verdad, John Bali fue discípulo de Wiclef. Los escritores e historiadores contemporáneos se limitan a decir que Bali era un famoso predicador que mezclaba peras con manzanas. Los temas que solía utilizar en sus discursos eran la libertad, la igualdad, la democracia y el comunismo.

Volviendo al pasado, al estado primitivo de la humanidad, Bali se preguntaba:

Si Adán araba, Eva hilaba,

¿Dónde, entonces, el gentil-hombre?

Bali también abogaba por el estado de naturaleza, en armonía con las enseñanzas de la ley natural. En principio", decía, "todos los hombres eran iguales. Las relaciones entre amos y siervos fueron creadas por la voluntad de hombres inmorales opresores, que contradecían así la voluntad de Dios. Ya es hora de liberar a la humanidad del yugo de la esclavitud. Si las masas populares lo desearan, podrían liberarse inmediatamente. La vida social puede compararse a un campo. El agricultor inteligente arranca las malas hierbas para que germinen las buenas semillas. Pero las personas mayores, los abogados, los jueces, son precisamente las malas hierbas que chupan la savia de todas las fuerzas sociales. Por eso es necesario limpiar el suelo social. Sólo así los campesinos podrán recoger los frutos de sus campos y alcanzar la felicidad. Ese día, todos los hombres serán libres.

Un cronista francés de la época, Froissart, cortesano y adversario de los campesinos que, al describir la Historia de la "Jacquerie" la calumnió y tergiversó, nos ofrece en uno de sus escritos algunos pasajes de un discurso de Jean Bali. He aquí lo que Froissart nos dice al respecto (no hay que olvidar que Froissart vivió mucho tiempo en Inglaterra y que, por tanto, pudo observar a placer las condiciones de vida de los ingleses).

¡Queridos amigos! ¡Las cosas en Inglaterra van de mal en peor! ¡Y nada podrá mejorar mientras no se instituya la comunidad de bienes, mientras no se supriman todas las diferencias entre amos y criados, mientras no reine la igualdad entre los hombres! ¿En nombre de qué derecho nos oprimen aquellos a quienes llamamos amos? ¿Qué han hecho para ello? ¿Por qué nos subyugan? ¿No descendemos todos del mismo padre y de la misma madre? ¿No descendemos todos de Adán y Eva? ¿Cómo pueden

decir o demostrar que tienen más derechos que nosotros? ¿No somos nosotros los que producimos todo lo que ellos consumen? Visten lujosamente. Visten túnicas de seda, púrpura o piel. ¡Y nuestras ropas son de lino basto! Tienen vino, manjares y pan en abundancia. Nosotros tenemos que contentarnos con pan negro, hecho con harina de la peor calidad, paja y agua. Ellos viven en palacios y castillos. Nosotros vivimos expuestos a la lluvia y al viento en nuestras miserables chozas. ¡Pero es nuestro trabajo el que les da todo este lujo y abundancia! Y nos consideran siervos y nos castigan cuando no obedecemos sus órdenes".

Bajo la influencia de las condiciones de la época, también parece que Bali sintió la ausencia de un poder central fuerte capaz de defender a los campesinos. Eduardo III, tras gobernar durante cincuenta años, murió en 1377. Le sucedió en el trono su nieto, Ricardo III, un niño de once años. Y Juan Bali dijo: "¡Ay del país cuyo rey es un niño! Hay que recordar, sin embargo, que fue Eduardo III quien aprobó el *Estatuto de los Trabajadores*.

Wiclef y Bali procedieron de manera diferente. El primero nunca participó en las agitaciones populares. Bali, en cambio, vivió entre el pueblo. Como eclesiástico, Bali estaba sometido a la autoridad del arzobispo, que en una ocasión le condenó a varios meses de prisión por haber pronunciado "discursos subversivos". Froissart, que consideraba a los lolardos como los inspiradores del movimiento campesino, pensaba que Jean Bali era también un lolardo.

6. Las revueltas campesinas

En junio de 1381 estalla la primera revuelta campesina. Nos equivocaríamos si dijéramos que esta insurrección tenía objetivos puramente comunistas. Los campesinos exigen simplemente que se proteja a sus comunidades de los abusos de la nobleza y el clero. También exigían el derecho a disponer libremente de su fuerza de trabajo y la abolición de los impuestos feudales, que obligaban a los campesinos a trabajar gratuitamente para los señores.

Ocurrió lo mismo que en los levantamientos campesinos de Flandes y Francia: gran parte de la población pobre de las ciudades del sur de Inglaterra simpatizaba con los campesinos, mientras que los patricios apoyaban a la nobleza. Los obreros y pequeños artesanos de Londres, además de odiar a los ricos, también luchaban contra los comerciantes y banqueros extranjeros, cuya competencia les perjudicaba enormemente, y contra los propietarios de los tejedores flamencos de Londres, que no aceptaban trabajadores ingleses ni en sus talleres ni en sus gremios. Sin

embargo, las crónicas de la época afirman que los tejedores flamencos participaron en la insurrección junto a los campesinos.

La insurrección comenzó en la segunda semana del año 1381 y pronto se extendió por todo el este del sur de Inglaterra. Al principio, los insurrectos obtuvieron algunos vitorios. La lucha parecía poseer elementos de organización. Tanto es así que, casi simultáneamente, los campesinos de los condados del norte y del sur de Londres se sublevaron y marcharon contra la capital, bajo el mando de sus jefes Wat Tyler, Jack Straw, John Ball, John Littlewood y Richard Wallingford. En el camino, recibieron ayuda de los sectores más pobres de la población de las ciudades. En Londres, los camaradas masacraron a los amos, saquearon las casas de los banqueros y ocuparon las puertas de la ciudad para facilitar la entrada de los campesinos que se acercaban. El 11 de junio, los insurgentes llegaron a Blackheath, al sureste de Londres, donde John Bali predicó, preparando a las masas para la insurrección. Allí se vieron obligados a despedir a parte de las tropas porque no tenían suficientes provisiones para mantenerlas. Al día siguiente, los insurgentes entraron en los suburbios de la capital. Al no tener fuerzas para luchar contra los aldeanos, el joven rey, sus consejeros, algunos nobles y un arzobispo se refugiaron en la fortaleza. Los insurgentes ocuparon la ciudad y castigaron cruelmente a sus opresores: cortesanos, ministros, abogados, funcionarios, banqueros, etc. Entraron en el palacio del archiduque de Lancaster, donde encontraron una cantidad considerable de jarrones de oro y plata, joyas y objetos preciosos de todo tipo. Los cronistas de la época afirman unánimemente que todo acto de pillaje individual estaba castigado con la muerte. Uno de los rebeldes, sorprendido in fraganti mientras robaba, fue quemado vivo. Somos defensores de la verdad y la justicia", dijeron los rebeldes, "no ladrones".

A continuación se dirigieron al Colegio de Abogados de Londres y quemaron todos los protocolos, actas, expedientes y documentos judiciales. También destruyeron el palacio del ministro de Finanzas en Clerkenwell y las casas de otros altos dignatarios. Varios funcionarios fueron ejecutados. El 14 de junio una delegación informó al rey de que los rebeldes deseaban reunirse con él en persona en Mile End, un suburbio en el extremo este de Londres. El rey decidió asistir a la reunión. Pero cuando las puertas de la fortaleza se abrieron para permitirle el paso, los campesinos se precipitaron al interior, apalearon a los consejeros del rey y ejecutaron al arzobispo Sudbury y al canciller del Tesoro.

Temblando de miedo, el joven rey se dirigió a Mile End. Pero no todos los jefes campesinos asistieron a la reunión. Ya hemos visto que el movimiento no siguió una dirección única. En la reunión, los delegados presentaron al

rey una serie de demandas del pueblo. Exigían libertad e igualdad de derechos para los campesinos, así como una amnistía completa para todos los actos cometidos por los rebeldes durante la insurrección. El rey consultó a sus consejeros y comprendió que lo más sensato era aceptar. Entonces firmó un documento en el que se comprometía a satisfacer todas las demandas de los campesinos. Sólo puso esta condición: que los insurrectos abandonaran la ciudad y regresaran a sus hogares para atender la próxima cosecha, dejando en Londres sólo una pequeña tropa armada, que permanecería en la ciudad hasta la aplicación definitiva del real decreto de liberación de los campesinos. La delegación aceptó. Y los campesinos de la región al norte de Londres, que representaban el mayor contingente rebelde, creyeron ciegamente el documento firmado por el rey y regresaron a sus hogares.

Este documento decía lo siguiente:

> "Yo, el abajo firmante, Ricardo, Rey de Inglaterra y Francia, y Soberano de Irlanda, por la gracia de Dios, saludo a todos mis fieles súbditos que tienen conocimiento de este decreto, y ordeno lo siguiente: por iniciativa propia, declaramos libres a los siervos y demás personas independientes. Declaramos que quedan libres de toda forma de servidumbre y perdonamos los crímenes y delitos que hayan podido cometer. A todos ellos en general, y a cada uno en particular, proponemos conceder nuestra clemencia real".

En cuanto los campesinos abandonaron la ciudad, los nobles se avivaron y resolvieron resolver el conflicto por la violencia. El joven rey perdió el miedo. Los consejeros le dieron las instrucciones necesarias para que pudiera desempeñar satisfactoriamente el papel que le estaba reservado en los acontecimientos venideros. La escena final tuvo lugar el 17 de junio de 1381 en el mercado de Smithfield. En un momento dado llegó Wat Tyler a la cabeza de un pequeño grupo de campesinos armados. Luego llegó el rey, con sus caballeros y algunos patricios.

El jefe de los campesinos se acercó y pidió al rey que ejecutara el decreto por el que se concedía la libertad a los campesinos. En ese momento, un jinete de la comitiva real le asestó un formidable golpe, derribándolo de la silla. Otros se abalanzaron sobre él y lo mataron. Los campesinos intentaron ayudar al jefe. Pero, una vez más, fueron engañados. Fueron víctimas de su supersticiosa confianza en la palabra real. El rey les declaró que él mismo era el jefe de los campesinos y les confirmó solemnemente las libertades prometidas. Satisfechos con esta declaración, los campesinos decidieron no luchar.

A partir de entonces, ¡todo fue sobre ruedas! Aprovechando la pasividad de las masas campesinas engañadas por las promesas, los señores suprimieron las libertades concedidas a los campesinos. Al mismo tiempo, arrestaron y condenaron a muerte a los líderes de la rebelión.

Jack Straw, João Bali y los demás líderes fueron ahorcados o decapitados.

Todos los que habían participado en la insurrección sufrieron crueles castigos.

Y el rey declaró a los campesinos: "¡Ustedes eran siervos y siervos seguirán siendo! No en las mismas condiciones que antes, ¡sino en peores!".

Sin embargo, las necesidades del desarrollo económico impidieron que las medidas represivas se aplicaran con la dureza exigida por los señores y los nobles. La destrucción de las comunidades rurales continuó. Pero la servidumbre fue desapareciendo poco a poco, porque a medida que se desarrollaban el comercio y la industria, los campesinos acudían a las ciudades.

Cuando los señores querían aplicar las leyes excepcionales de forma más estricta o perseguir a los campesinos con mayor severidad, éstos volvían a sublevarse. Así ocurrió, por ejemplo, en Kent, al suroeste de Londres. En 1450, los campesinos, dirigidos por Jack Cade, marcharon sobre la capital y llevaron a cabo sangrientas represalias contra los consejeros del rey. Lo mismo ocurrió en Cornualles en 1500 y en otras partes de Inglaterra en 1519. Pero ninguna de estas revueltas tuvo el alcance ni la violencia de la insurrección de 1381.

7. Shakespeare y el comunismo

William Shakespeare, el mayor dramaturgo de Inglaterra y de la Edad Moderna, fue un opositor de los demócratas y un enemigo acérrimo del comunismo. Sus obras reflejan el estado de ánimo de las clases dominantes, para las que Shakespeare escribía.

En la trilogía titulada *Enrique VI* (Segunda Parte), expone el punto de vista de las clases dominantes sobre las insurrecciones campesinas. Esta obra es de gran importancia para nosotros porque presenta a Jack Cade, el jefe de la insurrección campesina de 1450, como un comunista y dictador. Quienes conozcan el carácter de Shakespeare comprenderán fácilmente por qué pretende ridiculizar a Jack Cade, al tiempo que lucha contra "el pueblo ignorante y groseramente materialista". Desde Aristófanes hasta nuestros días, los dramaturgos siempre han sido portavoces de las opiniones de las

clases dominantes para las que escribían. Shakespeare, a pesar de su indudable genio, no fue una excepción a la regla.

Hemos visto más arriba que al rey guerrero Eduardo III le sucedió en el trono su nieto Ricardo II, durante cuyo reinado estalló la primera insurrección campesina. Sus sucesores fueron Enrique IV (1399-1413), de la casa de Lancaster, y Enrique V (1413-1422), que continuó con éxito la política antifrancesa, marítima y comercial de Eduardo III, derrotó a los franceses en Azincourt y conquistó Normandía. Tras su muerte, subió al trono Enrique VI (1422-1461), durante cuyo reinado estalló la segunda insurrección campesina (1450). Fue también durante el reinado de Enrique VI cuando Inglaterra perdió las conquistas francesas de su predecesor. Enrique VI permaneció en el trono hasta el inicio de la Guerra de las Dos Rosas, que duró de 1459 a 1485 y terminó con la destrucción de la antigua nobleza, dando lugar, en las filas dirigentes, a una nueva nobleza señorial dedicada al comercio y la industria.

La trilogía de *Enrique VI* describe los principales acontecimientos de su reinado. En la segunda parte de la obra, Shakespeare aborda el segundo levantamiento campesino y los primeros episodios del conflicto entre la casa de York y la casa de Lancastre. En la segunda escena del segundo acto, aparecen las quejas del pueblo trabajador, que lo espera todo de Jack Cade. Los rebeldes George y John Bewis hablan de la insurrección que se planea, y George dice: "Jack Cade, el tejedor, propone establecer el régimen de la comunidad de bienes". John le responde: "Esto es necesario porque la sociedad actual está completamente agotada y es inútil. Ya no hay alegría en Inglaterra desde que el pueblo cayó bajo el yugo de los nobles". Jorge: "¡En efecto, vivimos en una época miserable! Entre los artesanos ya no se respeta la virtud". A continuación, Shakespeare presenta a los artesanos de los más diversos oficios. Luego aparece Cade, que rápidamente expone su programa; "¡Todo lo que hay en el reino debe ponerse, a disposición de la comunidad!". El autor ridiculiza entonces las exigencias materiales de los rebeldes: pan y cerveza a bajo precio, amor gratuito, etc… — y pone en boca de Cade la siguiente exclamación: "¡Y vosotros, amigos del pueblo, seguidme! ¡Ahora lucharemos por la libertad! ¡Demostraremos que somos hombres!

> "No habrá más señores, ni nobles. Todos seréis iguales. Sólo se dirigirán a los harapientos, a los que tengan los zapatos gastados. Ellos formarán nuestro valeroso ejército, ¡el ejército de los trabajadores! Esos, si pueden, ¡se unirán a nosotros!".

Marten, uno de los compañeros de Cade, responde entonces:

> "¡Están todos en orden, listos para formar a nuestro lado! Cade: "¡Sólo nos pondremos en orden cuando hayamos abandonado todo el orden que existe actualmente!" Marten aconseja a Cade que abra las puertas de la prisión y libere a todos los prisioneros.

Justo antes del combate, el autor nos presenta a Cade tomando el poder y convirtiéndose en dictador. Marten se dirige a Cade y le pide que instaure la dictadura. Cade responde:

> "Sí. Lo he pensado. Lo haré. Haz quemar todos los documentos del reinado. En el futuro, mi palabra será el Parlamento de Inglaterra.
>
> Y todo será común".

La insurrección es aplastada y Jack Cade muere mientras intenta escapar. La causa de la derrota, una vez más, fue la confianza infantil que los campesinos volvieron a depositar en la palabra real. Quizá en este sentido influyó también el patriotismo.

Shakespeare presenta a lord Clifford al dirigirse a los campesinos. Lord Clifford intenta alejarlos de Cade apelando a sus sentimientos patrióticos:

> *¿Es Cade el hijo del rey Enrique V,*
> *…con quien prometisteis luchar?*
> *¿Puede llevaros a Francia…*
> *…y hacerte conde o marqués?*
> *¡Qué vergüenza! Mientras peleabais..,*
> *…los franceses, a quienes ustedes mismos ya han derrotado..,*
> *…cruzan el mar y nos derrotan:*
> *¡Que mueran diez mil kadeshíes…*
> *…que entregarnos al yugo francés.*
> *¡A Francia! ¡Por Francia! Gana el tiempo que has perdido.*

¡Patriotismo y gloria militar como armas contra la Revolución! Cade se queja amargamente, porque el nombre de Enrique V ejerce una profunda influencia sobre los campesinos, que, al oírlo, abandonan la lucha revolucionaria.

Al principio de los tiempos modernos, el comunismo y la revolución ya están en conflicto con el patriotismo y la gloria militar. Shakespeare, en su obra titulada Tempestad, también pretende ridiculizar al Estado del futuro. Pero toda su sátira en esa obra consiste únicamente en una confusión del comunismo con la pereza. Da la impresión de oír a un anticomunista contemporáneo. Es en esta obra donde Shakespeare hace que Gonzalo, el viejo consejero del rey de Nápoles, pronuncie esta sátira contra el Estado futuro: "La sociedad que deseo crear será exactamente lo contrario de la sociedad actual. No permitiré que nadie practique ninguna forma de

comercio, que nadie use ningún título. Haré desaparecer toda ciencia. No habrá más riqueza ni pobreza, no habrá más contratos ni herencias, no habrá más agricultura; no se cultivarán más viñas. Nadie comerá trigo, vino ni aceite. Ningún metal será utilizado en la vida de los hombres. Nadie necesitará trabajar. Todo será inocente y puro. La naturaleza prodigará sus frutos a todos los hombres, sin que nadie trabaje. En la sociedad que voy a organizar no habrá traición, ni mistificación, ni armas, porque no habrá necesidad de ellas. Los señores a los que Gonzalo dirigió este discurso replicaron naturalmente con sorna.

Todo esto demuestra hasta qué punto el comunismo preocupa a las mentes de la época. La Utopía de Tomaz Moreja había sido traducida al inglés, al alemán y al francés. Era imposible superar las ideas comunistas mediante el ridículo. Examinaremos esta cuestión más detenidamente en uno de los capítulos siguientes.

Capítulo IV — El movimiento husita

1. La situación política y social en Bohemia

Geográficamente, Bohemia podía compararse a un puño eslavo y amenazar la espalda del coloso germánico. Era natural que, en virtud de esta posición, atrajera inmediatamente la atención de los príncipes alemanes. A la inversa, cuando su país entró en una nueva fase de actividad económica, los príncipes checos trataron de acercarse a los alemanes, que se encontraban en una etapa cultural más avanzada.

La inestabilidad reinante en toda Europa central y oriental durante los siglos inmediatamente posteriores al periodo de las migraciones, y los intentos de los francos y sajones carlovingios de fortificar sus fronteras orientales, estaban abocados a provocar sangrientos conflictos entre los príncipes checos y los emperadores alemanes. Estas circunstancias crearon en Bohemia un estado de desconfianza y hostilidad hacia los alemanes. Pero las condiciones económicas y geográficas resultaron ser más fuertes que la desconfianza y la hostilidad. En 895, los príncipes checos se unieron al Imperio germánico y trajeron a su país artesanos y comerciantes alemanes para elevar el nivel cultural de las ciudades. Tras el descubrimiento de las minas de plata de Kuttenberg a mediados del siglo XIII, Bohemia entró en una fase de rápido desarrollo económico. Estas minas proporcionaron al rey Ottocar II (1237-1278) los recursos necesarios para fundar un gran reino, que incluía Austria, Estiria, Carintia y Cornelia, además de Bohemia y Moravia. Ottocar II declaró la guerra al emperador Rodolfo de Habsburgo, una guerra que no terminó hasta 1276, cuando Bohemia fue derrotada en la batalla de Marchfeld, cerca de Viena. Ottocar II murió durante la batalla. El tratado de paz firmado entonces otorgó a Wenzel, hijo y sucesor de Ottocar, Bohemia y Moravia. Los hijos de Rodolfo recibieron Austria, Estiria y Carniola y fundaron la dinastía de los Habsburgo. Al extinguirse la dinastía Przemislides, Bohemia pasó a manos de los condes de Luxemburgo, a quienes estuvo sujeta desde 1310 hasta 1437. El conde de Luxemburgo más notable fue el rey Carlos 1 (1348-1378), que más tarde se convirtió en emperador alemán con el nombre de Carlos IV, a pesar de que Luis de Baviera le disputaba el trono de Alemania. Carlos I era un príncipe culto. Había estudiado en las universidades de París y Bohemia. Hablaba y escribía checo, alemán, latín, francés e italiano con fluidez. En 1348 fundó la primera universidad alemana, la Universidad

de Praga, que pronto se hizo tan famosa como las de Oxford, París y Bolonia. La buena administración, la prosperidad y el alto nivel cultural del país, junto con el incesante desarrollo del comercio y la industria, hicieron de Bohemia, en la segunda mitad del siglo XIV, durante el reinado de Carlos IV, una de las naciones más prósperas de Europa. Esta transformación tuvo un impacto inmediato en la estructura social, la situación y la ideología de las diferentes clases. El desarrollo de las ciudades y la afluencia de comerciantes, artesanos, oficinistas, albañiles, tejedores, etc., provocaron un aumento de los productos agrícolas. Los nativos del campo que poseían grandes extensiones de tierra se enriquecieron y compraron su libertad; muchos trabajadores agrícolas acudieron a las ciudades. La servidumbre entró así en decadencia. La pequeña nobleza fue el sector social que más sufrió la llegada de este nuevo estado de cosas. Tuvieron que redoblar su explotación de los campesinos o pagarles salarios más altos. Pero la pequeña nobleza no podía hacer ni una cosa ni la otra, sus gastos no dejaban de aumentar. Sólo podían resolver su situación conquistando o adquiriendo tierras. Precisamente por eso se pronunciaron claramente a favor de la secularización de los bienes del clero. Cada vez que los nobles intentaban aumentar los impuestos que les pagaban los campesinos, aumentaba el malestar en el campo, que se manifestaba en desórdenes y revueltas. Una situación similar de la pequeña nobleza, sumada al empeoramiento de las condiciones de los elementos más nobles de la población rural, fomentaba la herejía. A partir del siglo XIII, la herejía, especialmente la valdense, invadió Bohemia y Silesia. La acción de los herejes se dirigió principalmente contra los abusos del clero. Basándose en el principio de que los sucesores de Cristo debían vivir en la pobreza evangélica, los herejes eran hasta cierto punto partidarios de confiscar los bienes de monasterios e iglesias en beneficio de la nobleza. Poco a poco, esta tesis se fue formulando más abiertamente.

Como en todos los demás países, en Bohemia, a principios de la Edad Moderna, el sentimiento nacional se formó y desarrolló al mismo ritmo que la economía burguesa. Y el sentimiento nacional se hizo cada vez más fuerte porque, además del antagonismo nacional existente entre checos y alemanes, surgió el antagonismo económico. De hecho, el elemento alemán predominaba no sólo en las minas de plata de Kuttenberger, sino también en las ciudades. Y su prestigio crecía sin cesar. Los estudiantes y profesores alemanes eran maestros de la Universidad de Praga, ciudad en la que vivía un rico patriciado alemán. Y fue sobre todo en estos elementos en los que se apoyó la Iglesia romana para combatir mejor la herejía. Por todo ello, el sentimiento nacional se convirtió en el factor fundamental de la historia checa.

En el siglo XIV Bohemia vivía un verdadero fermento, a la vez nacional, social y religioso, que, si no se atenuaba con concesiones y acuerdos, tarde o temprano desembocaría inevitablemente en una formidable explosión. Pero ni los alemanes, ni la nobleza, ni el Papa estaban dispuestos a hacer la menor concesión. La explosión era, pues, inevitable.

2. Juan Huss y sus predecesores

Ya en el reinado de Carlos IV eran perceptibles los síntomas del movimiento que se estaba preparando. Sacerdotes ortodoxos, como Conrad von Waldhausen, Militch von Kremsier y Matthias von Janov, atacaban al clero y a las órdenes mendicantes. A partir de 1830, los teólogos checos empezaron a ocuparse de cuestiones relacionadas con el culto a los santos, el valor de las reliquias y las imágenes de Cristo. El más notable de estos teólogos fue Militch von Kremsier, secretario privado de Carlos IV, archidiácono y titular de varias instituciones caritativas importantes. En 1362, Militch renunció voluntariamente a todas sus funciones para poder dedicarse más libremente a la agitación. En sus discursos, condenó el comercio y la propiedad eclesiástica, afirmando que los sacerdotes debían vivir en pobreza evangélica. Sólo debían poseer una propiedad colectiva para vivir en ella en común. Es probable que von Kremsier conociera los escritos de Joaquín de Flora y se dejara influir por ellos. No menos audaz, aunque su crítica social era menos clara, fue el confesor de Carlos IV, Matias von Janov, quien acusó al papado de traicionar su propia misión al no prestar atención a quienes pedían una reforma de la Iglesia. Todos estos hombres fueron portavoces del estado de ánimo de su época y prepararon el terreno para Juan Huss, que unificó las tendencias nacionalistas y reformistas de los checos y comenzó a defenderlas basándose en las enseñanzas de Wiclef.

A finales del siglo XIV, las relaciones entre Bohemia e Inglaterra eran muy estrechas. El rey Ricardo II, nieto de Eduardo III, se había casado con una hija de Carlos IV. El hijo mayor de Carlos IV, Wenzel (1378-1419), le sustituyó en el trono tras su muerte (Wenzel fue también emperador de Alemania, pero fue depuesto en 1400). Ricardo II, en cuyo reinado Wiclef difundió sus enseñanzas y estalló la primera insurrección campesina, era por tanto cuñado de Wenzel. Jerónimo de Praga, que viajó por muchos países y estudió en muchos lugares, también visitó Oxford, desde donde llevó a su patria los escritos de Wiclef, que luego se convirtieron en la base teórica del movimiento reformista y se leían y discutían en la Universidad de Praga.

Al mismo tiempo que las enseñanzas de Wiclef se difundían en Praga. Huss comenzaba su carrera. Huss nació en Husinetz en 1339, en el seno de una familia muy pobre, y a pesar de sus orígenes humildes consiguió estudiar. Más tarde, asistió a la Universidad de Praga, donde, de 1390 a 1396, obtuvo todos los grados, incluido el de magister. Al cabo de dos años, ocupó la cátedra de teología de la Universidad. En 1400 fue ordenado sacerdote, y en 1401 fue nombrado decano de la Facultad de Filosofía. Rector en 1402 y ese mismo año nombrado predicador de la capilla de Betlem, Huss pronto se dio a conocer por sus raras dotes oratorias. Era extraordinariamente elocuente. Un año más tarde, inició su carrera de agitador, predicando la reforma de la Iglesia. En una asamblea eclesiástica, Huss atacó enérgicamente la adaptación del clero al espíritu del siglo y su escandaloso modo de vida. Influido por las ideas de Wiclef, se pronunció a favor de la pobreza evangélica y la igualdad de todos los creyentes en todo lo religioso. Huss afirmaba que era necesario abolir las diferencias entre laicos y eclesiásticos y juzgar a los cristianos sólo por sus cualidades morales. También estaba en contra de las indulgencias y el culto a los santos. Su celo evangélico acabó provocando el descontento de muchos eclesiásticos que, en 1407, le acusaron ante el obispo de hacer propaganda herética. A partir de entonces, todos los teólogos y filósofos de la Universidad de Praga se opusieron a Huss. Esta enemistad se explica por razones escolásticas, religiosas y patrióticas. Huss, que adoptó las ideas de Wiclef, era un "realista", mientras que los alemanes eran "nominalistas". En 1408, estos últimos condenaron las ideas fundamentales de Wiclef. Huss consiguió que el rey Wenzel redujera considerablemente el número de profesores alemanes en la Universidad. Los profesores y estudiantes alemanes respondieron al decreto real cerrando la Universidad de Praga y fundando una universidad competidora en Leipzig. Estos acontecimientos hicieron que Huss fuera admirado, querido y respetado por los checos, que veían en él al guía intelectual de la nación. No nos parece útil describir con detalle todos los conflictos religiosos en los que se vio envuelto Huss.

Lo que más nos interesa aquí es su actitud hacia el comunismo. Aunque nunca se declaró abiertamente partidario, es probable que Huss no ignorara las enseñanzas del maestro Wiclef a este respecto. Huss dedicó todos sus esfuerzos a la reforma de la Iglesia y a la defensa de los intereses nacionales de los checos. Todo el mundo sabe lo que le ocurrió: en 1413, fue excomulgado por el Papa Juan XXII. A finales de ese mismo año, Huss viajó a Constanza para defender sus ideas ante el Concilio que allí se celebraba. Condenado como hereje, murió en la hoguera el 6 de julio de 1415. Al año siguiente, Jerónimo de Praga corrió la misma suerte. Tras estos acontecimientos, toda Bohemia, con la excepción de algunos

alemanes y unos pocos magnates checos, consideró a Huss y Jerónimo como dos mártires nacionales. Se adhirió a sus ideas y se volvió abiertamente antipapista, despreciando todas las órdenes y bulas papales.

3. Las guerras husitas

Las chispas que surgieron en 1415 y 1416 de las hogueras de Constanza encendieron las guerras husitas, que duraron de 1419 a 1438, alimentadas por pasiones a la vez patrióticas, religiosas y sociales.

La nación checa, unida para hacer frente a Roma o a cualquier otra intervención extranjera, estaba, sin embargo, dividida en clases. Por tanto, no existía un punto de vista unánime sobre las reformas que debían llevarse a cabo. Poco a poco se fue comprendiendo que una gran parte de la población no se contentaría con una simple reforma de la Iglesia, sino que exigía una profunda transformación social. La nobleza y

La nobleza y el patriciado se limitaron a exigir la confiscación de los bienes del clero y los dos tipos de comunión: el vino y el pan, representación simbólica de la igualdad cristiana entre clérigos y laicos. La reivindicación del cáliz era, en cierto modo, la consigna de la igualdad democrática, un llamamiento que instaba a los fieles a la sencillez de las primitivas comunidades cristianas. Los partidarios de esta corriente se llamaban "utraquistas" o "calixtinos", y sólo pedían la confiscación de los bienes del clero. Formaban el ala moderada, que no deseaba cambiar el orden social existente. Las capas más pobres de la población —los pequeños campesinos y jornaleros agrícolas, los artesanos y obreros checos, los nobles arruinados, etc.— adoptaron otro punto de vista. — adoptaron otro punto de vista. Exigían la aplicación integral de los principios de Wiclef. Por tanto, deseaban una transformación social completa. Esta tendencia era más radical. Sus partidarios se llamaban a sí mismos "taboritas", porque habían establecido su sede en una pequeña ciudad del sudeste de Praga, que bautizaron con el nombre del Tabor bíblico. Había cohesión entre los elementos moderados. La facción radical, en cambio, se dividió en varios grupos. Aunque todos estaban de acuerdo en la reforma de la Iglesia, haciéndola volver a su primitiva sencillez, diferían en sus puntos de vista a la hora de las reformas que debían llevarse a cabo. Las opiniones estaban divididas, pues unos eran reformistas moderados y otros comunistas totales. Estas dos corrientes defendieron enérgicamente sus convicciones y se enfrentaron violentamente. Pero se unieron cuando llegó el momento de luchar contra el enemigo común.

Los taboritas, que daban la comunión en ambas formas, ganaron rápidamente un mayor número de adeptos. El Tabor era el centro al que acudían los peregrinos los días de fiesta. Además, los beguardianos, valdenses y miembros de otras sectas heréticas, perseguidos en otros países, se refugiaron en el Tabor, donde podían difundir libremente sus doctrinas. Tabor se convirtió así en el centro de todo el movimiento herético y social de Europa. La combatividad y audacia de los taboritas aumentó a medida que se desarrollaba el movimiento husita. Llegó un momento en que incluso pensaron en derrocar al rey Wenzel. Pero el padre Koranda, que gozaba de gran prestigio entre ellos, les hizo renunciar a este proyecto, mostrándoles que sustituir a un rey por otro no cambiaría en nada la situación. Además, añadió Koranda, como el rey Wenzel se emborracha a menudo, podremos hacer con él lo que queramos.

Desgraciadamente, como en la mayoría de los casos, el rey también estaba bajo la influencia de la alta nobleza y el clero, que finalmente habían decidido luchar enérgicamente contra el movimiento reformista y prohibir las procesiones públicas previas a la comunión. Fue esta prohibición la que desencadenó el movimiento subversivo. En Neustadt, Praga, el 30 de julio de 1419, las masas populares opusieron una violenta resistencia a todos los intentos de las autoridades de detener las procesiones. El moderado taborita Juan Ziska demostró ser un digno líder del movimiento. Bajo su dirección, el pueblo asaltó el ayuntamiento y arrojó a los concejales reunidos por las ventanas. La multitud los masacró. Cuando Wenzel se enteró de estos sucesos, se puso tan furioso que sufrió un ataque de apoplejía que le causó la muerte dos semanas más tarde.

Le sustituyó en el trono su hermano Segismundo, emperador de Alemania desde 1410 y que, en el Concilio de Constanza, había desempeñado un tristísimo papel en el proceso abierto contra Juan Huss. Es obvio, pues, que no podía ser recibido con alegría por los husitas. Además, su condición de emperador alemán le hacía aún más sospechoso a los ojos de los checos. Cuando el nuevo rey llegó para tomar posesión de su herencia, el país estaba, sin embargo, extremadamente tranquilo. Los magnates y los patricios le recibieron con fiestas y homenajes. Las masas, sin embargo, permanecieron en actitud expectante. Se limitaron a fortificar la ciudad de Tabor, convirtiéndola en una fortaleza inexpugnable. Pero cuando el partido católico comenzó a reprimir el movimiento husita y el representante del Papa comenzó a predicar en marzo de 1420, aconsejando la organización de una cruzada contra los herejes bohemios, se desató la tormenta. El 3 de abril de 1420, los calixtinos se unieron a los taboritas para luchar en común, una unión más que necesaria, ya que, en respuesta al llamamiento papal, acudieron cruzados de toda Europa. Unos 150.000

caballeros, mercenarios, aventureros y católicos, atraídos por la perspectiva de indultos, convergieron en Bohemia, interesados en ahogar en sangre la herejía husita. Pero en cinco ataques diferentes, el ejército cruzado fue rechazado con numerosas pérdidas. La lucha fue cruel en ambos bandos. Ziska murió en 1424. Fue sustituido en la dirección del movimiento por dos Taboristas radicales; Procopio el Grande y Procopio el Menor, que en 1427 pasaron de la defensiva a la ofensiva, devastando, en incursiones, los países alemanes limítrofes: Baviera, Franconia, Austria, Sajonia, Silesia, Lusacia y el Margraviato de Bragdemburgo, destruyendo los ejércitos imperiales enviados a la lucha. En aquella época, los husitas eran el terror de los países alemanes. Desempeñaron el papel que dos siglos más tarde correspondería a los suecos.

Cuando la ingloriosa cruzada terminó en la batalla de Taus en 1431, el emperador y el Papa intentaron la reconciliación mediante un tratado. Tras largas negociaciones, se firmó la paz en el Concilio de Basilea. El Papa concedió a los husitas las dos formas de comunión, el derecho a predicar en la lengua nacional y procedió a confiscar las posesiones de la Iglesia, entregándolas a la nobleza. Tales concesiones pudieron satisfacer a los calixtinos y a los taboristas moderados. Pero los taboristas radicales, que estaban en la vanguardia del ejército husita y habían hecho inmensos sacrificios por la causa, no podían contentarse con tan poco. La paz de 1433 provocó una escisión en el movimiento husita. Debilitó su ala izquierda, aislándola del resto del movimiento. El destino de la facción radical se decidiría poco después.

4. La derrota de los taboritas

De 1418 a 1431, e incluso un poco más allá, el Tabor se convirtió en un verdadero centro del movimiento herético y social en toda Europa. En el entusiasmo de los primeros momentos, los creyentes acudían al Tabor como a la comunidad cristiana de Jerusalén. Los taboristas estaban fuertemente unidos por el sentimiento de fraternidad. Habían abolido todas las diferencias de clase y todas las formas de desigualdad social. Los bienes privados se ponían a disposición de la comunidad. Piedad, alegría y trabajo para todas las asambleas y fiestas populares al aire libre, caracterizaban la vida de los taboritas. Cuando llegaba la hora de luchar, los taboritas se dividían en dos grupos, las comunidades domésticas y las comunidades militares. Mientras estas últimas luchaban, las primeras obtenían los medios de subsistencia. La división del trabajo era, por tanto, similar a la que César había observado entre suecos y germanos.

En su poema titulado Ziska, el poeta austriaco Alfredo Meissner (18221885) cantó las luchas y esperanzas de los taboritas:

Viven en casas bien avenidas,
siempre dispuestos a ayudarse mutuamente.
Unidos en todo, sus ropas son iguales.
Juntos se sientan alrededor de una mesa.
No hay entre ellos ni mío ni tuyo, todos los bienes son comunes...
Fraternidad. Mientras éstos aran la tierra
Los que son felices van a la guerra, ¡soñando con conquistar el mundo!

En esta atmósfera, impregnada de ideas redentoras y visiones apocalípticas, estalló a finales de 1419 un movimiento chilástico que conquistó a las masas, las fanatizó y las hizo accesibles a ideas comunistas extremas, idénticas a las que habían surgido en la Edad Media bajo la influencia de Joachim Flora y Amalric de Rene. Los beguardianos, que en aquella época ya se habían unido al movimiento herético, anunciaron en el Tabor la próxima resurrección de Jesús, que vendría a instaurar el Reino Milenario, la sociedad comunista del futuro. Todos los mártires que habían caído en la lucha por el comunismo y la herejía, entre ellos Juan Huss y Jerónimo, resucitarían. Los habitantes del estado futuro vivirían en la más completa beatitud, siempre alegres. Volverían a la pureza de Adán y Eva antes del pecado original. Se establecería así un nuevo orden de cosas, basado en la igualdad más absoluta y la libertad más completa; desaparecerían definitivamente los reyes y todos los elementos de opresión social, el Estado, la Iglesia, la teología y toda la ciencia escolástica.

El principal ideólogo de esta doctrina entre los extremistas checos fue el padre Martinek Huska, apodado el Elocuente.

Los elementos más radicales formaron un grupo que practicaba la poligamia. Se les llamaba los "adanitas", porque abolían con desdén todas las costumbres de la civilización y vivían completamente desnudos.

Los taboritas moderados, bajo el liderazgo de Ziska, iniciaron una campaña de exterminio contra ellos en 1421 y finalmente lograron aniquilarlos quemándolos hasta la muerte.

El tratado de paz de 1433, que satisfizo a los calixtinos y a los taboritas moderados, creó una situación extremadamente delicada para los taboritas radicales. No querían someterse. Para ellos, el reconocimiento del tratado significaba renegar de sus propias convicciones. Por otra parte, permanecer en la oposición significaría romper con sus antiguos aliados, más fuertes económica y numéricamente, sobre todo ahora que la Iglesia católica y el

Imperio estaban de su parte. De hecho, el tratado de paz de 1433 creó una coalición de la nobleza y la burguesía contra los elementos comunistas del movimiento taborita. La guerra era, pues, inevitable, y su final era fácilmente previsible. Sólo seis meses después de la conclusión del tratado de paz, estalló. Los taboritas, 18.000 en número, tenían un ejército de 25.000 hombres en su contra. El domingo 30 de mayo de 1431 tuvo lugar la batalla decisiva en Lipar, cerca de Brod. Los combates duraron todo el día y parte de la noche, y terminaron a las tres de la madrugada del lunes. Los taboritas radicales fueron derrotados. El jefe Procopio cayó en el campo de batalla, junto con 13.000 de sus correligionarios. A pesar de esta aplastante derrota, los supervivientes, en diciembre siguiente, reanudaron la lucha, pero ya no constituían una fuerza peligrosa.

El resultado de esta traición de los taboritas moderados a la causa del movimiento husita fue el siguiente: la Iglesia anuló, una a una, todas las concesiones que había hecho. La paz de 1433 no condujo a ninguna reforma. En 1483, los campesinos checos fueron sometidos de nuevo a la esclavitud. Los taboritas supervivientes fundaron, en 1457, las sectas de los Hermanos de Bohemia y los Hermanos Moravos, muy similares a los cuáqueros que surgirían muchos años después. Como ellos, eran pacifistas, partidarios de las reformas sociales, trabajadores y caritativos.

El único resultado de las guerras husitas fue la difusión en Alemania de las doctrinas de Wiclef y Huss, que influyeron notablemente en la insurrección campesina de 1525 y más tarde dieron origen al movimiento de la Reforma.

Capítulo V — Insurrecciones sociales en Alemania

1. La primera revolución alemana

En el periodo comprendido entre 1516 y 1535, Alemania se vio sacudida por cuatro grandes convulsiones: la Reforma, con Lutero; la sublevación de la nobleza, con Siskingen; la guerra de los campesinos, con Tomaz Munzer; y el anabaptismo comunista, con Sebastián Frank y Juan de Leyde. Este periodo representa la primera fase revolucionaria de la historia del pueblo alemán. La importancia de estas dos décadas no puede justificarse por ningún movimiento aislado. La importancia revolucionaria de esta época no puede entenderse sin examinar los cuatro movimientos en su conjunto. De Wittenberg a Basilea e Insbruck, del Tirol a Suecia y Holanda, la llama revolucionaria ardió brillante e impetuosa en el alma del pueblo alemán. Todas las instituciones de la época, religiosas, políticas o sociales, fueron sometidas a una revisión completa. La nobleza, el bajo clero, las universidades, la burguesía, los campesinos, los sectores más pobres de la población en las ciudades y en el campo, se unieron a las filas de la oposición. Según sus propios intereses y aspiraciones, elaboraron diferentes programas sociales y religiosos.

Este primer periodo revolucionario comenzó con Lutero. Inició su acción de forma verdaderamente promisiva, publicando en 1516 el manuscrito de un viejo místico alemán titulado *Teología cristiana.* Pero todo hace pensar que Lutero no comprendía aún la importancia de esta obra, profundamente impregnada de un espíritu místico, panteísta y moderadamente comunista. Sólo admiraba su exquisito estilo. En cualquier caso, la publicación de esta obra es sintomática, porque demuestra que Lutero atravesaba un período de inquietud moral. Pero, de hecho, sólo empezó a actuar cuando, el 31 de octubre de 1517, presentó en Wittenberg sus 95 tesis sobre las indulgencias. El único objetivo de Lutero era volver a la Iglesia y defender los intereses alemanes. No podía imaginar el importante papel que desempeñaría en uno de los capítulos de la primera revolución alemana. Examinaremos este punto en detalle más adelante. Lo que nos interesa aquí es mostrar que la actividad de Lutero, por mínima que haya sido su importancia revolucionaria, fue prácticamente un soplo que avivó las brasas ocultas bajo las cenizas y encendió un fuego formidable. En aquella

época, de todas partes llegaban a las manos del pueblo panfletos y proyectos de programas que propugnaban reformas y planes para las instituciones políticas y sociales existentes. Luego vinieron los primeros intentos de poner en práctica las reformas deseadas. La imaginación de las masas dio lugar a un gran número de profecías que anunciaban grandes acontecimientos históricos. A partir de 1519, gran parte de la población comenzó a vivir en la constante expectativa de una inminente transformación catastrófica.

2. La situación económica y política

Durante los siglos XV y XVI, Alemania era uno de los países más ricos de la cristiandad. Sus fuentes de riqueza eran las minas, la habilidad de los artesanos, el espíritu de empresa, la actividad de los comerciantes, el trabajo incansable de los campesinos. Hartz, Sajonia, Bohemia, Estiria, Tirol, eran centros productores de plata, oro, hierro, plomo, cobre y sal. En las minas, forjas y talleres trabajaban miles de brazos y cabezas, utilizando la técnica primitiva de la época. Las mejoras introducidas en los antiguos métodos de producción, la invención de nuevos procedimientos y, sobre todo, la invención de la imprenta hizo famosas a Núremberg, Estrasburgo y Basilea. Desde el siglo XII, los mercaderes del norte y el sur de Alemania habían acumulado suficiente experiencia y capital para adaptar sus empresas a las nuevas condiciones creadas por el desarrollo del comercio mundial, la apertura de nuevas rutas comerciales y las recientes conquistas coloniales de portugueses y españoles.

En el siglo XIII, algunos mercaderes de Núremberg, Augsburgo y Ulm empezaron a exportar desde Venecia y Génova al noroeste de Alemania y Flandes. Agrupados en la poderosa organización Hanse, los mercaderes del norte de Alemania dominaban todo el comercio del Mar del Norte desde Lubeck hasta Nóvgorod. Pero a finales de la Edad Media, la actividad de la organización Hanse ya era menos importante que la de los mercaderes del sur de Alemania, en primer lugar porque la actividad de estos últimos dependía cada vez más de la producción autóctona, mientras que la de los elementos del norte se limitaba exclusivamente al ámbito comercial. Además, los mercaderes del sur de Alemania se beneficiaban de la experiencia adquirida en sus relaciones con el norte de Italia, una región extremadamente desarrollada desde el punto de vista industrial, comercial y financiero, mientras que los mercaderes del norte de la organización de Hanse sólo actuaban en los territorios coloniales fuera de la civilización, exclusivamente como productores de materias primas. Cuando el comercio

se trasladó del mar Mediterráneo al océano Atlántico y al mar del Norte, la capacidad de adaptación de los alemanes del sur se hizo inmediatamente evidente. Después, cuando los turcos avanzaron progresivamente y tomaron Constantinopla (1453) y paralizaron el comercio en el Mediterráneo, los pueblos se vieron obligados a buscar nuevas vías de comunicación para el comercio entre Europa y Asia. Fue precisamente esto lo que determinó la circunnavegación de África, el descubrimiento de América y el desarrollo económico de Portugal, los Países Bajos e Inglaterra. Lisboa, Amberes y Londres se convirtieron en importantes centros del comercio mundial. España, en aquella época, sólo podía desarrollarse políticamente, ya que sus fuerzas económicas se veían obstaculizadas por el clericalismo y la Inquisición. Pero a finales del siglo XV y principios del siguiente, durante los reinados de Fernando el Católico (14791516) e Isabel, España consiguió elevarse a la categoría de primera potencia mundial. Mediante acuerdos diplomáticos y lazos de sangre, Fernando se alió con la dinastía de los Habsburgo, es decir, con los emperadores alemanes. Por ello, tras su muerte (1510), la corona española, y tres años más tarde la corona imperial alemana, fueron heredadas por su nieto Carlos, que reinó de 1510 a 1556 con los nombres de Carlos I de España y Carlos V de Alemania. Durante este reinado comenzó a surgir el capitalismo en el sur de Alemania.

Fue también durante este reinado cuando Alemania se vio sacudida por la Reforma, el movimiento de unificación, la guerra de los campesinos, el movimiento anabaptista, en resumen, toda la revolución económica, política y cultural que estaba teniendo lugar allí. Los comerciantes del sur de Alemania contribuyeron en gran medida, aunque inconscientemente, al desarrollo de esta revolución. Tanto financiera como industrialmente, se beneficiaron del desarrollo de las relaciones comerciales entre Alemania y España. Entre las grandes casas comerciales de Augsburgo y Nuremberg destacaron especialmente los Fugger y los Welser. La industria metalúrgica alemana, las minas españolas y húngaras, el comercio con Lisboa y Antuperia, las transacciones financieras con el emperador Carlos V, todo ello se concentraba en sus manos. Junto a ellos, un gran número de casas, que comerciaban con metales y especias, se hacían cargo de la pequeña producción artesanal y practicaban la usura a gran escala. La vida urbana del sur y el centro de Alemania influyó en toda la cultura alemana de principios de la Edad Moderna. Pero pronto entró en conflicto con la ética de los doctores de la Iglesia y con toda la doctrina económica del cristianismo primitivo. Cada vez era más difícil salvar a las personas a través de sus acciones…

3. Antagonismo social

Las consecuencias del auge del capitalismo en Alemania fueron muchas y variadas. Los nuevos horizontes, la mejora de las condiciones de vida, la caza general de la riqueza, despertaron en las clases pobres aspiraciones de libertad e igualdad y el deseo de una mayor participación en los bienes de la tierra. Todas las clases trabajadoras, que se consideraban desfavorecidas u oprimidas, se volvieron descontentas, sobre todo porque la división de la sociedad en clases no había hecho sino agravar y aumentar la presión ejercida sobre ellas. El antagonismo entre los patricios propietarios de grandes extensiones de tierra, los grandes comerciantes, los banqueros y el clero, por una parte, y las masas de pequeños artesanos, pequeños campesinos, nobles arruinados, soldados licenciados, por otra, se hizo cada vez más profundo. A esto se añadía el coste cada vez mayor de la vida y los crecientes impuestos, tasas, etc., recaudados por la ciudad y el clero. Como consecuencia de la mayor cantidad de metales preciosos en circulación, y por tanto de medios de pago, y de los numerosos monopolios, se produjo un aumento creciente del coste de la vida, que afectó sobre todo a las capas más pobres de la población. Los impuestos aumentaron porque, ante la creciente impotencia del Imperio y la desmoralización de la nobleza, las ciudades se vieron obligadas a incurrir en gastos progresivos para el mantenimiento de las fuerzas militares. Además, la Iglesia exigía el pago de un gran número de impuestos por diversos conceptos: bautismos, matrimonios, defunciones, remisión de pecados, etc. De este modo, recaudaba considerables sumas de dinero, que se enviaban cada año a Roma. En una época en que el descontento se extendía a otros sectores de la población, los impuestos en oro que la Curia recaudaba anualmente en Alemania estaban destinados a provocar violentos disturbios y a aumentar el malestar general.

Los campesinos sintieron más que nadie las consecuencias de la transformación económica. Como productores de alimentos y materias primas, habrían podido apropiarse, si hubieran sido libres, de una parte considerable de la riqueza nacional. Pero esto no fue posible debido a la servidumbre que les unía a los grandes terratenientes. Estaban obligados a entregar a los señores el "gran diezmo" del grano, el "pequeño diezmo" del ganado que poseían, y en todo momento debían pagar otros diezmos. También debían prestar gratuitamente determinados servicios a los grandes terratenientes. Por último, en caso de fallecimiento del cabeza de familia, debían pagar un impuesto sucesorio denominado "caso de muerte". Con el aumento constante de los precios de los productos alimenticios y de la tierra, los campesinos recordaban que los señores se habían apropiado

de una parte de los prados y pastos que en un principio habían pertenecido a la comunidad. También recordaban que los señores habían monopolizado la caza y la pesca, antes permitidas a todos. Este agravamiento de la explotación y la opresión de las masas rurales se produjo porque, a partir del siglo XIV, la nobleza sintió una creciente necesidad de dinero. Para obtenerlo, redoblaron la explotación de los campesinos. Poco a poco se fueron eliminando todos los vestigios del derecho canónico y del antiguo derecho comunal germánico, y en su lugar surgió el derecho romano, en base al cual los señores podían apropiarse de las tierras pertenecientes a la comunidad y someter a los pequeños propietarios a la condición de siervos.

El resultado de todo ello fue una violenta y generalizada efervescencia social, en la que podían distinguirse tres corrientes principales:

1ª los campesinos, partidarios de las reformas sociales
2ª el proletariado, partidario de la implantación del comunismo
3ª los burgueses, partidarios de reformar la Iglesia.

Junto a estas corrientes había una cuarta, que tenía objetivos políticos: el establecimiento de la unidad alemana bajo la autoridad de un emperador alemán. Su programa se expone en un panfleto titulado *La miseria de la nación alemana* (1523).

Estaba formado por los caballeros (la pequeña nobleza arruinada), los campesinos y un pequeño sector de la burguesía, y contaba con la oposición de la gran nobleza.

Los campesinos exigían el restablecimiento de los derechos de la comunidad aldeana, la vuelta de la Iglesia y la comuna a la democracia y la libertad individual. Los proletarios y los teólogos fieles a las tradiciones del cristianismo primitivo deseaban el comunismo y apoyaban las reivindicaciones de los campesinos. El anabaptismo fue la expresión más extrema de este movimiento.

La burguesía pedía que el cristianismo se adaptara a los intereses de la nueva economía y a la ética individualista resultante. También pedía la institución de una Iglesia nacional. La burguesía comprendía claramente que una vida dedicada únicamente al beneficio, la usura, el monopolio de los productos y la explotación del trabajo ajeno eran contrarios a las tradiciones del cristianismo primitivo. Pero también comprendió que, frente a las nuevas fuerzas económicas, ya no podía vivir en armonía con la moral cristiana ni alcanzar la salvación haciendo buenas obras. Por esta misma razón, experimentó cierto malestar. En periodos de crisis económica y agitación social, se rebeló contra la competencia de las iglesias y monasterios, y contra los impuestos en oro que la Curia recaudaba

anualmente en su país. Además, atribuyó a estas circunstancias parte de la responsabilidad de la infelicidad social. En resumen, la burguesía encarnaba la idea nacional en Alemania, lo que le bastaba para luchar contra el Papado. Ya en tiempos de Luis de Baviera, los ciudadanos estaban en contra del Papa y a favor del establecimiento de un imperio nacional. La Reforma luterana no fue más que la expresión intelectual de las aspiraciones burguesas.

Puede considerarse sobre todo como un intento de superar la crisis moral en la que se debatían los principales sectores de la burguesía, crisis provocada por la contradicción existente entre las tradiciones del cristianismo primitivo y las nuevas formas económicas, entre la moral cristiana y la moral individualista que estas formas económicas estaban desarrollando. En la época de Jesús, las capas medias de la sociedad judía atravesaban una crisis moral similar. Bajo la influencia de los fariseos, supusieron que podrían superar esta crisis mediante la severidad y la multiplicación de las normas e interdicciones religiosas, gracias a un legalismo sin límites que regulaba hasta el más mínimo detalle de cada acto de la vida. El número de leyes creció considerablemente. Su peso llegó a ser tan abrumador que aumentó aún más la dolorosa sensación de impotencia moral del hombre. En esta crisis Pablo, un verdadero fanático fariseo, sintió dolorosamente el peso de las leyes del ritual judío. Y para liberarse de la conciencia paralizante de esta impotencia inherente al legalismo judío, lo abandonó resueltamente. Rompió los grilletes que hasta entonces había considerado como un apoyo sobre los monumentos del desaliento y se postró ante Jesús, para sacar de la grandeza del crucificado, de su sacrificio expiatorio, de su gracia divina, una nueva fuerza, una nueva libertad, una nueva dignidad humana.

La Reforma, por otra parte, fue un intento de fundar una Iglesia nacional independiente del Papado. Pero también en este aspecto concreto se quedó a medio camino. Desde el punto de vista nacional, Lutero estaba realmente por debajo de un Sickinger o un Hutten. Mientras estos últimos se esforzaban por establecer un imperio nacional, Lutero se contentaba con una soberanía principesca.

4. El estallido de la guerra de los campesinos

Dos años después del final de las guerras husitas, en 1438, aparecieron los primeros síntomas serios de descontento entre las masas campesinas alemanas. En esa época apareció un manifiesto titulado *La reforma del emperador Segismundo*, que contenía las quejas y reivindicaciones de los

campesinos alemanes. El autor de este manifiesto no iba más allá del pensamiento social de la Edad Media. Sólo pedía la abolición de la servidumbre, el restablecimiento de las comunidades de bosques, prados y ríos —de las que se habían apoderado la nobleza y el clero— y la abolición de las empresas y corporaciones de comercio que explotaban al pueblo. El manifiesto se basaba en citas bíblicas que aludían al advenimiento de la Última Edad, en la que los pobres y oprimidos serían elevados a las posiciones más altas y los ricos y poderosos, rebajados. En este documento se aprecia claramente la influencia de los partidarios de Wiclef y de los taboritas. Por supuesto, el emperador Segismundo, que había enviado legiones de cruzados contra los husitas, nunca habría firmado semejante manifiesto. El documento se publicó en su nombre porque aún gozaba de gran prestigio entre las masas. Su verdadero autor pensó sin duda que mediante esta estratagema podría alcanzar mejor su objetivo.

Unos cuarenta años más tarde, en 1476, un joven sacerdote de Niklashausen, Hans Boheim, apodado el "trébol de Niklashausen", se hizo famoso en la región de Wurzburgo por sus discursos en los que profetizaba la llegada de la Era de la Igualdad. Los campesinos acudían de todas partes para escucharle. El malestar alcanzó tales proporciones que el arzobispo de Moghurtia lo hizo arrestar y quemar como hereje.

En 1493, apareció en Alsacia una asociación secreta de campesinos llamada "Bundschuh", que proponía sustituir el "derecho humano" (o derecho positivo), por el "derecho divino" (o derecho natural), y liberar al pueblo trabajador de los tributos y la opresión que lo aplastaban. Pero la asociación fue descubierta y sus dirigentes ejecutados. En 1514, en el ducado de Wurtemberg, se fundó el "Conrado de los Pobres", una asociación de campesinos y ciudadanos pobres, dirigida contra la nobleza y el patriciado. Esta organización fue finalmente destruida por la perfidia de los señores y la fuerza de las armas.

Paralelamente a este movimiento revolucionario campesino, surgió una viva agitación comunista entre los artesanos de la ciudad. En Erfurt estallaron varios levantamientos de plebeyos en 1509, en Ulm y SchwabischHall en 1511 y 1512, y en Colonia en 1513. Los predicadores de las ciudades, la mayoría de los cuales pertenecían al clero mal pagado y procedían de las clases trabajadoras más pobres, buscaban el remedio a los males sociales en la Biblia, en la legislación social de Moisés, en las condiciones de existencia de las primeras comunidades cristianas. Estos "predicadores" —como se les llamaba entonces— actuaban como intermediarios entre los comunistas y los reformadores sociales, por un

lado, y las clases trabajadoras de la ciudad y el campo, por otro. Es evidente, pues, que su acción irritaba sobremanera a los patricios, a la burguesía rica, a la alta nobleza y a los reformadores religiosos de tipo luterano y melanchtoniano. El archivero de Rotemburgo, Tomaz Zweifel, disgustado por los "predicadores", dijo: "Y así el santo Evangelio y la palabra de Dios se convierten en objeto de una dañina incomprensión. Cuando alguien habla de amor cristiano, la gente pide que todos los bienes se pongan a disposición de la comunidad y dice que hay que suprimir las autoridades, la nobleza y toda forma de dominación. En opinión del pueblo, nadie debe pedir perdón por el dinero que ha prestado". Efectivamente, ésta era la situación. Y cuando las autoridades se resistían, la insolencia popular no dudaba en acusarlas de "impedir que se predicara la Palabra de Dios".

5. Humanismo y anabaptismo

El final de la Edad Media y el comienzo de la Edad Moderna —es decir, el periodo de las revueltas campesinas en Europa occidental y central— se caracterizan por tres grandes movimientos intelectuales, que ejercieron una profunda influencia en el pensamiento y la sensibilidad de Europa:

1º) El Renacimiento (resurgimiento del arte y el pensamiento antiguos);
2º) el Humanismo (estudio sistemático de la lengua y la literatura griega y latina)
3º) la Reforma (reforma nacional de la Iglesia).

El Renacimiento y el Humanismo hicieron que la sensibilidad y el pensamiento antigriegos, el libre examen y la autoridad de la razón adquirieran una importancia progresiva junto a la crítica católica. Todo lo que la Edad Media había conocido respecto a los griegos y los latinos había quedado subordinado a la autoridad de la Iglesia. Todo el saber medieval en este campo estaba al servicio de la Iglesia. Fue a partir del siglo XIV cuando la Antigüedad se convirtió en una autoridad independiente y pasó a ser objeto de estudio por separado. Los tesoros de la literatura griega comenzaron a ser traducidos al italiano, alemán, holandés, inglés y francés por eruditos griegos que, huyendo de la dominación turca, se refugiaron en Italia y se establecieron en Florencia, principal centro intelectual del país. en aquella época. La lengua y la literatura griegas se difundieron así. Tomás de Kempis envió a Florencia a seis de sus mejores discípulos para que estudiaran allí el griego. Ya hemos tenido ocasión de decir que las enseñanzas de los Hermanos de la Vida Común prestaban especial atención al Humanismo.

La decadencia de la Edad Media significó, entre otras cosas, la muerte de la escolástica y de su principal autoridad filosófica: Aristóteles. La escolástica fue sustituida por el libre examen, por el creciente prestigio de la razón. Aristóteles dio paso a Platón, que se convirtió en el autor favorito de los humanistas, no sólo por la belleza sin igual de su estilo, sino también por la riqueza de su pensamiento filosófico y político y la nobleza de su espíritu. En Florencia se fundó una Academia Platoniana, frecuentada por un gran número de estudiantes de otros países. La imprenta, inventada poco antes, permitió que el conocimiento de los tesoros de la Antigüedad clásica se difundiera rápidamente por toda Europa occidental y central. A través de la *República* y las *Leyes* de Platón, los humanistas, que abogaban ardientemente por las reformas sociales, conocieron el comunismo. Dos famosos humanistas, Erasmo de Rotterdam (1467-1536) y el inglés Tomás Moro (1480-1535), se convirtieron en partidarios del comunismo. Moro es el autor de *Utopía* (1516), que estudiaremos más adelante. Erasmo, que gozaba de un inmenso prestigio e influencia entre sus contemporáneos, proporcionó a los teólogos una versión griega del Nuevo Testamento y de los escritos de los Doctores de la Iglesia. En su Exégesis, Erasmo interpretó las enseñanzas de Jesús desde un punto de vista perfectamente en armonía con el espíritu de Platón y de la escuela estoica. En una palabra: transformó la teología en simple filosofía moral.

> "Un cristiano —decía—, no debe tener nada propio, porque todo lo que posee viene de Dios. Y Dios no dio los bienes de la tierra a cada hombre individualmente, sino a la colectividad".

Cuando Moro publicó su *Utopía*, Erasmo trató de darla a conocer a su amigo Ulrich de Hutten. El humanista suizo publicó una segunda edición de *Utopía* en Basilea en 1513 y la tradujo al alemán en 1524. Esto demuestra el interés que despertó el comunismo en nuestra época.

En general, puede decirse que todos los humanistas fieles a la Iglesia católica simpatizaban con el comunismo o, al menos, eran partidarios de una profunda transformación social. Además, creían en la salvación mediante la práctica de las buenas acciones. Los humanistas luteranos, en cambio, eran anticomunistas, conservadores, animados por un espíritu pequeñoburgués de miras estrechas, como Melanchthon, el mayor conocedor de las lenguas griega y latina de Wittemberg. Luchó con enormes dificultades cuando intentó rebatir los pasajes de la literatura latina, de los Doctores de la Iglesia y del Nuevo Testamento, favorables al comunismo. Para Melanchthon, Aristóteles, defensor de la propiedad privada, valía más que la comunidad cristiana de Jerusalén, o San Ambrosio o San Crisóstomo. Ya hemos visto que la Reforma fue en gran medida

consecuencia de la crisis moral de la burguesía de la época. Por eso repelía instintivamente todo lo que tuviera cierto carácter proletario y comunista. Lutero no soportaba la *Epístola* de Santiago y el *Apocalipsis*, por su carácter proletario y chilástico, y porque afirmaban que la salvación sólo podía obtenerse mediante buenas obras.

Los escolásticos, discípulos de Occam, dejaron profundas tendencias comunistas en el pensamiento alemán.

Gabriel Biel, profesor de teología en Tubinga, enseñaba que la propiedad privada era consecuencia del pecado. Siempre mantuvo la idea de la igualdad primitiva de todas las personas. Mucho más duradera e intensa fue la influencia ejercida por el movimiento bautista, que surgió desde el comienzo de la actividad de Lutero y se desarrolló con el movimiento revolucionario de los campesinos. Apareció por primera vez en Turingia, en Sajonia, en Suiza, y desde estos puntos se extendió al sur de Alemania, a Austria, Moravia, etc. Este movimiento es conocido en la historia como movimiento anabaptista, porque sus seguidores consideraban nulo el bautismo de los recién nacidos y, basándose en el ejemplo de San Juan Bautista, exigían el bautismo de los adultos como símbolo de la admisión del creyente en la comunidad cristiana. De hecho, para ellos, el bautismo no era más que un símbolo. Lo que nos interesa especialmente de este movimiento es su comunismo bíblico. En el corazón del movimiento estaban en juego las tradiciones de todos los movimientos heréticos de la Edad Media. Los anabaptistas se tomaron muy en serio la ética social del Nuevo Testamento. Se esforzaban por aplicar en la práctica las prescripciones contenidas en el Sermón de la Montaña y trabajaban creyendo en el próximo advenimiento de la Era Apostólica y el Reino de Dios. Casi todos los adeptos eran artesanos. Sus líderes, en su mayoría, eran profundos conocedores de las humanidades y la teología. Todos reconocían, en principio, la comunidad de bienes, aunque no se ponían de acuerdo sobre cómo alcanzarla. Entre ellos había dos corrientes principales. Los bautistas suizos, encabezados por Hans Denk, Conrad Grebel, Felix Manz, Baltasar Hubmetier, repudiaban toda violencia y todas las restricciones impuestas por el Estado, mientras que un gran número de bautistas alemanes, que vivían en el cargado ambiente de la inminente revuelta campesina, admitían el uso de todos los medios, incluida la violencia. Esta era particularmente la opinión de Tomaz Münzer. Por el contrario, Karlstadt y Sebastian Franck, que en general estaban de acuerdo con las concepciones de Münzer sobre el objetivo a alcanzar, se oponían a la violencia. En cualquier caso, todos los bautistas y comunistas suizos y alemanes adoptaron una actitud de abierta hostilidad hacia los reformadores religiosos, como Lutero, Zwinglio y Calvino.

6. Sebastian Franck y Thomas Münzer

Sebastian Franck (nacido en 1500, en Donauworth, fallecido en Basilea en 1542), fue contemporáneo de Münzer, más joven que él en diez o doce años. Ambos eran teólogos, que al principio se adhirieron con entusiasmo al movimiento puesto en marcha por Lutero, pero, disgustados por el dogmatismo y la limitación pequeñoburguesa de éste, se separaron de él para seguir caminos diferentes. Münzer se convirtió en un líder revolucionario y Franck en un escritor comunista y místico. En 1528, Franck renunció a su trabajo de impresor y comenzó a vivir del trabajo manual, dedicándose a diversos oficios: impresor, jabonero, etc. A continuación escribió varios libros. Su profesión de fe comunista se encuentra en su obra principal, *Las Paradojas* (1534). *Las Paradojas* demuestran que el autor estaba muy familiarizado con los escritos de los Doctores de la Iglesia y la mística alemana. El autor comienza explicando el significado de la palabra paradoja. Esta palabra, dice, significa algo que es verdad, pero que todo el mundo piensa que es falso. Su libro contiene 280 paradojas. La 153 afirma lo siguiente:

"Lo común es digno, lo mío y lo tuyo es indigno".

Franck pretende demostrar la falsedad de la concepción actual según la cual el término "común" es sinónimo de "malo". Nuestro lenguaje es tan burgués que la noción de "común", que originalmente significa la vida común del pueblo, se confunde generalmente con la noción de "malo", de "bajo", de "inmoral". Franck protesta contra esta confusión.

> "Deberíamos —dice—, tener todo en común, igual que tenemos en común la luz del sol, el aire, la lluvia, la nieve y el agua, como muestra Clemente.… Nuestro Dios común ha hecho todas las cosas comunes, dignas y libres.… La noción de común es un principio innato en el espíritu de los hombres, por eso fue Dios mismo quien estableció la comunidad de las cosas… Lo común, que el mundo juzga indigno, Dios lo considera lo único digno. Dios juzga lo mío y lo tuyo como malo. Por eso todas las cosas eran comunes en la primera comunidad cristiana. Por eso todo debe ser común a los cristianos. Cuanto más común es una cosa, más noble es. Cuanto más noble, más común… La propiedad privada es contraria a la naturaleza… "

Franck no tomó parte en las luchas de la época. Se dedicó exclusivamente a sus obras y libros. Publicó más de una docena de obras. Münzer poseía un temperamento completamente diferente. Era un hombre de acción, un revolucionario nato. Siempre del lado de las masas oprimidas, contra los señores y los poseedores, siempre contra los reformistas dictatoriales. Era bajo de estatura, de tez morena y pelo negro, mirada ardiente y elocuencia vigorosa y fácil. No era un hombre de partido, sino un temperamento de tendencias anarquistas, de carácter independiente, absoluto, voluntarista, obediente sólo a su propia inspiración, y valiente hasta la temeridad. Nació en Stolberg, en Hartz. Recibió una excelente educación, estudió teología en Leipzig (1506) y en Frankfurt, y vivió algún tiempo en Halle, donde, en 1519, entró en contacto con Lutero, que había ido allí con Karlstadt para mantener una polémica pública con Eck. Atraído por la acción de Lutero, Münzer trabajó al principio para la Reforma. Gracias a una recomendación de Lutero, obtuvo un puesto como capellán en Zwickau, donde tuvo trato con los anabaptistas. Esto influyó decisivamente en su actividad. A partir de entonces, se orientó hacia el misticismo. Leyó teología alemana, las obras de Tauler, de Joachim de Flora, y se pronunció a favor de una profunda reforma de la sociedad sobre bases místicocomunistas. A partir de entonces, la ruptura con Lutero fue inevitable.

Los cuatro o cinco años que le quedaban de vida fueron años de inquietud, peregrinaciones y luchas. Pronto fue apartado de su puesto de predicador en Zwickau. Fue a Praga, luego a Nordhausen, y permaneció algún tiempo en Alstaedt, descansando. Allí elaboró una reforma del culto y se dedicó en cuerpo y alma a la agitación comunista. Sus sermones contra príncipes, señores y ricos fueron acogidos con entusiasmo por la población trabajadora y rural de la región. Su influencia llegó a ser tan grande que los príncipes sajones, inspirados por Lutero, no se atrevieron a entrar en lucha armada contra él.

El levantamiento general de los campesinos, que se estaba organizando en todo el suroeste de Alemania, levantó algunas olas en Turingia. Münzer aconsejó a sus seguidores que esperaran pacientemente la ocasión oportuna para rebelarse. Pero pronto comenzó a organizar la revuelta, fundando para ello una asociación secreta "contra los enemigos del Evangelio". Münzer extrajo sus ideas comunistas no sólo de la Biblia y los escritos de los Doctores de la Iglesia y los místicos, sino también de la *República* de Platón. En 1524 anunció a sus fieles que era inminente una profunda transformación del mundo que entregaría el poder en manos del pueblo. Esta creencia estaba entonces muy extendida en Alemania, y más de un príncipe religioso la compartía íntimamente.

Tras recorrer la región de Mansfeld, Münzer se dirigió a Mulhausen, una de las ciudades más ricas de Turingia, en la que, desde 1523, el predicador Heinrich Pfeiffer había azuzado al pueblo contra el patriciado y el alto clero con tal intensidad que el Consejo se había visto obligado a democratizar la administración de la ciudad. Münzer encontró el terreno ya allanado en Mulhausen. Pero, cediendo a la presión de Lutero, el consejo impidió a Münzer y Pfeiffer continuar con su agitación y les ordenó abandonar la ciudad. Münzer se separó entonces de su colega y fue a Nuremberg para publicar un folleto contra Lutero. Permaneció algún tiempo en la frontera germanorusa, manteniéndose en estrecho contacto con los anabaptistas y observando atentamente los primeros síntomas de la insurrección campesina general. En el cantón de Hegau, cerca de la frontera suiza, los campesinos ya se habían sublevado durante el verano de 1524. Münzer permaneció algún tiempo en la región, predicando la reforma agraria del Antiguo Testamento (el Año Jubilar). Cuando vio que la insurrección general eslava estaba a punto de estallar, se dirigió a la región donde antaño había hecho su agitación, para ponerse a la cabeza del movimiento revolucionario en Turingia y en la región de Mansfeld.

7. La guerra de los campesinos

En marzo de 1525 se produce el movimiento revolucionario general. De Allgau a Hartz, de Wasgau a Bohemia los campesinos, así como las capas más pobres de la población de las ciudades, se unieron en masa a la lucha. Algunos pedían democracia y reforma agraria, otros la instauración del comunismo integral. Pero el núcleo principal del movimiento eran las masas campesinas, cuyo programa de reivindicaciones contenía los doce artículos siguientes:

ARTÍCULO 1 — Nuestro deseo es, en primer lugar, que, a partir de hoy, cada comuna tenga derecho a elegir por sí misma a su pastor y a destituirlo si su conducta no es irreprochable.

El pastor, así elegido, debe predicarnos el santo Evangelio con claridad, sin tergiversarlo, sin añadidos humanos, y debe darnos a conocer la verdadera fe. Porque si Dios nos da motivos para implorar su misericordia, es porque quiere infundir esta fe en nuestros corazones.

Si no nos concede la gracia, seremos para siempre carne y sangre (Deut. XVII. Éxodo XXXI, Deut. X, Juan VI) cosas absolutamente inútiles, como lo prueba la Escritura. Porque sólo por la verdad podemos volvernos a Dios, y es por su misericordia que podemos obtener la salvación. Por eso

es sumamente necesario que tengamos un pastor según el modelo trazado por la Escritura.

ARTÍCULO 2 — Estamos dispuestos a pagar el diezmo del grano, diezmo que el Antiguo Testamento instituyó y el Nuevo Testamento abolió, siempre que se pida de manera razonable, es decir, para Dios.

Nos parece, pues, justo que este diezmo se entregue al pastor que proclama claramente la palabra divina, y, con este fin, los agentes de nuestra comuna se encargarán de recibirlo y remitir una parte al pastor, que lo utilizará únicamente para su propio sustento y el de su familia.

Una parte del resto se distribuirá entre los pobres y necesitados de la ciudad según sus respectivas situaciones, y la distribución la hará uno de nuestros agentes.

Si, por ventura, uno o varios municipios, apremiados por la necesidad, venden este diezmo, el comprador honrado que muestre sus documentos de compra no perderá nada, y llegaremos a un acuerdo con él, amigablemente y según la justicia y el derecho cristianos. Pero quien no pueda exigir estos documentos probatorios de la compra, o quien, en su persona o en la de sus antepasados, se haya apropiado violenta y subrepticiamente de este derecho, será privado por nosotros de lo que posea, ya que el diezmo sólo está autorizado por la Escritura, para el sostenimiento de los pastores y de los necesitados.

En cuanto al pequeño diezmo, no queremos en ningún caso pagarlo porque, de hecho, Dios creó el ganado para que los hombres hicieran libre uso de él. Por esta misma razón, consideramos que el pequeño diezmo es algo injusto, inventado por los hombres, y desde ahora declaramos que ya no estamos dispuestos a pagarlo.

ARTÍCULO 3 — Hasta ahora hemos sido considerados siervos, dignos de lástima. Pero Cristo nos ha salvado y redimido por la sangre preciosa, que derramó por todos, tanto pastor como gran señor, sin excepción alguna.

Hemos nacido libres, como enseña la Sagrada Escritura. Seamos libres, pues, no porque simplemente deseemos la libertad y repudiemos cualquier tipo de autoridad. No, Dios no nos enseña esto.

Queremos ser libres porque anhelamos vivir según la ley divina, que nos enseña que debemos obedecer a la autoridad y que también nos enseña la humildad hacia nuestros semejantes. Estamos dispuestos a obedecer voluntariamente a la autoridad que hemos elegido y establecido, la que Dios nos ha dado.

Finalmente, estamos seguros de que se nos concederá, espontáneamente, la condición de hombres libres, digna de buenos y verdaderos cristianos;

de lo contrario, queremos que se nos muestre, en la Escritura, lo que somos.

ARTICULO 4 — Hasta el día de hoy ha estado en vigor la costumbre de impedir al campesino disponer libremente de la caza, de las aves y de los peces. Esto nos parece injusto, infiel, egoísta y contrario a la Palabra de Dios.

En algunos lugares, los amos llegan a negarse a reconocer el daño que nos hace su ganado. Y nos hemos visto obligados a soportar que los campos que Dios hace fructíferos para el bien del hombre sean devastados por animales privados de razón, lo cual es el colmo de la locura y la tiranía humanas, porque cuando Dios el Señor creó al hombre, le dio todo el poder sobre las bestias de la tierra, sobre las aves del cielo y los peces de las aguas.

La fruta es también el apetito del hombre, y todo pobre debe tener derecho a comerla cuando la necesite para saciar su hambre.

Si un individuo posee una propiedad y puede probar, por medio de documentos, que fue adquirida a costa del sudor de su frente, no queremos que ese individuo, por medio de la violencia, sea privado de lo que tiene. Pero en cuanto a aquel que no pueda probar satisfactoriamente su derecho a la posesión, pensamos que su propiedad debe ser confiscada por la comuna y puesta a disposición de todos.

ARTICULO 5 — Tenemos ahora, en quinto lugar, que protestar contra la cuestión de la leña. De hecho, nuestros señores se han apoderado de todos los bosques. Y cuando el campesino necesita leña, no tiene más remedio que comprarla por dos florines.

Si los señores, eclesiásticos o no, poseen bosques sin haberlos comprado nunca, deseamos que dichos bosques sean entregados a la comunidad para que todos sus miembros puedan recoger la cantidad de leña capaz de abastecer sus necesidades.

Del mismo modo, si un particular necesita leña para construir una casa, puede recogerla sin pagar nada a nadie, sino sólo informando a las personas designadas por la comuna para cuidar sus bosques.

Si se han comprado bosques, la comuna debe llegar a un acuerdo amistoso, fraternal y cristiano con sus propietarios. Si los bosques comprados en un determinado momento han sido revendidos posteriormente, todo debe arreglarse, siempre en armonía con los principios del amor fraterno y con los preceptos establecidos en la Sagrada Escritura.

ARTICULO 6 — Deseamos, en sexto lugar, protestar contra la servidumbre que crece y aumenta día a día, y rogamos que se nos trate con más indulgencia, y no se nos oprima con tanta crueldad. Pero es de notar

que seguimos deseando que nuestros servicios sean distribuidos con equidad, porque hacemos —siguiendo el ejemplo de nuestros países— lo que ha sido establecido por la Palabra de Dios.

ARTICULO 7. Declaramos, en séptimo lugar, que, desde este momento, ya no queremos que nos sobrecarguen de trabajo. Cuando alquilan algo perteneciente a los campesinos, éstos deben seguir poseyéndolo una vez finalizado el contrato establecido. El señor, por su parte, ya no debe exigirle ningún servicio gratuito ni ninguna otra cosa, para que, liberado de las cargas que antes le agobiaban, el campesino pueda disfrutar de lo que tiene.

Pero si, por el contrario, el amo exige algún servicio, el campesino, tras recibir una compensación razonable, debe prestárselo y serle fiel, siempre que no se vea perjudicado por ello.

ARTÍCULO 8 — Nosotros —y particularmente entre nosotros, los que poseen propiedades— nos quejamos de que estas propiedades no pueden soportar los impuestos que se les imponen, impuestos que son la causa de la ruina de los campesinos.

Por lo tanto, queremos que vengáis a examinar nuestra propiedad y a determinar los impuestos que debemos pagar con justicia, para que los campesinos no trabajen más en vano, pues todo trabajador es digno de su salario.

ARTÍCULO 9 — Tenemos aún un noveno agravio en el gran daño que nos hace la continua creación de leyes: ya no se nos castiga por las faltas o circunstancias presentes. Los castigos que nos imponen se deben al odio, o a favorecer a alguien. Por eso pensamos que en adelante ya no se nos debe castigar arbitrariamente, sino según la ley escrita y las circunstancias de nuestras faltas.

ARTÍCULO 10 — Protestamos, en décimo lugar, contra el hecho de que ciertos hombres se hayan apropiado de los prados y campos pertenecientes a la comunidad. Deseamos que estos campos y prados vuelvan a ser propiedad de la comunidad, excepto cuando hayan sido adquiridos legítimamente.

Si la compra no se ha hecho legalmente, las dos partes llegarán a un acuerdo amistoso según las circunstancias.

ARTÍCULO 11 — Deseamos que la costumbre llamada "caso de muerte" sea definitivamente prohibida.

No podemos soportar ni tolerar por más tiempo que se despoje descaradamente a las viudas y huérfanos de lo que les pertenece, lo que ocurre con frecuencia.

En realidad, quienes deberían ser sus protectores son los que les privan de todo. Incluso cuando estas personas despojadas sólo tienen bienes de valor insignificante, y por pequeño que sea su valor, siempre se les priva de lo que poseen. Dios no puede querer que tal costumbre siga existiendo. Debe ser abolida definitivamente. En cuanto a nosotros, declaramos que de ahora en adelante no venderemos la menor parte de nuestras posesiones.

CONCLUSIÓN — Este duodécimo artículo pone punto final a nuestra conclusión. Si uno o más de los artículos que se han expuesto anteriormente no están en conformidad con la Palabra de Dios, renunciaremos de buena gana a esas disposiciones, siempre que podamos convencernos del error por las Escrituras."

Los doce artículos de los campesinos alemanes están redactados con gran habilidad. Son a la vez razonables, moderados, respetuosos e intransigentes. Leyendo estos artículos, se ve que los campesinos, que han expresado en ellos sus reivindicaciones, son conscientes de su propia dignidad, de sus derechos y de sus deberes. Exigen una administración democrática de la Iglesia, la supresión de todas las arbitrariedades practicadas por el clero, así como de todos los impuestos que no se basen en textos bíblicos. Al mismo tiempo, exigen la abolición de la servidumbre, el restablecimiento de los derechos comunitarios sobre el agua y los bosques y la reducción de los impuestos feudales pagados como en otros tiempos. También exigen un impuesto rural moderado, la abolición de todos los castigos arbitrarios y el establecimiento de una jurisprudencia imparcial. Por último, reclaman todas las tierras que la nobleza les ha arrebatado injustamente, proponiendo que estos dominios vuelvan a ser propiedad de la comunidad.

La guerra de los campesinos alemanes se desarrolló del mismo modo que la de los ingleses. Al principio, los campesinos obtuvieron importantes victorias. Pero luego se dejaron engañar por las negociaciones amañadas mediante las cuales los príncipes sólo buscaban ganar tiempo para poder reunir a sus tropas y pasar a la contraofensiva. Además, la ausencia absoluta de organización, la falta de unidad y de dirección fueron factores que anularon cualquier posibilidad de victoria de los campesinos. Sus diferentes grupos fueron sucesivamente derrotados por los nobles. En otoño de 1525, el movimiento había sido aplastado. Cabe señalar que Lutero se puso del lado de los príncipes y las autoridades, es decir, de las fuerzas que luchaban contra los campesinos insurgentes. Lutero sólo poseía una pequeña parte del sentimiento paulino. Y esta parte no era ciertamente la mejor. En el corazón de Lutero no latía el exaltado sentimiento del amor al prójimo. Tampoco poseía Lutero la elevada

conciencia moral del apóstol Pablo ni de ninguno de los grandes místicos alemanes.

La represión fue atroz. "Después de ser vencidos por la fuerza de las armas", escribe un escritor patriótico, "los campesinos fueron castigados, no con varas, sino con escorpiones. A los horrores de la insurrección siguió una reacción diez veces más horrible. Unos 100.000 campesinos fueron masacrados. Los líderes del movimiento rebelde, que no pudieron escapar antes de ser ejecutados, sufrieron salvajes torturas. Un gran número de campesinos tuvo que soportar el yugo de la servidumbre. Por eso el pueblo se volvió escéptico. Por eso los campesinos sajones ridiculizaban a Lutero y decían: "¡Y este asqueroso todavía tiene el valor de hablarnos de Dios! ¿Quién puede saber quién es Dios? Puede alguien afirmar siquiera que existe?".

8. Represión del movimiento anabaptista

Las clases dominantes victoriosas nunca se quedan a medias cuando se trata de represión. Explotan al máximo sus triunfos. Y su represión contra los vencidos es tanto mayor cuanto mayor es el peligro que les amenaza. Cuando la revuelta campesina ya estaba aplastada, las clases dominantes desencadenaron una tremenda campaña de exterminio contra el movimiento anabaptista. Miles de anabaptistascomunistas fueron quemados, decapitados o ahogados. En Austria, Alemania, Suiza y Holanda, los anabaptistas corrieron, de 1527 a 1536, la misma suerte que los cátaros de la Edad Media. Ni siquiera los anabaptistas pacifistas se salvaron. De estos últimos, miles y miles fueron arrojados a las profundidades de horribles mazmorras, expulsados del país, ejecutados, tras serles confiscados sus bienes. Pero caminaron serenamente hacia la muerte. En ningún lugar opusieron resistencia, excepto en Münster, donde los anabaptistas holandeses y alemanes hicieron un desesperado tentat, tratando de defender sus vidas, armas en mano.

Como en la mayoría de las ciudades alemanas de los siglos XV y XVI, en Münster también las capas más pobres de la población lucharon contra el patriciado y el clero. También allí estalló una insurrección campesina, pero el consejo y el clero local consiguieron apaciguarla haciendo algunas concesiones. El arzobispo de Colonia intervino y restableció el antiguo estado de cosas, lo que hizo que el movimiento anticatólico se fortaleciera. En 1531, Münster se convirtió al evangelismo. El movimiento estaba dirigido por el capellán Bernt Rothmann, ideólogo de la escuela de Melanchthon. Todos los elementos descontentos de la población —

artesanos, obreros, etc.— se reunieron en torno a él. Este estado de agitación social y religiosa se intensificó con la afluencia de un gran número de anabaptistas holandeses, entre los que se encontraban el panadero John Mathys, de Harlem, y el ejecutor John Bockelson, de Leyden, destacados sobre todo por su elocuencia y energía. Entre los anabaptistas autóctonos, el más notable era el comerciante de telas Bernard Knipperdolling. En cuanto el poder pasó a manos de los anabaptistas, el obispo de Münster movilizó sus tropas contra ellos y les declaró la guerra en febrero de 1534. Al principio, los anabaptistas lograron algunas victorias. En muchos puntos rechazaron con ventaja los ataques de las tropas del obispo, y en otros consiguieron persuadirlas para que regresaran. Pero el obispo no se desanimó por los primeros fracasos y decidió sitiar la ciudad. Llegó el momento de elegir un nuevo consejo municipal. Los anabaptistas ganaron las elecciones y se hicieron cargo de la administración. A partir de entonces fue necesario hacer la guerra y aplicar, en la medida de lo posible, los principios anabaptistas. Sólo disponemos de la información suministrada por los adversarios del anabaptismo. También en esto los anabaptistas compartieron el destino de los demás herejes de la Edad Media. Todo lo que sabemos de ellos proviene de sus oponentes.

Habiendo obtenido el poder tras las elecciones, los jefes Juan Mathys, Juan de Leyde, Knipperdolling y Krechting asumieron la dirección política de la ciudad. Para defender mejor la ciudad, asediada por las tropas del obispo, contra la posible traición de elementos antianabaptistas, los líderes del movimiento encarcelaron a los individuos más sospechosos. El objetivo de esta medida era al mismo tiempo aniquilar al enemigo interior y ahorrar alimentos. Los opositores al anabaptismo que intentaron entablar conversaciones con el enemigo fueron ejecutados. Era obvio que en su situación actual los rebeldes no podrían de ninguna manera establecer un verdadero régimen comunista. Una de las primeras medidas adoptadas fue recoger, voluntaria u obligatoriamente, todo el oro del tesoro público. Apoyándose en los textos del Evangelio, los líderes rebeldes consiguieron que los comerciantes renunciaran a comerciar. Sin embargo, intentaron fomentar la agricultura por todos los medios a su alcance. Toda la población se mantenía con fondos públicos. También se instituyeron las comidas comunales, durante las cuales se leían pasajes de la Biblia.

La vida en Münster debía organizarse según los principios del Antiguo y el Nuevo Testamento. La comunidad recibe el nombre de "Nuevo Israel". El jefe de la comunidad recibe el título de "Rey". El Consejo llamó a la "Antigua de las Doce Tribus" y a Münster la Nueva Jerusalén". Los líderes anabaptistas creían que el reino de Dios sería establecido por ellos en la tierra. Basándose en la ley del Antiguo Testamento, instituyeron la

poligamia. Los hombres podían casarse con varias mujeres. Es fácil calcular el efecto que esto causó a los adversarios del anabaptismo, que consideraron la introducción de la poligamia como la prueba más flagrante de la inmoralidad de los anabaptistas, como el mejor argumento para indisponerlos ante la opinión pública.

Durante unos quince meses los sitiados resistieron valientemente los ataques de un ejército numéricamente muy superior. Mientras tanto, los anabaptistas holandeses concentraban sus fuerzas en ayuda de Münster. Pero las autoridades holandesas reprimieron violentamente todos los intentos de los que querían ayudar a la ciudad sitiada. Al final, sin hombres ni alimentos, traicionada desde dentro y bajo la presión externa de las tropas del arzobispo, Münster capituló en los últimos días de julio de 1535. Juan de Leyd, Knipperdolling y Krechting cayeron en manos de los vencedores y fueron ejecutados el 22 de enero de 1536, tras ser sometidos a horribles torturas.

9. Epílogo

Con la caída de Münster terminó la primera revolución alemana. Los señores triunfaron en todos los ámbitos. Alemania entró en un periodo de parálisis e incluso de regresión económica, política, social e intelectual. Las flores de la cultura ciudadana se marchitaron. El desarrollo del capitalismo se detuvo. Los campesinos fueron sometidos a la servidumbre y, en algunos lugares, desposeídos por completo de sus tierras. La Reforma se impone. Fue derrotada en muchos puntos y fue una de las causas de la catástrofe de la Guerra de los Treinta Años, de la que Alemania salió exhausta, humillada y destrozada. Pero el orden había triunfado. La revolución fue derrotada y la energía del pueblo alemán deshecha durante mucho tiempo. Toda la miseria de Alemania desde 1850 hasta nuestros días fue consecuencia de la victoria de los príncipes y la nobleza sobre la primera revolución alemana. El país retrocedió varios siglos en el camino del progreso. Y cuando despertó hacia 1750, su desarrollo sólo pudo dar frutos extemporáneos. Pues Winkelmann y Goethe fueron los únicos representantes del Renacimiento alemán, así como la Iglesia de San Pablo de Frankfurt fue la única representante de la revolución burguesa alemana, y la unidad alemana está representada únicamente en Bismarck, y en Guillermo II y Bülow toda su política exterior. En sólo un siglo Alemania se vio obligada a recuperar un retraso de varios siglos. Pero ya era demasiado tarde. El sol ya no podía madurar los frutos de un desarrollo tan tardío. Pero, ¿a quién le importa? ¡El orden había triunfado!

Capítulo VI — La era de las utopías

1. El Renacimiento y el Humanismo

Las Utopías fueron escritas en el periodo comprendido entre principios del siglo XVI y finales del siglo XVIII. Este periodo histórico estuvo marcado por un considerable desarrollo de las ciencias naturales, por los grandes descubrimientos y el desarrollo de la "Ilustración" a través del dominio de la razón y de la mente humana. El espíritu del dogma fue progresivamente sustituido por el libre examen y la teología y la escolástica cedieron el paso a las ciencias naturales. La mecánica pasó a primer plano y todas las ciencias matemáticas se convirtieron en sus auxiliares. Los sabios consideraban el universo como un mecanismo maravilloso, que se movía según leyes fijas, como una máquina universal, un reloj de precisión. Evidentemente, la mera existencia de este mecanismo era, para ellos, la prueba indiscutible de la existencia de un constructor, de un Dios. Ante sus obras, la razón humana sólo podía inclinarse con respeto y admiración, sin poder desentrañar sus misterios... La religión perdió su carácter positivo y confesional. Dejó de ser cristiana, judía o pagana. Se convirtió en meramente deísta (de la palabra latina deus).

Esta nueva concepción del mundo estuvo condicionada, hacia finales de la Edad Media, aproximadamente, por la victoria del nominalismo sobre el realismo. La lucha entre estas dos corrientes filosóficas era un reflejo de la lucha entre la economía feudal y la economía urbana, es decir, entre el antiguo y el nuevo orden medieval de las cosas. En última instancia, se trataba de saber qué posición debía adoptar la razón. Los realistas, partidarios de la existencia de ideas independientes del mundo material, eran partidarios de la subordinación de la razón a la religión. Según ellos, la finalidad de la razón no debía ser la posibilidad de un libre examen, sino únicamente la creación de una base racional para las revelaciones de la fe. Dios y el mundo, la fe y el pensamiento, debían estar unidos. Los nominalistas, por el contrario, declaraban que la razón no tenía nada que ver con las cosas divinas. Dios, el alma, así como todas las verdades metafísicas, serían objeto de la fe. Pertenecían al reino de lo suprarracional. La razón, por tanto, no podría ni defenderlas ni negarlas.

Por tanto, sería inútil confiarle la solución de cuestiones que nunca podría resolver. La razón sólo sería un instrumento de uso cotidiano, para el mundo temporal. En el mundo temporal, podría actuar con la mayor libertad, sin estar subordinada a la autoridad de la Iglesia.

Los realistas sólo conocían un tipo de verdad. Lo que es verdad en religión, decían, debe ser igualmente verdad en la vida temporal. Los nominalistas, en cambio, sostenían la existencia de dos categorías diferentes de verdades: las verdades de fe y las de razón. Aparentemente, las primeras estaban en un nivel inferior, porque sólo admitían una categoría de verdades; pero no hay que olvidar que éstas debían estar subordinadas a la religión. Cuando un sabio llegaba a conclusiones opuestas a las verdades de fe, debía elegir entre abjurar de sus "errores" o someterse al juicio de un tribunal de la Inquisición. Por esta razón, muchos sabios preferían mantener en secreto los resultados de sus investigaciones, para divulgarlos después de la muerte. Fue el caso, por ejemplo, de Abelardo, Copérnico, Galileo, Giordano Bruno, etc. Los nominalistas, que reconocían dos clases de verdades, eran cristianos más piadosos y más fieles a sus ideas religiosas. No se atrevían a someterlas a la crítica de la razón. Por lo demás, dejaban que la razón se moviera libremente en el ámbito de las cosas temporales. El descubrimiento de Copérnico, que demostraba que la Tierra se mueve alrededor del Sol, no podía hacer tambalear ni un ápice la fe de un nominalista en las Sagradas Escrituras. Esta corriente escolástica tuvo importantes consecuencias. La razón, liberada de su papel de sierva de la fe, pudo trabajar libremente por el desarrollo de las ciencias naturales y el nuevo orden económico. Poco a poco, sin embargo, salió del círculo en el que la habían encerrado los nominalistas y, a su vez, llevó a la religión ante su tribunal. El racionalismo progresó. Los milagros que la razón fue capaz de realizar en el campo de las ciencias naturales aumentaron considerablemente su prestigio, y los hombres se volvieron cada vez más hacia ella para utilizar sus servicios. Incluso le atribuyeron un poder creador. La razón, actuando en el cerebro de los grandes legisladores y filósofos, podía crear comunidades perfectas, pueblos felices y virtuosos. ¿No sería natural, por tanto, rendirle culto, como se hizo durante la Revolución Francesa?

El nominalismo triunfó con el Renacimiento, con la resurrección de las artes y la literatura antiguas. Sin embargo, el Renacimiento fue mucho más que eso. Hizo resurgir el espíritu europeooccidental, en detrimento del espíritu medievaloriental, que despreciaba totalmente la razón y las bellezas materiales de la existencia. Europa se dispuso a retomar el hilo de su desarrollo donde lo había dejado el mundo antiguo, y en adelante pasó a considerar la Edad Media como la época del oscurantismo y la barbarie. Los europeos se sacudieron violentamente el yugo de la conciencia medieval. Esto fue especialmente cierto en el caso de los políticos y artistas italianos. En cambio, en los países germánicos, cuyos vínculos con el Imperio Romano eran muy débiles, la Reforma obstaculizó, si no impidió

por completo, el progreso del Renacimiento. En Italia, la vida urbana y la economía eran más antiguas e intensas, y sus vínculos con el mundo antiguo más estrechos. En Italia, por tanto, la crisis moral de la que hablamos en relación con la Reforma fue sólo perceptible. Los Papas eran más soberanos temporales que pastores espirituales. El Papa Alejandro VI (1492-1502) y sus hijos César y Lucrecia Borgia vivieron de forma muy material, incluso inmoral. César Borgia, que reinó en Rumanía, era el modelo del "Príncipe" descrito por Maquiavelo, es decir, como un hombre de Estado, absolutamente libre de todo prejuicio y escrúpulo moral. Savonarola, el dominico fanático que se levantó contra este estado de cosas, fue ejecutado en 1498. Alejandro VI y sus sucesores, los Papas Julio II (1503-1513), León X (1513-1521) y Clemente VII (1523-1534) favorecieron el renacimiento del arte y la literatura antiguos y protegieron a los artistas famosos de su época: Leonardo da Vinci, Rafael, Corregio y Miguel Ángel.

Los humanistas estaban mucho más cerca de los nominalistas que de los líderes del Renacimiento. Conocedores de la lengua y la literatura de Grecia, conocedores de Platón y de la filosofía estoica, podían tener, teóricamente, una visión más amplia y libre de la religión y la moral. Pero a pesar de ello, siguieron siendo, conscientemente o no, partidarios de las dos categorías de verdad: las verdades de fe y las de razón. Admiraban a Platón, y aún más a Jesucristo. Rendían homenaje tanto a la filosofía como a los dogmas cristianos. Respetaban tanto la autoridad del Papa como la de la razón. Eran hombres de transición, pertenecientes al pasado y al futuro. Entre ellos, uno de los más notables fue Tomaz More, que escribió una utopía comunista basada en la razón y la moral, y murió en el cadalso como católico fiel al Papa. El gran utopista italiano, el dominico Tomaz Campanela, también adoraba la razón y las ciencias naturales, pero respetaba sin embargo la autoridad del Papa y los santísimos sacramentos…

2. Materialismo y ley natural

El desarrollo intelectual de los individuos —y de los pueblos— está sometido a una ley común: cuando los individuos o los pueblos se desprenden de la religión positiva, adoptan una moral racionalista. Esto es lo que ocurrió en Grecia. Cuando la mitología griega perdió su fuerza, toda la filosofía se volvió moral y racionalista. La obra de Sócrates (469399 a.C.) es una prueba de este hecho. Entre los romanos, a partir del último siglo A. Entre los romanos, a partir del último siglo a.C., la filosofía estoica se

desarrolló en idénticas circunstancias. Lo mismo ocurre cuando la filosofía escolástica comienza a derrumbarse. El prestigio de la moral basada en la razón aumentó y esta moral se convirtió, en los siglos XVII y XVIII, en el tema principal de la especulación filosófica. Se llegó incluso a justificar el cristianismo diciendo que su moral correspondía exactamente a la moral dictada por la razón. Se pensaba que las verdades morales eran tan sólidas que no necesitaban ningún apoyo religioso o extraracional. La moral podía enseñarse del mismo modo que la escritura y la aritmética.

Entonces sería posible formar hombres morales del mismo modo que se forma a médicos, ingenieros, etc… Cuando se admite el poder supremo de la razón, cuando se establece, en consecuencia, que el pensamiento determina la voluntad, esta conclusión se impone. En el siglo XVIII, la tesis de que todo puede conseguirse mediante la educación se tomó como un axioma, como una verdad incontrovertible. Por educación se entendía no sólo lo que se aprende en la escuela, sino también lo que el hombre puede asimilar en la vida cotidiana, en la sociedad y en el Estado, mediante las buenas instituciones, las buenas leyes y las buenas costumbres que deben existir en una sociedad comunista.

Cuando la filosofía, bajo la influencia del desarrollo de las ciencias naturales, se volvió sensualmaterialista, es decir, cuando la filosofía comenzó a afirmar que en nuestra razón no hay ideas innatas y que la razón humana no es más que una "tabla rasa" que recibe, a través de los sentidos, impresiones externas y las transforma en ideas; Cuando, en consecuencia, la filosofía comenzó a afirmar que las ideas no son más que un reflejo del mundo externo, los hombres llegaron naturalmente a la conclusión de que si queremos obtener ideas justas y acciones justas, será necesario transformar el mundo externo, la sociedad, el Estado, en una palabra —todo el orden humano— según los dictados de la razón. Lógicamente, si queremos tener buenos ciudadanos, es decir, ciudadanos capaces de poner el interés general por encima de los intereses particulares, debemos comenzar por la transformación comunista de la sociedad para construirla sobre la base del interés general. Esta transformación del mundo exterior repercutirá inevitablemente en el mundo interior de los individuos, en el mundo de las ideas, es decir, en el cerebro humano. Nuestro pensamiento y nuestra acción se volverán inevitablemente comunistas, porque la causa determina el efecto correspondiente.

A la acción de este nuevo orden de ideas se añadió el reforzamiento de las ideas sobre el derecho natural provocado por los experimentos realizados en los países recién descubiertos (América). En efecto, allí vivían pueblos sin Estado y sin propiedad privada. Era fácil llegar a la conclusión de que

cuanto más cerca están los hombres de la naturaleza, menos conocen la propiedad privada y la sujeción al Estado. Las "utopías" empezaron a trasladarse a países lejanos y desconocidos cuya organización social se describía como el reino de todas las virtudes. Este fenómeno también se observó tras la campaña de Alejandro Magno en Asia. La mayoría de los juristas y filósofos modernos están absolutamente convencidos de que, primitivamente, en el estado de naturaleza, los hombres vivían bajo regímenes más o menos similares al comunismo. Por eso concluyen que el régimen comunista es conforme a la naturaleza. Los ejemplos en apoyo de lo que afirmamos podrían llenar un libro entero. Como no queremos extendernos en este tema, nos limitaremos a citar la opinión del jurista moderno más destacado: Hugo Grocio (15381645).

En un libro titulado *Sobre el derecho de guerra y de paz* (1625), Grocio escribe lo siguiente:

> "Inmediatamente después de la creación del mundo, Dios sometió todas las cosas de orden inferior a la voluntad del hombre. Por eso, al principio, cada individuo podía apoderarse de lo que quisiera y consumir lo que quisiera. Pero tal estado de cosas no podía durar mucho tiempo. Mientras los hombres vivieron en la simplicidad, o estuvieron unidos por un gran amor mutuo, este estado de cosas existió. Algunos pueblos de América vivieron así durante muchos siglos, en virtud de la sencillez de sus costumbres. Los eseus, y más tarde los primeros cristianos de Jerusalén, vivían también en un régimen semejante, porque los hombres estaban unidos por una poderosa amistad recíproca".

Si el comunismo corresponde al estado de naturaleza, es por tanto natural, es decir, está en armonía con la naturaleza humana y es racional. El problema se reduce entonces a construir una sociedad sobre bases naturales y racionales. Los males existentes en una sociedad basada en la propiedad privada son, pues, inevitables. Es la consecuencia del orden económico antinatural e irracional imperante.

Si comparamos este comunismo con el de la Edad Media, vemos que presenta ya un nuevo punto de vista. En la Edad Media, la lucha se libraba en el terreno moral y religioso: era la lucha entre el Bien y el Mal. Ahora se libra en el terreno intelectual: es la lucha entre la verdad y el error, entre la ciencia y la ignorancia. El antagonismo moral desempeña aquí un papel secundario, porque no es más que la consecuencia del antagonismo intelectual. Pues de la verdad nace el bien y del error el mal.

Capítulo VII — Las utopías inglesas

1. Tomás Moro

Tomaz More nació en Londres en 1476. El padre de Moro, juez, dio a sus hijos una educación esmerada. Tomás asistió a la escuela de latín y luego a la Universidad de Oxford, que en aquella época era el centro de la escolástica y del humanismo en Inglaterra. Por deseo de su padre, Tomás Moro estudió también jurisprudencia en Londres y se licenció en Derecho. Pero, atraído por su vocación por la filosofía, la teología y la sociología, estudió a Platón y a San Agustín, ganándose rápidamente la reputación de uno de los más grandes humanistas de la época. Al igual que sus predecesores Duns Scott y Occam, Moro quiso ingresar en la orden franciscana. Pero convencido de que no podría observar el voto de castidad, renunció a este proyecto.

Se casó, fue padre, se entregó en cuerpo y alma a su profesión y alcanzó un lugar destacado en la sociedad londinense. Fue miembro del Parlamento, consejero de los mercaderes de Londres y encargado de dirimir sus disputas con la Hanse alemana, misión que cumplió con éxito. En 1515, el rey Enrique VIII le envió a Amberes para negociar asuntos de interés comercial entre Inglaterra y Flandes. A pesar de esta misión. More tuvo tiempo para dedicarse a la redacción de una parte de su *Utopía*. En 1518 entró al servicio del Estado y en 1529 fue nombrado lord canciller, en aquella época el cargo más alto del reino. En este nuevo cargo, tuvo la oportunidad de conocer de cerca los males que aquejaban a la sociedad inglesa: la destrucción de las comunidades aldeanas, la transformación de las tierras de cultivo en pastizales para los rebaños, la expulsión de los campesinos de sus tierras por los lores que empezaban a criar ganado y a enriquecerse gracias al comercio de la lana con Francia.

Tomaz More creía firmemente en la ley natural. El descubrimiento de América y las condiciones de vida de las poblaciones indígenas de aquel continente eran para él la prueba de la justeza de la ley natural. Leyó con gran interés *El Nuevo Mundo* de Américo Vespucio, un pequeño opúsculo de ocho páginas en el que el célebre viajero describía su segundo viaje a América. Partiendo de Lisboa el 4 de mayo de 1501, los viajeros pasaron frente a las islas Canarias y se dirigieron a Cabo Verde, "donde los hombres viven en armonía con la naturaleza. No tienen ninguna forma de propiedad

privada. Todo entre ellos es común. No tienen reyes ni autoridades de ningún tipo. Cada uno es dueño de sí mismo". Tomaz Moro no dudaba lo más mínimo de la perfección de la moralidad de los hombres que viven en el estado de naturaleza. Para él, inocencia y estado de naturaleza eran sinónimos. En una carta a su amigo John Colet, uno de los más grandes humanistas ingleses, Moro expresa una gran admiración por las virtudes de la vida rural: "En el campo ocurre lo contrario que en la ciudad. Allí, el aspecto de la tierra es atractivo y el del cielo seductor. Se ven por todas partes los dones benditos de la naturaleza y las huellas santas de la inocencia". En su Utopía, Moro habla constantemente de las "leyes de la naturaleza" y de "vivir según la naturaleza".

En virtud de estas concepciones, Tomás Moro iba a entrar tarde o temprano en violento conflicto con Enrique VIII, el despótico rey. Este conflicto estalló cuando, fiel a sus convicciones católicas, Moro no aprobó los sucesivos divorcios del rey. Acusado de alta traición, fue ejecutado en 1535.

2. Utopía

La *Utopía* de Tomás Moro, aparecida en 1518, es una aplicación de la moral de los Doctores de la Iglesia y de la filosofía humanista al gran problema social: la organización de la sociedad humana en general, y de la sociedad inglesa en particular, en el momento de la transición de la economía feudal a la economía burguesa. Esta obra se divide en dos partes: la primera está dedicada a la crítica social y enumera las lacras de la sociedad basada en la propiedad privada, especialmente las de la sociedad inglesa del siglo XV. La segunda parte describe la organización de un modelo de sociedad comunista. La forma del libro es principalmente narrativa. El protagonista es Rafael Hytlodeus, gran viajero y filósofo humanista, erudito, conocedor de lo mejor del pensamiento griego y comunista convencido. Es él quien descubre Utopía y muestra la perfección de su organización social. El segundo personaje es el propio Tomaz Moro. Está de acuerdo con la crítica social realizada por el viajero Rafael, excepto en lo que se refiere a las posibilidades prácticas del comunismo y a los métodos preconizados por Hytlodeus, especialmente en lo que se refiere a la repulsión de todo compromiso. El tercer personaje es Pedro Egidio, un comerciante culto pero de mentalidad conservadora, buen cristiano y buen ciudadano, que conoce a fondo los asuntos comerciales y se declara satisfecho desde todos los puntos de vista con el orden existente, que defiende frente a las críticas de Hytlodeus. Pero el papel de este personaje es totalmente secundario, porque el orden existente es teóricamente indefendible. Sólo sirve, por así

decirlo, de "estímulo" para que Hytlodeus desarrolle su argumento. Hay, pues, dos tendencias principales en Utopía: la del comunismo integral y la de la reforma social. Hytlodeus está convencido de que "siempre que la propiedad es privada o el dinero es la medida común de todas las cosas, es difícil o casi imposible dar a la comunidad un gobierno justo y garantizar el bienestar general". More, por su parte, termina diciendo que, aunque no está totalmente de acuerdo con el punto de vista de Rafael, sin embargo se ve obligado a reconocer que en Utopía hay muchas cosas que le gustaría ver realizadas en su patria.

3. Crítica social

En un país donde los nobles, los banqueros y los cortesanos tienen grandes rentas, y donde los campesinos, los obreros, agrícolas e industriales, y todos aquellos sin los cuales sería imposible que la colectividad viviera, no tienen la menor garantía social, en tal país no puede existir el menor vestigio de derecho o de justicia. La suerte de los trabajadores, en un país así organizado, es peor que la de las bestias de carga. La pobreza es su salario mientras tengan fuerzas para trabajar. Y su salario es la indigencia y la miseria cuando la edad y la enfermedad los inutilizan para el trabajo. Y las leyes están siempre en su contra. Si consideramos todo esto, es imposible no llegar a la conclusión de que el orden existente es una conspiración de los ricos, y que este orden tiene como único fin garantizar el bienestar de los ricos. El dinero y el orgullo son las fuentes de todos los males. Los crímenes desaparecerían por completo si desapareciera el dinero. Los propios ricos lo comprenden. Y ellos mismos podrían perfectamente cambiar el orden social si no fueran tan orgullosos. La felicidad de los ricos es la miseria de la comunidad.

Otra causa del mal en Inglaterra es la transformación de las tierras cultivables en pastos para rebaños de ovejas. Las ovejas, antes tan mansas, se han vuelto feroces. Devoran al granjero y sus tierras. En los lugares donde se produce la mejor lana, los nobles no dejan ni un palmo de tierra para el arado. No se contentan con los ingresos que obtienen de su trabajo ni con los placeres que les ofrece la labor diaria, sino que viven, como locos, en pos de la riqueza. Impulsados por una ambición insaciable, despoblan el país para cubrirlo de rebaños de ovejas. Y lo consiguen mediante todo tipo de violencia legal e ilegal. La reducción de la superficie dedicada a la agricultura provoca inevitablemente una subida de los precios. Esto, a su vez, provoca el desempleo de criados y personal de servicios, que pierden así su medio de vida habitual. Los elevados precios de la lana perjudican

enormemente a los tejedores porque les dificulta el ejercicio de su profesión. Toda la riqueza del país se concentra en manos de un número muy limitado de personas. La pobreza y el desempleo crecientes fomentan el robo y la vagancia. Los parados se ven obligados a mendigar o a robar. Por mucho que se aumenten las penas, la delincuencia, en lugar de disminuir, aumenta. La sociedad forma ladrones y vagabundos y luego los castiga. ¿Se puede llamar a eso justicia? Se castiga a los ladrones con penas terribles, cuando, en lugar de castigarlos, la sociedad debería darles la posibilidad de ganarse la vida, para que nadie se vea empujado primero a robar y luego a ser ahorcado.

4. ¿Reforma o revolución?

¿Es útil presentar a los reyes y a los gobiernos peticiones de reformas sociales? La respuesta de Rafael a esta pregunta es clara: no. Es totalmente inútil. Tomaz More, sin embargo, piensa que no hay que excluir la posibilidad de que los reyes o los gobiernos concedan reformas. "No se debe abandonar el barco, en medio de la tempestad, con el pretexto de que ya no es posible dominarlo". Del mismo modo, según Moro, no hay que presentar a un rey proposiciones que no pueda aceptar. Hay que actuar con sabiduría y diplomacia, para que cuando no se pueda obtener lo mejor, al menos se evite lo peor. Pues la sociedad no puede ser perfecta hasta que los hombres alcancen la perfección. Sólo dentro de mucho tiempo alcanzará la humanidad ese estado ideal. Y Rafael replicó: "Los reyes y los gobiernos sólo se ocupan de preparar guerras, conquistar los territorios de otros países, fortalecer los ejércitos y equilibrar las finanzas. Sus ministros y consejeros sólo están en el cargo para ayudarles en la ejecución de estos proyectos, y por esta razón los toleran. Para conservar sus puestos, se ven obligados a adular a los príncipes y halagarlos ensalzando su supuesta sabiduría. Para obtener los favores de los reyes, los ministros y consejeros oprimen al pueblo, cobrándole impuestos en exceso. ¿Qué podría hacer un filósofo con tales príncipes? Desempeñaría el papel de un actor cómico; o peor aún: se volvería tan inmoral como el gobierno, o el pueblo lo consideraría como tal y despreciaría sus ideas. ¿Escucharía un rey a un ministro que le dijera que el poder no se le ha dado para su bien personal, sino para el bien del pueblo? ¿Sería capaz de comprender que un reino, por pequeño que sea, es siempre demasiado grande para ser dominado por un solo hombre? ¿Cuándo podría un rey comprender esta verdad? Jamás. No sirve de nada, en tales asuntos, actuar diplomáticamente. Todos los intentos de remediar los males sociales por medios blandos están

condenados de antemano al fracaso más estrepitoso. Los males sociales sólo pueden desaparecer con la transformación radical de todo el sistema social. Platón tenía mucha razón cuando no quería legislar para un país en el que reinara la propiedad privada. Porque esos países podrían acumular leyes y más leyes, tantas leyes que un jurista sería incapaz de contarlas, y no conocerían el bienestar, la felicidad y la paz. Mientras exista la propiedad privada, la mejor parte de la nación estará condenada a un régimen de subempleo y pobreza permanente. Las reformas pueden combatir parte del mal, pero al mismo tiempo lo agravarán, de modo que una parte de la nación se verá necesariamente perjudicada por las ventajas concedidas a la otra parte.

More discrepa de esta concepción radical del comunismo y dice: en un régimen de propiedad colectiva, los hombres se verán inevitablemente privados del estímulo del beneficio personal que determina el esfuerzo de los individuos; ahora bien, sin este estímulo, los hombres se volverán necesariamente perezosos y el resultado será la miseria general. Además, la supresión de las leyes que protegen los medios de producción y la vida humana, ¿no conducirá necesariamente a conflictos y a luchas sangrientas?

Rafael le responde mostrando el ejemplo de los utópicos, que, a través de la razón, con la ayuda de una religión sabia y por medio de buenas instituciones, consiguieron ser virtuosos. Las objeciones contra el comunismo se inspiran en un estado de cosas basado en la propiedad privada. Pero la propiedad privada no permite establecer buenas instituciones. Es contraria a la sana razón e incompatible con una religión sabia. La mentalidad y el carácter de los utópicos se formaron precisamente en las condiciones de vida y los hábitos comunistas.

5. Las instituciones utópicas

Utopus, un rey con las cualidades deseadas por Platón y los humanistas, conquista la seca y árida península de Abraxa y la convierte en una fértil isla que, posteriormente, recibe su nombre y, por cierto, merece ser llamada "Eutopía", es decir, el país de la felicidad. Los habitantes, al principio ignorantes y pobres, viven en constantes luchas motivadas por disensiones religiosas. Pero Utopus consigue elevarlos a un alto nivel cultural, transformándolos en la nación más avanzada de la Tierra, el pueblo más humanitario, con las mejores costumbres, el más virtuoso, el más próspero y el más sabio del globo. Utopos logra esta transformación mediante el comunismo y la educación, en el sentido más amplio del término, es decir, la educación que abarca no sólo la escolarización, sino

también la experiencia que los hombres adquieren en su contacto diario con el mundo exterior, con el trabajo, con las buenas costumbres y las leyes. La isla de Utopía está dividida en 54 distritos. En cada uno de ellos hay una hermosa y gran ciudad, donde se encuentran la administración, la educación, el comercio, la industria, etc. Los hospitales están situados en las afueras de la ciudad. Todos los habitantes hablan la misma lengua, tienen las mismas costumbres y están sujetos a la misma legislación. Esta igualdad hace que vivan en paz y armonía. Cada distrito tiene una superficie de 32 kilómetros cuadrados. Y ninguno de ellos quiere aumentar la extensión de su territorio, porque los habitantes no se consideran propietarios sino simplemente cultivadores de la tierra. En el centro de la isla se encuentra la capital, Amaurota, donde funciona el Consejo Nacional. La República de Utopía es una federación democrática de distritos autónomos. Como hay pocas leyes, todos los ciudadanos las conocen y, por tanto, no pueden ser malinterpretadas. El gobierno central está formado por el Senado o Consejo de 162 miembros. Cada distrito elige a los miembros de este Consejo, que se reúne anualmente en Amaurota para deliberar sobre cuestiones generales relativas a los asuntos y la vida de todos los distritos. Las cuestiones que no han sido resueltas por las asambleas locales se presentan también al Consejo nacional. Es el consejo nacional el que controla las finanzas. Pero la administración pública la llevan realmente los gobiernos locales. En cada distrito hay 6.000 familias o explotaciones campesinas. Cada familia se compone de al menos 40 miembros y dos criados, y está dirigida por un *pater* o *mater-familias*. Cada grupo de 30 familias elige cada año un alcalde (*phylarcho*). Diez grupos de 30 familias eligen a un superprefecto (s*uper-phyjlarcho*). La asamblea de alcaldes elige al príncipe o presidente del distrito. Este cargo es vitalicio. El príncipe o presidente del distrito gobierna de por vida, y sólo puede ser destituido si se descubre que intenta instaurar una dictadura. Los superprefectos forman el consejo de distrito. Se reúnen cada tres días y convocan a todos los prefectos. Los asuntos de interés público no pueden discutirse fuera del consejo o de los colegios electorales. La violación de esta disposición se castiga con la pena de muerte.

La agricultura constituye la base económica de la comuna. Todo ciudadano de la isla de Utopía deberá conocerla, teórica y prácticamente. Cada año, un cierto número de ciudadanos va al campo y una parte de los agricultores viene a la ciudad. De este modo, la ciudad y el campo están siempre estrechamente unidos. Cada ciudadano debe conocer, además de la agricultura, un determinado oficio. Los ciudadanos pueden elegir cualquier oficio: albañil, tejedor, panadero, herrero. En la isla de Utopía no habrá más oficios que éstos. Así, la vida será sencilla y el lujo imposible. Por regla

general, cada ciudadano tendrá el mismo oficio que su padre. La principal misión de los alcaldes es asegurarse de que cada persona desempeña correctamente su tarea. Los vagos y ociosos son expulsados de la comunidad. La jornada laboral es de seis horas. Como todo el mundo trabaja, nadie lo hace en exceso. Sólo los enfermos, los ancianos y los jóvenes que estudian están exentos del trabajo físico. Si un campesino o un artesano que dedica su tiempo libre al estudio demuestra que será más útil a la comunidad dedicándose a la ciencia que realizando cualquier actividad manual, tal aptitud puede hacer que se le incorpore a la orden de los sabios.

Todo trabajo penoso o repugnante es realizado por los siervos. Estos últimos o bien son condenados forzosos por delitos que en otros países se castigan con la pena de muerte, o bien son pobres jornaleros procedentes de otras naciones. Los primeros son tratados con el mayor rigor. Los segundos reciben un trato más indulgente. Pueden regresar a sus países en cualquier momento, si así lo desean, y nunca se van con las manos vacías.

La poligamia no está permitida en ningún caso. Los adúlteros son castigados con la servidumbre. Todos los individuos deben permanecer castos hasta el matrimonio. El matrimonio se considera una institución tan solemne y sagrada que los utopianos no permiten casarse sin conocerse íntimamente antes de los esponsales. Por esta razón, antes de la boda, una anciana lleva a su futura esposa completamente desnuda a presencia del hombre que va a ser su marido. Uno de los sabios también conduce al futuro marido, completamente desnudo, a presencia de la novia.

Periódicamente, los utopianos se reúnen y comen en común en grandes salas construidas especialmente para tal fin. La comida que se sirve en estas reuniones periódicas es sencilla y saludable. Comienza con la lectura de un pasaje que ensalza la virtud. Durante la comida, los ancianos se esfuerzan por discutir asuntos importantes y serios que interesan a los presentes, y procuran que los jóvenes manifiesten sus opiniones con franqueza. La comida del mediodía es breve, la de la tarde un poco más larga, porque después de la comida los invitados se deleitan escuchando canciones y música o se entregan a otras distracciones inocentes. A las ocho, todos se van a dormir. A las cuatro de la mañana, todo el mundo se levanta. Por la mañana y por la tarde hay sesiones de lectura, estudio o diversiones públicas.

Para los utópicos, la guerra no es más que una manifestación sangrienta de la bajeza y la barbarie humanas. Sin embargo, se dedican a ejercicios militares para repeler posibles agresiones de enemigos o para liberar a otros pueblos de los tiranos que los oprimen. Los utopianos también declaran la guerra a las naciones que poseen grandes extensiones de tierra

sin cultivar y no quieren permitir la emigración de la población sobrante de la isla de Utopía. Para ellos, las naciones que prohíben la inmigración violan un derecho natural.

La Constitución de la República Utópica pretende reducir al máximo la jornada laboral para que todos los ciudadanos puedan dedicarse a ocupaciones intelectuales. Es precisamente en esto donde ven su mayor felicidad. En Utopia la educación es obligatoria. Los niños estudian música, lógica, aritmética, geometría, astronomía y geografía. A los alumnos que muestran aptitudes especiales se les exime de todas las ocupaciones manuales para que puedan dedicarse exclusivamente al estudio. Son estos alumnos los que, cuando terminan sus estudios, forman la orden de los sabios.

A los utópicos les gusta discutir problemas de moral y metafísica. En su opinión, el alma es inmortal, hecha para la felicidad, gracias a la misericordia divina. También creen que la virtud es recompensada y el vicio castigado después de la muerte. Pretenden demostrar estas verdades, que escapan al control de la razón, mediante la lógica. Pero el tema habitual de discusión es el relacionado con la felicidad humana. Según los utopistas, la felicidad nace del placer, que no puede confundirse con la voluptuosidad, porque se trata de un placer conveniente y moderado. Con esto vemos que discrepan de los estoicos, para quienes la virtud es la única fuente de felicidad. Los utopistas creen que las condiciones de vida capaces de estar en armonía con la naturaleza y la razón son aquellas en las que los hombres son siempre felices consigo mismos y con el prójimo.

En Utopía existe la más completa libertad religiosa. Gracias a esta libertad, el Estado puede combatir los males causados por los conflictos religiosos. La libertad de pensamiento da a cada individuo el derecho a discutir cualquier tema religioso, a sopesar los argumentos a favor y en contra, y a llegar a una determinada conclusión sobre los principios esenciales de la religión. La mayoría de los utopistas rinden culto, en diferentes formas, a un poder espiritual supremo: el Creador del universo, la causa primera que dio origen a todas las cosas, el ateísmo no está bien visto entre los utopistas. Resumiendo, Hytlodeus declara:

> "Utopía es la única comunidad que merece este nombre. Es verdaderamente una república. En todos los demás países se habla del bien público, pero cada individuo sólo vela por sus propios intereses y desprecia los del prójimo. En Utopia, donde no existe ninguna forma de propiedad privada, ocurre lo contrario. Cada individuo vela por el interés colectivo, por el interés general. En todos los países, nadie sabe qué pasará mañana. Nadie sabe si tendrá

hambre o mendigará, porque por muy rica que sea la nación, cada individuo mira por sí mismo y se olvida del interés general. En Utopía esto no ocurre porque todo es común. Todo el mundo está seguro de comer al día siguiente, porque los almacenes públicos están llenos y lo que hay es de todos. Está claro que un régimen en el que todos los individuos trabajan por el bien general es mejor que un régimen en el que los individuos trabajan sólo por su propio bien. En una República como Utopía, todos son ricos, aunque no exista la propiedad privada. Este régimen social nunca podrá ser abolido, porque, suprimidos el orgullo y el dinero, han desaparecido de Utopía las causas de la ambición, el espíritu de revuelta y todos los demás vicios que provocan, en todos los países, las luchas intestinas, las guerras civiles y provocan, finalmente, la decadencia y la ruina de las naciones y de los imperios."

6. La Nueva Atlántida

La trágica muerte de Tomás Moro puede considerarse como el comienzo del declive del catolicismo en Inglaterra y de la lucha por la Reforma. Esta lucha entre la antigua y la nueva Iglesia continuó hasta finales del siglo XIV. Fue durante este periodo cuando Inglaterra sentó las bases de su Imperio colonial. En 1534, Walter Raleigh funda la colonia de Virginia. En 1588, la armada inglesa destruyó por completo la flota española. En 1600 se funda la East India Trading Company. El espíritu de la nueva era, las ciencias naturales y la moral, la experimentación y la lógica inductiva (es decir, el razonamiento basado en la experiencia) ganan cada vez más adeptos. El heraldo de la nueva era, Francis Bacon (conocido como Lord Bacon de Verulam, 1560-1626), inspirándose en las enseñanzas de los sabios italianos Telesius y Galileo, basó su *Novum Organum* en el método empírico (es decir, basado en la experiencia) y creó una utopía científica en su *Nueva Atlántida*. Puede decirse, sin temor a equivocarse, que Bacon escribió la *Nueva Atlántida* bajo la influencia de la Utopía de Moro. Sin embargo, no hay casi nada en común entre ambas obras. Bacon suponía que alcanzaría la felicidad universal aplicando la ciencia a la producción, y no, como More, mediante una transformación de las relaciones de propiedad.

La Nueva Atlántida es una isla de los mares del Sur, gobernada por un sabio legislador, que consigue establecer una comunidad próspera y feliz, gracias a la aplicación de las ciencias naturales. El centro de la sociedad neoatlántica es la "Sala de Salomón" o la "Universidad de los Seis Días".

Este edificio, situado en la capital, Bensalem, está destinado al estudio de las causas de las cosas y de las relaciones imperceptibles que existen entre ellas, con el fin de ampliar al máximo la extensión de las capacidades y conocimientos humanos. Hay instrumentos preestablecidos de todo tipo para ser utilizados en experimentos físicos y tecnológicos; hay cuevas profundas para el estudio del interior de la tierra. En la parte superior del edificio hay torres muy altas para el estudio de los fenómenos atmosféricos. También hay muchos laboratorios, algunos para la fabricación de sustancias orgánicas o el estudio de las ciencias médicas, otros para experimentos agrícolas o trabajos artísticos e industriales. En otra parte del edificio hay hornos para la producción de altas temperaturas y salas para el estudio de la luz y el sonido. En otras salas se fabricaban instrumentos, máquinas y aparatos de todo tipo y para los fines más variados. Los sabios crearon máquinas perfeccionadas para imitar el vuelo de los pájaros y barcos para desplazarse sobre el agua. Junto a los que se dedican a los trabajos prácticos, hay teóricos encargados de recoger los resultados obtenidos y examinarlos, agrupándolos para deducir de ellos leyes generales. En esta maravillosa comunidad científica, los inventores son considerados individuos dignos de los más altos honores. Los autores de descubrimientos e inventos notables ven perpetuada su memoria en monumentos erigidos en lugares públicos. También reciben recompensas especiales. El oficio divino consiste en alabar las obras admirables del Creador y pedir a Dios que ayude y proteja a los hombres, haciéndoles capaces de realizar y aplicar adecuadamente los nuevos descubrimientos.

En Nueva Atlántica, los laboratorios, inventos y descubrimientos producen las fuerzas que aumentan la producción y la riqueza, haciendo prósperos y felices a todos los habitantes de la isla.

7. La Ley de la Libertad

El reinado de Isabel (15581603) fue un periodo de progreso material e intelectual de la burguesía, del comercio y la industria, y de la nobleza aliada a ella. La reina Isabel intentó hábilmente evitar los conflictos con la burguesía haciendo concesiones. Sus sucesores, Jacobo I (1603-1625) y Carlos I (1625-1649) actuaron de forma opuesta. Este último, en particular, demostró una total incomprensión de los Nuevos Tiempos, ya que intentó restablecer el absolutismo, no quiso considerar la vida económica más que como una fuente de ingresos para el Tesoro, atacó la libertad religiosa e intelectual de la burguesía y chocó con las nuevas corrientes surgidas con la economía urbana, el Renacimiento, la Reforma

y el progreso de las ciencias naturales. La guerra civil estalló finalmente en 1642. Olivier Cromwell resultó ser un líder de la burguesía revolucionaria, notable por su excepcional energía. Fue él quien, en 1649, hizo decapitar al rey Carlos I.

Los acontecimientos revolucionarios favorecieron la resurrección de las ideas comunistas y de las concepciones del derecho natural. Los partidarios de estas ideas fueron llamados los "niveliers" o "sepultureros". No sólo deseaban conquistar la libertad política, ni restaurar la República, sino que reclamaban la nacionalización del suelo y el derecho de cada ciudadano a cultivar una determinada porción de tierra. Su principal portavoz era Geraldo Winstanley. Los escritos de Geraldo demuestran que conocía perfectamente las concepciones sociales e históricas de la Iglesia y del derecho canónico. Fue con este conocimiento que hizo su crítica del régimen imperante. Cuando Dios o el Rey crearon el mundo, decía, reinaba el derecho natural comunista. Luego vino el pecado original, causado por el egoísmo, por el instinto de la propiedad privada, por las relaciones comerciales. Y así comenzó la dolorosa historia de la humanidad. Sólo con el retorno de la propiedad de la tierra a manos de la colectividad será posible, primero, atenuar y, después, extinguir por completo los instintos egoístas. En su libro *La ley de la libertad* (1652), Gerard Winstanley esbozó el proyecto de una nueva sociedad, basada en la democracia y el comunismo, capaz de garantizar a todos los hombres el pan y la libertad. Esta comunidad debía ser gobernada de la siguiente manera: la dirección suprema debía corresponder a un Parlamento elegido por el pueblo, cuya función sería elaborar leyes según el espíritu del derecho natural y de la razón y luego velar por su aplicación. La legislación debería asegurar la propiedad común de la tierra, proclamar el principio del trabajo obligatorio, controlar severamente el comercio y suprimir todas las leyes y costumbres tiránicas y religiosas. Los productos de la tierra se acumularían en almacenes y depósitos públicos. Los alimentos producidos por los artesanos también se entregarían a los almacenes públicos. Todas las mercancías y bienes de consumo en general se gestionarían con espíritu comunista. Cada familia produciría lo que estuviera al alcance de sus fuerzas, pero podría sacar de los almacenes públicos la cantidad de productos suficiente para satisfacer sus necesidades. Los funcionarios elegidos por el pueblo harían cumplir las leyes relativas a la distribución de los productos. Para estos cargos sería necesario elegir hombres serenos y reflexivos, preferentemente hombres que ya hubieran sentido la opresión de gobiernos tiránicos o que mostraran un odio a muerte a toda forma de tiranía, o aquellos que en gobiernos anteriores se hubieran distinguido por su valor, franqueza y espíritu de sacrificio y hubieran sido condenados a

prisión o a multas. Por último, estos funcionarios debían tener más de 40 años para que la comunidad pudiera estar segura de que tenían la experiencia y el conocimiento de los hombres necesarios para el desempeño de sus funciones. Cada municipio elegiría jueces de paz y árbitros encargados de dirimir los litigios entre ciudadanos. También elegiría a hombres mayores de 60 años para supervisar la estricta aplicación del principio del trabajo obligatorio y las leyes relativas a la distribución de los productos. Por último, cada municipio elegiría a un funcionario encargado de obligar a trabajar a todos los ciudadanos que, por vagos, hubieran sido condenados, recibiendo como castigo el desempeño de determinadas tareas de utilidad pública. La educación sería obligatoria, destinada a formar autores, no ratas de biblioteca. La fe y las discusiones metafísicas serían sustituidas por la ciencia y la experiencia. La poligamia estaría prohibida y la sociedad velaría por la pureza de las costumbres.

8. Chamberlen y Bellers

En el periodo revolucionario y postrevolucionario aparecieron algunos reformadores, entre los que destacaron Peter Chamberlen y John Bellers.

En *El abogado del pobre,*, publicado en 1649, Chamberlen afirma que el trabajo es la fuente de toda riqueza. Los obreros son en todas partes, dice, la fuerza principal de la nación, porque son los que realizan los trabajos necesarios para la sociedad y los que constituyen los ejércitos de los países. Los trabajadores deben tener los mismos derechos que los ricos, ya que producen todo lo que éstos consumen. Por eso los ricos deben ser considerados sólo como administradores y nunca como propietarios de la riqueza. La producción de riqueza no debe tener como objetivo el bienestar de los ricos, sino la eliminación de la miseria. Chamberlen aboga por la nacionalización de las propiedades eclesiásticas y reales en beneficio de los sectores más pobres de la población.

John Bellers (1655-1725) era *cuáquero*. En su libro *Las colonias del trabajo*, publicado en 1696, Bellers demuestra a los ricos que todo lo que consumen procede exclusivamente del trabajo de los pobres: "El trabajo de los pobres, dice, es la fortuna de los ricos". Bellers propone la creación de colonias cooperativas. Cada una de ellas estaría formada por sólo 300 personas, elegidas de tal manera que los miembros de cada colonia pudieran realizar todo el trabajo agrícola. Se pondría a disposición de cada una de las colonias un fondo de 18.000 libras. Esta suma se recaudaría mediante la emisión de acciones.

"En estas colonias, los pobres vivirían en comunidad, tomando como ejemplo la vida de los primeros cristianos. La medida del valor de las cosas ya no sería el dinero, sino el trabajo".

9. Las teorías sociales burguesas

El derecho natural, que, como hemos visto, dominaba todo el pensamiento social en la Edad Media, sentó las bases de las teorías sociales de la Nueva Era. La cuestión de cómo se había producido la transición del comunismo primitivo al régimen de propiedad privada ocupó la atención de las mentes más brillantes. Si pudiéramos demostrar que esta transición se había producido simplemente mediante la violencia, la usurpación y la astucia, eso bastaría para la condena moral de la sociedad burguesa. Se trataba, pues, de legitimar la propiedad privada, como Occam y Wiclef habían legitimado la realeza. Y esta legitimación se produjo de forma idéntica. Bajo la influencia del progreso de la economía de la ciudad, donde las relaciones sociales se llevaban a cabo mediante negociaciones o contratos, se aceptó que, a medida que el estado primitivo de las cosas se complicaba (como consecuencia del aumento de la población, de la demanda de productos y de los intercambios con los países vecinos), los hombres, que hasta entonces habían sido libres e iguales, se pusieran de acuerdo, expresa o tácitamente, para repartirse la tierra, garantizar la subsistencia y la libertad de cada ciudadano y, por último, crear un gobierno encargado de mantener el orden así establecido.

La propiedad y el Estado no habían surgido, pues, de la violencia, sino que emanaban de un contrato. El resultado era un nuevo derecho, con idéntico valor al antiguo.

El sociólogo conservador inglés Thomas Hobbes, que escribió durante la Revolución Inglesa, pensaba que inicialmente todo era común, pero que este estado de cosas provocaba necesariamente una guerra de todos contra todos. Según él, fue precisamente por eso por lo que los hombres decidieron ponerse de acuerdo para instituir la propiedad privada, fundar un Estado y nombrar un soberano. A partir de entonces, el pueblo ya no podía protestar contra nada porque, en cuanto tenía un rey, renunciaba automáticamente al derecho de libre determinación.

Locke, partidario de la Revolución Inglesa, celebró con entusiasmo la victoria de la burguesía en 1689 y rechazó la teoría de Hobbes sobre el origen de la realeza. Pero mantuvo que la propiedad privada existía antes del contrato social. Según él, la propiedad privada ya existía antes de la prescripción del derecho natural. Así, se podía concluir que la propiedad

privada era doblemente legítima. Locke lo apoyaba con el siguiente argumento: "Indudablemente, todo lo que da la naturaleza pertenece a todos los hombres sin distinción, pero sólo el trabajo individual da valor a los productos de la naturaleza. Por eso los valores producidos por el hombre le pertenecen en calidad de propiedad privada." "A lo que el hombre toma del estado de naturaleza, añade algo, es decir, una parte integrante de su individualidad. Por lo tanto, todo lo que el hombre toma del estado de naturaleza debe pertenecerle en calidad de propiedad privada. El trabajo individual es la línea de demarcación que separa las cosas hechas por el hombre de los productos brutos de la naturaleza. Este trabajo añade a cada objeto algo que no poseía, algo que la naturaleza no le había dado y que transforma el producto natural en propiedad privada. El trabajo es el título jurídico de la propiedad". Por supuesto, esto ya era así en el estado de naturaleza. Por consiguiente, la propiedad ya existía entonces. Por lo tanto, se puede concluir que la propiedad se basa en el derecho natural. No todas las formas de propiedad, sino únicamente la propiedad privada, fruto del trabajo individual. Locke, al defender esta tesis, no pretendía en absoluto defender el comunismo: sólo quería defender a la burguesía y atacar el feudalismo. Para ello, afirmaba que la propiedad burguesa es el producto del trabajo, mientras que la propiedad feudal no es más que el producto del robo y la rapiña. La tesis de Locke —el trabajo es el origen de la propiedad— fue adoptada más tarde por los socialistas, pero esta vez contra la burguesía.

El economista Adam Smith afirma en su libro La riqueza de las naciones que la primitiva propiedad común garantizaba a cada uno el producto de su trabajo. Añadió, sin embargo, que la propiedad privada garantizaba la productividad del trabajo y era, por tanto, justificable.

El archidiácono W. Paley, en su libro *Filosofía moral y política* (1785), defendió una tesis análoga, que más tarde se incorporó a los principios defendidos por todos los manuales universitarios de Inglaterra. Paley consideraba que la propiedad privada era condenable desde el punto de vista de la moral y de la lógica pura. Pero, añadía, la propiedad privada es necesaria para la productividad del trabajo. Paley es el autor de la famosa fábula de las palomas:

"Imaginemos un grupo de 100 palomas en un campo. En lugar de consumir cada una a su antojo los productos de la tierra, 99 de ellas recogen el grano en un solo montón y se quedan sólo con la paja y los desperdicios.

Estas palomas se convencen de la necesidad de tener a una de ellas, tal vez la más débil y la peor, al frente. A él le llevan el montón de grano que han recogido. Durante el invierno, las 99 palomas se mueren de hambre y, sin

una palabra de protesta, dejan que la paloma que ellas mismas habían elegido como líder malgaste el grano. Finalmente, una de las 99 palomas, más atrevida o más hambrienta que las demás, decide comerse uno de los granos del montón. Pero no tiene éxito en su intento, porque las 98 restantes se lanzan sobre él y lo despedazan. Esto es lo que sucede a diario en la sociedad humana en la que vivimos; de cada 100 hombres hay 99 que se agotan para que 1 pueda vivir en el lujo y la abundancia. Y estos 99 hombres se contentan con una dieta insuficiente y grosera, y parecen contentos con su propia miseria. Lo han producido todo. Pero dan voluntariamente el fruto de su trabajo a uno de sus semejantes, a menudo el más débil y el peor de esos 99 hombres: un niño, una mujer, un loco. Y ellos, sin una palabra de protesta, permiten que este individuo desprecie y aniquile el fruto de sus esfuerzos. Y si uno de estos 99 hombres tiene la osadía de tocar la más mínima porción de lo que produjeron con su trabajo, los otros 98 se lanzan sobre él y lo ahorcan como a un ladrón".

Se comprende fácilmente que este estado de cosas es lógico e injusto. Pero tiene su razón de ser porque la propiedad privada es el mejor medio que existe para aumentar la productividad del trabajo y la riqueza.

Así es como los escritores de Inglaterra trataron de justificar la existencia de la propiedad privada.

Capítulo VIII — La utopía italiana

1. Tomaz Campanella

El destino de Italia, desde la caída del Imperio Romano hasta el último tercio del siglo XIV, fue aún más triste que el de Alemania. Los tiranos extranjeros y nacionales, las ambiciones del Papado, los particularismos y las rencillas de las ciudades alimentaron un grave estado de dispersión política en el país. Las obras inmortales que surgieron entonces, en los campos de la religión o la literatura, el arte y la ciencia, fueron víctimas de la furia germánica, la política expansionista francesa, la perfidia española y, más tarde, la estupidez austriaca. Muchas veces el pueblo fomentó insurrecciones locales conspirando, pero todo fue en vano.

En una de estas conspiraciones fallidas, destinada a liberar a la patria del yugo español, participó el gran utopista italiano Tomaz Campanela.

Campanela fue uno de los hombres más notables de su tiempo. Nació en 1568, en Calabria, en el seno de una familia pobre. Desde muy joven mostró una extraordinaria vocación por la filosofía. Leyó asiduamente a Alberto Magno y a Tomás de Aquino, pero se opuso a Aristóteles. Al final, como todos los humanistas, se decantó por Platón. Más de una vez defendió la República de Platón contra los ataques de Aristóteles. Su sed de conocimiento era tan grande que estudió la *cábala* judía y las ciencias naturales. Incluso después de ingresar en la orden dominica, nunca perdió su pasión por la política. Campanella es una prueba viviente del doble carácter del Humanismo: fidelidad a los dogmas religiosos y al pensamiento racionalista; respeto a la autoridad papal y espíritu de libre examen; vastos conocimientos científicos junto a supersticiones astronómicas y mágicas de todo tipo; reclusión monástica y agudo sentido político.

La principal cuestión política debatida en su pequeña patria era el problema de la extinción de la dominación española y la fundación de un Estado independiente. Campanella era el alma de la conspiración española. La revuelta debía estallar en 1599. Pero la conspiración fue denunciada y Campanella fue detenido en 1600. Durante sus 27 años de prisión, Campanella sufrió terribles torturas. Luego, gracias a la intervención del Papa, recibió un trato mejor. Pudo entonces dedicarse asiduamente al estudio en su celda. Allí escribió su Utopía titulada *El Estado del Sol.* Esta obra, junto con otros manuscritos, fue confiada por Campanela a un

alemán, que la publicó en FranofortoMeno de 1620 a 1623. Cuando recobró la libertad, marchó a Francia. Allí el rey Luis XIII y sus ministros le prestaron la mayor atención. Campanella pasó los últimos años de su vida tranquila y apaciblemente en un monasterio de los dominicos en París, donde murió en 1639.

2. El estado del Sol

Platón, cuando escribió la República y las Leyes, se comportó al mismo tiempo como patriota, aristócrata y filósofo. Su principal objetivo era formar un excelente grupo de dirigentes, un rey filósofo y buenos funcionarios. La *Utopía* de Tomaz More es obra de un escritor católico y democrático. El *Estudio del Sol* de Campanela —un libro que el propio autor admite que se inspiró en la *Utopía* de Tomaz More— es la obra de un pensador abstracto, monje y racionalista. Campanela llamó a su Estado del Sol "la idea de una comunidad filosófica". Severidad monástica en el gobierno del Estado; consejo de filósofos con métodos absolutistas de gobierno; organización racional de la vida social — éstas son las principales características de la obra de Campanela. El mal esencial de la sociedad fue señalado por More como el régimen basado en la propiedad privada. Campanela también insiste enérgicamente en las nefastas consecuencias de la propiedad privada y del individualismo. Pero, para él, es en la mala educación y el consiguiente mal elemento humano donde reside el mayor mal. Por eso Campanela propone reformar el mundo formando hombres buenos y virtuosos y mediante una excelente educación física e intelectual Campanela, además de inspirarse en Platón y Tomaz Moro, también se formó sus ideas en Licurgo.

El Estado del Sol es una conversación entre el Gran Maestre de la orden de los Hospitalarios y un gran viajero genovés que, en sus excursiones por el mundo, tuvo la oportunidad de visitar el Estado del Sol y estudiar sus instituciones.

El viajero genovés nos cuenta que en una isla del Océano Pacífico hay cuatro ciudad-esestado. La organización de tres de estas ciudad-esestado es idéntica a la de cualquier estado europeo. La cuarta ciudad-estado es el Estado del Sol. Para defenderse de los ataques de las tres primeras, en esta ciudad se construyeron siete fuertes murallas. Los solanos (habitantes del Estado del Sol) viven en común. Todo lo que existe pertenece a la comunidad. Las mujeres no son propiedad privada de tal o cual hombre. El matrimonio es asunto del Estado y no un asunto privado. Para Campanela, la propiedad privada es una consecuencia de la vida familiar individual.

Fuera del Estado del Sol, cuando un hombre desea poseer a una determinada mujer, la hace entrar en su compañía y trata con especial cariño a los hijos que le da, proporcionándoles los mayores honores y riquezas. Esto demuestra que fue el amor paternal individual lo que llevó a los hombres a apropiarse de ciertos bienes y a establecer el derecho de herencia para favorecer a sus hijos. Por eso desapareció el comunismo primitivo. Así nacieron el egoísmo y todos los males que hoy afligen tan gravemente a nuestra sociedad.

A la cabeza de la comunidad de Solan está el filósofosacerdote a quien los habitantes del Estado de Sol llaman Sol. Es el magistrado supremo. Bajo su control están todos los asuntos temporales y espirituales de la nación. Este magistradosacerdote está asistido por tres ministros: el ministro de la Fuerza, el ministro de la Sabiduría y el ministro del Amor. El primero es el ministro de la Guerra. El segundo se ocupa de todos los asuntos relacionados con el arte y la ciencia, con la instrucción pública y la educación. El tercero se ocupa de la formación de tipos de hombres sanos, vigorosos y notables, física e intelectualmente. La educación de los hombres por la escuela y el ejemplo no daría los resultados deseados si no se procurase previamente crear determinadas aptitudes naturales. Por eso la selección, la elección de compañeros para el coito es objeto de particular atención por parte de los dirigentes. Pues sin la preparación de un buen material humano, la educación y la instrucción no conseguirán los resultados deseados. Hasta ahora los hombres han estado completamente cegados por los prejuicios. Por ello, no han podido comprender esta sencilla verdad. Aunque sabían que es posible obtener especies bellas y fuertes de animales y plantas mediante cruces adecuados, no comprendían la necesidad de someter a la especie humana a las mismas reglas biológicas. Esta falta de comprensión hizo que la multiplicación de la especie humana se llevara a cabo al capricho del azar o de acuerdo con inclinaciones o intereses egoístas. La selección y la educación de los hombres se consideran asuntos de primera importancia en el Estado del Sol. La vida sexual allí no se considera un mero placer voluptuoso, sino una noble misión destinada a producir individuos físicamente robustos en beneficio de la comunidad. Para ello, el Ministro del Amor establece disposiciones especiales: sólo los hombres física e intelectualmente robustos tienen derecho a multiplicarse. Los hombres inferiores sólo pueden mantener relaciones sexuales con mujeres estériles o ya fecundadas. Las mujeres sólo pueden copular a partir de los 19 años, y los hombres a partir de los 21. La abstinencia sexual hasta los 27 años se glorifica con cánticos y se recompensa con honores especiales. Los hombres que, antes de alcanzar la edad legal, sientan un deseo sexual irresistible deben confesarlo a las

matronas, funcionarios y médicos encargados de este asunto, que juzgarán la conveniencia del coito con una mujer estéril o embarazada. Los maridos no mantendrán relaciones sexuales más de dos veces por semana. Antes del coito, marido y mujer deberán bañarse y pedir a Dios que les dé hijos hermosos y robustos. Las relaciones sexuales tendrán lugar en habitaciones especiales, adornadas con bellas estatuas de hombres famosos, que las mujeres contemplarán durante el acto. La hora del coito será fijada previamente por el médico y el astrólogo. Hasta ese momento, los desposados se acostarán en habitaciones separadas. A la hora fijada, una matrona abrirá la puerta que separa las dos habitaciones contiguas y el hombre entrará en la habitación de la mujer reservada para él. Los matrimonios serán celebrados por los sacerdotes principales. Tratarán de unir a los hombres y mujeres a los que se les permite casarse, de modo que los hombres altos y fuertes se casarán con mujeres fuertes y hermosas, los hombres gordos se casarán con mujeres delgadas y, por otro lado, las mujeres gordas se casarán con hombres delgados. Los trabajadores intelectuales, agotados por el trabajo excesivo, y por lo tanto sexualmente debilitados, deben unirse con mujeres hermosas de temperamento fogoso. Los hombres de temperamento sanguíneo, propensos a la ira, tomarán como esposas a mujeres de temperamento tranquilo y flemático; los hombres de imaginación fértil se casarán con mujeres de espíritu positivo. En resumen: la comunidad, a través de sus dirigentes, tendrá riguroso cuidado de efectuar una combinación de temperamentos y caracteres, una fertilización cruzada de disposiciones y de capacidades físicas e intelectuales tendientes a la formación de un tipo de hombre armoniosamente perfecto.

Durante todo el periodo de embarazo, la mujer permanece bajo supervisión médica. El médico prescribe a la embarazada la dieta y los medicamentos adecuados. Tras el parto, las madres amamantan a sus hijos durante dos años o más, según prescriba el médico. Cuando alcanzan cierta edad, los pequeños son entregados a tutores y las niñas a mujeres encargadas de su cuidado. Es entonces cuando comienza la educación: gimnasia, (ejercicios físicos que deben practicar individuos completamente desnudos), para niños y niñas. En general, los dos sexos reciben la misma educación. La instrucción no se imparte en habitaciones cerradas, sino durante las salidas, especialmente durante las excursiones a lo largo de las siete murallas de la ciudad, en cuyos muros hay inscripciones: cartas geográficas, astronómicas, zoológicas, botánicas, mineralógicas, etc. …. Los profesores deben observar atentamente las aptitudes y la vocación de cada alumno para transmitir los resultados de estas observaciones a las autoridades, que asignarán a los jóvenes la profesión que más les convenga. El objetivo de

la educación es, ante todo, formar trabajadores productivos. Por esta razón, la instrucción profesional y agronómica es general. Todos los solenses adultos realizan con gusto las tareas que se les encomiendan, porque en un cuerpo sano, formado para la actividad concienzuda, sólo puede haber un espíritu sano. Como todos trabajan, la jornada laboral nunca supera las cuatro horas. Todas las profesiones se consideran dignas. La ropa y la alimentación son sobrias, sencillas y sanas.

Este régimen: propiedad colectiva, selección y educación racional, dio origen a una sociedad solidaria, animada por un ardiente espíritu colectivista y un gran amor al trabajo; una sociedad que ama la ciencia, honra a Dios y practica la virtud. Los Solese buscan conquistar la vida eterna mediante las buenas acciones. Pero también desean tener una vida terrenal feliz mediante la organización social comunista. No hay, en el Estado Solese, ni riqueza ni pobreza, ni holgazanes ni esclavos.

3. Objeciones al comunismo

Campanela examina las objeciones más corrientes al comunismo, formuladas desde Aristóteles hasta su época, por diversos adversarios de la propiedad colectiva.

Primera objeción: El comunismo es contrario a la naturaleza humana.

Respuesta: El comunismo no sólo es admisible, sino que es posible.

Los cristianos de Jerusalén, en tiempos de los apóstoles, eran comunistas. Los de Alejandría, en tiempos de San Marcos, también eran comunistas. El clero vivió bajo el régimen comunista hasta la época del Papa Urbano I. *El Estado* de Platón es elogiado por San Clemente, San Ambrosio y San Crisóstomo.

Segunda objeción: El comunismo extingue todos los estímulos que obligan al hombre a trabajar.

Respuesta: El interés privado sólo es un estímulo para el trabajo allí donde la propiedad privada ha desarrollado en el hombre instintos egoístas. Pues la propiedad privada aniquila el espíritu de caridad cristiana y el sentimiento colectivo. Da origen a la ambición, a la usura, al odio al prójimo, a la envidia y a un gran número de otros vicios. Es fácil comprender que el egoísta sólo puede sentirse estimulado a trabajar bajo el imperio de la propiedad privada. Pero en un Estado comunista como el Estado del Sol, los hombres son educados concienzudamente para el beneficio de la comunidad, para el placer de trabajar, para el bien y la virtud, y, además, cada trabajador recibe el salario que realmente merece, todos

los trabajos son considerados dignos e igualmente respetados; en un régimen como el del Estado del Sol, el amor de la comunidad es el mejor estímulo para el trabajo.

Tercera Objeción: La comunidad de mujeres es inmoral y contraria a la naturaleza.

Respuesta: Una institución sólo es contraria a la naturaleza cuando es perjudicial para el individuo y para la especie. El asesinato, el robo, el adulterio, la sodomía, etc., son contrarios a la naturaleza porque perjudican al prójimo o impiden la multiplicación de la especie humana. La comunidad de mujeres, en cambio, no perjudica los intereses de nadie, no daña a nadie, no impide el desarrollo de la especie. Y no es inmoral porque no es la consecuencia elemental de los deseos sexuales.

No la dictan los apetitos sexuales, sino el interés colectivo, maduramente calculado. Por lo tanto, es moral en todos los sentidos. Además, se practica en armonía con las leyes de la colectividad, con las reglas de la ciencia y la filosofía. En el Estado del Sol, por tanto, no hay promiscuidad de sexos. No existe el derecho de cada individuo a unirse cuando quiera o con la mujer que quiera. Al contrario: la vida sexual está estrechamente subordinada a los intereses de la comunidad. Sólo que, en lugar de estar regulada por disposiciones eclesiásticas, lo está por principios filosóficos. Un acto que no es contrario a la naturaleza no es malo en sí mismo, sino sólo cuando se orienta hacia la lujuria, hacia el placer egoísta, en suma, cuando se realiza por razones de interés personal. Por el contrario, es moral cuando se realiza en virtud de los dictados de la razón y en beneficio colectivo.

Capítulo IX — La crítica social en Francia

1. La situación económica y política en Francia

Al finalizar la Guerra de los Cien Años (1329-1429) entre Inglaterra y Francia, los reyes de Francia prosiguieron su política de centralización y, en cierto modo, asumieron la defensa de los campesinos y artesanos, ya que pretendían limitar los privilegios de la nobleza, la Iglesia y las corporaciones. El equilibrio de la situación interna se tradujo en una política expansionista en el extranjero. Luis XIII (1498-1515) reclamó el ducado de Milán y, con la ayuda de Fernando el Católico, capturó el reino de Nápoles. Pero no pudo conservarlo. Su sucesor, Francisco I (1515-1547), contemporáneo y rival de Carlos V, declaró la guerra a los suizos y al Imperio alemán y obtuvo del Papa que el nombramiento de obispos y abades estuviera sujeto a la aprobación del rey de Francia. Durante el reinado de Francisco I vivió el reformador francés Juan Calvino (1509-1564).

Un gran número de burgueses, sabios y nobles se aliaron a Calvino y fueron perseguidos por el Partido Católico. Calvino trasladó finalmente su campo de actividad a Ginebra. En los reinados de Enrique II (1547-1559), Francisco II (1559-1560) y Carlos IX (1560-1574) los calvinistas franceses sufrieron sangrientas persecuciones, que culminaron en la famosa Noche de San Bartolomé (1572), en la que fueron masacrados más de 20.000 calvinistas. Enrique III (1574-1589), partidario de la religión reformada, fue asesinado por el monje Jacques Clement. Desaparecía así el último descendiente de la Casa de Valois, sustituido en el trono de Francia por el de los Borbones. Enrique IV (1589-1610), el primer rey de Francia de la dinastía borbónica, era protestante. Pero abjuró de esa religión y regresó a la Iglesia católica. "París bien vale una misa", solía decir. Su política de tolerancia religiosa (Edicto de Nantes, 1598) y de favor a los campesinos contribuyó notablemente al desarrollo económico del país. Ayudado por el ministro Sully, que compartía sus ideas, Enrique IV fomentó el desarrollo de las manufacturas (seda, alfombras, etc.), la artesanía, el comercio exterior y fundó colonias en Canadá. Juntos, Sully y Enrique IV elaboraron un grandioso plan para derrocar la hegemonía de los Habsburgo en Europa. Pero Enrique IV fue asesinado por un fanático llamado Ravaillac. Sus sucesores Luis XII (1610-1613) y Luis XIV (1643-1715), ayudados por los ministros Richelieu y Mazarino, inauguraron un régimen autoritario, destruyeron los últimos vestigios de poder nobiliario, organizaron una

serie de guerras contra España y Alemania, oprimieron a los hugonotes en Francia y favorecieron el protestantismo en Alemania para perpetuar allí la guerra civil.

La política francesa agravó y prolongó la guerra religiosa que había estallado en Alemania en 1618. La guerra habría terminado en 1635 si Francia no hubiera prolongado la disensión con su poder hasta agotar por completo a la nación alemana. Luis XIV entró entonces en guerra con Holanda e Inglaterra, después con España y Austria, y finalmente fue derrotado en la Guerra de Sucesión española (1701-1714). Con el Tratado de Utrecht (1713), Francia cedió a Inglaterra casi todas sus posesiones coloniales.

Durante el reinado de Luis XIV, y sobre todo a finales del siglo XVII y principios del XVIII, la situación de Francia parecía brillante. Pero a pesar de los esfuerzos de sus ministros —y especialmente del célebre Colbert— por fomentar el desarrollo del comercio y la industria, las guerras de conquista acabaron por arruinar por completo la vida económica del país. La nobleza se trasladó de París a Versalhes y confió sus dominios a intendentes, que sólo se preocupaban de obtener el máximo dinero posible de las haciendas. Los campesinos gemían bajo el peso aplastante de los impuestos que los administradores y sus numerosos ayudantes recaudaban de manera brutal. Con la revocación del Edicto de Nantes, los artesanos hugonotes se vieron obligados a abandonar el país. Mientras tanto, la gran burguesía, los especuladores, los recaudadores de impuestos y los 03 usureros amasaban fortunas formidables. Sus hijos adquirieron los cargos de jueces y funcionarios por grandes sumas de dinero. A la muerte de Luis XIV, el campesinado estaba reducido a la más absoluta indigencia, la nobleza de la corte se esforzaba por ganar dinero fácil y la burguesía era ya rica y en parte noble. Las largas guerras en las que se había visto envuelto el país habían sacudido profundamente la creencia en el trabajo y la economía. Todo el mundo quería enriquecerse rápidamente. Francia entró en un periodo de especulación financiera. Un tal John Law consiguió, con sus emisiones de acciones y billetes, poner patas arriba toda Francia y sumir al país en una grave crisis financiera (1720). Durante el reinado de Luis XV —a partir de 1750, más o menos— aparece en Francia el alba de la civilización industrial. A partir de entonces, la necesidad de libertad se hace sentir cada vez con más fuerza. A partir de 1750, los economistas se pronuncian contra la intromisión del Estado en la vida económica, contra el peso de las tradiciones seculares y exigen la destrucción de todos los obstáculos que impiden el curso natural de las cosas.

"¡Abajo la autoridad de la Iglesia! "¡Abajo el derecho consuetudinario de los campesinos! ¡Abajo las viejas corporaciones y todas las barreras que impiden el desarrollo de la producción! Y, embriagados de libertad burguesa, los críticos sociales trabajaron por la descomposición del régimen de la propiedad privada. Así surgió una época de grandes y audaces pensadores. Puede decirse que de 1750 a 1793 el espíritu francés iluminó al mundo y proclamó el próximo advenimiento de la Revolución.

Los escritores que en aquella época criticaron el orden existente pueden dividirse en tres grandes grupos. El primer grupo incluye a los escritores sociales que estaban más o menos a favor del comunismo. El segundo grupo incluye a los escritores burgueses que, aunque reconocían los males causados por el régimen de propiedad privada, lo aceptaban como un hecho de la vida y sólo deseaban aliviarlos mediante reformas. Al tercer grupo pertenecen los utópicos, que, haciendo caso omiso de la realidad, se refugiaron en el reino de la fantasía. Esta clasificación no es en absoluto absoluta, pues hay muchos puntos de contacto entre el primer y el tercer grupo. Pero puede servir de orientación general.

2. Los críticos sociales: Meslier, Morelly, Mably.

Mientras Corneille, Racine y Molière elaboraban sus tragedias y sus comedias para la Corte y la nobleza, mientras La Fontaine escribía sus fábulas y Boussuet predicaba, mientras todos estos escritores —y muchos otros todavía— hacían del siglo de Luis XIV el periodo dorado de la literatura francesa, un pobre cura del pueblo de Etrepigny, en las Ardenas, ejercía desde 1692 su función de pastor de almas, aunque él mismo consideraba el cristianismo completamente absurdo y condenaba enérgicamente el orden social imperante desde un punto de vista comunista. Por amor a su pobre comuna aldeana, por falta de valor o simplemente porque pensaba que aún no había llegado el momento de proclamar la verdad revolucionaria, este pobre pastor no expresaba sus ideas públicamente y se limitaba a escribirlas.

Jean Meslier —como se llamaba este sacerdote— nació en Champagne en 1664. Su libro se publicó en una edición completa, en tres volúmenes, en 1864, en Amsterdam, bajo el título: *El Testamento de Jean Meslier*. Este libro, de más de un siglo de antigüedad, ya era conocido en la edición incompleta que había publicado Voltaire. *El Testamento de Jean Meslier* es la obra de un hombre que odiaba a muerte el cristianismo; un hombre que consideraba la religión como un instrumento para subyugar y embrutecer a las personas. Con una violencia inaudita, Meslier atacó a la nobleza, al

clero, al militarismo, a los funcionarios, a los recaudadores de impuestos y a los usureros. Ningún librepensador, ningún demócrata fue más violento que él en sus ataques contra las instituciones de la época. En general, Meslier atacó la monarquía, la religión y el absolutismo. Lo que más nos interesa es el aspecto social de su crítica. He aquí lo que nos dice a este respecto:

> "Otro abuso, que existe y se encuentra en casi todas partes, es el que consiste en la apropiación individual de los bienes de la tierra, en lugar de su posesión y disfrute en común. Los habitantes de cada localidad deben vivir como miembros de una misma familia, haciendo que todos trabajen y produzcan cosas útiles, para asegurar así la subsistencia de la comunidad. La dirección de las comunidades no debe darse a los hombres que tienen tendencia a dominar, sino a los mejores y más sabios. Los hombres deben unirse entre sí para mantener la paz, para ayudarse mutuamente… Es la división de los bienes de la tierra, es la propiedad privada la que da origen a los antagonismos entre ricos y pobres, entre saciados y hambrientos, entre grandes y pequeños.… Cuando se consideran todas estas injusticias —el lujo por un lado, la miseria por otro, cuando se ve que esta división no está causada por la virtud por un lado y el vicio por otro, se llega a la conclusión de que es absolutamente imposible que exista un Dios, porque es imposible creer que tolere semejante inversión de la justicia… Los primeros cristianos vivían en común. Pero los Padres Sofistas sustituyeron la comunidad de bienes terrenales por la comunión, es decir, por la comunidad de bienes imaginarios. Pero, por lo que a ellos respecta, los monjes saben apreciar muy bien la comunidad de bienes terrenales, tanto que están al abrigo de la miseria. Pascal expresa también esta misma opinión cuando afirma en sus *Pensamientos* que la apropiación individual de la tierra y los males que de ella se derivan se explican por el hecho de que cada uno intenta apoderarse de las cosas que deberían pertenecer a todos. Y el divino Platón quiso crear una República en la que la propiedad privada quedara fatalmente abolida.
>
> La desigualdad es una violación de la ley natural. Todos los hombres nacen iguales. Todos los hombres tienen el mismo derecho a vivir, a disfrutar de su libertad natural y a tomar su parte de los bienes de la tierra trabajando para producir los medios de subsistencia necesarios. Pero puesto que viven en sociedad, y puesto que la sociedad presupone ciertas relaciones de subordinación, los hombres deben aceptar estas relaciones. Pero esta subordinación necesaria no debe degenerar en desigualdad.

> La salvación de la humanidad está en la unión de los pueblos contra los tiranos y en la comprensión de las leyes de la naturaleza, que exigen la comunidad de los bienes y el trabajo de todos."

Morelly, autor de la célebre obra *El código de la naturaleza*, ejerció una influencia más profunda que Meslier en el pensamiento comunista. No se sabe casi nada de su vida. Morelly nació en Vitry-le-François. En 1753 publicó un libro, *El naufragio de las islas flotantes*, un poema épico en catorce cantos, en el que describe una sociedad basada en el comunismo y el amor libre. Dos años más tarde apareció su Código de la Naturaleza, cuya autoría, durante mucho tiempo, se atribuyó erróneamente a Diderot. En sus obras, Morelly expone las siguientes ideas:

> "La miseria social es la consecuencia de la incomprensión, por parte de filósofos y estadistas, de las leyes de la naturaleza. La incomprensión de estas leyes ha hecho que se extraigan de ellas conclusiones falsas. La naturaleza es una máquina admirablemente bien hecha. Ha dotado a los hombres de necesidades y fuerzas y los ha colocado en un entorno en el que, si comprendieran las leyes naturales y estuvieran en armonía con ellas, todos podrían ser felices y virtuosos. El hombre no nace ni bueno ni malo. El hombre no tiene ideas ni disposiciones innatas. Cuando viene al mundo, es un ser completamente indiferente. Son sus necesidades materiales, siempre más poderosas que sus fuerzas individuales, las que le sacan de esta indiferencia. Este antagonismo entre necesidades y fuerzas produce los efectos más saludables, porque obliga al hombre a trabajar, a pensar y a unirse con sus semejantes, en una palabra, a "socializarse". La diferencia de necesidades y de capacidades hace que esta "socialización" sea tanto más necesaria. Para que los hombres puedan satisfacer sus necesidades, la naturaleza les ha dado la tierra con todas sus riquezas. Por eso la tierra pertenece de manera común a todos los hombres. La tierra es la base de la existencia humana. La sociedad está construida sobre esta base, y en la variedad y diversidad de sus ocupaciones, sus capacidades y sus obligaciones, sería una máquina admirablemente equilibrada, perfectamente en armonía con los intereses de todos, si los filósofos, legisladores y estadistas hubieran estudiado y obedecido las leyes naturales. Desgraciadamente, no es esto lo que han hecho. Por el contrario, han convertido la tierra en propiedad privada, han provocado la partición, la división y el antagonismo, provocando así el fracaso de las intenciones de la naturaleza y la degeneración de las necesidades y fuerzas creadas por ella. Este es el origen de todos los males que afligen a la sociedad actual, males que no pueden ser suprimidos ni

remediados por las leyes humanas y las formas de Estado, ya sean de pureza democrática, aristocrática o monárquica. Estos males sólo podrán desaparecer el día en que los hombres vuelvan a las leyes de la naturaleza, que pueden formularse así:

Nadie puede poseer nada como propiedad exclusiva, con excepción únicamente de las cosas indispensables para el uso diario de cada individuo.

Cada ciudadano es un funcionario de la sociedad y debe ser mantenido mediante fondos públicos.

Cada ciudadano debe contribuir, en la medida de sus fuerzas y capacidades, al bienestar general. Sus deberes en la sociedad en la que vive deben estar subordinados a este principio general, en armonía con las siguientes leyes socioeconómicas;

Cada pueblo debe estar dividido en familias, en tribus, en comunidades y, si es posible, en provincias. Todas las tribus deberán estar formadas por el mismo número de familias. La totalidad de los productos fabricados en cada una de las tribus se depositará en almacenes públicos, para ser, en determinadas épocas, distribuidos entre los ciudadanos. A falta de almacén, los productos se llevarán a una plaza pública y se volverán a repartir allí. Las sobras verificadas de productos se apartarán y guardarán para períodos de crisis o calamidad. El comercio con los pueblos vecinos sólo podrá realizarse mediante trueque y estará sujeto a control público.

Todo ciudadano capaz de trabajar deberá dedicarse a la agricultura entre los 20 y los 25 años.

La administración del Estado se confiará a un Senado, cuyos miembros serán elegidos anualmente por los cabezas de familia mayores de 50 años.

Los matrimonios tendrán una duración de 10 años y para ser válidos deberán ser aprobados por el Senado Municipal.

La vida de Gabriel B. Mably es más conocida. Se sabe que nació en Grenoble en 1709 y murió en 1785. Mably recibió una educación completa. Estudió teología, pero pronto se dedicó a la política y se convirtió en redactor en el ministerio del Exterior. Publicó estudios sobre la historia de la Antigüedad, la historia de Francia y cuestiones diplomáticas. Al principio defendió el orden existente. Pero luego adoptó una actitud crítica y publicó, en 1768, una polémica titulada *Dudas sometidas a los filósofos-economistas*. Esta obra se dirigía principalmente contra Mercier de la Revière y contra todos los economistas que consideraban la propiedad privada como la más

natural y la mejor de las instituciones, que debía ser protegida por un gobierno despótico. A estas teorías, Mably oponía el derecho natural comunista, la legislación de la Licurgo, el Estado de Platón, y hacía una confrontación entre sus ventajas y los males causados por la propiedad privada y la desigualdad social. En Mably se podía observar una fuerte influencia de Morelly. En una de sus obras, Mably escribe lo siguiente:

> "Cuando oigo hablar de una isla desierta, de clima agradable y salubre, me dan ganas de ir allí a fundar una República, donde todos serían iguales, igualmente ricos e igualmente pobres, donde todos vivirían libre y fraternalmente. Nuestra primera ley sería: nadie tendrá propiedad privada. Depositaremos el fruto de nuestro trabajo en almacenes públicos. Cada año, los padres de familia elegirán administradores para proporcionar a cada uno los medios de subsistencia necesarios y distribuir las tareas que la comunidad exige de cada uno."

Mably reconoce que los hombres educados en la sociedad actual son muy egoístas y, por tanto, incapaces de hacer del interés general el motivo principal de su actividad. El egoísmo es actualmente más fuerte que el sentimiento de solidaridad social. Por ello, Mably cree que sólo tras restringir el derecho de propiedad, mediante reformas progresivas encaminadas a eliminar el egoísmo —reformas que sólo favorecerán la propiedad adquirida mediante el trabajo personal, será posible modificar el orden social. En este sentido, en opinión de Mably, sería necesario restringir el derecho de herencia, gravar con la mayor parte de los impuestos a los propietarios del suelo y del capital mobiliario, reducir al mismo tiempo los impuestos pagados por los trabajadores y, además, suprimir progresivamente todas las diferencias jerárquicas entre los funcionarios estableciendo la igualdad de salarios, de modo que la desigualdad natural de capacidades desaparezca prácticamente en el trabajo colectivo.

3. Los críticos burgueses: Rousseau, Linguet, Necker, Brissot

Durante la segunda mitad del siglo XVIII, la teoría del derecho natural estaba tan extendida en Francia que incluso los escritores hostiles al comunismo adoptaron una actitud crítica hacia la propiedad privada.

El más famoso, si no el más consecuente de estos escritores, fue Jean Jacques Rousseau (1712-1778). En el libro que publicó en 1753 con el título *La desigualdad de los hombres*, Rousseau afirma lo siguiente:

> "El primer hombre que erigió barreras alrededor de un campo y declaró: 'Este campo es mío', —y encontró gente lo bastante ingenua para creerlo— ese hombre fue el verdadero fundador de la sociedad. Cuántos crímenes, guerras y asesinatos, cuánta miseria y horror, y cuánto daño se ahorraría a nuestra raza un hombre que, después de derribar todas las barreras y llenar todos los fosos, gritara a sus semejantes: "¡No creamos en ese impuesto! Estaremos perdidos si olvidamos que los frutos son de todos y la tierra no es de nadie".

En otra obra de Rousseau, *Emilio* (1762), podemos encontrar varios pasajes del mismo tipo:

> "En sociedad, los placeres deben adquirirse mediante el trabajo. Todo el mundo debe trabajar. Un ciudadano ocioso, rico o pobre, poderoso o débil, no es más que un bandido".

El jurista conservador Simon N. H. Linguet (17361794), en su *Teoría de las leyes civiles* (1767), lamenta que la sociedad burguesa destruya la libertad natural del hombre Desde su nacimiento, el hombre ya está atado por esta monstruosa cadena llamada sociedad… Al primer vistazo que da a su alrededor, ve seres en el mundo, sus semejantes, cargados de cadenas. Y estos seres se regocijan cuando ven que un compañero más vendrá a compartir su esclavitud. La ambición y la violencia se han apoderado de la tierra. Y nadie puede alcanzar su propiedad si no es colocándose bajo su estandarte. "La justicia es la voluntad eterna y voluntaria de dar a cada uno lo que le corresponde". Eso dicen los juristas. Pero, en realidad, quien es pobre no tiene más que pobreza. Y las leyes no pueden darle nada, porque su único propósito es defender a los que viven en la abundancia contra los ataques de los que ni siquiera tienen lo necesario para vivir. Las leyes las dictan los ricos. Son ellos, por supuesto, quienes se aprovechan de ellas. Pueden compararse a fortalezas construidas por los ricos en territorio enemigo. Las guerras las provocan las leyes porque las guerras las provoca el amor a la propiedad. ¿Y en qué se basa la propiedad si no es en las leyes? El objetivo de la sociedad burguesa es liberar a los ricos de todo trabajo. La situación del trabajador libre es peor que la del esclavo. Porque el esclavo sabe que comerá, aunque no tenga trabajo. ¿Y qué pasa con el trabajador libre cuando no encuentra trabajo? ¿Quién se ocupa de él cuando está condenado a morir de hambre y miseria?

Muchas reflexiones de este tipo se encuentran también en Linguet. Sin embargo, Linguet fue conservador hasta su muerte. De hecho, afirmaba

que la sociedad engendra necesariamente la desigualdad y todas sus consecuencias.

Jacques Nacker, Ministro de Finanzas de Luis XVI (1732-1804), terminaba su obra sobre el comercio de cereales con estas palabras:

> "Contemplando la sociedad, es imposible no ver que todas las leyes, todas las instituciones sociales tienen por único fin garantizar el bienestar de los ricos. Si abrimos un código de leyes, nos horrorizaremos porque encontraremos la confirmación de esta verdad en cada página. Hojeando las leyes, uno tiene la impresión de que una ínfima minoría, un puñado de hombres, se han repartido la tierra y han hecho las leyes para defenderse de la masa de individuos que no poseen nada… Las leyes, para esos hombres, son tan útiles como las vallas erigidas para proteger los bosques de las incursiones de animales feroces".

Citemos finalmente un interesante pasaje de Brissot (1736-1794) en su libro *Investigaciones filosóficas sobre la propiedad y el robo*: "Cuando la mancomunidad fue desterrada de la tierra, el antagonismo entre ricos y pobres se manifestó cada vez más claramente. A partir de ese momento, la sociedad se dividió en dos partes. En la primera, los terratenientes; en la segunda, la alta burguesía popular. Y para imponer el cruel derecho de propiedad, se crearon leyes duras y castigos crueles. Lo que se llama robo no es más que la violación de este derecho de los ricos, aunque, en realidad, a la luz del estado de naturaleza, el verdadero ladrón es el que posee mucho, el que es rico. Pero en la sociedad ocurre justo lo contrario: el ladrón es el que roba la propiedad de los ricos. ¡Cómo una misma cosa presenta matices tan diferentes cuando se contempla desde dos puntos de vista antagónicos!

Sin embargo, hay que señalar que Brissot no era ni un revolucionario ni un jacobino moderado, sino simplemente un girondino, es decir, un republicano moderado. Y fue precisamente como republicano moderado como los jacobinos enviaron a Brissot a la guillotina.

4. La utopía de Vairasse d'Alliais

Dionysius Vairasse d'Allais fue el primer escritor francés que describió una sociedad comunista. Su obra Historia de los sevarambos apareció primero en inglés en Londres en 1765 y luego en francés en París en 1777-1778.

Vairasse tuvo una juventud agitada. Primero sirvió en el ejército francés y luego en la escuadra inglesa. Después vivió algún tiempo en Londres.

Finalmente, se instaló en París como profesor de idiomas. Su *Historia de Sevarambos*, poco después de su aparición, fue traducida al alemán y al neerlandés. En ella Vairasse describe, de forma fantástica, la vida de los sevarambos, habitantes de una isla de Australia, que habían sido organizados en sociedad por un sabio llamado Sevaris —de donde deriva el nombre de sevarambos. Los principios sobre cuya base Sevaris llevó a cabo la organización social de su pueblo eran los siguientes:

Los males existentes en la sociedad humana tienen tres fuentes principales: el orgullo, la ambición y la ociosidad.

El primero ha desarrollado la desigualdad entre nobles y hombres del pueblo, entre amos y siervos. El segundo ha dividido la sociedad en ricos y pobres. Finalmente, es la tercera la que determina los excesos, las conspiraciones y hace olvidar a los hombres los tesoros de la naturaleza y del espíritu humano. Por eso Sevaris resolvió abolir por completo todas las diferencias de casta, manteniendo sólo las que surgían de las cualidades morales de los individuos. Después abolió la propiedad privada. Toda la propiedad, toda la tierra, fue declarada propiedad del Estado. De este modo, abolió la ambición, los pleitos civiles, los impuestos, los derechos de aduana, la carestía de la vida y la pobreza que tanta miseria habían causado. Tras la aplicación de estas leyes, todos los sevarambos se hicieron ricos, aunque no tuvieran nada individualmente, porque todos los bienes del Estado les pertenecían. De este modo, cada uno de ellos podía considerarse tan feliz como el monarca más rico del país. Como la comunidad de bienes exigía el trabajo obligatorio de todos los ciudadanos, Sevaris decidió que todos debían trabajar y dividió la jornada en tres partes: ocho horas de trabajo, ocho horas de descanso y ocho horas de sueño. Sólo los ancianos, las mujeres embarazadas, los enfermos y los niños estaban exentos de trabajar. Pero como la ociosidad se consideraba la mayor vergüenza, incluso los que estaban exentos del trabajo social obligatorio intentaban voluntariamente dedicarse a alguna ocupación útil.

Los sevarambos prestaban especial atención a la educación e instrucción de los niños. De los siete a los once años todos los niños recibían instrucción elemental encaminada al desarrollo simultáneo del cuerpo y el espíritu. Después asistían a escuelas agrícolas profesionales donde sólo trabajaban cuatro horas al día. Todos los jóvenes aprendían a ser reflexivos, a respetar la ley, a sus mayores y la religión. Los sevarambos eran generalmente monógamos, a excepción de los funcionarios, que podían casarse con varias mujeres. La forma de gobierno adoptada era "heliocrática"; es decir, se adoraba al sol como divinidad suprema. Su

representante en la tierra era elegido entre los más altos funcionarios del Estado. Pero era el pueblo quien nombraba a todos los demás funcionarios.

Los sevarambos vivían en común en los grandes edificios. En cada edificio había un almacén, donde los ciudadanos, previa presentación de bonos, retiraban todos los productos que necesitaban.

5. Imitación de las grandes utopías

Se puede observar que las ideas expuestas por Vairasse en su libro fueron tomadas casi en su totalidad de las obras de Tomaz More y Campanela. Las demás utopías que siguieron —y hubo muchas utopías en Francia e Inglaterra entre los siglos XVIII y XIX— fueron, en su mayor parte, meras imitaciones burdas. Lo que las distingue es, en primer lugar, la cuestión del matrimonio (unas preconizan la monogamia, otras el matrimonio a plazo fijo o el amor libre) y, en segundo lugar, la cuestión de la forma de gobierno (unas preconizan la monarquía, otras la democracia, otras, finalmente, la anarquía).

Para no extendernos más en el tema, nos limitaremos a mencionar las principales utopías del género: *La tierra meridional desvelada.* (1676), de Gabriel de Foiny (anarcocomunista); *Viajes y aventuras* (1710), de Jacques Massé (comunistadehista); *Memorias de Gaudencio de Lucques* (1746), de Bernington, imitación de Campanela y Vairasse; *La República de los Filósofos* (1768), de Fontenelle, descripción de una sociedad comunista atea basada en la esclavitud; *Historia Natural y Civil de los Galigens* (1770), descripción de una sociedad comunista basada en el amor libre; *El Descubrimiento de Australia* (1781), de Restif de la Bretonne, comunista-ético.

El *Telémaco* de Fenelon (1698), en el que se idealiza la antigüedad griega, también dio lugar a varias imitaciones utópicas.

ANEXO: Las colonias religiosas comunistas en América

Mientras los autores de utopías describían sociedades más o menos ideales, los círculos cristianos, especialmente en Alemania y Francia, mantuvieron muy vivas muchas tradiciones heréticocomunistas. Los partidarios de estas tradiciones fueron perseguidos de todas las formas posibles por las autoridades. Pero el tiempo de la Inquisición ya había pasado. Incapaces de vivir en su patria a causa de los ideales que profesaban, los fieles con tendencias heréticocomunistas decidieron

emigrar. Por eso partieron hacia América, para fundar colonias donde pudieran poner en práctica libremente sus ideas. Estados Unidos se convirtió así en un refugio para los últimos supervivientes del movimiento herético, que deseaban vivir según su ideal. Además de estas colonias, aparecieron, más tarde, las fundadas por los partidarios de Owen, de Fourier y de Cabet. Pero las dejaremos de lado, provisionalmente, porque serán estudiadas cuando tratemos de un período histórico posterior.

Una de las primeras comunidades religiosas comunistas de América fue la de los *Shakers*, fundada en 1776, en Watervlier, en el Estado de Nueva York, bajo la dirección de una inglesa llamada Anne Lee. Con el paso del tiempo, el número de adeptos creció tanto que fue posible crear varias otras comunidades, hijas de la primera. Pero el número de adherentes nunca superó los 5.000. Los miembros de estas comunidades llevaban una vida perfectamente monástica: castidad absoluta, estricta moralidad, ejercicios religiosos, dieta frugal, etc. — éstas eran las condiciones de su vida. — Éstas eran las condiciones de su vida. Las comunidades se dividían en "familias". Y en cada "familia", la gestión de los bienes se hacía en común.

La comunidad más importante de los *Shakers* fue Harmony, en Pensilvania, fundada por campesinos blandos, que emigraron en 1803, bajo la dirección de George Rapp, y vinieron a fundar una colonia comunista en América. Entre ellos reinaban la igualdad y la concordia. En 1814 vendieron la colonia por la suma de 100.000 dólares y fueron a fundar una nueva colonia en el estado de Indiana, que también prosperó y se hizo muy rica. Pero como el clima de la nueva patria no era propicio, los miembros de la comunidad volvieron a vender esta segunda colonia a Roberto Owen por 150.000 dólares. A continuación crearon una tercera colonia a la que llamaron Economía, que también prosperó considerablemente, a pesar de la actividad desmoralizadora de algunos aventureros que se insinuaron en ella y consiguieron provocar varias escisiones. Hasta 1807, los miembros de la comunidad aceptaron el matrimonio. Pero a partir de ese año, decidieron establecer el celibato obligatorio. El rápido desarrollo del Estado de Pensilvania a partir de 1870, como consecuencia del crecimiento de la industria petrolera, disipó el sueño comunista. Hoy, los violadores están organizados en una sociedad anónima y poseen grandes extensiones de tierra, minas de petróleo, centrales eléctricas, etc.

También hay que recordar la comunidad de Zoar formada por cierto número de campesinos blandos que, en virtud de sus convicciones religiosas, estaban en su patria constantemente expuestos a la persecución. Gracias a una subvención que recibieron de los *cuáqueros* ingleses, estos campesinos emigraron a América bajo la dirección de Joseph Baumler y

fundaron una colonia comunista en el estado de Ohio. Esta colonia, que al principio prosperó, subsistió hasta 1898. Las colonias comunistas de Bethel, en el Estado de Missouri, y de Aurora, en Oregón, fundadas por un tal doctor Keil e integradas casi exclusivamente por individuos de origen alemán, también prosperaron inmensamente hasta la muerte de su jefe.

Mencionemos finalmente la colonia de Amana, fundada por miembros de una secta comunista alemana. En 1842 unos mil miembros de esa secta emigraron a América. En 1901 su colonia contaba con 1.767 miembros, repartidos en siete pueblos, que se dedicaban principalmente a la agricultura y la artesanía. Sus activos en esa fecha ascendían a 1.647.000 dólares. Poseían molinos, fraguas, fábricas de jabón y textiles. También recurrían al trabajo de obreros asalariados. Pero entre ellos, los talleres eran limpios; no trabajaban a un ritmo acelerado, sino con muchas pausas de descanso. Los miembros de la comunidad vivían según las reglas comunistas, con sencillez, a la manera de los primeros cristianos.

En general, el éxito de estas colonias dependía de la fidelidad de sus miembros al ideal religioso que guiaba la vida de la comunidad, así como de las cualidades personales de los dirigentes.

(De 1740 a 1850)

Capítulo X — La revolución industrial en Inglaterra

1. Los resultados de la revolución burguesa

La revolución burguesa, que comenzó en 1642 bajo diversas formas y con diversas alternativas, continuó desarrollándose hasta 1689, terminando con la victoria de la burguesía y la derrota de la monarquía absoluta. Inglaterra se convirtió en una república, pero conservó la antigua fachada monárquica. El poder del pueblo seguía siendo relativamente pequeño. Inglaterra sólo contaba entonces con cinco millones de habitantes. El número de artesanos y comerciantes aún no superaba el millón y medio. La industria estaba en la fase de producción a domicilio o en pequeños talleres, aunque ya existían las grandes manufacturas, que agrupaban a un número relativamente grande de artesanos asalariados y estaban organizadas a la manera de un gigantesco mecanismo dominado por el capital comercial.

Los intereses del comercio y de la industria adquirieron una influencia preponderante desde el principio de la revolución. Su principal portavoz fue Olivier Cromwell. Esta influencia se hizo aún mayor durante el siglo XVIII. A partir de ese momento, toda la política del gobierno inglés se orientó hacia la conquista de vastos mercados para el comercio y la industria. Fue precisamente esta orientación la que llevó a la nobleza y a los financieros ingleses a entrar en guerra con Holanda y Francia. Fue esta orientación la que les llevó a aniquilar la competencia industrial de Irlanda, a aplastar en germen los intentos de competencia de América y a fundar el Imperio de las Indias. Fue también para conquistar mercados que la nobleza y las finanzas fundaron bancos, compañías navieras, manufacturas, y expropiaron masas considerables de pequeños campesinos, convirtiéndolos en los proletarios que pronto se emplearían en la apertura de canales y carreteras, o en las actividades de las numerosas fábricas que empezaban a surgir por todas partes. La pérdida de los Estados Unidos de Norteamérica, motivada por la limitada visión política del gobierno inglés, fue el único revés sufrido por la nobleza y las finanzas de Inglaterra en aquella época.

2. El progreso técnico

La ampliación de los mercados y el aumento general de la demanda de productos manufacturados plantearon la necesidad de modificar radicalmente las antiguas formas de producción y transporte. Ingenieros, inventores y eruditos se pusieron manos a la obra para satisfacer las nuevas demandas del mercado. Inglaterra se cubrió rápidamente de una red de ferrocarriles y vías navegables. Se perfeccionó la máquina de vapor. La antracita comenzó a utilizarse en la metalurgia. La invención del telar y de la hiladora mecánica dio origen a la industria textil moderna. El rugido de las máquinas, la febril actividad de los altos hornos, las columnas de humo que escapaban de las chimeneas, anunciaron al mundo entero el advenimiento de la era del carbón y del hierro.

Inglaterra, antes un país agrario, se convirtió rápidamente en un país industrial. Las comunidades aldeanas desaparecieron y en su lugar surgieron enormes fábricas y centros industriales. La población creció vertiginosamente. Las ciudades se extendieron en todas direcciones.

De 1730 a 1821, la población de Inglaterra y Gales pasó de 6,5 millones a más de 12 millones. De 1760 a 1816, la población de Manchester pasó de 40.000 a 140.000 habitantes; la de Birmingham, de 30.000 a 90.000; la de Liverpool, de 35.000 a 120.000. De 1750 a 1816, el valor global de las exportaciones pasó de 20 a 92 millones de libras.

Todos estos fenómenos fueron provocados por la revolución industrial que, poco a poco, iba a hacer recorrer al mundo entero el camino de una nueva civilización. Sus consecuencias fueron incomparablemente más amplias y profundas que las de todas las revoluciones anteriores, pues sentó las bases de un nuevo orden social y creó los medios para la supresión de la miseria, la opresión y las diferencias de clase. En una palabra, esta revolución fue el origen del proletariado y del socialismo moderno.

Los hombres que llevaron a cabo esta transformación y multiplicaron así hasta el infinito las posibilidades de producir riqueza eran, en su mayoría, obreros o artesanos. En su camino se interponían todo tipo de obstáculos, que debían ser superados. Pero, impulsados por las necesidades sociales, trabajaban sin temer las consecuencias del trabajo que realizaban y sin esperar la menor ventaja personal. El relojero Kay, el carpintero Wyatt, el peluquero Arkwright, el tejedor Hargreaves y el mecánico Crompton fueron los que más contribuyeron a la mejora del telar que Kay y el teólogo Cartwright habían inventado. Brindley y Metcalf, dos obreros no cualificados, que sólo sabían leer y escribir, fueron los constructores de las

nuevas carreteras y vías de navegación. El comerciante de hierro Newcomen, el vidriero Crawley y los mecánicos Watt y Stephenson inventaron la locomotora.

Los abundantes beneficios obtenidos gracias a esta revolución industrial no se los embolsaron los inventores ni los sabios, sino los comerciantes y banqueros que hicieron uso de su trabajo.

Aunque en general no entendían nada de los inventos mecánicos que se ponían a su disposición, comerciantes y banqueros poseían, en grado sumo, la facultad de poner en movimiento las fuerzas productivas que otros hombres habían creado, y la falta de escrúpulos indispensable para el éxito material. "Los nuevos amos, en su mayor parte —dice Robert Owen, que los conoció de cerca—, no poseían la menor instrucción; tenían alguna perspicacia para los negocios y apenas conocían los elementos más rudimentarios del cálculo. La rápida acumulación de riqueza, determinada por el progreso técnico, creó una clase de capitalistas reclutados entre los elementos más ignorantes, toscos y viles de la población. Fueron estos elementos los que más tarde se convirtieron en grandes industriales y organizadores de la economía capitalista. Estos elementos se creían los artífices de su prosperidad. Atribuían su triunfo a su propio mérito. Querían actuar por su cuenta y riesgo, negándose a admitir cualquier injerencia del Estado en sus negocios y, en general, cualquier intervención de las autoridades en la vida económica.

3. Smith, Bentham y Ricardo

Esta oposición a la intervención del Estado en la vida económica, que no es más que un reflejo de los intereses y la mentalidad de los círculos industriales de la época, contó con el valioso apoyo de los economistas partidarios del desarrollo de nuevas fuerzas productivas, que atacaron enérgicamente las viejas instituciones, ya seniles. El viejo orden basado en la artesanía, la industria a domicilio, el aprendizaje corporativo, las restricciones a la importación y el sistema de tres tenencias en la agricultura empezó a ser considerado como una restricción intolerable, un obstáculo para el desarrollo de la nueva forma de producción basada en la gran empresa y el progreso técnico. ¡Libertad! — fue entonces la consigna principal. Libertad individual, libertad del capital para actuar como le parezca, en beneficio de sus propios intereses. No es el Estado ni la policía, sino el interés personal del individuo el que debe regirlo y estimularlo todo, como mejor le parezca y de forma que obtenga el mayor beneficio posible de su trabajo.

El siglo de la revolución industrial creó el liberalismo, expresión de los intereses y la mentalidad de la clase capitalista. Sus principales representantes en Inglaterra fueron Adam Smith (1723-1790), Jeremiah Bentham (1748-1832) y David Ricardo (1772-1823). Estos últimos, aunque personalmente favorables a los trabajadores, desempeñaron prácticamente el papel de teóricos de los intereses del capital y, en general, de la propiedad privada, que consideraban la base más sólida de la vida social.

En opinión de Adam Smith, el trabajo es la fuente principal de la riqueza de las naciones, tanto en la producción industrial como en la agrícola. Si el suelo y las materias primas que se encuentran en él fueran, como antiguamente, de propiedad colectiva, los trabajadores, que producen todos los bienes, seguirían siendo hoy los propietarios de toda la riqueza. Y todo aumento de valor les pertenecería, porque el valor de una cosa reside únicamente en el trabajo, en el esfuerzo necesario para su fabricación. Pero como la propiedad colectiva ya no existe, el trabajador sólo recibe un salario. Y este salario está calculado de tal manera que su valor corresponde a lo estrictamente necesario para el sustento del trabajador. El valor suplementario que cada cosa adquiere mediante el trabajo pertenece al capitalista que pone sus medios de producción a disposición del trabajador. El Estado, sin embargo, no debe interferir en la vida económica. Al contrario, debe permitir la libre circulación de los intereses personales. Trabajo, capital y libertad son los resortes fundamentales de la prosperidad económica. El papel del Estado debe consistir únicamente en la defensa de la propiedad. En sus relaciones con los trabajadores, los capitalistas deben guiarse por sentimientos humanitarios, por la idea de justicia, dando a los trabajadores buenos salarios y buenas condiciones de trabajo. Éstas son las ideas fundamentales de Adam Smith. Su obra más importante, *La riqueza de las naciones*, se publicó en 1776.

Bentham criticó tanto al Estado como a los comunistas. Su tesis principal es que toda institución política o social debe juzgarse desde el siguiente punto de vista: ¿favorece o no la felicidad de la mayoría? Ahora bien, según Bentham, el Estado nunca ha examinado las cosas de este modo. Al contrario, al pretender servir al interés general, el Estado siempre ha servido a los intereses de una ínfima minoría, de un pequeño grupo de individuos privilegiados. Para Bentham, no hay intereses generales. Sólo los hay particulares, dice, porque la sociedad no es más que una agrupación de individuos. Por esta razón, el comunismo no podrá aportar la felicidad a la mayoría de los hombres, ya que exige una división igualitaria de todos los bienes. Y esta división eliminaría el único estímulo que lleva a los

hombres a dedicarse al trabajo productivo. La naturaleza ha dividido a los hombres entre dos señores: el sufrimiento y el placer, o la utilidad y la nocividad. Son ellos los que nos enseñan lo que debemos hacer. Lo que produce placer o felicidad es bueno; lo que produce lo contrario es malo. Ahora bien, puesto que son los individuos los que constituyen la sociedad, cada individuo busca obtener las mayores ventajas para sí mismo, busca obtener la mayor suma posible de placer y felicidad. El gobierno, en la medida en que es necesario, debe ser democrático. Pero el propio gobierno democrático debe limitarse a la aplicación de medidas negativas, es decir, medidas destinadas a suprimir los obstáculos que se oponen a los esfuerzos del individuo por alcanzar la felicidad.

Esta teoría de Bentham, expuesta en sus *Principios de moral y derecho*, publicados en 1789, recibió el nombre de "utilitarismo". Ejerció una notable influencia en el movimiento reformista inglés de 1825 y 1832.

Ricardo, ante todo, fue un economista que trató de explicar al público inglés los cambios producidos por la revolución industrial en el valor, en los precios, en los salarios, en los beneficios, en la renta agraria, y que trató, al mismo tiempo, de interpretar el antagonismo existente entre la burguesía y la aristocracia rural.

Según Ricardo, la sociedad se compone de tres clases principales: los capitalistas, los trabajadores y los propietarios rurales. La clase de los capitalistas es la más importante de todas, porque son los capitalistas quienes dirigen la producción y constituyen la fuerza motriz de la vida económica; la fuente de ingresos de esta clase es el beneficio. Los trabajadores no son más que fuerzas de producción, comparables a bestias de carga, herramientas y máquinas; su fuente de ingresos son los salarios. Los terratenientes, por último, constituyen la clase parasitaria de la sociedad; su fuente de ingresos es la renta de la tierra.

Los intereses del capital y del trabajo son en esencia idénticos, aunque un aumento de los salarios signifique siempre una disminución de los beneficios. Esta armonía se destruye con la introducción de nuevas máquinas, que sirven a los intereses de los capitalistas porque aumentan la capacidad de competencia, pero perjudican a los trabajadores porque determinan una economía del trabajo vivo y, en consecuencia, provocan el paro. Por el contrario, existe un violento antagonismo entre la clase terrateniente, protegida por los derechos de aduana sobre los cereales, por una parte, y el capital y el trabajo, por otra. Este antagonismo surge del hecho siguiente: el progreso de la industria y el desarrollo de las ciudades conducen a un aumento de la demanda de productos alimenticios; este aumento provoca un alza creciente de los precios y de las rentas rurales, de

modo que una gran parte de los beneficios del capital y de los salarios de los trabajadores va a parar a los bolsillos de los grandes terratenientes. Este antagonismo tiene una causa económica aún más profunda. El valor de una mercancía es igual a la cantidad de trabajo necesaria para fabricarla y ponerla a disposición del consumidor. Si aumenta la cantidad de trabajo necesaria para fabricar una determinada mercancía, evidentemente aumenta su valor. Los bolcheviques y los mencheviques fueron los primeros en vencer. Sin embargo, los bolcheviques y los mencheviques estaban construyendo el movimiento obrero, y los bolcheviques estaban construyendo el movimiento obrero. En la agricultura ocurre justo lo contrario. El desarrollo de la industria aumenta la demanda de medios de subsistencia. El cultivo se extiende a tierras que proporcionan alimentos menos abundantes y que, en consecuencia, requieren una mayor cantidad de mano de obra.

La mayor cantidad de mano de obra significa mayores valores y precios más altos y, puesto que es el rendimiento de las tierras de calidad inferior lo que determina la importancia de la renta, la renta de las tierras de calidad superior aumenta evidentemente. El aumento de los precios de los productos alimenticios obliga a los trabajadores a reclamar salarios más altos, porque los salarios no son más que una cierta cantidad de los medios de subsistencia que el trabajador necesita para vivir. Tales reivindicaciones provocan conflictos entre obreros y patronos, huelgas, descontento general de las masas, en una palabra, perturbaciones en la producción. El aumento de los salarios significa la reducción de los beneficios, porque cuanto mayor es el salario, menor es el beneficio. Salarios y beneficios varían siempre en proporción inversa. Además, el obrero no tiene ningún interés en recibir salarios más altos, porque siempre está obligado a gastar todo lo que recibe en la adquisición de los medios necesarios para su subsistencia. En consecuencia, la única clase que se beneficia del desarrollo industrial es la clase de los grandes terratenientes. Esta es la razón de la lucha de clases entre la burguesía y la nobleza terrateniente.

La principal obra de Ricardo, titulada *Principios de economía política*, se publicó en 1817. La explicación científica que Ricardo ofrece en ella de las clases, el valor, los salarios, la renta rural y el antagonismo de clases, contribuyó considerablemente a preparar el terreno para el socialismo. A partir de 1820, todos los escritores socialistas, incluido Marx, y todos los teóricos de la reforma agraria, se sirvieron en cierta medida de las enseñanzas de Ricardo. Los primeros se basaron en su teoría del valor, los segundos en su teoría de la renta. Si el aumento de la renta rural no es más que una consecuencia del progreso general de la civilización industrial, y no del trabajo personal de los grandes propietarios, dice Ricardo, este

aumento inmerecido de valor debe volver a la colectividad. Este es su argumento principal.

Capítulo XI — La crítica social en Inglaterra durante la primera fase de la revolución industrial

1. Roberto Wallace — Comunismo y superpoblación

La crítica social en Inglaterra surgió al comienzo mismo de la revolución industrial.

El teólogo Edgard Wallace (1679-1771) fue uno de los primeros hombres que se preocuparon por los problemas de la organización socialista. En su libro *Varias perspectivas*, publicado en 1761, Wallace se pregunta: ¿Cómo es posible que el hombre, con todos los dones que posee y todos los tesoros de la naturaleza a su disposición, se encuentre todavía en un nivel cultural tan bajo? Tanto en el campo de la moral como en el de la filosofía, tanto en el de las ciencias naturales como en el de la vida social, los resultados obtenidos por el hombre no son satisfactorios. ¿Podría el comunismo remediar esta situación? Sí, responde Wallace. El comunismo no es en absoluto contrario a la naturaleza. En el estado primitivo de la humanidad reinaban la igualdad absoluta y la comunidad de bienes.

Aunque los ricos y poderosos son los más interesados en preservar el régimen actual, tan ventajoso para ellos, la implantación del comunismo también sería posible en la actualidad.

El comunismo haría desaparecer la miseria, el trabajo agotador, la ignorancia y la inmoralidad. Pero la implantación del comunismo es imposible. En una sociedad comunista, el crecimiento de la población sería tan grande y tan rápido que, al final, se produciría inevitablemente una lucha encarnizada de todos contra todos, porque los medios de subsistencia nunca pueden crecer al mismo ritmo que la población.

Esta conclusión de Wallace nos muestra lo antiguo que es un argumento que aún hoy se utiliza contra el comunismo. Pero este argumento de la superpoblación perdió todo valor después del último cuarto del siglo XIX. De hecho: desde entonces, en casi todos los países, los gobernantes intentan combatir la creciente disminución de la natalidad.

2. Tomaz Spence y la reforma agraria

Thomas Spence (1750-1814) fue el primer defensor teórico de la reforma agraria. Al principio de su vida, Spence fue zapatero. Después desempeñó otras ocupaciones: maestro, tenedor de libros, etc. Finalmente, se dedicó al estudio de las cuestiones sociales. En 1775, Spence pronunció una conferencia en la Sociedad Filosófica de Newcastle sobre la ilegitimidad de la propiedad privada de la tierra. Más tarde la hizo imprimir, y él mismo vendió esta publicación por unos peniques el ejemplar. Por este motivo fue excluido de la Sociedad. Después, el folleto se reimprimió sucesivamente, recibiendo cada vez un título diferente: *Los verdaderos derechos del hombre* (1793); *El meridiano de la libertad* (1796), *La nacionalización del suelo* (1882), etc. Las ideas fundamentales de Spence, como las de casi todos sus sucesores, pueden resumirse así: En el estado primitivo de la humanidad, el suelo era propiedad común. Así, cada uno, al nacer, poseía un derecho inalienable sobre cierta porción del suelo. En aquella época, todos los hombres eran libres y vivían sin la menor sujeción, sin conocer leyes, etc. La igualdad económica y la libertad social eran, pues, derechos innatos.

Hoy sabemos que estas ideas se inspiran en la antigua teoría del derecho natural. Desde el siglo VIII, cuando la ciencia demostró que la humanidad es una categoría especial de simios, es decir, una parte del reino animal, la especie humana ha sido considerada una raza animal, que tiene como *hábitat* común la superficie terrestre, del mismo modo que los bosques, los ríos, los lagos y los mares son el hábitat de otras especies animales. Este estado primitivo de la humanidad ha ido desapareciendo poco a poco, tal vez por el crecimiento de la población y las dificultades de todo tipo que de ello se derivan, tal vez por el espíritu de ambición o la brutalidad de ciertos individuos que han tomado posesión, para su uso exclusivo, de grandes porciones del suelo. La noción de propiedad privada pudo también haber surgido, en un principio, para las cosas que los hombres creaban o transformaban con su trabajo. Así, la ambición y la violencia hicieron desaparecer poco a poco el primitivo estado de naturaleza y crearon la propiedad privada del suelo. El trabajo personal dio lugar a la propiedad privada de los bienes muebles. A partir de ese momento, el antiguo orden natural comenzó a desaparecer. Se estableció entonces un nuevo orden por contrato tácito o expreso, sobre cuya base se introdujeron la propiedad privada y el Estado con el fin de suprimir las dificultades y los disturbios, y frenar la violencia y la maldad de los individuos.

Así se constituyó la sociedad civil. Esta sociedad, sin duda, ha multiplicado considerablemente la riqueza, ha favorecido el desarrollo de la agricultura,

del comercio y de la industria, del arte y de la ciencia, pero también ha dividido a la humanidad en ricos y pobres, ha creado violentos antagonismos de clase y ha dado origen al egoísmo, al espíritu de prepotencia, a la ambición, a la falsedad, a la explotación del hombre por el hombre, al crimen y, en una palabra, a toda la miseria social actual. Es necesario, pues, llevar a cabo una reforma agraria, para unir las ventajas del estado de naturaleza (igualdad y libertad) a las ventajas del régimen actual (multiplicación de las riquezas, progreso de las ciencias, de las artes, etc.).

Esta reforma será la municipalización de la tierra. La nación, reunida en asamblea pública, debe denunciar el contrato social, expropiar a los terratenientes y entregar la tierra a las comunas, para que éstas la arrienden a los campesinos a precios asequibles. Los gastos de administración y educación pública se pagarán con las sumas obtenidas por el alquiler de la tierra. Se suprimirán todos los demás impuestos. El comercio y la industria, en cambio, seguirán siendo libres.

Estas son las ideas fundamentales que aún hoy se expresan en todos los movimientos que reclaman la reforma agraria. Estas ideas se completaron más tarde en la teoría de la renta de Ricardo. Las diferentes tendencias de este movimiento son muy similares entre sí. No las estudiaremos, pues, ni examinaremos en detalle las teorías de sus principales representantes: Ogilvie, Paine, Dove, Henry George y sus sucesores belgas, franceses y alemanes. Todos ellos ocupan una posición intermedia entre el socialismo y el liberalismo. Son, por así decirlo, socialistas-liberales. Pero en realidad son más liberales que socialistas. Spence, sin embargo, es una excepción. De carácter enérgico y sincero, participó hasta el final de su vida en todos los movimientos obreros revolucionarios de su época.

3. Godwin y el comunismo anarquista

Su contemporáneo William Godwin (1756-1836), fundador del comunismo anarquista, era superior a Spence desde el punto de vista intelectual, pero muy inferior a él desde el punto de vista del carácter. Godwin comenzó como teólogo. En el seminario leyó las obras de los enciclopedistas franceses. Esta lectura ejerció tal influencia en su mente que Godwin decidió finalmente abandonar el puesto de predicador. En 1793 escribió *Justicia social*, una obra en dos volúmenes en la que trataba de mostrar la inmoralidad del orden social existente. En su opinión, el bienestar general sólo podía obtenerse mediante una transformación de la organización social, inspirada en los preceptos de la justicia. Esta obra

causó sensación. Las ideas fundamentales de Godwin son las siguientes: La principal facultad del espíritu humano es la razón. Dirige toda nuestra actividad. Es de la razón, por tanto, de quien depende la moralidad. La política, en el sentido etimológico del término, es decir, la actividad social, está formada por las acciones humanas. La política no es otra cosa que la actividad moral o inmoral de un hombre, de grupos de hombres, de gobiernos, etc. En consecuencia, la política, como doctrina, se identifica con la ética. Toda actividad humana está dirigida a la consecución de la felicidad. Pero la felicidad sólo puede obtenerse mediante la virtud, la justicia, la actividad moral. El hombre es un ser progresivo y, en grado sumo, capaz de perfeccionarse. Para que la justicia se convierta en el móvil principal de la actividad humana, sólo es necesario suprimir todo lo que impide a la razón adquirir una clara conciencia de la verdadera justicia. Pero la razón adquiere su conocimiento en el medio externo. Por tanto, sólo puede recibir buenas impresiones y transformarlas en conocimientos y motivos justos y morales si el mundo externo, la vida social, es también justo y moral. El problema se reduce, pues, a transformar la vida social según los preceptos de la justicia.

Los principales obstáculos a la organización de la vida social basada en los principios de la justicia son la propiedad privada y el Estado, especialmente la primera. De la exactitud o falsedad de nuestro punto de vista sobre esta cuestión depende el problema de hasta qué punto comprendemos las consecuencias de una sociedad simple (es decir, sin gobierno ni propiedad privada), y si podemos combatir los prejuicios que nos atan a una sociedad complicada (donde reinan la propiedad privada, la opresión del Estado, la policía, el comercio, la especulación, etc.). El sistema actual de reparto de la riqueza es malo; la forma de remunerar el trabajo es injusta. Lujo y miseria, arbitrariedad y opresión, arrogancia y servilismo, son los rasgos más claros del grave mal que ha invadido nuestra actual organización social. El reinado de la propiedad privada ha hecho del egoísmo el principal motor de la actividad humana. De ahí los vicios, la inmoralidad, la ignorancia, los asesinatos y las guerras, el odio entre los hombres y entre los pueblos. El hombre se encuentra ahora en una situación en la que no puede alcanzar su meta: la felicidad.

Por eso es imposible remediar el actual estado de cosas sin establecer la igualdad económica. Ésta, a su vez, sólo será posible tras la abolición de la propiedad privada. Este resultado no se alcanzará mediante la violencia, sino a través de la educación y el progreso de la "ilustración". Las masas populares deben y pueden ser conducidas, gracias a una propaganda metódica, a la convicción de que es posible la existencia de una sociedad sin propiedad privada y sin gobierno.

Tras la victoria de esta convicción, la razón tendrá ante sí amplios horizontes y podrá elevar a la Humanidad a un alto grado de civilización y virtud. La sociedad del futuro no será una organización estrechamente limitada. Dará la más amplia libertad a todos los hombres. Y a cada uno se le asignará una determinada tarea en la dirección de la justicia social.

En 1796, Godwin se casó con Mary Wollstonskraft, líder del movimiento de emancipación femenina y autora del libro Defensa de los derechos de la mujer. De esta unión nació Mary Godwin, que más tarde se casó con Shelley, uno de los mayores poetas revolucionarios de todos los tiempos.

4. Charles Hall, el teórico de la lucha de clases

El crítico social más notable de la Inglaterra de la primera fase de la revolución industrial fue sin duda el médico Charles Hall (17401820). En su libro *Los efectos de la civilización* (1805). Hall trata de formular y explicar científicamente el antagonismo irreductible que existe entre el capital y el trabajo. Para ello, parte también de la idea de que la propiedad y el Estado no existían en la sociedad primitiva. Estas dos instituciones se desarrollaron en virtud de la civilización y su desarrollo dividió a la sociedad en pobres y ricos, explotadores y explotados, amos y siervos. La riqueza significa poder. La riqueza da a quienes la poseen poder en el Estado. La riqueza obliga a los pobres a trabajar en minas y fábricas. La riqueza les condena al trabajo más repulsivo y peligroso. Los trabajadores crean valores, pero sólo reciben un salario. El beneficio surge precisamente de la diferencia entre el valor y el salario. Este beneficio se reparte entre los grandes terratenientes, los prestamistas y los comerciantes. Los ricos toman una parte del producto del trabajo de los obreros porque poseen capital, es decir, una cierta cantidad de mercancías que ponen a disposición de los obreros en forma de medios de producción, materias primas y salarios, para que produzcan una mayor cantidad de mercancías. Pero las mismas mercancías que constituyen el capital son también producto del trabajo de los pobres. ¿Por qué se someten los trabajadores a esta situación? Porque no pueden evitar someterse. El contrato que les obliga no lo han aceptado libremente. No tienen elección: o aceptan las condiciones de los capitalistas o se mueren de hambre, junto con sus familias. Tal es el dilema al que se enfrentan. Hay, pues, opresión por parte de los capitalistas y necesidad absoluta por parte de los trabajadores. Poseedores y no poseedores, capitalistas y obreros, están separados por un antagonismo evidente.

El salario medio del obrero inglés es de 25 libras al año. La población obrera representa aproximadamente ocho décimas partes de la población total del país. Así, en una nación de 10 millones de individuos, 8 millones pertenecen a la clase obrera. Suponiendo que una familia de clase trabajadora tenga una media de cinco miembros, en 8 millones de individuos habrá 1.600.000 familias obreras. La renta total de estas familias es entonces igual a 1.600.000 multiplicada por 25 libras esterlinas, es decir, 40 millones de libras esterlinas. Ahora bien, ¿cuál es la renta anual de la nación? En 1770, la renta rural de Inglaterra estaba valorada en 20 millones de libras esterlinas. Después de 1770 esta renta aumentó en casi 10 millones.

En la actualidad (1804) asciende a 30 millones de libras esterlinas.

La renta rural, según los cálculos de Adam Smith, corresponde a un tercio del valor de la renta del suelo, que es de 90 millones de libras esterlinas. Según otros cálculos, esta renta supera los 112 millones. Pasemos ahora a la industria. Según las declaraciones del primer ministro Pitt, el valor de la exportación de productos industriales ascendió, en 1804, a 50 millones de libras esterlinas. El mercado indio absorbió el doble o incluso el triple de ese valor. La suma de estos valores representa el producto anual del trabajo, es decir, en total, 312 millones de libras esterlinas. De esta suma los productores, o lo que es lo mismo, los pobres, sólo reciben 40 millones de libras, es decir, la octava parte del producto de su trabajo. Se ve así que ocho décimas partes de la población reciben sólo una octava parte de la renta nacional anual, mientras que sólo dos décimas partes de la población reciben siete octavas partes de esta renta. ¡Y los primeros son los productores de riqueza!

La miseria de los pobres hace la fortuna de los ricos. Cuanto más se extiende la civilización, más riqueza se acumula en manos de los poseedores. El crecimiento de la riqueza se manifiesta en el aumento de la renta agraria, en el crecimiento de las deudas del Estado —que lo hacen cada vez más dependiente de los financieros, en el aumento del número de empresas industriales y comerciales. Y el crecimiento de la riqueza va de la mano del crecimiento de la pobreza. Las clases medias, que aún lograban mantenerse en una situación relativamente cómoda, se vuelven cada vez más indigentes. La situación de los pobres empeora constantemente. El crecimiento de la riqueza aumenta las necesidades de los ricos. Esto conduce necesariamente a jornadas laborales más largas y a una mayor intensificación del trabajo. El antagonismo entre pobres y ricos se agudiza hasta tal punto que es de temer que los pobres acaben haciendo intentos desesperados por liberarse del intolerable yugo que los aplasta. Los ricos

responderán a esos intentos con medidas represivas. Esta guerra civil determinará la militarización del Estado y desembocará probablemente en una dictadura pretoriana.

Los ricos ya no están dispuestos a provocar el estallido de la guerra. El fin de todas las guerras es la extensión del comercio y la industria o la anexión de nuevos territorios. La lucha en la que se enzarzan los ricos de todas las naciones comerciales o industriales por la conquista de mercados conduce necesariamente a guerras que no sirven para nada a los pobres, aunque los ricos tengan el valor de afirmar que hacen la guerra por el bien del pueblo.

Es también el deseo de extender sus dominios lo que les lleva a subyugar a los pueblos de otros países, lo que siempre desemboca en conflictos sangrientos. La susceptibilidad de los ricos es tan grande que, por el menor motivo, toman las armas so pretexto de defender el honor nacional. Pero son siempre los pobres quienes sufren todas las consecuencias de las guerras. Y precisamente por eso los ricos están siempre dispuestos a declarar la guerra cuando se trata de atacar a otros pueblos.

Hay, sin embargo, otras causas que llevan a los ricos a la guerra. Cuando ven que los pobres están decididos a reclamar sus derechos o a intentar mejorar su situación, de repente aparece en el horizonte un conflicto internacional de algún tipo, y los pobres se ven obligados a masacrarse unos a otros. La guerra en la que estamos empeñados contra Francia desde hace varios años se debió probablemente a uno de estos factores.

Cuando el pueblo francés se levantó para restablecer la igualdad política y llevar a cabo un cierto número de reformas económicas, los dirigentes y los ricos de todos los países temblaron de miedo y gritaron que la Revolución era una gota de aceite que, como un paño, podía extenderse por toda Europa si los esfuerzos de los franceses tenían éxito.

Para evitar que esto sucediera, declararon la guerra a Francia y obligaron a los pobres a renunciar a la lucha por mejorar su situación. El recuerdo de este hecho es amargo. Los pobres no sólo deben renunciar a toda esperanza de mejorar su suerte, sino que también deben soportar el peso de las consecuencias de esta terrible empresa. Los ricos conocen muy bien la utilidad de la guerra. Por eso inculcan a los niños sentimientos militaristas desde la más tierna infancia. Los manuales de historia adoptados en las escuelas están llenos de relatos bélicos. En ellos la guerra se presenta bajo un aspecto admirable y heroico. Estos libros alaban a los héroes y los actos y hechos "valerosos", es decir, las guerras, la carnicería, pero evitan cuidadosamente decir una sola palabra sobre los horrores de la guerra: los cuerpos despedazados por el fuego de las ametralladoras, los gemidos

desgarradores de los soldados, los montones de cadáveres en descomposición y los hospitales rebosantes de enfermos y heridos.

¡Qué despiadado debe ser este terrible poder que, a pesar de la razón y de todos los sentimientos humanos, es capaz de desatar sobre los pueblos las furias de la guerra! Este terrible poder es la riqueza, el capital.

No se puede negar que los pueblos llamados "salvajes" también hacen la guerra, pero en este caso la guerra es el resultado de la falta de los medios de subsistencia necesarios para la vida, o del hecho de que no existe una actividad agrícola que produzca los medios para la satisfacción de las necesidades de todos.

Entre los pueblos llamados civilizados, por el contrario, el propósito de la guerra es la conquista del lujo, de cosas absolutamente superfluas e inútiles, que sólo pueden servir para agravar aún más la explotación y la opresión de los pobres. Si los propios pueblos decidieran por sí mismos las cuestiones fundamentales de su existencia, ¡las guerras serían ciertamente imposibles!

¡Y decir que esto fue escrito hace 125 años!

Hall critica las instituciones sociales con bastante violencia. Sin embargo, se limita a presentar propuestas de reformas moderadas: nacionalización del suelo, vuelta a la artesanía, simplificación de las costumbres, supresión del lujo, etc.

Capítulo XII: Transformaciones económicas en Francia

1. De la tutela a la libertad

Desde principios del siglo XVIII, los sucesivos gobiernos en el poder en Francia trataron de desarrollar la vida industrial del país fundando un gran número de manufacturas. Estas iniciativas, procedentes de organismos estatales, tenían necesariamente un carácter burocrático. De hecho, los organizadores de empresas industriales contaban con una gran ayuda del gobierno. Pero toda su actividad estaba sometida a una estricta reglamentación. Por cierto, las manufacturas fundadas bajo el reinado de Enrique IV no tardaron en quebrar. Sólo en el último cuarto del siglo XVIII, gracias al notable impulso de JeanBaptiste Colbert, resurgieron las manufacturas, para volver a desaparecer durante las desastrosas guerras de Luis XIV.

Hacia mediados del siglo XVIII, nuevos signos de actividad se hicieron patentes en la economía. Rápidamente se crearon varios centros industriales que pronto adquirieron una importancia considerable en la vida del país: las ferrerías del Este, Firminy, SaintEtienne, Creusot. La industria textil se desarrolla en Lyon, Roubaix y Abbeville. Sólo las fábricas de Lyon empleaban a 48.000 obreros. No menos de 30.000 trabajaban en las fábricas de Carcasona. Surgen nuevos centros industriales en París, el Havre, Ruán y Limoges. En las ciudades industriales y comerciales, barrios enteros se transforman radicalmente. En 1760, el valor de la producción industrial francesa se estimaba en 930 millones de francos. Naturalistas, químicos, físicos y escritores comienzan a interesarse por las cuestiones relacionadas con la industria. Se despierta el espíritu de invención.

La burguesía y los miembros de las profesiones liberales vinculadas a ella —en una palabra, el Tercer Estado— adquieren una conciencia cada vez más clara de sus intereses y comienzan a quejarse contra el peso intolerable de la tutela estatal. Las industrias exigen una total libertad de acción. La idea de que la injerencia del Estado en la vida económica sólo era perjudicial se extendió cada vez más. El progreso de las ciudades mostró a la población rural lo ventajosa que sería la agricultura si la tierra perteneciera a las propias masas trabajadoras del campo y si éstas no estuvieran sujetas a las obligaciones impuestas por la nobleza y el clero.

Las ciudades exigían más libertad y poder político. Los campesinos exigían la supresión de las obligaciones feudales y la confiscación, en beneficio del pueblo, de las propiedades del clero y la nobleza.

Estos cambios políticos influyeron profundamente en la ciencia económica. Pero sus portavoces o vivían en la corte, como Francisco Quesnay, o pertenecían a la nobleza, como el marqués de Mirabeau, o, como Mercier de la Rivière, eran altos funcionarios; además, o estaban predispuestos a favor de la agricultura o no estaban directamente relacionados con la vida industrial. Por ello, la doctrina económica que elaboraron sobrevaloraba la importancia de la agricultura e infravaloraba la de la industria. Contribuyó en gran medida a la caída del feudalismo y a la victoria del capitalismo.[6] Era una doctrina notable, tan llena de contradicciones como la propia Francia en aquella época.

2. Los fisiócratas y la libertad económica

La doctrina fisiocrática, elaborada en Francia en el último cuarto del siglo XVIII, es una doctrina puramente burguesa. Por lo tanto, sólo la mencionaremos aquí en proporción a la influencia que ejerció en la vida económica de Francia y en la Revolución Francesa.

Esta doctrina contiene las dos ideas fundamentales siguientes: 1) existe un orden natural de la vida económica; 2) el cultivo del suelo, de la materia natural (en griego, *physis*, de donde deriva el término *fisiócrata*) es el único cultivo productivo; en otras palabras: sólo este cultivo produce un valor superior al valor empleado en el trabajo, es decir, sólo la agricultura crea un excedente (el producto neto) y es de este excedente, o plusvalía, de lo que vive toda la sociedad.

Examinemos más detenidamente estos dos puntos.

---

[6] Haremos aquí la misma observación que hemos hecho anteriormente con respecto a la explicación de Max Beer sobre la forma religiosa en que se elaboraron las teorías y reivindicaciones sociales de la Edad Media. En nuestra opinión, es erróneo tratar de explicar una doctrina o un movimiento por la personalidad de sus autores. La verdadera explicación hay que buscarla en las condiciones sociales de la época y en los problemas que provocaron en la conciencia de los hombres de entonces. La doctrina fisiocrática consideraba tan importantes las actividades agrícolas no porque —como sostiene Max Beer— los fisiócratas estuvieran directamente vinculados a la tierra; la importancia de las actividades agrícolas para la doctrina fisiocrática se explica por el hecho de que Francia, a pesar de la aparición de las manufacturas, tenía una economía basada casi exclusivamente en la agricultura. (Nota de Marcel Ollivier).

I. En opinión de los fisiócratas, existe un orden natural de la sociedad que rige la vida económica y que, por consiguiente, hace superflua toda intervención del Estado. Las bases de este orden natural son: 1) la propiedad, 2) la seguridad, 3) la libertad. Los fisiócratas consideraban inalienables estas tres bases del derecho natural. El orden natural de los fisiócratas no tiene nada en común con el viejo derecho natural en el que siempre se han basado los comunistas y los críticos sociales. Los fisiócratas, como defensores del orden burgués, consideraban la propiedad privada como el más natural de los derechos, como un derecho que, unido a la libertad económica, podía lograr el bienestar de los pueblos. La mejor política para ellos sólo podía ser: *¡Laissez faire, laissez passer!* En otras palabras: "¡Demos a los propietarios, a los prestamistas y a los comerciantes la mayor libertad de acción! El interés del individuo germinará del interés general. La vida económica obedece a sus propias leyes. ¡No necesita la intervención del Estado!

II — El trabajo de la tierra es el único trabajo productivo. El comercio y la industria, en cambio, son improductivos. Su acción consiste únicamente en la transformación o el intercambio de productos agrícolas. Existen tres clases principales en la sociedad: 1. la clase productiva (los agricultores); 2. la clase dominante (los grandes terratenientes y los altos funcionarios del Estado); y 3. la clase estéril (o clase de los trabajadores improductivos: comerciantes, obreros, patronos en general, miembros de las profesiones liberales, empleados domésticos, etc.). Dado que sólo la agricultura es productiva, toda la carga impositiva debería recaer sobre ella. Las demás clases deberían estar completamente exentas del pago de impuestos.

Es fácil ver que, a pesar de la excesiva importancia concedida a la agricultura y de su respeto por la monarquía absoluta, los fisiócratas sólo defendían los intereses de la burguesía, cuya conciencia se despertaba en aquel momento y se preparaba para la conquista del poder político. De hecho, las reivindicaciones de los fisiócratas son las reivindicaciones de la burguesía: defensa de la propiedad privada, seguridad, libertad individual, libertad comercial e industrial. He aquí el verdadero mérito de los fisiócratas que tan profunda influencia ejercieron sobre Adam Smith. Se les llamó "los economistas". Las contradicciones que encierra su doctrina serían resueltas más tarde por la Revolución Francesa. La burguesía revolucionaria derrocó el absolutismo y la dominación de la aristocracia agraria, inspirándose en las ideas de J.J. Rousseau. La burguesía no tomó de la teoría del derecho natural más que los conceptos de libertad e igualdad política, que opuso a la dominación de la monarquía y a los privilegios de la nobleza. De la teoría fisiocrática del orden natural, sólo se

sirvió de las ideas de libertad eco nómica y de inviolabilidad de la propiedad privada, para oponerlas a las pretensiones comunistas.

Capítulo XIII — La Revolución Francesa

1. Clases y conflictos constitucionales

Las largas y desastrosas guerras que Luis XIV y Luis XV libraron contra Inglaterra, Austria y Prusia aumentaron considerablemente la deuda pública. Y el peso de esta deuda se hizo aún más insoportable porque el despilfarro de la Corte, el régimen de los favoritos y la mala administración financiera habían provocado un enorme desequilibrio presupuestario y un aumento cada vez mayor de los impuestos. El *déficit* aumentó considerablemente. Así, en un momento dado, se hizo evidente que el presupuesto no podría equilibrarse sin la ayuda de la burguesía. Al no ver otra salida, Luis XVI, heredero de esta miseria financiera, decidió en 1789 convocar a los Estados Generales. El 5 de mayo de ese mismo año, los Estados Generales se reúnen en Versalles. Tres semanas más tarde, sus representantes ya controlaban la situación. Los Estados Generales fueron transformados por ellos en Asamblea Nacional, a la que se encomendó la tarea de redactar la Constitución que iba a recibir Francia, es decir, de formular los principios del nuevo equilibrio de poder que se había establecido en el seno de la nación.

La Revolución había comenzado. El viejo orden de cosas se había transformado. Las masas se ponen en marcha, asaltan la Bastilla y obligan a la Asamblea a trasladarse a París. Todas las teorías desarrolladas a partir de 1740 pasaron a desempeñar un cierto papel en la lucha que comenzaba.

Durante dos años, la Asamblea Nacional discutió los artículos de la Constitución que estaba a punto de promulgarse. Mientras tanto, el país fue sometido a una reforma total. Se confiscaron los bienes de la Iglesia. Entra en circulación un nuevo tipo de papel moneda, el papel moneda firmado. Los especuladores de la Revolución entraron en escena, comerciando con tierras y valores. Mientras las teorías revolucionarias entusiasmaban a las multitudes, los especuladores se llenaban los bolsillos. La Constitución de 1791 refleja claramente esta situación. Desde el principio, su declaración de principios afirma que todos los hombres son libres e iguales ante la ley, y que la sociedad tiene el deber de hacer respetar los derechos indispensables del hombre, como la libertad, la propiedad y la seguridad. Pero inmediatamente después de esta declaración de orden

general, la Constitución divide a los ciudadanos en "activos" y "pasivos", y concede sólo a los primeros el derecho de voto, al tiempo que establece un sistema de elecciones indirectas, por el que sólo los ricos podrían acceder al cuerpo legislativo. Por último, preserva la monarquía, reivindicando únicamente su constitucionalización.

Es evidente que una Constitución así no podía satisfacer las aspiraciones de las clases oprimidas, que, llevadas por ideales democráticos y republicanos, deseaban amplias reformas sociales.

En septiembre de 1894 se aprobó la Constitución. La Asamblea Nacional dejó de existir automáticamente y fue sustituida por la Asamblea Legislativa. Los miembros de esta Asamblea eran hombres de ideas más progresistas. Entre ellos había varios demócratas pequeñoburgueses y republicanos. La presión de las masas populares, el encarecimiento de la vida y las amenazas exteriores hicieron que estos demócratas y republicanos reclamaran una política más audaz. El 10 de agosto de 1792, la causa de la Revolución pasó a manos de los elementos extremistas de París. La familia real fue encarcelada. El levantamiento de las masas marcó el inicio de la segunda y más importante fase de la Revolución.

A partir de entonces, los elementos revolucionarios se dividieron en dos bandos: por un lado, las masas populares, los pequeños artesanos y los obreros; por otro, la burguesía; por la izquierda, los republicanos, los partidarios de las reformas sociales y los revolucionarios proletarios; por la izquierda, los republicanos moderados, los monárquicos constitucionales y la burguesía acomodada. La creciente miseria convirtió poco a poco el problema social en la principal cuestión del orden del día.

Pero los dirigentes republicanos jacobinos de izquierda y los demócratas ignoraban totalmente la existencia de este problema. En los clubes, artesanos y obreros discuten planes de reforma social. La falta de alimentos, el aumento del coste de la vida, el despilfarro del tesoro nacional, demostraban la necesidad de una reforma agraria que fijara los precios de los alimentos y aplicara medidas tendentes a la instauración de una sociedad comunista.

La división de las fuerzas revolucionarias estimuló a la contrarrevolución y a sus aliados del exterior. La Asamblea Legislativa no supo luchar con la energía necesaria contra los enemigos de la Revolución. Por ello fue disuelta en septiembre de 1792 y sustituida por una Convención Nacional elegida por sufragio directo por todos los franceses adultos.

Se proclamó la República, el rey fue condenado y ejecutado. La Convención comenzó inmediatamente a luchar contra la coalición de la reacción

europea, pero rechazó todos los ataques de los socialistas contra la propiedad privada. El 18 de marzo de 1793, la Convención resuelve imponer la pena capital a los instigadores de la agitación destinada a anular las relaciones de propiedad vigentes. El 31 de mayo de 1793, la población de París se subleva. El 10 de agosto del mismo año, la Convención aprueba una nueva Constitución democrática, expresión perfecta de la democracia formal. Sin embargo, consagraba el principio de la inviolabilidad de la propiedad privada.

Robespierre, comprendiendo claramente las aspiraciones de las masas, redactó un proyecto de Constitución que contenía un artículo sobre la propiedad privada redactado con tanta habilidad que podía ser aceptado incluso por los socialistas. El artículo rezaba así: "La propiedad es el derecho concedido a todo ciudadano de gozar de las ventajas de la propiedad aseguradas por la ley". Sin embargo, Robespierre no hizo nada para que se aprobara este artículo. Además, la Constitución de 1793 nunca llegó a entrar en vigor (explicaremos por qué en el próximo capítulo). Un gobierno revolucionario armado y con poderes absolutos dirigió los asuntos del país desde octubre de 1793 hasta julio de 1794. Organizó varios ejércitos para luchar contra la reacción europea, fijó precios máximos para los productos alimenticios, reorganizó la enseñanza superior, introdujo el sistema métrico decimal, pero combatió enérgicamente a la oposición republicana de derechas, representada por Danton, y a la oposición de izquierdas, representada por Hébert. Robespierre y sus partidarios, ante la presión que sufrían por todos lados, recurrieron al terror, que se aplicó tan brevemente contra los elementos revolucionarios. En su limitada visión de demócrata pequeñoburgués, Robespierre cavó su propia tumba y la de la Revolución enviando a la guillotina a los elementos más enérgicos y revolucionarios. Cuando terminó su nefasto trabajo, él mismo fue derrocado del poder en julio de 1794 y decapitado. La dictadura pequeñoburguesa fue sustituida por la dictadura del Directorio, que preparó conscientemente la victoria de la contrarrevolución: desarmó a los elementos revolucionarios de París, hizo votar en 1795 una Constitución basada en un régimen de censura y fomentó el saqueo de los bienes públicos y de la Bolsa.

El periodo comprendido entre 1792 y 1795 es importante por tres razones: 1) porque una dictadura revolucionaria se mantuvo en el poder; 2) porque surgió una oposición partidista a vastas reformas sociales; 3) porque se desarrollaron los gérmenes de la insurrección que más tarde promovería Babeuf.

2. La dictadura revolucionaria

Acabamos de decir que la Constitución de 1793 no entró en vigor. De hecho, esta Constitución duró hasta la conclusión de la paz. En su lugar se instauró una dictadura. En su libro sobre la Conspiración de Babeuf, Buonarroti explica la razón de esta medida. Buonarroti era un socialista democrático, amigo de los principales jacobinos, un hombre de gran elevación intelectual y de inmensa nobleza moral. En su libro, afirma que, entre los autores de la Constitución democrática, muchos pensaban que las reformas políticas, por importantes que parecieran, nunca podrían hacer feliz a un pueblo si no iban precedidas de transformaciones económicas y morales, y pensaban también que una democracia formal sólo podía ser útil a los ricos.

> "Si las cosas siguen como hasta ahora, la forma política más libre sólo puede ser disfrutada por los hombres que no necesitan trabajar. Mientras las masas populares se vean obligadas por la miseria a someterse a un trabajo duro e ininterrumpido, no podrán interesarse por los asuntos públicos, pues mientras la existencia de las masas trabajadoras dependa de los ricos, éstos estarán en condiciones de imponer decisiones que los gobiernos mistificadores podrán obtener fácilmente del pueblo."

Hay que decir, además, que Robespierre y sus partidarios no pensaban en lo más mínimo en establecer una sociedad según las líneas deseadas por Buonarroti. Creían, sin embargo, que podían mejorar las costumbres de la gente mediante reformas y reducir el egoísmo. Queremos —decía Robespierre— sustituir el egoísmo por la moral, el honor aristocrático por la ley, la tiranía de la moda por el reino de la razón, la vanidad por la grandeza de alma". Robespierre creía que podía lograr esta transformación mediante discursos, oraciones religiosas y medidas policiales. Mientras no se consiguiera el resultado deseado, no se instauraría la democracia. Por tanto, la dictadura no era una negación de los principios democráticos; al contrario, su propósito era preparar el terreno para la democracia poniendo a los hombres en condiciones de trabajar por el bien general. Robespierre no comprendía que es imposible crear un estado moral de este tipo sólo con propaganda ideológica. Creía en la omnipotencia de la razón. No sabía que nuestras ideas, especialmente las de las masas, son el resultado de la influencia del entorno social. No podía, por tanto, comprender que la principal tarea de la dictadura debía ser, en primer lugar, llevar a cabo amplias reformas sociales. En lugar de ello, Robespierre hizo ejecutar a un gran número de elementos revolucionarios para mantener la dictadura. Y la historia se ha vengado de su incomprensión y de su limitada visión

pequeñoburguesa. Toda la acción de Robespierre, desde los primeros meses de 1794, fue inconscientemente contrarrevolucionaria. Es un hecho incontestable que hasta hoy, en todas las revoluciones democráticas, el partido que ocupa el poder destruye siempre los elementos revolucionarios, preparando así el camino a la contrarrevolución.

3. La Constitución de 1793 y la crítica social

En 1793, casi todos los revolucionarios partidarios de las reformas sociales ya no podían dejar de comprender claramente que la lucha era un conflicto entre ricos y pobres, entre los que tienen y los que no tienen. Buonarroti, que en aquella época estaba en contacto con los líderes de la Revolución, dijo lo siguiente al respecto: "Todo lo que ha ocurrido en Francia desde la proclamación de la República es, en mi opinión, la expresión del conflicto entre los partidarios de la riqueza y el privilegio, por un lado, y los amigos de la igualdad, la clase obrera, por otro. Los ricos y los privilegiados eran evidentemente hostiles a la Constitución de 1793, porque se oponían abiertamente a la igualdad política. Sin embargo, entre los amigos de la igualdad no había una opinión unánime. Es cierto que Babeuf, Buonarroti y sus amigos consideraban insuficiente la Constitución democrática porque proclamaba la inviolabilidad de la propiedad. Pero también consideraban que la democracia política era un buen medio para alcanzar la igualdad económica. "De la democracia al comunismo pasando por la dictadura" era su consigna. Por eso apoyaron a Robespierre y la Constitución democrática. Pero Jacques Roux y los hebertistas, que querían ante todo transformar las relaciones de propiedad, y que advertían al pueblo contra las ilusiones, maniobras y mistificaciones de los demócratas —incluidos Robespierre, SaintJust, etc.— no eran de la misma opinión. Atacaron la Constitución, declarándola contraria a los intereses del pueblo, porque no impedía la acción de los aprovechados de la guerra, especuladores y acaparadores. Jacques Roux dijo:

> "Cuando una clase puede matar de hambre a otra clase; cuando los ricos, mediante el monopolio, tienen el derecho de vida y muerte sobre los pobres, la libertad no es más que un fantasma. La República tampoco es más que un fantasma cuando la contrevolución provoca la subida de los precios de los productos alimenticios, que tres cuartas partes de los ciudadanos no pueden pagar sin derramar lágrimas. No será posible ganar a los *sans-culottes* para la Revolución y para la causa de la Constitución mientras no se haya destruido por completo la actividad de los

> acaparadores. La guerra interna de los ricos contra los pobres es mucho más temible que la guerra del extranjero contra Francia..... Los burgueses, desde hace cuatro años, se han enriquecido con la Revolución. Peor que la nobleza es la nueva nobleza comercial que nos aplasta, porque los precios suben sin cesar, sin que sea posible prever cuándo dejarán de subir. ¿Es más valiosa la propiedad de los acaparadores que la vida de los hombres?

Estas palabras de Jacques Roux expresan, es cierto, la profunda indignación de un amigo del pueblo absolutamente sincero, de un comunista valiente. Pero, ¿no era más justa la actitud de Buonarroti? ¿No sería preferible que todos los elementos revolucionarios formaran un frente único para apoyar a Robespierre, mostrando al mismo tiempo a las masas la necesidad de una transformación social completa? Robespierre necesitaba el apoyo de las masas para luchar contra los girondinos. Si todos los elementos revolucionarios le hubieran apoyado en lugar de luchar, inevitablemente se habría visto obligado a hacerles concesiones.

4. Lange y Dolivier

Durante los primeros años de la Revolución Francesa vivía en Lyon un escritor socialista que firmaba sus artículos bajo el seudónimo de "L'Ange" (El Ángel). Michelet le considera el padre intelectual de Fourier. Sólo medio siglo más tarde fue posible identificar a este misterioso "L'Ange". Fue Jaurès quien descubrió su verdadera personalidad. Era un alemán llamado Lange, que nació en Kehl, vivió en Munster y se trasladó a Francia a los dieciséis años. En 1793 trabajaba en Lyon como empleado municipal. En 1790, publicó un folleto en el que atacaba y declaraba contradictorio el proyecto de Constitución que más tarde se convertiría en la Constitución de 1791. Según él, el proyecto comenzaba afirmando los derechos generales del hombre, pero acababa dividiendo a los ciudadanos en activos y pasivos. Esta Constitución llama "ciudadanos activos" a los que poseen propiedades y "ciudadanos pasivos" a los trabajadores, a pesar de que estos últimos son los productores de riqueza. La propiedad de los ricos es precisamente el excedente que quitan a los trabajadores (lo que hoy llamamos plusvalía). Lange pidió ayuda a los grandes amigos del pueblo y al rey. Se puso entonces a fundar cooperativas agrícolas para luchar contra el hambre y liquidar a los acaparadores. Es probable que este plan influyera profundamente en Fourier, que entonces trabajaba como comerciante en Lyon. En ninguno de sus escritos menciona Fourier a L'Ange, pero en el prefacio de su primer libro, Teoría de los cuatro movimientos y destinos

sociales, reconoce haber tomado la idea fundamental para su obra del plan de una cooperativa agrícola. Las ideas principales de Lange pueden resumirse así: el valor total de los cereales producidos en un país determinado no puede ser superior a la renta total de los trabajadores. Por consiguiente, cada trabajador debe poder vivir de su salario. Como no es así, el mal reside en los intermediarios. Mediante la violencia no se puede conseguir nada. El único remedio es extender por todo el país una amplia red de cooperativas agrícolas. Cada grupo de 100 familias formará una cooperativa. Estas cooperativas se crearán sobre la base de acciones, que el Estado emitirá mediante préstamos. Las ventajas de las cooperativas de producción y de consumo serán tales que los propios ricos tratarán de participar en ellas.

Mencionemos a otro reformador, el padre Pierre Dolivier, partidario de una reforma agraria. Las ideas que expone en la parte crítica de su obra son similares a las de Spence. También preconiza la supresión de la herencia y el reparto de las grandes propiedades entre los campesinos. Su libro, publicado en 1794, se titula: Ensayo sobre la justicia primitiva.

Capítulo XIV — La conjuración de los iguales

1. Causa y finalidad de la Conjuración

La caída de Robespierre a finales de julio de 1794, la vitoria de los elementos contrarrevolucionarios de la Convención y la aprobación de la Constitución antidemocrática de 1795 hicieron que los últimos elementos leales a la Revolución (jacobinos y revolucionarios de extrema izquierda) se unieran contra el Directorio. Los jacobinos comprendieron que la democracia nunca sería posible sin una profunda transformación económica; entendieron que la revolución política debía completarse con la supresión de las viejas relaciones de propiedad, la introducción de la propiedad colectiva del suelo, la aplicación del principio del trabajo obligatorio para todos y el establecimiento de la Justicia Social. Mediante una vida sencilla y virtuosa, la educación viril de la juventud, la abolición del egoísmo y del espíritu de mando, se consolidarían los cimientos de la nueva sociedad y Francia se convertiría en el modelo de las naciones. Tales eran las ideas fundamentales de la conspiración que pasó a la historia con el nombre de "Conjuración de Babeuf", aunque Babeuf no fue ni su inspirador ni su jefe, sino simplemente su portavoz. El verdadero creador del movimiento fue Buonarroti.

2. Felipe Buonarroti y la dictadura revolucionaria

Felipe Buonarroti es uno de los hombres más nobles de su tiempo. Rico en conocimientos, aún más rico en cualidades morales, fue un Francisco de Asís socialistarevolucionario.

Nació en Pisa en el seno de una familia italiana. Su antepasado fue el gran escultor Miguel Ángel. Alcanzó rápidamente uno de los puestos más altos de la administración; pero renunció a sus funciones en cuanto estalló la Revolución Francesa. Se trasladó primero a Córcega. Allí permaneció de 1790 a 1793, donde conoció al joven Napoleón Bonaparte, que entabló amistad con él. A continuación se instala en París. La Convención le confía varias misiones. Se hace amigo íntimo de Robespierre y la Convención le concede la nacionalidad francesa. A diferencia de Babeuf, que cambió varias veces de opinión, Buonarroti comprendió pronto que la Revolución había pasado por dos fases diferentes. De 1789 a 1792, sólo se propuso instaurar una monarquía constitucional con un gobierno burgués. A partir de 1792,

comenzó la lucha entre los que tenían y los que no tenían. Por eso la Constitución de 1793, aunque imperfecta desde el punto de vista social, fue sin embargo capaz de alentar la lucha de los que no tenían nada, aunque estos elementos no estuvieran aún suficientemente preparados para la instauración del comunismo. Poco después de la caída de Robespierre, Buonarroti fundó el Club del Panteón (llamado así porque sus miembros se reunían en el Panteón). El número de miembros de este club creció rápidamente. En los primeros meses de 1796, ya contaba con casi 17.000 sodalistas y numerosos partidarios dentro de la guarnición de París.

Buonarroti era el presidente del Club. Todos sus ayudantes poseían notables dotes intelectuales, Buonarroti creó un Comité Central secreto para preparar el levantamiento popular destinado a derrocar al Directorio y suprimir la Constitución de 1795. Pero, tras la caída del Directorio, ¿qué gobierno debía constituirse para sustituirlo? Todos estaban de acuerdo en que no sería posible poner inmediatamente en vigor la Constitución de 1793. A este respecto, Buonarroti escribió:

> "La experiencia de la Revolución Francesa y, más particularmente, los disturbios y vacilaciones de la Convención Nacional —como los hechos mismos revelan— han demostrado suficientemente que un pueblo, cuyas opiniones han sido formadas en un régimen de desigualdad y despotismo, no está preparado, al comienzo de una revolución regeneradora, para indicar por su sufragio los hombres que la dirigirán y consumarán. Esta difícil tarea sólo puede recaer en ciudadanos sabios y valientes, y en el más alto grado amantes de su país y de la humanidad, ciudadanos que, después de haber profundizado maduramente en las causas del malestar público, después de haberse liberado de los prejuicios y vicios comunes adquieren una visión más profunda de las cosas que sus contemporáneos, para despreciar así el oro y las grandezas vulgares, y resumir todas sus aspiraciones en inmortalizarse, asegurando así la victoria de la causa de la igualdad. Será quizá más necesario, al principio de una Revolución pacífica, hacer caer la autoridad suprema de la manera menos arbitraria posible, en manos sabias y concienzudamente revolucionarias".

Tras largas discusiones, en las que se examinaron las ventajas y los inconvenientes de la dictadura, se decidió que tras la caída del Directorio se elegiría una Asamblea Nacional, a la que se confiaría el poder supremo. Mientras tanto se conservaría el Comité Central, que tendría la misión de examinar la naturaleza política y las actitudes de cada candidato, y de controlar la actividad de la nueva Asamblea.

3. Fin de la Conjura

Entre los agentes secretos de la Conjuración se encontraba un tal capitán Grisel, que denunció todo el plan al Directorio. El ministro de la Guerra, Carnot, encargó al joven general Bonaparte la disolución del Club del Panteón y la detención de sus dirigentes. A finales de febrero, el club fue disuelto y, el 1 de mayo, sus dirigentes fueron detenidos. El sumario abierto contra ellos duró más de once meses. Ante la sublevación de la población obrera de París, el Directorio traslada a los acusados a Vendôme. Allí se celebra el juicio, que finaliza el 20 de mayo de 1797. Babeuf y Darthé fueron condenados a muerte y Buonarroti y algunos otros fueron desterrados. Cuando se dictó la sentencia, Babeuf y Darthé intentaron suicidarse con un puñal que habían conseguido esconder. Pero no se les permitió hacerlo. Fueron sacados de la sala empapados en sangre, para ser ejecutados al día siguiente en la guillotina.

El traidor Grisel murió más tarde de un disparo de pistola de Camillo, el hijo mayor de Babeuf.

Buonarroti fue encarcelado en Cherburgo durante algún tiempo. Su antiguo admirador Napoleón, unos años más tarde, le buscó allí para ofrecerle un alto cargo en la administración. Pero Buonarroti rechazó esta propuesta con desprecio. En 1807, fue puesto en libertad. Vivió algún tiempo en la frontera suroeste de Francia, donde entró en contacto con los revolucionarios italianos. Después se trasladó a Suiza, donde vivió humildemente dando clases de idiomas y música. Expulsado de Suiza, marchó a Bruselas, donde publicó su libro sobre *La conspiración de Babeuf*. Este libro ejerció una influencia considerable en el movimiento revolucionario entre 1828 y 1840. Tras la Revolución de Julio, Buonarroti regresó a París, donde los revolucionarios le rindieron culto. Auguste Blanqui fue uno de sus discípulos. En 1834, la policía quiso de nuevo expulsarle. Pero su condición de ciudadano francés, que le había sido conferida por la Convención, le salvó de este nuevo exilio. A partir de entonces, Buonarroti vivió como profesor de música, utilizando el seudónimo de Raymond. Murió en París en 1837.

Capítulo XV — Las repercusiones de la Revolución Francesa en Alemania

1. Reactivación económica y opresión política

La devastación causada por la Guerra de los Treinta Años era aún dolorosamente sensible en Alemania a principios del siglo XVIII. Regiones enteras se habían convertido en páramos. El comercio y la industria estaban arruinados. La actividad comercial sólo se mantenía en Leipzig y Hamburgo.

Estas ciudades eran dos oasis en el desierto de la desolada vida nacional.

Y el pueblo alemán luchaba con grandes dificultades para pensar en sus heridas. El despilfarro de los príncipes, la ambición de la nobleza terrateniente, los métodos autoritarios y pedantes de la burocracia dificultaban la curación.

La situación no empezó a mejorar hasta mediados del siglo XVIII. La revolución industrial en Inglaterra y Holanda, el movimiento enciclopédico en Francia y los avances de la ciencia económica no podían dejar de tener repercusiones en Alemania. La vida económica se reactivó. Se introducen nuevos métodos de producción. Se desarrolla la industria textil y progresa la agricultura.

> "En Hamburgo se formó una sociedad para el desarrollo de las artes y las industrias útiles. El puerto ya estaba relativamente ocupado en aquella época, sobre todo después de la declaración de independencia de los Estados Unidos de América (1776), porque los barcos estadounidenses evitaban los puertos ingleses y preferían los alemanes. Así, Hamburgo empezó a recibir 2.000 barcos al año, entre los cuales sólo 150 ó 160 enarbolaban bandera alemana.
>
> Al mismo tiempo, se fundaron en Hamburgo compañías de seguros por valor de entre 60 y 120 millones de táleros al año.
>
> La industria del lino, la minería del carbón y la producción metalúrgica progresaron considerablemente. En general, se produjo una reactivación general de la vida económica de Alemania hacia finales del siglo XVIII.
>
> Paralelamente a esta resurrección económica, se produjo un nuevo auge de la literatura y la filosofía, en las que predominaron las

> tendencias liberales y progresistas. Los escritores alemanes de este periodo eran dolorosamente conscientes del atraso de la vida política, de la servidumbre y la opresión en que los príncipes y la nobleza mantenían al pueblo alemán. Uno de los escritores más eminentes de la época, Wieland, traza un duro retrato de la situación en el *Espejo de Oro*: "En opinión de los tiranos, el pueblo no tiene derechos y los príncipes no tienen deberes. Consideran al pueblo como un conjunto de máquinas vivientes, cuyo único fin sería vivir trabajando para ellos, sin derecho alguno al descanso, la comodidad o la felicidad. Aunque no es fácil concebir semejante forma de pensar, se puede concluir, no obstante, que los príncipes se consideran una clase de seres superiores que no tienen que rendir cuentas a nadie. Y el pueblo es tan servil que cuando, excepcionalmente, se le conceden los derechos generales de la humanidad, piensa que ha recibido una gracia inmerecida."

En este sombrío cuadro no se ha exagerado ningún color, ningún rastro. Wieland se refería en particular a la situación imperante en el sur de Alemania. Pero en Prusia la situación era la misma. A este respecto Lessing escribió a su amigo Nicolás: "Una vez. En Berlín, intenta decir la verdad a los más destacados canallas de la Corte; intenta alzar la voz para defender los derechos de los hombres contra la opresión y el despotismo, como ya se hace en Francia y Dinamarca, y podrás averiguar cuál es el pueblo más oprimido de la Europa actual". Fue precisamente en este antagonismo, entre prosperidad económica y opresión política, donde la literatura clásica alemana extrajo la mayor parte de su fuerza. Pero conservó un carácter esencialmente burgués.

Schiller es su representante más típico. Fue el portavoz de las aspiraciones de la burguesía alemana en el periodo de su formación. El genio de Goethe abarcó siglos enteros, desde el Renacimiento hasta mediados del siglo XIX. Otros, como Winckelmann y Heinse, centraron su atención en la estética y no superaron la etapa renacentista. En apenas unas décadas, Alemania se vio obligada a ponerse al día en todos los progresos intelectuales que Europa Occidental había realizado desde el siglo XV, como si quisiera recuperar el retraso que había acumulado desde entonces.

2. El comunismo en Wieland y en Heinse

La literatura y el pensamiento alemanes de aquella época estaban fuertemente influidos por pensadores y escritores ingleses y franceses. En todos los campos del pensamiento: en la filosofía, el teatro, el romance, el

derecho, la crítica política y social, los escritores alemanes, desde mediados del siglo XVIII en adelante, se vieron influidos por Locke, Shaftesbury, Richardson, Fielding, Hume, Rousseau. La propia filosofía de Kant nunca habría existido sin Ocam, Locke, Berkeley y Hume. Cuando la burguesía alemana era aún débil, predominaba la influencia francesa, porque las Cortes de los pequeños principados se creían Versalles en miniatura. Y los príncipes imitaban a Luis XIV. Todo lo que venía de París parecía apoyar el absolutismo. Pero las cosas cambiaron a partir de mediados del siglo XVIII. La burguesía alemana empezó a agitarse. Inició la lucha contra la tragedia y, en general, contra toda la literatura francesa. La literatura inglesa ganó cada vez más preferencias debido a su carácter burgués. Rousseau fue el único escritor francés que no perdió su influencia anterior, precisamente porque, a pesar de toda la audacia de su crítica social, no era más que un escritor burgués.

Esta evolución fue provocada principalmente por G. E. Lessing.

Su oposición literaria contra el despotismo de los príncipes, contra la arbitrariedad de la burocracia y las argucias policiales, agudizó el pensamiento político y despertó el interés general por los problemas políticos y sociales. Christopher M. Wieland (17731813) fue uno de los representantes de esta corriente. En *El espejo de oro* y las *Obras póstumas de Diógenes de Sinopo*, examina los problemas políticos y sociales de su época desde el mismo punto de vista que el enciclopedismo francés. Como los enciclopedistas, su ideal es "la vida en armonía con la naturaleza". Como los enciclopedistas, describe una sociedad de hombres que viven en completa libertad e igualdad. Pero afirma que el ideal comunista sólo sería realizable en sociedades poco pobladas. En su opinión, las sociedades de gran población necesitarían un aparato gubernamental dirigido por un príncipe ilustrado y por leyes humanas.

En una de sus obras, Wieland pone en boca de un miembro de una sociedad comunista las siguientes palabras: "Nuestra pequeña nación, que consta de unas 500 familias, vive en perfecta igualdad. Entre nosotros sólo existen las diferencias que la propia naturaleza, siempre inclinada a la variedad, ha establecido entre los hombres. El respeto a la Constitución es suficiente para el mantenimiento del orden y la tranquilidad, frutos de la comprensión y la concordia. Todos nos consideramos como una pequeña familia. Y las pequeñas disputas que surgen accidentalmente entre nosotros son similares a las riñas entre amantes o a los pequeños conflictos que surgen periódicamente entre hermanos y hermanas… De los ocho a los doce años, nuestros niños reciben la instrucción necesaria para poder vivir felizmente dentro de nuestra sociedad. Los chicos y las chicas, de 12

a 20 años, cuidan los rebaños. De los 26 a los 60, los hombres se dedican a la agricultura y, a partir de los 60, a la jardinería. Las mujeres trabajan en la producción de lana y seda, el cultivo de flores y las tareas domésticas. Cuando la población aumenta excesivamente, se crean nuevas colonias. Los jóvenes con deseos de gloria y sentimientos de ambición tienen la oportunidad de viajar por el mundo y mostrar sus aptitudes en el extranjero, porque en la sociedad comunista en que vivimos, estas disposiciones perturban nuestros hábitos de sencillez y moderación, de y fraternidad".

En las *Obras póstumas de Diógenes de Sinopo*, éste intenta convencer a un rico corintio llamado Filomedón de que su vida ociosa es perjudicial para el Estado, y que un pobre aguador es más útil a la sociedad que el más rico de los ociosos. Filomedón replica señalando que da ocupación y mantiene a un gran número de esclavos y jornaleros. Pero Diógenes replica: "¿Quién te ha dado derecho a considerar de tu propiedad a hombres que la naturaleza ha hecho iguales a ti? ¿Dirás que las leyes? Pero no las leyes de la naturaleza, sino las leyes hechas por los hombres. ¿No son ellas las que mantienen a vuestros esclavos en la sumisión? Sólo no se rebelan porque son mantenidos en su triste situación por esta formidable fuerza. ¿Creéis que, entre los hombres libres que trabajan para enriqueceros a cambio de un salario ridículo, sólo hay uno que continuaría en esa situación si la necesidad no le redujera ya a la condición de esclavo voluntario? ¿Creéis que la mayoría de ellos, en vez de trabajar para enriqueceros a cambio de un salario miserable, que no representa más que la diezmilésima parte de vuestros beneficios, no preferirían permanecer, como vosotros, tendidos en mi voluptuoso lecho, entre la sonriente Venus y Baco, el dios de la alegría, contemplando el trabajo que otros diez mil hombres hacen por él? ¿No es evidente que deben pensar en liberarse del sufrimiento? ¿No es evidente que también deben pensar en apoderarse violentamente de su fortuna? ¿Y por qué no ponen en práctica esta idea? ¿Qué les protege contra este peligro? ¿No es la policía, no es el aparato de vuestras leyes?

> "Supongamos un caso más, tan verosímil que es muy probable que un día lo veamos realizado. Diez mil homen tienen, incontestablemente, 19.800 armas más que 100 hombres. Ahora bien, no cabe duda de que por cada cien de su clase hay al menos 10.000 hombres en Grecia que tendrían más que ganar que perder con un cambio de régimen. Supongamos, entonces, que un día a estos 10.000 hombres se les ocurre la idea de unirse y aprovechar su superioridad numérica para apoderarse de vuestros bienes y hacer una nueva división. Ahora, con la disolución del Estado, la sociedad volverá al estado de naturaleza, a la igualdad primitiva. En una

> palabra, la parte que recibiréis no será mayor que la del zapatero que os hace los zapatos. Si eso ocurriera, os veríais obligados a trabajar o a contentaros con lo poco que se contenta Diógenes. Estoy seguro de que no te gustaría ninguna de estas alternativas... No necesitamos ninguna otra prueba para demostrar que cualquier aguador de Corinto es cien veces más meritorio que tú, porque a cambio de la exigua recompensa que recibe de la sociedad realiza un trabajo útil. Y tú, a quien ella da anualmente veinte talentos para que los despilfarre, ¿qué haces por ella?".

J. J. Wilhelm Heinse (1719-1803) fue el continuador de la obra de Wieland. En su libro titulado *Ardinghello* (1787) describe una sociedad comunista organizada según el modelo de Licurgo o Platón. "Hemos evitado cuidadosamente —dice un miembro de esta sociedad— establecer la división de los ciudadanos en las dos categorías que preconizaba Platón: una encargada de las funciones dirigentes, la otra del trabajo agrícola. Nosotros, sin embargo, hemos establecido la comunidad de bienes, a pesar de Aristóteles, y así hemos conseguido suprimir un gran número de males... Pero no hemos abolido totalmente la propiedad. También hemos creado un sistema de recompensas públicas. Cada ciudadano tiene derecho a conservar hasta el final de su vida lo que pueda acumular. Luego está la comunidad de hombres y mujeres. Cada ciudadano puede disponer libremente de su persona. Todos los actos de violencia son severamente castigados. También se pretende evitar el desorden, hasta el punto de que hombres y mujeres viven en viviendas separadas.

El 10% de las mujeres tienen derecho a voto en asuntos de orden público. Pero en asuntos de interés femenino, todo dependía del voto de las mujeres. En este Estado comunista seguía habiendo esclavos y la juventud era educada para la guerra de la misma forma que en las repúblicas comunistas de la antigüedad.

3 Weishaupt y el orden "ilustrado

La Antigüedad y el Renacimiento ocupan el lugar principal en las obras de Wieland y Heinse. En las obras de Weishaupt y Lessing, es el pensamiento religioso el que ocupa el primer lugar. Sin embargo, en ellas ya no se encuentra la lucha entre el Bien y el Mal. Se trata de elevar a la humanidad a un nivel superior, a la perfección espiritual, mediante la supresión de los órganos de sometimiento y de toda servidumbre económica e intelectual.

Tal era la idea fundamental de la Orden de los "Iluminados". Esta Orden era secreta y muy similar a los francmasones, con los que tenía muchos

puntos de contacto. Al principio, sus miembros se llamaban a sí mismos los "Perfectibilistas". Su actividad duró de 1776 a 1781. La Orden fue fundada por Adam Weishaupt (1748-1830), profesor de derecho canónico en la Universidad de Ingolstadt. Adam era miembro de la Orden de los Jesuitas. Después la abandonó, decidiendo luchar contra la Iglesia oficial, el despotismo, la ignorancia y la opresión con los mismos medios utilizados por los jesuitas, para instaurar el reino de la libertad y la igualdad para todos los hombres. La pertenencia a la Orden era secreta, y sólo podían ingresar en ella los sabios, escritores, sacerdotes, profesores, altos funcionarios, príncipes y otras personas influyentes. La Orden tenía tres categorías diferentes de miembros y una serie de grados intermedios, de modo que sólo los más capaces podían alcanzar los rangos más altos.

Pertenecían a esta secta, entre otras muchas personalidades, Herder, Goethe, el famoso librero berlinés Nicolai, los duques de Gotha, de Weimar, de Brunswick. Es probable que estos últimos pertenecieran sólo a las clases inferiores de la Orden. Uno de los mejores propagandistas de la Orden, de 1780 a 1783, fue el barón de Knigge, autor de una obra que entonces alcanzó éxito: *El arte de vivir con los hombres*. Es probable que Lessing conociera, a través de su amigo Nicolai, las ideas defendidas por los "Iluminados".

Knigge esboza un cuadro característico de las costumbres de su época cuando declara que "la mistificación de los sacerdotes ha vuelto a casi todos los hombres contra la religión cristiana". Del mismo modo, el despotismo de los príncipes despertaba en todas partes el ardiente deseo de libertad. Utilizó el seudónimo de Espartaco, que caracteriza claramente el objetivo que esperaba alcanzar. Como en aquella época nadie podía pensar en crear una organización de las masas populares, sólo los líderes intelectuales de la época debían conocer sus ideas para poder llevar a cabo una revolución pacífica.

Las ideas de Weishaupt pueden resumirse así: La naturaleza está sujeta a un proceso de evolución, de mejora continua. Evoluciona constantemente de estados inferiores a estados superiores. Las diferentes formas y especies que contiene la naturaleza no son más que diferentes variaciones de un mismo ser. Lo que nos parece una forma que ya ha alcanzado el punto culminante de su desarrollo, no es más que el grado inferior de un nuevo desarrollo hacia un estadio más avanzado. La fuerza motriz de este eterno proceso de transformación es la necesidad. Cada nueva necesidad da lugar a nuevas etapas de desarrollo. "Una necesidad satisfecha da lugar a una nueva necesidad. La historia de la especie humana no es más que la historia de sus necesidades; y cada necesidad deriva de la precedente. El aumento

de las necesidades transforma poco a poco el género de vida, el estado moral y político, la concepción de la felicidad, las relaciones de los hombres entre sí, en una palabra — toda la situación del mundo en su época."

La vida salvaje era la condición más baja de existencia de la especie humana. En aquella época, el círculo de necesidades era aún muy limitado. En compensación "todos los hombres gozaban abundantemente de libertad e igualdad, los dos bienes supremos de la humanidad. Pero Dios y la naturaleza planearon elevar a los hombres a un grado superior de cultura. Con el aumento del número de individuos, con el crecimiento de la especie humana, empezaron a faltar los medios de subsistencia. Los hombres se vieron entonces obligados a abandonar la vida nómada. Se asentaron en la tierra. Se dedicaron a la agricultura. Así surgió la propiedad privada. Los más fuertes e inteligentes dominaron a los débiles. Y desaparecieron la libertad y la igualdad. Al mismo tiempo, se suprimieron las garantías contra las ofensas y los insultos. Necesitados de garantías, los hombres decidieron fundar Estados y entregar todo el poder a un número limitado de individuos, que se colocaron a la cabeza de esos Estados. Así surgió el despotismo. En lugar de libertad y seguridad, los hombres obtuvieron despotismo, opresión y terror. Divididos en Estados hostiles, los individuos cayeron bajo el yugo del nacionalismo. El odio a los conciudadanos, el deseo de aniquilar al extranjero, empezaron a juzgarse como virtudes cívicas. Incluso dentro de un mismo país han aparecido toda clase de particularismos locales.

Las masas populares nunca podrán liberarse de esta miserable situación por sus propios medios. Eso sólo puede hacerlo la organización secreta de los "Iluminados", mediante el trabajo perseverante por la mejora de la especie humana. Es necesario, pues, devolver a los hombres su libertad primitiva, pero sin hacerles volver al estado de salvajismo y barbarie en que se encontraba la humanidad en los tiempos primitivos. Será necesario garantizar la libertad y la igualdad, pero al nivel de condiciones de vida superiores, en el seno de una sociedad más avanzada. Este es también el sentido de la Historia y de la religión. El Paraíso, el Jardín del Edén, simboliza el estado de naturaleza caracterizado por la libertad y la igualdad. El pecado original significa el comienzo de la servidumbre y la institución de los estados. La aparición de Jesús de Nazaret representa el advenimiento de la era del restablecimiento del derecho, de la razón, del amor al prójimo, de la libertad y de la igualdad. Porque sólo mediante una revolución espiritual podrán los hombres alcanzar la moralidad, la libertad y la igualdad.

La Orden de los "Illuminati" fue denunciada al gobierno bávaro en 1781. Éste la disolvió. Los miembros de la Orden, que no pudieron escapar, fueron cruelmente perseguidos.

Weishaupt se refugió en Weimar, donde vivió como consejero de la corte.

4. Gotthold Ephraim Lessing

Lessing creció en un ambiente religioso. Al principio quiso dedicarse a la teología. Pero los estudios filosóficos y literarios y su contacto con racionalistas y deístas le desviaron de este primer deseo. Mientras tanto, volvió más de una vez al estudio de la religión y la teología. Leyó a los Doctores de la Iglesia. Probablemente también conoció las obras de los místicos alemanes. Su cristianismo adquirió un carácter éticosocial. Muy característico a este respecto es su primer estudio teológico, su defensa de los hermanos moravos (1750), en el que antepone la práctica de las virtudes cristianas a toda sabiduría y casuística escolástica.

En este mismo estudio, presenta a un cristiano de los primeros tiempos del cristianismo que afirma: "Debemos renunciar a las riquezas, o incluso huir de ellas. El cristiano debe ser severo consigo mismo e indulgente con sus semejantes. Debe respetar el mérito, incluso en la desgracia, y defenderlo contra la poderosa imbecilidad".

Hemos señalado antes que Lessing debió conocer las ideas de los "Ilustrados". Sus ideas socioreligiosas están contenidas en sus Conversaciones con los francmasones y especialmente en su libro *La educación de la humanidad*. La aparición de estos dos libros coincide con el inicio de la actividad de la Orden de los "Illuminati". El primero está dedicado al duque Fernando de Brunswick, que, como hemos visto, pertenecía a la Orden. "Yo también —dice Lessing en su dedicatoria—, bajé a las fuentes y las consulté". En su segunda Lección, el autor explica el carácter nefasto del Estado. Los Estados, dice, dividen a los hombres. Levantan muros entre los pueblos, e incluso entre los hombres de una misma nación. Por eso "es probable que en todos los países surjan hombres capaces de superar los prejuicios de la mayoría y de comprender allí donde el patriotismo deja de ser una virtud". Lo que se necesita, continúa diciendo, no es caridad, sino un estado de cosas en el que la caridad sea inútil. En resumen, una situación de libertad e igualdad en la que todos tengan todo lo que necesitan.

En *La educación del hombre*, Lessing desarrolla la idea de la evolución de la humanidad desde el salvajismo primitivo hasta la perfección. La Historia

es la acción metódica de un proceso divino, a través del cual la humanidad se prepara para el advenimiento de la Tercera Edad.

La Tercera Edad es —lo hemos visto antes— la doctrina de Joaquín de Flora y de los herejes de la Edad Media:

> "La Edad del Nuevo Evangelio llegará fatalmente —dice Lessing—. Algunos soñadores de los siglos XIII y XIV han logrado quizás vislumbrar este Nuevo Evangelio eterno. Sólo se equivocaron cuando anunciaron que se acercaba el advenimiento de la Era del Evangelio y cuando pensaron que podrían transformar súbitamente a sus contemporáneos que carecían de educación, que acababan de salir de la infancia, en hombres dignos de la Tercera Edad. Precisamente por eso eran soñadores. Pero los soñadores suelen tener la intuición acertada de un futuro que no pueden alcanzar. Lo que la naturaleza tardará milenios en realizar, los soñadores quieren hacerlo en instantes... ¡Marcha con tu paso insensible, eterna Providencia! No dudo de ti, ¡incluso cuando el camino que sigues parece llevarnos hacia atrás! La línea recta no es siempre el camino más corto. ¡Tienes tantas cosas que realizar en tu eterna marcha! ¡Tantos desvíos, tantas vueltas que dar! Es como si la gran rueda que guía a la especie humana hacia la perfección fuera impulsada por ruedas más pequeñas y más rápidas. Es necesario esperar algún tiempo hasta que todas estas ruedas se pongan en movimiento y, a pesar de toda resistencia, hagan moverse a su vez la gran rueda del progreso."

5. Fichte y su economía social

J. G. Fichte (1762-1814) era compatriota de Lessing, un vigoroso nacional-demócrata, uno de los más ardientes filósofos alemanes. Como orador y político, fue el verdadero precursor de los republicanos alemanes de 1848. Sus años de formación coinciden con un periodo de efervescencia y descontento general. No es de extrañar, por tanto, que Fichte fuera inicialmente internacionalista y contrario a la religión, y que acogiera con entusiasmo la Revolución Francesa y considerara la guerra contra Francia, no una guerra nacional entre distintos pueblos, sino una ofensiva de los déspotas contra la libertad. Fichte denunció la censura, defendió la Revolución Francesa y se interesó vivamente por el problema de un Estado ideal o, como él decía, de un Estado racional. En aquella época era un verdadero jacobino. No cabe duda de que, más tarde, Fichte también tuvo, más de una vez, vehemencias revolucionarias. Pero puede decirse en

general que después de 1794 se volvió cada vez más místico y más nacionalista. Sin embargo, no hay que olvidar que su personalidad era más grande que sus ideas. A pesar del vigor de su temperamento, el carácter pequeño burgués de Alemania le aplastaba con su terrible peso.

En sus *Discursos a la Nación Alemana*, Fichte declara: "En la actualidad todavía se encuentran en todos los pueblos espíritus que no pueden admitir que el progreso de una era de derecho, razón y verdad no es más que una vana ilusión. Estos espíritus creen que la actual Edad de Hierro es sólo un período de transición hacia un mejor estado de cosas… El viejo mundo, con toda su grandeza, toda su magnificencia y todas sus debilidades, ha caído bajo el peso de su propia indigencia. Ahora se libra otra lucha: la batalla de las ideas. El pueblo alemán sólo puede levantarse y salvar a la civilización en su conjunto trabajando por el establecimiento de la era de la razón y de la verdad.

Pero los *Discursos a la Nación Alemana* están, de principio a fin, impregnados de un ardiente espíritu nacionalista, entre otras cosas porque fueron pronunciados con el objetivo de fortalecer la conciencia nacional del pueblo alemán y de preparar la guerra decisiva contra todos los tiranos, extranjeros o autóctonos.

Demócrata y nacional-republicano desde el punto de vista político, Fichte, desde el punto de vista de sus ideas sociales, fue un reformista pequeñoburgués. Sus ideas sociales se encuentran en la obra titulada *El Estado comercial cerrado*, que publicó en 1800. En esta obra, Fichte propone la institución de una comunidad cerrada, autosuficiente, en la que cada trabajador, organizado profesionalmente, recibiría una cantidad modesta pero determinada. Como puede verse, hay una gran distancia entre el Estado ideal de Platón y el de Fichte.

Fichte combate la libre competencia, el libre cambio y el internacionalismo en materia económica. Ve en todo ello una fuente de mistificaciones, conflictos económicos, hostilidad entre los pueblos y guerras, e idealiza una economía cerrada, completamente independiente de los extranjeros, dentro de fronteras infranqueables, que permitiría la producción y el intercambio de todo lo necesario para la satisfacción de las necesidades más modestas. La tierra pertenecería a Dios, el Creador del mundo. Quien lo cultive sólo tendría derecho de usufructo. Esta propiedad sobre el uso de las cosas, y no sobre las cosas mismas, según Fichte, tiene su origen en un contrato establecido entre ciudadanos. No es, por tanto, la toma de posesión, sino el uso productivo o meramente útil de las cosas lo que crea el derecho de posesión.

En cuanto a la organización social, Fichte divide a los ciudadanos en tres categorías diferentes. En la primera, sitúa a los agricultores; en la segunda, a los artesanos y, en la tercera, a los comerciantes. Los miembros de cada clase sólo pueden dedicarse a las profesiones fijadas por contrato. El agricultor no puede realizar ningún trabajo industrial ni dedicarse a ninguna forma de comercio. En resumen, todas las profesiones están definidas de forma clara y precisa. *El Estado* impide que se ignoren estos límites y establece el número de personas que deben ejercer tal o cual profesión, trabajando sólo el número de personas estrictamente necesario. De este modo, afirma Fichte, puede mantenerse el equilibrio de clases. La agricultura constituye la base de la sociedad. Suministrará una determinada cantidad de productos capaces de satisfacer las necesidades sociales. De los ingresos de la agricultura dependerá el número de personas que puedan dedicarse a otras ocupaciones no productivas. Si la agricultura produce un excedente de productos alimenticios y materias primas, será posible permitir la actividad de más comerciantes, maestros, sirvientes, etc. El intercambio de productos entre los miembros de las distintas profesiones correrá a cargo de un cierto número de comerciantes, fijado por el Estado, en función de la cantidad de productos a intercambiar.

Pero, ¿sobre qué base se realizará el intercambio?

Se utilizará como unidad de valor una determinada cantidad de pan. Si, por ejemplo, cuatro libras de harina constituyen la ración diaria de una persona, esta cantidad de harina será una unidad de valor. Por consiguiente, cuanto mayor sea el valor nutritivo de un producto, mayor será su valor económico. Así, por ejemplo, una determinada cantidad de carne tiene mayor valor que la misma cantidad de pan. Una cierta cantidad de cualquier producto, suficiente para alimentar a un hombre durante veinticuatro horas, tiene el mismo valor que la cantidad de harina necesaria para alimentar al mismo hombre durante el mismo lapso de tiempo.

Los obreros del Partido Bolchevique no debían ser considerados como un partido del Partido Bolchevique, sino como un partido del Partido Bolchevique. El Partido Bolchevique, que era el Partido Bolchevique del proletariado, no era un partido para el Partido Bolchevique; era un partido para el Partido Bolchevique del proletariado, que era el Partido Bolchevique del proletariado.

Pero si los valores se intercambian siempre por valores iguales, ¿de qué vivirían los mercaderes? Fichte responde: *El Estado* les permitirá obtener un cierto excedente de los productos que intercambian, que será su ganancia.

De ello se sigue lógicamente que —según Fichte— las mercancías se venderán por encima de su valor, lo cual es manifiestamente absurdo.

En cuanto a los medios de cambio, Fichte no admite en su Estado mercantil más que dinero fiduciario (papel moneda o cualquier otro material barato). La cantidad de moneda en circulación será fijada por el Estado.

El comercio exterior, así como todas las relaciones exteriores (diplomacia, guerra, paz, etc.) serán monopolio del Estado. Fichte desea que el mundo entero se divida en Estados cerrados, que se bastarían a sí mismos. Así, según él, ya no habría guerras ni conflictos entre los pueblos. Dentro de sus fronteras, éstos podrían desarrollar libremente sus particularidades nacionales. La paz reinaría entre estos Estados cerrados. Sólo las artes y las ciencias tendrán carácter internacional. "Los tesoros de la literatura extranjera se difundirán a través de academias especiales y se intercambiarán por los tesoros de la literatura autóctona… Además, nada impedirá que los sabios y artistas de todos los países entablen libremente relaciones entre sí. Los periódicos no retendrán la atención de sus lectores con guerras, tratados y alianzas diplomáticas, sino que se limitarán a publicar noticias de los progresos de la ciencia, de las novedades, etc… Y cada uno intentará aplicar por sí mismo las invenciones de los demás".

Así concluye Fichte su utopía pequeñoburguesa.

Capítulo XVI — El reinado de Napoleón y la Restauración

1. La burguesía y Napoleón

Tras la ejecución de Babeuf y Darthé y la detención de Buonarroti, el movimiento revolucionario francés desapareció durante un tiempo de la escena política. El Directorio aplastó toda oposición y preparó el camino para la dominación de Napoleón. En 1799 Napoleón derrocó al Directorio y en 1804 se proclamó emperador. Los franceses disfrutan de la libertad bajo el despotismo, que alimenta su imaginación con la gloria militar y llena sus bolsillos con enormes beneficios. Para los comerciantes y corredores de bolsa, los años de la Revolución y las guerras napoleónicas fueron realmente fructíferos y llenos de acontecimientos. Las compras de mercancías a la Iglesia y a los emigrantes, el aumento de los precios de los cereales, el monopolio de las materias primas como consecuencia del bloqueo de los puertos franceses por la flota inglesa, todos estos factores hicieron del reinado de Napoleón I un periodo de prosperidad para la burguesía francesa.

La política exterior hizo que todas las cuestiones de política interior pasaran a un segundo plano. Comenzaron a estudiarse seriamente las condiciones geográficas del éxito de las empresas extranjeras, el desarrollo económico, las victorias militares y el dominio de los mares. Ya en el *Estado comercial cerrado* de Fichte encontramos observaciones muy interesantes sobre las causas geográficas del antagonismo entre Inglaterra y Francia, que se explicaban principalmente por la posición insular de Inglaterra. Aún más interesantes son las observaciones de Charles Fourier quien, estudiando la situación de Japón, concluye que este país llegaría fatalmente, en un futuro no muy remoto, a desempeñar un papel marítimo y económico de primer orden. Fourier afirma también que Japón se convertirá en el principal adversario de Rusia en los asuntos chinos. Describe las orgías salvajes de la especulación, las maniobras de los financieros y de los hombres de negocios en la Bolsa durante ese período, cuando las noticias falsas sobre la marcha de las operaciones militares eran el medio comúnmente utilizado para provocar la caída o la subida del valor del Estado.

La burguesía francesa se enriqueció y, al menos, mientras la estrella de Napoleón brilló en los horizontes políticos, es decir, hasta 1811

aproximadamente, se olvidó de los calamares revolucionarios del período precedente.

2. Charles Fourier

Charles Fourier (1772-1837) es un producto de este periodo extremadamente agitado. Era un hombre que poseía, junto a una imaginación exuberante, un optimismo sin límites. Tenía, junto a la presunción más salvaje, una mente aguda, notables dotes de observación y una gran sinceridad.

Era comerciante en Lyon en la época de la crisis económica que llevó a la ruina a un gran número de pequeñas empresas de esa ciudad. Fue entonces cuando Fourier comenzó a interesarse por los problemas sociales. Los planes de asociación publicados en aquella época por L'Ange (Lange) le mostraron el camino para salir del caos.

Fourier expone sus ideas en su *Teoría de los cuatro movimientos*, que publica en 1808. Es su obra principal. Todo lo que escribió después no fue más que un comentario o un desarrollo de las ideas contenidas en su primera obra. He aquí, en términos generales, en qué consistía su doctrina: "1. Los instintos y las pasiones humanas son siempre buenos; si pudieran ejercerse libremente conducirían a los individuos a la felicidad. Todo se reduce, pues, a encontrar buenas instituciones sociales, es decir, instituciones capaces de permitir esa necesaria libertad de expansión. Es el alma maldita del régimen actual, que llevará a la ruina si no es sustituido a tiempo por la cooperación y la asociación; 3º, el matrimonio es una hipocresía, porque determina siempre la esclavitud de la mujer, y por ello debe ser sustituido por la unión libre; 4º, la civilización, etapa actual de la Historia de la Humanidad, contiene males de todo tipo. Sin embargo, genera las fuerzas necesarias para elevar a la Humanidad al estadio de la asociación y la armonía, en el que los instintos humanos tendrán la libertad de movimiento necesaria y crearán riqueza, alegría y paz".

Fourier se presentaba a sus contemporáneos como un hombre que, al fin y al cabo, había conseguido desvelar los secretos de la creación divina y de la naturaleza. Lo que Cristóbal Colón, Copérnico y Newton habían hecho por el conocimiento del mundo material, Fourier pretendía haberlo hecho por el conocimiento de las leyes del mundo orgánico y social. Por ello, consideraba su descubrimiento más importante que "todos los trabajos científicos realizados desde la aparición de la especie humana".

> "¿Es necesario vestir largos hábitos negros de luto", se pregunta, "para declarar a los políticos y a los moralistas que ya ha sonado la hora fatal, que sus inmensas estanterías van a quedar reducidas a la nada, que el Platón, el Séneca, el Rousseau, el Voltaire y todos los corifeos de la incertidumbre antigua y moderna van a ser arrastrados juntos por el río del olvido"? ¿De qué han servido los esfuerzos de todos los filósofos? "Yo, que ignoro el mecanismo de las ideas, que nunca he leído ni a Locke ni a Condillac, he tenido, sin embargo, ideas suficientes para inventar todo el sistema del movimiento universal, del que sólo la cuarta rama había sido descubierta por vosotros después de 2.500 años de esfuerzos científicos.… Es a mí, sólo a mí, a quien las generaciones presentes y futuras deben la iniciativa de su inmensa felicidad… Poseyendo el libro de los destinos, acabo de disipar las tinieblas políticas y morales y, por encima de las ciencias dudosas, acabo de construir la teoría de la armonía universal".

Como todo el mundo sabe, fue meditando sobre el proyecto de asociación agrícola elaborado en 1793 por L'Ange (Lange) cuando Fourier llegó a estas nuevas verdades. Supuso haber descubierto el secreto matemático de los destinos humanos. La redención de la humanidad depende de la transición a la asociación. Y esa transición pronto tendrá lugar.

> "Asistiremos a un espectáculo que sólo puede verse una vez en cada mundo: el paso repentino de la incoherencia a la coordinación social. Será el efecto más brillante del movimiento que es posible realizar en el Universo. Su advenimiento debería consolar a la generación actual de todas sus desgracias. Cada año, durante esta metamorfosis, equivaldrá a siglos de existencia".

La concepción de la naturaleza de Fourier es la de los siglos XVII y XVIII. En su opinión, todos los fenómenos son movimientos sometidos a leyes mecánicas. Según él, estos movimientos son cuatro: el social, el animal, el orgánico y el material. La ley del movimiento material fue descubierta por Newton; es la ley de la gravitación universal. Ahora es necesario descubrir la ley del movimiento social. En la vida social, los instintos y las pasiones ocultan la ley del movimiento.… Los instintos tienden hacia ciertos fines, que son los "destinos sociales". Si nuestros instintos gozaran de la necesaria libertad de movimiento, deberíamos obedecerlos en la acción, porque es en la "atracción pasional" —como dice Fourier— donde encontraremos nuestro destino más profundo y la plena satisfacción de nuestros deseos más nobles. Por eso son muy perjudiciales los consejos de moralistas y filósofos que nos dicen que reprimamos nuestros instintos y pasiones.

Además, tales consejos son inútiles. No tienen el menor efecto. Sólo dan lugar a masas de gente decrépita, buena para el fuego. Pero, en lugar de los moralistas, vinieron los economistas que alentaron el comercio y fomentaron así el robo, la mistificación y la especulación, causando la completa desmoralización de la sociedad y un gran número de catástrofes.

Todas las pasiones humanas convergen hacia tres focos o centros de atracción principales: 1) sensuales (los cinco sentidos); 2) pasionales intelectuales (amistad, respeto, amor, sentimientos familiares); 3) pasiones refinadas (emulación, amor a la variedad, concentración de fuerzas).

El primer grupo incluye cinco instintos, el segundo cuatro y el tercero tres, en total doce. Estos doce instintos son como doce agujas que empujan el alma hacia los tres focos o centros de atracción principales. El tercer grupo es el más importante porque tiende a la unidad general y social. A condición, sin embargo, de que los instintos que contiene no se manifiesten en individuos aislados, sino en grupos enteros, y de que posean la más completa libertad de movimiento.

La combinación de los doce instintos da lugar a los diferentes caracteres, que son unos 800 en número. Así vemos que en un grupo de 800 personas podemos encontrar los gérmenes de toda perfección. Y si, desde la infancia, los individuos recibieron una educación racional, de entre ellos surgirán grandes talentos, hombres como Homero, César, Newton, etc. Si dividimos, por ejemplo, la población de Francia, es decir 36 millones de hombres, por 800, encontraremos que en Francia hay 45.000 personas capaces de elevarse al nivel de un Homero, un Demóstenes, un Molière, etc… A condición, sin embargo, de que estos instintos y talentos puedan desarrollarse libremente dentro de una organización de la vida basada en la asociación y el cooperativismo.

Este nuevo orden de cosas ya está en marcha. La fase actual de la civilización, a punto de terminar, será sustituida por la fase de la asociación. La humanidad hasta el presente ha pasado por las siguientes fases: 1ª el *estado de naturaleza*: la era paradisíaca en el Jardín del Edén. Reinaban entonces la libertad y la igualdad, y había abundancia de frutos, peces y caza. Los hombres vivían en grupo. Todo era común. El individualismo y la monogamia aún no existían; 2º, Luego vino el *estado de salvajismo*: la multiplicación de la especie humana y la ausencia de uniones conscientes y racionales provocaron la falta de productos alimenticios. Como consecuencia, surgieron disputas y conflictos de todo tipo; 3º, el *patriarcado*: el más fuerte y brutal se convirtió en cabeza de familia, degradó a la mujer e introdujo la propiedad privada; 4º, la *barbarie*, es decir,

la Edad Media: se desarrolló el feudalismo. En él sólo se encuentra una cualidad: los honores rendidos a ciertas mujeres. Es, además, en el feudalismo donde surgen los gérmenes de la civilización, es decir, el comercio y la industria; 5º, la *civilización*. En este régimen, los hombres se consideran enemigos y se tratan como tales. Ausencia absoluta de organización. El interés comercial destruye todos los sentimientos elevados. Desaparecen los sentimientos de humanidad, patria, justicia, solidaridad. La especulación con los cereales, las maniobras bursátiles, las estratagemas, el engaño, la mistificación, la hipocresía, el enriquecimiento de los ricos y la pauperización de los pobres, el desprecio de los que no poseen nada, la competencia, la anarquía económica, la desaparición de los sentimientos familiares, la lucha de los hijos contra los padres, del obrero contra el patrón, la explotación del trabajo por el capital, la dominación del gobierno por los ricos, son los rasgos principales de la civilización. La mujer es la que más sufre este estado de cosas. El matrimonio no es más que la compra de una joven preparada para ello desde la infancia. Pero el instinto sexual no se deja vencer. Reacciona. Las mujeres "honestas" tienen amantes. Y los hombres buscan fuera del matrimonio lo que no pudieron encontrar dentro de él. La lujuria y la prostitución son las consecuencias inevitables de la hipocresía del matrimonio monógamo.

Pero no debemos olvidar que no todos los resultados de la civilización han sido negativos. También ha desarrollado la ciencia y la tecnología, ha creado medios para aumentar la productividad del trabajo y ha dado a los empresarios más ricos la oportunidad de adoptar formas más racionales de explotación en la agricultura y la industria. Se prepara así un nuevo feudalismo comercial e industrial. Un número limitado de ricos dirigirá las fuerzas económicas del país. El Estado creará un gran número de empresas agrícolas en las que habrá una cierta organización capaz de garantizar la existencia de los trabajadores. Después de la civilización vendrá, pues, una sexta fase, que Fourier llama *garantismo* —que sería un período de transición entre el individualismo y el *socialismo*, séptima y última fase de la humanidad; Fourier, además, en lugar de socialismo, utiliza el término *socientismo* para designar esta séptima fase, que conducirá a los hombres a la más completa armonía y felicidad. Los hombres vivirán en "falansterios", es decir, en grandes edificios gestionados según normas cooperativas. También trabajarán, según normas cooperativas, en grupos de 1600 a 1800 personas (es decir, en grupos formados por un número de individuos igual al doble de 800 o un poco más, para que en ellos la combinación de caracteres se realice de la mejor manera posible). Dentro de esta organización, el amor a la variedad y la concentración de fuerzas tendrán plena libertad de movimiento.

Sobre el tema de la socialización de los medios de producción/Fourier no dice nada, ni permite que se hable de ello. Las falansteries serán asociaciones libres de capitalistas, obreros y administradores. El producto del trabajo se repartirá así: 5/12 a los obreros, 4/12 a los capitalistas y 3/12 a los administradores.

Unión libre, educación de los hijos a expensas del grupo, siete comidas al día, ópera y teatro a voluntad — en una palabra, alegría y placer de vivir — todo esto será posible gracias a los Falansterios, de modo que los hombres se harán mejores y más sabios, podrán vivir una media de 144 años y alcanzarán normalmente una estatura de siete pies.

Fourier no adoptó una actitud política definida. Estaba en contra de la Revolución y de los judíos, admiraba a Napoleón y vivía constantemente tratando de descubrir un filántropo rico dispuesto a proporcionarle los recursos necesarios para la ejecución de su plan. En la actualidad, sus libros —con excepción de algún que otro pasaje— ya no merecen ser leídos. La mejor exposición del fourierismo la hizo Victor Considerant en un libro titulado *El destino social*, aparecido en 1837, año de la muerte de Fourier, y que dedicó al rey Luis Felipe, "el señor y el más grande terrateniente de Francia".

3. SaintSimon

Hay que hacer la misma distinción entre SaintSimon y los saintsimonistas que entre Kant y los neokantianos. Ni SaintSimon ni Kant eran socialistas. Ambos pertenecían al mundo de las ideas liberales. Kant era un filósofo liberal, SaintSimon un economista liberal. Uno y otro consideraban la religión como la doctrina de la ética práctica.

Fueron los discípulos de SaintSimon quienes, aprovechando las teorías de Fourier, la experiencia de las luchas del proletariado inglés, la crítica social inglesa y las ideas socialistas de Buonarroti, comenzaron, a partir de 1829, es decir, cuatro años después de la muerte de su maestro, a dar a sus ideas una impronta socialreformista. Sucedió con ellos lo mismo que hoy con los neokantianos, que, habiendo conocido el socialismo científico, trataron de fusionar las enseñanzas de su maestro con el marxismo.

El conde Henri de SaintSimon descendía de una familia de la alta nobleza francesa. Estaba emparentado con el duque de SaintSimon, autor de las famosas *Memorias*, que vivió durante el reinado de Luis XIV. Según él, su árbol genealógico se remontaba a Carlomagno. De joven, fue oficial y luchó junto a Lafayette en la Guerra de Independencia americana. Entonces tuvo

la oportunidad de estudiar de cerca las instituciones burguesas de Estados Unidos. A partir de ese momento, apoyó la idea de la apertura del Canal de Panamá. En general, estaba familiarizado con los problemas industriales y comerciales de la época. A su regreso a Francia, no participó en la Revolución. Sin embargo, se aprovechó de la situación creada. Especuló con el patrimonio nacional y amasó una fortuna suficiente para cubrir las lagunas de su educación y vivir lujosamente. Después de dilapidar aristocráticamente todo su dinero, vivió durante algún tiempo muy modestamente. Incluso llegó a conocer la miseria. Por fin volvió a ver días mejores, gracias al banquero judío Rodríguez, que, con algunos otros capitalistas, le proporcionó los medios para acabar sus días tranquila y apaciblemente. Desde 1802 hasta 1825, año de su muerte, SaintSimon se dedicó a una intensa actividad literaria. Sus ideas respondían a los intereses de la burguesía industrial. Un rápido vistazo a la situación de la época lo demuestra claramente.

La burguesía francesa, que se había enriquecido durante los años de la Revolución y del Imperio, soportaba tranquilamente el despotismo de Napoleón mientras éste conservaba a su alrededor la aureola de la victoria. Pero tras la retirada de Rusia pasó a la oposición. Y cuando Napoleón regresó de la isla de Elba, ya encontró ante sí un fuerte movimiento constitucional, al que se vería obligado a hacer concesiones. Tras la derrota de Waterloo y la abdicación del emperador, los Borbones volvieron al poder. Pretendían ignorar todo lo ocurrido durante la Revolución y restaurar los antiguos privilegios de la nobleza y el clero. La burguesía se rebela. Era económicamente más fuerte que en 1789, porque durante ese periodo la tecnología y la industria habían progresado considerablemente. Por ello, se sentía cada vez más la verdadera fuerza dentro del Estado. Como los Borbones la condenaban a la impotencia política, intentó ganarse la simpatía de las masas y presentarse como la representante del pueblo frente al reinado absolutista y la reacción.

Esta situación general explica la obra de SaintSimon y, sobre todo, el saintsimonismo. El saintsimonismo entró en escena en vísperas de la Revolución de Julio de 1830, en un momento en que la burguesía libraba una violenta lucha contra los Borbones; SaintSimon, en cambio, sólo vio el comienzo de esta lucha e incluso abogó por un entendimiento entre la realeza y la burguesía.

La idea principal de la doctrina de SaintSimon era que la misión principal de la sociedad debía ser el desarrollo de la producción de riqueza.

Los industriales (SaintSimon consideraba industriales a los fabricantes, técnicos, agricultores, artesanos, banqueros, comerciantes) eran, por

tanto, una clase social más importante que la nobleza y el clero. Se concluye entonces que la burguesía debe hacerse cargo de la administración del país…

> "Es el derecho de propiedad —dice— y no la constitución política, lo que ejerce la mayor influencia sobre el bienestar social. El derecho de propiedad debe instituirse de manera que estimule a los poseedores, para que desarrollen la producción al máximo… Debe basarse en el desarrollo de la riqueza y de las libertades del individuo… La ley que crea y mantiene la propiedad es la más importante de todas, porque sobre ella descansa el edificio social. La ley que fija la división de poderes y regula su funcionamiento (es decir, la constitución) es una ley meramente secundaria".

SaintSimon estableció una distinción entre la ley y el derecho de propiedad. En su opinión, el derecho de propiedad debe ser progresivo. "El espíritu humano progresa. Por tanto, el derecho de propiedad no puede ser eterno". Por último, afirma que la propiedad feudal es fruto de la violencia, mientras que la propiedad de los "industriales" es fruto del trabajo.

Por ello, SaintSimon combate las pretensiones políticas de la nobleza.

En 1819 publicó su famosa parábola contra la nobleza. Por ello fue detenido, procesado y posteriormente absuelto por el tribunal:

> "Supongamos que Francia —dice SaintSimon—, perdiera de repente a sus cincuenta mejores físicos, a sus cincuenta mejores químicos, a sus cincuenta mejores fisiólogos, a sus cincuenta mayores banqueros, a sus doscientos mayores comerciantes, a sus seiscientos mejores herreros (y sigue enumerando las profesiones industriales más importantes). Estos hombres son precisamente los franceses que más producen, que crean los productos más importantes. Por tanto, con su desaparición, la nación sufriría un duro golpe y se convertiría en un cuerpo sin alma. Se volvería inferior a las naciones rivales y permanecería así hasta que hubiera compensado su pérdida, hasta que hubiera readquirido una nueva cabeza…"
>
> "Supongamos, ahora, que Francia no pierde a ninguno de los hombres de genio que posee en las ciencias, en las bellas artes, en los oficios; supongamos, además, que Francia tiene la desgracia de perder el mismo día al hermano del rey, monsenor duque de Angulema (y SaintSimon cita, uno por uno, a todos los miembros de la familia real); y que en este mismo día mueren todos los grandes oficiales de la Corona, todos los ministros de estado, con o sin departamentos, todos los consejeros de estado, todos los jefes de

> oficina, todos los mariscales, cardenales, arzobispos cardenales, arzobispos, obispos, vicarios generales y canónigos, los curas y alcaldes, los empleados de los ministerios, todos los jueces y los diez mil terratenientes más ricos que viven como nobles. Si tal cosa ocurriera, sin duda alguna, toda Francia sentiría una gran pena porque todos estos hombres son buenos..... Pero la desaparición de esos diez mil individuos, considerados ahora como los más importantes del Estado, sólo sería lamentable desde un punto de vista sentimental.... *El Estado* no sufriría por ello la menor pérdida política...".

Es por esta razón que SaintSimon aconseja que el rey de Francia, Luis XVIII, establezca una alianza con la burguesía y se convierta así en un rey burgués. De hecho, era también el deseo de la burguesía francesa, deseo que se cumplió tras la Revolución de 1830, cuando Luis Felipe subió al trono, que los Borbones habían dejado vacante.

SaintSimon hizo también algunas incursiones en el terreno de la filosofía de la historia, intentando aplicar las luces de sus concepciones al pasado. Estudiaremos estas tentativas en el capítulo siguiente, cuando examinemos el saintsimonismo. Por el momento, sólo queremos decir que el pensamiento de SaintSimon era esencialmente burgués. Su actitud hacia los obreros era también netamente burguesa.

En las *Cartas a un habitante de Ginebra* (1802), una de sus primeras obras, SaintSimon divide la sociedad en tres clases: 1) los liberales (los sabios, los artistas y todos los individuos con ideas progresistas); 2) los poseedores, individuos opuestos al progreso, enemigos de toda transformación; 3) los obreros y, en general, todos aquellos que se agrupan en torno a la consigna de la igualdad. A los obreros que reivindican la igualdad económica, SaintSimon les declara: "El poder de los ricos sobre los pobres no es fruto de la riqueza, sino de la superioridad intelectual". Y más adelante: "Recordad lo que ocurrió en Francia cuando vuestros camaradas estaban en el poder; provocaron el hambre". SaintSimon se refiere al periodo de la Convención (1792-1794) y parece ignorar que durante ese periodo no eran los obreros los que estaban en el poder y que la hambruna fue provocada precisamente por los enemigos de los jacobinos, es decir, por los acaparadores, usureros, especuladores, etc. SaintSimon, además, considera el periodo de la Convención como un periodo de anarquía desenfrenada. "La Convención es responsable de la muerte de Luis XVI, el más noble amigo de los hombres, y de la destrucción de la monarquía, institución fundamental de la organización social de Francia. Creó una Constitución democrática que hizo preponderantes a las capas más pobres y atrasadas

de la población". SaintSimon fue siempre un liberal, es decir, un partidario de la dominación industrial. Pero siguió de cerca el desarrollo del movimiento obrero. Pobre y dominado por sentimientos religiosos y morales, SaintSimon defendió la doctrina social del cristianismo primitivo. A este respecto, no hay que olvidar que *La educación del hombre* de Lessing ejerció una gran influencia sobre él. A partir de 1819, SaintSimon empezó a insistir cada vez más en la necesidad de prestar ayuda a los trabajadores. En el Catecismo para industriales, se dirige a los patronos y les muestra la necesidad de interesarse por la situación de los obreros.

> "Los patronos —dice— son los protectores naturales, los jefes naturales de la clase obrera. Mientras los patronos no se pongan de acuerdo con los obreros, éstos se dejarán arrastrar por intrigantes y demagogos de todos los matices, que pretenden llevarlos a la revolución para conquistar el poder político".

En apoyo de su tesis, SaintSimon cita el ejemplo del movimiento obrero inglés. En los últimos años de su vida, su interés por los obreros pesó más que cualquier otra preocupación. En el libro que publicó poco antes de su muerte, El nuevo cristianismo (1325), SaintSimon expone sus ideas al respecto: El nuevo cristianismo debe regular las relaciones entre el capital y el trabajo para "mejorar lo más rápidamente posible la suerte de las clases pobres". SaintSimon se aleja de los dogmas y los ritos religiosos. Se limita a la ética social. Su exigencia fundamental es que todos los hombres se consideren hermanos.

> "El nuevo cristianismo constará de varias partes; en general, estas partes estarán en armonía con las doctrinas heréticas de Europa y América. Como en la época del cristianismo primitivo, el cristianismo actual será sostenido, protegido y desarrollado por la fuerza de la moral y de la opinión pública."

SaintSimon afirma a continuación que al principio trató de ganar a los ricos para sus ideas mostrándoles que éstas no son totalmente contrarias a sus intereses, porque la mejora de la suerte de los pobres sólo será posible con la ayuda de medios que proporcionen también a la clase rica posibilidades más amplias de una vida feliz.

> "He tratado de explicar a los artistas, a los sabios y a los grandes fabricantes que sus intereses, en el fondo, coinciden con los de las masas populares; primero, porque pertenecen también a la clase obrera, pues son sus dirigentes naturales; segundo, porque la gratitud del pueblo por los servicios que presten será la única recompensa digna de su gloriosa actividad."

También se dirige a la Santa Alianza, a los príncipes y a los reyes:

> "Uníos en nombre del cristianismo y cumplid los deberes que incumben a los poderosos: recordad que os ordena consagrar todas vuestras fuerzas al crecimiento más rápido posible de la felicidad social de los pobres".

SaintSimon murió poco después de la proclamación de este nuevo evangelio. En resumen, puede decirse que no era ni un socialista ni un demócrata, sino un liberal avanzado que, en virtud de su gran desarrollo intelectual y de su absoluto desinterés, pudo desarrollar, de forma coherente, teorías éticas liberales. Esta afirmación es particularmente aplicable a su teoría de la propiedad, que más tarde fue interpretada en un sentido contrario a la propiedad burguesa cuando el movimiento obrero entró en una nueva fase de actividad. Esta fue la característica principal de la obra de los saintsimonistas.

4. Los saintsimonistas

Los pocos discípulos que dejó SaintSimon pertenecían en su mayoría a las clases acomodadas y cultas de la población. A partir de 1827, las elecciones legislativas parciales llevan a la Cámara un número cada vez mayor de diputados de la oposición. Pero ya en 1829, la juventud intelectual de París comenzó a crear organizaciones secretas para derrocar a los Borbones e instaurar la soberanía del pueblo. Los miembros de estas asociaciones secretas se comunicaban con los *carbonari* italianos y asimilaban sus métodos de conspiración. Estudiaban la Revolución Francesa, las teorías sociales inglesas y, en general, se mostraban abiertos a todas las ideas nuevas. Entre estos jóvenes se encontraban SaintAmand Bazard (1791-1832), de inteligencia lúcida y razonamiento profundo, y J. Buchez (1796-1832), que más tarde se dedicaría a la propaganda a favor de la institución de cooperativas de producción. Bazard se adhirió a las ideas de SaintSimon en 1825. En 1828 leyó el libro que Buonarroti acababa de publicar sobre la conspiración de Babeuf. Al año siguiente comenzó a dar conferencias sobre las enseñanzas del maestro en los centros saintsimonistas. Allí encontró un valioso colaborador en la persona de B.P. Enfantin (1794-1864), un hombre que poseía, además de una poderosa imaginación, una gran energía y una viva inteligencia. A ellos se unieron los hermanos Pereira, que poco después fundarían grandes bancos, y Fernando de Lesseps, que más tarde inauguraría el canal de Suez y dirigiría las obras iniciales del canal de Panamá. Fue así como las enseñanzas de SaintSimon se mostraron finalmente como lo que siempre habían sido en realidad, es decir, el

liberalismo industrialcomercial. Pero hasta ese momento, fue el carácter social de la doctrina lo que pasó a primer plano. Por eso los saintsimonistas fueron considerados al principio como socialistas.

La Exposición de la doctrina saintsimonista, colección de conferencias pronunciadas por Bazard, contiene las siguientes ideas:

SaintSimon enseñaba que en la historia de la humanidad, a los períodos orgánicos suceden períodos críticos, y recíprocamente. En el primero, reina una unidad de pensamiento y de fe, una cierta comunidad de intereses. Era, por ejemplo, lo que se observaba en Grecia, hasta el siglo V, antes de Jesucristo, cuando reinaba de modo incontestable el politeísmo; era también lo que se observaba en la Edad Media, hasta la aparición de Lutero, cuando la Iglesia constituía la unidad intelectual de la época. A los períodos orgánicos siguen períodos críticos, en los que se destruye la unidad de pensamiento. Surgen entonces conflictos sociales de todo tipo, como, por ejemplo, en Grecia, a partir del siglo V a.C., cuando surgieron diversos conflictos sociales. En los países de Europa occidental, a partir de la época de la Reforma, que dio lugar a diferentes sistemas de pensamiento y fue acompañada de un gran número de revoluciones políticas y sociales. Tras este periodo crítico llegó un nuevo periodo orgánico. La misión de SaintSimon era precisamente prepararlo. Esta misión, formulada en el *Nuevo Cristianismo,* tendrá como resultado el final del periodo crítico iniciado por Lutero.

Desarrollando las ideas de SaintSimon, Bazard afirma que estos períodos orgánico y crítico se caracterizan respectivamente por la asociación y el antagonismo. Pero los antagonismos son de carácter transitorio y secundario. La asociación, por el contrario, representa el esfuerzo principal de la humanidad, la ley fundamental de la historia. Los antagonismos y conflictos entre familias y entre ciudades han dado origen a las naciones. Las luchas y los antagonismos entre las diferentes naciones darán lugar a un organismo superior, bajo el dominio de una fe única, de una unidad intelectual. La humanidad tiende hacia la gran asociación universal en la que reinarán el amor y la paz, la ciencia y la riqueza.

Hasta ahora, los antagonismos y los conflictos han sido siempre causados por el reino de la violencia, que ha dado lugar a la explotación del hombre por el hombre. Pero el efecto de esta violencia es cada vez más débil. Este debilitamiento puede medirse por el progreso realizado desde el esclavo de la antigüedad hasta el trabajador de nuestros días. Las diferentes etapas de esta evolución son la esclavitud, la servidumbre y el trabajo asalariado. Vemos así que la explotación del hombre por el hombre ha disminuido progresivamente. El esclavo pertenecía enteramente al amo. El siervo ya

poseía cierta libertad. El trabajador moderno es políticamente libre. Sólo le queda liberarse económicamente. Y lo conseguirá a medida que progrese la asociación. Pero este progreso sigue obstaculizado por la obstinada conservación de la ley tradicional de la propiedad, gracias a la cual el propietario puede vivir sin trabajar y dominar a los que no tienen nada. Hay quienes sostienen que todo el orden social se basa en la propiedad. "También nosotros (los saintsimonistas) somos generalmente de esta opinión. Pero la propiedad es un fenómeno social que, como todos los fenómenos sociales, está sujeto a la ley del progreso. La propiedad puede, por lo tanto, en diferentes épocas, ser regulada, entendida y definida de diferentes maneras. Por eso Heine decía que los saintsimonistas no querían suprimir la propiedad, sino sólo definirla.

Sin embargo, los saintsimonistas abogaban por la abolición total de la herencia: "La propiedad del difunto pasará a ser propiedad del Estado, transformado ahora en una mera asociación de trabajadores. La herencia será recibida por toda la nación y no por la familia del difunto. Los privilegios de nacimiento, que ya están siendo cada vez más restringidos, serán completamente abolidos..." "¿Por qué un individuo debe heredar la riqueza sólo por ser hijo de su padre o pariente de otra persona? El derecho a la riqueza debe ser unicalmente un corolario de la capacidad de producir. En el estado asociado del futuro, cada persona ocupará el lugar que le corresponde según las capacidades que posea. Y cada capacidad será recompensada según sus propios logros. *El Estado* se convertirá en una simple administración económica, al frente de la cual se situarán las mejores mentes. Al igual que hoy existen escuelas y academias militares para la formación de buenos generales, en el Estado asociado habrá escuelas y academias para la formación de buenos administradores industriales. La misión de estos administradores será dirigir la economía, clasificar a los trabajadores según sus aptitudes, asignarles las actividades que más les convengan y recompensarles según sus méritos. La vida económica no estará dirigida por una democracia sino por una administración organizada sobre una base jerárquica. De otro modo no será posible suprimir la ociosidad, el exceso de trabajo, la pobreza, la explotación del hombre por el hombre, e instaurar en el nuevo período orgánico la era de la armonía social.

El obrero moderno, ya políticamente libre, debe serlo también desde el punto de vista económico. Pero esta liberación no puede ser violenta. "Las enseñanzas de SaintSimon no prevén ninguna transformación violenta, ninguna revolución. Sólo establecen la transformación lenta, la evolución. Ésta será el resultado de una nueva educación, de un renacimiento moral completo". Hasta ahora, todas las transformaciones sociales se llevaban a

cabo de forma violenta y catastrófica porque los hombres aún no conocían las leyes del progreso. Fue por ignorancia que transformaron las evoluciones en revoluciones. Hoy, la Humanidad ya sabe lo que es la progresión, ya conoce la ley de las crisis sociales. Por tanto, es fácil preparar las transformaciones para evitar sorpresas violentas. "Las transformaciones de la organización social que anunciamos —por ejemplo, la sustitución del actual régimen de propiedad por uno nuevo— no se producirán ni brusca ni violentamente, sino mediante una evolución lenta y pacífica. En el Estado asociado, el primer lugar será ocupado por la religión (los predicadores del nuevo cristianismo), el segundo por los sabios y el tercero por los industriales. El entusiasmo moral y religioso, la razón lúcida y disciplinada y la buena técnica industrial liberarán a la humanidad.

Estas conferencias de Bazard no podían dejar de atraer a los intelectuales, los artistas y los liberales avanzados. Tuvieron un gran éxito. Pero poco después los saintsimonistas se dividieron. Por tanto, no fue posible llevar a cabo una propaganda eficaz. Enfantin, en total desacuerdo con Bazard y Rodrigues, se adhirió a las ideas de Fourier sobre la emancipación de la mujer e intentó introducir en el saintsimonismo el principio del amor libre. Pero la mayoría de los saintsimonistas se opusieron a ello. Enfantin se retiró con sus seguidores a Menilmontant, donde vivió algún tiempo al frente de su comunidad. En adelante, el saintsimonismo desapareció como movimiento. Pero legó al movimiento revolucionario del periodo 18301848 un rico tesoro de ideas que ejercieron una gran influencia en aquella época.

Capítulo XVII — Los comienzos del movimiento obrero inglés

1. la influencia de la Revolución Francesa

Durante el agitado periodo en que se elaboraron tantos sistemas económicos, políticos y sociales, y cuando toda Europa se vio sacudida por el estallido de la Revolución Francesa, surgió en Gran Bretaña el primer movimiento obrero revolucionario. El inspirador de este movimiento fue el zapatero escocés Tomaz Hardy (17521832), que se instaló en Londres en 1772 y suscribió las ideas democráticas entonces en boga. En 1791 funda una asociación obrera, la London Correspondence Society, que pone en contacto con los jacobinos franceses de Sheffield. Coventry, Leeds, Nottingham y Edimburgo formaron organizaciones análogas. Se carteaban entre sí. De ahí que se las llamara "sociedades por correspondencia". Como las leyes de la época no permitían a las asociaciones políticas agruparse en federaciones nacionales, se pusieron en contacto por correspondencia. De este modo establecieron entre ellas la unión prohibida por la ley. Los objetivos de estas asociaciones eran: 1. la conquista de la democracia; 2. una legislación que protegiera a los trabajadores. En una declaración, publicada en abril de 1792, de la Sociedad de Correspondencia de Londres, esto es lo que decían:

> "La libertad es un derecho que el hombre adquiere al nacer. Por lo tanto, es nuestro deber preservarla enteramente para el bien de nuestros conciudadanos y de nuestros descendientes. Todo ciudadano tiene derecho a participar en el gobierno. Si no tiene este derecho, nadie puede llamarse libre. La mayor parte del pueblo de Gran Bretaña no está representado en el Parlamento y, en consecuencia, está excluido de toda participación en el gobierno del país. He aquí los resultados de las restricciones del sufragio, así como de la corrupción electoral: impuestos aplastantes, leyes injustas, restricciones de la libertad y despilfarro del tesoro. El único remedio para estos males es el sufragio universal. La London Correspondence Society ha resuelto trabajar enérgicamente por este objetivo, pero condena todo acto de violencia y toda anarquía. Las armas que se propone utilizar son únicamente los argumentos de la razón, la convicción y la tenacidad."

A finales de septiembre de 1792, tras la proclamación de la República en Francia, la London Correspondence Society envió a la Convención el siguiente mensaje:

> "¡Franceses!
>
> "Ya habéis conquistado vuestra libertad. Y nosotros también nos preparamos ante el creciente triunfo de la libertad en Gran Bretaña..... Mientras vosotros gozáis de la envidiable gloria de ser los campeones de la libertad, nosotros creemos en la felicidad que espera a la humanidad. Si alcanzáis definitivamente la victoria, por la que hacemos los votos más ardientes, la trinidad, no de reyes, sino de los pueblos de América, de Francia y de Gran Bretaña. traerá a los pueblos de Europa la libertad y al mundo entero la paz.
>
> "¡Camaradas! Lucháis por los derechos humanos!"

Muchos políticos partidarios de las ideas democráticas se unieron a la London Correspondence Society. Spence trabajó duro para su desarrollo. Cuando apareció *La justicia social* de Godwin, los miembros de las asociaciones obreras lo leían a menudo. El número de miembros de la Sociedad aumentó hasta tal punto que el gobierno inglés, en guerra con Francia desde 1793, detuvo a sus dirigentes y los procesó por alta traición. Casi todos fueron absueltos por un jurado. Pero la organización siguió siendo perseguida por el gobierno hasta que, en 1799, dejó de funcionar por completo. Casi todos los líderes obreros más destacados del periodo 18101820 fueron antiguos miembros de la London Correspondence Society.

2. El movimiento ludita

El proletariado moderno, surgido con el desarrollo de la gran industria, estaba formado por los elementos más diversos: obreros fabriles, artesanos, trabajadores a domicilio, aldeanos expropiados, etc. La revolución industrial ejerció una influencia diferente sobre estos distintos elementos. Mientras unos recordaban con nostalgia la época de los gremios, otros miraban decididamente hacia el futuro y se pronunciaban a favor de la democracia, la reforma social y la organización colectiva de la tierra. Otros seguían sintiendo un profundo odio por los contratistas y, en general, contra todo el aparato industrial. Hay que recordar que el proletariado británico fue el primero en ser arrojado bajo las ruedas del capitalismo; las mentes más brillantes del siglo XIX trataron de explicar la transformación que se estaba produciendo. En las primeras décadas de la

revolución industrial la sociedad se transformó en un verdadero caos, en medio del cual aparecieron seres extraños y monstruosos: las nuevas máquinas. Familiarizado con las maravillas de la ciencia y las máquinas que le rodean, el hombre moderno sólo puede comprender con gran dificultad el estado de ánimo que la aparición de las máquinas provocó en sus primeras víctimas. A mediados del siglo XIX todavía había en Inglaterra hombres de cultura que consideraban las máquinas como monstruosos productos del ingenio humano, presagiando la decadencia de Inglaterra. El órgano oficial del cartismo de la época decía: "Hoy es muy difícil encontrar un hombre que tenga el valor de estudiar el problema de la maquinaria. Incluso podría decirse que todo el mundo siente una especie de terror por ella..... Todo el mundo se da cuenta de que la máquina está provocando la mayor de las revoluciones y transformando radicalmente las relaciones entre las clases de la sociedad. Pero nadie quiere intervenir".

Lo que artesanos y obreros fabriles temían desde el siglo XVI les sorprendió bruscamente a mediados del siglo XVIII: una invasión de monstruos de hierro que trastocaba todas las tradiciones, paralizaba las manos más hábiles y extendía a su alrededor la riqueza y la indigencia. El proletariado, cada vez más miserable, contemplaba con admiración y asombro a esos seres infatigables y de múltiples brazos que parecían poseer una fuerza inagotable... La palabra de orden corrió de boca en boca:

> "¡Destruyamos a estos monstruos, antes de que sean más numerosos! Si se multiplican, nos convertirán en sus esclavos".

En 1769 se aprobó en Inglaterra la primera ley contra la destrucción de maquinaria y edificios fabriles. La ley declaraba tales actos como delitos susceptibles incluso de la pena máxima. Sin embargo, aunque los tribunales castigaron draconianamente a los destructores de maquinaria, su número creció considerablemente en el norte y centro del país. En Nottingham, un tal Ned Ludham o Ned Ludd destruyó un taller textil, y poco después aparecieron imitadores en Lancashire y en toda Inglaterra.

Así surgieron los "Luddistas", o destructores de máquinas. De 1811 a 1812, el ludismo se convirtió en un movimiento de masas, que perseguía fines tanto políticos como económicos. La burguesía estaba tan aterrorizada por el movimiento que el gobierno elaboró un proyecto de ley sobre la destrucción de máquinas, castigando a los autores con la pena de muerte. Cuando, en febrero de 1812, este proyecto fue leído por segunda vez en la Cámara de los Lores, Lord Byron pronunció un apasionado discurso combatiéndolo y defendiendo a los operarios.

El proyecto en cuestión se convirtió en ley en marzo de 1812. Pero esta ley, como había ocurrido con la de 1769, aunque se aplicó con terrible rigor, no

logró detener el movimiento de los luddistas. En los ataques a las fábricas y a la maquinaria hubo a menudo muertos. Pero era muy difícil encontrar a los culpables. La captura de algunos de los líderes del movimiento sólo se consiguió a traición, y sólo después de que el gobierno hubiera fijado un premio de 2.000 libras por la detención de cada uno de los jefes "luddistas". El tribunal de York fue el único que dictó sentencias de muerte contra los destructores de máquinas. El 13 de enero de 1813, tres obreros, entre los que se encontraba el líder luddista Jorge Mellor, fueron llevados a la horca. Todos ellos mantuvieron una actitud digna y valiente hasta el final. Mellor, desde el patíbulo, dirigió un breve discurso al pueblo que presenciaba la ejecución. Tres días después fueron ejecutados otros quince obreros, siete por la mañana y ocho por la tarde. Al principio, estas ejecuciones tuvieron el efecto deseado. El movimiento decayó un poco; pero poco después resurgió. En 1816, estaba de nuevo en su apogeo. Era, en el fondo, un movimiento revolucionario elemental. Byron, que también era célebre como poeta, compuso un poema en el que comparaba a los luddistas con los hombres de la Guerra de Independencia americana.

3. Conmociones sociales

Las guerras napoleónicas terminaron en 1815. La paz volvió al país tras dos siglos de guerras. Pero bajo el resplandor de los fuegos artificiales que saludaron su regreso, apareció un triste espectáculo de miseria. Toda esperanza de una situación mejor había desaparecido. La reducción de los salarios, el aumento del coste de la vida, el desempleo, la aplastante carga de los impuestos, la ausencia total de libertad política habían exacerbado, en grado sumo, el descontento general. Desde 1816 Inglaterra se hallaba en estado de rebelión, lo que dio lugar a intentos insurreccionales tan sangrientos como inútiles. El ludismo revivió. En Nottingham, los tejedores destruyeron 30 máquinas. En las regiones orientales, los obreros agrícolas incendiaron granjas de heno, destruyeron molinos y celebraron manifestaciones blandiendo pancartas con la inscripción "Pan o sangre". En Birmingham, en Preston, en Newcastle, los parados, en masa, realizaron varias manifestaciones. En Dundee y Glasgow se produjeron sangrientos enfrentamientos entre manifestantes y policías. En el centro del país hubo un intento de insurrección preparado clandestinamente, en el que 23 personas perdieron la vida o la libertad. En 1819 tuvo lugar en Manchester una manifestación monstruosa a favor del sufragio universal y de la legislación obrera, durante la cual las tropas dispararon contra la multitud, matando e hiriendo a varios centenares de personas. En 1820 estalló otro

atentado en Londres que acabó con la ejecución de 5 personas. La famosa *Marsellesa Obrera* de Shelly data de este periodo de movimientos revolucionarios elementales.

> "Hombres de Inglaterra, ¿por qué trabajar para los señores que os pisotean? ¿Por qué tejer con esmero y sacrificio las ricas prendas que visten vuestros tiranos? ¿Por qué alimentar, vestir, sostener, desde la cuna hasta la tumba, a esos zánganos ingratos que quieren agotar vuestro sudor, —sí, y beber vuestro sangue? ¿Por qué, abejas de Inglaterra, forjáis tantas armas, cadeias y látigos para que esos zánganos sin aguijón puedan saquear el producto de vuestro trabajo?
>
> "¿Tenéis descanso, tranquilidad, calma, refugio, alimento? ¿Tenéis el dulce bálsamo del amor? ¿Qué es, entonces, lo que compras tan caro con tus sufrimientos y penas?
>
> "El grano que siembras lo cosechan otros, las riquezas que produces las recogen otros, las ropas que tejes las llevan otros, las armas que forjas las empuñan otros.
>
> "Siembra la semilla, pero que no la coseche ningún tirano. Destapa tesoros, ¡pero que no los acapare un impostor! ¡Teje túnicas, pero que no las vista ningún perezoso! Forjad armas, pero usadlas para vuestra defensa".

De esta época data el inicio del socialismo moderno en Inglaterra.

4. Roberto Owen

Con Roberto Owen comenzó la historia del socialismo moderno en Inglaterra. Owen fue una de las mentes más notables de la historia del socialismo en general. Fue el primer crítico social que, antes que todos los economistas y políticos burgueses, comprendió la importancia de la revolución industrial y buscó los medios de poner las conquistas de esta revolución al servicio del progreso social. Al participar personalmente en la producción, comprendió mejor que Fourier y SaintSimon el verdadero mecanismo del régimen capitalista.

Fourier y SaintSimon le superaron sólo porque conocían mejor la historia y tenían una visión más amplia y razonada de las cosas.

Roberto Owen nació en 1771, en Newton, país de Gales. Descendía de una familia pequeñoburguesa. Su padre trabajó como guardia, luego como herrero y finalmente como administrador de correos. Hasta los diez años asistió a la escuela primaria, donde se distinguió por su aguda inteligencia.

Después trabajó como dependiente en Stainfort, Londres y Manchester. Desde muy joven mostró notables aptitudes para organizar y dirigir a los hombres. Su salud, el notable equilibrio de sus facultades físicas e intelectuales, su manera ordenada de actuar, su persistencia en el trabajo, su carácter inquebrantable, combinado con una voluntad de hierro, una confianza inquebrantable en sí mismo y una extraordinaria rapidez de decisión, hicieron de Owen un hombre predestinado a dirigir a las multitudes. Owen era una de esas raras naturalezas cuyo trabajo intelectual se realiza sin sobresaltos ni perturbaciones, y que, por esta misma razón, pueden tomar rápidamente decisiones claras y correctas. De esta categoría de hombres surgen los grandes líderes, los estadísticos sobresalientes y los grandes revolucionarios. En 1790, Owen fue nombrado director de una fábrica textil en Manchester, donde trabajaban unos 500 obreros. A pesar de su corta edad y su apariencia modesta, pronto ejerció una gran influencia sobre los trabajadores sometidos a sus órdenes. Aunque ganaba 300 libras al año y, además, tenía la promesa de ser admitido como socio en la empresa, Owen sólo trabajó allí hasta 1795, cuando decidió independizarse de nuevo. Las olas de la revolución industrial encumbraron a los hombres de negocios, que supieron aprovechar la ocasión. Al mismo tiempo, sumieron en la pobreza a quienes no supieron adaptarse a las nuevas condiciones. Owen decidió trabajar por su cuenta y se dedicó a la fabricación de tejidos finos, la industria más lucrativa de la época. Su empresa prosperó tanto que en 1797 pudo comprar, con algunos socios, una fábrica textil en NewLanark, Escocia, valorada en 60.000 libras. Allí comenzó su actividad reformadora. Esto y su éxito industrial le convirtieron en uno de los hombres más célebres de la época. En 1800 se hizo cargo de toda la dirección de la empresa y luego trató de transformar radicalmente la población de NewLanark llevando a cabo las siguientes reformas:

1º Abrió escuelas, en las que la enseñanza se basaba en licciones de cosas. Abolió los castigos y los premios. Impartió clases de gimnasia a los niños y de artes domésticas a las niñas.

2ª Los menores de 10 años ya no eran admitidos en la fábrica. Se adoptó la jornada laboral normal de 10 horas y media.

3º — La fábrica se remodeló por completo, haciéndose más bonita e higiénica. Owen, además, pretendía sanear todo el pueblo y crear en la población hábitos de limpieza, orden y puntualidad. Gracias a la institución de un almacén cooperativo, donde se vendían productos de buena calidad a bajo precio; "Gracias también al saneamiento físico e intelectual producido por la mejora de las casas y los lugares de trabajo, las tabernas

fueron perdiendo su atractivo para los trabajadores. El consumo de bebidas alcohólicas disminuyó. La embriaguez, con todas sus consecuencias, desapareció.

4º Se fundaron cajas de seguridad social para la asistencia médica y de vejez. En 1806, año de crisis y desempleo, Owen pagó el salario íntegro a los obreros sin trabajo hasta que la crisis terminó.

Todo el programa reformista de Owen descansaba en la siguiente idea: los vicios no pueden desaparecer mientras no se supriman sus causas. Es necesario crear condiciones de vida capaces de desarrollar los instintos de sociabilidad, porque el carácter del hombre depende enteramente del medio en que vive. Se trata, pues, de transformar ese medio de tal modo que el hombre pueda ser bueno, pueda sentir y obrar socialmente.

A partir de 1812, Owen se pronunció a favor de la reforma de la educación y de la legislación obrera, interviniendo varias veces en mítines políticos en defensa de sus ideas. En 1817 se hizo socialista. En lugar de la asistencia a los pobres, aboga por la creación de cooperativas agrícolas e industriales para los desempleados. Aconsejó a los obreros que se organizaran en cooperativas de producción y que utilizaran en su propio interés los inventos técnicos que, bajo el dominio del capitalismo, constituyen para ellos una maldición, convirtiéndolos en una bendición. La causa principal del agravamiento de la situación obrera y del aumento del paro residía, para Owen, en el desarrollo inaudito de la maquinaria, que proporcionaba a los capitalistas una riqueza cada vez mayor y sólo traía paro y salarios reducidos a los obreros, obligando también a sus mujeres e hijas a buscar trabajo en las fábricas. De 1818 a 1821, en artículos y panfletos que publicó y en cartas que dirigió al gobierno, Owen defendió las siguientes ideas: antes de que la revolución industrial transformara radicalmente la economía inglesa, es decir, hasta 1790 aproximadamente, sólo los adultos realizaban trabajos productivos. Sólo excepcionalmente participaban en ellos mujeres y niños. En 1792, una cuarta parte de la población ya estaba empleada en la producción. En aquella época, la población de Gran Bretaña e Irlanda era de unos 15 millones de habitantes, y su población productiva rondaba los 3.7750.000. La fuerza productiva científica (mecánica y química) representaba el triple de la fuerza de trabajo manual, es decir, 11.250.000, o un total de 15 millones. Se ve, pues, que en aquella época el total de las fuerzas productivas de Inglaterra correspondía exactamente al valor numérico de la población. A esto siguió una explotación cada vez más intensa de los inventos mecánicos que, a partir de 1760 aproximadamente, se introdujeron progresivamente en todas las ramas de la producción. La transformación provocada por estos inventos fue inmensa. Las fábricas se

llenaron de mujeres y niños. La jornada laboral aumentó. En consecuencia, las fuerzas productivas se multiplicaron de una manera sin precedentes.

En 1817, la población de las Islas Británicas era ya de 18 millones; un tercio de la población, es decir, seis millones, participaba en el trabajo productivo. Pero la cantidad de fuerzas productivas mecánicas había aumentado en proporciones mucho mayores. Hoy (1817) equivale al menos a 200 millones. Estos 200 millones de trabajadores mecánicos producen una riqueza incalculable sin interrupción, a un ritmo rápido y con un gasto mínimo. Por cada ciudadano inglés hay ahora más de 10 obreros mecánicos, que crean día y noche productos de todo tipo. Esto demuestra que cada trabajador inglés tiene que luchar actualmente contra la competencia de más de 30 trabajadores mecánicos, que evidentemente no necesitan nada. Las transformaciones que tuvieron lugar en las Islas Británicas de 1792 a 1812 pueden resumirse así:

— La población pasó de 15 a 18.000.000 de habitantes.
— Las fuerzas productivas pasaron de un cuarto de 15 millones a un tercio de 18 millones, o sea 6.000.000
— Las fuerzas productivas mecánicas recién creadas ascendieron a 200.000.000
— Las antiguas fuerzas productivas científicas ascendieron a 11.250.000
— Las fuerzas productivas totales del país ascendían así en 1817 a …. 217.000.000

Así, por cada unidad de población británica había en 1817 más de 12 fuerzas productivas vivas o mecánicas. La capacidad productiva de Gran Bretaña, desde 1792 hasta el presente, se ha multiplicado así por 12. El país podía o bien gastar este enorme excedente de riqueza en la guerra y en empresas inútiles del mismo tipo, o bien aplicarlo a la mejora de la situación del pueblo trabajador. Fue gracias a estas riquezas que el gobierno inglés pudo, durante toda una generación, sostener costosas guerras contra Napoleón y, después de todo, derrotarlo. Pero comparado con las posibilidades del país, éste posee todavía capitales no utilizados —o simplemente mal utilizados— en cantidad suficiente para desencadenar poco a poco fuerzas productivas que superarán, en fantásticas proporciones, la cantidad de fuerza de trabajo manual.

Con una población de 18 millones de habitantes, y con la ayuda de fuerzas de trabajo "dirigidas" únicamente por un ciego interés propio, Gran Bretaña está ya en condiciones no sólo de satisfacer, sino incluso de superar las necesidades de su mercado interior, y de llenar el mercado mundial con productos manufacturados de todo tipo. Por eso el gobierno inglés trata de conquistar nuevos mercados en todas partes, incluso en las regiones más

distantes del globo. Si fuera posible crear un nuevo mundo, la industria inglesa podría satisfacer fácilmente las necesidades de este nuevo mercado.

Mientras tanto, la miseria aumenta día a día y el valor del trabajo manual (el salario) disminuye. Los pobres odian cada vez más a los ricos y ya recurren a actos de violencia. Los amigos de la humanidad están alarmados por la miseria que aumenta por todas partes sin que podamos ponerle remedio.

De hecho, con los medios utilizados hasta ahora, no ha sido ni será posible combatir la pobreza. Al contrario, esos medios no han hecho más que aumentarla. Esto se debe a que, bajo el régimen actual, son precisamente el progreso científico, la multiplicación de las fuerzas productivas mecánicas y la acumulación de riquezas lo que ha engendrado la miseria y lo seguirá haciendo siempre. ¿Cuál es, pues, la causa de la miseria? Es la rápida multiplicación de las nuevas fuerzas productivas, que la sociedad no ha sabido aplicar útilmente. La sociedad se ha olvidado de establecer instituciones que dieran a todos sus miembros el derecho y la posibilidad de disfrutar de todas las ventajas y beneficios del progreso de la ciencia y la tecnología.

El gran problema de nuestro tiempo no es, pues, la organización de la producción, sino su distribución. La verdadera causa del mal reside en no saber utilizar inteligentemente la enorme riqueza creada por la sociedad gracias al progreso científico y técnico. El resultado es la miseria, la ignorancia, la ociosidad, el crimen, los castigos draconianos y las guerras sangrientas, todos ellos meros síntomas de la gran enfermedad que aflige a la sociedad. Ningún economista o estadista, ningún sabio o legislador ha sido capaz hasta ahora de comprender la situación y ponerle remedio.

Owen se hizo, pues, socialista. Pero como en aquella época las masas trabajadoras se encontraban todavía en un nivel po— lítico muy bajo, Owen no creía que los trabajadores fueran capaces de luchar y liberarse por sí mismos. Además, sólo confiaba en la educación y en la evolución pacífica. Por lo tanto, cayó en la utopía. Pensaba que la situación de las clases trabajadoras podía cambiar mediante la creación de colonias comunistas. En 1820 Owen abandonó definitivamente el negocio. Fundó entonces colonias comunistas en Inglaterra y América, pero ninguna de estas colonias salió adelante. A partir de entonces, Owen se distanció del movimiento obrero, que a partir de 1824 —fecha en que se derogó la ley que prohibía las coaliciones obreras— empezó a adquirir un rasgo cada vez más revolucionario. El movimiento obrero sólo tomó de las ideas de Owen la parte crítica y el plan cooperativo, que más tarde se aplicaron a las cooperativas de consumo.

5. Los owenistas

Abram Combe (17851827) fue discípulo de Owen En 1820, visitando Nueva Lanka en compañía de miles de curiosos, Combe se adhirió a las ideas de Owen. Tres años más tarde publicó un pequeño panfleto titulado: *Esbozos metafóricos del viejo y del nuevo sistema*, y en 1825 fundó la colonia comunista de Glasgow, que tras su muerte desapareció.

John Gray (1798-1850), uno de los accionistas de la colonia comunista de Orbiston, era partidario de la reforma de los medios de cambio y de circulación. En 1825 publicó un folleto titulado: *Conferencia sobre la felicidad humana,* en el que adoptaba casi íntegramente las ideas de Owen y utilizaba estadísticas para demostrar que la clase productiva sólo recibe una quinta parte del producto de su trabajo, mientras que la clase parasitaria se apodera de las cuatro quintas partes restantes. Gray concluye afirmando que la competencia no sólo ha dejado de ser útil, sino que incluso se ha vuelto perjudicial.

En 1831 se publicó su segundo libro, El sistema social, en el que expone un proyecto de reforma social basado en la organización del intercambio. Las ideas fundamentales de este libro pueden resumirse así

Es necesario suprimir completamente la moneda metálica. Al ser un medio de intercambio, el dinero debe poder fabricarse y obtenerse tan fácilmente como las mercancías que se intercambian por dinero. Siendo al mismo tiempo una medida de valores, debe ser tan constante como un palo o una libra. El oro no es fácil de obtener ni tiene un valor constante. Por eso no puede servir ni como medio de cambio ni como medida de valores. Lo que ocurre con el oro también ocurre con los billetes, porque el papel moneda no es más que una representación de valores. Se basa en garantías cuyo valor supera al del dinero que las representa. Por eso sentimos constantemente la falta de medios de cambio; estos medios nunca alcanzan el valor total de las mercancías a intercambiar.

Pero la finalidad del dinero es permitir a los hombres cambiar en cualquier momento un objeto dado por otro del mismo valor. Para alcanzar esta finalidad, el dinero no debe tener valor de cambio propio. Debe ser simplemente un título que indique que su poseedor ha añadido un valor determinado a la fortuna nacional y que, por lo tanto, tiene derecho a recibir en cualquier momento bienes de ese mismo valor. El intercambio no debe realizarse de forma anárquica. Debe organizarse racionalmente. Los principios cooperativistas que Gray expone en su primera obra se refieren únicamente al intercambio. Esta es la diferencia fundamental entre

él y Owen. Según Gray, la producción de bienes debe conservar su carácter privado. Pero el intercambio debe realizarse a través de instituciones centrales y cooperativas. Para ello, se crearía un banco central, el único autorizado a emitir papel moneda. Además, se construirían almacenes, dirigidos por agentes que estarían en contacto permanente con el banco nacional, recibiendo de éste el papel moneda y enviándole informes sobre las cantidades de productos puestos en circulación. Los distintos productores entregarían a los almacenes nacionales las mercancías fabricadas en sus establecimientos. Empleados especiales calcularían los precios de coste (materias primas, amortización de la maquinaria, salarios) y añadirían a estos precios un pequeño excedente, fijado por la Cámara Nacional de Comercio. El precio de coste sumado a ese excedente constituiría el precio de venta al público de las mercancías. Los productores recibirían entonces, en papel moneda, el valor correspondiente a la cantidad de mercancías que entregaran, para poder adquirir en los demás almacenes los productos necesarios para sus actividades. De este modo, la cantidad de papel moneda sería siempre proporcional a la cantidad de mercancías en circulación. Los productores podrían así intercambiar sus mercancías por otras del mismo valor, y también tendrían una idea de la situación existente entre la oferta y la demanda. Las cuentas del banco nacional establecerían en todo momento la cantidad de bienes en circulación. De este modo se evitarían la sobreproducción y las crisis. Lo esencial aquí es la producción. Cuanto más se produzca, mayores serán las posibilidades de satisfacer las necesidades. La producción determinará la demanda, y no a la inversa, como ocurre hoy.

A diferencia de Gray, que pasó del socialismo de Owen al individualismo económico, William Thompson (17851833) empezó como partidario de la doctrina utilitarista y acabó como partidario del comunismo integral. Su primer libro se titulaba: *Investigaciones sobre los principios de la división de la riqueza más adecuados para la felicidad humana*. En este libro aún se pueden encontrar rastros de sus vacilaciones. Pero en su pequeña obra El trabajo recompensado, publicada en 1827, Thompson se declara owenista convencido.

Como discípulo de Bentham, Thompson creía que el objetivo de la sociedad es alcanzar la felicidad, y que para ello la producción de riqueza es una condición indispensable. Sin propiedad privada", decía Thompson, "no es posible producir riqueza. Y sin la producción de riqueza no es posible satisfacer las necesidades humanas. Sin la garantía de la propiedad de los productos del trabajo, es imposible producir. Pero la revolución industrial demostró que la producción por sí sola no bastaba para hacer felices a los hombres. Demostró que lo esencial era la división de los

bienes, algo que hoy no existe. De hecho, es el trabajador quien produce la riqueza, pero es el capitalista quien se apodera de ella. Esto da lugar a una desigualdad constante y a una inseguridad permanente, que hacen imposible la felicidad. El actual estado de cosas es malo e injusto. La producción de riqueza no puede aumentar cuando no hay garantías de posesión y disfrute de los bienes. Si, por tanto, la seguridad y la igualdad son los únicos medios capaces de garantizar la producción ininterrumpida de riqueza y el mayor grado de felicidad, sólo hay una división posible: la basada en la justicia. Que cada uno disponga libremente del producto de su trabajo. Esto es también lo que quieren los trabajadores. "Los trabajadores que gastan su energía y sus fuerzas físicas e intelectuales en la producción de estos objetos para la satisfacción de sus propias necesidades reclaman la propiedad de los productos de su trabajo. Pero, ¿debe el trabajador tomar posesión de todo? El capitalista, que ha puesto a su disposición los medios de producción sin los cuales el trabajador no habría podido trabajar, ¿no tiene derecho a nada? Thompson responde lo siguiente: Ciertamente, el obrero debe pagar, porque utiliza los medios de producción que, desgraciadamente, no son suyos. La cuestión ahora es cuánto debe pagar. Según el obrero, sólo tiene que pagar la cantidad necesaria para reparar la parte del capital que, con el tiempo, se deprecia, y otra cantidad mediante la cual el capitalista puede tener el mismo nivel de vida que un trabajador productivo. Pero, en opinión del capitalista, todo el excedente de valor creado por el uso del capital le pertenece a él, al capitalista. El esfuerzo por el que un individuo consigue acumular capital para ponerlo a disposición del trabajador merece una recompensa. Y esta recompensa debe ser precisamente la plusvalía creada por el uso del capital. Es evidente que existe una enorme diferencia entre el punto de vista del trabajador y el del capitalista. El primero exige una igualdad casi total. El segundo, por el contrario, desea mantener la desigualdad actual.

Por último, mencionemos brevemente al cristiano owenista John Minter Morgan (17821854), que publicó en 1826 *La rebelión de las abejas* y en 1831 *Hampden en el siglo XIX.* Estas dos obras alcanzaron un gran éxito en los círculos obreros de Londres en virtud de su estilo poético.

Pero la mejor exposición del owenismo la hizo J. F. Bray, en el libro *Reclamaciones de los trabajadores* (1839).

6. Los críticos individualistas — Ravenstone y Hodgskin

Hemos hablado de los críticos socialistas. Ahora conviene decir unas palabras sobre los críticos individualistas. Estos críticos consideraban el

capitalismo y la revolución industrial como un periodo anormal y malsano de la vida social. Por esta razón, propusieron la puesta en marcha de una reforma encaminada a la organización de una sociedad de trabajadores agrícolas e industriales independientes, en la que fuera imposible la apropiación capitalista de los productos del trabajo. Los individualistas atacaban la renta territorial, el beneficio capitalista, los monopolios, los derechos de aduana y los impuestos elevados, y se oponían en general a cualquier intervención del Estado en la vida económica. Eran, pues, o bien liberales partidarios del libre comercio, o bien anarquistas con ideas opuestas a los principios de los socialistas, sin tener nada en común con ellos salvo la crítica al orden capitalista imperante. Se basan en Locke, Smith y Ricardo, y en parte en Godwin. Todos los individualistas afirman que el hombre y la naturaleza están sujetos a ciertas leyes internas que les conducirían infaliblemente a la felicidad si los artificios del Estado no obstaculizaran desgraciadamente el libre juego de las leyes naturales.

Los principales representantes de esta tendencia son Piercy Ravenstone y Thomas Hodgskin. Entre 1820 y 1830, escritores anónimos que colaboraron en diversas revistas progresistas expresaron ideas similares. La principal obra de Ravenstone se publicó en 1821. Se titulaba *Algunas dudas sobre la exactitud de algunas ideas actuales en economía política.* Tres años más tarde, Ravenstone publicó un panfleto sobre las deudas públicas al que Marx, en su obra *La teoría de la plusvalía*, dedica un análisis detallado.

Las ideas expuestas por Ravenstone en sus obras pueden resumirse así:

> "La producción de hombres y la producción de mercancías constituyen las dos fuerzas esenciales de la sociedad. Los hombres se hacen cada vez más numerosos en virtud de una ley natural, y la naturaleza da a cada uno las aptitudes para obtener por el trabajo los medios de subsistencia. El crecimiento de la población tiene, pues, como consecuencia el aumento de la producción, que, a su vez, engendra modificaciones en la estructura social. Si estas fuerzas funcionaran normalmente, el crecimiento de la población correspondería siempre a un aumento de la riqueza y a un paso hacia la consecución de la felicidad, que es el verdadero objetivo de la sociedad. Porque sólo ella permite una amplia división del trabajo, que a su vez permite a los hombres desarrollar ventajosamente la producción de riqueza, dando a los sabios y a los inventores no sólo el estímulo necesario para su trabajo, sino también las diversiones y el descanso no menos necesarios para sus actividades. Los vientos no son creados exclusivamente por los hombres que aparecen como

> sus creadores. Son el fruto del trabajo colectivo de toda la sociedad. Pero el funcionamiento de las fuerzas fundamentales de la sociedad se ve obstaculizado por malas instituciones sociales, y son estas malas instituciones las que explican la existencia de la miseria y la opresión que afligen a las clases productivas. ¿Cuáles son esas malas instituciones? La propiedad (capital), la renta y los altos impuestos. Destruyen el derecho natural de los trabajadores al producto de su trabajo. Aumentan constantemente la importancia de los elementos improductivos que se apoderan cada vez más del producto del trabajo de los obreros. El capital no es más que trabajo acumulado. Sin embargo, la mayoría de la gente lo convierte en un fetiche, en una entidad metafísica a la que se atribuyen todos los logros de la vida social, mientras que el trabajo —el verdadero creador del capital— es considerado como un mendigo que sólo vive gracias al capital. El trabajo acumulado, arrebatado a quienes lo realizan, se convirtió en una fuerza formidable en manos de la clase improductiva. Al principio, los terratenientes no eran más que jefes elegidos por el pueblo. Pero con el tiempo usurparon la riqueza que se les había confiado y se hicieron con el poder político. Esto era inevitable, porque el poder político y el poder económico van siempre unidos. Las formas de gobierno, las costumbres y el carácter de una nación vienen determinados por las condiciones de distribución de la propiedad. Después de conquistar el poder político, los capitalistas hicieron todo lo posible para degradar aún más el trabajo. El antagonismo entre capital y trabajo se convirtió en un abismo infranqueable. Los trabajadores no podían conseguir nada, aunque se resistieran. La lucha era desigual. Era una lucha entre la fuerza y la debilidad, entre el caballo y el jinete armado de espuelas. Toda la acción sufre y se descompensa en esta lucha convulsa. Sólo la clase obrera es poderosa. Por eso, todos los que desean sinceramente la felicidad nacional deben ayudarla. Sólo una revolución puede liberar al país del yugo capitalista."

Ideas similares se defienden en un panfleto anónimo aparecido en 1820 en forma de *Carta abierta a Lord John Russel*.

Tras el advenimiento de la era de la maquinaria, declara el autor de este panfleto, el trabajo se volvió extraordinariamente productivo. El capital, o trabajo acumulado, puede producirse en abundancia. Pero para utilizar los medios de producción y las materias primas, los trabajadores deben dejar en manos de los capitalistas las seis séptimas partes del producto de su trabajo. La ganancia del capital es, por tanto, excesivamente alta. Y cuanto mayor es este beneficio, menor es la parte del producto de su trabajo que

reciben los trabajadores, mayor es la miseria de la clase productiva. Los elevados beneficios obtenidos por el capital demuestran que éste sigue siendo insuficiente, aunque pueda producirse con tanta facilidad. ¿Cómo se explica este hecho? El cambio de mercancías de uso corriente por artículos de lujo fabricados en el extranjero, la emisión de papel moneda, las guerras, los derechos de aduana sobre el trigo, las restricciones legales impuestas a la industria, son todos factores que impiden el rápido crecimiento del capital y la consiguiente disminución de sus ingresos —o, lo que es lo mismo— impiden el aumento de la parte de los productos de su trabajo que reciben los trabajadores. Para remediar esta situación, es necesario, pues, eliminar todos estos obstáculos y, en primer lugar, establecer la libertad del trabajo. Una vez hecho esto, será posible eliminar todos los demás obstáculos. El capital podrá aumentar rápidamente, la cantidad de ganancia exigida por el capital disminuirá y, en consecuencia, los trabajadores recibirán una parte de los productos que ellos mismos han fabricado. La mejora de la situación económica de los trabajadores conducirá a una reducción de la jornada laboral. Y los salarios altos y la reducción de la jornada laboral son los síntomas más seguros de la prosperidad de un país.

Tarde o temprano llegará un momento en que habrá tal cantidad de capital que nadie pagará nada por utilizarlo. Cuando el beneficio cobrado por los intereses baje a cero sonará la hora de la liberación de la humanidad.

Las obras fundamentales de Tomaz Hodgskin son: *La defensa del trabajo*, publicada sin el nombre del autor en 1825; *La economía política desde el punto de vista de las masas populares*, colección de conferencias pronunciadas por él en 1826 en la Escuela de Cultura Obrera de Londres; y *Los derechos de la propiedad natural y artificial*, publicada también sin el nombre del autor en 1832. He aquí las ideas que Hodgskin desarrolla en estas publicaciones:

La sociedad es un fenómeno natural y obedece a leyes determinadas. Estas leyes han sido elaboradas por el espíritu del mundo, por la fuerza moral y suprema, para garantizar un orden universal justo. La misión de la economía política es puramente negativa. Dicha misión consiste únicamente en dictar leyes y en impedir que esas leyes sean violadas. Las leyes naturales son buenas. Pero las leyes humanas son malas. Al principio reinaba la igualdad absoluta. El trabajo se consideraba el único título jurídico que daba derecho a la propiedad y a la riqueza. Pero a medida que crecía la población mundial, aumentaban las necesidades materiales. Entonces fue necesario un trabajo intelectual más intenso. Esto condujo al desarrollo del conocimiento y las habilidades humanas. Si las instituciones

humanas no hubieran interrumpido el curso natural de las cosas, el progreso de la humanidad por el camino de la justicia habría sido continuo. Pero la violencia ha interrumpido el curso natural de las cosas y ha separado el trabajo de la riqueza. Y el poder ha pasado a manos de los elementos estériles de la sociedad. Por eso hay desigualdad, opresión, miseria, lujo, exceso de trabajo, opiosidad, guerras, crímenes. Pero las leyes humanas no han podido eliminar por completo las leyes naturales. Estas últimas, a pesar de todas las leyes humanas, trabajan lentamente por la liberación de los oprimidos. El siervo se liberó de las cadenas de la esclavitud y conquistó el derecho al producto de su trabajo. Pero luego llegó el capitalista, que obligó al terrateniente a pagarle impuestos. En nuestra época, las clases medias se multiplican cada vez más. Entre ellas vuelve a surgir la unión del trabajo y la propiedad. Los inventos mecánicos, cada vez más frecuentes, transfieren a las máquinas las tareas más penosas. La clase media podrá liberar a la Humanidad y establecer la igualdad entre los hombres.

Hodgskin intenta demostrar que el capital es improductivo, que el capital fijo (los medios de producción) es creado por los trabajadores y que son también los trabajadores quienes le confieren fuerza creadora. Hodgskin intenta demostrar además que el capital circulante (los salarios en forma de subsistencia) es producto de la actividad diaria de los trabajadores.

Tres cosas son necesarias para la producción de bienes: 1. conocimiento científico e inventiva; 2. habilidad técnica; 3. habilidad manual. Fueron estos tres factores los que hicieron rica a Gran Bretaña. El capital no creó la riqueza de Gran Bretaña porque no es más que un símbolo místico. Si los patronos participan en la producción recibirán un salario razonable, el salario de un obrero cualificado. Pero como capitalistas son simplemente explotadores y sus intereses diametralmente opuestos a los de los trabajadores. De ahí las luchas entre el capital y el trabajo. Afortunadamente, los obreros se organizan en sus asociaciones y tratan de completar mediante la educación su superioridad numérica y física.

No puede haber paz ni felicidad en la tierra mientras el trabajo y la propiedad no se reúnan en las mismas manos.

Capítulo XVIII — Primer movimiento obrero revolucionario en Inglaterra (1825-1855)

1. La alianza del proletariado con la burguesía para la conquista del sufragio universal

El primer movimiento obrero revolucionario en Inglaterra data de 1825. En él pueden distinguirse tres fases principales.

La primera fue la lucha por el sufragio universal, que el proletariado emprendió en colaboración con la burguesía. La revolución industrial, en el período comprendido entre 1760 y 1825, había transformado radicalmente la vida social de Gran Bretaña, dando lugar a la aparición de grandes centros industriales, sobre todo en el norte de Inglaterra y en Escocia. Estas transformaciones suscitaron entre la burguesía y el proletariado el deseo de poner fin a su impotencia política y luchar por la consecución del sufragio universal. Las ideas democráticas, que habían surgido durante la primera Revolución Inglesa (1642-1649) y los primeros años de la Revolución Francesa, se reforzaron durante el primer tercio del siglo XIX, dando lugar al movimiento por la reforma electoral. La burguesía y el proletariado se unieron para conseguir el sufragio universal, pero los antagonismos que los dividían ya eran suficientes para impedir una alianza a largo plazo. Los sectores más avanzados de la clase obrera ya habían asimilado las enseñanzas de Owen, los owenistas y otros escritores adversarios del capitalismo, consideraban que el trabajo asalariado era la única forma de trabajo productivo, pero aún no se sentían con fuerzas suficientes para emprender la lucha de forma independiente. Por ello se aliaron con la burguesía, que en aquella época seguía privada en gran medida del derecho de voto. La lucha se hizo especialmente violenta tras la Revolución de Julio parisina (1830), y siguió siendo intensa hasta que el gobierno *tory* (conservador) se vio obligado a ceder presentando un nuevo proyecto de ley electoral. Este proyecto de ley, aprobado por el Parlamento en 1832, satisfacía las aspiraciones de la burguesía pero negaba todos los derechos políticos a los trabajadores.

2. Antiparlamentarismo y sindicalismo

La decepción causada por el resultado de la campaña conjunta con la burguesía dio lugar a una fuerte tendencia sindicalista y

antiparlamentarista entre las masas trabajadoras. A partir de ese momento, las masas empezaron a considerar toda lucha política parlamentaria como una mistificación, una táctica destinada a desviarlas del verdadero objetivo, es decir, la lucha económica. Surgieron sindicatos numéricamente muy fuertes que luchaban por la entrega de todos los medios de producción a la clase obrera. Pensaban que obtendrían resultados mediante una huelga general o creando cooperativas de producción. A partir de 1883, todo el proletariado británico empezó a participar en el movimiento. En la prensa obrera inglesa de la época encontramos ya todas las ideas en boga a principios del siglo XX sobre el papel del sindicalismo y de los consejos obreros y sobre la transformación del Parlamento en Cámara de los Trabajadores. Hubo grandes luchas de clases, manifestaciones y huelgas de masas. Se celebraron numerosos congresos y conferencias en los que se discutieron los medios para liberar al proletariado del yugo del capitalismo.

Este movimiento de enorme importancia, tal vez el más interesante de la historia de la clase obrera en Inglaterra, tropezó inmediatamente con la violenta hostilidad de la burguesía, de las autoridades y del gobierno inglés, y fue finalmente derrotado. Uno de los hechos de la derrota fue el antagonismo entre los owenistas y los reformistas sociales partidarios de la colaboración de clases. La última proclama de este movimiento se publicó el 30 de septiembre de 1834 en el *Pioneer and Officiat Gazette*, órgano central de los sindicatos. He aquí los principales pasajes de ese documento:

> *"Consideraciones relativas al progreso del espíritu de asociación que se observa entre los obreros de todo el mundo.*
>
> "El espíritu de asociación entre los trabajadores de los países más avanzados de Europa es la expresión de un fuerte sentimiento natural, cuyas profundas raíces se encuentran en el pasado más remoto. La naturaleza está en movimiento desde tiempos inmemoriales. Marcha siempre hacia adelante y actúa constantemente con nosotros y en nosotros. Las actitudes del individuo están indiscutiblemente determinadas por las condiciones de su entorno, pero la naturaleza actúa en la especie humana según leyes de evolución constante. Así, el hombre, como todos los seres orgánicos, cambia de un momento a otro. De hecho, nunca es posible determinar con certeza la naturaleza de un ser vivo, pues sabemos que todos los seres pasan incesantemente de una forma a otra. La ley de la evolución actúa en este campo a través del espíritu y de las luchas en que los hombres se empeñan por la felicidad de la humanidad… Se está elaborando un nuevo sistema de trabajo. El

nuevo orden industrial y las luchas entre las clases son indicios positivos de un nuevo orden social en formación. Los grandes industriales serán sustituidos por comités obreros o ministerios de industria. Estas instituciones eliminarán progresivamente la propiedad privada. La lucha continuará y los trabajadores sufrirán. Pero hay que tener paciencia. El espíritu de los nuevos tiempos es una fuerza irresistible. Los sindicatos seguirán existiendo. También habrá huelgas y se cometerán muchos errores. Los sufrimientos que tendremos que soportar por todo ello seguirán siendo muy grandes. Pero nuestras organizaciones serán cada vez mejores porque aprenderemos mucho de la experiencia de nuestras luchas, nuestros fracasos y nuestras dificultades. Así, poco a poco, surgirá un mundo nuevo. Las mentiras, las ficciones y los errores capitalistas que impiden el desarrollo de la vida social serán claramente comprendidos por todo el mundo. Surgirá un nuevo tipo de ciencia y una nueva forma de libertad, pura y simplemente porque las viejas bases del pensamiento y de la acción se volverán demasiado estrechas para los logros intelectuales y técnicos de la época actual".

3. El cartismo

El movimiento obrero inglés, hacia finales de 1836, entró en una nueva fase de desarrollo. Ya se había recuperado de las derrotas de 1834-1835. A partir de ese momento, adquirió claramente el carácter de un movimiento político de clase, orientado hacia la conquista del sufragio universal, considerado entonces indispensable para la instauración del socialismo.

El movimiento obrero había aprendido las lecciones de la experiencia del período anterior. El período comprendido entre 1825 y 1832 mostró al proletariado la inutilidad de una alianza con la burguesía. En el período siguiente, es decir, de 1832 a 1835, el proletariado se dio cuenta de que era imposible vencer rápidamente si su acción se limitaba únicamente al terreno económico. Por lo tanto, ahora buscaba conquistar la democracia para poder entonces, como partido obrero, trabajar por la consecución de sus objetivos, utilizando al mismo tiempo la acción económica y la política.

La *Carta*, redactada en 1837-1838, contenía su programa, que incluía los seis puntos siguientes: 1. introducción del sufragio universal; 2. igualdad de los distritos electorales; 3. abolición del censo exigido a los candidatos parlamentarios; 4. elecciones anuales; 5. voto secreto; 6. indemnización para los diputados. El movimiento recibió el nombre de "cartismo", por la carta en la que los trabajadores planteaban sus reivindicaciones. El

cartismo fue un movimiento socialdemócrata en el sentido más puro de la palabra, ya que perseguía objetivos tanto democráticos como socialistas. A partir de 1837 el cartismo se convirtió en un movimiento de masas orientado a la conquista del poder. Pero durante toda su existencia su mayor defecto fue su incapacidad para organizar sólidamente a las masas. De hecho, la legislación sobre asociaciones prohibía la fundación de organizaciones nacionales que agruparan a secciones regionales. Así pues, los cartistas sólo pudieron crear organizaciones locales que no tenían ningún vínculo orgánico entre sí. Como consecuencia de esta situación, se desarrollaron tendencias a la ilegalidad y, en consecuencia, tendencias insurreccionales, que los espías del gobierno trataron de estimular por todos los medios posibles. El gobierno pudo así iniciar un proceso contra los cartistas, acusándoles de alta traición. Este proceso gubernamental causó numerosas víctimas. Generalmente, los líderes y portavoces del movimiento eran también intermediarios entre las diferentes organizaciones locales. Así pues, desempeñaron un papel importante. Pero sus desacuerdos provocaron la desintegración de las organizaciones locales, la formación de grupúsculos y pueblecitos y el culto a los individuos. Todo ello impidió a los cartistas preparar acciones de masas bien organizadas. Otra debilidad del movimiento fue la ausencia total de unidad. De hecho, dentro del cartismo había dos tendencias principales de lucha violenta. Una se autodenominaba el partido de la fuerza física. La otra se autodenominaba el partido de la fuerza moral. La primera luchaba por la preparación clandestina de una insurrección armada. La segunda estaba a favor de la educación y el trabajo político y sindical. Estas diferencias tácticas impidieron cualquier acción común. A pesar del carácter heroico que más de una vez asumieron los cartistas —sobre todo durante el periodo 1839-1842, cuando se vio una huelga de masas que casi se transformó en huelga general, el movimiento no logró ningún éxito directo. También se resintió de la falta de teóricos. Su principal dirigente fue el irlandés Feargus O'Connor (1798-1855). Feargus, que sólo era un demócrata partidario de la reforma agraria, poseía y dirigía un pequeño periódico, *The Northern Star,* que fue el órgano central de los cartistas de 1838 a 1852. Su notable elocuencia le granjeó una inmensa popularidad entre las masas trabajadoras. Por desgracia, sus dotes intelectuales eran muy inferiores a su talento oratorio.

Después de 1848, el movimiento cartista se extinguió, sin haber alcanzado aparentemente el objetivo deseado. Pero dejó tras de sí un valiosísimo tesoro de ideas, reformas y realizaciones proletarias.

Este periodo fue, en efecto, una época de grandes reformas, rejuvenecimiento y democratización en Inglaterra. Durante este periodo se

aprobaron la primera ley de protección del trabajo de los niños (1833), la primera ley relativa al trabajo de las mujeres y los niños en las fábricas (1842), la ley de la jornada laboral de diez horas (1847), la ley de la imprenta (1836), la ley de reforma del código penal (1837), la ley de supresión de los derechos sobre los cereales (1846) y la ley de asociaciones políticas (1846). Todos estos logros destruyeron el poder de la aristocracia rural y sacudieron el dominio del capital. A partir de entonces, la cuestión del sufragio universal dejó de ser un tema vivo en la vida política inglesa, hasta que finalmente se introdujo en 1918. El cartismo legó al proletariado inglés un vasto sistema de cooperativas, fuertes sindicatos y un vigoroso espíritu internacionalista. También le obligó a estudiar literatura y economía política. Su experiencia también contribuyó enormemente a la formación de la doctrina marxista y ejerció una influencia indeleble en hombres como John Stuart Mill, Disraeli, Carlyle, Kingsley, Maurice Ruskin y, en general, en todos los socialistas conservadores o cristianos de la época.

El movimiento owenista y cartista dejó un legado formidable. Y nadie lo caracterizó mejor que Marx en el *Manifiesto Inaugural* de la Asociación Internacional de Trabajadores, fundada más de diez años después de la desaparición de aquel movimiento.

> "Tras una lucha sostenida durante trece años con admirable tenacidad, los obreros ingleses conquistaron finalmente la jornada de diez horas… La ley de la jornada de diez horas no fue sólo un éxito práctico, fue la victoria de un principio. Por primera vez en la historia, la economía política de la burguesía fue derrotada por la economía política de la clase obrera. Pero la economía política del trabajo iba a infligir una derrota aún mayor a la economía política de las clases dominantes. Queremos referirnos al movimiento cooperativo y, en particular, al movimiento de las cooperativas de producción".

Las luchas que sostiene el proletariado nunca son inútiles. Cuando no alcanzan directamente el fin buscado, preparan el camino para la victoria definitiva.

Capítulo XIX — El movimiento obrero en Francia (18301848)

1. El reinado de la burguesía

La creciente oposición movilizada contra el gobierno feudal-clerical, a partir del año 1827, hizo que el rey Carlos recortara las medidas de represión. El 25 de julio de 1827 firmó tres decretos en los que, de un plumazo, suprimía la libertad de prensa, restringía los derechos electorales y anulaba las últimas elecciones que habían sido favorables a la oposición. Estos decretos fueron la señal para la revuelta.

La oposición llama a los obreros a la lucha y, tras tres días de batalla en las calles de París (los tres días "gloriosos", 27, 28 y 29 de julio), Carlos X es destronado. Pero la República por la que habían luchado los obreros no llegó. Lo que llegó fue el reinado burgués de los Orleans, en la persona de Louis Felipe y el gobierno de las finanzas. "Antes de la revolución de julio —dice Marx en su obra *La guerra civil en Francia*—, cuando el banquero liberal Lafitte se dirigía al ayuntamiento con su compadre el duque de Orleans, dejó escapar estas palabras: "Este será el reinado de los banqueros". Lafitte traicionó en ese momento el secreto de la Revolución. No era la burguesía francesa la que reinaba bajo Luis Felipe, sino sólo una fracción de esa burguesía: los banqueros, los reyes de la Bolsa, los magnates del ferrocarril, los propietarios de fábricas y una parte de los grandes terratenientes, sus aliados. La propia burguesía industrial formaba parte de la oposición oficial, es decir, sólo estaba representada en el Parlamento como fuerza simbólica.

Durante el reinado de Luis Felipe, la transformación económica del país, detenida por las guerras napoleónicas y la Restauración, comenzó de nuevo en serio. Los medios de producción y de intercambio se desarrollan considerablemente. Aunque el progreso de la economía francesa no puede compararse con el de la economía inglesa, la ciencia socioeconómica y el movimiento obrero recibieron una fuerte influencia. Constantine Pecquer, el economista social más destacado de la época, escribió de forma muy característica en el prefacio de su *Economía social* (París 1839): "El vapor es en sí mismo una revolución memorable. La construcción de ferrocarriles y barcos de vapor, el crecimiento de la producción hullera y metalúrgica, el desarrollo del comercio exterior, el considerable aumento del número de

sociedades anónimas, la expansión colonial, eran síntomas evidentes del progreso de la revolución industrial.

Pero para los obreros y los pequeños productores, esta transformación económica sólo fue perjudicial. Privadas de todo derecho político, absolutamente impotentes en el plano económico, en el seno de un Estado totalmente concentrado en manos de la aristocracia financiera que explotaba a la nación y reprimía sin piedad cualquier intento de rebelión, las masas se encontraban desamparadas y sumidas en la miseria. Las largas jornadas de trabajo, los salarios exiguos, los impuestos extremadamente altos, junto con el descontento político general mantenido por la fracción oposicionista de los intelectuales y la pequeña burguesía, hicieron que la población trabajadora de las grandes ciudades y los centros industriales fuera accesible a la influencia de las ideas revolucionarias y las teorías socialistas.

De 1830 a 1839 hubo varios intentos de insurrección en diversas regiones de Francia, tanto republicanos como socialistas. Entre 1837 y 1848, Francia se convierte cada vez más en la patria de adopción de las ideas socialistas. Novelistas, teólogos, economistas y juristas se enzarzan en un verdadero torneo, cada cual tratando de condenar con más vigor el régimen capitalista. De ello se quejaba amargamente John Reyband en las primeras páginas de su libro *Estudio de los reformadores*, publicado en 1843, el mismo año en que Carlos Marx llegó a París.

2. La división de la sociedad en clases: la burguesía y el pueblo

El resultado de tal desarrollo económico fue la división de la sociedad en dos clases antagónicas que se denominaron generalmente la burguesía y el pueblo.

En su *Historia de diez años* (18301840), publicada en 1841, Luis Blanc dice:

> "Por burguesía entiendo el conjunto de ciudadanos que poseen los instrumentos de producción o capital, que trabajan con sus propios instrumentos y que no dependen de otros. El pueblo son los ciudadanos que no poseen ningún capital, los ciudadanos cuya existencia depende enteramente de otros."

Esta división de clases era tan conocida que, en una petición obrera a la Cámara de Diputados el 3 de febrero de 1831, el obrero Carlos le Béranger dijo:

> "No hay ciertamente nadie entre nosotros que no haya oído hablar del pueblo. El pueblo son todos los que trabajan, los que no poseen nada, los que ni siquiera tienen vida propia. Sabéis de quién hablo: del proletariado".

Parece, pues, que en aquella época pueblo y proletariado eran sinónimos. Veremos más adelante la importancia de este hecho.

En efecto, si pueblo y proletariado son sinónimos, entonces el gobierno del pueblo, o democracia, significa en realidad el gobierno del proletariado y no lo que hoy entendemos por esta palabra, es decir, el gobierno de toda la nación frente a la monarquía.

De 1831 a 1848, por democracia se entendía el gobierno del pueblo frente al gobierno de la burguesía. Así es posible comprender el verdadero significado del pasaje aparentemente contradictorio del *Manifiesto Comunista*, en el que Marx dice:

> "El primer paso a dar en la revolución obrera será la elevación del proletariado al rango de clase dominante, la conquista de la democracia".

Democracia, por supuesto, significa aquí dominación de la clase obrera.

Así pensaba Federico Engels, que decía:

> "La democracia es el comunismo actual".

3. Las sociedades secretas

Hemos visto que durante la Restauración, y sobre todo a partir de 1821, surgieron numerosas sociedades secretas con el objetivo de derrocar a los Borbones e instaurar la soberanía del pueblo. Estas organizaciones pretendían trabajar a la manera de los *carbonari*, una organización secreta italiana que se proponía derrocar la dominación extranjera. La táctica de los carbonarios era la insurrección armada. Cada *carbonaro* debía tener siempre a mano un fusil y 50 cartuchos, estar listo para actuar a la primera señal y dispuesto a obedecer fielmente las órdenes de los jefes.

En un intento de imitarlos, algunos estudiantes parisinos, dirigidos por Bazard y Buchez, fundaron una asociación secreta llamada "Los Amigos de la Verdad", cuyo objetivo era la instauración de un régimen democrático. Al ingresar en la asociación, los nuevos miembros prestaron el siguiente juramento: "Juro poner todas mis fuerzas al servicio del triunfo de los principios de libertad, igualdad y odio a los tiranos. Prometo hacer todo lo que esté en mi mano para difundir a mi alrededor el amor a la igualdad".

Bazard y Buchez eran entonces estudiantes de medicina. De la joven generación de la época fueron los primeros en adherirse al socialismo. Como hemos visto, Bazard fue el mejor intérprete del saintsimonismo. Los carbonarios franceses también tuvieron relación con Buonarroti, quien, desde Bruselas, les transmitió las ideas que inspiraron el movimiento de Babeuf. En 1825, Louis Auguste Blanqui se unió a los carbonarios. Estas asociaciones eran generalmente de carácter liberalburgués o republicanono democrático. Tras la Revolución de Julio de 1830, los elementos liberales desaparecieron completamente de la escena histórica y fueron sustituidos por elementos proletarios que trabajaron en colaboración con los republicanosdemócratas. Fueron estos elementos, además, los que pronto constituyeron, bajo la dirección de Blanquí, la vanguardia del movimiento revolucionario.

De agosto de 1831 a mayo de 1839, encontramos en Francia cuatro grandes asociaciones secretas: "Los Amigos del Pueblo", la "Sociedad de los Derechos del Hombre", la "Sociedad de las Familias" y la "Sociedad de las Facciones". Después de 1839, aparecieron algunas pequeñas organizaciones secretas, llamadas las "Nuevas Estaciones" Su papel era insignificante, porque no tenían a Buonarroti ni a Blanqui a la cabeza. Buonarroti ya había muerto y Blanqui estaba en prisión, donde permanecería hasta 1848. Los miembros más notables de estas asociaciones secretas —Flocon, Raspail, Marrast, Blanqui, Barbés Caussidière— desempeñaron un papel importante en la revolución de 1848, unos como republicanos burgueses, otros como socialistas o comunistas.

El paso de la propaganda de las ideas democráticoburguesas a la agitación comunista proletaria se produjo progresivamente, bajo la influencia de Buonarroti, por una parte, y de los levantamientos de los tejedores lyoneses en 1831 y 1834, por otra. La Sociedad de los Amigos del Pueblo y la Sociedad de los Derechos del Hombre eran en su mayoría democráticoburguesas o republicanosocialistas. En cambio, la Sociedad de las Familias y la Sociedad de las Estaciones eran proletariocomunistas. Fue en estas dos últimas asociaciones donde los alemanes Weitling, Schapper, Bauer y otros miembros de la Liga Cultural de Propietarios Alemanes de Londres, que más tarde formaría el núcleo de la Liga de los Comunistas, entraron por primera vez en contacto con las ideas comunistas. En estas dos asociaciones, Buonarroti y su libro sobre la Conjuración de los Iguales ejercieron una fuerte influencia. Fue allí donde se desarrolló la idea de la dictadura revolucionaria. Y fue desde allí desde donde esta idea se transmitió a Weitling y a la Liga de los Comunistas.

Al ingresar en la Sociedad de Familias, al futuro miembro se le planteaban varias preguntas a las que debía responder de la siguiente manera:

> "¿Qué piensa del gobierno? — El gobierno funciona en beneficio de unos pocos privilegiados. — ¿Quiénes son los aristócratas hoy en día? — Los banqueros, los financieros, los especuladores, los grandes terratenientes, en resumen, los aprovechados. — ¿En qué derecho se basa el gobierno? — En el derecho de la fuerza. — ¿Qué vicio predomina en la sociedad? — El egoísmo, la lucha por el dinero, que sustituye a la lucha por la virtud, el respeto a la riqueza y el desprecio a los pobres. — ¿Qué es el pueblo? — El pueblo son todos los trabajadores. Su situación es la de esclavos. La situación del proletariado es idéntica a la de los siervos o los negros. — ¿Sobre qué base debe construirse la sociedad? — Sobre la igualdad social. Todos los ciudadanos tienen derecho a una existencia garantizada, a la educación gratuita, a la participación en el gobierno. Los deberes de los ciudadanos son la abnegación de la sociedad, la fraternidad hacia sus conciudadanos. — ¿La próxima revolución debe ser política o social? — Debe ser social. — ¿Será capaz el pueblo de gobernarse a sí mismo tras la victoria de la Revolución? — Como la sociedad está moralmente enferma, será necesario aplicar un tratamiento riguroso para implantar inmediatamente las condiciones de una vida social más sana. Por lo tanto, durante algún tiempo, el pueblo debe tener un gobierno revolucionario".

Un gobierno revolucionario significaba entonces una dictadura comunista.

La Sociedad de la Estación tenía un carácter aún más comunista. El intento insurreccional que promovió en mayo de 1839, con la colaboración de sus partisanos alemanes (Weitling, Schopper, etc.), fracasó. Blanqui y Barbès fueron detenidos y condenados a muerte. La sentencia, sin embargo, fue conmutada por cadena perpetua. Marx, que conocía esta organización y su actividad, escribió sobre ella:

> "Como es sabido, hasta 1830, los burgueses liberales estuvieron a la cabeza de las conspiraciones contra el gobierno de la Restauración. Pero después de la Revolución de Julio su lugar fue ocupado por los republicanos demócratas. El proletariado, que había aprendido a conspirar durante la Restauración, empezó a desempeñar un papel cada vez más predominante a medida que los republicanos burgueses, asustados por los fracasos de la lucha callejera, daban la espalda a las organizaciones clandestinas. La Sociedad de Estaciones, con la que Barbès y Blanqui promovieron el motín de 1839, era ya exclusivamente proletaria". En general, Marx cree que

> "en la revolución moderna, este sector del proletariado ya no es suficiente y sólo toda la clase obrera puede hacer la revolución".

4. Auguste Blanqui

La figura más notable de este periodo es Auguste Blanqui. Inteligencia viva, vastos conocimientos, elocuencia sin frases huecas, coraje sin límites, abnegación absoluta por la causa proletaria — por la que fue encarcelado o desterrado durante la mayor parte de su vida — son las características individuales de Blanqui que hacen de él un personaje de grandeza heroica en la Historia de su tiempo.

Nació en 1805 en PugetThéniers. Su padre era teniente de alcalde de la ciudad. Su hermano fue el famoso economista Adolfo Blanqui. Tras terminar el bachillerato, ingresó en la Universidad de París, donde estudió medicina y derecho al mismo tiempo. Después se unió a las asociaciones revolucionarias secretas de Bazard y Buchez, y participó en los combates callejeros de 1827, siendo herido varias veces. A finales de 1829 entra en la redacción de El Globo, periódico liberal de izquierdas que más tarde se convertirá en el órgano de los saintsimonistas. En 1830 participó en la Revolución de Julio, luchando en las barricadas. Decepcionado por el resultado de esta revolución, se unió a la Sociedad de los Amigos del Pueblo. Como miembro de esta sociedad, se vio implicado en el proceso abierto contra ella en 1832. En aquella ocasión, Blanqui dijo a los jueces:

> "Sí, señores, ésta es la guerra entre ricos y pobres. Los ricos lo quieren así porque son los agresores. Los privilegiados engordan con el sudor de los proletarios… El actual estado de cosas puede compararse a una bomba aspirante y compresora, que exprime la materia llamada pueblo, para succionar miles y millones que vierte sin cesar en las arcas de unos cuantos holgazanes. Una máquina despiadada que tritura, uno a uno, a veinticinco millones de aldeanos y cinco millones de obreros para extraerles lo más puro de su sangre e inyectarlo en las venas de unos pocos privilegiados."

Blanqui fue condenado a un año de cárcel.

Liberado de la cárcel, se afilió a la Sociedad por los Derechos del Hombre, situándose en la extrema izquierda. Luego dirigió la Sociedad de las Familias, de nuevo detenida y condenada a dos años de prisión. Liberado por la anistia general de 1837, dirigió la Sociedad de las Estaciones, y el 12 de mayo de 1839 intentó una insurrección, que fracasó. El tribunal le condenó a muerte, pero la pena fue conmutada por cadena perpetua.

La Revolución de 1848 le puso en libertad. Poco después se pronunció contra el gobierno provisional y pidió la formación de un gobierno socialista, encargado de ejercer durante algún tiempo una dictadura revolucionaria para, mediante reformas adecuadas, escuelas laicas, enseñanza gratuita, organización de cooperativas, legislación social, etc. — La sociedad comunista no puede establecerse mediante una dictadura revolucionaria. "El comunismo no puede establecerse sino mediante una larga educación. La revolución por sí misma no cambia a los hombres ni las cosas. Sólo permite reformas económicas y administrativas. Si la revolución triunfa, los jueces y altos funcionarios deben ser inmediatamente destituidos y sustituidos por tribunales populares. Los funcionarios medios y subalternos deben mantenerse durante un tiempo. La dirección de los negocios se confiará a la dictadura de París hasta que el país esté maduro para la democracia, para la República y para la economía cooperativa. En una revolución, lo esencial es la conquista del poder político en aras de la reforma cultural y económica. Los revolucionarios deben alejarse de la utopía, pues los utópicos son casi siempre reaccionarios. Blanqui sentía una gran admiración por Marx. Siguió con atención la polémica de Marx contra Proudhon y leyó *Miseria de la filosofía de Marx.*

En mayo de 1848 fue condenado a diez años de prisión por su campaña contra la Asamblea Nacional. En 1869 trató de suscitar el descontento general contra Napoleón III e hizo propaganda a favor de la República. En 1870 publicó una revista titulada *La patria en peligro.* En febrero de 1871, abandonó París tras publicar un panfleto en el que afirmaba que los dirigentes de la nueva República eran reaccionarios y traidores. Se refugió en casa de una hermana en la provincia, donde fue detenido por el gobierno de Thiers. No pudo, por tanto, participar en la Comuna de París, aunque ésta había intentado liberarlo ofreciendo a cambio un cierto número de rehenes. Los versallistas sabían perfectamente, dice Marx en su *Guerra Civil en Francia*, que liberar a Blanqui sería dar una cabeza a la Comuna. Un consejo de guerra había estado a punto de condenarlo a muerte. Condenado al destierro, no volvió a París hasta después de la amnistía general de 1879. Nada más llegar, publica una revista titulada *Ni Dios ni amo*. Murió en París poco después, el 1 de enero de 1881.

5. Socialistas y críticos sociales: Pecqueur, Proudhon, Cabet, Leroux, Luis Blanc

Aunque la *élite* del proletariado revolucionario pretendía realizar sus planes de transformación económica y social mediante la conquista del poder, las teorías socialistas de la época (18301848) son todas de carácter pactista y evolucionista. En estas teorías, la clase obrera no desempeña ningún papel activo. Se limitan a compadecerse de su miseria. El socialismo francés de este periodo es puramente éticoreligioso o utópico. El proletariado y el socialismo no parecen tener nada en común. Por un lado vemos a los Buonarroti y a los Blanqui a la cabeza de los comunistasproletarios. En el otro lado están los socialistas éticos o utópicos. Estos últimos eran, de hecho, escritores destacados. Pero no estaban sometidos a la influencia de los saintsimonianos y furieristas, ni a la de las ideas y concepciones de la pequeña burguesía. Esperaban la salvación mediante la benevolencia de los capitalistas y del Estado o mediante la organización del crédito y el desarrollo de las cooperativas.

El principal representante del saintsimonismo, después de Bazard, fue Constantine Pecqueur (18011887), que fue también el escritor socialista más original de la época. Su obra fundamental es *Economía social* (París, 1839), en la que trata de la influencia de la máquina de vapor sobre el comercio, la industria, la agricultura y la civilización en general. La Academia de Ciencias había establecido un premio para el mejor libro sobre la influencia cultural del vapor, los ferrocarriles y los barcos. Aunque la Academia no estaba de acuerdo con sus conclusiones socialistas, la obra de Pecqueur fue premiada. En ella, Pecqueur expresa su entusiasmo por los logros de la técnica moderna, en la que ve los medios: 1º, de aumentar la riqueza de las pequeñas empresas; 2º, de desarrollar el espíritu de igualdad y fraternidad, porque las vías de comunicación acercan a los hombres y les hacen trabajar en común, y así hacen más grande su solidaridad. "En una palabra, la asociación y todas sus consecuencias sociales. La máquina de vapor y la locomotora sustituyen la irregularidad por el orden y la anarquía, la confusión y la dispersión por la centralización. Watt y Stephenson liquidaron la anarquía económica y sentaron las bases del colectivismo. La tendencia general de nuestra época es la asociación, la centralización, en consecuencia de la desaparición de las pequeñas empresas individuales y la fundación de la sociedad anónima." "La agrupación de grandes multitudes obreras bajo un mismo techo es el resultado necesario de la concentración de capitales y de ramas industriales similares, que hace desaparecer progresivamente a los pequeños productores y a los pequeños centros industriales..... Todos los efectos del aislamiento de las industrias son sustituidos por los efectos de la asociación... La nueva forma de producción provoca una verdadera revolución industrial, moral y política. Lo bueno de esta economía es la

socialización progresiva de las fuentes de riqueza, de los instrumentos de trabajo, en resumen, de las condiciones del bienestar general". En el pasado y en el presente, todo parece conducir a la humanidad hacia la socialización de los instrumentos de trabajo, es decir, hacia la entrega del suelo y de las materias primas a la colectividad y hacia su transformación progresiva en propiedad común indivisible e inalienable. "Marchamos hacia ello, lenta e indirectamente, por los caminos sinuosos y desconocidos de la necesidad. Hacia ella caminamos por la religión política, por la economía práctica y por las transformaciones que ha producido la maquinaria industrial. Y por todos estos caminos llegaremos a las instituciones que organizarán la socialización y la establecerán como ley orgánica, como ley fundamental de la futura constitución económica. Pero el proceso de socialización no depende, en último análisis, de las fuerzas materiales, sino del renacimiento moral de los hombres, que les permitirá sustituir el interés privado por el bien público. Es necesario transformar el móvil del trabajo. Toda la cuestión de la socialización es, en general, una cuestión moral y religiosa. El amor a los hombres debe ser consecuencia del amor a Dios. Y la Providencia lleva a los hombres poco a poco a este nivel moral. La clase media, trabajadora e industriosa, se hace cada vez más rica y culta. Y cuanto más próspera y culta se vuelve, más dispuesta está a pagar mejor y a tratar mejor a sus trabajadores. Permitirá a los trabajadores participar en sus beneficios. No cabe duda de que nuestros inventos también tienen sus inconvenientes, porque los propietarios de las nuevas máquinas al principio se creen privilegiados. Pero estos inconvenientes son pasajeros.

> "La Providencia sabe perfectamente en qué dirección será más fácil instaurar el socialismo, es decir, utilizar las máquinas en beneficio de toda la colectividad."

Pecqueur era también un firme opositor a la guerra entre los pueblos y partidario de los tribunales internacionales de arbitraje. Poseía, como vemos, la mentalidad del librecambista optimista. Fue estudiando el saintsimonismo y el furierismo como se hizo socialista.

Parece que Pecqueur fue el primer estudioso de la cuestión social que empleó el término "socialización", citado a menudo en sus obras. El ideal de Constantine Pecqueur era una sociedad éticosocialista, una "república divina".

Mucho más espectacular, pero mucho menos instructiva, fue la acción de P.J. Proudhon. Natural de Besançon, ciudad natal de Fourier, Proudhon era tan presuntuoso como Fourier.

Aunque nació en una familia pobre, recibió una buena educación. Estudió en el Liceo hasta los diecinueve años, aunque de forma bastante irregular.

A los veinte años entró como aprendiz en una imprenta. Luego se convirtió en corrector de pruebas y comenzó su actividad literaria escribiendo obras de filosofía. Posteriormente se dedicó a la crítica social. En 1840 publicó su famoso panfleto: *¿Qué es la propiedad?* En 1846 publicó una obra en dos volúmenes titulada "*Las contradicciones económicas o la filosofía de la miseria*". Marx respondió a esta obra con "*La miseria de la filosofía*". Proudhon y Marx se encontraron en París durante el invierno de 18441845. Discutieron largo y tendido sobre problemas sociales y filosóficos. En 1848, Proudhon reveló su "solución" al problema social: propuso la creación de un banco popular donde los pequeños productores pudieran obtener créditos baratos, o incluso gratuitos, e intercambiar sus productos sin pérdidas. En las elecciones suplementarias de junio de 1848 fue elegido diputado a la Asamblea Nacional. Publicó una revista, varios libros y folletos, por lo que fue perseguido por la reacción. Murió en París en 1865.

Las ideas fundamentales de Proudhon pueden resumirse así:

La propiedad es injusta y perjudicial. El hecho de que alguien ocupe un bien territorial no puede constituir un derecho de propiedad. El trabajo tampoco puede ser la base de la propiedad rural, porque nadie creó el suelo. Además, la experiencia demuestra que la propiedad no es fruto del trabajo, hasta el punto de que los trabajadores son pobres.

Sólo es justificable la posesión (y no la propiedad) de objetos creados por el propio esfuerzo. Pero en el actual sistema de propiedad, los bienes no pueden intercambiarse por otros de igual valor.

El trabajador nunca puede readquirir con su salario el bien que ha creado con su trabajo. Los propietarios de los medios de producción se apoderan de una parte del producto del trabajo ajeno en forma de renta territorial, beneficio o interés. Para abolir este injusto estado de cosas, no es en absoluto indispensable el advenimiento del socialismo o del comunismo, sino una sociedad en la que los trabajadores puedan intercambiar los valores que crean por otros valores iguales. Los artesanos deben trabajar de forma independiente con la ayuda de créditos baratos, que les proporcionará el banco popular. Deben intercambiar entre ellos los productos de su trabajo por valores iguales.

Este crédito mutuo y el intercambio de valores iguales serán la base de una sociedad que ya no necesitará un Estado. De este modo, reinarán la libertad y la igualdad absolutas. En resumen, el sistema preconizado por Proudhon es el *mutualismo y la anarquía*. Se trata de una teoría típicamente pequeñoburguesa. Proudhon no tiene en cuenta el desarrollo del capitalismo. Pero este desarrollo manifiesta una tendencia evidente a la

asociación y a la centralización de las fuerzas económicas, como ya había señalado tan claramente Constantine Pecqueur.

Pasemos ahora a los socialistas y críticos sociales menos importantes.

Esteban Cabet (17881858), abogado y procurador general de Córcega en 1830, fue al principio un burguésrepublicano. Por esta razón fue perseguido por el gobierno de Luis Felipe. Elegido por la oposición, defendió enérgicamente sus opiniones en la Cámara de Diputados. Condenado a prisión en 1834, huyó a Londres. Allí, al entrar en contacto con el movimiento owenista y tras leer la Utopía de Tomaz More, se hizo comunista. A su regreso a Francia, escribió en 1812 una novela utópica titulada *Viaje a Icaria.* Esta obra tuvo un éxito considerable y contribuyó en gran medida a la difusión de las ideas comunistas.

Pierre Leroux (17971881) fue el primer obrero que se adhirió al saintsimonismo. Se convirtió en partidario en 1824. Impresor de profesión, fundó El Globo, que se convirtió en el órgano de los saintsimonistas. Más tarde, Leroux abandonó el saintsimonismo y se convirtió en un reformador social místicoreligioso. Ejerció cierta influencia sobre George Sand, que en aquella época escribía novelas de tendencia social.

Luis Blanc (18111882) escribió algunas obras históricas de éxito. Su libro *La organización del trabajo* (1840) ejerció una influencia considerable en el movimiento obrero de la época. *La organización del trabajo* se convirtió en la primera consigna de la Revolución de 1848. Tras condenar la competencia como fuente de la miseria actual, Louis Blanc propuso los siguientes remedios: nacionalización de los ferrocarriles y las minas, creación de cooperativas obreras de producción ayudadas por el Estado. Blanc desempeñó un papel importante en la Revolución de 1848. Sus ideas se difundieron también en Alemania. Gozaron entonces de tan gran popularidad que Lassalle las adoptó, y más tarde basó en ellas su agitación entre los obreros alemanes.

6. La Revolución de 1848

Para los obreros y los revolucionarios, el estudio de la Revolución de 1848 es mucho más importante que el de cualquier revolución anterior. En efecto. Es a partir de febrero de 1848 cuando el proletariado entra por primera vez en la escena histórica, presentando sus propias reivindicaciones y dispuesto a luchar por la conquista del poder político y económico.

Los acontecimientos de aquella revolución tienen profundas lecciones para el presente y el futuro.

El avance de la oposición de la pequeña burguesía francesa, las orgías de las finanzas, la corrupción de los altos funcionarios del reino, el desarrollo de las ideas socialistas y revolucionarias, las malas cosechas de 1845 y 1846, la crisis comercial y el encarecimiento de la vida en 1847, se combinaron para desprestigiar totalmente el reinado burgués. Parte de la pequeña burguesía de París y parte de la burguesía llamaron a los obreros a las barricadas. El 24 de febrero de 1848 respondieron a esta llamada y, tras algunos combates con las tropas, la revolución triunfó. El rey huyó y las masas acudieron a los periódicos de la oposición *El Nacional* y *La Reforma*, donde eligieron a los miembros del gobierno provisional, que pronto fue aceptado por el pueblo. Sin duda, los republicanos habrían preferido constituir un gobierno formado únicamente por republicanos, pero, por miedo a los combatientes de las barricadas, incluyeron en el gobierno a dos socialistas: Luis Blanc y Albert (un obrero). A la cabeza del gobierno estaba Lamartine, gran poeta y orador republicano. Él y sus compañeros empezaron queriendo traicionar su "ideal". Vacilaron antes de proclamar la República. Finalmente la proclamaron el 25 de febrero bajo la presión de los obreros de París. Raspail se convirtió en el portavoz de los obreros. El obrero Marche también impuso al gobierno la aceptación del "derecho al trabajo". Apuntó a Lamartine con un revólver cargado y se plantó ante él hasta que Lamartine estableció y redactó la fórmula del "derecho del trabajo". Esta fórmula desempeñó en la Revolución de 1848 el mismo papel que la fórmula de la "socialización" en la Revolución alemana de 1918. Para deshacerse de Louis Blanc y Albert, el gobierno nombró una Comisión de Trabajo con sede en Luxemburgo, presidida por los dos ministros socialistas. Su secretario era Constantine Pecqueur. Para garantizar en la práctica el derecho al trabajo, se crearon "oficinas nacionales" con el evidente objetivo de desacreditar las reivindicaciones obreras y demostrar el carácter utópico de las ideas socialistas. Al mismo tiempo, el gobierno empezó a organizar una fuerza armada, destinada a frenar y finalmente aplastar a los obreros excesivamente "reivindicativos" de París.

Blanc comprendió este plan del gobierno provisional. Por ello propuso que fuera sustituido por un gobierno socialista, encargado de ejercer la dictadura y preparar al país para las reformas fundamentales. En respuesta a esta proposición, el gobierno pide la convocatoria de una Asamblea Nacional elegida por sufragio universal.

Entusiasmados por esta propuesta gubernamental, los socialdemócratas la apoyaron, volviéndose contra Blanqui y sus partidarios.

A partir de ese momento, la balanza se inclinó del lado del gobierno, que reforzó su ejército, pretendiendo prepararse contra los comunistas, pero en realidad preparándose contra el proletariado. Y cuando, el 16 de abril de 1848, Blanqui organizó una gran manifestación para derrocar al gobierno provisional, éste consiguió movilizar a la opinión pública contra los comunistas, aterrorizando a la población. El 16 de abril, una imponente manifestación de hombres desarmados desfiló por las calles de París, enarbolando pancartas con las siguientes inscripciones

"¡Supresión de la explotación del hombre por el hombre!", "¡Derecho del trabajo!", "¡Organización del trabajo!". Pero el gobierno, declarando que no luchaba ni contra los obreros ni contra los socialistas, sino sólo contra los comunistas, consiguió hábilmente que la guardia nacional recibiera la manifestación con gritos de "¡Abajo los comunistas!". Los socialdemócratas y los pequeñoburgueses hicieron coro y la manifestación fracasó. El resultado fue un recrudecimiento de la reacción en los últimos días de abril. Se celebraron elecciones a la Asamblea Nacional. Ningún candidato socialista fue elegido. En Rouen, varios obreros murieron en los enfrentamientos que tuvieron lugar durante las elecciones.

El gobierno provisional se retira bajo las alabanzas de la burguesía y las maldiciones de los elementos socialistas, revolucionarios y comunistas. El 4 de mayo, la Asamblea Nacional se reúne y nombra un gobierno puramente burgués. Once días más tarde, Blanqui aprovechó una manifestación organizada en favor de Polonia e Italia y, poniéndose a la cabeza de los manifestantes, los condujo a la Cámara de Diputados. Entró en el hemiciclo, subió a la tribuna y recordó a los diputados que debían sus cargos al espíritu de sacrificio de los trabajadores. A continuación protestó contra el hecho de que el gobierno no castigara a los responsables de los asesinatos de obreros franceses y declaró que la función primordial del gobierno era ocuparse de los problemas sociales.

Esta intervención de Blanqui une momentáneamente a todos los elementos socialistas. Se elaboró una lista de ministros con la participación de todas las tendencias socialistas. Pero ya era demasiado tarde. La reacción ya estaba sólidamente instalada y llevaba firmemente las riendas del poder. El nuevo gobierno disolvió la Comisión de Luxemburgo, cerró las oficinas nacionales y aconsejó a los parados que se alistaran en el ejército o regresaran a sus provincias. De este modo provocó a las masas. Finalmente se sublevaron en la última semana de julio. Las calles de París se cubrieron de barricadas. El general republicano Cavaignac fue encargado

de dirigir las operaciones contra los insurrectos. Después de tres días de batalla, la insurrección proletaria fue ahogada en la sangre de sus más valientes combatientes. De este modo, la burguesía republicana aplastó a los verdaderos republicanos y allanó el camino a Luis Napoleón, elegido poco después presidente de la República Francesa. Con el golpe de Estado del 2 de diciembre de 1851, Luis Napoleón instauró la dictadura y un año más tarde se proclamó emperador. Blanqui fue encarcelado de nuevo. Louis Blanc, como la mayoría de los socialdemócratas, se refugió en el extranjero para evitar ser detenido. Así, debido a la división y falta de experiencia de los socialistas y obreros, la Revolución de Febrero de 1848 acabó en una sangrienta derrota.

Cuarta parte: Las luchas sociales en la época contemporánea

Capítulo I — Alemania de 1800 a 1848

1. Los resultados de la Guerra de Liberación

Uno de los errores más graves de la política alemana fue la participación de los Estados alemanes, de 1792 a 1815, en la guerra contra la Revolución Francesa y la Francia napoleónica. El pueblo alemán, que hasta 1750 no empezó a recuperarse de las consecuencias de la Guerra de los Treinta Años, se vio sumergido en un océano de aventuras, en el que se vertieron oleadas de sangre y riqueza en beneficio de los despotismos y la reacción indígena, la política industrial y colonial inglesa, el zarismo y la clase feudal, y en detrimento de los intereses de la clase burguesa, el desarrollo económico de Alemania y la democratización de Europa. Sin las guerras de coalición contra la Revolución Francesa, ni el terrorismo jacobino ni el imperialismo napoleónico habrían podido existir. La mayor parte de la responsabilidad de la derrota, o al menos de la degeneración de la Revolución Francesa, recae tanto en los Estados alemanes como en Inglaterra.

De hecho, poco necesitó el pueblo francés para vencer a la reacción europea y dar así a la burguesía alemana la oportunidad de desarrollarse política y económicamente. Bajo los golpes asestados por Napoleón, el viejo Imperio germánico se derrumbó. Rusia y Austria quedaron completamente impotentes, y la competencia inglesa en el continente sufrió una severa derrota. Pero para aprovechar esta situación extremadamente favorable, era necesario que Alemania contara con una generación ilustrada. Desgraciadamente, Alemania no tuvo tal generación. La lealtad sentimental de la burguesía alemana, su nacionalismo estrecho y su inteligencia servil, la empujaron de nuevo a los brazos de la reacción y la hundieron en la miseria económica. Frente a esto, sólo cabe in— votar otra pequeña reforma llevada a cabo en Prusia, después de Yena, por Stein y Hardenberg, como la reforma del régimen municipal y la reforma agraria (18071816).

Estas reformas, sin embargo, no fueron provocadas por la Revolución Francesa. Sólo sustituyeron, a pesar de todas las catástrofes, al sentimiento de solidaridad nacional, al deseo de unidad. El rey de Prusia, Federico

Guillermo III, y el zar Alejandro I debieron de tener esto en mente cuando prometieron al pueblo alemán, tras la retirada de Napoleón después del fracaso de la campaña rusa (18121815), dar a Alemania la libertad y la independencia.

Con delirante entusiasmo, el pueblo alemán lanzó la llamada guerra de liberación (18131815) y derrotó a las fuerzas de Napoleón, devolviendo así a Inglaterra el dominio del mercado mundial y su imperio colonial, y a los príncipes alemanes su corona. A cambio recibió la constitución de la Santa Alianza, la opresión de Metternich, el amordazamiento de la prensa, la supresión del derecho de asociación, el encarcelamiento de los patriotas alemanes y la continuación del estado de división en Alemania. En su poema titulado La batalla de los pueblos en Leipzig, Julio Mosen se lamenta:

Muchos valientes camaradas quisieron comprar una patria.
En Leipzig, con medidas de hierro. Una patria libre…
En Leipzig no pocos yacen bajo tierra
Sobre sus tumbas, las ratas cantan canciones fúnebres.
¿Qué os pedí, camaradas, que descansarais para siempre?
¿Por qué han corrido tantos ríos de sangre?

Pero los lamentos de los poetas y las protestas de los intelectuales y burgueses ilustrados fueron en vano hasta el día en que el pueblo francés, con la Revolución de 1830 y luego con la de 1848, abrió por fin en Alemania el camino al liberalismo y al socialismo.

2. El progreso económico y político

El pueblo alemán salió roto, debilitado y arruinado de las campañas contrarrevolucionarias y de las llamadas guerras de liberación. La ocupación francesa les costó unos 1.000 millones de marcos en contribuciones de guerra. Los años 1816 y 1817 fueron años de malas cosechas y hambruna. El consumo de las masas, aunque los almacenes y depósitos estaban atiborrados de mercancías, se redujo, por así decirlo, a cero. Armada con todos los logros de la tecnología moderna, la competencia inglesa aniquiló la industria textil de Silesia, reduciendo a los tejedores a un estado de miseria atroz, y luchó victoriosamente contra la industria textil de Sajonia.

El empobrecimiento de la nación hizo realmente imposible la reorganización de la industria a base de máquinas. Además, los bajísimos salarios hacían inútil el uso de máquinas. Sólo RenaniaWestfalia, donde la

Revolución Francesa había creado condiciones más libres y donde la política francesa, previendo una posible anexión de la cuenca del Rin, había adoptado un carácter conciliador, se desarrolló económicamente y participó en la marcha general de la revolución industrial.

Sin embargo, la situación mejoró a partir de 1830. La Revolución de Julio infundió nuevo valor a la burguesía alemana. En el ducado de Brunswick, en el principado de Hesse, en Sajonia, en Hannover, se produjeron levantamientos que obligaron a los gobiernos locales a hacer algunas concesiones. En los estados del sur de Alemania se intensifica la vida política. Se habla incluso de convocar un parlamento alemán. La actividad económica se reanudó y las ciencias naturales tuvieron un magnífico impulso. En su *Historia del materialismo*, Alberto Lange nos ofrece una notable descripción de la situación económica e intelectual de la época. Lo que hizo populares a la monarquía de julio y al constitucionalismo francés entre la burguesía de la época fue la especial atención que prestaron a los intereses materiales de las clases poseedoras. Ya entonces un comerciante, o un hombre de negocios como Hansemann, podía convertirse en guía de la opinión pública. A principios de la década de 1830, las asociaciones profesionales y de otro tipo surgieron como setas después de la lluvia. En el campo de la educación, se fundaron numerosas escuelas politécnicas, de formación profesional y de oficios. Los gobiernos locales se preocuparon mucho por el desarrollo del transporte. En 1830 se creó la Unión Aduanera Alemana, que establecía la libertad de comercio dentro del país. Fue también la época en que se construyeron los primeros ferrocarriles. El año 1835 fue muy importante en este sentido. Fue testigo de la fundación del primer ferrocarril y de la aparición del libro de Strauss *La vida de Jessus*, una obra de crítica religiosa extremadamente atrevida para la época, y la de *Wally, la escéptica* de Gutzkov, una novela librepensadora, que le valió al autor una pena de prisión en una fortaleza.

Las ciencias naturales entraron en una fase de gran desarrollo: la química, con Liebig; la fisiología, con Johanes Müller; la geografía, con Alexander Humboldt; las matemáticas y la física, con Charles P. Gauss.

Escritores y poetas se alejaron cada vez más del romanticismo y del idealismo. La filosofía idealista, que afirmaba el predominio del espíritu sobre la materia, fue sustituida por la filosofía realista, materialista, que anteponía el ser al pensamiento, la cosa a la idea.

Esta transformación se reflejó también en el campo de los estudios religiosos. Hasta entonces, se decía que el hombre había sido creado por Dios. Ahora, por el contrario, se decía que el hombre había creado a Dios divinizando su propio espíritu. Esta nueva concepción, que negaba por

completo la existencia de Dios, fue difundida en Alemania por Ludwig Feuerbach. El libro de Feuerbach La esencia del cristianismo, publicado en 1841, ejerció una profunda influencia en la mente de sus contemporáneos. Las consecuencias de esta concepción fueron también importantes desde el punto de vista filosófico. Hasta entonces se había dicho que el Espíritu absoluto o Dios había creado el mundo y lo había dirigido siempre; o bien, como Hegel, se había afirmado que un Espíritu absoluto actuaba a través de la historia, creando, poco a poco, en el curso de su desarrollo, el mundo material que percibimos. Ahora, por el contrario, se decía que la materia siempre ha existido y que por sí misma se desarrollaba, según sus propias leyes internas, evolucionando desde la materia inorgánica (minerales) hasta la materia orgánica (plantas y animales). No puede haber espíritu sin materia, sostenían los filósofos. O bien el espíritu es una simple función de la materia orgánica —el cerebro transforma ciertas impresiones sensibles, como el estómago y los intestinos transforman el alimento en sangre, o bien existe siempre en la materia, pero sólo se manifiesta claramente cuando la materia se ha vuelto orgánica —y, finalmente, en el hombre, el espíritu aparece como razón consciente. Según la primera hipótesis, el espíritu no sería una fuerza especial, sino sólo un producto de la actividad física. Según la segunda, tampoco sería otra fuerza especial, porque está íntimamente ligada a la materia y sólo actúa a su lado. Espíritu y materia constituyen así la única sustancia, la verdadera esencia del mundo.

Este ataque contra la concepción teológica o idealista del mundo, esta ofensiva contra Dios y los ángeles, se desarrolló paralelamente a la campaña contra la realeza absoluta y el Estado burocrático. No son la burocracia ni la policía quienes crean y mantienen el Estado, sino los ciudadanos, los productores. Por eso deben constituir el gobierno, o al menos participar activamente en él.

La oposición al régimen absolutista y a la división de la nación en numerosos Estados soberanos era una manifestación de la necesidad experimentada por la burguesía alemana de concentrar las fuerzas económicas nacionales y de su deseo de unidad basada en el antiguo Imperio alemán.

A partir de 1830, el programa de la burguesía contenía las siguientes reivindicaciones: libertad de conciencia en lugar de dogmas eclesiásticos; libertad de pensamiento en lugar de escolástica; libertad de trabajo en lugar de reglamentos policiales; unidad nacional en lugar de dispersión en un gran número de Estados soberanos. Sus principales representantes en el campo de la filosofía fueron los Jóvenes Hegelianos (David Strauss Ludwig

Feuerbach, Bruno Bauer) y en literatura el grupo de la Joven Alemania (Boern, Heine Gutzkov y Laube). Esta generación intelectual era extremadamente activa y se interesaba por el estudio de todos los problemas.

Pero a excepción de los que emigraron a Francia, Bélgica, Suiza o Inglaterra para no ser encarcelados o ahogados por la censura alemana, muy pocos representantes de esta generación consiguieron desarrollar plenamente sus capacidades y alcanzar logros notables. El libro de Max Stirner (Gaspar Schmidt) titulado *El soltero y su propiedad* (1845), es la expresión más extrema de esta tendencia esencialmente liberal. En este libro, Stirner afirma que todas las nociones como Dios, humanidad, colectividad y moralidad son puras construcciones del espíritu. En opinión de Stirner, sólo el individuo es real. "Lo que me interesa no es Dios, ni la Humanidad, ni la verdad, ni la bondad, ni la justicia, ni la libertad, sino sólo mi propio Yo. Lo que me interesa no es una cosa general, sino una cosa única, como yo mismo soy". Stirner es el verdadero representante del anarquismo individualista. Gran parte de la fuerza de su libro proviene del hecho de que se opone al movimiento comunista, que estaba apareciendo precisamente en esa época.

3. Las principales tendencias socialistas

Las tendencias socialistas que, a partir de 1842 aproximadamente, empezaron a manifestarse en RenaniaWestfalia y Berlín, es decir, en las principales regiones donde penetraba la moderna tecnología industrial, procedían del extranjero. El socialismo alemán de la época no era más que un eco del socialismo francés. Pero entre la izquierda hegeliana había quienes pretendían extraer el socialismo de la filosofía germánica. Volveremos sobre esta cuestión más adelante. Por el momento sólo diremos que las ideas socialistas se difundieron en Alemania a partir de 1842. Fue también en esta época cuando, junto al movimiento de unidad nacional, se formó un movimiento puramente socialista. Los levantamientos de los tejedores de Silesia y Bohemia en 1844, que atrajeron toda la atención hacia las cuestiones sociales, tuvieron una fuerte influencia en este sentido. Puede decirse que el socialismo alemán nació en 1844. De hecho, fue en 1844 cuando Marx, en París, comenzó a elaborar su doctrina. También fue en 1844 cuando el joven Lassalle, entonces estudiante en Berlín, escribió a su padre que las agitaciones obreras en Silesia y Bohemia representaban los primeros signos del próximo advenimiento del comunismo. También en 1844, Heine compuso sus

poemas *Los tejedores y Alemania, un cuento de hadas*, cuyo prefacio es nitidamente comunista. En 1844 se funda la Asociación de Artesanos de Berlín. En 1844, Alfred Meisner publica sus poemas revolucionarios y socialistas. También en 1844 apareció en Alemania el periodismo socialista. Enumerémoslos brevemente: Los *Anales franco-alemanes* (París 1844), los *Vorwärts* (París, 1844), el *Weserdampfboot* (Bielefeld, 1844), el *Gesellschaftsspieqel* (18451846), el *Rheinische Jahrbücher* (18451846), el *Deustches Bürgerbuch* (18451846), etc...

4— Los primeros socialistas alemanes: Gall y Buchner

A Ludwig Gall (17911863) se le atribuye el mérito de ser el primer hombre que trató de interpretar la situación social en Alemania.

El contraste entre la miseria general, cada vez mayor, que "amenazaba con hundir a toda la sociedad en el abismo", y la inmensa riqueza acumulada en almacenes y depósitos, fue bastante chocante para Gall. Alemania se encontraba entonces, como Francia e Inglaterra, en plena crisis de superproducción. No tiene sentido, dice Gall, responder a quienes sostienen que siempre ha habido ricos y pobres, o a quienes afirman que las instituciones humanas no pueden ser perfectas. Porque tal respuesta no sería más que una miserable excusa. En realidad, "la tierra proporciona más medios de subsistencia de los que serían necesarios para mantener al doble de la población actual del globo. No es cierto que siempre haya existido un abismo entre la situación de las clases altas y bajas como el que existe en la actualidad. Este abismo se ha ido abriendo año tras año a medida que progresaban las artes y las ciencias, porque estos avances sólo han sido aprovechados por las clases dominantes. La falta de valor de la fuerza de trabajo humana es, en opinión de Gall, la causa de esta miseria. Evidentemente se refiere a la debilidad de la población trabajadora frente a la clase capitalista. Sin embargo, Gall aún no tenía una idea perfecta de la división en clases de la sociedad moderna. De hecho, agrupa en una misma clase a campesinos, artesanos y asalariados, en oposición a la clase de los terratenientes, en la que coloca a todas las personas cuyos ingresos proceden de beneficios, rentas, alquileres, intereses, pensiones, etc. Estas dos clases, claramente separadas por sus intereses antagónicos, están en lucha constante. La situación de la clase propietaria mejora, mientras que la de la clase trabajadora empeora. Este peligroso proceso conduce inevitablemente a la ruina, porque tiende a concentrar la riqueza en manos de la clase propietaria y a poner al resto de la población al servicio de esa clase, convirtiendo así a toda la población en siervos, paralizando todos los

esfuerzos y todas las iniciativas, destruyendo toda cultura; en resumen, creando un estado de cosas ante el cual la más alta sabiduría sólo puede declararse impotente. Gall propone remediar esta situación mediante la emisión de bonos de cereales y la concesión de ayudas a los campesinos. La mejora de la situación de las masas campesinas, en su opinión, podría ejercer una influencia favorable sobre el comercio y la industria.

Más tarde, Gall, que parece haber conocido a fondo la literatura socialista francesa e inglesa (Fourier y Owen), propuso otro remedio, en su opinión también capaz de curar el mal social: la creación de cooperativas de producción. Pero luego abandonó por completo la propaganda socialista para dedicarse por completo al estudio de los problemas de la alimentación.

El poeta Georges Büchner (18131837) estaba más interesado en la acción revolucionaria como tal que en las cuestiones teóricas de la transformación social. Tras dejar la universidad en Darmstadt, estudió medicina y ciencias naturales en Estrasburgo. Probablemente fue allí donde entró en contacto con miembros de los "Amigos del Pueblo" y de los "Derechos de los Homen".

A su regreso a Giessen en 1834, se unió a la asociación secreta dirigida por el Dr. Weidig, y escribió un manifiesto para los campesinos titulado: "*¡Guerra a los castillos, paz a los barrios bajos!* Ese mismo año, Buchner funda una Sociedad secreta de Derechos Humanos. Amenazado de arresto, se refugió en Estrasburgo y luego en Zúrich, donde encontró un puesto como profesor adjunto. Su compañero de lucha, Weidig, fue detenido en 1835 y se suicidó en prisión el 23 de febrero de 1837, cuatro días después de la muerte de Buchner, para librarse de las torturas a las que era sometido.

Los dramas de Buchner titulados: *La muerte de Danto, Wozzeck*, etc., no tienen nada de específicamente socialistas. Expresan, en el mejor de los casos, simpatía por las clases oprimidas. Sólo en sus cartas a Gutzkov se encuentran algunos pasajes que demuestran claramente la influencia de las sociedades secretas en las ideas de Buchner. Escribiendo a su familia el 5 de abril de 1833 con motivo del asalto a la comisaría de Frankfurt, Buchner dice: "Si algo puede ser útil en nuestro tiempo, en mi opinión es la violencia". Según él, sólo mediante la violencia se podía obligar a los príncipes alemanes a llevar a cabo reformas.

En julio de 1835, escribiendo desde Estrasburgo a Gutzkov, Buchner decía: "El único elemento revolucionario del mundo se encuentra en las relaciones entre ricos y pobres. Sólo el hambre puede convertirse en la diosa de la libertad". Buchner, de hecho, no creía en la eficacia de la

propaganda. El 1 de enero de 1836, en una carta a su familia, decía: "Yo, por mi parte, no pertenezco en absoluto al grupo de la Joven Alemania, al partido literario de Gutzkov y Heine. Imaginar que podemos, por medio de la literatura cotidiana, lograr una transformación completa de nuestras ideas sociales y religiosas es mostrar la más completa ignorancia de nuestras relaciones sociales". Y en otra carta a Gutzkov: "A decir verdad, creo que ni usted ni sus amigos van por buen camino. ¿Reformar la sociedad mediante la propaganda de ideas? Imposible. Nuestra época es puramente materialista. Nunca podréis llenar el abismo que separa a la clase culta de la inculta. Estoy convencido de que la minoría poseedora nunca podrá renunciar voluntariamente a sus privilegios.

Buchner es un insurgente que ya sospecha que el proletariado es la única clase revolucionaria de nuestro tiempo. Pero, en su opinión, sólo el hambre y el fanatismo profético pueden llevarlo a la acción. Sus ideas llevan el sello de la influencia de los reformadores religiosos como Lamenais, Leroux, etc., que entonces dominaban Francia.

Muy diferente era la actitud de los emigrados alemanes que vivían entonces en París y que, en su mayoría, participaban en la actividad de las asociaciones revolucionarias secretas, que estudiaremos en el capítulo siguiente.

Capítulo II — Las asociaciones revolucionarias alemanas en el extranjero

1. La Liga de los Desterrados

Las persecuciones que comenzaron en 1815 contra los que luchaban por la libertad y la unidad alemana, y la crisis económica que afligía al país, obligaron a un gran número de alemanes a refugiarse en el extranjero. Tras la Revolución de 1830 y, sobre todo, después de la manifestación democrática de Hambach en 1832, a la que asistieron más de 30.000 personas, y tras el asalto a la comisaría de Fráncfort (1833), muchos revolucionarios se marcharon a París, donde los republicanos y socialistas franceses les dieron todo su apoyo. Allí se fundó la Asociación Patriótica Alemana, cuyo único objetivo era luchar por la libertad y la unidad de Alemania. A principios de 1834 esta asociación dio origen a la Liga de los Prisioneros, dirigida por Jacob Venedey y el Dr. Theodoro Schuster. Venedey era un antiguo profesor de la Universidad de Heidelberg que se había refugiado en Francia para huir de la persecución policial. En París publicó el periódico *Los proscritos*, en el que, sin dejar de ser un buen demócrata alemán, expresaba sus simpatías por los fourieristas.

En 1840 regresó a su patria y fue elegido diputado a la Asamblea Nacional de Fráncfort. Su amigo Theodor Schuster había sido profesor en la Universidad de Gotinga, donde, tras la Revolución de Julio de 1830, encabezó, al igual que el Dr. Rauschenplat y el Dr. Abrens, un intento de levantamiento armado. Refugiado en Francia, se une a las asociaciones secretas. Dentro de la Liga de los Proscritos, luchó contra las ideas democráticas de Venedey, oponiéndoles un punto de vista más marcadamente social. Venedey ya consideraba que la sociedad estaba dividida en una minoría de ricos y una mayoría de pobres. Influido por Buchez, abogó por la creación de cooperativas de producción con apoyo estatal. Pero nunca fue más allá del punto de vista de Buchez. Cuando la corriente revolucionaria proletaria se hizo más fuerte, Venedey abandonó completamente la lucha.

La Liga de los Proscritos estaba en estrecha relación con la Sociedad Francesa de los Derechos del Hombre. Los estatutos de la Liga contenían el siguiente programa: "Liberación de Alemania y aplicación de los principios contenidos en la Declaración de los Derechos del Hombre y del

Ciudadano". Estos estatutos fueron comunicados a los adherentes de grado inferior. Los estatutos de la Montaña, es decir, de los miembros de rango superior, contenían un programa diferente: "Liberación de Alemania e instauración de un régimen democrático. Esto sólo puede lograrse mediante el establecimiento de la igualdad social y política, la libertad, la virtud cívica y la unidad del pueblo, primero en los países de habla alemana y después en el resto del mundo".

Al igual que en la Sociedad Francesa de Derechos Humanos, la Liga de los Desterrados también tenía un ala derecha (nacionaldemócrata) y otra izquierda (revolucionariainternacionalista). En 1836, esta ala provocó una escisión y formó, bajo la dirección de Schuster, la Liga de los Justos, que en 1846 se convirtió en la Liga de los Comunistas. Para ella escribieron Carlos Marx y Federico Engels el Manifiesto comunista.

2. La Liga de los Justos

De los 500 miembros de la Liga de los Proscritos, unos 400 pasaron a la Liga de los Justos. La frase de Buchner: "En lo social es necesario partir de un principio de derecho absoluto", expresaba bien el estado de ánimo que prevalecía en los círculos avanzados. En armonía con este estado de ánimo, la Liga de los Justos se propuso luchar por la justicia social. Sus miembros estaban fuertemente influidos por la obra de Lamennais *Palabras de un creyente*, publicada en 1834, que Ludwig Boerne había traducido al alemán poco antes. Este libro tuvo un gran éxito entre los artesanos de Alemania. Lamennais (17821854) era un sacerdote anticlerical que escribía en estilo bíblico a favor de la democracia y la justicia social. Heine dijo que Lamennais había puesto en la cruz la barretina frigia. Su libro causó tal sensación que, tras la traducción de Boerne, fue traducido aún dos veces más, por Rauschenplat y por Weitling.

Como ya hemos tenido ocasión de decir, la actividad de Schuster dentro de la Liga fue de corta duración. Schuster fue sustituido por Weitling. En aquella época, Weitling era un simple compañero de arte que conocía a fondo la literatura comunista de su tiempo. Weitling pronto se convirtió en el auténtico jefe de la Liga, con Carlos Schapper como principal colaborador. Perseguido por haber participado en el asalto a la comisaría de Fráncfort en 1833, Schapper se refugió en París, donde ingresó en la Sociedad de las Familias y luego en la Sociedad de las Estaciones. No era un teórico sino un hombre de acción, un conspirador nato, siempre dispuesto a participar en un golpe de Estado.

Además de Schapper, los principales dirigentes de la Liga eran: 1º el zapatero Henrique Bauer, hombre de extraordinaria energía, que también trabajó en otras organizaciones sectarias de París; 2º el relojero Joseph Moll, que moriría unos años más tarde durante la Revolución Bávara de 1849; 3º el doctor Hermann Everberck, que vivía en París, y que también era miembro de la Liga, y que fue miembro de la Liga de las Familias y más tarde de la Sociedad de las Estaciones. Hermann Everberck, que vivió muchos años en París como escritor, sin pasar de la etapa del comunismo utópico (es autor de una traducción de la *Teoría de Cabet*); 4º Dr. Germann Maurer, antiguo profesor de Berlín, colaborador de algunos periódicos alemanes, que tampoco pasó de la etapa del comunismo utópico.

Pero el verdadero líder de la Liga en el periodo 18371844 fue Wichelon Weitling. Espíritu constructivo y de carácter desinteresado, Weitling fue el único gran comunista alemán anterior a Marx. Nació el 5 de octubre de 1808 en Magdeburgo. Su padre era francés y su madre alemana. Aprendió el oficio de sastre. En 1828 abandonó su pueblo natal. Trabajó en Sajonia y Viena hasta 1835. Después se marchó a París. Allí se afilió a la Liga de los Justos y probablemente también a la Sociedad Familiar. Regresó durante algún tiempo a Viena, de donde se retiró definitivamente en 1837, para iniciar su propaganda comunista en París. A petición de la Liga de los Justos escribió su primera obra titulada *La humanidad tal como es y tal como debería ser* (1838). Siguiendo el ejemplo de Lamennais, el libro está escrito en estilo bíblico, con la siguiente frase en una de sus primeras páginas: "Al ver a la gente, Jesús se compadeció de ella y dijo a sus discípulos: 'La mies es mucha, pero los labradores pocos'. La cosecha es la Humanidad, dice Weitling. Es la Humanidad que ha madurado hasta la perfección terrena y su fruto es la comunidad de bienes. La ley de la naturaleza y el amor cristiano deben ser las bases de la vida común de los hohombres. Pero Weitling no se limita a predicar el comunismo. También traza el plan de la futura sociedad comunista; organización en familias y grupos familiares para el trabajo y la vida en común.

La agricultura y la industria deben ser dirigidas por consejos elegidos y todo el país administrado por un consejo formado por los jefes de los grupos familiares. Las ideas contenidas en la primera obra de Weitling constituyeron la base de toda su propaganda. Sus escritos posteriores, *Las garantías de la armonía y la libertad* (1842) y *El evangelio del pobre pecador* (1843), no hacen más que desarrollar las ideas contenidas en su primer libro. Weitling se inspiró en Fourier, en Owen y en Blanqui. Pero también pensó por sí mismo y tuvo actitudes independientes. Fue el primer escritor que proporcionó a los obreros alemanes una imagen clara del futuro, un plan de organización comunista y que difundió la idea de la

instauración de una dictadura revolucionaria durante el periodo de transición entre la propiedad privada y la "propiedad colectiva", como él, muy precisamente, denominaba al comunismo. Lo que, sin embargo, restó valor a la acción de Weitling fue su incomprensión de la importancia de la lucha política y el hecho de que dirigiera —como antes habían hecho SaintSimon y Fourier— llamamientos a los reyes y a los poderosos de la tierra, pidiéndoles la emancipación de la humanidad. Las conclusiones de las *Garantías de Armonía y Libertad* recuerdan mucho al final de *La Nueva Cristiandad* de SaintSimon, o a la dedicatoria que Considerant dedica al rey Luis Felipe en el prefacio de su *Destino Social*. Eso, en 1842. Entonces Weitling se volvió completamente revolucionario. Ya había participado en la sublevación dirigida por Blanqui y Barbès el 12 de mayo de 1839. Pero logró escapar, mientras que Schapper, Bauer y Moll fueron condenados a varios años de prisión. Éstos, tras su liberación, fueron a Londres, donde crearon el Comité Central de la Liga. Weitling se marchó a Suiza para continuar su agitación en un periódico titulado *Llamamiento a la juventud alemana*. El artículo del programa de este periódico contenía, entre otras muchas cosas, el siguiente pasaje: "Nosotros, los obreros alemanes, también queremos alzar la voz por nuestro propio bien y por el bien de la humanidad, para que todo el mundo sepa cuáles son nuestros intereses. No llenamos nuestras frases con citas griegas o latinas. Pero podemos decir en buen alemán dónde nos cabe el zapato.

Además de Weitling, en Suiza estaban los revolucionarios Augusto Becker y Sebastian Seiler. Becker estudió en Giesser, donde se había hecho íntimo amigo de Jorge Buchner. Se había visto obligado a refugiarse en Suiza para escapar de la persecución policial. En 1842 trabajó en Suiza para la Gaceta de la Colonia Renana. Seiler era natural de Silesia. En París, donde se había refugiado, se había afiliado a la Sociedad de las Estaciones. Expulsado de Francia, se fue a Suiza. De allí fue a Bruselas y luego de nuevo a París, donde presenció la Revolución de Febrero. Se refugió en Londres en 1850 y colaboró con Marx, Engels, Willich, etc., en la actividad de la Liga de los Comunistas.

El crecimiento de la agitación comunista en Suiza acabó por inquietar a los círculos conservadores, lo que obligó a las autoridades a intervenir. En junio de 1843 Weitling fue detenido en Suiza. Sus manuscritos, cartas, etc., fueron confiscados y entregados al gobierno, que los hizo examinar por una comisión encabezada por el célebre profesor de derecho público Blunstschli. El informe redactado por este profesor y publicado en 1843, fue aprovechado por los comunistas como un excelente medio de agitación. Los comunistas habían conseguido, por medio de este informe, difundir sus ideas a gran escala. Y fue el Estado quien les prestó este servicio. Sin

embargo, ante este informe, Weitling fue acusado de sacrilegio y de atentar contra la propiedad privada, y condenado a cuatro meses de prisión. Recurrió ante el Tribunal Supremo. Pero sólo consiguió que le aumentaran la condena a seis meses y fue expulsado del país. Tras cumplir su condena, Weitling fue deportado a Magdeburgo. De allí fue a Londres y poco después a Bruselas y Nueva York, donde había una sección de la Liga, que Weitling intentó convertir en el núcleo de una nueva organización: la Liga de Libertación.

3. Weitling y la dictadura revolucionaria

El objetivo de esta nueva Liga debía ser la realización de la Liga DemocráticaComunista de las Familias. Sería un objetivo desmocrático porque la verdadera democracia no reside en el sufragio universal y las maniobras parlamentarias, sino en la organización del trabajo y el placer, de los derechos y deberes en la dirección más favorable al objetivo final comunista. Como la democracia sólo puede ser establecida por la Revolución, a los que participen en ella se les concederán derechos electorales revolucionarios y elegirán un gobierno revolucionario provisional, encargado de establecer el nuevo orden social. El derecho de voto sólo se concederá a quienes ejerzan una función social útil y demuestren abnegación, capacidad y desprendimiento en favor de la comunidad. Capitalistas, comerciantes, eclesiásticos, abogados, lacowboys y todos los demás parásitos quedarían excluidos del derecho de voto.

La Liga de las Familias no es un gobierno ni un Estado, sino una administración central que gestiona el intercambio de productos manufacturados: los consejos elegidos por los productores gobiernan las distintas ramas de la economía, fijan los salarios, las horas de trabajo, etc.

Tras la victoria de la Revolución, los principios de la Liga de Liberación sólo serán válidos para la administración del país. El proletariado estará armado. Los ricos y la policía serán desarmados. Los tribunales serán abolidos. Los obreros nombrarán hombres de su confianza para ocupar los puestos vacantes. El trabajo será obligatorio. El despilfarro y la ociosidad serán castigados como delitos. El dinero será sustituido por primas de trabajo, con las que cualquiera podrá comprar lo que necesite en los almacenes públicos. De este modo, los ricos se verán obligados a entregar su dinero a la colectividad porque no podrán utilizarlo para comprar nada. La población trabajadora se agrupará en organizaciones profesionales, que elegirán *comités* de profesiones, cámaras de industria y un parlamento

compuesto por representantes de las distintas profesiones. Estos organismos fijarán en cada localidad el valor de los productos.

> "El gobierno provisional funcionará mientras dure la guerra social. Esta guerra, a su vez, no puede terminar mientras existan coronas o grandes fortunas en cualquier parte de la tierra, y mientras sus agentes embrutezcan al pueblo para mejor sojuzgarlo y explotarlo.

Al conocer la noticia de la Revolución de 1848, Weitling regresó a Alemania y buscó acción en Berlín. Pero no consiguió nada. Se dirigió entonces a Hamburgo, donde contaba con numerosos partidarios. Expulsado de esta ciudad, regresó a Nueva York y vivió allí otros 20 años, en la más absoluta pobreza, trabajando en todo tipo de proyectos e inventos. Murió el 25 de enero de 1871. Puede decirse que no se ha hecho suficiente justicia a Weitling. El Partido Bolchevique, que era el Partido del proletariado, era el Partido del proletariado, el Partido del proletariado, el Partido del proletariado, el Partido del proletariado, el Partido del proletariado, el Partido del proletariado.

4. De la Liga de los Justos a la Liga de los Comunistas

Detenidos por su participación en el levantamiento organizado por la Sociedad de la Estación, algunos miembros de la Liga de los Justos, entre ellos Schapper y Bauer, fueron liberados a finales de 1839 y se trasladaron a Londres, donde, el 7 de febrero de 1840, fundaron la Asociación Cultural de Trabajadores Alemanes, que pronto se convirtió en un centro de agitación comunista entre los obreros alemanes de Londres. La asociación entró en contacto con el movimiento inglés. Unos años antes, en 1845, se había organizado una asociación internacional de elementos demócratasocialistas refugiados en Londres, que recibió el nombre de The Fraternal Democrats. Formada por ingleses, franceses, alemanes, italianos, polacos, etc., esta asociación predicaba ideas socialistasrevolucionarias. La Asociación Cultural de los Trabajadores Alemanes se convirtió también en un centro de enlace para todos los obreros y artesanos de otras nacionalidades refugiados en Londres. Desde allí, el Comité Central de la Liga de los Justos mantenía una activa correspondencia con los miembros de París, Bruselas, Suiza y Alemania, y seguía de cerca el progreso de las ideas comunistas y las nuevas concepciones sostenidas por Marx y Engels. Este último, que ya había realizado su primer viaje a Inglaterra en 1842, mantuvo estrechas relaciones con el Comité Central de Londres y las secciones de París, en las que predominaban las ideas de Cabet. Proudhon y Weitling. En París trabajaban también Everbeck y Carlos Grün, y él era

como un eslabón entre el comunismo utópico y el comunismo científico. Más adelante examinaremos el papel que desempeñó en el movimiento de la época.

En Suiza, los partidarios de la Liga de los Justos cayeron poco a poco bajo la influencia del socialismo religioso. Londres era entonces el centro intelectual del movimiento comunista. Las cartas que Marx, desde Bruselas, dirigió a los miembros de la Liga les ayudaron a orientarse en el camino del comunismo científico. Así, en noviembre de 1846, el Comité Central de la Liga envió a todos sus miembros una circular en la que exponía los objetivos y la táctica del comunismo. Poco después, en febrero de 1844, le siguió otra circular sobre el mismo tema. Poco antes, el Comité Central había enviado a Bruselas a Joseph Moll para invitar en su nombre a Marx y Engels a participar en las actividades de la Liga.

Antes de proceder al estudio del Manifiesto Comunista y de la Revolución Alemana de 1848, estudiaremos brevemente la situación social y política de Alemania en el período comprendido entre 1840 y 1848.

Capítulo III — Alemania de 1840 a 1848

1. Los poetas revolucionarios

Tras 43 años de reinado en Prusia, Federico Guillermo III muere en 1840. Su sucesor, Federico Guillermo IV, poseía grandes cualidades. Sin embargo, era un hombre sin decisión: siempre intentó llevarse bien con todo el mundo, con todas las corrientes. Pero al final sólo encontró la hostilidad de todos, porque le faltó perseverancia y no comprendió suficientemente la situación de su país. Tal vez fuera también el resultado de su incapacidad para liberarse de la influencia de los prejuicios en los que había nacido y se había criado. En hombres de este tipo, las nuevas ideas siempre acaban dominadas por los prejuicios tradicionales.

Con la esperanza de una nueva era, los Jóvenes Hegelianos y el Grupo de la Joven Alemania habían redoblado sus esfuerzos. Pero esta esperanza fue pronto sustituida por la más amarga de las desilusiones. Los poemas de Herwegh, Prutz, Sallet, Heine y Freiligrath son expresión de este estado de ánimo.

La poesía política alemana alcanzó su apogeo hacia 1840. Toda su fuerza —incluso más que en el periodo clásico de finales del siglo XVIII— nació del contraste entre el progreso material de Alemania, por un lado, y la opresión política e intelectual, por otro.

"También en Alemania —escribió Charles Grün en 1845—, la cuestión social está cada vez más a la orden del día. Periódicos que hasta ahora nunca se habían ocupado del tema se llenan ahora de repente de palabras violentas como: supresión de salarios, organización del trabajo, socialización, etc.". El desarrollo industrial maravillosamente rápido se reflejó en la poesía, que empezó a cantar las ventajas y los inconvenientes del nuevo régimen económico.

Por lo que respecta a las ventajas, en Alemania se podía decir realmente muy poco. Por eso los poetas, más o menos influidos por la crítica social, se ocuparon cada vez más de la miseria moderna. Una vez más, el impulso vino de Francia. Las cartas que Henri Heine dirigió desde París al *Augsburger Allgemeine Zeitung* (1841-1843) sobre las condiciones políticas y sociales de Francia, despertaron el interés por el estudio detallado del socialismo francés. Henri Heine era ante todo un artista y un aristócrata. Pero aun así, su conciencia social estaba tan desarrollada que le llevó a examinar el comunismo francés con gran atención.

Muchos emigrantes alemanes que vivían en París también empezaron a estudiar la literatura y el movimiento socialista. En 1842 apareció el libro de Lorenz von Stein titulado: *Socialismo y comunismo en la Francia contemporánea*. En este libro se presenta claramente el antagonismo entre la burguesía y el pueblo, que se había manifestado abiertamente en Francia desde 1831. La obra de Lorenz von Stein no es homogénea. Algunas partes están magistralmente escritas. Otras —sobre todo las que tratan del comunismo— son dignas de la pluma de un policía. No obstante, Stein contribuyó en gran medida a la difusión de las ideas socialistas en Alemania. Aún más eficaz fue la propaganda de Moses Hess que, como veremos en el capítulo siguiente, a partir de 1839 trató de vincular el movimiento de la Juventud Hegeliana con el socialismo. En 1844, la revuelta de los tejedores de Silesia dio a la poesía social de Alemania un carácter de actualidad.

En sus traducciones de la poesía social inglesa, George Weerth y Ferdinand Freiligrath mostraron al público alemán los lados oscuros de la industria, "la diosa de nuestros días".

En Austria, el pensamiento social fue despertado por los poetas Alfredo Meissner y Carlos Beck.

En su *Ziska*, Meissner hace una magnífica exposición de las ideas sociales de los taboritas. Al mismo tiempo, expresa su fe inquebrantable en la liberación definitiva de la humanidad.

> "Entonces llegará el día prometido. Ese día todas las fuerzas del mal se derrumbarán ante el espíritu.… El espíritu se extiende ya entre los pobres y los oprimidos. Se acerca el día de la salvación, que destruirá la herencia del pecado y de la miseria, y repartirá la obra equitativamente entre todos los hijos de la tierra. Y entonces apareceréis radiantes, coronados de rosas, con más esplendor que la fe cristiana".

En su poema *Por qué somos pobres*, Carlos Beck pone en boca de los pobres las siguientes palabras:

> Nosotros acumulamos deudas,
> mientras vosotros acumuláis florines.
> Nosotros llenamos las iglesias y rezamos,
> y sufrimos con resignación.
> Esta paciencia es nuestro gran error.
> Y por eso somos pobres.

Pero Henry Heine, ese genio inmortal, griego por sensibilidad artística, judío por sensibilidad moral, es mil veces superior a todos ellos:

> "Si yo viviera en Roma en tiempos de Nerón —escribió Heine el 15 de junio de 1843 en el *Augsburger Allgemeine Zeitung*— y si desde allí escribiera, por ejemplo, para el periódico de los Correos de Beocia, mis colegas se burlarían de mí con toda seguridad. Porque en vez de entretenerlos con las intrigas de la Corte y las aventuras amorosas de la Emperatriz, les hablaría continuamente de esos Galileos….. Si les contara, a propósito de las fiestas de la Corte, sólo la siguiente nimiedad: que algunos de aquellos galileos fueron untados con brea y luego convertidos en antorchas para iluminar los jardines del palacio imperial… — Estos colegas míos lo encontrarían ciertamente divertido… Pero pronto tendrían que arrepentirse de sus bromas, porque esas antorchas esparcieron tantas chispas a su alrededor que todo el Imperio Romano, con su inmensa magnificencia podrida, fue consumido por las llamas".

Heine, con esto, quería referirse a la importancia de su información sobre el movimiento comunista francés.

2. Crítica social

Mientras los compañeros artesanos alemanes intentaban introducir en Alemania las doctrinas de los fourieristas y los saintsimonistas, los escritores alemanes intentaban deducir el socialismo de la filosofía de Hegel y Feuerbach y crear un socialismo alemán de carácter independiente. El más grande de todos los escritores —hasta la aparición de Marx— fue Moses Hess, el pionero del socialismo en Renania.

Hess nació en Bonn el 21 de enero de 1812. Creció en un ambiente de religiosidad judía y erudición. Su padre quería que se dedicara al comercio, pero el joven Moses prefirió estudiar. Pronto conoció las obras de Spinoza, lectura habitual para los jóvenes judíos que empezaban a perder la fe. En 1830 estudió durante algún tiempo en la Universidad de Bonn, donde se dedicó especialmente a los problemas religiosos. Leyó con asiduidad el Evangelio y la historia de la Iglesia y repelió las creencias judías ortodoxas, por lo que tuvo serios conflictos con su familia. A continuación marchó al extranjero, de donde pronto se vio obligado a regresar por falta de recursos. ¿Fue en este primer viaje al extranjero cuando Hess se inició en las teorías socialistas? Nada se sabe con certeza al respecto, pero a partir de 1837 Hess comenzó a mostrar un profundo interés por los estudios religiosos, filosóficos y sociales. La *Historia Sagrada de la Humanidad* (1837) es el fruto de estos estudios. En ella, Hess estudió, con espíritu místico, los distintos periodos de la historia, considerándolos como etapas evolutivas

de la humanidad hacia la unidad material e intelectual. Cuatro años más tarde publicó *La triarquía europea* (1831). En este libro intentó demostrar que la salvación de la humanidad depende de la fusión de la filosofía alemana con el espíritu revolucionario francés y la práctica social inglesa. Ese mismo año apareció la obra de Feuerbach La esencia del cristianismo, que ejerció una profunda influencia sobre Hess. Esta obra le permitió tender un puente entre la filosofía alemana y el socialismo. Evidentemente, este puente era muy frágil y no duraría mucho. De hecho, sólo existió hasta el momento en que Marx, utilizando la dialéctica hegeliana, elaboró su propia doctrina. A continuación, Hess mostró cómo, partiendo de las ideas de Feuerbach sobre la esencia trascendente del hombre, la verdadera enseñanza de la esencia divina es la enseñanza de la esencia humana. En otras palabras: la teología se reduce a la antropología. Esto es cierto, pero sólo parcialmente. Hay que añadir que la esencia del hombre es el ser social, la acción común de diferentes individuos hacia un fin común, y el verdadero estudio del hombre, el verdadero humanismo, y el estudio de la sociedad humana, es decir, la antropología, es el socialismo." O, en otros términos: Feuerbach afirmaba que la religión no es más que la deificación del espíritu humano, y que el verdadero conocimiento de Dios es el verdadero hombre. A esto añade Hess: no el conocimiento del hombre como individuo, sino del hombre social. La verdadera teología es el amor a la humanidad y la acción común de los hombres. En resumen, toda religión es ética social.

Estas deducciones de Hess, que vinculan el socialismo a la filosofía de los Jóvenes Hegelianos, obtuvieron un gran éxito en su época.

Fue sobre todo Hess quien, hacia finales de 1842, condujo al joven Federico Engels hacia el socialismo. Hess y Engels se conocieron en Colonia. En aquella época ambos colaboraban en la *Gaceta Renana*, dirigida por Karl Marx. Durante el invierno de 184243 Hess viajó a París, donde entró en contacto con los miembros de la Liga de los Justos. Después colaboró en varias revistas socialistas alemanas. En 184647 se adhirió a las ideas de Marx y escribió en la *Gaceta Alemana de Bruselas* una serie de excelentes artículos bajo el título: *Consecuencias de la revolución proletaria*. Estos artículos se inspiraron probablemente en las conferencias pronunciadas por Marx en el otoño de 1847 en el Club Obrero de Bruselas y en los debates que suscitaron.

Durante las últimas décadas de su vida, Hess dedicó casi toda su actividad al estudio de las cuestiones judías, el socialismo y las ciencias naturales.

Era un socialista de sentimiento, tolerante, pacífico, un verdadero nazareno. Se casó con una prostituta con la que vivió en la mayor felicidad,

mostrándole siempre un gran respeto y una sincera amistad. Murió en París el 6 de abril de 1875.

Charles Grün (18131884) fue discípulo de Hess. Tras estudiar filosofía, se hizo periodista y se afilió al socialismo. En París, donde se había refugiado, dio a conocer a Proudhon la filosofía alemana y frecuentó a Considerant y Cabet. De regreso a Renania, ejerció una influencia considerable en el movimiento intelectual de la región. Su socialismo se mezclaba con el amor a la Humanidad y a la justicia. También se inspiró en Feuerbach. "La conclusión de *La esencia del cristianismo*", escribió Grün, "establece que el amor debe sustituir a la fe..... La esencia del cristianismo es el amor".

Oto Lüning estaba más influido por los socialistas franceses que por los filósofos alemanes. En su diario titulado *Este libro pertenece al pueblo* (1845), Lüning defendía las ideas de Luis Blanc. Para él, el principal mal era la competencia, así como la "separación entre el trabajador, que produce la mercancía, y el fabricante, que la ha transformado en un valor del que el trabajador sólo recibe una parte insignificante". Al igual que Luis Blanc, también consideraba que el remedio sería la creación de cooperativas de producción con ayuda del Estado. También abogó por diversas reformas sociales.

Por último, mencionaremos a Hermann Th. Oelckers (18161869), que en 1844 publicó un libro titulado: *El movimiento socialista y comunista*, en el que abogaba por la organización del trabajo basada en el socialismo de Estado.

Oelckers participó en la Revolución de 18481849, por lo que fue condenado a diez años de prisión.

Capítulo IV — Carlos Marx

1. El papel del marxismo en el desarrollo intelectual

Mientras en Alemania se intentaba propagar las ideas del socialismo francés y crear una base filosófica para el socialismo alemán, Carlos Marx, en París, elaboraba su doctrina, que pronto eliminaría todas las demás y se convertiría en el patrimonio común de todos los socialistas. A partir de ese momento, el socialismo se convirtió en una doctrina inherente a la clase obrera. Y ésta, a su vez, se convirtió en el objeto principal de la ciencia política. Antes de Marx, el proletariado era el Cendrillon de la política, una mera lástima para los sociólogos. Marx lo elevó al lugar de pretendiente al trono, de futura clase dominante, llamada a derrocar el viejo orden y construir el nuevo.

Antes de Marx, el socialismo extraía toda su fuerza de la edad de oro de la prehistoria, del derecho natural, del cristianismo primitivo, de la idea de humanidad y de la ética social. Después de Marx, se convirtió en la doctrina política del proletariado revolucionario: pasó a tener como objetivo el desarrollo de todas las tendencias materiales e intelectuales del cuerpo social, que trabajan por la socialización de las fuerzas productivas. Antes de Marx, el socialismo no era más que una vaga esperanza, un sueño piadoso. Con Marx, se convirtió en el método de acción y el objetivo último de la clase obrera, que lucha por su emancipación social.

En la época de Marx, el socialismo era un simple artículo de fe, una doctrina rígida y dogmática con un valor eterno. Marx lo transformó en una fuerza activa que impulsaba el desarrollo de la sociedad en evolución hacia la organización de la propiedad colectiva.

Antes de Marx, proletariado y socialismo eran cosas distintas, separadas. Marx los unió íntimamente, como el cuerpo y el alma. En efecto, Marx dio alma al proletariado. Sobre este punto se puede decir que el proletariado moderno es, intelectualmente, obra de Marx. No podría realizar esta obra si no poseyera la facultad de penetrar en el núcleo de las cosas y de los acontecimientos de la historia y de desentrañar sus "secretos". El genio y la grandeza de Marx fueron el resultado de su mirada penetrante, ante la cual caen todas las máscaras, todas las frases, todas las hipocresías, todos los detalles seculares y externos.

2. Marx y la dialéctica hegeliana

Marx nació en Treves el 5 de marzo de 1818. Su padre era abogado y descendiente de una familia de rabinos. En 1824 sus padres se convirtieron al cristianismo. El joven Carlos realizó sus primeros estudios en el colegio de su ciudad natal. Después asistió a las universidades de Bonn y Berlín, y en 1841 se doctoró en filosofía en la Universidad de Iena. Esperaba ser nombrado profesor en la Universidad de Bonn. Pero pronto se dio cuenta de que nunca podría seguir una carrera universitaria. Se dio cuenta de que lo único que tenía ante sí era una carrera como escritor. En 1842, Marx entró en la redacción de la Gaceta Renana, fundada poco antes en Colonia. No tardó en ser nombrado redactor jefe. En otoño de 1843 Marx fue nombrado miembro de la redacción de la Gaceta Renacentista. En otoño de 1843 fue a París para estudiar socialismo y editó con Arnoldo Ruge *Los anales franco-alemanes*. En esta revista, en sus dos únicos números publicados, aparecieron los primeros estudios marxistas, en particular uno titulado: *Crítica de la filosofía del derecho de Hegel*.

Ya hemos visto que Marx se distinguió de sus predecesores por haber vinculado estrechamente el socialismo con el proletariado en lucha, y con el conjunto del desarrollo social, fundiendo estos tres factores en un solo sistema. ¿Cómo llegó Marx a esto?

Cuando Marx fue a París en 1843, ya conocía bien la filosofía y deseaba ardientemente luchar por el socialismo y estudiarlo a fondo. Lo que caracteriza a un espíritu culto es la facilidad de orientación, la facultad de desentrañar lo esencial de la diversidad de los fenómenos y de descubrir las relaciones profundas entre las cosas. Marx poseía esta facultad en grado sumo. ¿Qué encontró Marx en París? Una abundancia de teorías socialistas y muchas tradiciones revolucionarias, de la época de la Revolución Francesa, la conspiración de Babeuf y las sociedades secretas de Blanqui. También estudió el cartismo inglés, que alcanzó su culminación en 1842. Relacionó todos estos fenómenos mediante la dialéctica hegeliana; en aquella época Marx aún creía que la dialéctica de Hegel podía revelarle la ley fundamental del desarrollo histórico.

¿En qué consiste la dialéctica de Hegel?

La dialéctica, para los antiguos griegos, era el arte del discurso y de la contradicción, el arte de refutar al adversario destruyendo sus conclusiones. Si examinamos más de cerca esta forma de argumentar, veremos que —a pesar de sus refutaciones y negaciones— es muy útil, porque el choque de opiniones saca a la luz y estimula el trabajo del pensamiento.

El filósofo alemán Hegel (1770-1831) introdujo la idea de evolución en la lógica; retomó la expresión "dialéctica" y la aplicó a su método de pensamiento. Según este método, todo concepto tiene su contrario o, para hablar en lenguaje común, toda afirmación puede ser negada. Pero esto no se comprueba con un simple examen superficial. Vemos que el mundo está lleno de cosas contradictorias, como el ser y el no ser, el frío y el calor, la luz y la oscuridad, la alegría y el dolor, la riqueza y la pobreza, el capital y el trabajo, la vida y la muerte, el vicio y la virtud, el idealismo y el materialismo, etc. Pero tal vez no nos demos cuenta de que tenemos ante nosotros un mundo de antagonismos y contradicciones. Sólo la razón crítica percibe, bajo la simple diversidad de las cosas, el choque de lo negativo y lo positivo, de antagonismos y contradicciones. Sólo después de este choque aparecen las cosas superiores. Lo que Hegel entendía por contradicción no es el resultado de la confusión, no es un pensamiento confuso que se contradice a sí mismo. Son contradicciones externas, como, por ejemplo, cuando en el transcurso del tiempo la justicia se transforma en injusticia, lo racional en irracional, la utilidad en prejuicio; cuando las leyes e instituciones útiles se vuelven obsoletas y entran en contradicción con los intereses vitales y las nuevas concepciones de la sociedad; cuando, en consecuencia, tienen lugar luchas sociales para poner estas leyes e instituciones en armonía con los nuevos intereses y las nuevas concepciones, y para dar lugar a una etapa superior de desarrollo social. Hegel llama a esta etapa superior la *negación de la negación,* o *síntesis.*

Este método puede explicarse aún más claramente: Observemos un huevo. El huevo es algo positivo. Pero contiene un germen que, a medida que se desarrolla, va devorando (negando) el contenido del huevo. Esta negación no es pura y simplemente una destrucción, porque, al contrario, produce el desarrollo del germen y lo transforma en un ser vivo. Una vez completada esta negación, el polluelo que se ha formado dentro del huevo sale de su cáscara. He aquí la negación de la negación (o síntesis), en virtud de la cual aparece una cosa que, desde el punto de vista orgánico, es superior al huevo.

Según Hegel, el factor más importante en el proceso vital, o en el desarrollo de las cosas y de las ideas, es la aparición de fuerzas negativas, contradictorias: "La contradicción —dice Hegel— es la fuente de toda vida. Sólo en la medida en que contiene en sí una contradicción una cosa se mueve, tiene vida y actividad. Sólo el choque entre lo positivo y lo negativo permite el proceso de desarrollo y lo eleva a un estadio superior. Cuando faltan fuerzas para el desarrollo y la agravación de la contradicción, la idea o la cosa muere en virtud de esta contradicción, sin engendrar nada nuevo".

Quien haya captado esta concepción dialéctica del mundo ha captado, *ipso facto*, la esencia del marxismo.

Por supuesto, Hegel no expuso su método de manera tan simple.

Hegel es un idealista. Para él, la idea, lo espiritual, lo absoluto, lo divino, desempeña el papel de la fuerza primaria, que se mueve por sí misma y que mueve todo el universo. El universo no es más que la envoltura exterior de esta fuerza que, paso a paso, se eleva a un nivel cada vez más alto hasta que, en el hombre, se convierte en divinidad. Según Hegel, los diferentes períodos históricos son fases sucesivas de un proceso de desarrollo del Espíritu absoluto desde el estadio de la idea hasta el de la divinidad. De este modo, sería posible hablar de Providencia divina en la historia. En otras palabras, Dios mismo es un futuro que alcanza su forma más elevada en el hombre. Este es el punto culminante de la mística alemana. Pero no se trata de eso. Ahora sólo nos interesa el método dialéctico de Hegel, porque es la base de la doctrina marxista.

El movimiento alemán en su conjunto, a partir de 1830, comenzó a alejarse del idealismo para convertirse, poco a poco, en materialista. Con él, Marx, en 18401841, se pasó también al materialismo. Para Marx, el elemento primordial, la fuerza motriz de la evolución ya no es el espíritu; es la materia. Y esta evolución se produce a través de contradicciones.

Durante su estancia en París, Marx se dedicó por entero al estudio del socialismo y del movimiento obrero francés. La dialéctica le mostró que el proletario era la negación del orden existente, del que la lucha por el socialismo es la síntesis. El elemento positivo es el orden basado en la propiedad privada y la competencia. La lucha del proletariado contra este orden es la contradicción. Fue también la dialéctica la que mostró a Marx la necesidad de apoyar tal lucha, porque de ella debería resultar una fase superior de la vida social. En esto consisten las ideas sociológicas fundamentales de Marx: en el antagonismo irreductible entre los partidarios del viejo orden y del orden futuro. Pero, ¿quiénes son estos partidarios? No son individuos o grupos de hombres más o menos notables que se inclinan por tal o cual punto de vista por razones de orden más o menos ideal, sino "clases" con intereses económicos bien definidos y absolutamente antagónicos y que, por tanto, deben necesariamente chocar violentamente. En aquella época en Francia ya se conocía el antagonismo entre la burguesía y el "pueblo", entre el capital y el trabajo. También se conocía el fenómeno de la concentración del capital y la desaparición progresiva de la clase de los pequeños productores. Mediante la dialéctica, Marx estableció una relación filosófica entre todos estos fenómenos y sentó las bases de su doctrina. Esta obra, una vez terminada, le proporcionó un

programa claro: estudio de la economía política, análisis del mecanismo del régimen capitalista, estudio de la misión del proletariado y de las fuerzas que se desarrollan en el seno de la vieja sociedad, que un día deberán destruir para crear una organización social superior.

Los estudios de Marx, publicados en los *Anales francoalemanes* (1844), contienen ya los gérmenes de su doctrina. Un año más tarde, la desarrolla en *La Sagrada Familia*, luego en su obra contra Proudhon, *Miseria de la filosofía* (1847), y finalmente en *El Manifiesto Comunista*, que redacta en colaboración con Engels hacia finales de 1847.

3. La concepción materialista de la historia

Marx se dedicó cada vez más al estudio de la economía política, la formación y el crecimiento del capital, porque estaba convencido de que la economía política estaba en la base de la sociedad burguesa y porque ya había comprendido que la evolución intelectual no era en el fondo más que un reflejo de la evolución económica. Examinemos más de cerca esta concepción de la historia. Un rápido estudio de la historia nos muestra que en diferentes épocas los hombres han tenido diferentes concepciones del derecho, la moral, la religión, el Estado, la filosofía, la agricultura, el comercio, la industria, etc., que han tenido diferentes instituciones y formas sociales, y que han experimentado una inmensa serie de guerras y conflictos de todo tipo. ¿Cómo explicar tan inquietante diversidad de formas de actividad humana y de pensamiento humano? Al formular esta pregunta, Marx no sólo se preocupa por descubrir el origen del pensamiento, del derecho, de la religión, de la sociedad, etc. Desea, sobre todo, descubrir las causas, las fuerzas motrices que provocan las transformaciones de la vida intelectual y social. En una palabra, lo que preocupa a Marx no es el origen de las cosas, sino su desarrollo dialéctico, es decir, el elemento revolucionario de la historia. Marx responde a esta cuestión de la siguiente manera: las fuerzas motrices de la sociedad humana, que han transformado las ideas y los sentimientos, que, en suma, han transformado la conciencia y las instituciones humanas, no nacen del espíritu o de la razón absoluta —como pretenden los filósofos idealistas, sino de las condiciones materiales de existencia. La base de la historia humana es, pues, material. Por condiciones materiales de existencia debe entenderse la manera en que los hombres, como seres sociales, y con la ayuda del medio natural y de sus propias capacidades físicas e intelectuales, organizan su propia vida material, obtienen los medios de subsistencia,

producen, comparten e intercambian entre sí los productos indispensables para la satisfacción de sus necesidades.

De todas las categorías de la vida material, la más importante es la producción, la producción de medios de subsistencia. Ésta, a su vez, está determinada por las fuerzas productivas, que se dividen en dos clases: unas objetivas y otras personales. Las fuerzas productivas objetivas son el suelo, el agua, el clima, las materias primas, los instrumentos de trabajo, las máquinas. Las fuerzas productivas personales son los trabajadores, los estudiosos, los técnicos y, por último, las razas, es decir, las cualidades adquiridas por determinadas agrupaciones humanas.

De todas las fuerzas productivas, los trabajadores ocupan el primer lugar: porque son las únicas fuerzas de la sociedad humana que crean valores. Después viene la tecnología moderna, que es una fuerza eminentemente revolucionaria.

Si las fuerzas productivas crecen como consecuencia de una mayor cualificación de los trabajadores, del descubrimiento de nuevas materias primas y riquezas minerales o de nuevos métodos de trabajo y nuevas máquinas, de la aplicación de la ciencia a la industria y del desarrollo de los medios de transporte; si, por tanto, la base material o infraestructura económica de la sociedad se transforma y las viejas relaciones de producción ya no sirven a los intereses de la producción, es porque las relaciones de producción, es decir, la vieja organización social, las viejas leyes, instituciones, doctrinas, etc., corresponden a un estado de las fuerzas productivas que está en vías de desaparición o que ya no existe. La superestructura social intelectual ya no se corresponde con la infraestructura económica. Se establece un conflicto entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción.

Las contradicciones entre el nuevo contenido y la vieja forma, el conflicto entre las nuevas causas y los efectos caducos comienzan, poco a poco, a actuar sobre la conciencia. Los hombres empiezan a percibir que tienen ante sí un mundo nuevo. Empiezan a comprender que se abre una nueva era. La organización social se transforma lentamente. Estratos y clases sociales antes despreciados se vuelven económica y socialmente poderosos. Las clases que antes eran predominantes caen. Mientras se produce esta transformación de la infraestructura económica, los viejos sistemas religiosos, jurídicos, filosóficos y políticos se aferran a sus posiciones tradicionales y siguen intentando mantenerse, aunque se hayan quedado obsoletos porque ya no pueden satisfacer las nuevas necesidades intelectuales. La conciencia humana es conservadora. Sólo sigue lentamente los acontecimientos externos. Nuestros ojos ven el sol donde

en realidad ya no está, porque los rayos luminosos necesitan cierto tiempo para llegar a nuestro nervio óptico. Así, también, es con pasos lentos como nuestra conciencia acompaña la evolución de las cosas externas. Recordemos la bella imagen de Hegel: "La lechuza de Minerva sólo despega al anochecer. Tarde, sí, pero siempre despega. Uno tras otro, aparecen grandes pensadores que explican la nueva situación y crean sistemas sociales y doctrinas que corresponden a la nueva situación. Surgen en las conciencias inquietantes dudas y problemas, y luego nuevas verdades, que provocan diferencias de opinión, disputas, controversias, celos, luchas de clases y, finalmente, revoluciones.

4. La lucha de clases

Una de las aportaciones más importantes de Marx a la comprensión de la historia es su teoría de las clases y de la lucha de clases.

La clase es un estrato social que desempeña un determinado papel en la producción. Los que viven de un salario forman la clase obrera. Los que viven principalmente del beneficio, del interés o de la renta, forman la clase de los capitalistas. Estas dos clases, tanto en lo que se refiere a la forma en que obtienen sus medios de subsistencia como en lo que se refiere a la organización de la sociedad, están separadas por antagonismos irreductibles, porque el antagonismo primordial, basado en las cuestiones del salario y de la duración del trabajo, con el tiempo, a medida que se desarrolla la conciencia de clase del proletario, se convierte en una encarnizada lucha de las dos clases por los fundamentos mismos de la sociedad. La clase capitalista trata de mantener el orden existente. El proletariado lucha por la transformación de la vida económica y social en sentido socialista. Cuando alcanza cierto límite de amplitud e intensidad, la lucha de clases adquiere inevitablemente un carácter político. Su objetivo inmediato es la conquista del poder. La clase capitalista quiere el poder para consolidar su posición. El proletariado quiere utilizarlo para la realización del socialismo. Marx muestra que la lucha debe terminar, tarde o temprano, con la victoria de la clase obrera, que, en el período de transición entre la propiedad privada y la propiedad colectiva, establecerá su gobierno, su dictadura, para transformar progresivamente la sociedad. Marx fue el primero en utilizar el término *dictadura del proletariado* en un libro que escribió en 1850: *La lucha de clases en Francia en 1848*. Dos años más tarde, en una carta a Weydemeyer, subrayó que fue el primero en afirmar que "la lucha de clases conduce a la dictadura del proletariado". Por último, en su *Crítica del Programa de Gotha* (1875), afirma que la

dictadura del proletariado es la forma específica del período transitorio o revolucionario.

5. Las teorías económicas de Marx

El principal problema económico para Marx, era saber cuál es la fuerza motriz, cuál es el objeto de la economía capitalista, cuál es el origen del inmenso crecimiento de la riqueza. Y a este problema dedicó su principal obra: *El Capital.*

Marx, estudiando este problema, llega a la conclusión de que la riqueza es la masa de valores de uso que produce una sociedad. En tiempos normales, la economía capitalista produce cada año más que el año anterior. Acumula este excedente, luego produce un nuevo excedente y así sucesivamente. Así es como aumenta la riqueza.

Pero, ¿quién produce el excedente? ¿Qué grupo de hombres, qué clase aumenta la riqueza?

Para poder responder a esta pregunta, Marx buscó ante todo saber qué es el valor. Porque la riqueza se evalúa por el valor. Pero, ¿qué es el valor? Marx no especula en el cielo azul, sino que indaga en la oficina del fabricante cómo se calcula el valor. Y descubre que el fabricante establece el valor sobre la base del coste de producción. ¿Qué es el coste de producción? Es la suma de los gastos incurridos en la compra de materias primas, en el uso de edificios, máquinas y herramientas utilizadas en la producción, en el pago de sueldos y salarios, más el beneficio habitual que debe proporcionar la mercancía. En opinión de Marx, por el contrario, sólo el trabajo empleado en la producción y el transporte de materias primas y mercancías crea valor. La fuente y la medida del valor es el trabajo manual e intelectual socialmente necesario empleado en la producción y el transporte de las materias primas a los lugares de producción. El salario que recibe el trabajo creador de valor es siempre inferior al valor creado. Así pues, el trabajo productivo proporciona normalmente al fabricante más valor del que paga en forma de salario. Esta diferencia es la fuente de la "plusvalía", de la que el fabricante obtiene su beneficio, el banquero su interés, el propietario su renta y el comerciante su ganancia.

Sin embargo, el fabricante aislado no recibe exactamente la plusvalía producida en su fábrica. Porque también hay que tener en cuenta el mercado, la competencia. Si la plusvalía producida en su fábrica es, por ejemplo, del 50%, mientras que la de los demás fabricantes es del 60, 40 o

30%, el mercado le proporcionará un beneficio medio de aproximadamente el 45%.

Si, por tanto, el trabajo productivo es la medida del valor, es evidente que cuanto menos trabajo intelectual y manual represente una determinada mercancía, menor será su valor. Esto es lo que ocurre cuando el trabajo mecánico sustituye al trabajo manual. En tiempos normales, a medida que se extiende el maquinismo, las mercancías se abaratan. Cuanto menos trabajo represente una mercancía, menos valor tendrá y, en consecuencia, menor será el beneficio por unidad de producción y menor el porcentaje de beneficio. Para armonizar esta bajada del porcentaje de ganancia con la masa total de ganancia obtenida en el conjunto de la producción, los capitalistas recurren a la producción en masa, que requiere cantidades considerables de materias primas, máquinas enormes y mejoradas e instalaciones más grandes. Sólo los grandes capitalistas o las empresas poderosas son capaces de reunir el capital necesario para esa producción a gran escala, cuya competencia aplasta cada vez más a los pequeños fabricantes. La vida económica entra así en un proceso de creciente concentración y centralización, que ahonda y ensancha el abismo entre las clases y divide aún más la sociedad en dos grupos antagónicos: por un lado, un puñado de magnates omnipotentes que concentran toda la riqueza en sus manos; por otro, la gran masa de los que no poseen nada, que no tienen para vivir más que su fuerza de trabajo. Esta concentración de la riqueza conduce también a la aglomeración de masas considerables de proletarios en los grandes centros industriales, reforzando así su organización y su conciencia de clase. Además, agrava la lucha de clases, hasta que esta lucha se orienta hacia la transformación del orden existente. El último acto del gigantesco drama será la expropiación de los capitalistas por las grandes masas populares. Los medios de producción se pondrán bajo la dirección y el control de la colectividad. Se alcanzará así la democracia económica. Pero hasta que se alcance este objetivo, será necesario establecer una fase intermedia durante la cual la dictadura del proletariado dirigirá conscientemente el proceso de transformación económica y política, eliminando todos los obstáculos que se opongan.

6. Evolución y revolución

No existe contradicción alguna entre evolución y revolución en Marx, ni tampoco en Hegel. El *Manifiesto Comunista* no es menos "evolucionista" que *El Capital*, ni El Capital es menos revolucionario que el *Manifiesto Comunista.*

¿Qué significan estas palabras nuestras?

La dialéctica de Hegel es una evolución porque afirma la existencia de la lucha y la acentuación de las contradicciones a través de la razón consciente. Esto no se logrará automáticamente, mediante una adaptación pacífica, sino mediante el desarrollo progresivo del elemento negativo dentro del elemento positivo, al que acabará destruyendo. Todo trabajo de negación es trabajo revolucionario hasta el momento en que aparece la negación de la negación, es decir, la síntesis. Esta es la esencia de la dialéctica hegeliana: el descubrimiento de las contracondiciones en el futuro cósmico y social, el choque de estas contradicciones, a través del cual el elemento positivo será destruido. La dialéctica hegeliana es, pues, una evolución por medios revolucionarios.

Lo mismo ocurre con la dialéctica marxista. Quien lee una obra de Marx debe comprender bien de qué se trata: del estudio de un proceso material —el desarrollo económico, el análisis de la producción y la circulación capitalistas— o de la actividad del proletariado.

El proceso económico es, por así decirlo, el material de la evolución. La actividad del proletariado y de sus dirigentes es su elemento revolucionario.

En el *Manifiesto Comunista* o en las comunicaciones a la Liga de los Comunistas, el proletariado es el objeto de estudio. Por eso allí se subraya fuertemente el factor revolucionario, y Marx aparece como un teórico de la evolución.

En *El Capital*, por el contrario, el objeto de estudio es la ecoomía capitalista. Esto explica el lugar que ocupa en esta obra el factor evolutivo, porque en ella Marx aparece sobre todo como el teórico del desarrollo económico.

El papel que Hegel, en su *Lógica*, asigna a la razón, es decir, el papel de acentuar conscientemente las contradicciones, Marx lo asigna a la vanguardia revolucionaria, que tiene la misión de conducir la lucha de clases del proletariado —lucha que no es artificial porque resulta de las propias condiciones económicas— hasta sus últimas consecuencias.

Pues, tanto en Hegel como en Marx, el choque de contradicciones y la acentuación consciente de los antagonismos son los mejores medios para expandir y desencadenar las fuerzas universales.

Evolución por medios revolucionarios, comprensión de la realidad económica, ¡acción revolucionaria! — Estas son, en términos generales, las enseñanzas que nos legó Carlos Marx.

7. Federico Engels

En la persona de Federico Engels, Carlos Marx tuvo un precioso colaborador. Engels era sin duda un hombre de gran talento.

Pero nunca habría alcanzado el lugar que ocupa en la historia del socialismo si no se hubiera unido desde el principio a Marx, cuyo genio comprendió, apoyando su obra con una abnegación y un desinterés extraordinarios, y dedicándole una amistad que nada pudo sacudir hasta su muerte.

Engels nació en BarmenElberfeld en 1820. Su padre era un industrial muy apegado a las ideas religiosas. Recibió una excelente educación en la escuela de su ciudad natal. Pero pronto abandonó los estudios para dedicarse al comercio. Atravesó una grave crisis religiosa, se afilió al Movimiento de los Jóvenes Hegelianos, se hizo ateo y, bajo la influencia de Moses Hess, acabó adhiriéndose al socialismo. Con sólo 20 años, escribió artículos en los periódicos renanos de acuerdo con la corriente de los Jóvenes Alemanes. A finales de 1824 fue enviado a Manchester, donde su padre poseía una fábrica. Desde allí escribió artículos para la Gaceta Renana sobre las condiciones sociales en Inglaterra. Poco después entró en contacto con los líderes cartistas y owenistas y comenzó a colaborar en sus periódicos.

Al mismo tiempo escribió una *Crítica de la economía política,* que Marx llamó "esbozo general" y que apareció en 1884 en los *Anales franco-alemanes*. Esta obra fue el punto de partida de la amistad que siempre unió a Marx y Engels. En 1845 publicó una obra titulada *La situación de las clases trabajadoras en Inglaterra*. Al mismo tiempo se dedicó a la acción comunista en París, Bruselas y Renania. Colaboró en *La Sagrada Familia*, obra polémica dirigida contra los jóvenes-hegelianos que se habían estacionado en el liberalismo. En 1847 redactó para la Liga de los Comunistas un proyecto de programa, que Marx utilizó para la redacción definitiva del *Manifiesto Comunista*, posteriormente publicado y firmado por ambos.

A partir de ese momento, su actividad intelectual está estrechamente unida a la de Marx. Colaboró en la *Nueva Gaceta Renana* (18481849), participó en la insurrección badense de 1849 y en 1850 colaboró en la *Nueva Revista Renana*. El Partido Bolchevique, que no era un partido del Partido Bolchevique, no era un partido del Partido Bolchevique, sino un partido del Partido Bolchevique. De 1850 a 1870, aparte de su trabajo en la fábrica, sólo se ocupó de asuntos militares y de las ciencias naturales. Ayudó activamente a Marx enviándole constantemente dinero y escribiendo para

él un gran número de artículos para la prensa norteamericana. La colección, publicada bajo el título *Revolución y contrarrevolución en Alemania*, con la firma de Marx, fue escrita íntegramente por Engels.

En 1870 se retiró completamente de los negocios y se instaló en Londres con Marx. Allí escribió el *Anti-Dühring (*1877), una obra contra las teorías del profesor Dühring de Berlín. Desempeñó un papel importante en el Consejo General de la Asociación Internacional de Trabajadores, donde dirigió la campaña contra Bakunin.

Tras la muerte de Marx, publicó el segundo y tercer volumen de *El Capital* y escribió varias obras sociológicas, filosóficas y políticas, entre ellas: *El origen de la familia, el Estado y la propiedad y Ludwig Feuerbach*, que es la exposición más popular del materialismo dialéctico. Durante sus últimos años de vida mantuvo una asidua correspondencia con los líderes del movimiento socialista de todo el mundo, que le escribían para pedirle consejo. Murió en 1895, honrado por todos los socialistas como el patriarca del movimiento obrero.

8. Fundación y estatutos de la Liga de los Comunistas

A partir de 1845, Marx y Engels propagaron sus nuevas concepciones entre los miembros de la Liga de los Justos. Sus concepciones se diferenciaban de las anteriores en que no presentaban el comunismo como un plan perfecto de organización social que se realizaría con la ayuda de ricos filántropos o mediante la creación de colonias, sino como la organización de la clase obrera en un partido político independiente, con la misión de tomar el poder, para transformar el orden económico en sentido comunista.

Inglaterra, donde los cartistas también pretendían lograr la reforma social a través de la lucha política, fue el primer lugar donde estas ideas ganaron aceptación. A finales de enero de 1847, los miembros del Consejo Central de la Liga enviaron a Joseph Moll a Bruselas para invitar a Marx y Engels a unirse a la Liga y discutir con ellos la situación actual. La Liga convocó un Congreso en Londres para el 1 de julio de 1847, al que asistieron Engels y William Wolff, este último en representación de Marx. En septiembre, bajo la dirección de Carlos Schapper, el Comité Central publicó el primer número de la Revista Comunista, que llevaba, en la parte superior, las siguientes palabras: "Proletarios de todos los países, ¡uníos!"

Por consejo de Marx y Engels, la Liga de los Justos se convirtió en la Liga de los Comunistas. Su Congreso se celebró el 30 de noviembre de 1847.

Esta vez Marx asistió en persona. A él y a Engels se les encargó la redacción de un manifiesto que sirviera de programa a la Liga. Finalmente, el Congreso adoptó los siguientes estatutos:

1. El objetivo de la Liga es derrocar a la burguesía, elevar al proletariado al rango de clase dominante, suprimir la vieja sociedad basada en la dominación de clases y establecer una nueva sociedad sin clases y sin propiedad privada.
2. Para afiliarse a la Liga es necesario cumplir las siguientes condiciones
   a. vivir y actuar de acuerdo con los objetivos de la Liga;
   b. ser enérgico y desinteresado en la propaganda;
   c. adherirse a los principios del comunismo
   d. no formar parte de ninguna asociación anticomunista, política o nacional
   e. someterse a las decisiones de la Liga
   f. mantener absoluta discreción en todos los asuntos de la Liga
   g. ser aceptado por unanimidad por todas las secciones de la Liga.
3. Todos los miembros de la Liga deben considerarse hermanos y deben ayudarse mutuamente en caso de necesidad.

Tras el Congreso, Marx y Engels regresaron a Bruselas y redactaron el manifiesto, que enviaron inmediatamente a Londres. El Partido Bolchevique, que se convertiría en el Partido del Partido, estaba en proceso de ser suprimido por el gobierno zarista.

9. El comienzo del movimiento comunista en Alemania

Algunos obreros que habían trabajado en Bruselas, París y Londres llevaron la nueva doctrina a su patria. Berlín, Colonia y Breslavia fueron las principales ciudades alemanas en las que penetraron las ideas comunistas. Los camaradas llegados del extranjero se afiliaron a las asociaciones de artesanos y camaradas, en cuyo seno trataron de difundir las nuevas ideas. El proceso de Mentel, que tuvo lugar en 18461847 en Berlín, así como la actividad de Stefan Born, que en 18481849 trabajó en Berlín y Leipzig de acuerdo con las doctrinas de Marx, nos proporcionan valiosa información sobre este movimiento.

Stefan Born pertenecía a una familia israelita de Lissa, donde nació en 1824. Comenzó a estudiar en la escuela de su ciudad natal, pero tuvo que abandonarla para dedicarse a un oficio.

En 1840 entró como aprendiz en una imprenta de Berlín. Pero continuó sus estudios en su tiempo libre. De este modo adquirió una gran cantidad de conocimientos generales.

Después viajó a París y, más tarde, a Bruselas. Allí trabajó en las oficinas de la *Gaceta alemana de Bruselas*, donde conoció a Marx y se adhirió a sus ideas, pero al mismo tiempo se interesó vivamente por la cuestión de las cooperativas de producción. Era un hombre delicado y moderado, un buen orador y un buen organizador. Más tarde demostraría que también era un buen luchador en las barricadas. En 1848 desempeñó un papel importante en Berlín, Leipzig y Dresde. Tras el fracaso de la Revolución alemana, se retiró del movimiento y vivió en Suiza, donde fue impresor, editor y, finalmente, profesor de literatura francesa en Basilea. Poco antes de su muerte, publicó una obra titulada *Memorias de un combatiente del 48.*

Fue el obrero Cristiano Frederico Mentel quien inició a Born en la ideología comunista. De 1840 a 1845, Mentel había trabajado en varias ciudades de Europa occidental. En 1846 regresó a Berlín. Allí se afilió a la organización de artesanos y buscó camaradas capaces de interesarse por sus nuevas ideas. En sus *Memorias de un combatiente del 48,* Born escribe: "Uno de estos emisarios, que se llamaba Mentel, intentaba reclutar partidarios para su organización secreta. Iniciado en sus secretos estaba el zapatero Hertzel, a quien Mentel ya había ganado para sus ideas. Mentel no pertenecía a la tendencia Weitling. Defendía la creación de una asociación secreta de trabajadores con el objetivo de emancipar al proletariado mediante las libertades políticas, que primero había que conquistar. A partir de lo que Mentel me explicó un poco confusamente, empecé a comprender que se trataba de una nueva sociedad a punto de surgir. Comprendí que no se trataba de un nuevo Estado basado únicamente en el cerebro de algún sastre como Weitling, sino de la constitución de un partido engendrado por las condiciones existentes, con la fuerza de la necesidad histórica, un partido que consideraba el liberalismo una etapa por superar, una etapa que ya había transpuesto teóricamente.

La organización fundada por Mentel fue denunciada a las autoridades y disuelta por la policía a finales de 1846. Sus dirigentes fueron detenidos y procesados. Tras una larga detención preventiva, Mentel, Hertzel y algunos de sus compañeros fueron juzgados por un tribunal de Berlín. Algunos fueron condenados a prisión por poco tiempo. Otros fueron puestos en libertad.

Capítulo V — Los socialistas-conservadores en Alemania

1. Carácter romántico de este movimiento

Paralelamente al socialismo democrático y al comunismo marxista existe un movimiento socialista-conservador que sin duda adopta una actitud crítica frente al liberalismo y a las fórmulas capitalistas de producción basadas únicamente en el interés individual, pero que tiene como ideal, no el comunismo, sino una sociedad medieval modernizada o una monarquía social. Los teólogos, nobles, maestros de corporaciones, pensadores y escritores románticos, que defendían instituciones basadas en la autoridad y la tradición, no podían aceptar las ideas, las pretensiones, las formas de producción que, prescindiendo de los intereses de la Iglesia, del Estado o de la colectividad, daban a los individuos la más amplia libertad de pensamiento y de acción y sustituían los intereses de la colectividad por el interés personal. La sociedad moderna les parecía construida sobre arena, completamente anárquica, devorada íntimamente por el desenfreno altamente inmoral de las fuerzas económicas e intelectuales y, por esta misma razón, condenada a engendrar violentos conflictos sociales, luchas entre la riqueza y la pobreza y, finalmente, la bancarrota general.

Por eso la Edad Media, con su sólida organización basada en la Iglesia, con su vida económica y social y sus gremios y cofradías, les parecía un edificio admirablemente bien construido, un organismo robusto en el que cada cristiano ocupaba un lugar bien definido y, como miembro de un gremio, extraía su propia subsistencia del suelo social. Para ellos, el Estado, la monarquía, era un polo inmutable, un eje fijo en torno al cual giraban todas las cosas cambiantes. Escuchaban con la mayor atención las protestas del proletariado, las violentas críticas socialistas y comunistas, el ensordecedor rugido del movimiento revolucionario. Todo ello, para ellos, era el resultado de la acción disolvente del liberalismo, en el terreno económico y político. Por ello, creían que el deber de todo cristiano, de todo economista ético y de todo escritor monárquico era oponer una sólida resistencia al mundo liberal capitalista e indicar al proletariado los medios por los que podía salir de su miserable situación y transplan— tar la sociedad sobre bases cristianas, morales y autoritarias.

Esta tendencia socialconservadora incluía a un gran número de escritores y poetas conocidos, pero muy pocos economistas influyentes. No logró

elaborar una doctrina única. Algunos de sus partidarios se oponían a las ideas de libertad económica de Adam Smith. Otros estaban en contra del Estado centralizador que impedía cualquier asociación autónoma. Otros aún idealizaban la Edad Media, el derecho germánico, la Iglesia católica y mostraban una repugnancia invencible hacia los liberales judíos.

Dos hombres intentaron fundar una doctrina económico-social-conservadora: Charles Winkelblech (Marlo) y Charles Rodbertus.

2. Marlo — Winkelblech

Marx considera que todas las fases del desarrollo histórico de la humanidad están justificadas por su época y ve en el capitalismo y la libre competencia, no el caos, la anarquía absoluta, sino un progreso real en comparación con el pasado, un poderoso factor de transformación y desarrollo histórico. Marx espera con impaciencia la instauración de la futura sociedad socialista. Marlo, por el contrario, quería adaptar el derecho germánico medieval, o la sociedad basada en la organización profesional, a las condiciones modernas, simplemente suprimiendo todos los males que se encontraban en ella. Quiso sustituir la libertad profesional por un régimen profesional rígidamente fijado; la libre competencia por el gremio, la corporación; el individualismo económico por la agrupación de oficios e industrias en comunidades económicas. — Ni el liberalismo, ni el comunismo, ni la burguesía —que quiere apoderarse de toda la riqueza nacional— ni el proletariado que, deseando la igualdad, llevarán a la sociedad a la ruina. En lugar del Estado, que quiere centralizarlo todo, y de la burocracia, que quiere nivelarlo todo y ahogar cualquier iniciativa, él quiere establecer comunidades económicas que gocen de total autonomía. El ideal de Marlo es una Edad Media mejorada, la organización de toda la vida económica en gremios y corporaciones que equiparen a maestros y becarios, fijen precios y salarios a través de comités mixtos de maestros y becarios, y regulen la venta y supervisión de materias primas y pedidos a través de cámaras profesionales. En esta sociedad, un parlamento profesional, formado por los presidentes de los gremios y corporaciones, elaboraría la legislación económica que luego se sometería a la aprobación de un parlamento político. También existiría un Ministerio de Trabajo encargado de proporcionar empleo a los parados, ya que el derecho al trabajo debería estar garantizado para todos los trabajadores. Se preservaría la propiedad privada de los medios de producción, pero no de forma absoluta, como en los códigos inspirados en el derecho romano. Estaría sujeta a ciertas obligaciones sociales, como en el derecho

germanocristiano. Se abolirían todos los privilegios medievales y se instauraría la libertad democrática. La producción del país debía adaptarse a las necesidades de la población. Marlo llamó a su sistema "socialismo federativo". Las diferentes entidades debían administrarse a sí mismas y mantener relaciones federativas, sin ser dirigidas desde arriba por el Estado.

Marlo (Karl Winkelblech) nació en Ensheim, en el ducado de Baden, en 1810. Estudió química en Marburgo y Giessen, fue catedrático de química en Marburgo y nombrado en 1839 profesor de la escuela técnica superior de Cassel. En 1843 realizó viajes de estudios al norte de Europa. Visitó la famosa fábrica de materias primas de Modum, en Noruega. Mientras observaba la instalación de la fábrica, un obrero alemán le llamó la atención sobre la miseria de los trabajadores que allí trabajaban: "Yo, como la mayoría de los sabios —dice Marlo— hasta entonces sólo me había preocupado de las máquinas. No miraba a los hombres. Sólo pensaba en los productos de la actividad humana, sin pensar en los productores. Por eso ignoraba por completo toda la miseria en la que se basa nuestra civilización actual. Las palabras de aquel obrero me hicieron comprender lo inútiles que eran todos mis esfuerzos científicos. A partir de ese momento, resolví estudiar las causas del sufrimiento humano y luchar contra ellas. Marlo fue siempre fiel a esta resolución. Dedicó toda su actividad a la defensa de los intereses de los artesanos alemanes.

El valor de Marlo como economista reside en que analizó los diferentes sistemas económicos desde la antigüedad hasta 1850. No conoció el comunismo de Marx. Pero aunque lo hubiera conocido, sin duda lo habría rechazado, porque el principio básico de su doctrina era la colaboración económica, no la lucha de clases. Según él, todos los trabajadores debían dedicarse exclusivamente al estudio de los problemas sociales. La organización social que preconiza Marlo "rechaza todos los principios paganos y se basa únicamente en principios cristianos. Contiene todos los principios morales de la Edad Media, pero elevados a un nivel superior. Contiene todas sus cualidades, sin poseer ninguno de sus defectos. Conserva su romanticismo, pero suprime su barbarie. Constituye, con sus corporaciones, sus familias, una gran cooperativa ramificada en una serie de otras cooperativas más pequeñas. En ella, los intereses de cada individuo están en armonía con los intereses de la comunidad.

Tendremos ocasión de volver a hablar de Marlo a propósito del papel que desempeñó como guía intelectual de los artesanos alemanes en la Revolución de 184849.

3. Carlos Juan Rodbertus

Fue el principal partido del Partido Bolchevique de la Rusia estalinista.

Al igual que Marlo, se opone al derecho romano, al capitalismo y al individualismo económico. Rodbertus también considera que la comunidad es una fuerza viva de la sociedad humana. Rodbertus separa tajantemente la cuestión social de la cuestión política. Por otra parte, al igual que Marx, es partidario de la teoría del valor basada en el trabajo y de la concentración del capital. Se distingue de Marlo por ser absolutamente contrario a toda "resurrección artificial" de las sociedades, y por el hecho de que respeta el Estado y el centralismo y considera que el Estado ya puede regular la división de los productos en función de los intereses de los trabajadores.

Rodbertus nació en 1805 en Greifswald, donde su padre era profesor de derecho romano. Dejó la escuela en su ciudad natal y fue a estudiar Derecho a Goettingen y Berlín. Después entró en la administración, realizó varios viajes al extranjero y en su finca de Fagetzov, en Pomerania, se dedicó al estudio de la economía política y la historia. En 1842 publicó el primer volumen de una vasta obra titulada "*Hacia la comprensión de nuestras condiciones económicas*", que no despertó ningún interés. En 1843 fue nombrado ministro de Educación e Instrucción Pública, pero a las pocas semanas dimitió. En 1843 fue nombrado ministro de Educación e Instrucción Pública, pero a las pocas semanas dimitió. Después se alió con Bismarck y publicó numerosos estudios económicos y sociales, como sus *Cuatro cartas sociales de Kirschmann.* De 1862 a 1864 mantuvo correspondencia con Ferdinand Lassalle, y diez años más tarde con Hasenclever, el jefe de los lasalianos. A partir de 1872 empezó a distanciarse de Bismarck, cuya política interior condenó, y predijo el fracaso total de su política social. Hacia el final de su vida consideró incluso presentarse a las elecciones como candidato de los socialistas, pero murió en diciembre de 1875 antes de poder realizar este propósito.

En opinión de Rodbertus, la principal fuerza motriz de la sociedad no reside en el espíritu, ni en la voluntad de los individuos, sino en la vida misma. Esto es lo que quiere decir: la sociedad humana no está impulsada por fuerzas conscientes, sino por fuerzas materiales irracionales. La comunidad es el alma de esta vida social. El lenguaje y la ciencia se basan en la comunidad del espíritu; la moral y el derecho, en la comunidad de la voluntad; el trabajo y la actividad económica, en la comunidad de las fuerzas materiales.

El alma de la sociedad no está constituida ni por el individuo, ni por la propiedad privada, ni por la libertad individual. Reside en la propiedad colectiva de los bienes materiales e intelectuales. La libertad individual o liberalismo sólo tiene un significado negativo. La libertad destruye las formas comunistas primitivas y las sustituye por nuevas formas comunistas más completas. La sociedad humana marcha hacia la economía colectiva, del régimen de clanes al régimen de Estado, para llegar por fin a la organización perfecta de la sociedad humana: la sociedad del futuro. En nuestra época, la libre actividad de los individuos da lugar a contradicciones de todo tipo, que se manifiestan, por una parte, en el enriquecimiento creciente de una minoría de holgazanes y, por otra, en la pauperización creciente de las clases trabajadoras. Pues no es el trabajo lo que domina la vida económica, sino la propiedad. El egoísmo se ha convertido en una virtud. La competencia no da la felicidad a quienes más la merecen. Da la felicidad a los especuladores. El capital da lugar a una serie de grandes empresas que acaban convirtiéndose en verdaderos Estados dentro del Estado, que se apoderan del poder público y hunden en la miseria a artesanos y obreros. Al pauperismo se añaden los males de las crisis económicas periódicas, que son verdaderas catástrofes para los pobres, tanto más cuanto que, en virtud de la impía ley del salario, la clase obrera sólo recibe como salario el *minimum* necesario para su subsistencia, mientras que el capital se apodera de todos los beneficios de la creciente productividad. Este es el vicio fundamental de la sociedad actual, el vicio que constituye la verdadera cuestión social de nuestro tiempo: la producción de cantidades cada vez mayores de mercancías al lado de la capacidad cada vez menor de consumo de las masas. De ahí la necesidad de exportar los excedentes de mercancías al extranjero y de crear nuevos mercados en el exterior. La creación de estos nuevos mercados permite aplazar por un tiempo la solución de la cuestión social, ya que de este modo la paralización de la producción se aplaza hasta algún tiempo después. Este es, por otra parte, el objetivo de la política colonial. Permite a Europa respirar durante un tiempo. Pero estas transferencias, estos aplazamientos, tienen un límite. Por eso nos encontramos ante un dilema: o se resuelve la cuestión social o se disuelve la sociedad.

¿Y en qué consiste esta solución?

Por lo que hemos visto anteriormente, todo parece indicar que Rodbertus debe concluir admitiendo la necesidad del comunismo. Piensa, sin embargo, que esto sólo será posible en un futuro muy remoto.

Si —según él— la cuestión social radica en la desarmonía provocada por el aumento de la productividad de la economía, por un lado, y por la

parálisis o reducción relativa de la capacidad productiva de las clases trabajadoras, por otro, la solución debería consistir en la participación de los trabajadores en los beneficios de esa productividad creciente. Este sería el objetivo del Estado, que tendría que actuar sobre la base de un plan que en sus grandes líneas puede resumirse como sigue:

Habría que medir las distintas mercancías teniendo en cuenta las horas de trabajo normal que representan. Estas horas normales de trabajo determinarían el valor de los productos fabricados, ya que el trabajo es el origen y la medida del valor. La distribución de los productos se haría de la siguiente manera: el 30% de los valores iría a los trabajadores (salarios), el 30% a los capitalistas (beneficios), el 30% a los grandes terratenientes (rentas) y el 10% al Estado (impuestos). Así, el trabajo podría participar en los beneficios de la creciente productividad y toda la sociedad marcharía hacia adelante. Se evitarían los antagonismos y se abolirían por completo los conflictos sociales. Supongamos, por ejemplo, que en 1870 el valor total de los productos fabricados en una determinada región es de 1.000 millones. La parte correspondiente a los trabajadores sería de 300 millones. Si al cabo de 30 años la productividad del trabajo aumenta un 100%, los mismos trabajadores recibirán el doble, es decir, 600 millones. La moneda metálica será sustituida por bonos de trabajo, que podrán intercambiarse entre sí en función del tiempo de trabajo que representen. Y el Estado debe actuar con rigor para que se mantengan estos porcentajes en el reparto de los productos entre el trabajo, el capital y los grandes terratenientes.

Rodbertus desgraciadamente no comprendió que mientras los medios de producción sean propiedad privada, la apropiación también debe ser privada. Tampoco comprendió que no es el Estado el que gobierna la sociedad, sino la clase de los que poseen el poder económico, es decir, la clase capitalista. No es de extrañar, por tanto, que Rodbertus no pudiera ser escuchado por el Estado, ni siquiera por los trabajadores, pues aconsejaba a éstos preservar el capital y las grandes propiedades, mantenerse al margen de sindicatos y cooperativas y, en general, evitar cualquier actividad política. En resumen, Rodbertus se oponía a toda política independiente del proletariado. Sólo hacia el final de su vida parece haber cambiado de opinión y aprobado la política socialista.

Se puede decir que Marx, Marlo y Rodbertus fueron la inspiración de todos los escritores políticos y de todas las doctrinas sociales que surgieron en Alemania y Austria de 1860 a 1920: Lassalle, Kautski, Bebel (socialdemócratas), el obispo Ketteler, Monfang, Vogelsang, Schings, Hitze (socialcatólicos), Hermann Wagnener, Rodolf Meyer

(socialconservadores), los profesores Wagner, Schoenberg, Schmoller (socialistas), el pastor Todt, Hofprediger. Stoecker (socialprotestantes). Excetuando a los socialdemócratas, todos estos movimientos eran más o menos antisemitas. El nacionalismo actual no es más que un detritus de estos movimientos.

Sin embargo, hay que decir en honor a la verdad que ni Marlo ni Rodbertus eran antisemitas.

Capítulo VI — La revolución alemana de 1848-1849

1. Los principales acontecimientos políticos

Como hemos visto anteriormente, la primera Revolución Alemana de 1510 a 1536 fue una revolución campesina. Las reivindicaciones comunistas de los artesanos de las ciudades desempeñaron un cierto papel. La de 1848-1849, en cambio, fue una Revolución burguesa, en la que los elementos proletarios actuaron independientemente.

En los dos Estados principales de la Federación Alemana, Austria y Prusia, la burguesía intentaba desde 1830 destruir el absolutismo y la división nacional para instaurar un régimen liberal y la unidad alemana.

El movimiento era especialmente fuerte en los pequeños estados, sobre todo en el sur de Alemania. Debido a las dificultades financieras de los gobiernos, la burguesía pudo expresar sus reivindicaciones de forma más concreta. A finales de 1847, el movimiento insurreccional era ya muy fuerte. Cuando las noticias de la Revolución de Febrero llegaron a Alemania, la tormenta estalló el 13 de marzo en Viena y el 18 de marzo en Berlín. En los pequeños estados ya había comenzado en los últimos días de febrero. Al principio, los príncipes y la nobleza agacharon la cabeza ante la tormenta. Pero poco después, tal vez como consecuencia del conservadurismo innato de la burguesía alemana, tal vez por miedo al proletariado que, como veremos, entraba en escena con sus propias reivindicaciones, las olas de la Revolución comenzaron a retroceder. Los ministros burgueses entablaron entonces negociaciones con la Corona. Querían organizar, con su aprobación, un gobierno de coalición feudal-burgués. En Viena, la burguesía hizo todo lo posible para restaurar la corte imperial y restablecer el orden necesario para la buena marcha de sus asuntos. La Asamblea Nacional Alemana, elegida por sufragio universal, que se reunió en Frankfurt el 18 de mayo en la iglesia de San Pablo, perdió el tiempo en interminables discusiones y no hizo nada por restaurar la soberanía del pueblo alemán. Sin embargo, expresó su oposición a las reivindicaciones sociales del proletariado.

Mientras tanto, los príncipes recuperaban la calma. Y cuando, a finales de junio de 1848, llegaron noticias de la derrota del proletariado parisino, la reacción levantó la cabeza y comenzó a preparar el restablecimiento del

antiguo régimen. En octubre, Windischgoetz marchó contra Viena y la tomó, después de tres días de combate. Dos días después, el general Wrangel disolvió la Asamblea prusiana. El 1 de marzo de 1849 el antiguo régimen había sido restablecido en Viena.

A finales de marzo de 1849, la Asamblea Nacional de Frankfurt ofreció al rey de Prusia y al pueblo alemán la Constitución que se había redactado entretanto. El rey de Prusia se negó. El pueblo alemán aceptó la Constitución que se le ofrecía. Pero los gobiernos disolvieron las Cámaras del Pueblo. En Frankfurt, la derecha abandonó la Asamblea Nacional. Reducida a un estado de truncamiento parlamentario, la izquierda se trasladó a Stuttgart. La supresión de la Constitución provocó un levantamiento en Dresde en mayo. En el ducado de Baden y en el Palatinado bávaro provocó la llamada campaña de la Constitución, que terminó el 23 de julio de 1849 con la capitulación de Rastatt, y todas las insurrecciones locales fueron aplastadas por las tropas prusianas.

Así terminó la Segunda Revolución Alemana. Terminó, como la primera, con la victoria de los príncipes y la nobleza. Los vencedores, sin embargo, tuvieron que llegar a compromisos con los vencidos, porque poseían el poder económico.

Estos compromisos convirtieron a los príncipes y a la nobleza en ejecutores de la Revolución. Evidentemente, fueron incapaces de completar la obra a la manera de 1848. Por eso, a pesar de los esfuerzos realizados durante los cinco años siguientes, sólo fue posible completar una parte insignificante de la obra, que sólo se completaría 70 años más tarde con la Revolución de 1918.

2. Las corrientes sociales

En los años de la revolución aparecieron numerosos periódicos y revistas de tendencia más o menos socialista. Mencionamos algunos: *La Nueva Gaceta Renana* de Colonia, dirigida por Marx, en la que colaboraron Engels, Guillermo Wolff, Freiligrath; *La Gaceta de Berlín* director: G. Julius; *El amigo del pueblo*, Berlim, director: Gustavo Adolpho Schloeffel; *El pueblo*, Berlín, director: Stefan Born; *La confraternización*, Berlín-Leipzig, directores: Born y Schwenninger; *El elector*, Berlín, director: Weitling; *Las hojas sueltas*, Breslau, director: F. Beherend, etc. Además, en relación con la formación de la *Fraternización Obrera*, aparecieron órganos sindicales como *Prometeo* y *Concordia*.

En el caos general de las aspiraciones y reivindicaciones de las clases trabajadoras del pueblo, se distinguían claramente dos corrientes principales: una, representada por Marlo, propugnaba la organización de la economía basada en las corporaciones; la otra, representada por Stefan Born, afirmaba la existencia de un antagonismo de clase fundamental entre el capital y el trabajo, y propugnaba la organización de la clase obrera y la creación de cooperativas de producción, con la ayuda del Estado. Marlo tenía de su lado a los compañeros artesanos y Born a los obreros de las fábricas.

La fuerza numérica de estos dos bandos puede representarse con las siguientes cifras: en 1846 había en Prusia unos 457.000 maestros artesanos, en cuyos talleres trabajaban 385.000 compañeros y aprendices, y 79.000 fábricas y empresas industriales con 551.000 obreros. En el resto de Alemania, incluida Austria, la proporción era aún más favorable a las empresas artesanales.

En todas partes reinaba la mentalidad artesanal: apego al sistema de corporaciones, oposición a la libertad profesional mezclada con la idea de la necesidad de revisar el régimen corporativista, porque en las nuevas condiciones de la vida económica era imposible volver pura y simplemente a la Edad Media. Esta tendencia fue apoyada por el profesor Marlo, quien, como delegado de la Asamblea Popular de Cassel, participó en los congresos de artesanos de Hamburgo (junio de 1848) y Fráncfort (junio y agosto de 1848), en los que desempeñó un papel destacado. El congreso de Frankfurt, al que asistieron 116 delegados, decidió elaborar un reglamento profesional y un plan para la solución de la cuestión social. Los camaradas enviaron también a sus delegados que, sin embargo, no fueron admitidos en el congreso.

Ante sus enérgicas protestas, el congreso decidió admitir a 10 delegados, pero sólo con voz consultiva. Los camaradas no aceptaron esta propuesta y convocaron otro congreso en Frankfurt, que se reunió al mismo tiempo que el congreso de los maestros. A propuesta de Marlo, los artesanos reclamaron un sistema modernizado de corporaciones, una federación corporativa, la creación de cámaras profesionales y el establecimiento de un parlamento social.

Los resultados de los debates del congreso de artesanos se recogieron en un mensaje dirigido a la comisión económica de la Asamblea Nacional. Pero esta comisión, al igual que la propia Asamblea, compuesta mayoritariamente por liberales, rechazó las propuestas del mensaje.

El Congreso de Camaradas, también bajo la influencia de Marlo, se pronunció igualmente a favor de una modernización del régimen

corporativo y de la creación de cámaras profesionales y de un Ministerio de Trabajo. También reclamó el sufragio universal, la enseñanza escolar general obligatoria, la fundación de escuelas profesionales, la jornada laboral de 12 horas con pausas para comer, el establecimiento de un salario mínimo y de fondos para el cuidado de los minusválidos, la creación de impuestos progresivos sobre el capital y los beneficios, derechos de aduana proteccionistas sobre la importación de productos manufacturados, la división de las propiedades de la Corona y su arrendamiento o distribución entre los campesinos pobres y los asalariados agrícolas, y la fundación de colonias para la población excedente.

En este punto no hay que olvidar que en aquella época todo el mundo temía el crecimiento desmesurado de la población. Marlo también lo temía. Por eso propuso la limitación de los matrimonios de pobres —y otras medidas más— como remedio contra la superpoblación.

Pero el estado de ánimo de los que vivían en los grandes centros era muy diferente. Al principio de la Revolución ya se oía hablar del antagonismo de clases entre el capital y el trabajo. El 23 de mayo de 1848, la *Gaceta de Berlín* escribía: "La verdad es que entre nosotros, como en Francia e Inglaterra, la ruptura entre la clase obrera y la clase burguesa ya se ha consumado". El 25 de mayo de 1848, el primer número de *El Pueblo*, periódico dirigido por Stefan Born, declaraba lo siguiente: "Cuando se habla del pueblo, todo el mundo cree pertenecer a él. Pero este periódico pretende ante todo defender los intereses de una clase muy concreta: la clase obrera, una clase oprimida que vive de su salario". Los comités obreros se animaron cada vez más. Poco después se crearon diversas organizaciones obreras, y bajo la dirección de Stefan Born se fundó una Unión General de Trabajadores, con el objetivo de organizar a la clase obrera alemana en el plano político y cooperativo. *La Fraternidad*, órgano de la Unión Obrera, apareció en Leipzig en 1818, dirigida al principio por Stefan Born. En este periódico Born decía que no pensaba fabricar utopías ni crear sociedades ideales elaboradas en sus detalles más insignificantes por los cerebros de los filósofos. Su objetivo era desarrollar la lucha de clases hasta transferir todos los medios de producción a manos de la colectividad.

El congreso obrero de Berlín, reunido durante la última semana de agosto de 1848, fue la manifestación más importante organizada por la Unión Obrera. Asistieron al congreso 40 delegados en representación de los obreros de las principales ciudades de Alemania (Berlín, Breslau, Chemnitz, Dresde, Hamburgo, Königsberg, Leipzig, Munich). El congreso de camaradas de Frankfurt también envió un delegado. Presidió el antiguo

profesor Nees von Esembeck. Stefan Born fue vicepresidente. L. Bishy, joyero berlinés muy popular en aquella época, fue nombrado secretario. En el congreso se pide la creación de organizaciones políticas, sindicales y cooperativas de la clase obrera, así como la fundación de bancos de crédito para apoyar a las cooperativas de producción. También se reivindicó el derecho al trabajo, el sufragio universal, la reducción del servicio militar a un año, la abolición de los impuestos indirectos, la jornada de diez horas, la reducción del número de aprendices, la prohibición de trabajar a los menores de 14 años, la enseñanza obligatoria general, la creación de escuelas profesionales obligatorias para los aprendices, la participación de los obreros en la elección de los capataces de las fábricas y talleres, etc.

La Unión Obrera dio origen a la organización de la Fraternidad Obrera, encabezada por Stefan Born, el arquitecto Schwenninger y el joyero L. Bishy, que convocaron conferencias y congresos, dirigieron la agitación, mantuvieron relaciones con Marx, Wolff, Schapper, etc., y desarrollaron una intensa actividad hasta el momento en que, con el declive general de la Revolución, la organización dejó de existir.

3. Fin de la Liga de los Comunistas

En cuanto estalló la Revolución en Alemania, la mayoría de los miembros de la Liga de los Comunistas regresaron a su país para dar una orientación comunista al movimiento.

En todo momento se distinguieron por su valentía y actividad, no sólo en la prensa y en las asambleas populares, sino también en la lucha callejera. Sin embargo, nunca se pronunciaron abiertamente a favor de la revolución proletaria, porque Marx y sus partidarios consideraban que la situación en Alemania aún no estaba madura para tal revolución.

Marx, Engels, Freiligrath, Wolff, Weerth, colaboraron en la Nueva Gaceta Renana, que era entonces el órgano central del movimiento revolucionario. Born dirigió el movimiento en Berlín y Leipzig. Más tarde estuvo a la cabeza de la insurrección de Dresde, y en mayo de 1859 dirigió admirablemente la retirada de Friburgo. Engels, Willich y Moll participaron en la campaña por la Constitución en Baden. Schapper trabajó por Wiesbaden. Otros, en fin, dirigieron el movimiento en las capitales de provincia. Tras la derrota de la Revolución, casi todos se refugiaron en Londres, donde intentaron reorganizar la Liga, que durante un tiempo se convirtió en el centro del movimiento internacionalista. Varios cartistas ingleses, blanquistas y revolucionarios polacos y húngaros refugiados en Londres se unieron a la Liga. Hasta mediados de 1850, casi todos esperaban pronto el nuevo

despertar de la Revolución y se preparaban para acontecimientos que creían inminentes. Marx y Engels, por el contrario, a finales de mayo de 1850 aproximadamente, se dieron cuenta de que estas esperanzas eran vanas y que el proletariado sólo podría estar en condiciones de desempeñar su papel revolucionario tras un largo período de propaganda y organización. Este punto de vista fue violentamente cuestionado dentro de la Liga por el grupo comunista de izquierdas dirigido por Willich y Schapper. Se produjo una escisión. Marx trasladó la Liga a Colonia y el 1 de diciembre de 1850 hizo revisar los estatutos. El objetivo principal de la Liga pasó a ser: "Por todos los medios de propaganda y acción política destruir la vieja sociedad y liberar al proletariado intelectual, política y económicamente".

Capítulo VII — El desarrollo económico y político de 1850 a 1880

1. La época del liberalismo

A la derrota de la Revolución de 18181849 siguió un periodo de reacción. En Francia, Napoleón III se instala en el trono imperial y se gana el apoyo de la burguesía para sus aventuras en el extranjero (guerra de Crimea, guerra de Italia, guerra de México) y para su política de represión del movimiento obrero. En Gran Bretaña, la clase obrera dio la espalda a las ideas revolucionarias y se convirtió en un mero apéndice del partido liberal. En Prusia se introdujo el sufragio de tres grados. La prensa fue amordazada y F. J. Stahl, un judío converso, condujo la ciencia política por el camino de la autoridad, la Iglesia y la monarquía. Con la ayuda del zar Nicolás I, Austria aplastó la Revolución Húngara y restauró la Federación Germánica.

Pero este periodo de reacción duró sólo una década: de 1849 a 1859. El desarrollo capitalista que, a partir de 1850, progresó con extrema rapidez, redujo a polvo todas las barreras erigidas por las potencias reaccionarias. El descubrimiento de minas de oro en California y Australia, de minas de plata en México; el desarrollo de los ferrocarriles, del telégrafo y de la navegación a vapor; el progreso de la industria metalúrgica, de las fábricas, de los bancos y de las bolsas y, por último, el desarrollo de las ciencias naturales —química, física y biología, junto con el despertar del movimiento nacional en Italia, Alemania, Polonia y los países balcánicos, precipitaron el ritmo de la vida social y política en Europa occidental y central. Incluso en Prusia se manifestaron tendencias liberales y reformistas. A todo ello se sumó la derrota de las principales fuerzas de la reacción europea: Rusia en la guerra de Crimea (18541855) y Austria en la guerra de Italia (1859).

El periodo que va de 1860 a 1870 es el del liberalismo. En Gran Bretaña, J. S. Mill y William E. Gladstone logran verdaderos triunfos políticos. En los Estados Unidos de América, de 1861 a 1865, partidarios y detractores de la unidad nacional y de los esclavos libres se enfrentan en una violenta guerra civil. Y el liberal Lincoln salió victorioso de esa guerra civil. En Francia, la oposición republicana burguesa levantó la cabeza y obligó a Napoleón III a hacer concesiones. En Prusia, la burguesía liberal se opuso cada vez más a la política de Bismarck, quien, al final, constreñido tanto

por las necesidades de su política interior como exterior (guerra con Austria en 1866), se vio obligado a recurrir a medidas liberales (concesión del sufragio universal en 1867). En Rusia, la liberación de los aldeanos en 1861 inaugura un largo periodo revolucionario. Japón sale de su aislamiento medieval y despierta a la vida y la economía modernas.

En esta importante década se hacen grandes cosas: Darwin publica sus principales obras; se perfora el Canal de Suez; se suprime la esclavitud en Norteamérica; comienza la transformación económica de Rusia; la Federación Alemana se desintegra como consecuencia de la guerra prusianoaustríaca de 1866. En Rusia se levanta la prohibición de las coaliciones obreras y se introduce el sufragio universal. En Inglaterra se extiende el derecho de voto a los trabajadores urbanos, y en Alemania e Italia comienza el movimiento de unidad nacional. Este periodo se caracteriza también porque se producen los primeros intentos nacionales e internacionales del proletariado del continente europeo de organizarse como clase para luchar por el advenimiento de una nueva sociedad.

2. Paso al imperialismo y al socialismo

La era liberal termina en el periodo que va de 1869 a 1879. La victoria de Alemania en la guerra contra Francia en 18701871, el desarrollo de la industria, el comercio y los transportes, la depresión de la agricultura provocada por el progreso de la industrialización o la competencia americana, y la relativa subproducción de productos manufacturados, dieron lugar a un largo periodo de crisis económica y política, sólo interrumpido por uno o dos años de prosperidad. Este periodo de crisis, que duró hasta 1890 aproximadamente, fue una de las causas principales de la era imperialista, de la disputa por los mercados coloniales y de la partición de los países no capitalistas de África y Asia. Este periodo de crisis fue también una de las principales causas del despertar del movimiento socialista en Europa Occidental y Central. A finales de los años setenta, el liberalismo ya estaba en declive. Nuevas ideas y nuevas necesidades pasaron a primer plano: intervencionismo estatal, proteccionismo, política colonial. En resumen: el imperialismo se perfilaba como la política de las clases dominantes y el socialismo como el ideal y el programa de lucha de la clase obrera. Europa se vio abruptamente arrastrada por la vorágine de una transformación que el liberalismo no pudo controlar.

Estas estadísticas muestran, a grandes rasgos, cuál fue esa transformación en el período comprendido entre 1850 y 1880:

La potencia mecánica empleada en los ferrocarriles, en la navegación y en la industria (en caballos de vapor)

Países	1850	1880
Inglaterra	1.290.000	7.600.000
Francia	370.000	3.070.000
Alemania	260.000	5.180.000
Rusia	20.000	1.740.000
Austria	100.000	1.560.000
Europa	2.240.000	22.000.000
Estados Unidos	1.680.000	14.400.000

Producción de acero bruto (en toneladas)

Países	1850	1880
Inglaterra	2.250.000	7.780.000
Francia	570.000	1.630.000
Alemania	402.000	2.780.000
América	560.000	3.840.000
Producción mundial	4.422.000	17.140.000

Producción de acero (media anual)

Países	1850-1860	1880-1889
Inglaterra	2.600.000	25.100.000
Francia	800.000	3.800.000
Alemania	1.300.000	12.000.000
Estados Unidos	700.000	21.000.000
Otros países	700.000	6.100.000
Total	6.100.000	68.000.000

Producción de carbón (en toneladas)

Países	1850	1886
Inglaterra	49.000.000	147.000.000
Francia	440.000	19.400.000
Alemania	6.700.000	59.100.000
América	8.000.000	70.500.000
Producción mundial	81.700.000	340.000.000

Productos manufacturados
(en millones de libras esterlinas)

Países	1840	1888
Inglaterra	384	830
Francia	260	485
Alemania	150	583
América	96	1.443

Población de Europa
(aproximadamente)

1780	110.000.000
1880	315.000.000

Las exposiciones de Londres (1851), París (1885), Londres (1862), París (1867) y Filadelfia (1873) muestran los enormes progresos realizados por la industria a lo largo de este periodo. Especialmente digno de mención es el aumento de la población. En ningún momento de la historia fue tan rápido como en el siglo XIX. Fue el resultado del progreso higiénico, de la mejora general de las condiciones de vida debida al desarrollo de las ciencias naturales y de la tecnología del transporte, así como de la aplicación de las ciencias naturales a la industria y a la agricultura. Este aumento de la población se produjo sobre todo en las ciudades.

La concentración de masas humanas considerables en centros industriales y comerciales facilitó el intercambio de ideas. Arrastrados por la rápida ola del desarrollo industrial, los hombres comenzaron a reflexionar sobre la naturaleza y las nuevas condiciones sociales, que elevaban a unos a la riqueza y hundían a otros en la miseria. Progreso, movimiento, evolución, eran los temas principales de las discusiones de la época. Las teorías de Hegel, Darwin y Marx se convirtieron en la base de grandes movimientos intelectuales y sociales. El pensamiento humano, religioso en la Edad Media, mecánico a principios de la Edad Moderna, se volcó cada vez más hacia el estudio de los problemas biológicos y sociales.

Religión, mecanismo, organismo, o, en otros términos, Dios, naturaleza y vida humana y social, fueron los principales epígrafes de los distintos capítulos de la Historia de la sociedad europea a partir del siglo IV de la era cristiana.

Capítulo VIII — La época de la Primera Internacional

1. Lassalle y la Unión General de Trabajadores Alemanes

Fue en Leipzig, donde siempre se mantuvieron vivas las ideas sociales de 1818 a 1849, donde surgieron las primeras manifestaciones del movimiento obrero independiente. En 1862, los obreros, descontentos con la política liberal y deseosos de una política independiente, fundaron un Comité Central para convocar un congreso obrero y pidieron consejo a diversas personalidades, entre ellas Lassalle, que se había dado a conocer en una conferencia sobre el tema: *Relaciones entre la época histórica actual y la ideología de la clase obrera*. En respuesta a los obreros, Lassalle publicó su famosa Carta abierta, en la que declaraba que los obreros debían organizar un partido independiente capaz de dirigir la lucha por el sufragio universal y la creación de cooperativas, con la ayuda del Estado, ya que los medios propuestos por los liberales no podían mejorar en absoluto la situación de la clase obrera. Mientras exista el trabajo asalariado, decía Lassalle, los obreros no podrán salir de su miseria, porque la despiadada ley del salario aniquila todo intento de mejora.

Ferdinand Lassalle (18251864) descendía de una familia de comerciantes judíos de Breslau. Tras iniciar sus estudios en la escuela de su ciudad natal, ingresó en la escuela de comercio de Leipzig. Allí sólo pasó unos meses. A continuación se matriculó en la Universidad de Berlín, donde estudió filosofía y filología clásica. Lassalle se distinguió por sus excepcionales dotes intelectuales.

Poseía una gran energía y un temperamento extremadamente fogoso. Era sin duda un socialista convencido, aunque tenía tendencias nacionalistas alemanas e inclinaciones ditatoriales. En países como Inglaterra o Francia podría haber desempeñado importantes funciones políticas. Tal vez habría sido un Disraeli o un Gambetta. Pero en las condiciones de la Alemania de su época sólo podía desempeñar el papel de agitador socialista y aventurero intelectual. Sus discursos y escritos, aunque contienen pasajes demasiado

antiguos para la época actual, siguen ejerciendo hoy un poderoso efecto agitador. Lassalle se ganó fácilmente la admiración de sus contemporáneos, pero nunca les inspiró confianza. Su carácter estaba muy por debajo de su nivel intelectual. Había nacido para el éxito inmediato y no para el triunfador. Aunque en muchos puntos estaba de acuerdo con Marx, cuya superioridad intelectual reconocía, Lassalle tenía una concepción del Estado como Hegel y Fichte. Siempre fue, en el fondo, un viejo hegeliano. Al igual que Hegel, consideraba los fenómenos materiales y los acontecimientos de la historia como manifestaciones externas del futuro divino. También creía en la inmortalidad del alma. Durante toda su vida intentó ganarse la amistad de Marx, por quien sentía una profunda admiración. Sin embargo, nunca pudo mantener relaciones amistosas con él. Tuvo mejor suerte con Rodbertus, Alejandro de Humboldt y otros eruditos prusianos. Bismarck también le tenía en gran estima personal. En resumen: Lassalle era un judío prusiano en el mejor sentido de la palabra. Su drama *Franz von Sickingen* es un vibrante alegato a favor de la unidad alemana.

De sus relaciones con el Comité Central de Leipzig nació en 1863 la Unión General de Trabajadores Alemanes. Lasalle fue elegido presidente. Cuando murió un año después, la Unión contaba ya con 4.000 miembros. Le sustituyó J.B. von Schweitzer, un jurista y político hábil, con el que pronto entraron en conflicto William Liebknecht (18261900) y Auguste Bebel (18401913), que defendían las ideas de Marx. Al igual que su predecesor, J.B. von Schweitzer quería mantener la Unión Obrera dentro del marco prusianoalemán. Los partidarios de Marx, en cambio, eran ante todo internacionalistas y enemigos de Prusia. Tras varios años de lucha, Liebknecht y Bebel crearon en Eisenach en 1869 un partido diferente, llamado Partido de los "Eisenachianos", que se basaba en la Asociación Internacional de Trabajadores fundada en Londres en 1864.

Cuando estalló la guerra francoalemana en 1870, estos dos partidos adoptaron actitudes opuestas. En el Reichstag de Alemania del Norte, los lasalianos Schweitzer, Fritsche y Mende votaron a favor de los créditos de guerra, mientras que los eisenachianos Liebknecht y Bebel se abstuvieron. Sólo después de la victoria de Sedan, cuando se dieron cuenta de que Alemania emprendía una política de conquista, los representantes de ambos partidos decidieron votar en contra de los créditos. Debido a su postura antibelicista y a su pertenencia a la Asociación Internacional de Trabajadores, Bebel y Liebknecht fueron procesados y condenados a prisión. El tercer acusado, Adolpho Kepner, fue absuelto.

2. Fundación y desarrollo de la Primera Internacional

Al igual que en Alemania, en Francia e Inglaterra de 1861 a 1864 también se produjo el despertar del movimiento obrero. La visita de una delegación obrera francesa a la Exposición de Londres de 1862, que les puso en contacto con los dirigentes obreros ingleses; la simpatía mostrada por el proletariado francés e inglés hacia la insurrección polaca de 1863 y la campaña emprendida por los obreros ingleses a favor del sufragio universal, fueron los acontecimientos que determinaron la fundación de la Asociación Internacional de Trabajadores el 25 de septiembre de 1864. La manifestación pública para conmemorar este acontecimiento tuvo lugar el 28 de septiembre, con la participación de delegados de organizaciones obreras inglesas, francesas, italianas y alemanas. Entre los delegados alemanes se encontraba Carlos Marx. Se le confió la dirección intelectual de la Asociación. Marx redactó el manifesto (*Mensaje inaugural*) y sus estatutos. Las ideas fundamentales expuestas en el *Mensaje Inaugural* eran las siguientes: organización del proletariado en un partido de clase, lucha por una legislación social, creación de cooperativas obreras, lucha contra la diplomacia secreta, unión de los proletarios de todos los países, abolición del dominio de clase, liberación económica de la clase obrera.

La sede de la Asociación estaba en Londres y la dirigía un Consejo General compuesto principalmente por dirigentes obreros ingleses y alemanes. La Asociación nunca fue realmente una organización de masas. Sólo consiguió agrupar a los patronos y a los obreros más activos. Era más bien una especie de academia, donde se intentaba elaborar una concepción común sobre la táctica y el objetivo del movimiento obrero. Pero ni siquiera esto fue posible, porque Marx tuvo que luchar contra los proudhonianos y los bakuninistas. La Asociación celebró cinco Congresos, en los que se discutieron las siguientes cuestiones: legislación laboral, cooperativas, la cuestión sindical, la guerra, el movimiento obrero y la reforma agraria. Estos Congresos se celebraron en Ginebra (1866), Lausana (1867), Bruselas (1868) y Basilea (1869). Hasta 1867 dominó la influencia de los proudhonianos, y de 1867 a 1869, la de los marxistas. Se adoptan resoluciones sobre la socialización del suelo y los medios de transporte.

En 1868, el revolucionario ruso Michael Bakunin se unió a la Asociación y pronto comenzó a luchar contra Marx. Dentro de la I.I.T., fundó una organización secreta, la Alianza Internacional, que no fue reconocida por los dirigentes de la I.I.T. Como consecuencia del conflicto provocado por la actividad de Bakunin en el Congreso de La Haya, se produjo una escisión. La sede de la Liga se traslada a Nueva York y en 1876 la organización se disuelve.

La A.I.T. contribuyó considerablemente a la extensión del movimiento sindical y preparó la victoria del marxismo.

La lucha entre los elementos marxistas, por un lado, y los bakunistas y proudhonianos, por otro, dio lugar a un gran número de malentendidos. Las discusiones entre ambos grupos degeneraban a menudo en ataques personales a sus líderes más destacados, lo que dificultaba enormemente la aclaración de las cuestiones en litigio. En el fondo, ambas tendencias eran comunistas. Tanto es así que poco después la doctrina proudhoniana desapareció de la escena histórica. Los marxistas eran partidarios de la acción sindical, de la acción política y de la conquista del poder. Con estos medios esperaban alcanzar el comunismo. Los bakuninistas, por el contrario, pensaban que el mejor camino hacia el comunismo era el sindicalismoparlamentarismo antimilitarista. Liderados por Bakunin y Guiherme Ruis, se basaban en la teoría liberal y, al igual que ésta, consideraban al individuo como un poder soberano. Para ellos, había que oponerse al Estado y, en general, a cualquier orientación autoritaria y centralizadora. Los bakuninistas sólo se apartaron de la teoría liberal en los dos puntos siguientes:

1. — En lugar de la propiedad privada, querían la propiedad colectiva;
2. — Los marxistas, por el contrario, se opusieron a la dirección autoritaria y centralizadora.

Los marxistas, por el contrario, sostenían que el individuo social es el resultado del entorno social, por lo que sólo puede actuar dentro de las formas políticas y económicas existentes. A Marx le interesaba sobre todo la organización de la clase obrera en partidos y sindicatos al mismo tiempo, para conducirla a la lucha de clases, conquistar el poder y establecer la dictadura del proletariado durante el periodo de transición al comunismo, al final del cual desaparecería el Estado para dar paso a la administración democrática de la sociedad organizada sobre bases cooperativas. Al igual que Proudhon y Bakunin, Marx tampoco era un adorador del Estado. Como ellos, Marx consideraba el Estado como un organismo de opresión al servicio de las clases dominantes para defender su propiedad privada contra los ataques de los que no poseen nada. Marx, sin embargo, decía que el Estado, producto de la propiedad privada, sólo podía desaparecer cuando ésta desapareciera. Proudhon y Bakunin, en cambio, veían en el Estado un mal evidente, que hacía imposible cualquier transformación social y que, por tanto, era necesario suprimir cuanto antes. Bakunin creía que el mejor medio para suprimir el Estado era la conspiración secreta y la insurrección armada.

La Comuna de París (1871) es el acontecimiento más importante de la historia de la Primera Internacional.

3. La Comuna de París

El surgimiento de la Comuna de París tuvo tres causas principales: 1. la guerra francoalemana, provocada por la política francesa, destinada a impedir la formación de la unidad alemana; 2. las tradiciones de la Revolución Francesa, en la que el municipio de París desempeñó un papel muy importante; 3. los progresos realizados por la Internacional en París y en las principales ciudades de provincias, así como el desarrollo de las ideas socialistas en general.

Las victorias militares obtenidas por Prusia en 1864 y 1866, la fundación de la Federación de Alemania del Norte en 1867, el acercamiento de Alemania del Sur en 1848, plantearon grandes dificultades a la diplomacia francesa. Cuando se ofreció la corona de España a un príncipe de la casa de HohenzollernSigmaringen y éste aceptó (1870), Francia se sintió amenazada y cayó en la trampa que Bismarck le había tendido. En realidad, Prusia estaba bien preparada para la guerra, tanto militar como diplomáticamente, y sólo esperaba el momento oportuno para romper las hostilidades con Francia. La guerra estalló el 19 de julio de 1870. Durante el mes de agosto, el ejército francés sufrió numerosos reveses y en los primeros días de septiembre estaba completamente derrotado. El 4 de septiembre de 1870, al conocer la noticia del desastre de Sedán, París se subleva, derroca al Imperio, proclama la República y nombra un gobierno provisional de defensa nacional. En este gobierno, sólo Gambetta estaba a la altura de las circunstancias. El general Trochu, que era a la vez presidente del Consejo y gobernador militar de París, y cuyo odio hacia el enemigo interior no era menor que hacia el enemigo exterior, tuvo desde el principio una actitud equívoca. El 31 de octubre, Blanqui intentó derrocar al gobierno republicano y sustituirlo por un gobierno socialista. Pero su intento fracasó. Las circunstancias eran totalmente desfavorables para cualquier intento de reorganización interna. Los ejércitos formados por Gambetta fueron, uno tras otro, destruidos. La situación se volvió tan grave que en los últimos días de enero de 1871 fue necesario negociar un armisticio. El 8 de febrero se celebran elecciones generales a la Asamblea Nacional.

Fue elegida una mayoría reaccionaria. Esta mayoría llevó al gobierno un ministerio reaccionario, dirigido por Thiers. La Asamblea Nacional se

reúne primero en Burdeos y después en Versalles. Desde allí emprendió la lucha contra el proletariado parisino.

El 26 de febrero comenzaron las negociaciones preliminares para la conclusión de la paz. El tratado de paz que entregaba AlsaciaLorena a Prusia fue considerado por todo el país como una humillación inaudita. Este tratado indignó profundamente a todo el pueblo de Francia, especialmente al parisino. La guardia nacional, que había sido organizada para mantener el orden en París, eligió en los últimos días de febrero un Comité Central que, tras rechazar los intentos del gobierno de Thiers, que pretendía apoderarse de la artillería de la guardia nacional estacionada en los alrededores de Montmartre, se pronunció contra él y, el 18 de marzo de 1871, proclamó la Comuna de París. El Comité Central se convirtió en un gobierno provisional, es decir, en una dictadura. Pero ocho días más tarde apeló al sufragio universal de París, depositando así el poder en manos de la población parisina. La Comuna de París, elegida el 26 de marzo de 1871, funcionó hasta su derrota final a finales de mayo.

No era, por supuesto, una dictadura, porque había sido el resultado de unas elecciones regulares. Era un gobierno de coalición, que englobaba a miembros de la Internacional, blanquistas, proudhonianos, republicanos burgueses y patriotas exaltados. La Comuna habría sido una dictadura si el Comité Central de la Guardia Nacional se hubiera mantenido en el poder hasta el último momento, sin apelar al sufragio universal. En realidad, por lo tanto, era un gobierno de coalición, en el que los principales elementos estaban en completo desacuerdo en casi todos los puntos. Tenían puntos de vista opuestos sobre la táctica a adoptar y el objetivo a alcanzar. La censura de Marx al Comité Central de la Guardia Nacional fue moderada pero justa. Marx lo criticó por su excesivo respeto a las formas democráticas, un respeto que le llevó a pedir el sufragio universal.

> "En lugar de marchar contra los versalleses que en ese momento se encontraban completamente indefensos —dice Marx—, al promover las elecciones a la Comuna el 26 de marzo, permitieron que el partido del Orden desplegara su fuerza una vez más. Ese día, en los colegios electorales, los hombres del Orden intercambiaron benévolas palabras de reconciliación con sus magnánimos vencedores. Pero, en ese mismo momento, se prometían solemnemente practicar la más espectacular de las venganzas en el momento oportuno".

En una carta a su amigo Kugelmann, Marx dice que el Comité Central había cometido algunos errores muy graves, tan graves que estaban destinados a conducir a la derrota. El primer error —dice Marx— fue no haber hecho

marchar a la Guardia Nacional sobre Versalles para tomar el gobierno inmediatamente después del desafortunado ataque de las tropas versallescas a Montmartre. La segunda fue abandonar el poder para entregárselo a la Comuna de París. Siempre por un exceso de escrúpulos.

Estos mismos errores ya los había cometido el proletariado en 1848. El proletariado alemán, a su vez, los cometería en 191819. De hecho, en ambos casos, la insurrección victoriosa abandonó demasiado pronto la dictadura y se pasó al sufragio universal. Y en ambos casos, el socialismo fue derrotado. Por lo que hemos dicho, Engels se equivoca cuando afirma que la Comuna de París fue una dictadura proletaria.

Los planes de venganza espectacular que los partidarios de la Orden habían insinuado el 16 de marzo de 1871, cuando ejercieron el derecho de voto que les habían concedido los vencedores, se llevaron a cabo, de manera terrible, a finales de mayo. Tras la derrota de la Comuna, los comuneros fueron masacrados sin piedad y todos los elementos sospechosos deportados. La burguesía francesa consiguió así librarse del espectro socialista durante una docena de años. El socialismo no despertó en Francia hasta 1880. En 1889 se funda en París la Segunda Internacional.

Capítulo IX — La era imperialista (1880-1914)

1. Las raíces económicas del imperialismo

Tras el período de guerras de 1854 a 1879, durante el cual Alemania, Italia y Estados Unidos construyeron la unidad nacional y los pueblos de los Balcanes comenzaron a luchar por la liberación nacional, se inició la era del desarrollo imperialista que arrastró consigo a todos los pueblos de la tierra a una escala cada vez mayor. Toda África fue explotada, repartida entre las distintas potencias y cubierta de redes ferroviarias y telegráficas. El silbido penetrante de las locomotoras y las máquinas de vapor despertó a Asia de su sueño milenario. Los ferrocarriles atravesaron las llanuras de Norteamérica en todas direcciones, provocando verdaderas migraciones humanas hacia las regiones occidentales, y facilitaron así el cultivo de la tierra y la explotación de las riquezas minerales. Uno tiene la impresión de que, en aquella época, la humanidad sólo vivía para producir y acumular riquezas. Esto es lo que se puede concluir echando un vistazo a las estadísticas del desarrollo de la producción de las dos materias primas más importantes de la industria moderna: el carbón y el hierro.

Extracción de carbón (toneladas)

Países	1880	1913
Inglaterra	147.000.000	292.000.000
Francia	19.400.000	41.000.000
Alemania	59.000.000	277.000.000
Estados Unidos	70.500.000	517.000.000
Producción de arrabio (en toneladas)		
Inglaterra	7.780.000	10.000.000
Francia	3.070.000	5.300.000
Alemania	5.120.000	19.400.000
Estados Unidos	3.840.000	31.500.000
Población		
Europa	315.000.000	419.000.000
Estados Unidos	51.000.000	105.000.000

La electricidad y la química empezaron a desempeñar el papel revolucionario que el vapor y la mecánica habían tenido en el siglo anterior.

Y al mismo tiempo, la preeminencia económica, que hasta entonces había pertenecido indiscutiblemente a Inglaterra, se desplazó a Estados Unidos y Alemania.

Durante este periodo, las leyes inmanentes de la vida económica capitalista se manifestaron cada vez con más fuerza en todos los países industriales.

1º) La creciente productividad del trabajo, unida a la anarquía de la producción y a la proletarización de las masas, provocó una creciente desproporción entre la oferta y la demanda, desproporción que periódica y regularmente dio lugar a graves crisis económicas. La parálisis de los negocios, el paro, la caída de los precios, fueron fenómenos que mostraron a todos los hombres que los brillantes éxitos del capitalismo tenían también su lado negativo. Fueron también ellos los que, como hemos visto más arriba, suscitaron la necesidad de ampliar los mercados.

2º) La creciente explotación de las fuerzas mecánicas en la industria redujo considerablemente la cantidad de trabajo vivo y, en consecuencia, el valor de las mercancías, bajando así los precios de los productos manufacturados. Cuanto menor es el valor de un producto, menor es la plusvalía o ganancia que proporciona al capitalista. De ahí la tendencia a disminuir el porcentaje de beneficio, que se manifiesta actualmente en todos los países y sigue siendo un verdadero enigma para los fabricantes. La solución a este enigma consiste en ampliar las empresas, en aumentar la masa de beneficio mediante la producción en serie. Pero sólo los fabricantes que pueden permitirse grandes capitales están en condiciones de aumentar la capacidad de producción de sus empresas. Los que no pueden lograr este aumento, o desaparecen, o se unen en sociedades anónimas. La producción a gran escala requiere enormes cantidades de materias primas, que sólo pueden obtenerse en los países de ultramar. De ahí la necesidad de posesiones coloniales, de ahí la política colonial, la construcción naval, la carrera de armamentos, la extensión del poder nacional al extranjero, los conflictos diplomáticos y, finalmente, las guerras.

3º) El aumento del nivel de producción, provocado por la caída de la tasa de beneficio, conduce necesariamente a la victoria del gran capital y a la acumulación de enormes beneficios en un número limitado de manos. Los capitales que ya no pueden emplearse, que ya no pueden proporcionar una renta compensatoria en su propio país de origen, se colocan en territorios no capitalistas o menos capitalistas, donde el porcentaje de beneficio es aún más elevado y el movimiento obrero más débil. Para proteger el capital que allí se emplea, los Estados capitalistas extienden su dominio a estos países, a veces por conquista directa, a veces transformándolos en esferas

de su influencia, a veces por "penetración pacífica". Esta extensión requiere también grandes construcciones navales y armamentos para proteger los capitales allí colocados y luchar contra la competencia de los países rivales. Tales son las causas fundamentales de la política imperialista moderna y de las guerras mundiales.

2. El progreso del socialismo. Carlos Kautsky

Son estas profundas transformaciones de la economía y de la política las que explican el formidable desarrollo del movimiento socialista. De 1880 a 1914, el movimiento socialista se fortaleció increíblemente. Hoy no hay país civilizado donde no tenga representantes y organizaciones. Sus adeptos se cuentan por millones. Y ahora el movimiento se basa firmemente en los postulados del marxismo.

Alemania ha desempeñado un papel destacado en el campo técnicoindustrial y en la aplicación de los principios y métodos científicos a la economía. Del mismo modo, el proletariado socialista alemán desempeñó un papel destacado en la teoría y la acción socialistas. Fue en Alemania donde surgieron las primeras chispas que sacaron de la apatía al movimiento socialista francés. Fueron también los triunfos alcanzados por el proletariado alemán los que llevaron a los socialistas ingleses, entonces aún poco numerosos, a fundar una organización socialista en Londres. También en los países eslavos se consideraba a la socialdemocracia alemana como un modelo. En todos los congresos obreros y socialistas internacionales, la delegación alemana ocupaba siempre un lugar destacado. En resumen, de 1873 a 1914, la socialdemocracia alemana estuvo en la vanguardia del movimiento obrero. Sus líderes, Auguste Bebel y William Liebknecht, eran universalmente conocidos.

Charles Kautsky fue el principal teórico de la socialdemocracia alemana durante la mayor parte de este periodo. Antes de que él comenzara su actividad, es decir, hasta 1882, el marxismo era aún completamente desconocido en Alemania, con la excepción de Joseph Dietzgen: — un obrero autodidacta, que logró adquirir amplios conocimientos económicos y políticos. Pero Dietzgen, desgraciadamente, no poseía la facultad de escribir en lenguaje popular. En general, el movimiento socialista de la época se inspiraba en los escritos de Lassalle, las reminiscencias de 1848 y la literatura francesa. Algunos socialistas seguían las enseñanzas de Rodbertus o Eugenius Dühring. Los demás sólo conocían las publicaciones de la Asociación Internacional de Trabajadores, o basaban sus reivindicaciones en principios éticos o sentimientos humanos. Kautsky

consiguió poco a poco difundir la doctrina marxista. Era discípulo de la escuela de Engels. Poseía grandes conocimientos científicos, históricos y económicos, un estilo de transparencia cristalina y una formidable capacidad de trabajo.

Nació en Praga en 1854. Su padre descendía de una familia polacocheca y era pintor. Su madre, de origen germanoitaliano, escribía novelas. Kautsky realizó sus primeros estudios en un colegio de Viena. Los acontecimientos de la Comuna de París llamaron su atención sobre los problemas sociales. Empezó a leer a los economistas y sociólogos ingleses John Stuart Mill, Malthus y Spencer, y las obras de los socialistas franceses. En 1875 se afilia al movimiento socialista, situándose en el ala izquierda. Fue entonces cuando conoció las obras de Marx. En 1880 publicó su primer libro, titulado *Influencia del aumento de la población*, en el que demuestra que ya poseía notables conocimientos marxistas para la época. En este libro, sin embargo, Kautsky atribuía una importancia predominante a la cuestión de la población y a la cuestión agraria. Algunos años más tarde, tras colaborar en los socialdemócratas de Zúrich, Kautsky abrazó completamente el marxismo, fundando una revista titulada *Die Neue Zeit* (Los nuevos tiempos), su primer órgano de propaganda marxista. De 1884 a 1887 vivió en Londres, trabajando en colaboración con Federico Engels. El periodo comprendido entre 1887 y 1907 fue la fase más fructífera de su existencia. En esas dos décadas Kautsky publicó las siguientes obras: *Tomaz Morus. Las doctrinas económicas de Marx, El programa de Erfurt*, así como un gran número de otros escritos, que ejercieron una profunda influencia en el movimiento socialista alemán e internacional.

Capítulo X — La Segunda Internacional (1889-1914)

1. Los principales Congresos

Entre la fundación de la I Internacional y la de la II Internacional se celebraron varios congresos obreros, socialistas y sindicales. Sin embargo, estos congresos no tenían una base común. Hubo que esperar hasta 1889, con ocasión de la Exposición Internacional de París, para que se celebraran en esa ciudad dos congresos socialistas, uno convocado por los posibilistas y otro por los marxistas. Se fundó así la Segunda Internacional. En este Congreso se consagró el 1 de mayo como Día del Trabajo.

La II Internacional celebró Congresos en Bruselas (1891), Zurich (1893), Londres (1898), París (1900), AmsTerdam (1904), Stuttgart (1907), Copenhague (1910) y Basilea (1912). En total, ocho Congresos. Después de 1900, su sede estaba en Bruselas. Allí estaba el Buró Socialista Internacional, presidido por Emilio Vandervelde y con Camilo Huysmans como secretario. Cada país adherente enviaba dos delegados. Los delegados de los distintos países se reunían periódicamente para discutir las cuestiones más importantes y preparar los Congresos.

La historia de la II Internacional puede dividirse en tres periodos: 1. de 1889 a 1896; 2. de 1896 a 1904; 3. de 1904 a 1914. En el primer periodo se intentó establecer una línea divisoria entre socialismo y anarquismo. En el segundo, se fijaron los principios de la lucha de clases y la actitud de los partidos socialistas ante los gobiernos burgueses. Finalmente, en la tercera, se intentó llamar la atención de los pueblos sobre las crecientes amenazas de una guerra imperialista y fijar la posición de la Internacional ante el peligro de guerra.

De hecho, el único resultado positivo obtenido por la acción de la II Internacional fue la exclusión de los anarquistas en el Congreso de Londres (1896). En el Congreso de París (1900), se resolvió que sólo serían aceptadas en el seno de la Internacional aquellas organizaciones que reconocieran los principios del socialismo y la necesidad de la lucha política.

De 1900 a 1904, la II Internacional resolvió prohibir a los socialistas formar parte de los gobiernos burgueses, salvo en "circunstancias excepcionales". Muchos pensaron que de este modo se resolvería definitivamente la

cuestión del ministerialismo, que había surgido en Francia en 1898 cuando Millerand se unió al gobierno de WaldeckRousseau tras el "asunto Dreyfus". En vista de esta resolución, Millerand fue expulsado del partido. La misma resolución se adoptó, en 1906, en relación con Viviani y Briand. Pero la excepción de las "circunstancias extraordinarias", prevista por la decisión del Congreso de Amsterdam, fue la puerta por la que volvió a entrar el ministerialismo durante y después de la guerra, cuando un gran número de partidos socialistas decidieron formar gobiernos de coalición con los partidos burgueses.

La acción emprendida por la Internacional contra los riesgos de guerra fracasó por completo.

2. La II Internacional y la lucha contra los peligros de guerra

Sin embargo, después del Congreso de Stuttgart, la cuestión de la lucha contra la guerra figuró siempre en el orden del día de los diferentes Congresos. Desgraciadamente, la Internacional nunca adoptó una posición definida al respecto. A partir de 1900, las causas de las guerras ya no fueron los conflictos nacionales o las ambiciones dinásticas, sino los conflictos imperialistas y coloniales. Las corrientes socialdemócratas y sindicalistas se enfrentaron dos veces en el seno de la Internacional. El primer choque tuvo lugar en el Congreso de Bruselas de 1891, donde la corriente sindicalista estuvo representada por Domela Nieuwenhuis, y el segundo en el Congreso de Stuttgart de 1907, donde estuvo representada por Hervé. En ambos enfrentamientos salió victoriosa la concepción socialdemócrata. En el Congreso de Stuttgart, los socialistas franceses habían incluido la cuestión de la guerra en el orden del día. Los recientes acontecimientos de Marruecos habían hecho ver al mundo, como un relámpago, la guerra que se estaba gestando. Dentro de la delegación francesa había tres tendencias diferentes: una, encabezada por Gustavo Hervé, abogaba por la huelga general y la insurrección en caso de guerra; la segunda, representada por Edward Vaillant y Jean Jaurès, defendía la propuesta de Hervé sólo como recurso extremo en la lucha contra la guerra. Una tercera tendencia, representada por Jules Guesde, creía que, siendo la guerra una consecuencia inevitable del régimen capitalista, toda agitación antibelicista sería siempre vana y utópica. En opinión de Guesde, la mejor propaganda antibelicista era la educación socialista.

En nombre de la delegación belga, Vandervelde manifestó a favor de la propuesta de Vaillant y Jaurès, porque, según él, incluso los países

pequeños tenían interés en el mantenimiento de la paz. "Nuestra neutralidad no tiene mucho peso. En caso de guerra, nuestro país puede dar paso a los ejércitos combatientes". En nombre de la delegación alemana, Bebel y Vollmar se opusieron a la propuesta de Gustavo Hervé, declarándola absolutamente inaplicable, y hablaron ensalzando la importancia cultural de la idea nacional. Bebel subrayó también que, en caso de guerra, la exaltación de los sentimientos patrióticos haría extremadamente difícil cualquier oposición a la defensa nacional.

El debate fue largo. Pero no fue posible agotar el tema. La inmensa mayoría del Congreso se pronunció al mismo tiempo a favor de la defensa nacional y de la lucha de clases. "No traicionaremos ni a la patria ni al socialismo". En un mitin celebrado en París, Jaurès tomó la palabra y habló sobre la resolución del Congreso de Stuttgart. Esta era, por otra parte, la idea que había guiado a la mayoría de los miembros del Congreso. Pero no podía eliminar la contradicción resultante del hecho siguiente: mientras existan la propiedad privada, el capitalismo y la competencia, los intereses de las diferentes patrias no pueden armonizarse con los intereses del socialismo internacional.

El Congreso espera que esta contradicción se resuelva con la victoria de la clase obrera en los países dirigentes. Finalmente, adoptó una resolución, redactada por Auguste Bebel, con la adición de dos párrafos propuestos por Rosa Luxemburg, Lenin y Mártov. Esta resolución decía lo siguiente

> "El Congreso confirma las resoluciones de los anteriores congresos internacionales contra el militarismo y el imperialismo y constata una vez más que la lucha contra el militarismo no puede separarse de la lucha general de clases. Las guerras entre Estados capitalistas no son más que las consecuencias de su competencia en el mercado mundial, porque cada Estado busca no sólo preservar sus propios mercados, sino conquistar otros nuevos subyugando a los pueblos y apoderándose de los territorios de otros países. Estas guerras, además, son también consecuencia del armamento incesante del militarismo, que es el principal instrumento de la dominación de la clase burguesa y de la esclavización económica y política de la clase obrera. Las guerras se ven favorecidas por los prejuicios nacionalistas, que las clases dominantes alimentan sistemáticamente para alejar a las masas proletarias de sus propios deberes de clase y de la solidaridad internacional. Por consiguiente, las guerras son parte integrante de la esencia del capitalismo. Sólo podrán desaparecer cuando desaparezca el propio régimen capitalista, o cuando los inmensos sacrificios de hombres y dinero

que exige el desarrollo del militarismo, y la indignación provocada por la carrera armamentista, lleven a los pueblos a abolirlo. Es en la clase obrera donde se recluta a la mayoría de los soldados. Son ellos quienes soportan la mayor parte de los pesados costes materiales del militarismo. Por eso la clase obrera tiene un interés particular en suprimir las guerras, que, por otra parte, se oponen a su objetivo fundamental: la creación de un orden económico basado en el socialismo, capaz de realizar la solidaridad entre los pueblos. Por estas razones, el Congreso considera que el deber de las clases trabajadoras y, en particular, de sus representantes en el Parlamento es no sólo desenmascarar el carácter de clase de la sociedad burguesa, sino, al mismo tiempo, combatir las armas de tierra y mar, rechazar los créditos destinados a este fin y abogar por medidas para la educación de la juventud proletaria en el espíritu de la fraternización de los pueblos y del socialismo, inculcándoles al mismo tiempo una clara conciencia de clase. El Congreso ve en la organización democrática del ejército, en la sustitución de los ejércitos permanentes por milicias populares, la garantía fundamental de la supresión de las futuras guerras de agresión, de la fácil solución de los conflictos nacionales. La Internacional no puede fijar rígidamente la actitud que la clase obrera debe adoptar contra el militarismo, porque esta actitud será naturalmente diferente en cada país. Pero su deber es reforzar al máximo y coordinar la lucha de la clase obrera contra el militarismo y la guerra. Cuanto más estén preparados los espíritus por una agitación incesante, y cuanto más hayan sido estimulados y agrupados por la clase obrera los partidos obreros de los diferentes países, tanto más eficaz podrá ser la acción de la clase obrera. El Congreso está convencido de que, bajo la presión del proletariado, el empleo juicioso de los tribunales de arbitraje puede sustituir a las lamentables instituciones gubernamentales actuales y asegurar a los pueblos el beneficio del desarme, mediante el cual será posible dedicar a la cultura las formidables sumas y la inmensa energía que actualmente absorben los armamentos y la guerra.

"En caso de amenaza de guerra, las clases trabajadoras y sus representantes en los parlamentos deben, con el apoyo de la Oficina Socialista Internacional, hacer todo lo posible para impedir que estalle, empleando a este fin todos los medios que puedan ser útiles, medios que, por supuesto, deben adaptarse al grado de intensidad de la lucha de clases y a la situación política general.

> "Si la guerra, a pesar de todo, estallase, su deber será recurrir a todos los procedimientos para hacerla cesar cuanto antes, y aprovechar la crisis económica y política provocada por la guerra para sublevar al pueblo y precipitar la caída del régimen capitalista."

Las decisiones de los Congresos Internacionales de Copenhague (1910) y Basilea (1912) se redactaron en el espíritu de esta resolución y reprodujeron textualmente los dos últimos párrafos.

Desgraciadamente, la psicosis de guerra que atacó a los dirigentes y a las masas en los primeros días de agosto de 1914 fue más fuerte que todas las decisiones de los Congresos. Sólo algunas pequeñas fracciones del movimiento obrero comenzaron gradualmente a aplicar los principios de la lucha de clases.

Pero sólo los bolcheviques rusos aplicaron tales principios de forma consecuente y enérgica. La Guerra Mundial (19141918) hizo añicos la II Internacional. En otras palabras, la II Internacional fue víctima de la contradicción entre patriotismo e internacionalismo que llevaba dentro.

Veamos ahora brevemente la historia de los principales partidos socialistas de la II Internacional.

3. El movimiento socialista en Alemania

En ningún lugar se desarrolló tan rápidamente el movimiento socialista como en Alemania. En las primeras elecciones al Reichstag (1871), los "eisenachianos" y los "lasalianos" obtuvieron unos 102.000 votos, y en 1874, 352.000. El conflicto entre ambos grupos persistió hasta esa fecha. Sin embargo, las masas exigieron la unificación. Ésta tuvo lugar en 1875 en Gotha, en un congreso conjunto. Se adoptó entonces un programa que no era sino una mezcla sociodemocráticapacifista. En las elecciones de 1877, el Partido Socialista Unificado obtuvo casi un millón de votos, con 13 mandatos. Estos éxitos electorales provocaron una violenta represión por parte del gobierno. Finalmente, en 1878, tras dos intentos inútiles contra Guillermo I, el Partido fue ilegalizado, en una situación de excepción que provocó profundos disturbios en sus filas pero que no consiguió destruirlo. El Partido se reorganizó clandestinamente y siguió reclutando nuevos miembros. En las elecciones de 1887, a pesar de la amenaza de una guerra francoalemana, obtuvo 763.200 votos, y en las de 1889, 1.427.128 votos y 35 escaños. Se suspendió la ley de excepción. Poco después, Bismarck, que la había promovido, fue también destituido como canciller.

Al año siguiente, en el Congreso de Erfurt, el Partido adoptó un nuevo programa, el llamado Programa de Erfurt, redactado por Kautsky, que escribió una admirable introducción al mismo. Pero este programa era marxista en teoría y reformista en la práctica. No decía una sola palabra sobre las medidas que los socialistas debían adoptar en el período de la revolución. No contenía, tampoco, la idea de Revolución que Marx tanto trató de subrayar en su Crítica del Programa de Gotha. En realidad, al salir de la legalidad, el Partido surgió como un partido de reforma social. La oposición juvenil dirigida por Max Schippel, Paul Kampfmeyer y Hans Müller, que se opuso a este estado de cosas, fue, al menos en lo que respecta a los obreros que participaron en ella, una oposición verdaderamente revolucionaria. Pero fue rápidamente aplastada, gracias a la autoridad de Engels, Bebel y Liebknecht. Aunque retrasada por la larga crisis económica de principios de los años 90, la era revisionista comenzaba. Fue inaugurada oficialmente por Jorge von Vollmar, poco después de la abolición de las leyes de excepción, y completada a finales del siglo pasado por Eduardo Bernstein. Estuvo motivada por el progreso de la economía alemana, que a su vez provocó el desarrollo paralelo del movimiento sindical alemán. De 1890 a 1914, el número de afiliados al sindicato pasó de 238.000 a más de 2.000.000. Sus dirigentes, Carlos Legien, Roberto Schmidt, Paulo Umbreit, eran esencialmente revisionistas. Charles Kautsky, Francis Mehring y Rosa Luxemburg dirigían la lucha contra el revisionismo con gran energía, pero sin ningún resultado. Se manifestaba entonces una profunda contradicción entre la teoría y la práctica, sin que, por otra parte, los miembros del Partido fueran claramente conscientes de ello. En los Congresos, particularmente en el de Dresde en 1903, la corriente revolucionaria había triunfado. Pero en el trabajo cotidiano, todo el ideal del Partido se resumía en la instauración de un régimen parlamentario y la conquista de la legislación social. El revisionismo, y con él el patriotismo, aparecieron finalmente por todas partes, indisponiendo al proletariado con cualquier política "realista" de reivindicaciones inmediatas. La admirable organización del Partido, debida a la capacidad administrativa y a la inmensa abnegación de Paulo Singer, ocultaba su profunda debilidad intelectual. El increíble desarrollo de la industria alemana y del comercio exterior, así como el crecimiento rápido y casi ininterrumpido de los efectivos del Partido, junto con sus triunfos electorales, favorecieron al revisionismo. En las elecciones de 1912, el Partido obtuvo 4.250.000 votos, es decir, el 34,8% de los votos totales, y envió 110 diputados al Parlamento, un Parlamento puramente de apariencia, totalmente desprovisto de poder real, cuya única finalidad era dar cierta unidad a los diferentes Estados alemanes y aprobar los

impuestos. Cuando estalló la guerra en 1914, la inmensa mayoría del Partido Alemán se consideraba parte integrante de la nación y no representante de una clase cuyos intereses materiales y aspiraciones se oponen diariamente al régimen capitalista.

4. El movimiento socialista en AustriaHungría

El desarrollo del movimiento socialista austriaco tuvo lugar paralelamente al del movimiento socialista alemán. Pero al principio fue mucho más perseguido que este último. Hasta 1871 formó parte integrante de dicho movimiento. En 1869-70 sus líderes, André Schen, John Most y Pabst, fueron detenidos en Viena tras una gran manifestación obrera y condenados a cinco años de prisión. Pero al cabo de unos meses fueron amnistiados. Después de 1871, es decir, tras la separación de Austria de Alemania, el movimiento socialista austriaco se debilitó. A ello se sumaron los efectos de la crisis económica y financiera de 1873, que agravó la situación de la clase obrera. El movimiento se dividió en dos grupos: uno de tendencia radical y otro moderado. A pesar del ejemplo alemán de la unión de los lasalianos con los "eisenachianos" en el Congreso de Gotha (1875), y a pesar de que el gobierno austriaco, siguiendo el ejemplo del gobierno alemán, había ilegalizado el movimiento socialista en 1877-88, la escisión se mantuvo hasta 1888. Esta situación se agravó aún más con la aparición de los anarquistas, que adoptaron una táctica terrorista y reclutaron un gran número de adeptos entre los obreros descontentos. Gracias a los esfuerzos de Victor Adler, a partir de 1886 los obreros pudieron reagruparse y dos años más tarde se restableció la unidad en el Congreso de Hainfeld (1888). A partir de entonces, a pesar de las frecuentes fricciones entre las distintas nacionalidades, el Partido progresó rápidamente.

El Partido trabajó tan metódica e intensamente en la educación de las masas que, a pesar del carácter dispar de los elementos que lo componían (alemanes, checos, polacos, eslovenos, croatas, serbios) se convirtió en una de las mejores secciones de la II Internacional. La clase obrera austriaca fue la única que, obedeciendo la resolución del Congreso Internacional de París (1889), celebró el Primero de Mayo paralizando completamente el trabajo. Gracias a su incesante agitación, el Partido obligó al gobierno austriaco a conceder el sufragio universal (1907). En las siguientes elecciones obtuvo 1.042.000 votos y envió 87 diputados al Parlamento. El Partido era relativamente rico en intelectuales, entre ellos Oto Bauer, Rodolfo Hilferding, Gustavo Eckstein, Carlos Renner, Max Adler. Desde el punto

de vista táctico apenas se diferenciaba del Partido alemán. Sólo el revisionismo era menos pronunciado en Austria que en Alemania, porque las condiciones políticas no permitían creer en la posibilidad de una victoria pacífica del proletariado. Además, la situación del proletariado austriaco era menos favorable que la del proletariado alemán. Debido a la absoluta impotencia del Parlamento austriaco en cuestiones de política exterior, la socialdemocracia no podía ejercer ninguna presión en favor de una política razonable hacia Serbia y del mantenimiento de la paz.

En Hungría, el movimiento no se diferenciaba del austriaco en nada, salvo en que no contenía elementos anarquistas. Su desarrollo se vio fuertemente obstaculizado por la ausencia total de libertades políticas. A pesar de todos sus esfuerzos, el proletariado húngaro no pudo conquistar el sufragio universal ni siquiera la legalización de los sindicatos.

5. El movimiento socialista en Gran Bretaña

Tras el hundimiento del movimiento cartista (1855), la clase obrera inglesa se dedicó con energía al desarrollo de los sindicatos y las cooperativas. Su participación en la Primera Internacional tuvo un carácter puramente episódico. Sólo en 1882 surgió el movimiento socialista, dirigido por Henry Mayers Hyndmann, hombre de gran cultura, pero lleno aún de prejuicios nacionalistas. En 1880, tras haber leído El Capital, en francés, Hyndmann fue a visitar a Marx. En 1882 fundó la Federación Democrática, que al principio tenía un programa de reformas sociales, pero poco después cambió su nombre por el de Federación Socialdemócrata y adoptó un programa socialista. Esta organización llevó a cabo una amplia agitación, difundió la doctrina de Marx y dirigió manifestaciones de desempleados. Pero nunca logró penetrar en los círculos obreros. Los principales colaboradores de Hyndman fueron BelfortBax, WilliamMorris y Eleonora Marx, una de las hijas de Carlos Marx, que se separó de la organización durante unos años para fundar la Liga Socialista, pero pronto volvió a ella cuando cayó en manos de los anarquistas.

Junto a la Federación Socialdemócrata surgió, en 1884, la Sociedad Fabiana, que llevó a cabo una propaganda reformista. Sus principales dirigentes eran Sidney Webb, Beatrice Webb y Bernardo Shaw. Los fabianos eran revisionistas. Para ellos, el socialismo no era un fin lejano, sino una serie continua de reformas sociales que debían realizarse por medios parlamentarios. En los países democráticos, es posible ganarse a la opinión pública, y especialmente a las personas cultas, para estas reformas mediante la propaganda oral y escrita.

Los fabianos no tenían nada positivo que decir sobre la necesidad de un partido obrero. Además, esta necesidad no aparece claramente en sus teorías. En el mejor de los casos, consideraban la existencia de un partido obrero como un medio de presionar a los políticos opuestos a las reformas. Pero aun así, los fabianos contribuyeron mucho a la difusión de las ideas y trabajaron por los intereses de los trabajadores.

Como la Federación Socialdemócrata no había conseguido crear un movimiento socialista obrero ni fomentar el espíritu de clase en los sindicatos, varios dirigentes obreros de Escocia y del norte de Inglaterra, bajo la dirección del minero Jayme Kleir Hardie, decidieron fundar una nueva organización para introducir el espíritu socialista en los sindicatos y alejar a los trabajadores de los partidos burgueses. Así nació en 1893 el Partido Obrero Independiente, que se puso en estrecho contacto con un gran número de dirigentes sindicales. La actividad de este Partido se vio facilitada por los pleitos entablados contra los sindicatos, cuya existencia en aquella época estaba en peligro. Ante este peligro, los trabajadores estaban cada vez más dispuestos a emprender una acción política independiente. En 1900 se fundó el Partido Laborista, que se convirtió rápidamente en un partido de masas porque, poco a poco, los grandes sindicatos se fueron adhiriendo a él. No era un Partido Socialista, sino un Partido de reformas sociales. Hoy en día, el Partido Laborista comprende, además de la mayoría de los sindicatos ingleses, la Federación Socialdemócrata, la Sociedad Fabiana y el Partido Laborista Independiente. Tras la muerte de Kleir Hardie, quedó bajo el liderazgo de Ramsay Mac Donald, hábil escritor y orador y moderado socialista. De 1900 a 1914, el Partido Laborista pasó de 376.000 a 1.612.000 afiliados. En 1914 estaba representado en el Parlamento por 70 diputados. Al comienzo de la guerra, una gran parte de la Federación Socialdemócrata, casi todos los adherentes de la Sociedad Fabiana y casi todo el Partido Laborista se pusieron a disposición del gobierno inglés. Sólo el Partido Laborista Independiente se mantuvo algo al margen de esta locura bélica.

6. El movimiento socialista en Francia

Los primeros síntomas del despertar del movimiento obrero francés tras la derrota de la Comuna se manifestaron en 1876, año en que se reunió en París el Primer Congreso Sindical tras la guerra de 187071. Fue también en 1876 cuando Jules Guesde (18461920) comenzó a escribir una serie de artículos socialistas en el periódico *Los Derechos del Hombre*. Ese mismo año fundó otro periódico, *La igualdad*, y entró en contacto con la

socialdemocracia alemana, estableciendo posteriormente vínculos con Marx y Engels. Paul Lafargue (18401913), yerno de Marx, fue su principal colaborador. El regreso de los comuneros del exilio y la liberación del viejo Blanqui (1879) contribuyeron sin duda al despertar del movimiento socialista. Pero también provocaron la dispersión de sus fuerzas. En 188081, se formó el Partido Obrero Francés, cuyo programa fue elaborado por Guesde y Lafargue, con la ayuda de Marx. En 1882, los elementos reformistas, dirigidos por Paul Brousse y Benoit Malon, se desvincularon del Partido Obrero y fundaron una organización independiente. Los miembros de este nuevo Partido recibieron el nombre de "posibilistas", porque pensaban que era posible liberar a los trabajadores mediante reformas, es decir, sin revolución. El Partido Posibilista vivió hasta 1889. Al mismo tiempo, aparecieron la Federación Socialista Revolucionaria, dirigida por Jean Allemane, el Partido Blanquista, dirigido por Edward Vaillant y una organización de socialistas independientes con Millerand, Viviani, Briand, Augagneur, Jaurès. En las elecciones, los candidatos de estos diferentes partidos se enfrentaron entre sí, provocando así la división y el desánimo en las filas de los votantes socialistas. La falta de unidad, unida a las viejas tradiciones proudhonianas y anarquistas, todavía fuertes en los círculos obreros, favoreció el desarrollo de la tendencia antiparlamentaria en las filas del proletariado revolucionario.

A principios del siglo XX, el movimiento socialista francés se encontraba en una situación lamentable. Las agitaciones provocadas por el "asunto Dreyfus" aumentaron aún más el desorden general, en medio del cual sólo Jaurès trabajaba por la unidad. El movimiento permaneció dividido hasta el Congreso de Ámsterdam (1904). La resolución de este congreso, inspirada en cierta medida en la del Congreso de Dresde del Partido Socialdemócrata Alemán celebrado el año anterior, marcó el inicio de la unificación de las filas del movimiento obrero. Después, los diferentes grupos se unieron y formaron un Partido Unificado que, gracias al gran talento oratorio de Jaurès (18591914), pronto adquirió una importancia considerable en la vida política del país.

La primera consecuencia de esta fusión fue la expulsión de Millerand, Viviani y Briand, que no estaban dispuestos a abandonar el ministerialismo, es decir, la participación de los socialistas en los gobiernos burgueses, prohibida formalmente por la resolución del Congreso de Amsterdam. El Partido Socialista Unificado progresa rápidamente desde entonces. En las elecciones de 1906 obtuvo 877.000 votos y 54 diputados; en 1910, casi 1.100.000 votos y 76 diputados; en 1914, 1.400.000 votos y 110 diputados. Entonces llegó la guerra. El 31 de julio de 1914, Jaurès es asesinado a traición por un socialista. Los líderes socialistas Guesde y

Sembat entran en el gobierno y Vaillant se entrega a la agitación a favor de la entrada de Italia en la guerra del lado de la Entente. El Partido mostró fuertes sentimientos nacionalistas. Pero, desde un punto de vista teórico, el movimiento más importante del periodo comprendido entre 1892 y 1908 fue el "sindicalismo". En Francia, los sindicatos fueron organizaciones ilegales hasta 1884. Sólo después de 1884 consiguieron vivir legalmente y desarrollarse. En 1886 se formó el Comité Nacional de Sindicatos, que luchaba por reivindicaciones tanto económicas como políticas. Este Comité llevó a cabo una intensa agitación revolucionaria. Aristides Briand desempeñó un papel importante en él. Defendió la huelga general como medio de liberación del proletariado. Como el Comité Nacional —en opinión de los obreros antiparlamentaristas y anarquistas— estaba excesivamente ocupado con la política, en 1892 se formó la Federación de Bolsas de Trabajo, dirigida por un intelectual anarcocomunista llamado Fernando Pelloutier. El verdadero fundador del sindicalismo fue Pelloutier. Pero estas dos organizaciones se fueron acercando. En 1896 nació la Confederación General del Trabajo, en cuyo seno acabaron uniéndose en 1902. Por influencia de Pelloutier, Hubert Lagardelle y Jorge Sorel, se fue elaborando la llamada doctrina sindicalista, que unía la idea de la lucha de clases con la concepción histórica de Marx, la filosofía de Bergson y las concepciones anarquistas de Proudhon y Bakunin: supresión del trabajo asalariado, lucha de clases, expropiación de la clase capitalista mediante la "acción directa" y la huelga general, y control de la producción por los sindicatos, con el fin de abolir completamente el Estado.

La doctrina y la acción sindicalistas fueron socavadas por un gran número de miembros de la T.G.C. Los efectivos de la T.G.C. antes de la guerra no superaban los 500.000 hombres. Pero este medio millón de hombres estaban animados de un gran entusiasmo y de un enorme ardor combativo, llevando a cabo una intensa actividad antimilitarista. El C.G.T. también fue perseguido por los gobiernos, en particular por los dirigidos por Clemenceau y por… Briand, su antiguo maestro de huelgas generales. Pero a partir de 1909 la actividad sindicalista fue decayendo cada vez más. Al estallar la guerra de 1914, la mayoría de la C.G.T. se pronunció a favor de la Unión Sagrada. Su órgano, *La batalla*, que hasta entonces había defendido los principios de la lucha de clases, comenzó a defender los intereses del imperialismo francés y a combatir al imperialismo alemán. La lucha entre Marx y los bakuninistas en el seno de la Primera Internacional y la exclusión de los anarquistas de la Segunda Internacional fueron aprovechadas por *La batalla* como pretexto para exaltar las pasiones nacionalistas y apoyar la guerra contra Alemania. El profesor Guillaume publicó en *La batalla* una serie de artículos bajo el título: *El pangermanista*

Carlos Marx. El anarquista holandés Domela de Nieuwenhuis, expulsado de la II Internacional en 1896 en base a las decisiones del Congreso de Londres, publicó en este periódico artículos germanófobos, defendiendo la doctrina de la "guerra hasta el fin", dignos de la pluma de un redactor de *Action Française*.

7. El movimiento socialista en Italia

El movimiento obrero italiano surgió en 1867 bajo la influencia de la Asociación Internacional de Trabajadores. Se organizaron secciones de la Internacional en Milán, Florencia, Génova, Nápoles, Catania. Cuando los partidarios de Marx y Bakunin se escindieron en el seno de la A.T.I., todas las secciones italianas, bajo la dirección de Andrea Costa y Carlos Caffiero, se adhirieron a la corriente bakuninista. Las autoridades siempre han perseguido a las organizaciones obreras en Italia. Pero poco a poco, el movimiento obrero se alejó del anarquismo y se adhirió al marxismo. En 1892, en el Congreso de Génova, las organizaciones obreras italianas se fusionaron en un partido único que, al año siguiente, en el Congreso de Reggio, adoptó el nombre de Partido Socialista Italiano. Sus principales dirigentes fueron Felipe Turati y Henrique Ferri. A partir de entonces, el Partido, su prensa y su literatura se desarrollaron rápidamente. En las elecciones de 1892, el Partido obtuvo 26.000 votos y 6 mandatos; en 1897, 135.000 votos y 16 mandatos; en 1913, 883.000 votos y 52 mandatos. Sometido al mismo tiempo a la influencia alemana y francesa, en el ala derecha del Partido surgió un ala revisionista y en la izquierda un ala anarcosindicalista. El ala derecha estaba dirigida por Bissolati, Bonomi, Canepa y el ala izquierda por Artur Labriola (hijo del marxista Antonio Labriola), Leone, Orano. El centro estaba bajo la dirección de Turati, Treves, Mussolini y Henrique Ferri.

La guerra contra Tripolitania, parte del prólogo de la guerra mundial, ejerció una notable influencia en la vida del Partido italiano. Se inundó de un donde de patriotismo. Pero en el congreso de Módena de 1911 consiguió recuperarse de su enfermedad patriótica. Un año después, los partisanos de la guerra, como Bissolati y Bonomi, fueron expulsados del Partido. Estos acontecimientos fueron de gran utilidad para el Partido con motivo de la guerra de 1914. La mayoría del Partido se declaró a favor de la neutralidad. Los intervencionistas fueron expulsados. Entre ellos estaba Benito Mussolini, que, arrastrado por la ola nacionalista, se convirtió en un ferviente partidario de la "guerra hasta el final". Mussolini se convertiría

poco después en el fundador del movimiento fascista, que se puso al servicio de la gran industria y de los terratenientes.

8. El movimiento socialista en Rusia

El movimiento socialista ruso comenzó hacia 1880. No fue, sin embargo, el primer movimiento revolucionario surgido en el imperio de los zares. La lucha contra el absolutismo zarista comenzó poco después del final de las guerras napoleónicas. El punto culminante de esta lucha fue la insurrección de los decabristas (1826), dirigida por Pestel y Ryleiev, que fueron ejecutados. Poco después, las ideas saintsimonianas y fourieristas invadieron la literatura rusa.

El escritor revolucionario más destacado de aquella época fue Alexander Herzen, que comenzó a actuar en Moscú. Comprendió muy pronto que la lucha contra el zarismo debía coincidir con la lucha por el socialismo. Defendió un confuso socialismo agrario. Dedicó casi toda su actividad a la publicación de la revista *Kolokol* (La Campana), fundada en Londres en 1857, que penetró clandestinamente en Rusia, donde ejerció una verdadera fascinación sobre las mentes. En la propia Rusia, algunos "grupos" de intelectuales se interesaban también por las cuestiones sociales. Dostoievski formaba parte de uno de estos grupos. Denunciados a la policía, Dostoievski y sus camaradas fueron condenados a muerte. Pero fueron indultados y exiliados durante muchos años en Siberia.

A finales de los años 50, el escritor social Chernichevski (18291889) y el crítico literario Dobroliubov publicaron en la revista *El Contemporáneo* una serie de artículos en defensa de las ideas democráticas. El primero fue detenido en 1862. Tras dos años de prisión preventiva, durante los cuales escribió su famosa novela *¿Qué hacer?* En este ambiente de efervescencia general, muy cargado de cuestiones relacionadas con la liberación de los campesinos, (1861) se organizaron varias sociedades secretas que proponían dar al pueblo tierra y libertad. Luego vino el periodo del "nihilismo", marcado por un vasto esfuerzo de educación popular. A través de Bakunin, que sustituyó a Herzen como director del *Kolokol*, las ideas de la Primera Internacional se difundieron en los círculos estudiantiles rusos. En 1873, *El Capital* de Marx fue traducido al ruso por Lopatine. El socialismo moderno en Rusia estuvo representado por varios escritores, el más notable de los cuales fue Lavrov. En este periodo se desarrollaba la industria. En 1870 estallaron grandes huelgas en San Petersburgo. Los intelectuales socialistas, que hasta entonces habían intentado ganarse sobre todo a los campesinos, se volvieron cada vez más hacia el

proletariado. Así surgieron, naturalmente, controversias sobre la importancia socialista de las comunidades rurales (*mirs*) y las cooperativas de artesanos (*artels*). Algunos sociólogos creían que Rusia podía alcanzar el socialismo sin pasar por la fase de la industrialización y las luchas obreras. Podía lograrlo apoyándose en las cooperativas campesinas. Otros, por el contrario, afirmaban que el campesinado desaparecería inevitablemente y que Rusia, como los demás países de Europa del Este, tendría que pasar por la fase industrial para alcanzar el socialismo. Los primeros eran los socialistas agrarios. Para ellos, los campesinos rusos poseían sentimientos socialistas innatos. Los otros, por el contrario, se volvieron cada vez más hacia el proletariado, para reforzar su conciencia de clase y su organización. Mientras que la propaganda entre los campesinos no dio casi ningún resultado, la realizada entre los obreros dio lugar a organizaciones clandestinas que, bajo la dirección de Plejánov, Axelrod y Vera Zasulitch, adquirieron rápidamente un aspecto socialista-marxista.

Además de estas tendencias socialistas, agrarias y proletarias, surgieron en los años cercanos a 1870 una serie de organizaciones terroristas, dirigidas por estudiantes e intelectuales, que se fijaron como objetivo intimidar o incluso, si era posible, desorganizar el poder zarista mediante atentados. Los terribles peligros a los que se exponían todas las organizaciones liberales llevaron a muchos revolucionarios a la convicción de que, sin la destrucción total del absolutismo y de sus órganos de opresión, Rusia nunca podría ser libre. En 1876 apareció la organización revolucionaria Tierra y Libertad, luego la temida Narodnaia Volia (La Voluntad del Pueblo), dirigida por Cheliabov, Mijailov y Sofía Perovskaya. Sus miembros suprimieron, mediante atentados, a un buen número de altos dignatarios del zarismo y finalmente al propio zar Alejandro II, asesinado el 13 de marzo de 1881 por Hrynevietzki. La actividad de la Narodnaia Volia tuvo realmente un efecto desmoralizador en el aparato del Estado zarista. Tras la muerte de Alejandro II, reinó tal pánico en los círculos gubernamentales que el Comité Ejecutivo de la Narodnaia Volia habría podido instalarse en el poder, si hubiera estado en condiciones de hacerlo, pues los elementos liberales de Rusia seguían el movimiento con simpatía. Desgraciadamente, la organización no estaba preparada para tal eventualidad. Sus líderes fueron juzgados y ejecutados. Alejandro II fue sucedido en el trono por el cruel déspota zar Alejandro III, guiado en todas sus acciones por el reaccionario Pobiedonostzev.

Durante el gobierno de Alejandro III (18811894) se produjo en Rusia una transformación de gran importancia en la historia del socialismo: los intelectuales, como guías del movimiento revolucionario, pasaron a un segundo plano y el proletariado asumió la misión de transformar Rusia. En

el congreso fundacional de la II Internacional, celebrado en París en 1889, Plejánov y Lavrov, que representaban al movimiento obrero ruso, resumieron así su informe: "Los intelectuales revolucionarios rusos no pudieron derrocar al zarismo, porque estaban separados del pueblo. El movimiento revolucionario ruso triunfará como movimiento obrero o no triunfará". En los años siguientes, la industrialización de Rusia continuó a un ritmo muy rápido. Se vio favorecida por el empleo de capital extranjero y la política armamentística del gobierno zarista. A finales de siglo estallaron tremendas huelgas en San Petersburgo. En 1848, las diversas organizaciones obreras fundaron el Partido Socialdemócrata Ruso, que poco después se escindió en dos tendencias principales: los bolcheviques y los mencheviques. En el Congreso de Londres, la fracción dirigida por Lenin obtuvo la mayoría (en ruso, *bolchevique*) y la de Mártov y Axelrod quedó en minoría (en ruso, *menchevique*). Fueron estas dos fracciones las que dieron origen a los partidos llamados más tarde menchevique y bolchevique. Durante la primera revolución rusa, que estalló tras la derrota de Rusia a manos de Japón, las dos facciones volvieron a unirse, pero no por mucho tiempo. Los mencheviques eran, en general, evolucionistas. Consideraban la Revolución como el término final de un largo proceso de desarrollo capitalista. Los bolcheviques, por el contrario, consideraban la Revolución como un medio de precipitar la evolución. En la fracción obrera de la Duma, los mencheviques eran mayoría. Pero en las organizaciones obreras, la mayoría pertenecía a los bolcheviques. Éstos, además, mantenían escuelas en el extranjero a las que enviaban a los obreros revolucionarios más dotados.

Una de las mejores secciones de la socialdemocracia rusa fue el *Bund* judío, creado hacia 1890, cuyos adherentes eran en su mayoría judíos de Lituania y Polonia Hasta 1904, el *Bund* fue la vanguardia del movimiento socialista ruso.

Además del Partido Socialdemócrata Ruso, existía desde 1901 un Partido Socialrevolucionario, que propugnaba el socialismo agrario y el terrorismo individual. Nunca llegó a convertirse en un movimiento de masas. Sus miembros tenían fuertes sentimientos nacionalistas y germanófobos.

Al principio de la guerra, el Partido SocialRevolucionario, el anarquista Kropotkine y el menchevique Plekhanox se situaron en el terreno de la defensa nacional; los bolcheviques y la mayoría de los mencheviques, por el contrario, permanecieron fieles a los principios del internacionalismo.

La historia del movimiento socialista en Polonia, hasta aproximadamente 1880, está inextricablemente ligada a la del movimiento socialista ruso. En Polonia hubo también un socialismo utópico, un socialismo agrario y un

movimiento terrorista. Varios dirigentes de los grupos de San Petersburgo de las organizaciones Tierra y Libertad y Narodnaia Volia eran estudiantes polacos de extraordinaria energía. Los polacos consideraban a Hrynevietzki uno de los suyos. En 1878 se formó la organización polaca Proletariat, en cuyo seno destacaban Konnitski, antiguo miembro del Comité Ejecutivo de Narodnaia Volia, Ludwig Varynski, S. Mendelsohn y S. Dickstein, el primero por su formidable talento como conspirador, y los otros por sus profundos conocimientos del socialismo. La mayoría de los pioneros de este movimiento murieron en el cadalso, en la cárcel o en el exilio.

Poco a poco, sin embargo, el movimiento abandonó el punto de vista internacionalista y se volvió puramente nacional. En 1892 surgió el Partido Socialista Polaco, que fusionó cada vez más la liberación de Polonia y la reforma social en un único ideal. El P. S. P. se convirtió pronto en el paladín de la idea nacional entre las masas y entró en conflicto con el movimiento socialista ruso y alemán. Creía que podía aprovechar la guerra para liberar a Polonia, primero del yugo ruso y después de la dominación alemana y austriaca. De sus filas surgieron los Daszinski y los Pilsudski, que crearon la Legión Polaca y abogaron por la guerra hasta el final.

Rosa Luxemburg emprendió pronto la lucha contra el Partido Socialista Polaco. Para combatir a los "socialpatriotas" —como llamaba a los dirigentes del Partido— fundó en 1893 el Partido Socialdemócrata de Polonia. Pero sólo consiguió escindir el ala izquierda del S.S.P. (1906), que se convirtió en un partido independiente. Durante la guerra, este Partido Part se unió al Partido Socialdemócrata, con el que, finalmente, se pasó al comunismo.

9. El movimiento socialista en Estados Unidos

El movimiento socialista estadounidense se remonta a mediados del siglo XIX. Fue iniciado por comunistas alemanes que habían abandonado su país natal tras el fracaso de la Revolución alemana de 184849. A excepción de

Weitling, que ocupa una posición intermedia entre el socialismo utópico y el socialismo científico, los pioneros del movimiento socialista en América fueron en su mayoría amigos y partidarios de Karl Marx: Joseph Weydemeyer, Hermann Meyer, F. A. Sorge, Joseph Dietzgen.

La fundación de una sección americana de la Primera Internacional contribuyó en gran medida a la difusión de las ideas socialistas en Estados Unidos. En 1877 apareció la *Gaceta Popular de Nueva York*. Ese mismo año se fundó el Partido Socialista Laborista. Este movimiento se vio

reforzado por la inmigración alemana, provocada por la ley de excepción contra los socialistas promulgada en Alemania en 1878. Esta ley trajo a América un gran número de elementos anarquistas y lasalianos. El infatigable John Most, que desde finales de los años sesenta trabajaba por la causa de la Revolución en Austria, Alemania e Inglaterra, se trasladó también a Estados Unidos, donde propagó sus ideas anarco-terroristas. En 1886, con motivo de una huelga, hubo una gran manifestación obrera en Chicago y varios atentados que motivaron la detención de los comunistas Augusto Spies, A. R. Parsons, Luis Lingg, Jorge Engel, Samuel Fielden, Adolfo Fischer, Oscar Neebe y Michael Schwab. Spies, Parsons, Fischer y Engel fueron ejecutados el 11 de noviembre de 1887. Lingg se suicidó la víspera de la ejecución.

En 1886 y 1887 se produce la agitación de Henry George en favor de la reforma agraria y la publicación del libro de Bellamy *En el año 2000*. La agitación de George, que había comenzado en 1879 con la publicación de su libro *Progreso y pobreza*, resonó profundamente en Gran Bretaña. El libro de Bellamy, traducido a todos los idiomas, ejerció en todas partes una gran influencia sobre los pensadores socialistas. En este libro, Bellamy describe las maravillas de la tecnología moderna puestas al servicio de la economía socialista.

Durante la década de 1980, algunos elementos estadounidenses se unieron al Partido Laborista, entre ellos Daniel De León, profesor de la Universidad de Nueva York, y el escritor Lucio Samal. Ambos eran marxistas intransigentes, opuestos a cualquier compromiso. Pero De Leon, en lugar de dejar que los socialistas trabajaran en el movimiento sindical general, quiso erróneamente crear un movimiento sindical socialista independiente. Y, en oposición a la American Federation of Labour, fundó la Socialist Trade and Labour Alliance, cuyo objetivo era guiar al movimiento sindical por el camino del socialismo y sustituir los sindicatos profesionales por sindicatos de industria. Los dirigentes sindicales estadounidenses aprovecharon la agitación de De Leon para hacer creer a los trabajadores que los socialistas eran adversarios de los sindicatos. La mayoría de los elementos alemanes del Socialist Labour Party se oponían de hecho a la táctica de De Leon y defendían su punto de vista en la *New York People's Gazette*, mientras que De Leon defendía el suyo en la revista *El pueblo*. Al final se produjo una escisión. La oposición abandonó el Socialist Labour Party y fundó, en 1901, el Socialist Party of America, que se desarrolló rápidamente hasta 1920, mientras que el Social Labour Party permaneció estacionario. En las elecciones a la presidencia, los dos partidos obtuvieron los siguientes votos:

Años	S.L.P.	S.P.A.
1908	13.824	420.713
1912	29.259	897.011
1920	31.175	915.412

Entre 1903 y 1905 aparece en Estados Unidos un fuerte movimiento sindical. Este movimiento surgió primero en el Sindicato de Cerveceros. En 1905, De Leon y sus amigos fundaron la Industrial Workers of the World (I. W. W.), una organización sindical de lucha de clases, que no rechazaba la acción parlamentaria, sino que ponía en primer plano la acción económica. La organización se dividió poco después, porque una parte del I.W.W. la consideraba reaccionaria. El W.W. consideraba reaccionaria cualquier acción parlamentaria. La otra facción, que se mantuvo fiel al programa de De Leon, se autodenominó Unión Internacional de Trabajadores.

Durante la guerra, los miembros de la I. W.W. fueron violentamente perseguidos por las autoridades americanas. En septiembre de 1917, 95 de ellos fueron detenidos y condenados a muchos años de prisión.

Capítulo XI — Guerra Mundial y Revolución

1. La Segunda Internacional y la guerra

Las contradicciones cada vez mayores del régimen capitalista acabaron por provocar un incendio mundial tan grande, tan violento y tan terrible que ni la más fértil de las imaginaciones pudo hacerse una idea aproximada de él.

En julio de 1842, Henry Heine predijo lo siguiente para la generación que vendría después de él:

> "Se acercan tiempos oscuros. Y el profeta que quiera escribir un nuevo *Apocalipsis* tendrá que inventar nuevos monstruos tan horribles que a su lado los animales simbólicos de San Juan serán dulces palomas o hermosos querubines".

Durante más de cuatro años, una terrible tormenta se abatió sobre la tierra. La lucha entre la Entente (InglaterraFranciaRusia) y la Dúplice (AlemaniaAustria), que había comenzado en agosto de 1914, se convirtió rápidamente en una guerra mundial que arrastró en su órbita, una a una, a todas las potencias del mundo. Y en esta locura general, en el hundimiento de toda una civilización, las masas populares se encontraron de repente sin guías y sin capacidad de orientarse, de hacer oír su voz, porque la Segunda Internacional, en la que habían depositado su confianza, se había hundido lamentablemente al primer choque.

En aquel momento los pueblos ya no estaban divididos en capitalistas y proletarios, explotadores y explotados, sino en partidarios de la Entente y partidarios del Dúplex. De un lado, los Aliados; del otro, los Imperios Centrales. La lucha de clases, la lucha por las reivindicaciones obreras, por el socialismo, ¡extinta! En el interior, ¡la Santa Unión entre los adversarios de antaño, mientras los pueblos, hasta entonces unidos en un mismo ideal, se encadenaban mutuamente en los campos de batalla!

La línea divisoria hasta entonces establecida, basada en la lucha de clases, fue desplazada, puesta a merced de los intereses de los imperialismos en lucha. Ante semejante conmoción, la II Internacional se derrumbó. De hecho, ni siquiera intentó luchar. El nacionalismo y el revisionismo que la infectaron la ligaron íntimamente al régimen existente, la engancharon al carro del capitalismo con el que fue arrastrada en el tumulto de la guerra.

Parte de Bélgica había sido ocupada por los ejércitos alemanes en el mes de agosto de 1914, por lo que el *Buró Socialista* no pudo permanecer en

Bruselas. Su secretario, Huysmans, marchó a La Haya y allí reorganizó el Buró con los principales miembros del Partido Socialista holandés. Mientras tanto, Vandervelde se incorporaba al gobierno belga. Huysmans intentó convocar una conferencia internacional, pero sin éxito. A esta conferencia, que se reunió en 1917 en Copenhague, sólo asistieron representantes de los países neutrales. La Conferencia dirigió a los socialistas de los países beligerantes un llamamiento en favor de la paz. El 17 de febrero de 1918, los socialistas de los países "aliados" celebraron una Conferencia en Londres y exigieron la continuación de la guerra. Los bolcheviques y los mencheviques se negaron a participar. El 12 y 13 de abril del mismo año, los socialistas alemanes y austriacos se reunieron sucesivamente en la Conferencia de Viena. Pero, poco a poco, un gran número de socialistas empezaron a darse cuenta de que estaban pisando un camino equivocado, de que estaban traicionando sus convicciones, y por ello trataron de volver a un punto de vista internacionalista.

Los primeros síntomas de la escisión en el campo socialista internacional fueron las Conferencias de Zimmerwald y Kienthal. En septiembre de 1915, los socialistas revolucionarios rusos (Lenin, Trotski, Zinóviev, Radek), alemanes (Ledebour, Hoffmann), franceses (Blanc, Brizon, Loriot), italianos (Modigliani), búlgaros (Rakovski), así como los representantes del movimiento socialista de algunos países neutrales, reunidos en Zimmerwald, Suiza, denunciaron enérgicamente el carácter imperialista de la guerra mundial, la traición de los socialistas de guerra y exigieron la aplicación práctica de las decisiones de los congresos internacionales. Una Conferencia similar se reunió en Kienthal (Suiza) en abril de 1916. Esta conferencia llamó a los trabajadores de los países beligerantes a luchar para poner fin a la guerra. Los delegados ingleses no asistieron a ninguna de estas dos conferencias porque el gobierno inglés les negó los pases. En marzo de 1917, cuando estalló la Revolución Rusa, Huysmans invitó a la II Internacional a reunirse en Estocolmo. Pero como los gobiernos francés y británico no estaban dispuestos a facilitar pasaportes a los delegados, la Conferencia no se celebró.

Mientras tanto, las corrientes de oposición en los países beligerantes se fortalecían. En Alemania, Carlos Liebknecht y Oto Rühle fueron los primeros en pronunciarse contra la Santa Unión (diciembre de 1914) y en levantarse contra la política belicista del Partido Socialdemócrata.

Les apoyaron Rosa Luxemburg, Léo Jogiches y Francisco Mehring, que en marzo de 1915 fundaron la revista *La Internacional* y, poco después, la Liga Espartaquista. Un año después, el Partido Socialdemócrata Alemán se escindió. Dieciocho diputados de la fracción parlamentaria, dirigidos por

Haase, fundaron la Comunidad Socialista de Trabajo, que en abril de 1917 dio origen al Partido Socialista Independiente. Éste, en colaboración con la Liga Espartaco, trabajó para movilizar a las masas contra la política de guerra del viejo Partido.

En Francia también se formó una oposición bajo la dirección de Jean Longuet. Durante mucho tiempo esta oposición luchó contra la mayoría, hasta que un día la minoría se convirtió en mayoría en el Congreso de París (18 de octubre de 1918). Pero la oposición francesa era mucho menos revolucionaria que la del Partido Independiente alemán y, sobre todo, que la de Lisa Espartaco. Sin embargo, a la izquierda de Longuet, existía aún, en franco desarrollo, una fracción comunista dirigida por Loriot y Luiza Saumonneau.

En Inglaterra, una sección de la Federación Socialdemócrata formó un grupo independiente y comenzó a defender puntos de vista internacionalistas, y finalmente se unió al comunismo.

En Estados Unidos, la mayoría del Partido Socialista estaba en contra de que Estados Unidos entrara en la guerra. Cuando estalló la Revolución Rusa, parte de esta mayoría se pronunció a favor del comunismo y organizó un Partido independiente.

2. La revolución rusa

Las operaciones militares en el frente ruso condujeron gradualmente al completo agotamiento de las fuerzas militares rusas. Bloqueada en el Mar del Norte por la flota alemana y en los Dardanelos por la flota turca, Rusia no pudo recibir ayuda efectiva de sus aliados y se hundió militar y económicamente. El resultado fueron huelgas, disturbios, revueltas y finalmente movimientos revolucionarios que terminaron en marzo de 1917 con la abdicación del Zar y la formación de un gobierno provisional. Gran parte del ejército y los campesinos exigieron la paz inmediata. Pero los Aliados, respaldados por la propaganda de "guerra hasta el final" de los socialistas alcaldes franceses y belgas, presionaron al gobierno provisional para que continuara la guerra de su lado.

Kerenski, que dirigía el nuevo gobierno, preparó una ofensiva en Galitzia. Tras algunos éxitos iniciales, esta ofensiva terminó con una estampida general y la completa desorganización del ejército ruso.

Mientras tanto, los bolcheviques, que agitaban las consignas: "¡Terminación inmediata de la guerra!" — "¡División de las tierras!" — "¡Todo el poder a los Soviets!" — habían conquistado las organizaciones

obreras y movilizado a las masas contra la política del gobierno provisional, y el 7 de noviembre de 1917 derrocaron al gobierno de Kerenski y tomaron el poder.

En pocas semanas, lograron una revolución política y agraria que casi todos en Europa pensaban que sería efímera. Su primer acto fue proponer al gobierno alemán una paz inmediata sin anexiones ni compensaciones. Y el gobierno alemán, para ganar tiempo, fingió aceptar. Pero intentó, mediante una serie de trucos diplomáticos, y finalmente mediante una invasión armada, imponer a Rusia una paz en los términos más humillantes. Forzado por las circunstancias, el gobierno soviético se vio obligado a firmar el Tratado de BrestLitovsk (1 de marzo de 1918). Pero las huelgas de los obreros alemanes, que estallaron en los últimos días de enero en protesta por la violencia perpetrada contra Rusia, tuvieron una influencia decisiva en el destino de Alemania. Lenin y Trotsky salieron extremadamente derrotados de las negociaciones de BrestLitovsk. Pero durante esas negociaciones, el Estado Mayor y el Gobierno alemanes preparaban de hecho su propia derrota, que les obligaría pocos días después a firmar el Tratado de Versalles, reconociendo la victoria completa de los Aliados y el hundimiento de los Imperios Centrales.

Del asombroso caos que era Rusia a principios de 1918, Lenin, Trotsky y sus colaboradores crearon la República de los Soviets, que los Kuhlmann, Hoffmann y Czernine creyeron que pronto desaparecería.

Pero aplastó, una a una, todas las revueltas e intervenciones provocadas y financiadas por la Entente: las de los checoslovacos, de Kornilov, de Yudenitch, de Koltchak, de DeNikin, de Polonia, de Wrangel, etc…

La Rusia de los Soviets ha erigido para el proletariado internacional una sólida fortaleza y ha creado un Ejército Rojo. Y, como vanguardia, se puso al servicio del movimiento revolucionario en Europa Central y Occidental. Apoyó todos los movimientos revolucionarios de emancipación en Europa y Asia. En Rusia, eliminó todo rastro de dominación feudal y de poder burgués. Estableció una Constitución que entregaba todo el poder político y económico al proletariado. Distribuyó la tierra entre los campesinos y nacionalizó la gran industria. En una palabra: entró en la vía del socialismo. La pasividad del proletariado internacional le obligó, sin embargo, a recurrir a los métodos del socialismo de Estado y a entablar negociaciones con el capital extranjero.[7]

[7] La obra de Max Beer no va más allá de 192122 (Nota de Marcel Ollivier.)

Con el fin de preparar al proletariado para la revolución, tarea que la II Internacional se mostró incapaz de llevar a cabo, los bolcheviques fundaron la III Internacional en marzo de 1919.

3. La revolución alemana de 1918-19

En agosto de 1918, tras haber luchado durante cuatro años contra un mundo de enemigos, Alemania, ensangrentada y debilitada, sucumbió ante la aplastante superioridad de dos fuerzas convergentes: el capital internacional y la Revolución Rusa. El gobierno alemán había logrado una obra maestra: rodearse de enemigos por todas partes. En septiembre de 1918, las últimas fuerzas que le quedaban a Alemania estaban agotadas.

El Gran Cuartel General exigió el inicio inmediato de negociaciones para la conclusión de un armisticio. El conde Hertling, último canciller de Alemania bajo el antiguo régimen, se retiró. El príncipe Max de Baden, apoyado por los socialdemócratas Scheidmann y Bauer, tomó el poder. El país está en plena efervescencia. La revolución estalla finalmente el 30 de octubre de 1918, primero en Kiel, luego en Stuttgart y Munich, y finalmente el 9 de noviembre en Berlín. La marina y el ejército se sublevan. El príncipe Max de Baden entrega el poder a Federico Ebert, hombre de confianza del Partido Socialdemócrata. El emperador abdica y se refugia en Holanda. Scheidmann proclamó la República Alemana. Una a una, todas las dinastías fueron cayendo. La Revolución triunfó pacíficamente en Alemania, igual que lo había hecho, días antes, en Austria.

Esta victoria de la Revolución había sido sin duda el resultado de la derrota militar. Ahora se trataba de sacar el máximo partido de este acontecimiento. Fue aquí donde se pusieron de manifiesto las deficiencias de la educación socialista de preguerra. Desde el comienzo de la Revolución surgieron en todas partes, como en Rusia, consejos de obreros y soldados. Pero no había unidad en el país ni conciencia del objetivo a alcanzar.

Los dirigentes del Partido Socialdemócrata, que, por cierto, no habían querido la Revolución y que se habrían contentado con un gobierno parlamentario, consideraban la República democrática como la meta más alta posible. Por eso convocaron elecciones para convocar una Asamblea Nacional.

La socialización de los medios de producción, la instauración del socialismo, no formaba parte en absoluto de su pensamiento. Los miembros del Grupo Espartaco, dirigidos por Rosa Luxemburg, lanzaron la consigna de la dictadura proletaria y se opusieron enérgicamente a la

política de los socialistas mayoritarios. Los dirigentes del Partido Independiente dudaron entre la democracia y la dictadura del proletariado y finalmente se pronunciaron a favor de una prolongación de las elecciones. Además, al principio (del 9 de noviembre al 29 de diciembre de 1918), trabajaron en colaboración con los socialistas mayoritarios. Cada uno de los dos partidos socialistas había nombrado a tres delegados como sus representantes en el gobierno (Ebert, Landberg y Scheidmann por la mayoría; Barth, Dittmann y Haase por la minoría). El gobierno se autodenominó Consejo de Representantes del Pueblo. Pero la ausencia de unidad en el campo socialista fue finalmente aprovechada por el viejo Partido, que, mediante consignas democráticas, consiguió ganarse a una multitud de obreros y pequeños burgueses. Al mismo tiempo, muchos burgueses se agruparon en torno a la socialdemocracia, en la que veían, con razón, un baluarte contra la revolución socialista, tanto más cuanto que el gobierno, tras la marcha de los tres representantes del Partido independiente, había sido completado por dos socialistas de derechas, Noske y Wissel, y había emprendido la lucha contra los elementos revolucionarios apoyándose en el viejo cuerpo de oficiales de la monarquía.

Los tres dirigentes socialistas más notables de la Revolución —Rosa Luxemburg, Carlos Liebknecht y Kurt Eisner— fueron asesinados innoblemente en compañía de miles de los mejores combatientes socialistas. Durante el invierno y la primavera de 191819, Alemania asistió a una repetición de la tragedia francesa de 1793 y 1848, en la que los reformistas moderados emprendieron una campaña de exterminio contra los elementos más enérgicos y prepararon así el camino a la reacción. El Gobierno Provisional fijó las elecciones para el 19 de enero de 1919. La mayoría obtuvo en ellas ll.500.000 votos y la minoría 2.300.000. Los adherentes de la Liga Espartaquista no participaron en las elecciones. El número de mandatos obtenidos por los partidos socialistas representaba sólo el 43% del número total de diputados: 185 de 421. Según las reglas parlamentarias, los socialistas, al estar en minoría, no podían formar parte del gobierno. Por otra parte, por principio, no podían formar parte de un gobierno de coalición con los partidos burgueses. Por tanto, lógicamente, debían renunciar a cualquier participación en el gobierno. Pero en aquel momento ningún partido burgués era capaz de asumir la responsabilidad del poder, porque la oleada revolucionaria era todavía muy fuerte. Fue entonces cuando el Partido Socialdemócrata, que dividía el país, no en explotadores y explotados, sino en partidarios y adversarios de la democracia, formó gobierno con los católicos y los demócratas, y cargó sobre sus hombros el peso de graves responsabilidades, sin poder, sin embargo, llevar a cabo la socialización que las masas pedían a gritos y que

les había sido prometida solemnemente. Los socialdemócratas estaban en el gobierno. Pero, en realidad, reinaban los militares, los burócratas y los capitalistas. El único resultado de la victoria fue la aprobación, el 11 de agosto de 1919, de la llamada Constitución democrática de Weimar. Esta política de los socialdemócratas, unida a la continua presión que la Entente, respaldada por las cláusulas del Tratado de Versalles, ejerció sobre Alemania, hizo imposible la reconstrucción sobre bases socialistas.

Un gran número de proletarios decepcionados se volvieron hacia el Partido Comunista (antigua Liga Espartaco), que se vio reforzado poco después por la escisión del Partido Independiente. Un ala de este Partido se pasó al comunismo. La otra, en 1922 volvió al Partido Socialdemócrata.

4. El movimiento socialista en Francia e Inglaterra durante los primeros años de la posguerra

De 1917 a 1920, en los países vencedores se produjeron también violentas agitaciones internas. En la Conferencia de la C.G.T. francesa, celebrada en ClermontFerrand en diciembre de 1917, la victoria correspondió a los elementos revolucionarios, que, en marzo siguiente, celebraron otra Conferencia en SaintEtienne. A partir de principios de 1918, Francia se vio sacudida por una formidable oleada de huelgas, que adquirieron un carácter cada vez más revolucionario. Los huelguistas exigían, entre otras cosas, la conclusión de un armisticio. También querían que Francia renunciara a cualquier intervención militar en Rusia.

En el seno de la CGT, la oposición, que reclamaba el retorno a los principios de la Carta de Amiens y el cese de la política de colaboración de clases de la mayoría, progresó rápidamente.

Al final de la guerra, el Parlamento francés, sintiendo la necesidad de hacer algunas concesiones a las masas trabajadoras, adoptó la ley de las ocho horas, satisfaciendo así una vieja aspiración del movimiento obrero francés. En 1920 estalla una huelga general dirigida por la C.G.T., que exige, entre otras cosas, la "nacionalización industrializada" de los ferrocarriles. Pero la huelga fracasó y sólo consiguió aumentar las diferencias entre la mayoría y la minoría en el seno de las organizaciones sindicales. Finalmente, estas diferencias provocaron una escisión. Los revolucionarios abandonaron la C.G.T. y fundaron la Confederación General del Trabajo Unitario (C.G.T. U.), que se propuso dirigir la lucha sindical por la vía de la lucha de clases.

En el seno del Partido Socialista, las divergencias también se profundizaban cada vez más. Ya hemos visto que en el Congreso de París (18 de octubre

de 1918) la oposición, dirigida por Jean Longuet, había conseguido la mayoría. Pero los zimmerwaldianos, organizados en el Comité para la Reanudación de las Relaciones Internacionales, habían dado origen, en 1919, a una tendencia netamente comunista que, bajo la dirección del Comité de la III Internacional, luchaba en favor de la Internacional Comunista, fundada poco antes en Moscú. Bajo la presión de los acontecimientos de la Revolución Rusa y debido a la política vacilante de la nueva mayoría del Partido, esta tendencia consiguió, en el Congreso de Tours de diciembre de 1920, que se aceptara la Tercera Internacional por 3.252 votos contra 1.450. Después de esto, la derecha abandonó el Partido. Después de esto, la Derecha abandonó el Partido y éste pasó a llamarse Partido Comunista (Sección Francesa de la Internacional Comunista) en el Congreso de Marsella (1922).

En Gran Bretaña, a partir de 1917, estallaron numerosas huelgas, algunas de ellas de carácter parcialmente revolucionario. En todos los congresos sindicales, la oposición presentó siempre la consigna del control obrero de la producción. Pero la principal reivindicación era la socialización de las minas. Fue esta reivindicación la que llevó a los mineros a la huelga general de 1920.

Los dirigentes temían que el movimiento fuera más allá de las reivindicaciones primitivas y se convirtiera en una revolución social. Por eso, en el último momento, intentaron evitar la lucha. De no haber sido por eso, la huelga general de los mineros de 1920 se habría convertido sin duda en una huelga general de toda la clase obrera inglesa.

El debilitamiento de la acción económica a partir de 1920 reforzó la acción parlamentaria. Por eso el Partido Laborista pudo lograr grandes triunfos en las elecciones. En 1924, obtuvo 192 escaños y llegó al gobierno, con su presidente, Ramsay MacDonald, como Primer Ministro.

Capítulo XII — El progreso del movimiento socialista en el mundo

1. El movimiento socialista en Europa

Aunque Dinamarca sigue siendo un país mayoritariamente agrario, el Partido Socialista Danés fue relativamente uno de los más fuertes de la Segunda Internacional. En 1871, la policía reprime los primeros intentos de organización política. Los trabajadores fundaron entonces asociaciones cooperativas en las que empezaron a debatir las cuestiones del socialismo. En 1878, el movimiento era lo suficientemente fuerte como para formar un partido. En esa época se creó la Federación Socialdemócrata. En las elecciones legislativas de 1884, la Federación obtuvo un gran éxito. Pero como este éxito se había obtenido en alianza con los liberales, surgió en el seno del Partido una oposición que proponía dar al movimiento un carácter puramente proletario. Sin embargo, salvo en 1919 y 1920, la Izquierda Socialista en Dinamarca no representó una fuerza digna de mención. El Partido siguió siendo siempre un partido reformista, como la socialdemocracia alemana o el Partido Laborista. La prensa, las cooperativas y las escuelas de la socialdemocracia danesa estaban admirablemente organizadas. En octubre de 1916, con motivo de la venta a Estados Unidos de las islas danesas de la costa occidental de la India, el Congreso del Partido resolvió apoyar al gobierno liberal. El líder del Partido, Stauning, se unió al gobierno. En las elecciones de septiembre de 1920, el Partido obtiene 48 escaños en la Cámara de Representantes y 22 en el Senado.

En Noruega, el movimiento obrero estuvo al principio bajo la influencia del movimiento danés. Pero en 1887 se formó el Partido Obrero Noruego. La rápida industrialización del país a partir de 1905 provocó el auge del movimiento revolucionario, a cuya cabeza estaba Tranmaël. En 1912, el ala izquierda del Partido se convirtió en un grupo independiente que, en 1918, consiguió la mayoría en el Partido y en los sindicatos. El ala derecha abandonó entonces el Partido para formar el Partido Obrero Socialdemócrata en 1920.

El movimiento obrero danés siempre ha tenido un carácter casi exclusivamente sindicalista. El movimiento obrero noruego, en cambio, estaba formado por intelectuales que se mantenían en contacto con todos los teóricos del socialismo en Europa.

En Suecia, el movimiento socialista se remonta a 1881. Su principal pionero fue el sastre Auguste Palm, que había trabajado en Alemania, donde había estado en contacto con los círculos socialistas. Palm fue un verdadero apóstol. Recorrió el país a pie, difundiendo la nueva doctrina. Tras él vino Hjalmar Branting, que fundó los socialdemócratas en 1886. En 1889 se fundó el *Partido Socialdemócrata* de Noruega. Diez años más tarde, este partido comenzó a luchar por la reforma electoral y finalmente consiguió llevarla a cabo mediante la huelga general. Logró un formidable triunfo en las elecciones, pero cayó en el revisionismo, lo que llevó a la formación de una oposición revolucionaria. Durante la guerra Branting se pronunció a favor de la Entente y en 1917 entró en un gobierno de coalición, que se mantuvo en el poder hasta 1920, cuando fue sustituido por un gobierno puramente socialista dirigido por él. Este gobierno sólo duró unos meses. La creciente influencia de las tendencias revisionistas dentro del Partido hizo que la oposición reforzara su acción, y finalmente se separó del antiguo Partido para formar el Partido Socialdemócrata de izquierdas (1917), que finalmente se unió a la Internacional Comunista en 1921.

Antes de la guerra, Finlandia contaba con el movimiento obrero mejor organizado del mundo. Este movimiento se manifestó por primera vez en el país en 1899. En 1903 se fundó el Partido Socialdemócrata. En 1907, obtuvo 80 de los 200 escaños del Parlamento. En 1916 obtuvo la mayoría de los votos y formó un gobierno de coalición socialliberal, dirigido por el socialista Tokoi. La Revolución Rusa y la guerra que estalló poco después entre Alemania y Rusia permitieron a la burguesía finlandesa destruir por completo el movimiento obrero. Apoyada por el ejército alemán del general Mannerheim, libró la lucha contra el proletariado finlandés. La represión fue terrible. Decenas de miles de socialistas y obreros revolucionarios fueron masacrados.

En Holanda, el movimiento socialista sufrió "topos infantiles" hasta 1890 aproximadamente. Estaba dirigido por Domela Nieuwenhuis, un antiguo pastor luterano que, decepcionado con los resultados de la acción parlamentaria, se había convertido en anarcocomunista. Nieuwenhuis consiguió influir en la mayoría de las organizaciones obreras existentes entonces. Hasta 1893 no se formó el Partido Socialdemócrata neerlandés, dirigido por Troelstra y Van der Goes. Al mismo tiempo, el movimiento sindical adquirió una enorme amplitud. En 1903, tras la huelga del transporte, los sindicatos proclamaron una huelga general que acabó en fracaso.

Poco a poco, el movimiento se recuperó de esta derrota, haciéndose cada vez más revisionista bajo la influencia de Troelstra y Vliegen. Como consecuencia, los elementos revolucionarios, dirigidos por Henrietta RolandHolst y Görter, se separaron del Partido y en 1909 organizaron un Partido Independiente que, tras la Revolución Rusa, se unió a la Internacional Comunista.

Bélgica fue durante mucho tiempo el paraíso de los capitalistas: gobierno parlamentario, libre juego de las fuerzas económicas y un proletariado pasivo, privado de todos los derechos políticos y económicos y sometido a la influencia del clero. El movimiento obrero no apareció hasta 1875. En 1877 se fundaron el Partido Socialista Flamenco y el Partido Socialista de Brabante, que en 1879 se fusionaron en el Partido Socialista Belga. También había otras organizaciones obreras y muchas cooperativas. En 1885 todas estas organizaciones se unieron para formar el Partido Obrero Belga. Un año después estallaron insurrecciones obreras que se ahogaron en oleadas de sangre. El Partido Obrero Belga emprendió entonces la lucha por el sufragio universal. Primero intentó obtener sus fines por la violencia y mediante huelgas generales, pero sin resultado. Al final, los obreros sólo obtuvieron un derecho de sufragio restringido. Sólo después de la oleada revolucionaria desatada en toda Europa en 19181919 por la Revolución Rusa, la aterrorizada burguesía belga cedió y concedió el sufragio universal.

Al estallar la guerra, el Partido Obrero Belga se puso al servicio de la defensa nacional. Su líder, Emilio Vandervelde, Presidente de la II Internacional, se unió al gobierno. Tras la guerra, Anseele, Destrée y Vauters entraron en el gobierno de coalición, con la aprobación del Partido. La oposición funda en 1920 el Partido Comunista Belga.

El núcleo central del movimiento obrero en Suiza estaba en la "Asociación de los Grutli", creada en 1838. En 1878, los Grutli adoptaron principios socialistas, pero conservaron una actitud estrictamente nacional y reformista. Poco a poco, sin embargo, se formó un Partido Socialista Suizo, que adoptó principios marxistas. En 1920 se formó un Partido Comunista, que se adhirió a la Tercera Internacional.

En España, el movimiento obrero tuvo un comienzo similar al del movimiento obrero italiano. Apareció en la época de la Primera Internacional y cayó bajo la influencia de Bakunin. Sólo un pequeño grupo, dirigido por Paulo Iglesias, se mantuvo socialdemócrata. En 1910, Iglesias fue elegido diputado a Cortes. Durante la guerra, el Partido Socialista Español defendió la causa de la Entente. El movimiento sindical español estuvo durante mucho tiempo dirigido casi en su totalidad por principios anarcosindicalistas.

En Portugal la situación es muy similar a la de España. El movimiento socialista apenas está emergiendo. Allí los sindicatos también están dirigidos por los anarcosindicalistas.

El Partido Socialdemócrata surgió en Bulgaria en 1894. En 1903 se dividió en dos grupos: los "Largos" y los "Estreitos", los primeros reformistas y los segundos revolucionarios. En 1913, el Partido logró enviar 37 diputados a la Cámara de Representantes. Cuando Bulgaria entró en guerra, los "Largos" adoptaron el punto de vista de la defensa nacional. Los estrechos, en cambio, votaron en contra de los créditos de guerra y fueron violentamente perseguidos por las autoridades. Después de la guerra, su influencia creció prodigiosamente. En 1919, los Estrechos se convirtieron en el Partido Comunista.

En Serbia, el Partido Socialdemócrata se fundó en 1903. En 1912 tenía dos representantes en la Cámara de Representantes. Cuando estalló la guerra, se negó a votar sobre los créditos, Tras la firma de la paz, las asociaciones revolucionarias de Serbia, Croacia, Bosnia y otras provincias hasta entonces austriacas, integradas en el nuevo Estado yugoslavo, se unieron y formaron el Partido Socialdemócrata Yugoslavo, que en 1920 ingresó en la Tercera Internacional. Desde su fundación, este partido sufrió una violenta persecución por parte del gobierno. Además de él, también existe un Partido Socialista Moderado.

En Rumanía, los grupos socialistas comenzaron a aparecer en 1880. Pero las condiciones políticas del país impidieron durante mucho tiempo la organización de un Partido Socialista único. El desarrollo del movimiento sindical provocado por el progreso de la industria petrolera cambió esta situación. Tras la primera revolución rusa de 1905 y el levantamiento campesino de 1907, los diversos grupos socialistas se unieron, bajo la dirección de Cristiano Rakovski, para formar, junto con los sindicatos, el Partido Socialdemócrata de Rumanía en 1911. Este partido se pronunció en contra de la entrada de Rumanía en la guerra. En 1918 estalló una huelga general que provocó una violenta represión contra los socialistas y los dirigentes de las organizaciones sindicales. El 13 de diciembre de 1918, el gobierno movilizó una compañía de ametralladoras contra la manifestación obrera que tenía lugar en las calles de Bucarest. Más de 100 obreros fueron asesinados.

La anexión a Rumanía de Bucovina, Transilvania y Bannat fortaleció a los elementos moderados, que organizaron el Partido Socialista Rumano; los elementos revolucionarios formaron el Partido Comunista, que se unió a la III Internacional.

2. El movimiento socialista fuera de Europa

En Australia, el Partido de los Trabajadores se formó en 1892, tras el fracaso de las huelgas de 18891891. Los trabajadores se volcaron en la acción política, pero permanecieron confinados en el marco del reformismo. El Partido de los Trabajadores se hizo entonces muy fuerte y logró triunfos en las elecciones. En 1910, obtuvo la mayoría en el Parlamento (43 diputados obreros frente a 33 diputados burgueses) y estableció un gobierno obrero. En los diferentes estados, también obtuvo la mayoría en casi todas partes. Pero la guerra, perturbando todas las mentes, dividió al Partido y lo debilitó enormemente.

Aun así, pocos años después de la guerra, consiguió superar sus debilidades y reanudar su vigoroso desarrollo.

En Nueva Zelanda, el movimiento obrero se parece al de Australia. Pero el Partido de los Trabajadores es más marcadamente socialista. Al principio, el arbitraje obligatorio en los conflictos económicos surtió efecto. Consiguió evitar las huelgas entre 1894 y 1905. Pero el desarrollo económico provocó violentas luchas de clases que ningún arbitraje obligatorio pudo evitar.

En 1909 se fundó el Partido Obrero Sudafricano. En las elecciones legislativas de ese mismo año consiguió cuatro mandatos.

Fue en el Transvaal donde más se desarrolló. En 1913 obtuvo la mayoría parlamentaria. Como los demás partidos, sufrió entonces la desastrosa influencia de la guerra. La mayoría del partido se situó en el terreno de la defensa nacional. La minoría revolucionaria, en cambio, fundó la Unión Socialista Internacional, que manifestó actitudes revolucionarias, pronunciándose por la colaboración de los obreros blancos con los obreros de color. En Sudáfrica, el movimiento obrero ha librado encarnizadas luchas contra los propietarios de las minas de diamantes, que cuentan con todo el apoyo del gobierno.

El movimiento socialista japonés merece gran atención. En el transcurso de estas últimas décadas Japón se ha transformado en un país moderno. El movimiento obrero surgió hacia 1880. En 1900 el parlamento japonés aprobó una ley contra las huelgas.

El Partido Socialdemócrata Japonés fue fundado por Kotoku y Sen Katayama en 1901. Perseguido por las autoridades, dio origen a la Liga de la Plebe, una organización revolucionaria marxista que luchó durante el conflicto rusojaponés (1904).

Con el tiempo corrió la misma suerte que la organización que la había precedido. En 1910, varios líderes socialistas, entre ellos Kotoku, fueron

condenados a muerte y ejecutados acusados de preparar un atentado contra la vida del Mikado.

El formidable desarrollo de la industria japonesa durante la Guerra Mundial y la Revolución Rusa impulsó el movimiento socialista y sindical.

Hoy en día, incluso los intelectuales burgueses prestan gran atención a la cuestión social.